
Un PACTO
a Escondidas
ROSELINE MOYLE


Un PACTO
a Escondidas
ROSELINE MOYLE

Un PACTO
a ESCONDIDAS

Título: *Un pacto a escondidas*
© 2023, Roseline Moyle
De la edición y maquetación: 2023, RM Madera
Del diseño de la cubierta: 2023, Calice Design
Corrección: 2023, RM Madera
Primera edición: septiembre, 2023
Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

La riqueza consiste mucho más en el disfrute que en la posesión.

—ARISTÓTELES—

Para todos aquellos que no ven un freno en la vida, sino una oportunidad de avanzar.
Para aquellos que callan por temor, pero que se dan cuenta de que se equivocan.
Y, sobre todo, para los que reconocen sus errores y deciden enmendarlos.
Solo tenemos una vida, vívela como TÚ quieras.

Este libro es autoconclusivo e independiente, sin embargo, los personajes secundarios poseen sus propias historias, las cuales las encontrarás en los libros de A tu son y Entre tulipanes y fogones.
Si quieres conocer más sobre Alicia y Adrián, Lázaro, Jessica o cualquiera de ellos, ya sabes dónde te esperan.
Para empezar, A tu son es la historia de Jessica y Daniel. La presentación de Alicia y de Lázaro y Tirso. Este libro tiene diferentes portadas según el formato. En digital lo encontrarás publicado bajo el sello de Zafiro, de Grupo Planeta y en papel como autopublicado. Estas son las portadas.





Después, para leer la historia de Alicia y Adrián, y, por supuesto, la paradójica situación que viven Lázaro y Tirso, tienes Entre tulipanes y fogones.



Índice

Guía de personajes
Prólogo. Adrián
1. Melissa
2. Dorian
3. Adrián
4. Dorian
5. Melissa
6. Melissa
7. Dorian
8. Dorian
9. Melissa
10. Melissa
11. Dorian
12. Dorian
13. Melissa
14. Dorian
15. Melissa
16. Adrián
17. Melissa
18. Dorian
19. Dorian
20. Dorian
21. Dorian
22. Melissa
23. Melissa
24. Adrián
25. Melissa
26. Melissa
27. Melissa
28. Melissa
29. Dorian
30. Dorian
31. Melissa
32. Melissa
33. Melissa
34. Melissa
35. Dorian
36. Dorian
37. Melissa
38. Dorian
39. Dorian
40. Melissa
41. Dorian
42. Melissa
43. Dorian

44. Melissa
45. Dorian
46. Melissa
47. Dorian
48. Melissa
49. Melissa
50. Dorian
51. Melissa
52. Melissa
53. Dorian
54. Melissa
55. Melissa
56. Dorian
57. Melissa
58. Dorian
59. Melissa
60. Dorian
61. Melissa
62. Melissa
63. Dorian
64. Adrián
65. Melissa
66. Dorian
67. Melissa
68. Dorian
Epílogo. Melissa
Agradecimientos
Sobre la autora
Otras novelas de Roseline Moyle

Guía de personajes

A continuación, te dejo una breve descripción de los personajes secundarios, por si no has leído sus historias.

Adrián: mejor amigo de Melissa y Dorian, nuestros protagonistas principales en esta historia. Punto de unión entre ellos. Es chef de alta cocina. Posee su propio restaurante, por el que ha luchado muchísimo y el cual ha conseguido gracias a la ayuda económica de Dorian.

Alicia: parece de Adrián. La historia de estos dos la encontrarás en Entre tulipanes y fogones. Ella es abogada.

Lázaro: hermano de Jessica, protagonista de A tu son. Son mellizos. Su pareja es **Tirso** y la historia de estos dos la encuentras en ambos libros: A tu son y Entre tulipanes y fogones.

Jessica: protagonista femenina de A tu son. Hermana de Lázaro. Mejor amiga de Alicia, la pareja de Adrián. Y la mujer de **Daniel**, el primo de Alicia.

Tanto Jess como Daniel apenas tienen relevancia en este libro, pero se nombran de pasada, por eso te los dejo por aquí, para que sepas encuadrarlos en el árbol de personajes que conforman estas tres historias.

Prólogo

Adrián

En cuanto cuelgo, me meto el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón, me pongo la chaqueta que acabo de dejar sobre el sofá, y salgo por la puerta más rápido de lo que he entrado. Ya ni me acuerdo del cansancio que arrastraba hace cinco minutos cuando he llegado. No hay nada mejor que un sobresalto para espabilarte.

Bajo las escaleras de dos en dos, porque ni me planteo esperar el ascensor, ya que, de este modo, me desespero menos. Salgo en menos de dos minutos y desde el portal voy pulsando como un loco el botón del mando de apertura para que el coche esté preparado en cuanto llegue a él. No está muy lejos, pero, aun así, no quiero retrasarme ni lo más mínimo.

No sé qué ha podido pasar…

Pero si está en el hospital no ha sido nada bueno.

Eso es lo único que ronda en mi cabeza.

Entro en mi auto y me pongo el cinturón. Sin encontrar respuesta a mis dudas y nervioso como hacía mucho que no estaba, arranco y me incorporo a la carretera casi sin mirar, ganándome algún que otro pitido de los vehículos que van por ese carril. Me da igual todo, solo quiero llegar enseguida.

Mientras conduzco, hago lo peor que podría hacer: recapitular la conversación telefónica con la enfermera. Pienso que, tal vez, con los nervios se me ha podido pasar algún dato clave, pero no es así. Tan solo me ha dicho que Melissa les ha proporcionado mi número para que se pusiesen en contacto conmigo y el hospital en el que se encuentra. Sí, también me ha comentado que no era grave, tan solo una caída…

—¡Y una mierda! —me digo.

Si fuese así, no habría dado mi número, sino el de él. Menos mal que estaba aquí de visita y no me ha pillado trabajando, a tantos kilómetros de distancia.

Juro que si le ha hecho algo… ¡Me cago en la hostia! Si es que lo veía venir… ¡Pero ella nunca me ha hecho caso! Bueno, ¡ni a mí ni a nadie!

Me trago mis amenazas porque sé que son en vano. No podré hacer nada en su contra por muchos motivos, pero, sobre todo, por uno: Melissa. Si aún *excusa* el comportamiento de ese al que llama padre, ¿por qué sería diferente con este otro malnacido? Maldigo para mis adentros el mal ojo que tiene esta chica, la mala suerte que parece acompañarla e, incluso, la ausencia de su hermano, porque de haber estado él aquí, no habría permitido que Mel hubiese cometido más de una locura. Aunque… ¿quién puede culparla? Tan solo buscaba lo mismo que Ricky: salir de esa mierda de casa y poder cambiar de aires, dejar atrás las malas vivencias que llevaban padeciendo desde…

Soy consciente de que parezco un demente con estos pensamientos, pero esa niña es como la hermana que nunca he tenido. Cuando nos conocimos, hace ya demasiados años, tuve una gran conexión con ella, y me consta que le sucedió lo mismo. ¡Pero es tan cabezota que nunca quiere hacerme caso! Si lo hubiese hecho cuando le dije que…

Antes de darme cuenta, ya estoy aparcando frente a la puerta principal del hospital. Entro raudo y me dirijo al mostrador de urgencias. La verdad es que la chica que me atiende no parece muy espabilada y tarda más de la cuenta en darme los datos que necesito, lo que hace que me desespere aún más. Finalmente, me envía al edificio en el que se encuentran las habitaciones y me indica cuál es la de ella. Ni que decir tiene que la he dejado con la palabra en la boca y he

salido corriendo hacia allí.

—¿Qué ha pasado? —Es lo primero que sale de mis labios cuando atravieso el umbral. Ni siquiera me percato de que ella me mira atónita y comienza a pintar una sonrisilla traviesa en su boca.

—Buenos días también para ti —me responde con sarcasmo.

—Déjate de historias, Mel, ¿qué ha pasado? —Por más que miro a su alrededor no veo nada que me alerte, hasta que…—. ¿Quién te ha hecho eso? —preguntó casi al borde de la histeria, aunque conteniendo las ganas de gritar. Señalo con el dedo hacia su pómulo, ese que estaba oculto para mí y que ha dejado de estarlo en el instante en que ha girado el rostro.

—Traes mala cara, Adri —me suelta, confirmándome así la respuesta que no me ha dado directamente.

—Llevo días trabajando hasta tarde y luego… Bueno, he salido a tomar algo con Dorian. Pero esa no es la cuestión —atajo, antes de que empiece a interrogarme. Estamos aquí por ella, no por mí.

—Tan solo fue una caída, de verdad —me asegura, sin embargo, no es capaz de mirarme a los ojos.

—¿Y por eso me han avisado a mí? Porque, hasta donde creo recordar, anoche no tenía guardia, por lo tanto, debía estar en casa y… ¿Estabas con él o sola, Mel? —cuestiono, intentando atraparla en su propia mentira.

—Sola —sentencia.

¡Ajá! Lo sabía, está mintiendo.

—¿Y por qué no lo han avisado a él? ¿O a tu madre? ¿O, tal vez, a Yanira? ¿Por qué a mí, Mel?

—No lo sé, Adri… Imagino que fuiste la primera persona que se me vino a la mente —comenta, desviando la mirada.

—Ya, claro… —contesto irónico y molesto porque intente mentirme cuando es obvio que ha dado mi número por algo—. ¿Me vas a contar qué ha sucedido o tengo que ir a sonsacárselo a ese idiota a base de puñetazos?

—Tú no eres violento, Adri —me replica sonriendo, pero sus ojos se vuelven tristes.

—Para todo hay una primera vez en la vida, enana —le aseguro, justo antes de que me dé la noticia.

1

Melissa

«Y de repente te das cuenta de que es el momento de empezar algo nuevo y disfrutar de la magia de los momentos».
—Meister Eckhart—

Tres años después.

Bueno, pues… parece que no ha ido mal del todo. No sé si conseguiré el empleo, pero al menos he salido contenta con el resultado. Apresuro el paso para no perder el autobús, algo que va a pasar porque acabo de verlo girando la esquina. La parada está casi vacía, de modo que o me doy mucha prisa o me quedaré en tierra. ¡Y me niego a pedir un taxi! ¡Con lo que cuestan y lo lejos que estoy de mi destino! ¡Ni de broma!

Miro mis pies y veo poco factible la idea de correr, ya que con los tacones que llevo me puedo partir un pie. Ni siquiera sé cómo he aguantado con ellos toda la mañana. Tan solo de pensar que Ali los usa a diario y por decisión propia empiezan a dolerme aún más los talones. ¡Madre del amor hermoso! ¡Qué condena! ¿De verdad esta chica prefiere esto a unas cómodas deportivas? ¡No me lo creo!

Finalmente, el conductor del bus parece ser un alma caritativa y veo cómo se queda en la parada a pesar de haber terminado de subir todo el mundo. ¡Me está esperando! Imagino que porque se ha percatado de que intento aligerarme todo lo que puedo para llegar a tiempo, pero también es consciente de que no lo haré y decide ofrecerme un poco de ayuda.

«Bendito seas, conductor desconocido», pienso, acelerando más el paso o, al menos, lo máximo que me permite este calzado del demonio, y que de ese modo el pobre hombre no tenga que estar más tiempo del necesario esperándome a mí.

—¡Gracias! —le digo nada más subir el primer peldaño, obsequiándolo con una sonrisa.

El hombre me mira y devuelve el gesto, pero no dice nada, aunque mejor así. ¡Menuda visual me ha echado de arriba abajo!

¿En serio?

Yo pensando que era un alma caritativa enviada por vete a saber quién, ese que alinea los astros, pero que nunca lo hace para mí. Pero no, al final ha resultado ser igual de baboso que cualquier otro tío.

Volteo los ojos al darme cuenta de cómo le echa un vistazo a mis piernas desnudas. ¡Juro que no me vuelvo a poner falda nunca más!

«Señor, ¡qué podría ser mi padre!», me digo para mis adentros, mordiéndome la lengua y aguantándome las ganas de soltárselo a él.

Contengo el escalofrío que me recorre la espalda cuando me roza la mano al devolverme el cambio del importe del viaje, y no, no ha sido un escalofrío de esos de los que se hablan en las películas o en los libros de romance, esos que te cortan la respiración y hacen que el tiempo se detenga. ¡No! Ha sido uno en plan: «Corre, Melissa, corre».

Me dirijo a toda velocidad hacia el asiento más alejado de este espécimen de conductor salido de autobuses y me pongo los auriculares para evadirme de todo mientras espero a que llegue mi parada, para la cual me queda aún casi una hora de viaje.



—¿Qué tal ha ido? —me pregunta Lázaro nada más llegar.

—Pues… —Me lo pienso, ya no lo veo tan claro como cuando salí—. No sé, creo que bien…

Ante mi respuesta, le veo fruncir el ceño y darle un sorbo a su cerveza. Inclina la cabeza y me cuestiona con la mirada.

—Déjala ya, niñato —le increpa Ali, saliendo en mi defensa y regalándome una de sus amables sonrisas. ¡Y pensar que me pareció una borde cuando la conocí!—. Sabes que no pasa nada, nena. Lo has intentado —me dice con otra sonrisa, esta más cariñosa aún, a la vez que me señala el sitio que hay a su lado. Sin pensármelo mucho, me siento y dirijo una mirada hacia la sillita de paseo que se encuentra entre ambas—. Es un angelito. Lleva durmiendo desde que lo hemos recogido de la guardería.

—No como Matías, es un bicho… de forma literal —interrumpe Lázaro.

—No sé qué manía le tienes a ese crío —le replica Alicia, ganándose una mirada divertida por parte del hermano de Jessica.

—Nada, si me tiene *chocho* el muy jodío, aunque es malo a rabiar. Y si no me quejo, no soy yo. Además, a Nuria la pone de muy mala leche que raje de su pequeñín.

—Pero Nuria no está aquí —dice la voz de Adri, que me llega por detrás. Intuyo que acaba de salir de la cocina. Al menos, eso creo por la indumentaria que lleva. No recordaba que hoy fuese a trabajar. Hay veces que solo viene a vigilar y a establecer las normas y pautas para los servicios—. Hola, enana —me saluda—. ¿Qué tal la entrevista?

Me giro para saludarlo con su correspondiente beso en la mejilla. Antes de que pueda contestarle, se acerca a Ali y le da un pico y, después, se inclina sobre el carrito y le acaricia la carita a Hugo, que sigue durmiendo ajeno a todo.

—Ponte un babero, anda —le suelta Lázaro, diciendo en voz alta lo que todos pensamos al ver su expresión de ternura al mirar a mi pequeño. Y es que Adrián no puede evitarlo, siente a este niño como si fuese suyo y yo no puedo estar más agradecida. Tanto a él como a su pareja, Alicia, porque no sé qué haría sin ellos, ya que me están ayudando muchísimo a compaginar el trabajo con la vida de madre. Al menos, aquí en el restaurante tengo cierta estabilidad, porque Adrián no me despediría por nada del mundo, creo que antes se iría él.

Alicia suelta una carcajada al oír el comentario de su excompañero de piso, pero asiente como respuesta.

—Pues no lo sé, Adri, para qué mentirte. Creo que lo he hecho bien, pero la mujer que me ha entrevistado era un poco rara y bastante inflexible. De todos modos, me dijo que en caso de que la casa de subastas no fuese para mí, quizá sí podría interesarle a su primogénita.

—¿De verdad te ha dicho «primogénita»? —Asiento con la cabeza y Adri abre los ojos, espantado—. Lo sé, ¿te he dicho que me daba repelús?

—¿Y por qué habrías de interesarle a su hija? —me pregunta Lázaro, adelantándose a Ali, pues veo que justo estaba haciendo ademán de cuestionarme lo mismo.

—Por lo visto, el hotel que están construyendo en las afueras será temático, no me ha comentado mucho, tan solo que buscan artistas para decorar todas las habitaciones con imágenes creadas específicamente para cada una de ellas. Alessandra, que así se llama su *primogénita*, es la encargada del proyecto. No me ha comentado mucho más, tan solo me ha informado de que le pasará la entrevista porque su hija está de viaje por motivos personales.

—¡Cómo mola! Dicen que ese hotel va a ser una pasada. El hijo de nuestro vecino está trabajando en la construcción y asegura que es flipante. ¡Enorme! Y…

—Es mejor que no te metas ahí, Mel —corta Adrián.

—¿Y eso por qué? —inquiero algo molesta.

¿Cómo que no me meta? Sería un buen trabajo, haciendo lo que mejor se me da: pintar, reproducir grandes obras y…

—He trabajo para los dueños de ese hotel —me suelta.

Ya sé por qué lo dice.

—¿Los Castillo-Sandoval? —inquiero, a pesar de conocer la respuesta.

Adrián asiente.

—¿Y qué más da eso? Que tú estés enfadado con Dorian no implica que yo deba renunciar a un buen trabajo. ¿Sabes lo bien que me vendría ese dinero extra? Sin contar con que podría compaginarlo con esto y…

—Sabes que puedes contar con nosotros, Melissa —añade Ali, al ver la cara de disgusto de Adrián.

—En fin —decido atajar la conversación porque sé que es tontería discutir con él sobre esto. Está enfurruñado y dolido con su amigo, y nada lo va a hacer cambiar de opinión. Creo que lo que teme es que Dorian pueda aparecer por aquí—, tampoco sé si me llamarán o no. Dejémoslo estar, ¿de acuerdo? —Adri asiente a regañadientes—. Pero si lo hacen, no voy a decir que no. Eso tenlo por seguro.

—Aquí puedes trabajar todo el tiempo que necesites, lo sabes —me repite, como hace unas mil veces cada día.

Lo miro y me trago las ganas de seguir discutiendo. Adrián es muy hermético cuando se trata de Dorian, aunque desconozco el motivo. Y, sobre todo, lo es aún más desde que le conté que me había acostado con él aquella noche que estuve en Cáceres después del fallecimiento de mi padre, pero lo cierto es que… ¡si él supiera!

Y sí, sé que no hay problema con el trabajo, pero lo que no alcanza a comprender es que yo me siento un lastre para ellos. Adrián lleva a mi lado desde casi antes de tener memoria, siempre me ha dado cobijo, auxilio y un hombro en el que llorar… ¡Si hasta se ofreció a darle su apellido al niño para que mi ex ni siquiera se plantease que podría ser suyo el día que lo descubriese! Algo que tampoco le extrañaría, porque siempre le tuvo mucha inquina ¡y ya de celos ni hablamos! Evidentemente, le dije que no. No sé cómo se lo hubiese tomado Ali si me hubiese dado por aceptar la propuesta —ella es demasiado *polite* para los temas que nos incumben a Adri y a mí—, pero de todos modos esa era una cuestión que no necesitaba pensar mucho: no iba a darle esa responsabilidad ni esa carga de por vida. Además, y a riesgo de parecer desagradecida, quiero volar libre y no depender de nadie, aunque solo sea por una vez.

Hace dieciocho años.

Me encojo de hombros de nuevo. Ya he perdido la cuenta de las veces que lo he hecho. Una por cada grito que profiere. Incapaz de contener durante más tiempo las ganas de llorar, salgo pitando del salón. Le oigo vociferar a mi espalda, pero actúo como si no fuese conmigo y sigo corriendo.

—Niña desobediente, ¡ven aquí ahora mismo! —vuelve a decir a gritos.

Su voz grave me deja paralizada, sin embargo, me obligo a no detenerme. Con toda seguridad las consecuencias después serán peor, aunque conservo la esperanza de que mamá no

tarde mucho y le dé las pastillas, de ese modo me habré librado de la reprimenda.

Salgo a la calle y me siento, o más bien me escondo, en la esquina que colinda con los contenedores de basura, así me sirven de refugio. Ricky debe estar al caer también. Rezo porque llegue pronto y pueda contenerlo. Hoy está peor que otros días. Sé que no ha sido mi culpa, ya que últimamente no se toma el tratamiento ni acude a las terapias, aunque a mi madre le dice lo contrario, y eso hace que sus episodios violentos sean más frecuentes.

Aún estoy temblando y escuchando el resonar de sus gritos en mi cabeza cuando la silueta de Ricky doblando la calle me hace respirar tranquila. En el mismo instante en que lo veo, me levanto y voy hacia él. Al principio, lo hago de forma lenta, sin embargo, al percatarme de que ya me ha visto, no me contengo más: corro y me refugio en sus brazos, sin darme cuenta siquiera de que va acompañado de un amigo. Al sentir la seguridad que me proporciona su cuerpo, rompo a llorar más fuerte. No necesito contarle nada, ya sabe de qué va la historia.

—Quédate con ella —le pide al chico moreno que lo acompaña. Este asiente y me mira con curiosidad, no obstante, hay algo en sus ojos que me dice que está al tanto de lo que ocurre en mi casa.

Ricky sale disparado hacia nuestro maltrecho hogar y yo me quedo con la vista fijada en su espalda, la cual acaba de desaparecer por la puerta de entrada del mismo.

—¡Ven! —me indica el amigo de mi hermano—. Mira, allí hay un parque. Podemos esperar a Ricky ahí sentados. ¿Qué te parece?

Asiento y él me ofrece la mano para cruzar la calle. Lo miro de reojo antes de tomársela y, al hacerlo, me siento igual de segura que cuando estoy con mi hermano. Suelto el aire que estaba reteniendo en los pulmones y sale convertido en un suspiro.

—Se le pasará, ya lo verás —me comenta, ofreciéndome una sonrisa.

—No quiero que peleen —le confieso, porque sé que eso es lo que estará sucediendo en casa. Siempre es igual.

Ricky es diez años mayor que yo y, aunque solo tiene quince, actúa conmigo como si fuese mi padre. Rectifico: como hacía mi padre antes de dejar de tomar sus pastillas, aficionarse a la bebida y que eso agravase su enfermedad. Ricky es hijo de mi madre y su primer marido, el cual falleció cuando él tenía tres años. Ambos estuvieron solos hasta que mi hermano cumplió los ocho y ahí fue cuando mamá conoció a papá. A los dos años de relación, llegué yo, por eso la gran diferencia de edad que tenemos. Tan solo hay una cosa en la que los dos nos parecemos: el pelo tan naranja que poseemos, el mismo que hemos heredado de mi madre.

—Tranquila. Ricky sabe lo que hace, ¿de acuerdo?

Vuelvo a asentir con la cabeza y me siento en el pequeño banco de madera que tengo justo detrás. El amigo de mi hermano toma lugar junto a mí, pero no me mira. Puedo darme cuenta de que tiene la vista puesta más allá, concretamente, en mi casa. Es más que probable que esté preocupado y pensando lo mismo que yo: ¿qué estará pasando dentro de aquellas paredes que podemos ver desde aquí?

Sigo la dirección de su mirada y me muerdo una uña de los nervios. Aunque todos dicen que soy pequeña, también es cierto que soy consciente de las cosas y mucho más madura de lo que me correspondería con mi edad. Es lo que tiene ver y oír las cosas que yo presencio. También sé que…

—¿Te apetece jugar a una cosa? —me pregunta el chico para distraerme, y saca una madeja de lana de una de las bolsas que lleva a cuestas y las cuales acabo de ver.

Le digo que sí con timidez.

—¿Qué color te gusta?

—¿Para qué son? —indago.

—Para mi madre. Le encanta tejer —me contesta, pero hace una mueca de desagrado con la boca.

—¿No te gusta que lo haga?

—Me da igual, salvo cuando se obsesiona con confeccionar un jersey o alguna bufanda para mí. ¡Es una pesada!

Su tono desesperado y su forma de señalarse la bufanda que lleva puesta me arrancan una carcajada, algo que hacía mucho que no sucedía.

—Me llamo Melissa —le digo de sopetón.

Me cae bien este amigo de Ricky, aunque creo que es el primero que conozco. Mi hermano se cuida mucho de llevar a alguien a casa.

—Encantado, enana —me responde con una sonrisa y me da la mano para que se la estreche —. Yo soy Adrián.

2

Dorian

Vuelvo a asomarme por el retrovisor antes de bajar del coche y así me cercioro por décima vez de que mi aspecto es el adecuado. Es la primera reunión oficial a la que asisto y todo debe estar perfecto. Tengo que transmitir seguridad, responsabilidad y, sobre todo, cambio. No quiero volver a fallar. Al hacerlo, veo que Julián, el aparcacoches, está esperando de pie, impaciente por tomar las llaves del mío. Sé que le chifla mi auto y no lo disimula. ¿¡Quién puede culparlo!? Soy consciente de que es una auténtica pasada. Al salir, hago una mueca con la boca y el chaval se ríe. Ya me conoce y sabe lo que le voy a decir. Sin palabras de por medio, las alzo al aire y se las tiendo. Él me mira y asiente mientras alarga la mano y las dejo caer sobre ella.

—Cuídamelo, ¿eh? —le indico con una sonrisa, porque no puedo callármelo.

Le veo subirse, arrancar y empezar a alejarse a poca velocidad hacia el *parking* del hotel. Me vuelvo a recolocar la corbata por milésima vez y aliso los pliegues que se me hayan podido formar en la chaqueta por estar sentado conduciendo. Mi padre insiste en que me busque un chófer, pero me niego a privarme de uno de los pocos caprichos que me quedan para disfrutar de esta vida. Adoro conducir y no estoy dispuesto a dejar que otro lo haga por mí, como sucede con el resto de cosas en mi día a día.

—Buenos días, señor —me saluda la recepcionista en cuanto me ve aparecer por la puerta rotatoria—. ¿Qué tal el viaje?

Me muestra su mejor sonrisa y yo le devuelvo otra similar, sin embargo, me recompongo porque sé que tengo prohibido ligar, intimar o lo que sea con las empleadas, ya sea del hotel, del restaurante o cualquiera de los negocios familiares o de amigos.

—Buenos días, Paula. Agotador, como todos. ¿Sabes si mi padre y mis hermanos están ya en la sala de reuniones? —le pregunto, adoptando la pose de un auténtico Castillo-Sandoval, o eso dice Fernando, es decir, el hombre que me engendró.

—Así es. El señor Fernando y el señor Marcelo están aquí desde bien temprano. Su hermano Beltrán acaba de llegar y la señora Belmonte y su hija también —me informa.

—¿Sandra está aquí? —Eso no me lo esperaba y creo que la sorpresa en mi rostro me ha delatado, algo que no debería. Tengo que aprender a disimular mejor.

¡Y yo que la hacía de viaje con Julie!

En fin…

—Así es. Ya tiene su habitación preparada, señor. ¿Va a subir a la *suite* o prefiere que les informe de que ya ha llegado?

—No, no, voy directamente a la sala. No te preocupes. Gracias. —Me dirijo con intención de tomar el ascensor privado que hay tras la recepción, pero me giro al recordar una cosa. Entro tras el mostrador en el que se encuentra Paula y, acercándome mucho a ella, le tiendo una tarjeta de contacto de la sastrería, que me acabo de sacar del bolsillo interior de la chaqueta—. Por favor, llame y dígale a Alonso que esta tarde irá alguien a recoger el chaqué para la gala de mañana. Ah, y dele esta propina al chico que lo haga. —Meto el billete bajo la mano que aún tiene sobre la mesa, junto al teclado del ordenador. Ella baja la mirada y al ver la cantidad que supone abre los ojos de par en par.

—Cla-claro —me asegura, intentando salir de su asombro—. Ahora mismo busco a…

—Gracias —le digo en voz baja cerca de su oído—. Y esto para ti, por las molestias. —Ante la atenta mirada de Paula, tomo otro billete, lo doblo por la mitad e introduzco dentro mi tarjeta

personal. Ella me observa con atención mientras que agarro su mano libre y se lo deposito en la palma.

—Gracias, señor —me responde, aunque puedo ver el desconcierto en su rostro.

—Llámame Dorian —le pido. Ella asiente despacio—. Gracias —le digo, despidiéndome con un gesto y obsequiándola con una sonrisa de las que tengo prohibidas aquí.

¿Y si consigo que la despidan?

Ya no sería una empleada, ¿verdad?



—¿Qué tal todo? —me pregunta mi padre en cuanto irrumpo en la sala de reuniones.

—Bien, bien —declaro. Y le doy el papel que está esperando, se trata del contrato que debía traer firmado de mi viaje de negocios—. Aquí puedes comprobarlo. —Me acerco hasta Sandra y su madre, y las saludo. Tomo asiento al lado de la primera, que me obsequia con una sonrisa—. No sabía que estarías aquí —susurro mientras me cercioro de que nadie nos escucha.

—Lo sé, pero *debía* estar aquí. No querrás que empiece a haber rumores, ¿verdad? —Niego. Sé que tiene toda la razón del mundo—. Esto es algo mutuo, Dorian. Hoy por ti, mañana por mí.

Sandra me hace un gesto con los ojos para que dejemos el tema ahí y volquemos la atención hacia mi padre, quien ya ha optado la pose de gran empresario que tan bien lo caracteriza y empieza a proyectar sobre la gran pantalla que hay detrás de él las imágenes del nuevo resort que la familia tiene entre manos. El resto de los accionistas le mira sin perder detalle de nada.

—Las obras están avanzando muy rápido. Estimamos que empezaremos con los interiores en un par de meses como mucho. Las hermanas Belmonte se encargarán de la decoración, tanto a nivel de mobiliario como la que conlleva un proyecto de esta índole. Deben ser recreaciones espectaculares y, sobre todo, que consigan que nuestros clientes se sumerjan en el ambiente temático de cada zona.

Sandra lo escucha con mucha más atención que yo, todo hay que decirlo. O, al menos, disimula hacerlo mientras asiente a cada palabra que dice.

—Marcelo será el encargado de la supervisión de las cocinas y todo su entramado, como siempre, aunque delegará en uno de sus hombres de confianza porque él deberá viajar a menudo para asegurarse de que todo marcha correctamente en la apertura del nuevo restaurante en París. En esta ocasión y por mayoría de votos en el consejo de accionistas de la semana pasada, hemos decidido que Dorian sea el gerente del hotel. —Ya tenía conocimiento de esa noticia, ya que Beltrán, quien suele ser el que ocupa ese puesto siempre hasta que se designa a alguien digno y, por supuesto, de confianza para ello, me lo dijo hace unos días. Sé que él ha hablado en mi favor. Me consta. También me rogó que disimulara y actuase como si no supiese nada, pues mi padre quería darme la sorpresa en esta reunión.

No necesito fingir demasiado porque el orgullo que siento se refleja en mi cara y mis ojos. Por fin me siento parte de esta familia, *mi* familia. He luchado para ser uno más, para integrarme, y he renunciado a mucho para que me viesen como tal. Ellos no se hacen ni una idea de esto, y nunca lo harán. No obstante, para mí es uno de mis mayores logros.

Beltrán me observa todo el rato, esperando que mi actuación sea digna de Hollywood. Creo que es aún mejor. Me quedo sin palabras, a pesar de que lo he ensayado frente al espejo miles de veces. El pequeño de los Castillo-Sandoval es el único que de verdad sabe todo lo que he hecho para estar aquí y todo lo que me ha costado también. Siempre me aceptó sin reproches, probablemente, porque él nació después de la infidelidad de mi padre, fruto de la relación de este con su última esposa; no como Marcelo, Cayetano o Jimena, los cuales sufrieron la *vergüenza* que padeció su madre al enterarse del desliz que Fernando tuvo con mi madre cuando ambas

vivían bajo el mismo techo, y el posterior divorcio que se originó de ahí.



—Oye, Dorian, espera. —Me paro en seco justo antes de salir y me vuelvo para encarar a Marcelo, el mayor de todos los hermanos.

—¿Qué ocurre? —pregunto. Sandra se detiene también al oírme y se vuelve hacia mí—. Continúa tú. Ahora subo —le indico. Ella acepta y se marcha.

—¿Qué sabes de ese amigo tuyo? Adrián —me confirma, aunque no hacía falta que lo hiciese. No me caracterizo por tener muchos amigos.

—Pues que le va bien con el negocio que montó —le contesto de forma parca. Me da vergüenza reconocer que no hablo con él desde hace más de dos años. Que lo llamé un día para ofrecerle la solución y el dinero para que pudiese construir su sueño y que después desaparecí. Una cosa más que quiero enmendar ahora que estoy de vuelta. ¿O debería de decir: ahora que soy una nueva persona? Lo poco que sé de él es a través de mi abogado, quien se encarga de comprobar que cada tres meses que se hayan ingresado en mi cuenta los beneficios que me corresponden de las ganancias de dicho restaurante; unas que, por cierto, no quería, pero que no pude rechazar porque en esos momentos no era dueño de mis propias decisiones. Y tampoco tenía posesiones propias que me diesen solvencia, algo que ahora sí, gracias al trabajo, aunque aún me queda mucho para llegar a ser como mis hermanos. Por desgracia, yo aún dependo, en parte, de mi padre. Y seguirá siendo así hasta que él compruebe que de verdad he cambiado.

—¿Crees que le interesaría trabajar para mí de nuevo?

Hace unos años, Marcelo le dio una oportunidad a Adrián tan solo por intentar congraciarse conmigo a petición de nuestro padre y con la intervención de Beltrán, sin embargo, quedó tan maravillado por el modo de cocinar de mi amigo que lo ascendió de pinche a cocinero en apenas unos meses y, de ahí, a chef de uno de sus restaurantes. Por motivos personales, Adrián dejó el trabajo a los seis meses de conseguirlo. Nunca me contó mucho, pero sí sé que tuvo que ver con la hermana de Ricky. Esa niña siempre ha sido su ojito derecho. Antes pensaba que estaba enamorado de ella, pero después de lo que ocurrió aquella noche, me quedó claro que la relación entre ellos no es de esa índole.

Hace dos años y medio.

—Ponme otra —le pido al camarero, que me mira con mala cara. Me toco la cabeza porque todavía me duele de la resaca que tenía antes de entrar aquí. Y la bronca con don Fernando Castillo no ha ayudado a que la cosa se calme—. Que sea doble, mejor —digo, con voz pastosa, observando que la cantidad de licor que me está sirviendo me parece irrisoria.

En cuanto me lo sirve, apuro el contenido de un trago. Siento cómo me arde la garganta y la boca se me desfigura con el amargor que me ha dejado.

—¡¿Pero qué mierda me has puesto?! —le increpo, soltando el vaso de mala gana.

—Se me ha terminado el otro y…

—Pues eso es una puta mierda, que lo sepas. Dile a tu encargado que servir eso es motivo de denuncia —le indico medio jocoso.

Estoy borracho, lo sé, pero no lo suficiente como para no saber qué digo y cómo lo digo. El chaval se disculpa y me deja con la siguiente queja en los labios, y se va a servir algo a…

Silbo al ver el cuerpazo que hay a tan solo unos centímetros de mí. El caso es que me suena

su espalda.

«Fijo que me la he tirado. Si no, no reconocería ese culo», pienso mientras me recompongo y me levanto.

Me acerco a ella y, antes de decir nada, su voz me deja parado en el lugar. Ya sé quién es… Y no, no me la he tirado, salvo en sueños. Una pena. Aunque todo es remediable en esta vida.

—¿Melissa? —le pregunto al colocarme tras ella. Ella da un respingo y se pone tensa. ¿Por qué? ¿No me habrá reconocido?

Se vuelve poco a poco y mientras yo creo que el alcohol ya me está pasando malas jugadas, porque no es posible que esta chica tenga esos ojos tan, tan, pero tan azules, ella disimula el espanto que le ha producido verme aquí. ¿A qué viene eso?

—Dorian, ¿qué tal? ¿Cómo tú por aquí? Estás muy lejos de…

—¿De los hijos de gran puta que me han tocado de familia? —termino por ella, arrastrando cada sílaba. La hermana de Ricky sonríe tímida—. Los he mandado al carajo —confieso, mientras que las palabras de mi padre resuenan una y otra vez en mi cabeza.

—Bueno, ¿¡qué me vas a contar a mí de familia!? —inquiere con ironía.

Y con esa pregunta empezamos una conversación de la que me estoy perdiendo más de la mitad, porque tras dos vasos más de la mierda de licor que me están sirviendo, siento que la cabeza me va y me viene. A eso hay que añadir que la poca música que hay en el local no me ayuda a centrarme y que el movimiento sensual de sus labios me está poniendo a mil y me está haciendo pensar en la de usos que le daría yo a esa boquita.

Entre un pensamiento obsceno y otro, le oigo decir algo de su padre, pero no me ha quedado muy claro qué; también, que ya no vive aquí y que se ha mudado con Adri.

—Qué hijo de puta. Menudo pibón se ha llevado. —Se me acaba de bajar la libido. No puede ser que ese cabrón haya tenido tanta suerte.

Melissa me mira y rompe a reír, espero que halagada, aunque tampoco sé si he dicho algo más que haya podido ocasionar esa reacción.

****

¿Cómo he llegado a la calle?

Ni idea. No sé ni cómo estoy caminando sin ayuda.

Espera, sí, sí que tengo ayuda

Me giro al oírla reír por algo mientras se despide de otro par de chicas.

—Melissa… —digo, alargando la mano y acariciándole la mejilla—. ¿Alguna vez te han dicho que tienes un buen polvo?

—Voy a llevarte a casa, Dorian. ¿Dónde está tu coche?

Señalo a lo lejos.

—Detrás, en el callejón.

—¿Y las llaves?

Suelto una carcajada al ver su cara cuando le introduzco la mano en el bolsillo de mi pantalón.

—Juraría que estaban ahí… —comento riendo mientras hago que busque algo más.

Es evidente que no las tengo, aunque sí otro regalito que puede palpar.

Para mi sorpresa, lejos de amilanarse, empieza a mover la mano y a rozarme la punta. Desvío la mirada y la observo a los ojos. Creí que me mandaría a la mierda, sin embargo, todo lo contrario, parece que le gusta este juego. Es más que probable que me haya lanzado alguna indirecta durante el tiempo que hemos estado en la barra, pero estoy demasiado borracho para recordarlo.

—Sigue buscando, muñequita —le digo.

Ella se ríe y pega su cuerpo al mío.

—No voy a montármelo contigo en medio de la calle, Dorian. Al menos, cúrratelo un poco.

Acorto toda la distancia que nos separa, que es mínima. La agarro por la nuca y de un empujón la empotro contra la pared que hay justo a su espalda. Ella emite un leve gimoteo de sorpresa, no obstante, no llega a más porque atrapo su boca y empiezo a devorarla con ansias.

—Está bien. Pero que sea en el callejón al menos —me responde, antes de meterme la lengua y empezar a jugar con la mía.

3

Adrián

—¿Acabas tú? —le pregunto a Gerard, el chico que ejerce de cocinero jefe cuando no estoy yo.

—Claro, jefe —me responde, ganándose una mala mirada.

—No me llames así —le recrimino.

Él suelta una carcajada, como cada vez que mantenemos este diálogo, que ya empieza a parecer de besugos.

—Es lo que eres —me contesta, igual que siempre. Nunca llegaremos a un acuerdo. ¡Es exasperante!

Decido sonreír e ignorarlo. Total, no vamos a zanjar el tema jamás.

—Rubén, en cuanto salgan los últimos, cierra. El turno de la noche se encargará de preparar las mesas. —El susodicho asiente y se marcha dispuesto a su lugar de trabajo en la sala del restaurante.

—Bien hecho, chicos —alabo mientras me quito el mandil y lo dejo en su sitio—. Disfrutad del día libre —le digo a los tres que están preparándose para irse ya.

Compruebo una vez más que todo esté en orden. Me deshago de la filipina y, tras doblarla, me dispongo a salir de la cocina. Ali y Mel se marcharon hace una hora o quizá algo más. El chiquitín se despertó y ambas se fueron para que jugase en el parque, ya que a esa hora está mucho más tranquilo. Pero hoy no he podido acompañarlas porque el restaurante estaba completo y no me gusta dejar solos a mis chicos cuando hay tanto trabajo. No decidí montar esto para ganar dinero, sino porque cocinar es mi pasión. Me encanta estar entre fogones, de modo que aquí estoy siempre que puedo, no soy un jefe de los que se escaquean y delegan en otros, aunque hay veces en las que me gustaría poder duplicarme.

—Adrián —me llama Katrina, una de las camareras más nuevas.

Me detengo en seco, porque ya estaba a punto de salir por la puerta de atrás, y me giro hacia ella. La veo algo incómoda, como si estuviese pensando cómo darme una mala noticia.

—Hay un hombre que pregunta por ti —me dice, lo cual me sorprende.

—¿Un hombre? ¿A estas horas? —Miro el reloj y veo que son casi las cinco de la tarde—. ¿El crítico que estamos esperando? —indago, aunque espero que no haya venido a estas horas. Sería una auténtica putada, la verdad.

—No sé, pero parece importante… el hombre, digo, así todo trajeado y…

—De acuerdo. Vuelve a tu puesto. Ya salgo.

Vuelvo a desdoblar la filipina y me la coloco. No sé quién es el misterioso invitado, pero si está preguntando por mí, lo mejor es que lo reciba con el uniforme, por si las moscas.

Me vuelvo a colocar el gorro, me cercioro de que no haya ni un solo cabello fuera y lo anudo. Si es el crítico gastronómico, debo tener un aspecto impecable, a pesar de llevar más de cuatro horas en la cocina. Respiro hondo y contengo los nervios. Me juego mucho con esta visita. Si le gusta lo que ofrecemos aquí, incluirá el Tulipanes —como se conoce por aquí al restaurante— en una de las guías de viaje más conocidas del país.

Salgo y…

¿En serio?

No puede ser…

¿Pero qué cojones quiere este ahora?

¿Qué pinta aquí después de dos años?

La desilusión de ver que no se trata de quien esperaba se refleja en mi cara, estoy seguro, porque solo eso explicaría la mirada indignada que me echa Dorian.

—¡Adrián! —me saluda, dando un paso hacia mí y sonriendo como si nos fuésemos a ir de copas en un rato.

Sin embargo, yo me detengo en seco al verlo y me quedo anclado al lugar. Siento que me estoy enfadando cada vez más, pero debo disimular, porque hay clientes en el restaurante y no quiero llamar la atención, ya que algunos de ellos empiezan a mirarnos y a cotillear. Normal, la indumentaria de Dorian deja entrever de que se trata de alguien importante.

Importante.

Ya quisiera él.

Sin saludarlo siquiera, le hago un gesto con la mano para que me siga. Entramos por las cocinas y subo las escaleras secundarias hasta la planta alta, allí está el almacén y una pequeña habitación, mi despacho, el lugar donde organizo todo.

—¡Qué bien montado lo tienes! —me alaba mientras camina y va observándolo todo.

—Entra —le indico, abriendo la puerta y haciéndolo pasar dentro.

Le sigo.

Él se detiene en el centro.

Se gira.

Me mira.

—Vaya cara. ¿Qué pasa, Adri? —me pregunta, a pesar de que estoy seguro de que sí sabe a qué se debe.

Y si no es así, es porque es más idiota de lo que parece así vestido.

—¿Qué haces aquí? —Voy directo al grano, no quiero entretenerme con él más de lo necesario.

—¿A qué viene esa pregunta, tío? —Su expresión de imparcialidad me demuestra que solo está actuando y que es consciente de lo que pasa.

—¿Qué estás buscando, Dorian? Ya te hice el ingreso hace dos semanas. No tienes nada más que hacer aquí —le corto, antes de que pueda seguir haciendo preguntas inútiles que solo consiguen enojarme más—. ¿O es que te parece poco? ¿Quizá es que no te da para pegarte otro de tus innumerables viajes y vienes a interesarte por el negocio por si acaso te estoy estafando?

Él me observa y, sin que lo espere, se deja caer en la silla que tiene detrás. Por un momento, veo un destello de culpa en sus ojos, aunque no dura más de un segundo, que es lo que tarda en volver a recomponerse, abrirse el botón de su impecable y carísima chaqueta y encararme.

—Me da igual el dinero, Adrián. Eres un capullo. —Y se levanta.

Cuando pasa por mi lado, lo detengo agarrándolo por el hombro.

—¿Yo soy un capullo? ¿Y tú? ¿Qué eres tú, Dorian?

—Gracias a mí tienes esto —me escupe a la cara.

—Y eso es lo que más lamento de todo —le respondo.

—Eres un desagradecido, Adrián. Te creía mi amigo —me suelta.

¡A buenas horas, mangas verdes!

—Los amigos no desaparecen y vuelven años después para echarme en cara algo que he conseguido con el sudor de mi frente. Puede que me concediesen el crédito gracias a tu apellido, pero lo he saldado gracias a mi esfuerzo. ¿Dónde has estado tú mientras, Dorian?

Se calla y me enfrenta.

Creo que es la primera vez que discutimos desde la muerte de Ricky.

—No es asunto tuyo. —Inspira con fuerza por la nariz y aprieta la mandíbula tan fuerte que

hasta yo me percato de ello.

—Lo era, al menos. Lo fue durante los meses en los que estuve solo intentando levantar esto, Dorian. —Agacha un segundo la mirada y, luego, la eleva de nuevo y adopta ese porte orgulloso que antes no tenía, pero que reconozco muy bien, pues lo lucen todos en su familia.

Con esa actitud altanera frente a mí, solo me ha quedado clara una cosa: ya no es el mismo.

El dinero cambia, corrompe y seduce.

Y, por desgracia, creo que Dorian ha sucumbido a todas ellas.

—Tuve que ausentarme —responde, tras varios minutos en silencio, manteniéndonos la mirada.

—Sí, en las Maldivas —le contesto, justo antes de que abra la puerta y salga de allí más enfadado de lo que lo estoy yo, si es que eso es posible.

¿De verdad creía que no recordaría nuestra última conversación?

4

Dorian

Esto no es lo que tenía pensado…

No.

Creí que querría hablar, que me dejaría explicarle el motivo de mi ausencia.

Pensé que me entendería.

Que conversaríamos.

Llegaríamos a un acuerdo.

Pero no…

Adrián no parece dispuesto a perdonarme nada, aunque no puedo culparlo: yo tampoco lo haría.

Sus últimas palabras me han dolido porque…

Sí, yo también recuerdo esa conversación…

Hace dos años y medio.

Acabo de colgar el teléfono y ni tiempo me ha dado, ya se lo han llevado.

Beltrán me ha llamado para interesarse por mí, es el único al que parece importarle mi situación. Me estrujo el puente de la nariz. Lo que me ha dicho sobre Adrián me palpita aún en la cabeza. Marcelo le ha oído en el banco.

Quiere montar ese restaurante con el que siempre ha soñado, ese del que siempre hablaba.

También me ha dicho que lo tiene difícil. No posee aval.

Cierro los ojos y empiezo a formar la idea en mi mente.

Me pregunto si mi padre apoyará mi propuesta. No es descabellada, aunque tampoco nada seguro.

Sin pensarlo mucho más, me dirijo a la puerta de la habitación y pido una nueva llamada.

****

La conversación de ayer con mi padre me dejó un buen sabor de boca. Al menos, pienso que hay una posibilidad de arreglar nuestra relación.

Suspiro.

Dejo de darle vueltas al móvil sobre la mesa y, tras varios intentos fallidos, decido no alargar más el momento y marco.

Un tono.

Dos.

Tres…

—Vamos, capullo, cógelo —digo en voz baja, mirando hacia la puerta.

Cuatro.

Cinco…

Y…

—¿Sí? —La voz de Adrián suena como si no supiese quién soy. ¿Habrá perdido mi número? No lo creo. Hace meses que no hablamos, algo raro en nosotros, pero no me parece que esté enfadado por eso. Él nunca lo hace.

—Adrián, capullo —le digo, rompiendo así la seriedad de su respuesta. Espero que eso le recuerde que, aunque no charlemos de seguido, aún somos los de siempre—. ¿Acaso has perdido mi número? —expreso mi duda en voz alta, a ver si así consigo saber el motivo de esa parca contestación al descolgar.

—¿Dorian? ¡Vaya, vaya…! ¡Qué sorpresa! —Su voz denota eso: sorpresa. Pues sí, lo mismo no le di mi nuevo número… ¿o sí?

No lo sé, la verdad. Tengo demasiadas lagunas.

—¿Qué tal? ¿Ocurre algo? —me pregunta, cortando así mi diatriba mental.

Sonrío al pensar que todo se ha debido a una paranoia mía y a un malentendido. Adri es mi mejor amigo y siempre lo será.

—¿Cuándo pensabas decirme que ibas a embarcarte en tu proyecto, pedazo de mamón? —Intento sonar distendido, aunque cierro los ojos para concentrarme en ello y no ver lo que me rodea.

—Pues, quizá, cuando tú me contases que te habías acostado con Mel —me contesta de malos modos. ¿Y este cómo se ha enterado?—. Te advertí en un par de ocasiones que no te acercases a ella…

Tengo que cambiar el rumbo de la conversación, tengo que hacer que se olvide de eso. Melissa me dejó muy claro que ni una palabra a Adrián. Y yo ni lo cuestioné. Estaba demasiado borracho —y cachondo, todo hay que decirlo— para negarle nada.

—¿Mel? ¿Y quién cojones es Mel? ¿Tu novia? —improviso—. Si es así, lo siento, tío… Ni siquiera sabía que tenías pareja.

Nada más decirlo, me arrepiento. Si Adrián estuviese saliendo con alguien, yo lo sabría.

«No va a colar», me digo a mí mismo.

«¿Pero yo por qué cojones estoy mintiéndole a mi amigo?», me pregunto justo después.

—Dorian, no me mientas, me lo ha contado ella. Ya sabes, Mel… Melissa… —Solo su nombre me pone a mil. Desde que la vi aquella tarde en la cafetería con Adrián me propuse tirármela… y lo conseguí. ¡Vaya sí lo hice!

Recuerdo una noche que la vi y lo intenté, pero mis encantos cayeron en saco roto: tenía novio, me dijo.

—Bajita, muy blanquita de piel, el pelo naranja, ojos azules…

Que sí, que sí… No necesito que me la recuerde.

Está bien, disimular no es lo mío. Sé que me va a pillar.

Desconozco el motivo por el que, a pesar de que Melissa me hizo tanto hincapié en que no se lo dijese, ahora se lo cuenta ella. De todos modos, tampoco le voy a dar demasiada información, por si acaso.

Voy a improvisar sobre la marcha.

—El fin de semana pasado me fol…

—No sigas por ahí —me corta. Sabía que lo haría. Siempre lo hace.

Una duda sigue rondándome y no voy a quedarme con ella. Espero no haberla jodido y bien.

—¡¿Esa es tu novia?!

—¡NOOOO! —¡Menos mal! Ya empezaba a dudarlo con tanta insistencia—. ¡Es la hermana de Ricky, gilipollas! —me grita, como si estuviese frustrado con mi ignorancia. ¡Claro que sé quién es!

Y por supuesto que acuerdo que me advirtió, más veces de las que recuerdo, que no me acercase a ella, que era demasiado dulce para mí, inocente y no sé qué mil cosas más…

también, que merecía algo más que ser un polvo de una noche. ¡Y menudo polvo!

Y que tenía novio.

Uno que él no aprobaba, dicho sea de paso.

Me pidió que no le buscase problemas innecesarios con ese tío.

«Policía, eso sí que no lo he olvidado».

Con toda seguridad, es lo que mejor recuerdo.

—¿En serio? —Voy a hacer el papel de mi vida—. ¿Me he tirado a la hermana pequeña de Ricky? Dime que no…

¡Menudo mentiroso soy!

¿Y yo soy el que se ha hecho el firme propósito de cambiar?

«¡A la mierda, Dorian!».

«¡Siempre serás el mismo!», me recrimino.

—Pues va a ser que no puedo, porque sí, lo has hecho.

Me viene a la mente la imagen de Melissa de espaldas, pegada a la pared y… ¡Joder!

No sé qué tiene esa pelirroja, pero no me la puedo quitar de la cabeza.

Sé que fue bueno… o eso creo.

Tengo lagunas, muchas lagunas.

—¿Cuándo vas a sentar un poco la cabeza, tío? —Y él sigue con su reprimenda. Miro el reloj y maldigo. Se me va a acabar el tiempo de la llamada y no voy a poder decirle lo que quiero—. Las hermanas de los amigos son sagradas y ella aún más, ya deberías saberlo.

¡Que sí, que lo sé! Eso es lo único que me entran ganas de gritarle.

Pero… ¿por qué y de qué la protege tanto?

—Joder, lo siento. —A ver si diciéndole lo que quiere oír, se calla ya y me deja hablar de una puta vez—. ¿Qué iba… yo…? —continúo, bien metido en mi papel—. Ni la reconocí. ¡¡Qué cojones!! ¡Ni siquiera la conozco! —¡Eso no me lo creo ni yo!—. ¡La he visto dos o tres veces! —O menos, pero todas han sido memorables—. ¡Y de lejos! —¿De lejos? Más cerca imposible —. Y… y… estaba con una amiga tomando algo en un bar. ¡En Cáceres! ¿Cómo iba a saber…? Si su padre no la deja salir ni a la esquina… ¿Cómo me iba a imaginar que…?

Un suspiro al otro lado de la línea me indica que puede que me esté pasando, sobreactuando tal vez, y que esto empieza a sonar a mentira.

—¡Pues está bien buena!, ¿eh? —termino, para darle un toque propio y real al teatrillo que acabo de montar.

—Olvídalo, Dorian. Veo que sigues siendo el mismo imbécil de siempre.

Al menos no me lo está reprochando, sino que más bien suena a como me lo decía antes. Lo traduzco en un: no tienes remedio, Dorian.

Y prefiero que piense así.

Aunque también sé que se sorprenderá del cambio que me he propuesto dar.

—Pues este imbécil te va a sacar del apuro en el que estás —le comento muy seguro de mí mismo, cortando el tema «Melissa» y sacando a relucir el que de verdad me ha hecho llamarlo.

—¿De qué hablas? Te juro que no te entiendo. ¿Y quién demonios te ha dicho que voy a…?

—Ya deberías saber que mi gente tiene oídos en todas partes. —Adrián bufa al otro lado. Sé que no le gusta cuando intento tomar el papel de Dorian Castillo-Sandoval, siempre me ha dicho que el dinero vuelve gilipolla a la gente y que conmigo se cumple a la perfección. Dejo de lado la actitud altanera que tanto le molesta y voy al grano. Se me acaba el tiempo y todavía no le he dicho nada—. Está bien. Ha sido una simple casualidad del destino. Mi hermano estaba en el

mismo banco que tú el día que fuiste a entregar los papeles, porque tenemos un proyecto entre manos, uno a largo plazo. Estaba reunido con el director y, al salir, te oyó sin querer…

—¿Sin querer?

¡Joder! ¡Cómo está con el sarcasmo! Pero a este ¿qué le pasa? ¿No folla o qué?

—Oye, sabes que Marcelo te aprecia muchísimo, ¿verdad? —le indico.

¡Y no miento! Creo que lo quiere a él más que a mí.

¡Miento!

Creo no, estoy seguro de ello.

—Lo sé, aunque no es mutuo. Yo solo lo toleraba porque me dejaba hacer y deshacer a mi antojo en el restaurante.

Empiezo a reírme a carcajadas.

¡Ese es mi amigo!

—Bueno, entonces ¿vas a escuchar lo que tengo que proponerte o no? —lo corto, porque de lo contrario no voy a poder explicarle nada.

****

Justo cuando voy a devolver el teléfono, este suena. Me quedo mirándolo porque no lo hace nunca. Todos los que suelen llamarme saben que este número no debe recibir llamadas. Todos, excepto una persona. Y esa es la que aparece reflejada en la pantalla. Descuelgo sin pensármelo mucho. Aún me queda tiempo.

—Dorian —me dice Adrián nada más escuchar que he descolgado. No me ha dejado ni saludarlo—. ¡Me lo han concedido! —Aunque habla en voz baja, puedo darme cuenta de que está conteniéndose para no gritar, probablemente, por la hora que es.

—Ya te lo dije —le respondo muy pagado de mí mismo, así continúo con el teatrillo. Bostezo varias veces, porque, aunque hace una hora que estoy levantado, anoche apenas dormí—. No hay nada que el dinero no consiga, hermano.

Sonrío al decir eso. Y sé que él también lo está haciendo.

Hermanos, eso éramos.

¡Y lo somos!

La muerte de Ricky supuso una pequeña brecha entre nosotros, pero a pesar de ello, seguimos adelante, juntos. Perdonando los errores del otro.

—Quería darte las gracias y, por supuesto, informarte que debes venir para firmar todo el papeleo.

Imposible. No puedo salir de aquí. ¡A ver cómo lo hago!

«Piensa, Dorian, piensa».

«¡Pero rápido!».

«¡Ya lo tengo!».

—¿Pero de qué estás hablando? —comienzo a decirle con un tono burlesco—. ¿Tú sabes dónde estoy yo, pedazo de melón?

Fijo que no se hace ni una idea, aunque, a decir verdad, hace unas semanas yo tampoco lo hubiese imaginado.

—En la cama, por la voz de dormido que tienes —me contesta con sorna.

¡Qué más quisiera yo! Esto es peor que un cuartel.

—En las Maldivas, Adriancito. —Eso sí que me gustaría—. Hace dos días que llegué a este paraíso… —«¿o debería decir infierno?»—. En cuanto me despierte, le digo a mi abogado que

te envíe un poder autorizándote a gestionar por mí. Me fío de ti, ¿sabes?

—Gracias. —Su respuesta suena como si se sorprendiese de mis palabras. Si tuviese que jugarme la vida por alguien o poner la mano en el fuego, ese sería él. Sé a ciencia cierta que jamás haría nada para perjudicarme.

—Este negocio va a ser la polla, Adri —concluyo, inyectándole un poco de energía, que parece que se le ha ido después de la noticia inicial.

Un toque en la puerta me advierte de que el tiempo se ha acabado. El chico se asoma y antes de que pueda hablar, cuelgo, sin tan siquiera despedirme de mi amigo.

No puedo quejarme. Si mi padre no hubiese estado en el otro lado del charco cerrando un acuerdo importante para la empresa, no hubiese atendido esta llamada. Por suerte, don Fernando quería hablar conmigo, tal y como hace cada día, y me ha pillado con el teléfono en las manos. ¡Menos mal!

5

Melissa

«Confía en el tiempo, que suele dar dulces salidas a muchas amargas dificultades».
—Miguel de Cervantes—

Una semana más tarde.

No sé si creérmelo…

¿Me lo creo?

¡NO!

Bueno, sí, aunque aún me estoy haciendo a la idea.

Miro la pantalla del teléfono y me veo reflejada en ella. Mi cara de sorpresa todavía es visible.

Guardo el móvil en el bolsillo del pantalón, me recoloco la ropa y entro al restaurante. Aún está cerrado al público, pero hoy me ha tocado venir a preparar las mesas. Al menos, no tengo que cerrar, porque eso implica que mi chiquitín no duerma en casa, sino en la de «sus tíos». No obstante, no puedo quejarme porque: primero, a él le chifla eso; segundo, apenas hago cierre dos o tres veces en el mes. Es la ventaja de que el jefe sea tu mejor amigo. Y tercero, lo gano mucho mejor que cuando estaba en las Dos Rosas sirviendo copas, sin contar que si siguiese allí, tendría que dejar a Hugo todos los fines de semana con ellos. De modo que no, no me quejo para nada.

—¿Qué ocurre? —me pregunta Adri nada más verme entrar.

¡Pues sí que se me nota en la cara!

Aunque él también me conoce bastante; demasiado, diría yo.

Voy a contestarle, pero al final decido guardar silencio para darle un poco de emoción a la cosa; sin embargo, me parece que mi jefe-amigo no está comprendiendo mi gesto, porque frunce el ceño y comienza a caminar en mi dirección. Parece preocupado.

—¿Mel? ¿Pasa algo? ¿Está…?

—¡Me han llamado! —grito como loca, haciéndolo callar de sopetón.

Adrián abre los ojos de par en par y, tras la sorpresa inicial, sus brazos también hacen lo mismo para acogerme en ellos. En cuanto lo veo, me lanzo hacia donde está con una pequeña carrera, ya que se encuentra muy cerca de mí. Sé que no le gusta la idea de que trabaje para la familia de Dorian, pero si lo analiza bien, se dará cuenta de que no voy a hacerlo para ellos. La empresa que me contrata es externa a los Castillo-Sandoval y… y si fuesen ellos, también daría igual. ¡Me importa un pepino verde cuál sea el apellido, yo tan solo quiero la oportunidad de demostrar mi valía!

Estoy tan concentrada en mi reivindicación mental que no me he percatado de que Adrián ya me ha soltado. Cuando lo hago, veo una pequeña sombra de disgusto en sus ojos, aunque a su favor tengo que decir que intenta disimularla lo mejor que puede.

—Venga, hombre, es una gran oportunidad —le digo, chocándole el hombro con mi puño, como me hacía él a mí de pequeña.

—Lo sé —me concede y dibuja una amplia sonrisa en sus labios, a pesar de que esta no se refleja en su mirada.

—¿Entonces? —Él desvía la atención y yo intento impedírselo. Me coloco frente a sus ojos. Quiero que me vea, que se dé cuenta de lo feliz que estoy, del orgullo que siento al haber

conseguido esto y, también, que se alegre por mí. Deseo que deje las rencillas que pueda tener con esa familia y que disfrute de este momento, al igual que lo estoy haciendo yo. Sin embargo, sé que todo eso le va a costar, así que enfoco el tema por otros derroteros, unos que soy consciente que debemos tratar también—. A ver, sé que vas a tener que modificarme un poco los turnos para que pueda compaginarlo con esto —le digo, atrayendo su atención sobre mí de nuevo —. Te juro que en cuanto sepa el horario, te lo diré… Además, quizá pueda hacerlo desde casa. Porque para pintar no hace falta estar en una oficina. Si quieres busco una canguro para Hugo y…

Me tapa la boca con la mano mientras niega con la cabeza.

Cuando consigue callarme, me sonríe, y esta vez sí parece mucho más sincera.

—Me alegro por ti, enana, de verdad. Si compaginas ambos trabajos, no vas a tener tiempo para estar con el niño, Mel. Yo me las apañaré bien por aquí. Y cuando quieras y puedas volver, solo tienes que pedirlo.

—Gracias. —Me lanzo a sus brazos de nuevo. Si es que, aunque quiera parecer duro, es un trocito de pan.

—Y lo de la canguro ni se te ocurra, ¿de acuerdo? Eso sí es un buen motivo para que me enfade contigo. Y Lázaro también lo hará. Lo sabes.

Empiezo a reírme a carcajadas, en parte por los nervios que me consumen. Él me observa con atención y, aunque una mínima pizca de no sé qué se sigue apreciando en sus ojos, un atisbo de orgullo también se deja entrever en ellos. Y con eso me vale. Claro que me vale.

—Ali no sabe la suerte que tiene —le digo, acariciándole la barba.

—Sí, sí que lo sabe —me contesta, adoptando su pose de Romeo prepotente, lo que ocasiona que me ría un poco más.

De repente, el silencio se hace entre nosotros. Sigo intentando dilucidar qué es lo que sus ojos tratan de esconderme.

—Adri —le llamo, justo cuando lo veo desviar la mirada hacia el salón, a pesar de que allí no hay nadie. El resto de mis compañeros debe empezar a llegar dentro de unos treinta minutos más o menos.

—¿Sí? —A pesar de que me responde, lo noto como ausente, algo muy diferente a lo que me transmitía hace unos minutos.

—¿Me vas a contar qué te ocurre o voy a tener que estar dándote la lata todo el día hasta que lo sueltes?

Cuando termino de hablar, me lanza una sonrisa torcida, la cual ya me está indicando su respuesta.

—¿Y hacer que te aburras toda la jornada? —me replica.

¡Mierda! ¿Por qué será tan hermético?

Veo que se dispone a irse hacia la sala para empezar a organizarlo todo.

—¡Eh! —Se detiene en seco al oírme y echo a andar tras él—. ¿Cómo consigue Ali que dejes de ser tan cerrado? —pregunto.

¿La verdad? Esa cuestión era algo que tan solo me estaba planteando en mi cabecita. Y tan segura estaba de ello que ni siquiera me he dado cuenta de que lo he dicho en voz alta hasta que lo he escuchado reír.

—Mejor no quieras saberlo —me suelta, guiñándome un ojo.

¡Este sí es mi Adri!

Hace quince años.

—Esto es un rollo. No necesito canguro —expreso enfadada. Me cruzo de brazos para demostrar mi desacuerdo—. No quiero…

—Ahora que tengo más horas de curro, alguien tiene que estar contigo, Meli —me indica Ricky, lanzándole una mirada cómplice a su amigo—. Y como Adrián necesita un trabajo que pueda compaginar con sus estudios, así matamos dos pájaros de un tiro.

Los miro molesta y frunzo el ceño.

—¡Ya tengo ocho años! Sé cuidarme sola y puedo esperar en casa hasta que mamá o tú regreséis —indico.

Ricky resopla.

De repente, Adrián, ese único amigo que mi hermano trae a casa, aunque desconozco el motivo de por qué lo hace, se agacha y se pone en cuclillas frente a mí.

—Melissa, míralo así: estos pesados no van a parar, vas a tener canguro sí o sí, de modo que… ¡mejor que sea yo! ¿Sabes qué? Cenaremos juntos todas las noches, así podremos hacer…

—¡Ojo con lo que quieres hacerle a mi hermana, capullo! —salta Ricky de inmediato.

Lo miro sin entender a qué viene ese arrebato y Adrián se vuelve con cara de asombro, confusión y algo más que no comprendo.

—Platos buenísimos que seguro que no ha probado nunca y, además, practicaré —le explica.

Mmm, esa idea me gusta. En casa siempre comemos lo mismo. Mamá se pasa el día trabajando y, de un tiempo a esta parte, la noto como ida… No sé por qué, pero me parece que está demasiado cansada. Ricky está fuera desde que se levanta hasta por la noche y, a veces, ni entonces viene a casa. ¿Dónde va? ¡Ni idea! Sé que a dónde sea, lo hace con otro de sus amigos, un tal Dor… Dora… ¡Jopetas! Es algo parecido a Doraemon, pero nunca lo recuerdo.

—¡Idiota! —le increpa Adrián, después de haberse puesto en pie de nuevo. Es casi una cuarta más alto que mi hermano, lo que me sorprende, ya que para mí y mi pequeña estatura, Ricky es enorme.

—Ey, relájate, era una broma —le indica Ricky con una sonrisa.

Veo que ambos se mantienen la mirada, parece que se dicen algo, pero yo lo ignoro. ¡Como todo en esta casa! ¡Soy un cero a la derecha! ¿O era a la izquierda?

—¿Qué me dices, enana? —me pregunta Adrián, tras agacharse y volverse hacia mí.

—Está bien, pero no soy enana. Aún me queda mucho por crecer, que te quede claro.

Ricky sonríe satisfecho, le hace un gesto a su amigo y le pide que salgan fuera.

—Ahora vuelvo. Quédate aquí, Meli.

Asiento, y los veo cruzar la puerta.

Me siento en el sofá con intención de pasar el rato hasta que Ricky entre, pues me ha prometido que va a jugar conmigo y con la muñeca nueva que me regaló ayer. Creo que está trabajando, porque le he visto darle dinero a mi madre, así que de algún lado lo sacará, ¿no?

Me levanto al oír un cuchicheo por la ventana. Me asomo con cuidado y los veo. Son ellos los que están hablando, pero no escucho bien. Me acerco con cuidado y abro una rendija pequeña. Me dejo resbalar por la pared para que no se den cuenta de que estoy cotilleando lo que dicen, y ahí permanezco oyendo la conversación que mantienen.

—No la dejes sola hasta que llegue yo, Adri —le pide mi hermano. Después de eso, se calla

y, al instante, me viene un tufo a tabaco, por lo que sé que Ricky acaba de encenderse un cigarrillo—. Por nada del mundo. Si crees que no vas a ser capaz…

—Tranquilo, tío. No me voy a mover de aquí. Si tengo que encerrarme con ella y jugar a las Barbies, lo haré.

—Eso tengo que verlo —le contesta jocoso.

—Fuera de coñas ya, Ricky. No podéis seguir así —le dice Adrián.

—¿Crees que no lo sé? Mi madre tiene una depresión de caballo, se pasa el día tomando las pastillas esas que le han mandado. No lo hace para estar mejor, Adri, lo hace para evadirse de todo. No aguanta más. Y se le está yendo de las manos.

¿Mi madre tiene depresión? ¿Y qué es eso? ¿Se va a morir? ¿O también va a empezar a gritarme por todo como hace mi padre? Siempre me dicen que mi papá está enfermo… No quiero que le pase igual a ella.

—Tendríais que internar a tu padre. Sus episodios son cada vez más frecuentes y siempre suceden con tu hermana —le indica Adrián de nuevo.

—No es tan fácil. —Oigo un suspiro, imagino que de Ricky—. El cabrón sabe disimular muy bien. Acude a terapia y dice que sigue el tratamiento. No sé si de verdad no es consciente de lo que le ocurre o simplemente es malo, un cabrón, y disfruta con esto. No puedo creer que mienta de ese modo. Para el médico todo va sobre ruedas.

—¿Sobre ruedas? ¡Y cuesta abajo, Ricky!

—En tres meses cumpliré los dieciocho. Una vez que lo haga y en cuanto tenga suficiente dinero para que ambos podamos subsistir, me iré de aquí con ella.

¿Ella? ¿Quién es ella?

—No puedes hacer eso, es menor —le replica Adrián.

—¡Y un cojón! No voy a dejar a mi hermana en esta mierda de casa, tío.

Ella… ¿soy yo?

—Hablando de dinero —dice su amigo, suavizando el tono—. Me preocupa…

—Deja de actuar como una madre, Adri. Dorian y yo sabemos lo que hacemos —le responde mi hermano con un tono que no deja lugar a réplica.

—¿Que Dorian sabe lo que hace? ¿Estamos hablando de la misma persona? Esos tíos son chungos, Ricky. ¡Y me preocupo porque me sale de los cojones! —le contesta, bastante malhumorado.

Pero Ricky no le replica. Al contrario, justo en ese instante, ambos se callan.

«¿Qué tíos?», me pregunto.

No sé de qué están hablando, pero la palabra «chungos» es algo malo, eso lo sé.

Al darme cuenta de que continúan en silencio, decido asomarme por la ventana.

—¡Mierda! —digo, cuando veo que ambos se alejan de la entrada.

Vuelvo al sofá y espero.

Ricky no tarda más de cinco minutos en volver.

—Oye, ¿vamos a jugar con esa muñeca nueva que tienes? —me pregunta, tal y como cruza la puerta.

Le sonrío de oreja a oreja y empiezo a subir las escaleras corriendo para ir a buscarla.

6

Melissa

«Las pequeñas oportunidades son el principio de las grandes empresas».
—Demóstenes—

Me limpio el sudor de las manos antes de entrar. Miro mi atuendo y me entran las dudas. ¿Vendré demasiado arreglada? ¿O me verán muy informal? De forma inconsciente, he vuelto a ponerme la falda de tubo que llevé a la entrevista y, al darme cuenta de ello, rezo en mi interior para que la mujer que me la hizo no esté aquí, porque menudo bochorno si se da cuenta de que repito *modelito*. A ver, lo que pasa es que no suelo usar faldas porque me cuesta combinarlas, por lo que solo tengo una para eventos de este tipo. Quizá debería haber optado por uno de los vestidos.

«Tarde, ya es tarde para eso».

Me acomodo el bolso, respiro hondo y…

¡Allá voy!

Cruzo las puertas de cristal y busco con la mirada por la recepción. No tengo que hacerlo mucho porque me topo de frente con el mostrador.

Me han citado en uno de los hoteles más caros y prestigiosos de la ciudad, uno de los primeros en los que el cabeza de la familia de los Castillo-Sandoval invirtió. Ni que decir tiene que es la primera vez que entro aquí; más bien me englobo dentro de aquellas personas que opinan que lo mejor es no pasar ni por delante de la puerta no vaya a ser que me cobren por mirar de reojo. No, la verdad es que me pilla muy alejado de casa y del trabajo. Podría decir que esta zona casi ni la he visto en el tiempo que llevo viviendo aquí. Por lo que he podido averiguar, la familia de Dorian posee casi la mitad de las acciones o eso dice Google. Soy curiosa por naturaleza y he investigado antes de venir. También he leído que desde aquí están dirigiendo el nuevo proyecto, o resort, que será más asequible que el resto de sus paradores, y que estará destinado a parejas y familias por igual. Vamos, sin tanto postineo. Aunque, a decir verdad, eso es sencillo viendo lo que tengo delante.

—¡Madre mía! —exclamo en voz baja al ver las lámparas colgantes que adornan la sala. Es cierto eso que decía san Google de que había sido redecorado hacía menos de un año. Se ve tan moderno, tan sofisticado y tan…

—¿Puedo ayudarla, señorita? —me pregunta una joven tras el mostrador, sacándome de mis pensamientos.

«¡Fijo que ha pensado que soy una paleta!».

«¡Cómo para no hacerlo!».

—Sí, claro. Tengo una entrevista con la señorita Alessandra Belmonte —le digo, sin dejar de pasear la mirada por la estancia. Me tiene maravillada.

—Un segundo. Disculpe —me contesta. La chica toma el teléfono y marca el número de una extensión. La escucho informar a quien esté al otro lado sobre mi presencia; después, asiente y cuelga—. La señora Belmonte la espera.

¿Señora?

No irá a entrevistarme de nuevo la madre, ¿verdad?

Rezo porque no sea así. No es por ofender, pero… la mujer me da un poco de repelús.

—Paula, ¿sabes si…?

Esa voz masculina, grave y con un leve tono chulesco, que conozco bien, me hace dar un respingo. Dejo de oír a la joven que me está dando las indicaciones de cómo llegar hasta el lugar en el que me esperan y me giro muy despacio hacia mi izquierda, lugar del que procede el sonido que me está erizando la piel. Y lo peor de todo es que no tengo muy claro el motivo por el que lo hace.

«¿Se puede tener más mala suerte?».

«¿En serio tenía que cruzarme con él?».

«Pero ¿por qué mierdas te estás girando, Melissa?», me reprendo. Debería de quedarme en mi sitio, sin volverme y estar haciendo caso a esa amable chica que me está informando hacia dónde ir para encontrar la oportunidad que ando buscando.

Sin embargo, hago todo lo contrario. Como siempre que él está cerca.

—¿Melissa? —me llama, sorprendido, al encontrarse frente a frente con mi rostro perplejo. Porque sí, sé que estoy perpleja y no puedo disimularlo.

—¡Dorian! —digo, intentando disimular un poco el estado de nervios que se ha apoderado de mí y que están ocasionando que sienta millones de descargas eléctricas en mi estómago. Además de los *flashes* de nuestro último encuentro… tórrido, muy tórrido.

«Disimula, Melissa», me digo. «Tal vez él no lo recuerde. Iba como una cuba y te fuiste antes de que despertase».

Le pido a ese Dios en el que no creo que me conceda eso.

«Juro que si lo haces, me replanteo mi decisión de ser atea», suplico para mis adentros.

Pero la sonrisa canalla que acaba de dibujarse en su cara me indica que no lo ha olvidado. Para nada. Sé leer entre líneas. Y su rostro está diciendo que no solo se acuerda de aquella noche, sino también que si me descuido y me dejo, me empotra contra el ascensor.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta, ignorando a la recepcionista, que se queda la pobre ahí mirando y se ve obligada a esperar, porque, claro, no puede hacer un desplante al hijo del dueño.

—Tengo una entrevista de trabajo —le informo, bajando la mirada.

«Mal, muy mal » .

Al hacerlo, veo que el traje que lleva le sienta como un guante. Está divino.

Dorian siempre ha estado de buen ver, como diría mi madre. Siempre le gustó el ejercicio —y veo que sigue haciéndolo—. Lo sé porque Ricky me decía cada día que iban los tres juntos al parque de la entrada a practicar deporte en las «máquinas» que había instaladas allí de forma gratuita, ya que ninguno podía costearse un gimnasio. Por lo que oí de él por boca de Ricky y lo que Adri me contaba, ya cuando mi hermano nos dejó, era un poco donjuán y de ahí que fuese tan reacio a presentármelo. El instinto de protección de Adrián hacia mí a veces es demasiado excesivo, menos mal que yo sé pararle los pies y, además, hago lo que me viene en gana le guste o no. El caso es que como un buen conquistador que era, o es, se preocupaba por su físico y, a pesar de no tener unos rasgos espectaculares, como unos impresionantes ojos claros o una inmensa altura, es un tío que despertaba, y despierta, el interés del sexo contrario. Tiene el pelo oscuro, muy oscuro. Negro, negrísimo. Y unos ojos aún más oscuros. Sus pestañas son la envidia de cualquier mujer: largas, espesas y curvadas. Siempre me llamó mucho la atención ese rasgo de él, la verdad. Y su boca está hecha para el pecado y de eso sí que puedo dar fe.

Sacudo la cabeza y me saco la imagen que me ha evocado en mi mente esa boca y levanto la mirada, porque, aunque en un principio la agaché con intención de evadirme un poco, lo cierto es que he acabado haciéndole un repaso, un señor repaso, todo hay que decirlo.

Cuando lo encaro de nuevo, tiene esa sonrisa torcida, a lo perdonavidas, que tanto nos gusta ver en las películas, pero…

«Esto no es una, Melissa», me reprendo, con intención de concentrarme en lo que debo hacer: mi entrevista. Y así cortar de raíz esta conversación, no vaya a ser que aquí Míster Sonrisillas se piense que quiero tema de nuevo.

«Oye, pues no me importaría » . Frunzo el ceño al escuchar mi contestación. Creo que mi subconsciente tiene mucho más claro que yo lo que deseo.

—¿Melissa?

Su voz, la cual ya posee un tono de preocupación, me alerta.

«¡¡Peligro, peligro!!», me grita una voz que ya no reconozco ni como mía de lo abstraída que ando.

Abro los ojos de par en par, medio asustada, medio avergonzada.

¡Si Dorian supiese de mi conversación mental!

—¿Te encuentras bien? —indaga y me toma del codo.

«¿Pero por qué tocas, hombre? Que voy a empezar a sudar y no precisamente porque haga calor aquí».

—Sí, sí… ¡Sí! —contesto, más eufórica de lo que debería—. Son los nervios —digo como excusa a mi lamentable comportamiento.

—¿Con quién tienes la entrevista?

—Con la señorita Belmonte —repito.

—Señora —me corrige, al igual que la chica de la recepción—. Las dos están casadas.

Asiento repetidamente hasta que Dorian sonríe y me obligo a parar.

«Dios, parezco idiota » .

«Pero ¿qué me pasa? » .

Juro que no lo sé. Imagino que esto es lo normal cuando te cruzas con alguien a quien lo último que le dijiste fue que habíais echado un buen polvo. No soy de las que se acuestan con tíos porque sí y cuando lo hago, por norma general, siempre hemos mantenido una cita, charlado, no sé… ¡Algo! No me considero una mojigata y tengo mis necesidades bien cubiertas, pero no soy de la que se toma dos copas (sobre todo, porque no bebo. Para una vez que lo hice…) y se acuesta con el primero que ve. Oye, que lo respeto cien por cien, pero yo luego no sé cómo actuar. Y eso es lo que me está pasando ahora.

«¿En qué estaría pensando aquella noche? » .

«Vale, mejor no contesto a eso. Ya lo sé».

Mientras yo mantengo esta diatriba mental, Dorian se ha girado hacia la recepcionista y le ha indicado que él me acompañará hasta la sala donde está la señora Belmonte. La chica asiente y, una vez que Dorian se vuelve de nuevo hacia mí, se pone a atender a los siguientes clientes que esperaban su turno.

7

Dorian

Aunque intento entablar algo de conversación de camino al ascensor, Melissa no parece muy por la labor. Imagino que estará nerviosa por la entrevista, tal cual me ha dicho antes. La he llevado hacia el privado, el que está tras la recepción, para que los clientes no me vean subir y bajar por el común, porque, según dice mi padre, eso nos provoca mala imagen. ¿La verdad? Yo no lo entiendo, pero no voy a darle motivos para que se moleste ahora que parece estar más que contento conmigo. Mis años me ha costado lograrlo. Además, así puedo tener algo más de intimidad con ella.

—¿Y, exactamente, para qué puesto es la entrevista? —le pregunto, justo cuando entramos en el habitáculo metálico. Voy detrás de ella y no puedo evitar que mi vista se desvíe hacia su trasero.

Hasta sudores me entran de ver cómo le queda esa falda negra que lleva.

Trago saliva con pesadez y me obligo a desechar esos pensamientos… o, al menos, eso intento, pero hace mucho que sé que mi libido va por libre. Y lo cierto es que cualquiera que tenga ojos en la cara me daría la razón.

Ella termina de entrar, se gira y…

¡Mierda!

¿Me ha pillado mirándole el culo?

¿O solo se ha dado cuenta del repaso que le estaba haciendo a sus piernas?

Espero que mis ojos no le estén diciendo que, si por mí fuese, pararía el ascensor tal y como empezase a funcionar, la pondría contra el espejo y…

«Para, Dorian. Para, que te embalas», me tengo que reñir a mí mismo.

—Para la decoración del hotel —me dice, colocándose a un lado del ascensor, dejándome el otro para mí. De modo que me sitúo ahí e intento no mirarla y fijar los ojos en el panel luminoso que tengo enfrente, ese que me indica por el piso que vamos. Tampoco es que esa información me diga mucho porque eso ya me lo figuraba al saber que iba a reunirse con una de las Belmonte. Necesito saber con cuál de las dos.

—¿Con cuál de las dos hermanas tienes la entrevista? —indago.

Y rezo, rezo mucho.

—Alessandra —me contesta. Y casi me pongo de rodillas para dar gracias a Dios por ello. Creo que Melissa aprecia algo en mis ojos… o en mi cara… o en todo mi ser, porque se gira y me encara—. ¿Por qué?

—La conozco. Es la mejor de las dos, pero no se lo digas a ella. —Le sonrío y me devuelve el gesto.

«Esto va a ser la rehostia » .

Nunca pensé que mi cargo en el hotel me daría tantas satisfacciones.

Un leve timbre nos indica que hemos llegado a nuestro destino. Las puertas se abren ante nosotros y con un pequeño gesto le cedo el lugar a ella, que me lanza una mirada de agradecimiento, pensando que se encuentra ante un caballero. Lo que no sabe es que lo que yo quiero es volver a echarle un vistazo a ese cuerpo que me calienta de un modo que hasta me asusta.

No sé qué tiene esta pelirroja, pero me pone a mil desde el primer momento en que la conocí.

Hace tres años.

—No, papá —le digo con retintín—, eres tú quien no lo entiende. Yo soy así.

Sus gritos, aunque no tengo claro si a ese modo de hablar se le puede llamar «gritar» porque este hombre es tan correcto que ni eso hace, se escuchan al otro lado de la línea. No sé cómo carajos le ha llegado la información. De eso hace años…

—Tienes que cambiar, Dorian —me dice o me pide, no estoy seguro.

—Te he dicho que YO SOY ASÍ —le replico, alzando el tono al verme obligado a repetirle lo mismo, algo que se está convirtiendo en rutina.

Detengo el coche y miro a mi alrededor.

«¿Cómo coño he llegado a esta calle? » , me pregunto, al ver la zona de la ciudad en la que estoy.

Mientras iba para casa, he recibido la llamada de mi padre y me he enfrascado demasiado, tanto, que veo que he conducido por inercia, que me he abstraído del camino y, por lo que estoy comprobando, desviado de mi destino.

—Dorian, el modo de vida que llevas no es el correcto si quieres pertenecer a esta familia —comienza, y yo bufo en respuesta. Esta cantaleta que se trae ya me la conozco demasiado bien. Me pongo a gesticular con la boca, imitándolo. Por suerte, él no me está viendo—. Si bien nosotros no llevamos a la prensa sensacionalista detrás porque no salimos en televisión ni nada por el estilo, tenemos una imagen que guardar. Y tus actos la están poniendo en entredicho. Así, no.

Rotundo, como es él. Inamovible en sus decisiones. Incuestionable cuando impone. Seguro de sí mismo.

Pues para seguros, ¡mis cojones!

—Fernando —le corto.

Es consciente de que cuando lo llamo por su nombre de pila es que no estoy de acuerdo con lo que me está diciendo. Vamos a empezar una discusión. Lo sé y lo sabe, por eso oigo un suspiro al otro lado. Esta historia ya nos la conocemos.

Justo en el instante en que voy a cantarle las cuarenta, otra vez, veo a dos figuras tras el cristal de una cafetería, para ser más exactos, de la que se halla delante de mí.

Están riendo.

Los observo.

A él sí que lo conozco muy bien.

A ella… no, aunque no me importaría, todo sea dicho de paso.

Mi padre carraspea al otro lado, imagino que haciéndome un llamado de atención por mi silencio y esperando mi estallido. Uno que no llega.

—Nada de Fernando, Dorian —me dice, al no obtener respuesta de mi parte—. No quiero plantearte un ultimátum, pero…

No tengo ganas de mantener esta charla, no de nuevo. No ahora. De modo que no lo dejo acabar y le cuelgo sin pensar. Sé que se va a enfurecer y que la que me va a liar después va a ser peor, pero en estos momentos me la suda… ¡y mucho!

¡Por Dios! Tengo casi treinta y un años ya, que no venga a tocarme los huevos. Si no quiere

que me comporte así, que hubiese estado presente en mi vida los primeros treinta. Ya es tarde para cambiar.

Me sacudo el malestar del cuerpo y me bajo del coche, sin perder de vista al par que está dentro. Los veo pedir la cuenta e intuyo que se van a ir ya. Me apresuro. Necesito cambiar de aires y, sobre todo, mejorar mi humor.

Nada más entrar, me topo con la mirada de mi amigo. Están sentados muy cerca de la puerta y, además, este sitio es enano, así que no necesito hacerme notar, me ve enseguida.

—Ey, Adrián —le saludo, chocando su puño con el mío—. Y esta preciosidad, ¿quién es? —Voy a saco, lo sé.

Miro a su acompañante mientras planteo la pregunta y, al hacerlo, me quedo flipado observando sus ojos.

Son azules.

Inmensamente azules.

No soy de los que se fijan en la belleza exterior, aunque tampoco soy de los que lo hacen en la interior. Vamos, que a mí lo que me interesa es que me ponga. Y esta lo hace y mucho.

Espero que no sea un ligue de Adrián, porque eso me jodería la vida.

Sigo examinándola y… lo más curioso es que su cara me recuerda a alguien, pero no soy capaz de averiguar a quién conozco yo con rostro de ángel y cuerpo para el pecado.

Mentira. Pecado, no. Lo que yo le haría sería, sin lugar a duda, incalificable hasta para eso.

Me paso la lengua por los labios al apreciar con detalle esa piel tan, tan blanca que tiene, lo que hace una combinación perfecta con esos ojos… ¿Ya he dicho que me he quedado extasiado con ellos? Creo que podría correrme aquí mismo con solo mirarla.

—Tú, donjuán, a esta ni te acerques —me advierte Adrián, pero está sonriendo al decirlo.

¿Cómo me lo tomo? Creo que no quiere que ella se dé cuenta de que me está advirtiendo, porque, para mí, sus palabras destilan una clara amenaza o, más bien, ¿es su mirada la que lo hace?, ¿o ambas…? Le palmeo en el hombro para que sepa que lo he escuchado, aunque sigo sin apartar la mirada de ella.

—Encantada. Soy Melissa —se presenta la susodicha.

Y, de repente, me percato.

Ese nombre…

Ya sé a quién me recuerda.

¡Mierda!

¡Mierda!

¡Y una mierda en vinagre otra vez!

Es ella. ¡Es la hermana de Ricky!

¿Cómo no me he dado cuenta hasta ahora? Ese color de pelo tan característico me estaba dando la pista, pero yo me encontraba tan absorto pensando de cuántas posturas podría ponerla que he ignorado ese hecho.

Al menos, sé que no mantiene una relación con Adrián, lo cual me preocupaba bastante, porque sí, seré un impresentable, eso lo sé, pero jamás jodería a un amigo… ¿o debería de decir a su novia?

—Dorian. Encantado de conocerte —me presento y, sin pensarlo y ni corto ni perezoso, me aproximo a ella.

Cuando se da cuenta de mis intenciones, me sonríe y yo le devuelvo el gesto. Eso sí, empleo mi sonrisa quitabragas, esa que nunca me falla. En el momento en que la tengo a mano, la tomo

por la cintura y le planto dos buenos besos. ¡Bendita tradición española! Aunque ya podrían ser tres o cuatro o…

Juro que en el instante en que poso una de mis manos sobre su talle, me recorre un escalofrío que no es normal. Creo que acabo de enfermar de la calentura tan mala que tengo desde que me he visto reflejado en esos ojos azules. Y lo más curioso es que siento que ella también se estremece con mi contacto.

—Él es el responsable de que tenga que marcharme lejos, de hecho, nos vamos juntos —le explica Adrián a Melissa, indicándome de forma muy sutil con su intervención que me separe ya de ella, porque me he quedado como un pasmarote tras sentir esa sacudida tan repentina, placentera, diferente y extraña que me ha invadido al tocarla.

La suelto, porque sé que mi agarre ya está sobrepasando lo que se considera decente.

¿Decente? ¿Quién decide lo que lo es y lo que no?

Retiro la silla que hay entre ellos y me siento allí. Adrián me lanza una mirada curiosa; luego, menea la cabeza y leo en su mirada una frase muy clara: «Ella no». Y con eso me lo está diciendo todo. Es la hermana de un amigo, ¡de Ricky!, y aunque sea por guardar su memoria y sus deseos tengo que ceder. Asiento y Adri parece suspirar tranquilo. Ha comprendido mi gesto. Nosotros no necesitamos de palabras para comprendernos.

Entretanto ellos intercambian unas palabras sobre el futuro trabajo de Adrián, yo pienso en la de años que hace que podría conocer a esta preciosidad y, sin embargo, no es así. Es entonces cuando soy consciente de que, a pesar de que nos llamábamos «hermanos», Ricky confiaba y sentía mucho más cercano a Adrián que a mí. Pero… ¿quién puede culparlo? Él se encargó de cuidar a la niña de sus ojos, mientras que yo, prácticamente, lo conduje a la muerte.

8

Dorian

Hace trece años.

Miro a mi alrededor como puedo. El collarín no me deja moverme mucho. Intento abrir los ojos, pero me cuesta demasiado. Oigo pasos que se acercan y, enseguida, unas manos que conozco muy bien me tocan el rostro. Pero duele, duele mucho.

—¿Cómo está? —pregunta mi hermano. Quiero contestarle yo mismo, sin embargo, no puedo.

No llego a oír la respuesta.

****

Creo que me he quedado dormido, otra vez…

No sé cuánto tiempo ha pasado, sin embargo, sí sé que el efecto de lo que sea que me inyectaron está pasando. Ahora me siento capaz de levantar los párpados, aunque ese simple gesto conlleve sentir cuchillos sobre mis ojos; no obstante, lo hago. Cuando empiezo a enfocar la vista muchos flashes *vienen a mi mente.*

Estoy aturdido.

Miro hacia todas partes, hasta que la escucho.

—Dorian, cariño. ¿Cómo estás? —Mi madre se levanta de la silla y se aproxima a la cama. Tiene ojeras. Y me siento como un auténtico cabrón por hacerla pasar por esto. Ella no se lo merece.

Siento la boca pastosa.

Intento hablar…

Me cuesta…

—Voy a avisar al médico —dice mi hermano. Solo entonces me percato de que estaba en la puerta. Su voz, al contrario que la de mi madre, destila malestar y decepción.

¡Joder! Él es el pequeño, pero parece mil veces más maduro que yo.

Intento hablar, pero el dolor no me lo permite, de modo que alargo el brazo como puedo para alcanzar eso que tanto ansío. Mi madre se da cuenta y, de inmediato, me acerca el vaso de plástico con un poco de agua.

—Bebe despacio —me indica, mientras me pone el vaso cerca de la boca.

Intento incorporarme para beber, pero un pinchazo en las costillas me lo impide.

Al final, decide tomar una gasa, empaparla con el líquido y mojarme los labios, los cuales siento agrietados y doloridos.

—Quiero que hablemos cuando te encuentres mejor, Dorian —me susurra, conteniendo las lágrimas.

Y yo me siento el tío más mierda sobre la faz de la Tierra.

No puedo añadir nada porque el médico llega. Le pide a mi madre que salga con mi hermano para poder examinarme.

Después del breve reconocimiento, me entero de que tengo rotas tres costillas, lesiones múltiples y una herida en el lado izquierdo ocasionada por un arma blanca. Por suerte, no ha perforado el bazo, o eso dice el médico, porque yo siento como si me hubiesen metido la mano por la boca, me hubiesen removido todos los órganos y, después, me hubiesen lanzado por un precipicio sin cuerda.

—Volveré mañana para ver qué tal te encuentras —me indica—. Si te duele mucho, pide a una de las enfermeras que te suministre un calmante, ¿de acuerdo? —Asiento, porque no puedo indicárselo de otro modo—. Ah, otra cosa —me dice, justo antes de abandonar la habitación—: si sabes quién os ha hecho esto, deberías de denunciarlo.

Os…

Os han hecho…

Plural…

Esas palabras ocasionan un flash *en mi mente…*

Uno duro que no sé cómo afrontar.

Uno que me resistía a recordar.



Como el enfermo que soy, porque lo que estoy haciendo es de no estar bien de la cabeza, me meto en la sala de juntas y observo oculto tras las persianas.

He dejado a Melissa en la puerta de la sala de reuniones y me he ido para que pudiese entrar sola. No quiero que me vean con ella, al menos, no por ahora. Sin embargo, de eso hace ya más de media hora. Media hora… Eterna, todo hay que decirlo. No me he apartado en todo ese tiempo de la ventana, porque quiero interceptarla «de casualidad » cuando salga de ahí. Pasados los primeros quince minutos empecé a plantearme que no me hubiese dado cuenta de que había salido, ya que tuve que atender una llamada de teléfono y, aunque lo hice sin moverme ni un ápice, empecé a plantearme que, quizá, sí que me despisté sin ser consciente de ello. No obstante, desecho esa idea al ver que un chico con aires de bohemio sale del ascensor y se detiene en la sala de espera. A los diez minutos, llega otra joven, por lo que sé que la entrevista con Melissa se está alargando y no se ha esfumado la oportunidad de «cruzarme accidentalmente» con ella.

Maldigo cuando la puerta de la habitación en la que estoy se abre y entra Diego, el director del hotel, acompañado de mi padre. Ambos son íntimos. El primero es el padrino de Beltrán, los dos planean las vacaciones juntos, mi hermano Marcelo está casado con la hija pequeña de Diego… En fin, todo un despliegue de amistad empresarial.

Sus risas se cortan de inmediato cuando me ven allí, al pie de la ventana, como si fuese un pervertido que observa tras el cristal.

«Que lo eres… » , me recuerdo, poniendo cara de circunstancias.

—Dorian —me dice mi padre, frunciendo el ceño, pero simulando alegría en su voz—. No sabía que habías llegado ya. Creí que aún estarías con tu madre.

—No, aún no he ido. —Así, escueto, para no darle pie a preguntas innecesarias.

—¿También vas a estar presente en la reunión de los accionistas? —me pregunta Diego, aunque no comprendo a qué viene esa cuestión. Es obvio que no—. Veo que tu padre te está involucrando bien en el negocio familiar. —Su voz destila orgullo, algo que no hace la de su acompañante, probablemente, porque sabe que mi presencia aquí no se debe a eso.

«Tengo que salir de esto sin ocasionar malestar ni bochorno a *mi señor progenitor* », me digo con retintín, intentando buscar una excusa plausible a mi presencia en esta sala. Y debo hacerlo antes de que empiecen a llegar los accionistas, porque entonces me veré obligado a quedarme aquí y, después, a escuchar la reprimenda de don Fernando por haber hecho algo que estaba fuera de lo establecido.

—No, no —contesto en cuanto la idea me viene a la cabeza—. Quería hablar con ella antes de irme —indico, señalando la sala de enfrente—, pero está reunida, de modo que estaba esperando que se desocupara. Voy a estar fuera toda la tarde y quería…

Las risotadas de ambos hacen que mi triste justificación se pierda en el aire, aunque a ellos parece que les ha bastado con eso.

—Va a estar ocupada toda la mañana y parte de la tarde. Tú mejor que nadie deberías saberlo —me comenta mi padre, lanzando una carcajada, que me sorprende demasiado.

Agacho la mirada para evitar que lea en mis ojos que no tenía ni puta idea de que estaría reunida hoy. Creo que ambos interpretan mi gesto de forma errónea porque los veo intercambiar una sonrisa sospechosa y, acto seguido, las palabras de mi padre me sorprenden:

—Diego tiene razón, Dorian. Quédate a la reunión. Te hará bien ir conociendo todos los entresijos de nuestros negocios. Pronto vas a ser el encargado de dirigir uno.

Mientras habla, se acerca a mí y, al acabar, me rodea los hombros en una actitud amistosa y, podría decir, que hasta cariñosa.

—Claro que sí —le secunda su amigo y socio. Sonrío con amplitud porque veo la alegría en los ojos de mi padre cuando les agradezco la invitación y les aseguro que estoy encantado de poder quedarme aquí. Y lo cierto es que hasta me parece que es verdad.

Nada vale tanto como la aceptación en esta familia, así que me olvido de mis intenciones iniciales y me dejo llevar hasta la mesa.



Casi dos horas después salgo de la sala de juntas, aburrido como una ostra, pero disimulando todo lo contrario.

«Claro que sí, señor, como un campeón » .

Me río de mi pensamiento.

«Seré idiota » , me digo.

Me paro justo al lado de la puerta, en el pasillo, y espero. Los accionistas van abandonando la sala y despidiéndose de nosotros. Mi padre y Diego se encuentran a mi lado y ahí permanecen hasta que todos estos *enchaquetados* desaparecen de nuestra vista. Observo que la sonrisa no se esfuma de sus rostros, así que los imito y siento que me parezco el gato azul de *Alicia en el país de las maravillas*, enseñando los dientes a diestro y siniestro. ¿Cómo se llama ese bicho? ¿Cómo era? ¡Si a mi hermano le encantaba esa película…! ¡Joder! ¡Qué rabia me dan estas cosas!

—No ha estado mal, ¿no te parece? —me pregunta Diego, sacándome de mis cavilaciones.

Pestañeo al oírlo y quito esa mueca sonriente de mi boca, ya me dolían los carrillos de tenerlos en tensión. Asiento y me dispongo a responderle, pero no llego a hacerlo porque mi padre me palmea en la espalda.

—Tu aportación ha sido interesante. Me ha sorprendido —dice, y de verdad parece estarlo.

Hincho el pecho orgulloso.

«Gato sonriente era, ¿no? » .

No puedo creer que Fernando esté alabando algo de lo que he hecho y que yo, en vez de estar que no quepo en mí, siga dándole vueltas al puñetero gato. Definitivamente, estoy mal de la cabeza.

«Ya te respondo yo a eso», me contesta mi subconsciente.

Con la mierda de pensamientos sobre el gato y su nombre, me he abstraído y, por lo que intuyo, por el comentario de Diego, ambos creen conocer el motivo. ¡Qué equivocados están! Si ellos supieran…

—Deja al muchacho ya, Fernando —concluye Diego—. ¿No ves que no aparta la vista de la sala de reuniones? Anda, chaval, ve —me indica, y yo me obligo a sonreír de nuevo, para disimular y que crea que sé de lo que me está hablando.

—Parece que Sandra está sola ahora —me informa mi padre, echando un vistazo rápido

hacia la puerta de la sala de enfrente, la cual se encuentra abierta.

—Gracias —les digo, antes de escapar de allí y que me pregunten algo a lo que no sepa responder, pues hace un buen rato que he dejado de escucharlos.

Sin dedicarles ni una sola palabra más, me encamino hacia donde está Sandra. Miro alrededor y veo que tiene a dos chicas más esperando. Suspiro con pesar porque mi idea era abordar a Melissa a la salida, pero eso no ha sido posible, aun así…

Toco a la puerta y Sandra se gira al escuchar el sonido. Por la cara que tiene al hacerlo, imagino que se cree que es alguno de los candidatos, que viene a interrumpir su preciado descanso.

—¡Dorian! —me saluda cuando ve que soy yo, y su mal gesto se disipa—. Entra. Cierra la puerta, por favor.

Lo hago y me acerco hasta la mesa, donde ella acaba de apoyarse en una postura despreocupada.

—¿Qué tal van las entrevistas, *señora Alessandra Belmonte*? —le pregunto con sarcasmo, porque odia su nombre completo, por eso solo lo usa en el ámbito profesional. En el personal, es Sandra. Me dejo caer en una incómoda silla. La miro con disgusto al sentir la dureza de su asiento—. Joder —maldigo y ella lanza una carcajada poco creíble.

—Sí, son una condena, te lo juro. Ya he pedido que me suban un sillón de oficina o algo. Me duele el trasero.

Ahora soy yo quien ríe, pero de verdad.

—¿Ya tienes candidatos? —indago, al fin y al cabo, ese es el tema que me interesa y el que me ha traído aquí.

—Alguno, pero la mayoría son principiantes sin ninguna experiencia —me cuenta. Hace mucho que Sandra y yo nos conocemos, por ese motivo, sabe que mi pregunta se debe a algún motivo en concreto—. ¿Qué quieres saber, Dorian?

Me callo, la miro a los ojos y le digo la verdad. Total, va a descubrirlo tarde o temprano.

—La chica de esta mañana, la pelirroja —comienzo a ponerla en situación. Ella asiente. ¡Bien! La recuerda, eso es bueno—. ¿Qué te pareció?

—Tiene buena presencia y lo cierto es que le hice una prueba y la superó con creces. Tiene mucho talento. Es restauradora, por lo que entiende de arte en los dos ámbitos…

—Pero… —interrumpo. Conozco ese tono y sé que conlleva un «pero».

—Pero no tiene referencias ni experiencia. Acabó sus estudios a distancia y…

—Inclúyela en la plantilla —le pido, lo que atrae la atención de Sandra.

9

Melissa

«He descubierto que la única manera de tomar un tren a tiempo es perder el tren anterior».
—G. K. Chesterton—

Respiro profundamente cuando cruzo las puertas del hotel y el aire de la calle me da en el rostro. ¡Madre mía! ¡Si pensaba que ser entrevistada por la madre había sido una condena, serlo por la hija ha sido estar sobre el patíbulo! ¡Cómo impresiona! Y no me refiero solo a esos aires de sofisticación que posee o a esas uñas a lo Freddy Krueger… es que… ¡es toda ella! La seguridad que tiene al hablar, el modo en que te mantiene la mirada, la voz melosa pero exigente que posee… No sé, estoy segura de que la he cagado de lo lindo. Me sudaba todo el cuerpo y creo que hasta tartamudeé en una ocasión. Y digo «creo», porque apenas soy capaz de recordar lo que ha pasado ahí dentro.

Echo un vistazo hacia el enorme edificio y, con pesar, me doy cuenta de que la oportunidad que tanto quería y necesitaba no va a llegar. Lo sé. Lo he visto en su mirada cuando me ha preguntado qué me parecía el horario y si era consciente de que este trabajo implicaría dedicarle muchas horas. Le he hablado de Hugo, mi pequeñín, y aunque los ojillos se le han enternecido un poco, también he sabido leer en ellos que no soy lo que busca. Ella necesita a una persona sin cargas familiares que pueda estar disponible las horas que sean necesarias, no una madre soltera en mis circunstancias.

Saco el teléfono del bolso para ver la hora que es y calcular cuánto le queda al autobús, porque aún debo llegar a la parada, que está a dos calles de aquí. Lo guardo y me dispongo a empezar a aligerarme porque veo que no llego, si es que siempre voy igual.

«¡Menudo desastre estoy hecha!».

Apenas he dado dos pasos cuando el claxon de un coche me hace dar un respingo. Vuelvo a retomar la marcha, pero una voz a mi espalda me hace detenerme.

—¡Mel! —Me giro y lo veo.

—Adri, ¿qué haces aquí? —le pregunto, aunque sé la respuesta.

—Ali está trabajando, el peque en la guardería y tengo un rato libre, así que… he venido a buscarte, ¿acaso no es obvio? —me contesta con aires de burla.

—No sé, tal vez te interesaba un fin de semana romántico para Ali y para ti en uno de los lugares más caros que hay —le contesto, más socarrona todavía. Adrián odia toda esta parafernalia. Sabe que el dinero solo trae problemas. A Dorian lo volvió imbécil —son palabras suyas, no mías— y a mi hermano le ocasionó la muerte.

Adrián sacude la cabeza y fuerza una sonrisa. Se calla el comentario que tenía pensado hacer porque, de eso sí que soy consciente, puede leer en mis ojos la decepción que llevo.

—Vamos —me indica, mientras que me pasa el brazo por los hombros y me conduce hasta el coche.

Yo asiento y camino junto a él en silencio.

No necesita que le diga nada. Por mi gesto sabe lo que ha sucedido.

No quiero pensarlo más, pero no puedo evitarlo.

Las lágrimas se agolpan en mis ojos por primera vez desde que he salido del hotel.

Sé que he perdido la oportunidad.

También que necesitaba conseguirla y no lo he hecho.

Miro hacia atrás y me despido de *mi futuro*.

Adrián, que ya se había percatado de mi estado, me envuelve con firmeza y me aprieta fuerte contra su pecho.

No soy capaz de contenerme al sentir su apoyo y me echo a llorar.

—Todo va a ir bien, enana —me dice.



Una tila después y ya en casa, me encuentro algo más tranquila. Adrián me observa desde el respaldo del sofá, donde está apoyado, mientras que yo estoy sentada en él.

—No te preocupes, Mel. Ya lo sabes —me dice, como por quinta vez desde que me ha recogido en el hotel—. Puedes contar conmigo para…

—No —lo corto—. Hugo no es tu responsabilidad, Adri. —Veo que va a replicarme, pero yo continúo—: Te lo agradezco, de verdad. Todo. Siempre has estado ahí, solo porque un amigo te lo pidió. Pero esto es mi… —No sé qué nombre ponerle, porque, aunque pueda sentirlo como tal ahora mismo, sé que si lo califico como «problema» me arrepentiré de hacerlo.

—Tienes razón: no soy su padre y no estoy obligado a nada. Sin embargo, quiero hacerlo, esa es la parte que no entiendes —me reprende.

Trago saliva e intento contener de nuevo las lágrimas.

¡Mierda! Me ha pillado sensiblera.

—No. —Intento sonar rotunda, aunque dudo que me haya salido—. Tienes una vida, una pareja. Cualquier día Ali te va a mandar a paseo. Ella no tiene por qué estar compartiendo el poco tiempo libre que tenéis conmigo o con el niño —vuelvo a decir, intentando concienciarme de que es así, porque si no lo hago yo… ¿cómo voy a convencerlo a él?

Adrián se pone serio, mucho más de lo que ya estaba. Y creo que me he pasado… y mucho.

—Deja de hacer eso —me pide con autoridad.

—No sé a qué te refieres. —Me hago la ignorante, no obstante, su mirada de reproche me está gritando que sabe que mis palabras solo tienen la finalidad de distraerlo y que ceje en su empeño.

—Alejarme, alejarnos a todos, Mel —me indica, bordeando el sofá y colocándose a mi lado.

Me dejo caer sobre su hombro en cuanto lo veo junto a mí. Él me reconforta con un abrazo.

—Yo… —empiezo a decir, alzando el rostro de su hombro, pero no me deja continuar.

—Soy mayorcito para hacer lo que quiera, eso en primer lugar. En segundo, Ali lo entiende y si no lo hace, la que tiene el problema es ella, porque las cosas han estado siempre así. Y tercero, Hugo no tiene padre. —Frunzo el ceño y él aparta un poco esa seriedad del rostro y me lanza una sonrisa de medio lado—. Al menos, no uno presente que se pueda hacer cargo de él. De modo que déjame actuar como su padrino, que eso sí que lo soy. —Asiento, parpadeando varias veces para evitar llorar. ¡Menudo día llevo!—. Así me gusta —sentencia.

Guardo silencio unos minutos en los que ambos nos aguantamos la mirada. Vuelvo a afirmar con la cabeza y me dejo envolver de nuevo por sus brazos.

—Lo siento. Aún lo estoy procesando —le confieso, aunque sé que es más que consciente de eso.

—Ya verás que en unos meses lo sentirás todo de un modo diferente —me asegura.

Cierro los ojos y rezo porque sea así.

Vuelve a poner un beso sobre mi sien, como siempre que las cosas no van bien, y eso me recuerda la primera vez que lo hizo.

Hace trece años.

Salgo del dormitorio poco después de que lo haya hecho Adrián. Su madre ha venido a buscarlo y tenía muy mala cara. Sé que ha pasado algo, pero, para variar, nadie me cuenta nada. ¡Estoy harta! Todos me consideran una cría, a pesar de que ya he cumplido los diez años. ¡Pues si no quieren que me entere, están apañados!

Voy a hurtadillas por el pasillo y al pasar por el dormitorio de mis padres, me encojo al oír sus ronquidos. Al menos, parece que está tranquilo. Cuando Adrián está en casa, papá se encierra en el cuarto y no sale hasta que él se va. Y eso solo sucede cuando llega Ricky, el que, por cierto, ayer no volvió a casa. Casualmente, Adrián me comentó que se quedaría a dormir. Es la primera vez que lo hace, porque… mi madre tampoco apareció después del trabajo. Y eso sí que me pareció extraño.

«¿Me habrán abandonado?», es lo primero que pasó por mi mente cuando me di cuenta de eso.

Se lo dije a Adri y él me aseguró que no era así, tan solo se habían retrasado en sus cosas y que llegarían más tarde, cuando yo ya estuviese dormida.

Le creí, por supuesto. Él jamás me mentiría.

Llego a la puerta del salón y me escondo detrás, muy pegadita a la pared. Desde ahí oiré a la perfección todo lo que dicen. Por el momento, están en silencio.

Asomo el rostro por un lateral, al comprobar que ni Adrián ni su madre hablan a pesar de que ya llevo aquí unos minutos.

«Qué raro», me digo mientras saco la cabeza para ver qué ocurre.

Veo a Adrián sentado, con los codos apoyados en las rodillas e inclinado hacia delante. Se tapa los ojos con las manos. El pelo le cubre el rostro. Su madre está a su lado y le pasa una y otra vez la mano por la espalda. A ella sí puedo verle la cara y no me gusta. Parece triste. Demasiado.

«¿Qué ha pasado?».

Como por inercia, mis pies comienzan a caminar y entran en la sala. No soy consciente de que lo hago porque estoy embobada observando la escena. No comprendo por qué, pero quiero saber qué ha ocurrido, por qué ambos parecen tan… tan…

—Tiene que saberlo, Adri —dice su madre en un tono que apenas escucho. Tengo que esforzarme por distinguir sus palabras. Después, se inclina sobre el cuerpo de su hijo y lo rodea con los brazos.

—Lo sé. —Así, sin más. Su voz suena diferente.

—¿Dónde está? —pregunta la mujer, levantando la cabeza, que estaba apoyada sobre la espalda de su hijo mientras lo abrazaba.

—Yo iré —la corta él.

Adrián se pone de pie y, aunque intento volver a esconderme, no soy tan rápida como creía.

Me ve.

Y yo a él.

Tiene los ojos rojos y está llorando.

¡¿Pero qué ha pasado?!

—Ven aquí, enana —me dice al verme, lo cual me sorprende porque pensaba que me echaría la bronca por estar husmeando.

Me acerco con paso dubitativo y me coloco frente a él. Adrián se agacha a mi altura, me coge las manos y me las sostiene. Bajo la vista y compruebo lo pequeña que es mi palma comparada con la suya. Alzo los ojos de nuevo, esperando a oír eso que tanto le está costando decirme. Él mira a su madre y esta asiente. Parece ser una señal entre ambos.

Eso es lo último que recuerdo antes de que sus palabras me partan el corazón en mil pedazos.

****

A pesar de que todos han intentado que no viniese, lo he hecho. Quería hacerlo. Necesitaba *hacerlo. Tengo que despedirme de él.*

Él lo habría hecho de ser yo la que estuviese en esa caja…

Trago saliva y aguanto fuerte el paraguas. La lluvia que cae es solo un presagio de lo que me espera ahora que se ha ido: días grises, de gritos, llantos y peleas.

Las manos me tiemblan y no sé si voy a aguantar de pie todo el tiempo que nos queda aquí.

No escucho nada a mi alrededor, me aíslo. Es lo mejor. Me concentro en visualizar su rostro, ese que siempre sonreía cuando le contaba cualquier cosa, el mismo que se enfadaba con mi padre y le increpaba cuando le oía gritarme.

No quiero olvidar, no puedo olvidarme de él.

Era mi salvador.

Y ahora… ¿quién va a estar en casa para pararle los pies a papá?

Miro hacia todas partes y compruebo algo que ya intuía: no está aquí. No ha venido. Nunca soportó a mi hermano y ni siquiera piensa disimularlo el día de su entierro.

Ese pensamiento me hace darme cuenta de una cosa, una que sé, pero que no quería ver: Ricky se ha ido. Esa es la única verdad. Me guste o no, se ha ido… para siempre.

Estoy sola.

Esta es mi nueva realidad.

Un sollozo a mi lado me hace elevar los ojos del suelo. Contemplo a mi madre. Hoy su mirada parece más ausente, aunque ella, irónicamente, está más despierta que nunca.

Compruebo que también tiembla, tanto, que temo que caiga sobre mí.

Rezo porque eso no suceda. Bastante hago con sostenerme yo.

Los hombres meten el ataúd en el agujero en el que a partir de hoy reposará Ricky.

Intento seguir conteniendo las lágrimas, pero…

No soy capaz de ver cómo desaparece bajo tierra.

Me giro, quiero correr, irme muy lejos… ¡Despertar! Eso, eso es lo que más deseo.

Unos brazos me rodean en cuanto me doy la vuelta. Siento el calor que mana de su cuerpo, tan parecido al de mi hermano. Y lloro. Lloro como nunca antes.

—Tranquila, enana. Todo irá bien. Ya lo verás —me dice Adrián con la voz rota por el dolor.

Siento un beso en mi coronilla y me pego mucho más a él.

No estoy sola.

Lo tengo a él.



Termino de cambiarme de ropa y me encamino hacia la puerta. Veo la mueca de disgusto en su rostro, pero me da igual.

—Ya te he dicho que te tomes el día libre —me repite.

Mira que es cansino, ¿eh?

—No, es mi turno y voy a ir —le replico.

Adrián bufa en respuesta y cuando ve que tomo la chaqueta, me suelta:

—Pues date prisa. La maternidad te ha cambiado mucho, pero sigues siendo igual de impuntual. ¡Vamos!

Lo asesino con la mirada y él se ríe. Al final desisto y acepto que está consiguiendo lo que quería: animarme un poco.

Apenas hemos avanzado un par de pasos, cuando el timbre de la puerta nos hace mirarnos el uno al otro.

—¿Esperas a alguien? —me pregunta Adri. Niego con la cabeza.

Me aproximo a la puerta y abro.

Me quedo anclada en el sitio.

—¿Mamá?

10

Melissa

«Eres el dueño de tu vida y tus emociones, nunca lo olvides.
Para bien o para mal».
—Antoine de Saint-Exupéry. El principito—

Después de haberme quedado como una tonta en la puerta, hago pasar a mi madre.

—¿Qué… qué…? —Las palabras se me atascan.

Ella hace una pequeña mueca con la boca, una que no sé qué significa. Estoy tan estupefacta que creo que me sostengo de pie por inercia e instinto de supervivencia.

—Quiero hablar contigo, Melissa. Necesito que lo hagamos —me suelta. ¡Como si fuese tan fácil!

—Yo… yo… yo tengo que… —Miro hacia abajo y, gracias a ese gesto, ella se percata enseguida de mi atuendo y de que, por ende, no es un buen momento para su inesperada visita ni para mantener una conversación que, sin duda, me va a desequilibrar emocionalmente.

—No te preocupes por mí. Si tienes que salir, ve —me indica con un movimiento de la mano —. Puedo esperar.

Mientras habla, la observo. La veo diferente, no sabría decir con exactitud en qué aspectos, pero me parece más viva, más despierta, menos ella. Lleva un vestido blanco, corto, y unas botas altas. Se ha cortado el cabello y, aunque no ha perdido ni un ápice de ese naranja tan característico que tanto Ricky como yo heredamos, sí que se ha hecho unos reflejos rubios que, todo hay que decirlo, le sientan muy bien. Soy consciente de que se da cuenta de mi escrutinio, pero es que, a pesar de que lo estoy intentando, no logro apartar mi mirada de ella. Hace más de dos años que no la veo y me resulta increíble que se encuentre frente a mí, y, mucho más, después de que me fuese del cementerio sin despedirme de ella.

Adrián carraspea, atrayendo de ese modo mi atención y haciendo que espabile un poco. Imagino que esto se está volviendo incómodo para todos.

—Quédate. Puedes entrar más tarde —me sugiere mi amigo con una sonrisa débil, acorde a la situación que estamos viviendo.

—No, no… —replico, apenas sin voz.

Y puedo leer en su expresión eso de: «Melissa, no discutas y hazme caso por una vez». Ya debería saber que, a pesar de que me lo diga mil veces, nunca lo hago.

Mientras yo leo esa sutil sugerencia en sus ojos, mi madre sigue de pie a mi lado. Lo mira todo con interés. De pronto y sin que me imagine lo que va a pasar, Adrián me toma del codo y me pide, con aparente tranquilidad, que si puedo acompañarlo a la cocina. Es evidente que no me niego, tampoco puedo, porque casi me lleva a rastras.

—¿Qué haces? —me pregunta en cuanto entramos y cierra la puerta. Su voz es casi un susurro.

Hago el amago de responderle, pero tan solo boqueo como un pez. Las palabras no me salen, se han quedado atascadas en mi garganta en el mismo instante en el que la he visto en el umbral.

—Mel, ¿qué haces? —me repite—. Es tu madre.

—¡Yaaaa! —me sale de pronto, no sé ni cómo.

—¡Despierta! —me reprende Adrián.

—No la esperaba, eso es todo —le hago saber. Parece que ya voy recuperando el habla después de todo. Imagino que ha sido una reacción primaria, una de protección ante una situación de peligro.

—Quédate aquí. Habla con ella y, luego, si tienes tiempo y ganas, vas a trabajar. Si no, no lo hagas. Esto es más importante.

Pongo una triste y forzada sonrisa en mis labios, porque no sé si estoy preparada. No soy capaz de expresar eso con palabras, pero sé que mi rostro sí se lo está diciendo. Lo único que hago es negar una y otra vez con la cabeza.

—¿Qué ocurre? —inquiere, preocupado.

—No la veo desde el entierro de mi padre.

Él ya es consciente de eso. De eso y de que apenas nos dirigimos la palabra en la misa o en el cementerio. Y, mucho menos, en los días que estuvimos en el hospital juntas, porque discutimos, y mucho. Le eché en cara la mierda de infancia, y de vida en general, que había tenido, una de la que ella ni se había enterado porque siempre iba hasta arriba de antidepresivos. ¿Por qué? Porque, quizá, también estaba viviendo una mierda de vida, pero yo no lo he comprendido hasta ahora. Ahora que por fin la veo sin esa máscara que nublaba su vista. Ahora que parece diferente. Ahora que su rostro me indica que quiere y necesita una segunda oportunidad para ser feliz. Sin embargo, soy demasiado orgullosa para reconocerlo en voz alta delante de ella, sobre todo, después de lo que le increpé durante los últimos días que estuvimos juntas.

Hace dos años y medio.

En cuanto bajo del tren, veo a Yanira en la estación. Tiro de la maleta y cuando por fin estoy a su lado, la abrazo fuerte. Nos conocimos en el colegio y desde entonces hemos sido inseparables. Hace tres años, el padre de Yanira consiguió un traslado en el trabajo y se mudaron a Cáceres, por lo que nos veíamos menos, aunque nunca perdimos el contacto. Al contrario, nos negamos en rotundo a dejar de ser las mejores amigas. Hoy, tras más de dos años bastante lejos de mi tierra, seguimos estando en contacto casi a diario. Porque la distancia no es más fuerte que nuestra amistad, nada lo es.

Tras limpiarse las lágrimas, me indica que nos marchemos. Tiene el coche en el aparcamiento.

—No debiste irte así —me dice, una vez que estamos dentro del vehículo, así nadie nos oye.

—Ya, lo siento, pero me asusté —le repito, como el resto de las veces que hemos hablado de este tema—. ¿Él…? —Ella me lo confirma con un gesto de cabeza, no necesita nada más para saber a lo que me refiero.

—No está en la ciudad, puedes relajarte —vuelve a asegurarme, al igual que hizo por teléfono. Yo asiento, nerviosa por encontrarme aquí de nuevo—. Entró en un bucle de llamadas incesantes, todos los días, hasta que comprendió que lo habías dejado y lo asumió. Desconozco el motivo, pero se fue de aquí. No he vuelto a verlo.

Esa historia ya me la sé. Por suerte, Yanira siempre me ha tenido al tanto y me ha guardado el secreto.

—¿Ni siquiera a casa de sus padres? —indago, porque eso sí que me resulta muy raro.

—Sus padres murieron en un accidente de tráfico hace un mes, Mel. No quise decirte nada.

Está bien, está bien. No me alegro por la noticia, pero sí me hace respirar tranquila. Si no

hay familia, no hay motivo para que vuelva a esta ciudad.

«Soy una insensible», me digo, advirtiendo que me da igual lo que le ha pasado a ese pobre matrimonio, lo único que me importa soy yo.

«¿Desde cuándo estoy muerta por dentro? » .

—¿Cómo va mi garbancito? —me pregunta, interrumpiendo mis autocríticas y lanzándome una mirada a la tripa, aunque ni se me nota aún.

—Pues va, que no es poco. —Sonrío y me pongo la mano sobre el vientre. Ella me imita y, después, vuelve a abrazarme.

«No, no estoy muerta por dentro. Lo tengo a él… o a ella», me recuerdo.

****

No me entretengo mucho en casa de mi amiga, tan solo coloco las cuatro cosas que traigo y me dispongo a salir hacia el hospital. Le pregunto a Yanira cuál es la mejor combinación de autobús para ir, pero ella se niega en rotundo. Prácticamente, me obliga a aceptar que me lleve hasta allí y me asegura que como se me ocurra volver en algún medio de transporte público me dejará dormir en el rellano. Accedo porque sé que lo hace por mí, porque si bien es poco probable que me cruce con alguien que pueda reconocerme, ambas sabemos que Roberto tiene muchos conocidos en esta ciudad, puesto que se crio en ella, y mi amiga es de las que piensa que es mejor prevenir que curar. Así que, sin objetar demasiado, acepto su compañía.

Cuando llego al hospital, me obligo a hacer de tripas corazón y tragarme el nudo que tengo en la garganta. Yanira se ofrece a quedarse conmigo, pero lo desecho. Una cosa es que me acompañe y me dé alojamiento, como la gran amiga que es, y otra que tenga que pasarse los días encerrada en un hospital esperando a que mi padre decida abandonar este mundo de forma definitiva.

Una vez dentro, no me es muy complicado dar con la habitación. Antes de abrir la puerta, suspiro con fuerza, esperando ser capaz de soportar lo que sea que vaya a sentir cuando le vea postrado ahí, lleno de cables. Sin embargo, el golpe de realidad no es tal, sino todo lo contrario, no noto nada dentro de mí. Es como si estuviese vacía…

«Muerta » , pienso de nuevo, y eso me provoca ganas de llorar, porque yo no soy así.

—Pasa —me dice mi madre desde la ventana. Su voz suena neutral, sin deje de tristeza, aunque sí sigue poseyendo ese matiz adormecido que tan bien recuerdo.

Doy unos pasos y me coloco frente a la cama. Lo miro, mucho. Intento seguir buscando la chispa que prenda mi lástima, mi pena, mi dolor…, pero no hay nada. Estoy hueca por dentro.

****

La miro y apenas puedo dirigirle la palabra, no después de todo lo que le escupí ayer y del modo en el que lo hice. Sin contar que me marché de malos modos, me fui a un bar con Yanira y su hermana, y terminé montándomelo con Dorian en medio de un callejón, algo de lo que no estoy orgullosa, teniendo en cuenta que mientras que yo hacía eso, mi padre dejaba este mundo.

Es que… no sé qué me pasa, pero desde que he llegado a esta ciudad me siento muy mal conmigo misma y no logro dar con el motivo por el que estoy así.

También he de reconocer que el hecho de que mi madre me arrojase a la cara que no parecía estar apenada por la situación que estábamos viviendo no hizo más que avivar mi descontento. Tal vez le tendría que haber hecho caso a Adrián y no haber venido. De todos modos, él no se lo merece. Nunca me trató como a una hija, sino más bien como si fuese un estorbo en su vida. Aún no tengo claro el porqué lo hice, no sé si fueron las hormonas del embarazo o, quizá, porque necesitaba desprenderme de todo lo que llevaba guardando dentro durante tantos años, pero el caso es que estallé como no lo había hecho nunca. Le eché en cara

que, aunque disimulase, se veía de lejos que aún iba colocada de pastillas, como siempre había hecho, y que yo no debería de haberme molestado en ir hasta allí, porque él jamás me lo iba a agradecer, sobre todo, porque nunca me quiso cerca. Me soltó que, aunque yo no lo entendiese, mi padre estaba enfermo y no podía controlar esos pequeños arrebatos.

—¡¿Arrebatos?! —le grité, atrayendo la atención de los que estaban fuera de la sala en la que nos encontrábamos comiendo algo—. ¡Tu marido me gritaba, me lanzaba lo primero que tuviese a mano, daba igual lo que fuese, y yo solo rezaba para que no me alcanzase!

—Melissa, eso es cosa del pasado. Ahora se está muriendo —me expone. ¡Como si yo no lo supiera!

—¿Y por eso tengo que olvidar que me hicisteis pasar un infierno? —Me aguanto para no elevar la voz de nuevo.

—Yo nunca te traté mal —se justifica.

—En eso tienes razón, pero tampoco supiste hacerlo bien. Si no hubiese sido, primero por Ricky y luego por Adrián, probablemente habría acabado muerta en una cuneta, como mi hermano.

—Yo no tuve la culpa de eso y lo sabes… —Veo las lágrimas que no es capaz de retener—. Era mi hijo, Melissa. Ojalá nunca sepas lo que se siente al enterrar a uno. —Yo tampoco soy capaz de contenerme y también rompo a llorar, como cada vez que recuerdo a mi hermano.

Sus palabras me calan hondo, muy, muy hondo, porque ahora puedo hacerme una idea de lo que sufrió en ese momento y de lo que mis palabras conllevan para ella. Mi garbancito apenas es un puntito en la ecografía, pero creo que me moriría si le pasase algo. Con ese sentimiento de pesar dentro, me doy cuenta de que no soy capaz de continuar con esta conversación. De modo que tomo mi bolso y me voy, dejándola con la palabra en la boca.

Entro de nuevo en la habitación de mi padre y lo miro. Lo observo largo y tendido.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta mi madre, que, por lo que veo, no ha captado la indirecta de mi marcha y me ha seguido.

—Sí —le contesto, ausente.

Hoy lo han sedado para que no sufra.

El fin está cerca, pero yo, en vez de estar apenada, siento que voy a poder respirar tranquila cuando él ya no esté entre nosotros.

Y, de nuevo, me asusta lo que ese pensamiento puede significar.

Aún no he abandonado el hospital cuando le estoy enviando un mensaje a Yanira.

Necesito salir.

Necesito evadirme de esta mierda de vida que me ha tocado vivir.

Y, sobre todo, necesito sentir que estoy viva, sea como sea.

11

Dorian

El silencio se adueña de la sala.

Sandra me mira, escrutándome con esos ojos verdes que tiene, y a mí se me eriza la piel.

«Mierda, he sido demasiado directo», me reprendo.

—¿Por qué? —inquiere. Se cruza de brazos y continúa mirándome con atención—. Y no quiero excusas, Dorian.

No puedo decirle que esa muchachita me la pone dura como nadie y quiero volver a probarla, que con una vez no tuve suficiente y, encima, apenas lo recuerdo porque iba como una cuba. Tampoco que deseo verla cada día en el trabajo, así iré más que contento a cumplir con mi deber y, de paso, yo…

«No, está claro que eso no puedo decírselo » .

Trago saliva y opto por contarle una mentira, a pesar de su advertencia. Solo tengo que pensar cuál.

Mientras me debato internamente, Sandra abre los ojos de par en par y dibuja un gesto de sorpresa en su cara, que no sé a qué se debe. Dejo de divagar cuando me dice:

—Te la estás tirando, ¿no? —Suena a reproche… ¡y lo es!

«Claro que lo es, Dorian. Pareces nuevo».

—No —así, contundente, aunque no suena muy sincero. Pero es la verdad, no lo estoy haciendo.

«Qué más quisiera yo » .

—Júramelo —insiste. Me pongo de pie y me coloco frente a ella. Le tomo los hombros con las manos y Sandra relaja el gesto, hasta descruza los brazos—. Dorian… —insiste.

—Te lo juro, ¿de acuerdo? —Y esta vez sí ha sonado creíble.

No despega sus ojos de los míos, levanta una mano y me acaricia la mejilla.

—No lo estropees todo, por favor —me ruega—. Nos ha costado mucho.

—Lo sé, puedes estar tranquila —le aseguro, aunque su expresión me dice que no lo está.

—Si se te ocurre mandar esto al garete por un capricho… —empieza a amenazarme, pero se calla cuando empiezo a pasar la yema de uno de mis dedos por su cuello. Me mira desafiante. Voy descendiendo poco a poco hasta que llego al canalillo y ahí lo dejo reposar—. ¿Qué haces?

—Reafirmándonos —le digo, echando una mirada de reojo hacia la persiana que está entreabierta y dejándole ver que tanto mi padre como Diego siguen enfrente, en la puerta de la sala de juntas.

Ella suspira, pero no se aparta de mi roce. Sonríe con delicadeza y pone la mano encima de la mía, así, de paso, levanta con disimulo el dedo que tiene sobre el pecho.

—Tengo prisa. Me quedan diez entrevistas más hoy, así que… o me dices por qué la quieres dentro del proyecto o ya te vas dando la vuelta y dejándome continuar. Tú eliges. —Y, tras la amenaza, me aparta la mano y se vuelve a cruzar de brazos, esperando mi respuesta.

Suspiro.

Dejo caer la mano, que permanecía en el aire, y me aparto de ella. Vuelvo a poner distancia entre nosotros y me dejo caer en la misma silla en la que estaba. Elevo la mirada, y nos la sostenemos durante unos segundos eternos.

—Está bien —concedo.

Sandra frunce el entrecejo de ese modo tan suyo, tan elegante, como todo en ella.

—Está bien, ¿qué, Dorian? —inquiere. Empieza a molestarle mi actitud, lo sé, no hay que ser un lince para percatarse de eso.

«Me rindo » .

Decido que tiene derecho a saber parte de la verdad, una que quizá pese más que el hecho de que Melissa me resulta *atrayente*. Una que está siempre latente en mí y que necesito purgar de algún modo.

—Es la hermana de… *él* —le confieso. No necesito decir su nombre, Sandra ya sabe a quién me refiero. Es la única de toda la familia que conoce esa parte de la historia. ¿Por qué? Pues porque el día que mantuvimos aquella charla «tan productiva» se lo conté, igual que ella a mí otro montón de cosas que nadie debe conocer.

—Entiendo —me contesta. Asiente con la cabeza mientras asimila la información.

Sé que esto no es lo que se esperaba, pero también puedo ver que prefiere que sea la hermana de Ricky a mi conquista.

Guardo silencio, esperando que diga algo más. Sin embargo, no lo hace. Al cabo de un par de minutos, se separa de la mesa, va hacia el otro extremo de esta y la veo rebuscar entre los papeles que hay sobre ella.

—Aquí está. —Toma un folio blanco y un bolígrafo, y comienza a anotar algo en él.

—¿Qué haces? —le pregunto con curiosidad, levantándome de mi sitio y acercándome hasta donde se encuentra.

—Poner su teléfono en la lista para llamarla cuando acaben las entrevistas —me informa, sonriendo al ver mi cara de alegría—. Pero… —interrumpe de golpe mi gesto de agradecimiento — si me llega alguien recomendado, la sacaré. No voy a perder a un buen candidato solo porque tienes que limpiar…

—Gracias —la corto. Me acerco a ella y le pongo un beso en la frente—. Siempre dije que eras la mejor de todas las Belmonte.

Ella ríe a carcajadas.

—Eso lo dices porque mi madre no te soporta y a mi hermana aún te la estás ganando —me recuerda.

—También es cierto —concedo, sonriendo.

Hago soberanos esfuerzos para no mirar el papel en el que Sandra ha anotado su número y guardármelo en la memoria, eso sería de acosador. Total, en unos días empezamos, de modo que la tendré bajo el mismo techo cada jornada. Para ser mi primer trabajo oficial en esta familia… ¡me ha tocado la lotería!

—Dorian —me llama Sandra, interrumpiendo mis pensamientos y nuestro camino hacia la puerta.

—Dime.

—¿Quieres ser tú quien la llame para darle la noticia?

—No, prefiero que no sepa que he tenido algo que ver —le respondo, y sí, esa es la verdad.



Cuando entro en el restaurante, está a rebosar. Es la hora de comer e intuyo que vamos a tener que esperar. Miro a Marcelo, que está observando el lugar con interés, y me siento orgulloso de lo que está viendo. Un orgullo que no me corresponde, porque, aunque sea socio de esto, no he movido un puto dedo para levantarlo.

—Mesa para dos —le digo al chico que se acerca a atendernos.

El muchacho asiente y nos pide un segundo para comprobar el listado de reservas y mesas

libres.

—¿Prefieren terraza o salón? —pregunta.

No me da tiempo de responder, Marcelo decide por los dos. Está claro de quién es hijo.

—Salón. Y, por favor, hágale llegar esto al dueño. —Le da un sobre blanco al chico, que lo toma y observa con cara de marciano.

Después, asiente.

¿Qué otra cosa va a hacer?

Suspiro, justo cuando nos indica que lo sigamos hasta nuestra mesa.

Mientras camino, voy recreándome en el negocio. Es un local amplio y con una decoración minimalista, ambientado con tulipanes, imagino que haciendo alusión al nombre que Adri le ha puesto, aunque no alcanzo a comprender el porqué de esas flores en concreto. Si me hablase, le preguntaría. Es más que probable que si lo hago ahora, me mande a la mierda… con un tulipán, claro está, pero a la mierda.

Tomamos asiento en una de las mesas del fondo. Marcelo pone mala cara al comprobar que está rodeado de personas. ¿Qué se creía? ¿Que tendrían el reservado esperándolo? Está demasiado malacostumbrado.

«¡Que se joda!», es lo primero que cruza por mi mente al ver su mueca de malestar.

El chico que nos ha conducido a la mesa nos desea una buena tarde y nos asegura que su compañera nos tomará nota de todo. Ni me molesto en mirarlo, para eso ya está mi hermano mayor.

—Buenas tardes, les dejo por aquí nuestra carta —dice una voz que conozco. Trago saliva y elevo la mirada en cuanto la escucho. En el instante en que me ve, se le transforma la expresión.

—Gracias —le respondo, tomando rápido las dos carpetas de su mano y ofreciéndole una sonrisa, una amplia y de las que mi padre odia.

Le tiendo a Marcelo la suya y él ni se molesta en agradecérmelo. Se pone a ojearla de inmediato.

«Y ahora, ¿quién es el que no tiene modales? » .

—¿Les traigo algo de beber? —pregunta Melissa, intentando no mirarme.

Me sorprende mucho cómo ha cambiado esta chica. No la recordaba tan comedida, sino más bien todo lo contrario. No me dio la sensación de ser de las que se amilanan con facilidad. Tal vez, la bebida me distorsionó su imagen.

—Agua —le indico.

Marcelo alza los ojos del papel y solicita que le traigan uno de los vinos de la carta. También demanda lo que desea para comer.

—Picaña de cordero con *risotto* de puerro y salsa de champiñones.

Melissa anota en su dispositivo el pedido.

—Lo mismo para mí. —Ella asiente y sigue con lo que estaba haciendo, ni siquiera despega la mirada de la pantalla mientras anota la comanda—. Melissa —le digo, cuando la veo hacer un gesto de despedida. Se detiene en seco y, ahora sí, me mira con esos dos ojos tan inmensos y azules que tiene—, dile a Adrián que queremos hablar con él, por favor.

Solo asiente, nada más.

—Y de paso, comunícale que no acepto un «no» por respuesta —añade Marcelo.

Ella vuelve a hacer el mismo gesto y se marcha.

«Prepotente», es lo único que pasa por mi mente de forma repetitiva una vez que nos quedamos solos.



Desde que he llegado, he visto a Adrián varias veces: en la puerta de cocina mientras ojeaba el interior del restaurante y, en concreto, la mesa de un hombre que está comiendo solo; después, me percaté de que este señor le hacía llamar y ambos intercambiaban unas palabras; más tarde, cuando acabó su comida, mi amigo volvió a acercarse, por demanda del otro, y se despidieron. Conozco a Adrián y he podido comprobar que ha estado todo ese tiempo nervioso. Solo hemos cruzado la mirada en una ocasión, me hizo un gesto de cabeza y lo entendí como un saludo. No sé si ha sido por educación o porque está perdiendo visión y no se ha dado cuenta de que soy yo.

Hace rato que esa persona se ha marchado y él ha desaparecido de la sala. Justo antes de hacerlo, Melissa se ha acercado a él y le ha tendido el sobre que Marcelo le había dado al jefe de sala. ¿Cómo ha llegado a sus manos? No lo sé, pero fijo que me entero de un modo u otro.

—¿Vas a estar toda la comida en silencio? —me pregunta con disgusto Marcelo, depositando la copa de vino delante de él y colocando la servilleta sobre la mesa.

—No tengo mucho qué decir —le respondo. Si es que no sé ni por qué he venido. De todos mis hermanastros, este es el único que no me da tregua, aunque Cayetano y Jimena tampoco es que allanen mucho el camino, pero son un poco más sutiles.

—Oye, Dorian. —Alzo las cejas al notar un deje de normalidad en su modo de hablarme, eso me hace ponerme en alerta—. Nos está costando aceptar la situación, acostumbrarnos a esto. Pero quiero que sepas que somos conscientes de que tú no tienes la culpa, solo eres la consecuencia de lo que pasó.

¿La consecuencia? Bonita forma de referirse a mí.

Me muerdo la lengua para no replicarle y mandarlo un poquito más allá del carajo, sin embargo, recuerdo que estamos en público y Fernando siempre me dice que la imagen que demos a los demás lo es todo.

«Aunque estés furioso, tú sonríe. Nadie tiene que conocer lo que sucede. Cuando llegues a casa, discute lo que quieras», esa es su teoría.

¿La entiendo? Sí.

¿La acepto? A medias.

¿La llevo a cabo? Casi nunca.

No obstante, he tomado la firme determinación de aprender a controlarme.

—El infiel fue papá, no tú… —continúa.

Rectifico: a la mierda mi propósito.

—¿Y llevas cuatro años para entender eso?

La cara de Marcelo se transforma, no le ha gustado mi réplica y algo me dice que me estaba poniendo a prueba.

—No vas a cambiar nunca, Dorian —me espeta con tranquilidad, algo chocante teniendo en cuenta el reproche que conllevan sus palabras—. Lástima que papá no quiera verlo.

Justo en ese instante en el que estoy a punto de levantarme y marcharme, Melissa se acerca a nosotros. Me quedo donde estoy, con la silla a varios palmos de la mesa, porque, como ya he dicho, estaba a medio segundo de incorporarme y dejar al imbécil de mi hermano solo. ¡A ver si Adrián lo recibe sin mí! Aunque aún estoy dudando de que lo vaya a hacer conmigo…

—Disculpen —dice su voz, y yo cierro los ojos de forma inconsciente al oírla.

No escucho nada, pero puedo imaginarme a Marcelo alzando la cabeza e indicándole que hable. Ese gesto es muy típico de él.

—Si han terminado de comer, Adrián les recibirá arriba —nos indica.

Abro los ojos y la observo. Tiene la vista clavada en mi hermano, esperando su respuesta.

—Gracias —es su parca contestación.

Puedo leer entre líneas y sé que va a esperar un poco antes de subir. Le gusta hacerse el interesante y que todos estén pendientes de él.

Lo dicho: ¡es imbécil!

12

Dorian

Seguimos a Melissa a través del comedor y subimos hasta el despacho, el mismo en el que discutí hace unos días con mi amigo. Ella llama a la puerta y abre, a pesar de que no ha obtenido respuesta que le indique que podemos pasar. Imagino que Adrián solo nos está esperando a nosotros y ella lo sabe. Nada más cruzar el umbral, le veo. Está sentado tras el escritorio.

Serio.

Me da en la nariz que no le ha gustado mucho la idea de reunirse con Marcelo y conmigo. Aunque tampoco es que me extrañe. Mi hermano no es de los que levantan pasiones y yo… bueno, no es que sea bien recibido aquí tras mi última visita.

—Sentaos —nos dice, señalándonos dos sillas que hay frente a su escritorio, y lo hace justo cuando él se levanta. No entiendo por qué.

Anda unos pasos hacia nosotros y nos da un apretón de manos, muy formal, demasiado diría yo. ¿Para esto se ha incorporado y acercado? No, conozco a Adri y sé que eso lo hubiese hecho desde su posición.

Marcelo se abre la chaqueta y toma asiento. Estoy a punto de imitarlo cuando mis dudas se disipan al ver cómo mi amigo sale del despacho y, mientras lo hace, empuja con delicadeza hacia afuera a Melissa.

—Siéntate, Dorian —me indica Marcelo, sin volverse a mirarme—. Ya es bastante bochornoso que nos haya hecho pasar y se largue como para que tú sigas de pie como un pasmarote embobado por una cara bonita —me suelta.

¿Qué sabrá él de caras bonitas? Si solo tiene ojos para su esposa, algo que me parece fantástico, porque sería muy hipócrita de su parte censurar la infidelidad de mi padre e ir actuando de modo similar. Yo, en cambio, entiendo que el hombre tenía sus motivos, necesidades o lo que sea y solo se dedicó a satisfacerlas. Por eso, tengo muy claro que mi situación es la mejor de todas: nadie me increpa por mi comportamiento y, encima, puedo hacer lo que me venga en gana. Eso sí, con discreción.

Lo miro molesto y él, que por fin se ha dignado a volverse, resopla.

—Te estás pasando —mascullo en voz baja—. No estaba… —intento excusarme, pero para conseguirlo, antes debo tener claro el pretexto que voy a alegar.

—Me da igual, Dorian. Ya sé que de tal palo, tal astilla. No me sorprende en absoluto. En el fondo, te pareces a él. —No sé si tomarme eso como algo bueno o malo. Parecerme a mi padre debería ser un halago, aunque teniendo en cuenta en el sentido que este capullo está dejando caer, me parece que es para darle una buena hostia y reventarle la boca. ¡Qué sabrá de mi vida! —. Siéntate.

Me importa una reverenda mierda lo que él opine, aun así, decido hacerle caso porque no quiero que Adrián se percate de que me interesa conocer lo que tiene que hablar con la pelirroja. De todos modos y desde mi lugar, al lado del imbécil de mi hermano, aguzo el oído todo lo que puedo. Por suerte para mí, Adri no cierra la puerta, tan solo la deja entreabierta, por lo que no es necesario mucho esfuerzo para lograr escuchar de lo que están hablando. Lástima que me haya perdido el comienzo de la conversación por culpa de Marcelo y su «de tal palo, tal astilla».

—Termino y te llevo a casa. Seré rápido —le dice él. Ella no responde, al menos, no verbalmente—. ¿Seguro que te encuentras bien?

—Sí, está con Ali —le contesta.

Me despista esa respuesta.

¿Ali? ¿Quién es Ali? ¿Y quién está con ella?

Empiezo a perderme de la conversación, a pesar de que creo que no me ha dado tiempo a seguirla, y eso me molesta, aunque no debería. Llevo más de dos años ausente y, además, a Melissa casi ni la conozco. Vale que estoy algo encaprichado con ella, sí —obvio teniendo en cuenta lo que me provoca y que soy de los que se dejan guiar por sus instintos—, pero conocer, lo que se dice conocer, pues no.

—Deberías haberte quedado en casa, Mel. —El tono de Adrián suena a reprimenda, sin embargo, no obtiene réplica por parte de la hermana de Ricky—. ¿Me esperas entonces y te llevo?

—Claro —asegura con un tono de voz apenas perceptible—. Te veo en un rato. Suerte —le desea, y oigo las pisadas que la suela de goma de sus zapatos ocasiona al caminar sobre la tarima.

Me recompongo de inmediato, me giro hacia delante y aprecio el semblante molesto de Marcelo.

—¡¿Qué?! —le digo, pero él pone los ojos en blanco y me vuelve la cara.

«Sí, mejor, para lo que tendrá que decir…».

—Disculpad. —Adrián cierra la puerta y toma asiento frente a nosotros—. ¿Qué es eso tan importante de lo que queréis hablarme y que no puede esperar?



La cara de Adrián es un poema, así, sin más. No quita los ojos de mi hermano y empiezo a sentirme incómodo, creo que sobro en esta conversación.

—Sé que lo tienes bien montado aquí, pero… —continúa Marcelo.

—Lo tenemos —le corrige Adrián, y me mira por primera vez desde que ambos han comenzado a hablar.

Sus palabras me sorprenden, sin embargo, disimulo para que ninguno se dé cuenta de lo que significa para mí ese plural.

—Sí, claro, eso quería decir —asegura Marcelo.

Adrián se vuelve hacia mí, de nuevo, y ya van dos en la media hora que llevamos reunidos. Al final no ha sido tan mala idea venir acompañado de Marcelo. Adrián podrá ser muchas cosas, podrá estar enfadado conmigo, echarme en cara mil cosas… no obstante, su sentido de la amistad es enorme y nunca me dejaría en mal lugar delante de él, porque sabe lo que eso conllevaría. Al contrario, está allanándome el camino para integrarme aún más en esta complicada familia que me ha tocado. Y de paso le toca un poco los cojones a mi hermano. ¡Eso me gusta!

—Y si tienes a Dorian, ¿para qué vienes a hablar conmigo? —le replica Adri, lo que hace que Marcelo se quede sin palabras—. No te ofendas —empieza a decir, suavizando el tono—. Me refiero a que puedes comentar con él cualquier cuestión, es socio capitalista y tiene voz y voto en todo lo que tenga que ver con el negocio.

—Ya, eso lo sé, pero me interesa tu respuesta como chef. —Marcelo lo encara. Ambos nos damos cuenta de que no le ha gustado lo que implican las palabras de Adrián.

¿Dejarme a mí a cargo de las decisiones?

Para mi hermano solo soy «la consecuencia » de algo, no me cree capaz de decidir… ni de nada.

—No voy a abandonar mi negocio, si es eso lo que quieres saber —ataja Adri—. La idea de que tus clientes vengan aquí a degustar nuestras especialidades cuando salgan del hotel me parece genial, la igual que organizar cenas temáticas, tanto en el restaurante como en el hotel.

Podemos ir hablando de eso cuando quieras y, por descontado, con más tranquilidad. Ahora no es el momento. Lo que sí te dejo claro ya es que no voy a abandonar mi puesto para cocinar para ti. Puedes dar ese tema por zanjado.

—Podrías ganar mucho dinero, Adrián. El restaurante seguirá funcionando y generando beneficios, además de lo que conseguirás con tu puesto en…

«¡Error! Por ahí no vas bien, hermanito. A Adrián no puedes comprarlo».

—Lo dicho: zanjado. El tema de la colaboración puedes tratarlo directamente con Dorian. Él sabrá qué hacer y ya me irá informando cuando tengas algo más o menos decidido.

Me contengo las ganas de reír. Menuda forma de despedirlo…

«Sí, señor » .



Marcelo sale del despacho, tras varios intercambios más de opiniones. Me dispongo a hacer lo mismo, pero Adrián me pide que me quede. Asiento y cierro la puerta en las narices de mi hermano.

Joder, qué bien sienta esto.

—Dorian —me llama muy serio, ya que me he quedado contemplando la barrera de madera que tengo frente a mis ojos. Me giro y lo encaro, pero aguardo en silencio—. Infórmame de todo. De todo —repite.

—Claro, ¿qué te crees? ¿Que haría algo que pudiera perjudicarte?

Mi pregunta, a pesar de intentar ser retórica, no ha sonado como tal, sino más bien como reproche. Adrián se lleva la mano hacia el puente de la nariz y se lo aprieta. Parece cansado.

—He luchado mucho por sacar esto adelante, no me jodas el negocio —me advierte.

—Si no confías en mí, ¿por qué me pones a cargo de esto? —le increpo. Me molesta que dude de mí de esa forma.

—Sí confío en ti, aunque no en tus métodos. Has cambiado y no precisamente para bien.

Bueno, eso es un paso. Al menos ya me dice qué le molesta en vez de echarme a puntapiés de su oficina, como pasó el otro día.

—Tienes razón: he cambiado —admito—. Pero para bien. Lo que pasa es que te niegas a verlo. Voy a ser el gerente del hotel —le informo, como si con eso ya estuviese todo dicho.

—Pues por eso mismo.

Sus palabras me dejan tocado. ¿De verdad piensa que estos avances que con tanto esfuerzo estoy logrando son en detrimento de mi persona? ¿Cómo no es capaz de ver lo que me ha costado conseguir todo esto? ¿En serio cree que me ha sido fácil obtener la aprobación de casi todo el mundo, incluso sabiendo que eso ha significado perder la suya?

—Adrián —lo detengo, justo cuando se dispone a abrir la puerta para dar por finalizada la reunión.

—No te pierdas más por el camino, Dorian.

Y eso sí que me deja *K.O*. Mi madre siempre me dice, o decía, lo mismo. Y mi hermano… el de verdad, también.

Y, ahora, él, quien siempre estuvo conmigo. En las buenas y en las malas.

¿Tendrán razón y soy yo el que se empeña en algo que no debería ser?

¿En serio me estoy perdiendo?

Hace diecinueve años.

Entro en el patio casi a regañadientes. La profesora ha insistido en que debo hacerlo o no conoceré a nadie. Ya podría ser mi hermano un par de años mayor y, al menos, estaría aquí conmigo, en vez de en la primaria. Solo llevo dos días en este instituto y me parece una soberana mierda. Ya estaba acostumbrado al otro, pero, para variar, hemos tenido que volver a mudarnos y a cambiar de escuela. Me negué en rotundo cuando mi madre me lo comunicó este verano, sin embargo, ella alegó que no podíamos malgastar el dinero que nos suponía el autobús para ir a mi antiguo centro, sobre todo, teniendo en cuenta que este se encuentra a dos calles de casa y vengo caminando.

«Puto dinero » , pienso con asco.

«Ojalá fuese rico » .

Ni de coña pasará eso, aunque… soñar es gratis, ¿no?

Me siento en las gradas que hay junto a las vallas y, al mirarlas, pienso en saltármelas y largarme de aquí. Estoy harto de tener que hacer amigos, unos que luego se van olvidando de mí porque me voy de su entorno cuando nos suben el alquiler y mamá no puede afrontarlo.

—Paso de esto… —me digo, resoplando y observando los grupos que empiezan a organizarse a mi alrededor.

Abro con hastío el envoltorio de mi bocadillo y le doy un bocado. Siempre es igual, no tenemos ni para comer otra cosa que no sea mantequilla.

Apenas he dado un par de bocados cuando dos chicos toman asiento justo delante de mí. Vuelvo a resoplar molesto. No me apetece tener compañía o, mejor dicho, tener que oír cómo el resto comparte confidencias e historias y yo, mientras tanto, espero que suene el timbre que indique la vuelta a mi condena como estudiante. ¡Y encima hoy toca Historia!

Guardo el bocata de nuevo en la mochila y me levanto decidido.

Sí, creo que voy a largarme de aquí en…

Tres…

Dos…

Uno…

—Yo que tú no lo haría. —Casi me caigo de culo al oír la voz de uno de los chicos que está sentado delante.

—¡¿Y a ti qué te importa?! —le replico molesto. En respuesta, él solo alza los hombros y sigue comiendo galletas. Me llama la atención el color de su pelo: naranja. Es tan brillante que hasta me deslumbra con el sol.

—Este sitio es una mierda, ¿verdad, Adri? —le pregunta a su acompañante, al que no le he visto aún la cara, tan solo sé que tiene el pelo recogido en una coleta.

El de la melena se ríe y me observa.

—No tanto como mi antiguo colegio, te lo aseguro —le responde, a pesar de que me está mirando a mí.

Mientras ellos hablan, yo sigo con el pie sobre la reja, dudando en si doy el salto hacia afuera o me quedo dentro.

—No lo hagas —me repite de nuevo el pelirrojo—. ¿Ves a aquella mujer rubia de allí? —Asiento—. Pues es la directora y ahora mismo está pendiente de ti y de lo que estás a punto de hacer. Si sales, te expulsarán.

En el momento en que clavo mis ojos con atención sobre ella, me percato de que, efectivamente, está pendiente de lo que voy a hacer. Pienso que me da igual. Si me echan, no tendré que venir en una buena temporada. Después, pienso en el disgusto que le daré a mi

madre, otro más, y me vengo abajo.

—Es de idiotas intentar hacer novillos en medio del recreo. Hazlo cuando todos estén en clase —añade el del pelo largo, sonriendo, aunque no me parece que sea de los que se escaquean de las clases.

Tiene razón.

Vuelvo a tirar la mochila sobre la grada y bufo, enfadado. No me gusta que me digan lo que tengo que hacer. Me molesto aún más cuando los escucho reír.

¿Pero qué cojones se han creído estos dos?

Justo voy a increparles cuando el de la coleta se levanta y me mira con atención.

—Yo soy Adrián y él es Ricardo.

—Ricky —rectifica el pelirrojo—. Ven, siéntate con nosotros. ¿Eres nuevo?

Me quedo enfrentándolos con la mirada, hasta que me decido. Agarro la maleta y bajo un par de escalones. Suelto a desgana la mochila y, antes de sentarme, les digo:

—Dorian, me llamo Dorian.

13

Melissa

«No soy producto de mis circunstancias, soy producto de mis decisiones».
—Steven Covey—

Estoy desesperada por llegar a casa y las cosas no parecen colaborar para que eso ocurra. No debería de haber venido, es lo único que pienso cuando veo cómo se va llenando el restaurante. No soy imprescindible y mis compañeros pueden arreglárselas sin mí. Y no es solo la cantidad de comensales que han decidido elegir este como su lugar para comer hoy, no, es que no contábamos con la visita del crítico gastronómico. ¿No se supone que tiene que avisar antes? Pues no, este se ha colado aquí de improviso. Menos mal que no es uno de esos días en los que Adri delega en Gerard. El muchacho es muy buen chef, pero no como mi amigo. Encima, y por si no fuese suficiente, me toca servir la mesa en la que está Dorian con otro hombre más, uno prepotente como no he visto nunca y el cual, en el instante en que eleva la mirada, me percato de que es su hermano, porque el parecido que poseen es innegable. Para colmo de males, quieren reunirse con Adrián. ¿Hay algo más que pueda pasar hoy?

Hace cuatro horas.

Dejo a mi madre en casa con la triste excusa de que tengo que ir a trabajar. Había pensado decirle que se esperase allí, sola, hasta que yo volviese, pero entonces se ha dado cuenta de las fotografías que adornan mi casa y se ha sorprendido. Mucho.

¿Por qué? Pues porque no sabía que era abuela.

La decepción asoma a sus ojos y yo me siento demasiado mal conmigo misma.

Quiero decirle: «así soy yo » . Pero con toda probabilidad ella me respondería: «¡una mala hija!».

O eso es lo que puedo leer en su mirada.

De modo que para que deje de pensar así, Adrián —imagino que también es consciente de la misma expresión en su rostro— le indica que Alicia, su pareja, irá a recoger al crío a la guardería en un par de horas y que él mismo le dirá que pase antes por ella, para que pueda así conocer a su nieto, porque seguro que está deseando hacerlo. Ambos sabemos que Ali es muy prudente y cordial, no dirá nada que pueda incomodarla. Justo antes de salir, veo cómo mi madre toma a Adrián del brazo y lo detiene. Me hago la tonta y sigo caminando hacia la puerta, aunque puedo oír perfectamente lo que le dice:

«Gracias » .

Eso es lo único que sale de sus labios e intuyo, por su tono, que no se refiere solo a lo de Ali, sino a todo lo que él ha hecho por mí durante años. Eso me genera un nudo aún más grande e imposible de digerir que el que ya tenía. Y, sin aguantar más las ganas de llorar, abro la puerta, salgo al rellano y comienzo a bajar por las escaleras a toda prisa.

Vuelvo a mirar el reloj y suspiro nerviosa. La reunión de Adri se está alargando demasiado, ¿o tan solo se me está haciendo eterna a mí? Los nervios no dejan quedarme quieta, así que mientras espero, tomo el móvil y le envío un mensaje a Alicia. ¡A ver si así desconecto un poco de esta inquietud que tengo!

Melissa_15:30
¿Cómo están?

Estoy segura de que Ali esperaba mi mensaje, porque no tarda ni medio segundo en responder.

Ali_15:30
Genial.
Está todo controlado.
Relájate.

«Relájate » , me repito.

Pues sí, ya me conoce lo suficiente para saber que estoy que me salgo de mí con tanto ir y venir.

Respiro hondo y suelto el aire poco a poco. Intento hacer lo que me pide, pero me está costando la misma vida. Tengo un pellizco en el estómago que no me da tregua y agradezco que se me haya quitado el apetito, de lo contrario estoy segura de que hubiese vomitado todo lo que hubiese ingerido. Segura, segura.

Voy a responderle que estoy esperando a que Adri termine, cuando me entra un nuevo mensaje de ella.

Ali_15:32
Dale una oportunidad, Mel.
Aunque pienses lo contrario, se la merece.
Escúchala.

Al revés de lo que he hecho antes, ahora tomo el aire de forma profunda, demasiado profunda, tanto, que hasta me duelen los pulmones al hacerlo. Luego, lo dejo ir todo de golpe y resoplo.

Melissa_15:33
Lo intentaré.
Es complicado.

Ali_15:33
Lo sé, pero hazlo al menos por Hugo. Es su abuela.

¡Esta chica siempre dando en el clavo! Me contengo las ganas de gruñir de frustración. Echo la cabeza hacia atrás y me apoyo en la pared. Me encuentro esperando de pie junto a las escaleras que conducen hacia la despensa y el despacho de Adrián. Estoy a punto de guardarme el móvil en el bolsillo del mandil, cuando comienza a sonar. Lo saco, asustada. ¿Y si es Ali? ¿Y si ha

pasado algo? ¿Y si…? Es un número desconocido, de modo que me quedo algo más tranquila, no es Alicia.

—¿Sí?



¡No puedo creerlo! ¡No puedo! ¿O sí? Dicen que no hay dos sin tres, pero en esta ocasión, la tercera ha sido una buena noticia. Tengo ganas de saltar, gritar y hasta de hacer *puénting*, a pesar de que no me gusten demasiado las alturas. Tengo un subidón como jamás he tenido. Bueno, sí, una vez, pero mejor olvido ese pensamiento, que ya sé cómo acabó.

No sé en qué momento, el hermano de Dorian ha salido, porque yo no lo he visto, pero el caso es que está fuera y me mira con cara de marciano. ¿Tan raro le resulta ver a alguien feliz? Oye, pues no me extrañaría, con esa cara de amargado que tiene. Lo curioso es que los dos se parecen muchísimo, de hecho, no me ha sido complicado deducir el parentesco. La diferencia radica en que esa sonrisa torcida que ambos lucen les otorga un aire diferente, mientras que a Dorian le confiere ese toque de chico travieso, a este se lo da de estirado. Y eso hace que te des cuenta a la primera de lo diferentes que son.

—Melissa —me llama Rubén, el jefe de sala—. Hay problemas en el salón. Dile a Adrián que baje de inmediato, por favor. Que deje lo que sea que esté haciendo. Es importante.

—¿Qué sucede? —pregunto, sorprendida por lo que dice. Es raro que lo interrumpan cuando está reunido, ya sea con proveedores o con quien sea. Voy a decirle que si no es algo que tenga que ver con el tema comidas, bien puedo ocuparme yo, como suelo hacer, y así me distraigo y consumo adrenalina, que en estos momentos me sobra.

—Un asunto de faldas —me responde y eso me deja con las palabras en la boca, a punto de ser pronunciadas y silenciadas a la vez.

—¿Cómo? —Eso me resulta surrealista. ¿Líos de faldas? ¿En el salón?

Mi compañero parece inquieto, porque echa un vistazo hacia las escaleras, intentando decidir si me cuenta con detalles lo que sucede o no.

—Por lo visto, un tipo ha descubierto a su esposa con el amante, están comiendo en el restaurante. Dile que venga rápido. Se está liando. —Y sale corriendo hacia el lugar del cual empiezan a oírse los gritos.

¡Vale, ahí está la tercera!

Todavía estoy observando las escaleras, cuando Dorian y Adrián salen del despacho. El hermano del primero me mira con un gesto en el rostro que no sé cómo interpretar. Imagino que se ha enterado de lo que ocurre y eso le causa cierta satisfacción, pese a que no logro entender por qué. Dorian también ve su expresión, porque frunce el entrecejo en cuanto lo encara. Yo, por mi parte, me acerco a Adrián y le explico en voz muy baja qué es lo que está pasando.

Mi amigo abre los ojos de par en par según las palabras van saliendo de mi boca. Apenas he terminado, sale corriendo escaleras abajo. Cuando está a mitad de las mismas, se vuelve y me dice:

—Pide un taxi. —Y se va.

Supongo que es consciente de que va a tardar y de ahí su idea, sin embargo, yo no creo que el altercado dure demasiado, así que no tengo intención de hacer caso de su sugerencia. Sin dirigirle la palabra a los dos pasmarotes que siguen de pie en el rellano, me largo. Quiero ver qué es lo que está armando tanto revuelo.

Al llegar al salón me doy cuenta de que el asunto es peor de lo que pensaba. El tipo que está gritando a su esposa va pasado de copas, bastante pasado diría yo, y, además, el otro, el amante,

es un empresario de la zona, uno muy conocido, por lo que hay gente con sus móviles grabándolo todo y subiéndolo a las redes sociales. Hay que ser imbécil para ir a comer con tu amante a un sitio en el que te conocen, aunque, quizá el pobre hombre ni siquiera era consciente de que ocupaba el lugar de «el otro». No quisiera verme jamás en su piel.

Cuando tengo frente a mí el lío que hay montado, me indigno, y mucho. Siento ganas de tirarle el zueco a la cabeza, a ver si así se calla el muy...

Adrián ha luchado mucho por esto. Si la crítica que recibe es la adecuada, formará parte de una de las guías de restaurantes más prestigiosas, y ahora viene este inconsciente a montar el espectáculo y poner el nombre del Tulipanes en boca de todos.

Miro el reloj, porque sí, esto se va a alargar y bastante. Rezo para que no sea necesario llamar a la policía, ya que el tipo no parece dispuesto a cejar en su empeño.

Justo cuando veo que Adrián se interpone y empieza a pedir calma, una mano se apoya en mi espalda, sobresaltándome.

—¿Tienes prisa? —Lo miro y creo que lee la respuesta en mis ojos—. Puedo llevarte —se ofrece Dorian.

Me giro y no sé qué decirle.

Vuelvo a mirar el reloj de mi muñeca.

Lo cierto es que también puedo pillar el bus, aunque aún queda media hora para que pase por aquí, más otra media hasta que me deje en mi destino. La opción más viable es el taxi… o aceptar la invitación de Dorian.

14

Dorian

Las palabras de Adrián me dejan tocado y hasta podría decir que hundido. Me recuerdan a mi madre. Por desgracia, ella ya no me dice mucho sobre eso, pero estoy seguro de que si estuviese en plenas facultades lo haría, una y otra vez, una y otra vez… hasta la saciedad.

Me quedo con la vista fija en la espalda de mi amigo, que está saliendo por la puerta y aunque me cuesta espabilar, lo hago y le sigo. En cuanto pongo un pie en el rellano, me percato de que algo no va bien o, al menos, no como debería ir. Melissa tiene el gesto desencajado y enfrenta a Adrián. Sé que le está diciendo algo con esos ojos azules que tiene, sin embargo, yo no sé leer en ellos nada; Marcelo, sin embargo, muestra esa expresión de autosuficiencia que me crispa los nervios y me hincha los huevos. Y, muy a mi pesar, a él sí que sé leerlo. Y eso me da alguna pista de lo que puede estar pasando, algo que le está allanando el camino y solucionando los problemas. Desde luego que es un cabrón con suerte, cada vez lo tengo más claro. Marcelo me ve salir y se fija en mí, sin desechar esa actitud que lo caracteriza.

«Capullo » .

Le sostengo la mirada y justo cuando voy a hablar para expresar mis dudas, la pelirroja se acerca a Adri y empieza a contárselo muy bajo. Por suerte, no he heredado la sordera de mi abuelo, que en paz descanse, y, además, me encuentro muy cerca de ellos, por lo que no me es difícil escuchar lo que dice.

«¡¿Qué coño, Dorian?! No te eches flores, que están a medio metro de ti, en un rellano minúsculo. No te hagas el superhéroe, tío, es imposible no enterarse de lo que están hablando».

Como es evidente, en cuanto está al corriente de lo que sucede, Adri sale por patas de aquí y se va a toda hostia hacia el salón.

Antes de que pueda darme cuenta, ella hace lo mismo. Hago una mueca de disgusto con la boca cuando me percato de que nos quedamos solos, aunque no desvío mi atención ni un ápice, aún sigo mirando las escaleras por las que se aprecia el cuerpecito de Melissa descendiendo por ellas.

—Quita esa sonrisa de la cara —le sugiero a Marcelo, sin nada de sutileza y con un deje de enfado en la voz. Me jode que se alegre por este maldito imprevisto—. No te creas que Adri va a aceptar tu propuesta por un simple altercado en el restaurante.

—Un negocio que da problemas termina… —comienza.

—Se nota que no lo conoces —le digo, y empiezo a bajar los escalones.

Camino con tranquilidad y me dirijo al salón. Quiero ver qué está pasando, porque las voces se escuchan hasta aquí y eso ya sí que empieza a parecerme preocupante. Voy con la firme determinación de interceder en el asunto y ayudar en lo que pueda. Necesito que Adrián se dé cuenta de que vuelvo a estar en el mundo real, de que he cambiado y de que puede contar conmigo, como yo siempre lo he hecho con él.

Una vez abajo, le pregunto al jefe de sala qué ha sucedido. El chico parece dudar. Eso me gusta, que sea discreto. Decido que es mejor que vaya conociéndome, ya que me va a ver bastante a menudo por aquí a partir de ahora, así que me presento. Tan solo me ha dado tiempo a decirle mi nombre y el muchacho empieza a largar por esa boquita. Me sorprende el hecho de que no haya sido necesario darle el dato de que soy socio del restaurante para hacerle hablar. Eso me hace sonreír, porque solo puede significar una cosa: Adrián los tiene al tanto de «mi

implicación» en el negocio. Al final, no va a ser tan capullo y sí va a tener motivos para estar enfadado conmigo. Él me incluye en su vida, pero yo solo soy un fantasma al que nadie conoce… o conocía. Pienso poner remedio a eso de una vez por todas.

Asuntos del corazón. Tanto revuelo por una infidelidad.

«Hombre, de mujeres está lleno el mundo», me entran ganas de decirle al sujeto que tiene que portar la cornamenta que su buena señora le ha puesto, y bien, por lo que veo.

Me acerco a ellos justo cuando Adri consigue lograr un poco de paz entre los implicados y el chico de seguridad, uno que ni siquiera había visto antes, le ayuda.

¿Tiene seguridad y todo?

Pues sí, sí que lo ha montado en condiciones, sí.

«*Arrivederci*, Marcelo. No cuentes con él».

Adelanto un par de pasos más y me encuentro en mi campo de visión un pelo naranja, muy llamativo, y un cuerpo delgado, vestido con un uniforme negro, el cual hace que tanto su cabello como su piel, tan blanca como la nieve, sean más llamativos aún. Me acerco a ella. Parece inquieta y no solo por lo que está presenciando. Mira varias veces el reloj de muñeca que lleva y, al observarla repetir el gesto, recuerdo que Adrián le dijo que se pidiese un taxi. Conclusión: tiene prisa.

«Sí, esta es mi oportunidad».



Su asentamiento de cabeza me deja perplejo, porque a pesar de que la inquietud no abandona su mirada en ningún momento, la duda también está en ella. No sé el motivo por el que intenta escapar, escabullirse de mí. No la reconozco. La última vez que la vi no parecía tan reacia a mi compañía. Eso es algo que tengo que trabajar, que deje de huir como si yo fuese el hombre del saco.

La conduzco fuera, colocando mi mano en el bajo de su espalda. Se envara un poco al notar mi contacto, lo noto, pero no desisto y sigo «sosteniéndola » . ¿Qué puedo hacer? Me cuesta tener las manos quietas y siempre he sido de los que sucumben fácil a la tentación. Aun así, no la veo caminar más rápido para desprenderse de mi toque y eso me gusta. Demasiado. Creo que hasta sonrío de la satisfacción que ese pensamiento me produce.

Al llegar a la calle, le indico el aparcamiento donde tengo el vehículo. Es más que evidente que no voy a dejar mi coche estacionado en medio de la calle. No quiero encontrarme un arañazo en su impecable carrocería y es demasiado llamativo para estar en cualquier parte. Cuando sé que no voy a poder dejarlo a buen recaudo, suelo pillar la moto, que esa sí es menos ostentosa… o eso creo.

Melissa va tensa todo el camino. Intento buscar un tema de conversación, pero es que eso nunca se me ha dado bien, soy más de actos… y si son impuros, mejor que mejor. Y de ese tipo es el único que se me antoja ahora mismo, aunque no creo que esté en los planes de esta muñequita satisfacer nuestras necesidades.

Resoplo para quitar de mi cabeza la imagen que acaba de cruzarme y que no es otra que la de ella de espaldas a mí y yo subiendo las manos por sus piernas y…

«Joder, concéntrate, que va a empezar a notársete » .

Me inquieto al descubrir que sí, que de verdad tengo un serio problema con ella, porque no soy capaz de contenerme y porque no me puedo sacar de la cabeza ese encuentro en el callejón. Maldigo mi mala pata de ir hasta las cejas de lo que fuese y no acordarme como es debido. Quizá ese es el motivo de mi obsesión con Melissa, imagino que necesito saber si fue tal y como lo recuerdo o tan solo es una distorsión de mi mente borracha. Desde que aquello ocurrió reconozco

que he tenido más de un sueño húmedo con ella, es más, mi subconsciente no solo recrea lo poco que recuerdo de aquella de noche, sino que, además, la visualizo en una cama de sábanas blancas y…

«¡¡P-A-R-A!! ».

«¡¡Para ya, Dorian!! » , me grito a mí mismo. No, no puedo seguir así. Esta situación solo tiene dos salidas factibles: o me la llevo donde quiero de nuevo o me olvido de todo. Y es obvia cuál de las dos opciones es la que deseo: llevármela, sin lugar a duda.

Pero… una cuestión asalta mi mente: ¿y si tiene pareja?

«Bueno, tampoco es que me importe mucho » , me respondo yo solo.

Ante todo, la franqueza. Sí, señor.

—¿Y tu hermano? —me pregunta Melissa, haciéndome volver de mis pensamientos, mientras que yo abono el importe del *parking*.

—¿Quién te ha dicho…? —Ella alza las cejas a modo de respuesta. Está bien. Lo sé, pero es que me jode muchísimo saber que con el único de mis hermanos con el que comparto rasgos es justo con el que peor me llevo y el que menos me tolera. ¡Tócame los huevos un poco más, vida perra!

—¿Y…? —vuelve a decir, interrogante.

—Él va en su coche y yo en el mío —le contesto, avanzando hacia mi Porsche, que está justo enfrente de la máquina.

—Pues vaya manera de contaminar el planeta por gusto y capricho —me suelta.

Me quedo quieto con la mano a medio milímetro del tirador de la puerta del copiloto en un intento de ser caballeroso. ¡Y yo pensando que se impresionaría al ver mi magnífico coche! A todas les ocurre. ¿Por qué coño a esta no? ¿Qué pasa con ella? ¿Acaso el planeta es más importante que mi Porsche? ¡Es un PORSCHE! ¡Por el amor de Dios!

Carraspeo para aclararme la garganta, aunque no tengo claro que las palabras puedan salir de mi boca, ya que mi cabeza se encuentra demasiado indignada con su réplica como para ponerse a hilar con coherencia.

—Digamos que… —carraspeo de nuevo.

—No os lleváis bien —concluye la señorita *nocontamineslaTierracontupedazodeporshe.*

—Exacto. —Ella dibuja una sonrisa en sus labios y eso hace que me plantee que, quizá, no es tan mala idea dejar el coche aquí e ir dando un paseo a donde tenga que ir, alegando que así *contaminaremos* menos. No obstante, lo desecho. Si tiene prisa, no va a querer ir caminando y si lo hace, no querrá compañía. De todos modos, me anoto el dato para otro momento—. ¿Subes? —le indico al abrirle la puerta y hacerle un gesto para que lo haga.

Ella asiente, pero no parece muy halagada por mi galantería.

¡Mierda…! ¡Me va a costar más de lo que imaginaba!

¡A Melissa no hay quien la impresione!

15

Melissa

«Siga sus instintos. Ahí es donde la verdadera sabiduría se manifiesta».
—Oprah Winfrey—

¡Menudo carro! Me aguanto las ganas de silbar al verlo.

No, no voy a hacerlo, aunque me cueste contenerme. No soy de las que se impresionan con facilidad ni tampoco una persona superficial, pero, a ver, que el coche llama la atención, la llama, de eso no hay duda.

Adri siempre dice que Dorian es un materialista, engreído, presuntuoso… No me queda muy claro cómo llevan siendo amigos tantos años, la verdad. Será porque el primero no le oculta lo que piensa o, quizá, porque el segundo, antes no era de ese modo y ahora sí, por eso están algo enfrentados, aunque estoy convencida de que esa situación no durará mucho. Adrián es un trocito de pan, como siempre he dicho, y ambos han compartido demasiadas cosas, buenas y malas, como para que los distancie dos años de silencio, unos que, por otro lado, estoy segura de que han estado justificados, tienen que estarlo. Pero igual que pienso eso, también puedo asegurar que si hay algo que tengo claro, es que no voy a hincharle el ego a Dorian más de lo que ya lo tiene y eso es lo que haría si me pongo a alabar su impresionante coche, porque puedo ver en esos ojos negros que tiene que es lo que está esperando y el no obtenerlo le asesta un golpe a su enorme vanidad. Para contener la sonrisa que se me dibuja en el rostro, o al menos camuflarla un poco, dirijo la mirada hacia otro lado y le digo que no me parece bien que contaminen de ese modo. A ver, que sí que es verdad que lo pienso, de eso no hay duda, lo que él no sabe es que en estos momentos el soltarle mi preocupación por el planeta es tan solo una excusa para disimular la impresión que me ha dado ver delante de mí semejante trasto. Por suerte, aún no se había colocado a mi altura, iba detrás, y no se ha percatado de mi expresión de asombro. No soy una fanática del motor, sin embargo, a mi hermano siempre le gustaron los coches, en especial, los deportivos, aunque jamás tuvo uno. No llegó a reunir el dinero necesario para ello y si lo hubiese hecho, estoy segura de que no se lo hubiese comprado, porque su meta era ahorrar la mayor cantidad posible para que pudiésemos largarnos de casa. Recuerdo que me pasaba horas sentada en mi cama, observándolo ojear revistas mientras le escuchaba hablar de motores, cambios, ruedas y mil cosas más de las que apenas entendía. No obstante, le prestaba atención, porque para mí lo importante era que estuviésemos juntos, sin importarme qué hacíamos cuando lo estábamos. Y ahora, contemplando lo que tengo ante mis ojos, puedo darme cuenta de que esa afición también la compartía con su amigo Dorian.

Inspiro hondo para alejar la opresión del pecho, esa que siempre me acompaña al pensar en Ricky.

Cuando el nudo que me atenaza la garganta empieza a desaparecer, me vuelvo hacia Dorian. Lo veo con la mano a punto de abrir la puerta para dejarme paso y, por su cara, intuyo que mi aportación no le ha sentado demasiado bien, aunque ya me lo imaginaba. Bien, al menos, eso hace que mi estado de ánimo cambie y hasta sienta ganas de reír. Como es evidente, no lo hago, me contengo, no obstante, su expresión de frustración me lo está poniendo difícil.

Carraspea antes de hablar. Lo he dejado noqueado con mi comentario, lo sé. De todos modos, sigue a su tarea y me abre la puerta.

«Míralo, qué caballero » .

¿Acaso piensa que no sé lo que intenta? Pierde el tiempo si cree que voy a caer en sus redes… otra vez. No habrá una tercera, de eso también estoy segura. Ahora mismo tengo muchas más cosas en las que pensar, por lo que el sexo ha pasado a un segundo plano en mi vida… o tercero… ¿quién sabe? Mi cabeza está en otro sitio y no, no es en lo que le despunta debajo del pantalón.

Me siento en el interior cálido del vehículo y me quedo esperando a que él haga lo mismo. Cuando estamos listos, arranca y me pide la dirección. En vez de decírsela, la tecleo directamente en el GPS. Él ríe disimuladamente debido a mi gesto, imagino que porque le parece algo muy rústico y obsoleto el escribir en una pantalla y, aún más, en la de este coche, que, probablemente, sea capaz de mantener una conversación con nosotros si se lo pidiéramos. Pero, a pesar de ello, no hace ningún comentario al respecto. Tampoco comprendo bien qué es lo que le ha hecho tanta gracia, la verdad. ¿Acaso parezco una paleta o qué? No me va tanta sostificación.

—Vamos. —Pone el coche en movimiento, aunque este sea casi imperceptible, y salimos del *parking*.

Apenas hemos avanzado un par de calles, cuando me percato de que me mira de reojo de vez en cuando. Guardo el móvil en la pequeña mochila que siempre llevo, ya que le estaba enviando un mensaje a Adri para pedirle que me informase de cómo ha terminado el asunto del restaurante y, también, le he escrito a Ali para decirle que llegaría en breve, que ya estaba de camino.

—¿Qué tal fue la entrevista? —me pregunta, intentando entablar una conversación.

—Bien. Me han escogido —le respondo y, justo cuando lo hago, Dorian detiene el vehículo en un semáforo.

Aprovecha para volverse y encararme.

—Me alegro muchísimo. —Y sus palabras parecen sinceras. Me sonríe de verdad, no del modo en que lo ha hecho en el hotel, por ejemplo. Este gesto se refleja en sus ojos negros y le confieren un brillo que es la primera vez que le veo. Aunque, claro, tampoco es que haya tenido muchas oportunidades de observarlo de esta forma.

—Gracias.

—Empiezas el lunes, ¿cierto?

Nos volvemos a poner en movimiento y dejamos de mirarnos para centrar de nuevo la atención en la carretera.

—Así es.

Silencio.

Él no me responde y yo no sé qué más decirle.

Me pongo a mirar por la ventanilla y veo las casas pasar.

Antes de que pueda darme cuenta estamos aparcando frente al portal.

—Bonito sitio —me dice, observando la puerta de cristal que da la bienvenida a mi casa.

—Gracias. —Parece que solo sé contestar eso, pero es que tampoco se me ocurre otra cosa. Me siento algo incómoda aquí—. Gracias por traerme. —¡Pues mira que estoy repetitiva hoy!

Suelto una risita nerviosa y me apresuro a tomar la mochila para descender del vehículo. Sin embargo, la mano de Dorian posándose sobre mi rodilla me detiene. Me quedo quieta y bajo despacio la mirada hasta sus dedos. No sé si elevarla o no…

Trago saliva al sentir que asciende un par de centímetros y es ahí cuando, tras respirar hondo, lo encaro. Nunca he sido una de esas chicas que se sonrojan, de las que no saben qué decir o qué hacer. Siempre he tenido mis ideas muy claras, aunque de un tiempo a esta parte me he vuelto más comedida. Imagino que la edad y, sobre todo, las responsabilidades me han hecho aprender a pensar antes de hablar. Pero Dorian me descoloca de un modo que no logro entender. Me

cuesta centrarme y saber cómo actuar cuando lo tengo cerca. Desconozco el motivo, lo que sí sé es que no me gusta sentirme así de vulnerable con nadie.

—Dorian… —A pesar de que por mi cabeza pasa un torrente de palabras, tan solo me sale eso. Y es que, por paradójico que resulte, todas se contradicen entre sí, por lo que ninguna termina de tomar la iniciativa, salvo su nombre, que es lo único que tienen en común todas y cada una de las frases inconclusas, y algunas incoherentes, que mi mente maquina sin cesar.

—¿Vives sola?

¿Qué le respondo a eso? Sola, lo que se dice sola, no. Pero no tengo pareja, que es a lo que creo que se debe su pregunta. Corrijo, creo no, lo sé, de lo contrario no me lo estaría cuestionando con su mano en mi pierna. No voy a responder a eso. No es de su interés cómo se halla mi vida amorosa en estos momentos. No tengo por qué decirle que paso por una etapa en la que no me interesa estar con nadie, ni que cuando lo ha hecho, todos han salido huyendo al saber que tenía un bebé. Solo buscaban sexo, no una familia de la que hacerse cargo. Hace casi un año que asumí que era mejor no fijarme en ningún hombre, porque a nadie le interesa estar con una mujer que lleva una mochila a cuestas. Al menos, no fijarme para algo a largo plazo, claro está.

Creo que Dorian malinterpreta mi silencio, porque siento cómo su mano sube un poco más su posición y se coloca a mitad de mi muslo.

«No mires, Melissa. NO LA MIRES», me digo a mí misma.

No quiero que piense que su toque me está afectando, porque sí, sí que lo está haciendo. Llevo casi cuatro meses sin intimar con alguien y esta leve caricia empieza a cumplir su cometido. Además, Dorian siempre ha tenido algo, no sé muy bien qué, pero me atrae muchísimo y me altera los sentidos aún más.

Trago saliva e inspiro fuerte antes de hacer nada. Sigo con mi mirada anclada en la suya, porque él no despega la vista de mí ni un segundo y eso me está intimidando demasiado. Además de recordarme una noche que no debería haber sucedido.

Pongo con cuidado la palma de mi mano sobre la suya con la intención de retirársela, pero mi movimiento se queda en eso: una intención. Simple y llana. No llego a hacer nada más porque me pierdo en ese destello pícaro que aparece sus ojos, haciéndolos brillar.

«Quiero quitar su mano de mi pierna», me recuerdo a mí misma, ya que parece que se me está olvidando.

Él me sostiene la mirada y noto un leve apretón sobre la piel que tiene bajo sus dedos. Trago saliva y cierro los ojos, solo así recuperaré la cordura.

El llanto de un bebé que pasa justo en este instante por al lado del coche me hace despertar de inmediato de ese estado de semihipnosis en el que parece que estaba sometida. Abro los ojos de par en par y me siento una mala madre, porque en vez de subir para estar con él, me encuentro aquí… con Dorian… con su mano en mi muslo… con las ganas de que siga ascendiendo y sabiendo que lo hará si no le digo lo contrario. En el momento en que alzo la vista para comunicarle mi negativa, me doy cuenta de que Dorian ha acortado la distancia entre nosotros y eso me pone aún más en alerta.

«Oh, no… Otra vez, no » .

Tomo su mano con más fuerza de la que creo tener ahora mismo y se la levanto. Él me mira sin comprender y frunce el entrecejo en un acto involuntario.

—No, Dorian, no vivo sola —le suelto.

Antes de que pueda replicarme, me giro con rapidez, agarro la tirador y salgo lo más rápido que puedo del vehículo. Veo cómo Esperanza, la hija de Enriqueta, sale y se queda parada en el umbral de la entrada para dejarme paso, y así, de camino, le echa una buena visual al coche del

que me acabo de bajar y a su conductor. Es igual de cotilla que su madre, algo que ya me advirtió Jessi cuando me alquiló el piso, pese a eso, me cae bien. Ando muy deprisa y salvo el par de metros que me separa de mi hogar, de mi salvación, y entro. Justo cuando la saludo, oigo la puerta del coche. Se acaba de cerrar. ¿Se ha bajado?

«Mierda, que no me siga, que no me siga», rezo en mi interior.

Lo único que me falta es encontrarme con Dorian, mi madre y el peque en la misma habitación. ¡Menudo panorama!

En un intento desesperado de huir de lo que sea que pueda pasar, atravieso rauda el portal que sujeta Esperanza y, con un gesto de ojos, le indico que cierre. Ella asiente y, gracias a Dios, lo hace tal cual sale. Cuando oigo el golpe y ya estoy segura de que hay una barrera entre ambos, me permito el lujo de echar un vistazo rápido y, con él, me doy cuenta de que Dorian está de pie en la acera, observándome con atención.

Niego con la cabeza y subo corriendo. Ya llamaré al ascensor en la primera planta, cuando me encuentre lejos de su campo de visión.

16

Adrián

Cinco días después.

Me despido con una sonrisa del que creo que es el último de los proveedores con el que debo reunirme por hoy. Hace cuatro días, justo al día siguiente de su visita, que la opinión del ilustre crítico gastronómico, Jordi Puig, salió publicada, tanto en su página web como en los diversos medios en los que colabora. Me cogió por sorpresa, no la esperaba tan pronto, ni mucho menos. Por norma, esta valoración está sujeta a bastantes pormenores, y no tan menores, como la búsqueda de datos, elaboración de informe y mil cosas más, lo que conlleva que se demore unos días. De modo que cuando mi madre me llamó para decirme que ya había salido a la luz, no podía creérmelo. Pensé que quizá se había equivocado. Era demasiado pronto, pero no. Desde que supimos de la visita de Jordi, mi madre ha estado pendiente de todo lo que escribe este hombre, de manera que en cuanto lo vio, me lo hizo saber. «Lo he leído en su página web », me dijo. ¡En la página web! ¿¡Mi madre!? Desde que tiene novio, no la reconozco. Antes no sabía ni qué botón encendía el ordenador.

Un toque en la puerta me hace suspirar.

—¿Y ahora quién es? —me pregunto en voz alta.

No espero a nadie.

Ni quiero ver a nadie tampoco.

No tengo ganas de recibir más visitas. Estoy agotado, más que estresado, de mal humor…

Mi cuerpo me pide un descanso, pero con esta situación no voy a poder dárselo, al menos, en una temporada. Solo espero no tener que cancelar el viaje que tenemos organizado, porque… ¡vaya lío cuadrar vacaciones para todos!

Llevo cuatro días en los que apenas he salido de estas cuatro paredes. Llego cuando aún está amaneciendo y salgo cuando es de noche. Me paso el día recibiendo llamadas y atendiendo a gente a la que no conozco, pero que, de golpe y porrazo, quieren formar parte de mi negocio, ya sea de un modo u otro. Y me enfurezco, porque son unos interesados. O, quizá, piense así a causa del agotamiento. Tal vez solo vea el lado negativo de las cosas, en vez de considerar que esto me está abriendo unas puertas que hasta el momento he tenido cerradas. No lo sé. Lo único que tengo claro es que deseo irme a mi casa, tumbarme en el sofá y disfrutar de la tranquilidad que eso me supone… De eso, y de mi chica, a la que tengo abandonada desde que todo este lío empezó, ya que apenas la veo. Al menos, sé que todo esto está mereciendo la pena, porque tenemos concertadas unas vacaciones para dentro de unos días y que, si no dejo todo esto acabado y preparado, estaré condenando nuestro ansiado y merecido viaje.

Me levanto a desgana, resoplando, y voy hacia la puerta. Al abrir, me llevo la sorpresa del día.

—Rubia… —le digo a Alicia, cuando la veo frente a mí. Esto está bastante mejor de lo que imaginaba.

—Hola, Romeo —me suelta con ese tono de ronroneo que tanto me pone… y lo sabe.

Entra, cierra la puerta y me besa.

¡Dios! Esto es lo que me hacía falta.

Una sonrisa asoma a mis labios de forma involuntaria y Ali, al percatarse de ella, se detiene y habla, aún contra mis labios.

—¿Qué sucede? —inquiere, mirándome a los ojos y sonriendo ella también.

La agarro bien por la cintura para que no se aleje de mí ni un centímetro.

—Que esto es justo lo que estaba pensando que necesitaba —le confieso, lo que hace que su gesto se torne travieso.

Me inclino de nuevo, vuelvo a tomar su boca con muchas más ansias que antes y me pierdo en ella. La acaricio con las manos y desciendo mis dedos hasta su trasero. Lo aprieto y, al hacerlo, acerco mi pelvis a su vientre.

—Eh, eh, eh… —Me pone una mano en el pecho y me hace parar. La miro con interés y algo de picardía, porque sé a qué se debe su impresión—. ¿Esto qué es? —me pregunta, bajando la mano hasta mi entrepierna.

—¿Tú qué crees? No puedes presentarte aquí con esta faldita y esa camisa con…

—¿Con qué? —replica ella, entre divertida, curiosa y coqueta.

—Con cuatro botones desabrochados y…

—¡No tengo cuatro botones…! —comienza a decir, pero se calla de golpe al sentir mis manos sobre su escote—. ¡Adrián! —me regaña, al darse cuenta de lo que estoy haciendo.

—Ahora sí los tienes —le digo, sonriendo y mirando hacia todo lo que ha quedado expuesto ante mí. Después, bajo despacio la cabeza y me coloco sobre ese trocito de piel que he dejado al descubierto. Meto uno de mis dedos por dentro de la blanca tela de gasa que cubre su sujetador y descubro un poco de este—. Mmm… sabes que me encanta este conjunto. —No puedo evitarlo, me pierde la lencería. Me pone a mil y Alicia es muy consciente de eso. Ahora que no diga que solo pasaba por aquí a saludarme, porque lo que lleva puesto la delata.

—Eres… —empieza, pero se calla de inmediato. También quiere que continúe y por eso guarda silencio.

Subo el rostro y la beso de nuevo. Ella deja de *protestar*, aunque ya la conozco y sé que lo hace por darme juego. Me gusta que se haga la interesante, me recuerda a nuestros comienzos.

Mientras devoro su boca, alargo el brazo y cierro el pestillo de la puerta, que está justo detrás de su cabeza. No es la primera vez que nos lo montamos en mi despacho, pero sí la primera que lo hacemos con gente abajo, en el salón de comidas. Mi cuarto de trabajo fue estrenado el mismo día que le mostré a Ali cómo había quedado el restaurante y después de eso, han venido algunos más, sobre todo, los primeros meses, porque, prácticamente, yo vivía aquí.

Alicia me agarra de la nuca, me quita la goma que me agarra el pelo y hunde sus dedos en él. Ese gesto me da vía libre, es su previo antes de… Así que no pierdo más el tiempo y empiezo a disfrutar de mi novia, que es lo único que me apetece ahora. ¡El resto del mundo puede esperar!

Sin duda, esta mujer me tiene más que enamorado y es capaz de levantarme el ánimo, y lo que no es el ánimo, incluso en los momentos más asfixiantes de mi vida.



—¿Qué vas a hacer ahora, Adrián? —me pregunta Alicia, recolocándose por décima vez el escote, porque cada vez que lo hace, yo vuelvo a meter la mano en él y a desbaratarle el modelito —. Para ya, hombre. En media hora tengo que irme a trabajar y mira qué pintas llevo —dice, y saca un miniespejo, que siempre guarda en el bolso.

—Déjalo, Ali. A tus compañeras les dará tema para rato y se echarán unas risas en tu honor. Lidia y Patricia me adoran —le indico con una sonrisa y un guiño de ojo—. Y al resto, si no le gusta lo que ve, pues que se aguanten, así de claro. —Niega con la cabeza y sigue retocándose, pero con una sonrisa en los labios.

—Tengo cita con el abogado de mi clienta en una hora, Adri. No puedo ir con estos pelos.

De acuerdo, ahí tiene razón. Una cosa es que sus compañeras se rían un rato, porque ya me conocen y desde el instante en que me propuse conquistar a mi rubia, ellas me han jaleado y animado, por lo que seguirán haciéndolo al ver su melena revuelta, y otra, que un abogado serio y petulante, que defiende a un maltratador, lo haga. Me levanto de mi silla y me acerco a ella para ayudarla un poco. Está sentada sobre mi escritorio, por lo que me pongo entre sus piernas para alcanzar mejor mi objetivo, que no es otro que su cabello, sin embargo, por su cara deduzco que ella no entiende lo mismo.

—Eh, Romeo, sal de ahí ahora mismo —me dice, conteniéndose para no reír y empujándome levemente. Me separo de sus piernas, aunque no sin hacer una mueca de disgusto.

—De acuerdo, de acuerdo. —Alzo las manos en plan inocente.

—Eso está mejor. —La observo mientras se acicala un poco.

—¿Por qué no vas al baño? Te sería más fácil —le sugiero, sin embargo, ella me observa como si fuese un marciano hablando en japonés.

—¿Y qué todos me vean así? —Pues sí, creo que mi idea le parece la peor del mundo ahora mismo.

—No te va a ver nadie, Ali. Todos están en la planta de abajo, solo tienes que salir del despacho y cruzar medio metro.

Ella me mira y se lo piensa. Al final, accede y sale.

Aún la estoy viendo cruzar la puerta cuando mi teléfono suena. Me vuelvo a poner de mal humor. Juro que puedo mandar a la mierda a quien osa interrumpir mi momento de relax. ¡No aguanto más esa musiquilla del demonio! Ahora comprendo a Melissa y esa manía que posee de llevarlo siempre en silencio. Definitivamente, este trasto comienza a ponerme de los nervios. Cuando miro la pantalla y veo quién es el que está al otro lado, no sé si respirar tranquilo, porque al menos es alguien conocido, o maldecir porque ese alguien es Dorian.

—¿Sí? —contesto, aclarándome la voz con un leve carraspeo e intentando sonar neutral.

—Adrián, hermano. —Y dale con esa palabra, cuando lo escucho pronunciarla me cuesta mantenerme en mis trece. Él lo sabe, por eso lo hace, estoy seguro.

—¿Qué ocurre, Dorian? —lo corto en seco.

—Tengo unos papeles para ti —me cuenta con voz bastante más seria, supongo que se ha percatado de mi tono.

—¿Qué papeles? —No me apetece otra reunión. Ya había acabado por hoy.

—Movidas de Marcelo, ya sabes. ¿Te parece si me paso por allí y nos tomamos algo mientras charlamos? —me plantea.

—Tengo mucho trabajo, Dorian. —Le oigo resoplar y eso me hace sentir mal, por lo que decido ser un poco más permisivo con mi amigo—. No puedo beber en el trabajo —añado, así rebajo la intención de mi primera respuesta.

—Yo tampoco, amigo, yo tampoco —me asegura—. ¿Te viene bien en media hora?

Asiento y le contesto que de acuerdo, que podemos vernos en treinta minutos. Me muerdo la lengua para contener mi actitud distante a través de mis respuestas e intento ser cordial. Pero es que no sé a qué juega Dorian: desaparece, luego aparece para ayudar y vuelve a desaparecer de nuevo. He tardado más de dos años en volver a verlo. Y esa actitud en él me desconcierta.

«Sí, es cierto que le veo cambiado».

No obstante, no podría decir si ese cambio es para bien o no.

Lo que sí sé es que al pronunciar esa respuesta, su voz ha mermado y ha tomado un matiz triste. Y otra cosa tal vez no, pero a Dorian lo he visto en demasiados malos momentos como

para no distinguir que le ocurre o le ha ocurrido algo que lo ha hecho cambiar, de eso sí que estoy seguro.

Hace trece años.

Llego a la puerta de la habitación y antes de poder entrar, me encuentro con Héctor, su hermano. Parece que está custodiándolo. Me doy cuenta de que tiene muy mala cara, algo totalmente normal, ya que lleva aquí cuatro días, que son los que han tardado en dar el parte de la autopsia de Ricky. Cuando me ve, el benjamín de la familia me saluda y me indica con un gesto de cabeza que Dorian está dentro. Voy acompañado de Pilar, la madre de ambos, y, por supuesto, de la mía propia.

—¿Qué tal está? —le pregunto.

—Ha estado dormido casi toda la mañana, pero creo que ya se encuentra despierto, porque me ha parecido oír cómo se movía hace un momento. Le han hecho una placa y una analítica. Si todo está bien, mañana le darán el alta.

Asiento, contento por eso, aunque la sonrisa no sale de mis labios. ¿Cómo hacerlo? Vengo del entierro de uno de mis mejores amigos, de lo único que tengo ganas es de llorar.

Adelanto mi posición unos pasos con la intención de terminar de pasar y poder verlo. Solo he estado aquí dos veces y las dos ha estado dormido. Rezo para que Héctor tenga razón y esté consciente. Tengo que hablar con él.

—¿Cómo ha ido? —me pregunta el muchacho. A pesar de ser unos años menor que Dorian, es bastante más adulto y responsable que él.

—Todo lo bien que puede ir un entierro. ¿Lo sabe? —inquiero, señalando con la cabeza hacia la puerta que aún no he abierto.

Pilar rompe a llorar. Ya que Dorian no podía asistir al funeral de Ricky, lo ha hecho ella en su nombre. No ha parado de llorar desde entonces, imagino que es consciente de que su hijo podría haber corrido la misma suerte que nuestro amigo. Mi madre la consuela mientras que yo las observo con pesar.

—No, me ha preguntado por él, pero justo en ese momento ha llegado el médico y… No me veo capaz de decírselo, Adrián, esa es la verdad. Va a ser un golpe muy duro. Cree que Ricky está como él…

—No te preocupes. Yo lo haré. Tiene que saberlo —le digo, sin embargo, continúo mirando la puerta sin decidirme a entrar.

Es la segunda vez que debo dar esta noticia. Melissa no lo tomó nada bien, como es evidente, pero es pequeña y aún no conoce los motivos por los que su hermano ha acabado de ese modo, sin embargo, Dorian sí, por lo que le será aún peor conocer el desenlace de Ricky. El peso de la culpa es demasiado grande ya, así que no quiero ni pensar cómo lo será cuando sea consciente de cuál ha sido el final de esta historia.

Melissa

«Vivir es tomar decisiones y aguantar las consecuencias».
—Paulo Coelho—

Son las cuatro de la tarde y, por fin, parece que la cosa empieza a calmarse. Es casi la hora de cierre, pero no parece que nos vayamos a ir a tiempo hoy, ya que aún hay gente en las mesas. Le indico a Rubén que voy a subir a hablar con Adrián un momento. Todavía se encuentra en el despacho. Hace unos treinta minutos que se fue Alicia, pero él continúa ahí arriba. Imagino que estará atendiendo llamadas, porque lo cierto es que el teléfono no para de sonarle desde hace días, tanto, que cuando no pueden contactar directamente con él, llaman al restaurante, por lo que nos están saturando la línea. La opinión del crítico gastronómico ha llegado mucho antes de lo que todos esperábamos, al día siguiente de su visita, por lo que nos pilló por sorpresa. Una muy grata, todo hay que decirlo. Gracias a su valoración, el Tulipanes entrará a formar parte de una de las guías gastronómicas más importante del país, algo que no solo me hizo llorar a mí, que soy llorona hasta la saciedad, sino también a Adrián, y mira que puedo contar con los dedos de una mano las veces que le he visto hacerlo… ¡Y me sobran como tres dedos aún! Pero es comprensible. Todo esfuerzo tiene su recompensa. Y esta es la suya. Se ha dejado la piel aquí, mucho, demasiado. Ha dado todo por sacar adelante este lugar: su dinero, su tiempo… su vida. Así que nadie se atreva a decir lo contrario, porque este triunfo lo tiene más que merecido.

Desde entonces, llevamos cuatro días de locos. Llamadas, visitas, reuniones… Adrián apenas sale del despacho. No hay quien le vea el pelo. Llega antes que ninguno de nosotros y se va el último. Hoy, por ejemplo, no ha podido ni bajar antes de la hora de apertura para darnos las indicaciones que cada día nos ofrece, se ha visto obligado a delegar, y eso es algo que no le gusta mucho y tampoco hace muy a menudo. Ni siquiera Ali disfruta de su compañía ¡y eso que viven juntos! Sé que tengo parte de culpa en eso, porque ella está con Hugo cuando no está trabajando, por ese motivo ha aprovechado que mi madre se encargaba de recoger al pequeño y ha venido a comer con Adrián en la hora del descanso.

Suspiro al pensar en mi madre.

Debo reconocer que me ha hecho bien charlar con ella, conocer su lado de la historia. Me alegro mucho de haberme dado cuenta de que he estado equivocada durante años. El hecho de saber que ella lo pasó igual o peor que yo, porque a pesar de que jamás lo sospeché, mi padre también descargó con ella sus ataques de furia, y eso me hace sentir peor persona, porque pensar que no le importas a quien te ha dado la vida te hace sentir miserable, porque la odias y no quieres hacerlo, sin embargo, crees que es lo correcto, algo así como un ojo por ojo. Me sorprendió mucho cuando me confesó que quiso dejarlo en varias ocasiones, pero el sueldo que ganaba no le daba para cubrir los gastos, que se habían visto aumentados por los tratamientos de papá, de modo que se prometió aguantar. Me dijo que no le parecía humano abandonar a una persona enferma, a pesar de que esa enfermedad nos estuviese consumiendo a las dos. También me explicó que como no se vio capaz de contarle al doctor sobre la situación que vivíamos, tan solo lo hizo de sus sentimientos de frustración e impotencia y por eso la derivaron a Salud Mental y ahí fue donde el psiquiatra le recetó unos antidepresivos. Debía tomarlos durante un periodo de tiempo tan solo, pero comenzó a hacerse adicta a ellos. Iba a urgencias con ataques de

ansiedad y volvían a recetarle las pastillas. No entiendo cómo ningún médico se dio cuenta de su problema, al contrario, ayudaron a acrecentarlo. Los trabajadores de la farmacia más o menos hacían lo mismo, la conocían, por lo que sabían que tomaba esas pastillas y cuando iba a por ellas sin receta, se la suministraban porque se creían las vanas excusas de mi madre, tales como que con el trabajo no le había dado tiempo de ir a por la prescripción o que a mi padre le había dado algún ataque de los suyos y necesitaba algo que la ayudase a tranquilizarse y soportarlo. Me contó que, aunque en menor medida, no pudo dejar de tomarlos cuando a mi padre le dio el ictus que lo dejó «postrado» en la cama durante más de tres años, ya que perdió prácticamente toda la movilidad de su lado izquierdo y apenas podía hablar con claridad. Y, dicho sea de paso, gracias al cual pudimos respirar tranquilas sin temer a sus ataques incontrolables de ira, los que solo se manifestaban ya como gruñidos molestos. Al principio, intentaba levantarse de la cama o de la silla de ruedas, pero se caía, por lo que enfurecía más. Recuerdo que las primeras veces lo ayudaba a levantarse, a pesar de su tamaño y mi poco peso, pero en cuanto se veía incorporado me agarraba del pelo o de lo primero que encontrase para poder volcar su malestar conmigo, así que opté por irme de su lado cuando le pasaba y le dejaba ahí tirado hasta que mamá volviese. «Que se joda», pensaba al verlo gruñendo en el suelo, y no me sentía mal por ello.

Trastorno explosivo intermitente lo llamaban los médicos.

Infierno, lo llamaba yo.

Junto a todas estas confesiones, me ha asegurado también que ha estado en rehabilitación y que pensó que era mejor que yo no supiese nada de ella hasta que estuviese recuperada, por si acaso no lo conseguía, no quería darme vanas esperanzas. No deseaba recordarme a mi madre, deseaba SER mi madre.

Por el momento, se ha instalado conmigo, pero insiste en que está buscando trabajo y en cuanto lo consiga se irá a vivir sola, aunque no muy lejos de mí y de su nieto. Asegura que soy demasiado joven y necesito vivir la vida como tal y ella no será quien me lo impida. ¡Ya ves la vida que vivo yo!

Lo que sí es verdad es que la veo muy diferente a cómo la recordaba, y eso me gusta. Ahora es la mujer que debía ser antes de los antidepresivos, esa que yo jamás conocí o, al menos, no recuerdo haberlo hecho.

Llego a la puerta del despacho y toco con los nudillos, no quiero interrumpir alguna llamada importante o visita, quién sabe. No he visto a nadie subir, pero tampoco he estado vigilando las escaleras todo el tiempo. La voz de Adrián me da paso, así que entro. Lo que voy a decirle es algo rápido, de modo que ni me molesto en cerrar en la puerta.

—¿Qué ocurre, enana? —me pregunta, sonriendo.

—Uy, qué buen carácter tienes —le contesto, porque cuando lo vi de pasada esta mañana estaba que echaba chispas—. Vamos a tener que decirle a Ali que se pase por aquí más a menudo —le digo medio en broma.

Él rompe a reír y entonces me doy cuenta de que mi comentario ha dado en el clavo.

—Pues sí —concede, aún sonriendo.

—Oh, Dios, esto es más de lo que puedo soportar —le indico, haciendo un mohín de asco—. Dime dónde te lo has montado para no acercarme a ese sitio. —Adrián estalla en carcajadas y yo continúo con mi teatro exagerado—. ¿La silla? ¿La mesa? ¿El suelo? Oh, por favor, Adri, que sois adultos y vivís juntos. Controla esa cosa que tienes ahí, ya eres mayorcito —le suelto, echando una visual hacia donde se supone que están sus muslos, ya que el escritorio le tapa las piernas.

Él sigue con sus risotadas y yo me contagio, como siempre me pasa. ¿O es al revés? Bueno,

da igual, el caso es que me siento frente a él, no sin antes hacer una mueca de desagrado al plantar mi trasero en la silla.

—Está limpia —me asegura y mi gesto cesa, además de dibujar una sonrisa en mis labios—. ¿Qué te pasa? ¿Solo has venido para saber qué sitios de mi despacho he *mancillado*? —me pregunta con retintín, porque le hace mucha gracia que yo use esa palabra, me dice que es de antiguas.

—No. Quería saber si puedes llamar a Dorian y decirle que me dejé la mochila en su coche el día que me llevó a casa.

Adrián parpadea varias veces para intentar salir de su estupor.

—¿A casa? ¿En su coche? —Frunce el ceño—. ¿Cuándo?

—El día del altercado —le indico. Él asiente—. Se ofreció a acercarme y me pareció mejor idea y mucho más rápido que el bus y, por supuesto, más barato que el taxi.

—¿Y te lo dejaste por…?

—Por las prisas —le confieso. No voy a decirle que estuve a punto de caer en la tentación y que salí del vehículo tan rápido que no me di ni cuenta de que me estaba dejando la bolsa allí, hasta que me vi frente a la puerta de mi casa sin nada con qué abrirla.

—No voy a llamar a Dorian, Mel —me responde.

Y yo casi me caigo de la silla al oírlo. ¿En serio ha dicho lo que me ha parecido oír?

—¿Cómo? —A pesar de que veo que desvía los ojos y mira por encima de mí, el impacto de sus palabras no me deja cuestionar nada salvo eso. ¡No puedo creer que me esté negando un favor tan simple como ese!

—Deberías ser más responsable y… —voy a replicarle, pero no me da tiempo, porque continúa de inmediato— aprender a afrontar tus errores. Te acostaste con Dorian.

¡Cómo no! Ya salió el temita de las narices.

—No creías que volverías a verlo, algo poco improbable porque es mi amigo. Te arrepientes —sigue enumerando.

¿Alguien da más? Espera, espera, que no parece que la cosa acabe aquí. ¡Menudo es cuando echa un sermón! ¡Parece cura en vez de chef!

—Y ahora, casi una semana después, ¡pretendes que sea yo quien lo llame para recuperar algo que es tuyo? —Asiento con cara de cordero degollado. No quiero confesarle que me da miedo hasta el hecho de hablar con Dorian, porque desconozco qué es lo que posee, pero me hace olvidarme de todas las prioridades que me he marcado en esta vida cuando estoy a su lado —. Pues, ¿sabes qué?

—No, no lo sé —replico con tono molesto.

Mentira, sí que lo sé. Me va a dejar en la estacada, lo sé. Y lo peor de todo es que no me esperaba esto de su parte.

—Que apechugues con lo que has hecho y se lo digas tú misma. —Justo cuando me suelta eso, alza el mentón en dirección hacia la puerta.

«No, no, no…».

«Mierda, mierda, mierda…».

Encaro a Adrián, porque la sonrisa que se acaba de dibujar en su rostro me está dando la respuesta que no quiero escuchar.

Maldigo lo contento que está y también a Alicia por haberle hecho una visita. Tal vez si ella no hubiese venido, seguiría agobiado, de mal humor y me habría ayudado a recuperar mi mochila con tal de que lo dejase tranquilo y no lo atrasase más de lo necesario.

Pero no… ¡ha tenido que tocarme el Adrián desestresado y contento!

Bufo en respuesta a lo que me está indicando. Él, acto seguido, asiente, sin borrar ese gesto alegre que tan odioso me está resultando.

«No puede ser…».

Me giro muy despacio y…

«Sí, sí puede ser » .

Dorian

Llego al restaurante un poco antes de lo establecido. Tan solo son unos minutos, así que no creo que vaya a pillar a Adrián en un mal momento, supongo que ya estará esperándome. Nada más entrar, el muchacho que ostenta el cargo de responsable de sala se me acerca, me saluda muy cordial y, como puedo comprobar, se ha quedado bien con mi cara. Me reconoce de inmediato, así que me pregunta, también de un modo muy correcto, si deseo comer o si prefiero que avise a Adrián.

«¡Bingo!».

Me gusta este chico, es bastante eficiente.

Después de indicarle que he quedado con mi amigo, toma el teléfono y marca, imagino que estará informándole de que estoy aquí. Acto seguido, me asegura que Adrián me está esperando y, en contra de lo que espero, avisa a un compañero de que va a ausentarse unos minutos de su puesto. Después de eso, me pide que lo acompañe.

Echamos a andar y empezamos a cruzar la sala principal, camino del pasillo que conduce a las escaleras que dan al despacho del «jefe», en vez de subir por las que comunican con las cocinas.

—¿Desde cuándo trabajas aquí? —le pregunto, por entablar algo de conversación y, de paso, ir conociendo al personal.

—Desde el comienzo. El día de la inauguración fue mi primer día de trabajo.

—Me alegro. Veo que Adri sigue siendo un animal de costumbres —replico con una sonrisa. El chico capta mi mensaje y asiente.

—Prácticamente todos los que estamos aquí comenzamos en la apertura. Y los que ya no están, se han ido por voluntad propia.

Ese dato me parece interesante, porque, o bien mi amigo es un calzonazos al que le da pena despedir a sus empleados —que sí que es verdad que es un buenazo, pero no tonto— o bien todos están demasiado a gusto. Y eso es bueno, muy bueno, porque se nota en el ambiente de trabajo.

—Déjalo, ya subo yo —le indico, cuando estoy al pie de las escaleras—. No es necesario que te ausentes más tiempo. Adri ya sabe que… —Hago un gesto con el dedo hacia arriba, señalando el piso en el que se encuentra el despacho y, por consiguiente, mi amigo.

—Claro, sin problema —me asegura el muchacho. Se despide muy cordial y le veo alejarse con premura.

Vuelvo a sorprenderme de lo eficaz que parece aquí todo el personal. Supongo —no, estoy seguro de ello—, que Adrián se ha encargado personalmente de su formación, porque otra cosa no sé, pero cuando estuvo en el restaurante de Marcelo fueron muy estrictos con él y aprendió muchísimo de cómo se debe manejar un negocio de esta índole para que prospere. Después de todo, si mi hermano mayor tiene algo que reconocerle es que sabe dirigir sus empresas de forma impecable.

Subo despacio, en el fondo temo encontrarme con él y que vuelva a tratarme como lo hizo la última vez que estuvimos solos. La reunión con Marcelo no cuenta para mí, porque tengo claro que si Adrián debe posicionarse del lado de alguno de los dos, lo hará del mío. Puede que me guarde rencor por mi silencio en estos dos años, pero en el fondo sigue siendo mi amigo y sé que

lo entenderá todo en cuanto me dé la oportunidad de explicarle dónde estuve y por qué.

Llego a la puerta del despacho y me la encuentro abierta de par en par, aunque también puedo ver que no se encuentra solo, Melissa está con él. Adrián alza la mirada y me ve, pero no me hace ningún gesto al respecto. ¿Qué hago? ¿Espero? ¿Entro? Hombre, puestos a elegir, prefiero pasar y sentarme al lado de la pelirroja, a ver si consigo entablar con ella algo de conversación y que deje de huirme como a la peste.

«Pero ¿qué estoy diciendo? » .

Cada vez tengo más claro que ese pelo, del que tanto me burlé en Ricky, me atrae demasiado. Me parece imposible que ambos hermanos sean tan parecidos y yo nunca me fijase. Tal vez, puede ser porque ella es bastante más joven que yo y por aquel entonces para mí era solo una cría en la que no malgastar mi tiempo.

Hace trece años.

—¡Menudo capullo estás hecho! —me increpa Adrián, riendo, aunque no mucho—. No está bien que nos expliques eso. Sé un caballero —me reprende.

—Joder, piénsalo así: esta noche te harás una buena paja pensando en lo que te he contado —le suelto, pero él niega con la cabeza y empieza a ignorarme de forma deliberada—. ¿Sabes que a veces eres un pedazo de idiota y un cortapuntos de cuidado, hermano?

—Haya paz, chicos —interrumpe Ricky. Ambos lo miramos y asentimos. Esto es lo mismo de siempre—. Oye, que rule —me dice, alargando la mano y quitándome el porro que tengo entre los dedos.

—Deberíais dejar esa mierda —alega Adrián, disipando el humo que Ricky acaba de lanzarle a la cara.

—Venga, eres una abuela, Adri —le replico, empezando a reír a carcajadas. Él resopla, como hace siempre que nos estamos divirtiendo. A veces me molesta que sea tan responsable—. Diviértete, hombre. Dame, zanahorio. —Ricky me pasa el canuto y le doy una calada.

Adrián suspira. Creo que se la trae floja lo que le digamos. Me recuesto sobre el césped y sigo fumando, mientras que ellos se ponen a hablar de sus cosas. Me río yo solo de los millones de estupideces que se me están viniendo a la cabeza, cosas que carecen de sentido, pero que están haciendo que me parta de la risa.

No soy muy consciente del tiempo que pasa, aunque para mí ha sido un suspiro. Lo mismo me he quedado dormido y ni me he pispado de ello. Solo sé que ha sucedido algo, porque estos dos, de repente, se han quedado en silencio. ¿Cuánto tiempo llevarán así? Me incorporo para preguntar el motivo por el que se encuentran tan callados y, al hacerlo, parpadeo varias veces debido al pequeño mareo que me ha dado al intentar elevarme más rápido de lo que debería; después, comienzo a reírme de nuevo al darme cuenta del colocón que llevo encima.

—Shh —me dice Ricky en voz muy baja.

—¿Qué? —respondo a su vez, mirando hacia todas partes. Bueno, tampoco es que tenga muy buena la vista, porque entre que no llevo las gafas, ya que me niego en rotundo en ser un cuatro ojos, y que estoy hasta las cejas…

—¿Esa es Melissa? —escucho que le dice Ricky a Adrián, aunque suena a retórica, hasta ese punto llego.

—Sí —asegura Adrián, haciéndose visera con las manos.

—¿Quién carajo es Melissa? —inquiero, volviendo la vista hacia donde supongo que ellos la tienen clavada, porque el sol me da de lleno y no distingo un cojón.

—Mi hermana —me responde.

—¿Y está buena? —cuestiono, intentando centrar la mirada en los dos bultos lejanos que aprecio. Adrián se vuelve hacia mí y, si no estuviese tan fumado, diría que casi me asesina de un vistazo, aunque como voy hasta arriba lo mismo solo han sido impresiones mías.

—Auch, ¿qué haces, imbécil? —le recrimino.

Ricky acaba de darme una colleja de las gordas.

Pues no, no han sido imaginaciones mías.

—Guárdate la polla en los pantalones, Dorian. A mi hermana ni la mires. Ni ahora ni nunca —me amenaza.

Hostias, pues sí que se ha puesto serio…

—Tranquilo, zanahorio —le replico con un tono bromista—. ¿Quién es? —pregunto, mirando hacia dos chicas que hay unos metros más allá de nosotros.

—La pelirroja —especifica Adrián, pero yo no veo a ninguna con ese color de pelo. Levanto el rostro y sigo el rumbo que marcan los ojos de mi amigo.

¡Coño! Está mirando para el otro lado de la calle… Si es que no me entero… ¡¿Cómo me había parecido ver que observaban hacia este?!

Ahora que ya sé la dirección, lo imito. Tengo intriga en saber dónde está el motivo de tanta preocupación, yo solo veo a dos niñas que pasean con sus mochilas a cuestas.

—¿Esa? —cuestiono, no vaya a ser que vuelva a equivocarme de nuevo.

—¿Con quién está?

«De acuerdo, chavales, seguid ignorándome» .

—Imagino que esa es la amiga que ha hecho por fin —le informa Ricky—. Yanira, me parece que me dijo que se llamaba.

Al no recibir respuesta alguna de ninguno de los dos, me tumbo de nuevo en el suelo y vuelvo a llevarme el petardo a la boca, pero Ricky me lo quita. Bufo y me levanto otra vez. Me doy cuenta de que me está mirando con aire iracundo.

—¡¿QUÉ?! —le grito, enfadado por el modo en que me observa.

—Jamás, Dorian. Mi hermana es sagrada.

—¿Eres idiota? A mí me van las tías en condiciones, no las crías que no tienen ni tetas.

No sé de qué están hablando, pero tiene que ver conmigo, de eso sí que estoy seguro. El tono en el que le habla Adrián suena a rapapolvo, porque ese deje en su voz me lo conozco muy, pero que muy bien. La única incógnita que me queda por disipar es qué tengo que ver yo en esto.

—Deberías ser más responsable y aprender a afrontar tus errores. Te acostaste con Dorian. —¡Hostias! Pues sí que me interesa el tema. Pongo especial interés en no perderme detalle de lo que le dice—. No creías que volverías a verlo, algo poco improbable porque es mi amigo.

«¿Amigo? ¿Ha dicho amigo?». Bueno, aún no está todo perdido entonces.

Melissa sigue envarada en su asiento. Si se parece a Ricky en algo más que en ese pelo llamativo, estoy seguro de que lo estará asesinando con la mirada.

—Te arrepientes —continúa.

¡Me cago en…!

—Y ahora, casi una semana después, pretendes que sea yo quien lo llame para recuperar algo que es tuyo.

Ah, la mochila… ¿Así que de eso va todo? Me di cuenta de que se la había dejado en el

coche justo cuando salió corriendo. Me bajé para detenerla y decírselo, pero se metió en el edificio como alma que lleva el diablo y no me dio la oportunidad de devolvérsela.

Una sonrisa asoma a mi rostro.

Adrián no me mira, tiene los ojos clavados en el rostro de la muñequita.

—Pues, ¿sabes qué?

—No, no lo sé —replica ella con tono molesto.

«Yo tampoco, pero estoy deseando saberlo » .

—Que apechugues con lo que has hecho y se lo digas tú misma. —Y aquí es donde entro yo en juego, puesto que Adri alza el mentón y me señala con él.

Distingo cómo Melissa se queda quieta y tiesa, muy tiesa. Se gira en…

Tres…

Dos…

Uno…

—¿Hablabais de mí? —digo, aunque mi vista está clavada en esas dos aguamarinas que tiene por ojos, los cuales parecen querer salirse de sus cuencas.

Ella no contesta, al contrario, se vuelve de nuevo y me da la espalda.

«Mierda » .

Desplazo la mirada de la muñequita —sí, ya la bauticé así— a mi amigo y compruebo que este vuelve a estar centrado en Melissa, de modo que yo retomo mi papel del espectador al que todo el mundo ignora.

—¿Qué pasa? —le pregunta irónico Adrián. Melissa sigue guardando silencio. No puedo ver su expresión, pero cada vez estoy más seguro de que está echando chispas por los ojos—. ¿No querías recuperar tu bolso? Adelante, díselo. —Mi amigo la insta para que se gire a la par que me señala con la mano—. Tampoco es tan grave, Mel.

Me parece que ella no está muy dispuesta a entablar una conversación conmigo. ¿Qué mierdas le he hecho yo a esta chica para que no quiera enfrentarme? ¿Tan malo fue? Joder, pues por lo poco que recuerdo, yo no lo calificaría de malo.

Carraspeo antes de intervenir, porque Melissa no parece muy por la labor de hacerlo y tampoco es plan de que este tema se alargue demasiado. Es una tontería, creo yo.

—Cuando me di cuenta —le digo, atrayendo la atención de la pelirroja—, ya te habías marchado. La verdad es que ya se me había olvidado por completo —miento, aunque lo hago para intentar distender el ambiente y, evidentemente, que no sospeche que si no le he dejado el bolso en el restaurante ha sido porque esperaba que fuese ella la que se pusiese en contacto conmigo y así poder verla a solas.

—¿Lo traes? —me pregunta, interrumpiéndome y clavando esas esferas azules en mi rostro.

—Sí, sigue en el coche —le aseguro, sin desviar mi mirada de la suya.

—Perfecto. —Melissa se levanta y se acerca a la puerta, donde yo continúo de pie como un idiota, mirándola, por supuesto. Justo cuando está frente a mí, se voltea hacia Adrián. Los dos se observan en silencio. No sé qué se han dicho con los ojos, pero los de mi amigo tienen un aire divertido. Los de ella, no tanto, al menos, no lo parece cuando se gira y me enfrenta otra vez—. Déjaselo a Rubén antes de irte, por favor. —Y avanza con intención de salir del despacho.

La observo cuando se posiciona a mi lado, esperando que me desplace y le deje vía libre para irse. Me contengo las ganas de agarrarla por el brazo y decirle que si quiere el bolso, tendrá que venir conmigo a recogerlo, ya que sé distinguir el desafío que me está lanzando con sus ojos. En otra ocasión será, tampoco quiero que vayamos a peor, si eso es posible; de modo que retrocedo para dejarle el paso que necesita y asiento con la mirada.

Ya haré lo que crea oportuno cuando salga de la reunión con mi amigo.

Dorian

Aún me estoy recuperando del inesperado comienzo que ha tenido mi reunión con Adrián, cuando él me indica que pase y tome asiento. Hablamos un poco de todo antes de que le entregue los archivos que me han servido de excusa para realizar esta visita. Y si bien Adrián no se muestra amistoso, lo hace cordial, que ya es un avance después de nuestro último encuentro a solas, por lo que estoy satisfecho con el mínimo acercamiento que estamos teniendo.

«Tiempo al tiempo » , me digo con optimismo mientras lo observo ojeando la documentación que le he pasado al entrar. Está sentado detrás de su escritorio y lee todo con detenimiento.

Ya sé lo que me va a decir de lo que pone ahí. De hecho, lo sabía, incluso, antes de venir, pero prefería que me lo expusiese él y así tener la excusa perfecta para reunirnos y poder ir limando las asperezas que nos están separando.

—Dorian —me dice, levantando la mirada—, no te ofendas, pero al hotel aún le quedan ¿cuántos…?

—Seis meses de construcción y decoración de exteriores. Después, el resto. Un año calculamos más o menos —le contesto sin dejar que termine la cuestión—. Lo sé, pero también conoces a Marcelo. Lo quiere todo bien atado.

—Es que… las cosas cambian mucho en ese tiempo y no sé si…

—¿Acaso te van mal las cosas, hermano? —Desvía los ojos hacia los papeles de nuevo—. Si necesitas…

—No, Dorian, no me va mal y aunque así fuese, no necesito el dinero de tu familia —me replica muy, pero que muy molesto.

«A la mierda la cordialidad » .

—Te iba a decir que si necesitabas tiempo para pensártelo, puedo intentar capear a Marcelo durante unas semanas.

Su cara, al oírme decir eso, es un auténtico poema. No lo esperaba y eso me alegra, sobre todo, porque no era lo que tenía en mente. Menos mal que estoy aprendiendo a esquivar temporales antes de que me caigan encima, mi padre es un experto en la materia y me hace mucho hincapié en lo importante que es saber hacerlo. Eso y que tengo una capacidad de improvisación acojonante debido a la cantidad de veces que tuve que inventarme coartadas para que mi madre no descubriese que había hecho novillos, que había estado bebiendo, fumando… En fin, las mil y una situaciones que tanto se repetían en mi día a día.

—Gracias. —Me sonríe al elevar la vista de los papeles y encararme—. Dile que me los he quedado para leerlos con más tranquilidad y que yo te llamaré en unos días, antes de irme de viaje.

—¿Te marchas?

—Sí.

Si me da una respuesta más seca, se le atraganta seguro.

—Ah, qué bien. Y… ¿a dónde vas? Si puede saberse, claro.

Adrián suelta la documentación sobre el escritorio, pone las manos sobre ellos y entrelaza los dedos. Me observa muy fijamente durante minutos.

—¿De verdad quieres jugar a las preguntas, Dorian?

«Mierda » .

—Ya no somos críos, Adrián —le replico. Él tuerce la sonrisa y yo sé que en este preciso

momento está recordando la cantidad de veces que los tres nos pasábamos las horas perdidas haciéndonos cuestiones en un juego que nos inventamos por y para nosotros.

—Me voy en unos días. Con mi chica.

Me sorprendo por su respuesta, más que nada, porque no esperaba ninguna después de mi reacia contestación, todo sea dicho de paso.

—¿Tienes chica? Me alegro.

—Gracias.

Joder, ahora que había empezado a hablar, volvemos con palabra sueltas y correctas.

—¿A dónde? —Quiero seguir tirándole de la lengua, a ver si consigo que se disipe este aire tan austero que se ha adueñado de la habitación.

Adrián se calla un momento, está meditando lo que va a decir. ¿Por qué? Empiezo a asustarme cuando veo que se incorpora de su asiento y se acerca a la ventana. Mira a través de los cristales y suspira. Después, se vuelve y me enfrenta.

—Me voy quince días con Alicia, su mejor amiga y Daniel. ¿Te acuerdas de él? —Niego. Ni idea—. Sí, hombre, el chico que era mi amigo cuando vivía aquí y…

—Ah, sí, ya… —¿La verdad? Sigo sin tener ni zorra idea, pero para qué perdernos en detalle, lo mejor es ir al meollo de la cuestión.

—Pues ese. El mundo es un pañuelo, ¿sabes? Resulta que es el marido de Jessica, la mejor amiga de mi pareja, de modo que hemos retomado nuestra vieja amistad. Nos vamos los cuatro a Escocia.

Siento una pequeña punzada de celos. Han retomado su amistad, dice… Pero… ¿y la nuestra?

—Espero no verte con una faldita a la vuelta —le suelto, arrancándole una carcajada y disimulando mi malestar—. Recuerda que el amor te vuelve idiota, ¿eh?

Ambos comenzamos a reír, aunque a mí me sale algo más forzado, porque recordamos a la perfección todas las anécdotas habidas y por haber que protagonizó aquí mi amigo con la que era su novia de adolescentes. Adri siempre ha sido el más enamoradizo de los tres y… ¡¿Qué coño?! Es el único que puede decir que sabe lo que es estar encoñado. A mí siempre me fue más la acción y cero compromisos. Y Ricky… a él tampoco le dio tiempo de mucho, para qué engañarnos, aunque seguro que también hubiese sido un calzonazos.

—Y tú, ¿dónde has estado estos años, Dorian? —me increpa de sopetón.

Su pregunta me llega como un jarro de agua fría.

Se me borra la sonrisa del rostro de inmediato, algo de lo que él se percata. Termina de girarse, apoya la espalda sobre la hoja de cristal y se cruza de brazos.

Carraspeo como única respuesta.

—Creo que tengo derecho a saberlo, ¿no te parece? —continúa, con demasiada seriedad—. Me dejaste tirado con tan solo un poder para decidir y un abogado tocapelotas que no paraba de atosigarme.

—Yo… —empiezo, pero me callo.

—Los comienzos fueron muy duros, Dorian. Mucho. Te necesitaba aquí, al menos, dándome ánimos, gastando tus típicas bromas, tomándonos una cerveza mientras observábamos juntos cómo esto iba a avanzando. Era nuestro. De los dos, aunque tú ni siquiera lo viste.

—Yo…

—Sí, es cierto, me ayudaste económicamente, eso no voy a negarlo nunca. Pero lo que de verdad necesitaba de ti no supiste dármelo.

«Joder… » .

¿Y qué le digo yo después de semejante declaración?

Siempre he admirado eso de Adrián. La facilidad con la que expone las cosas, sus sentimientos, el no temer a ser juzgado por abrir la boca y expresar su opinión… Simplemente, su modo de ver la vida y enfrentarla, sin necesidad de mentiras o medias verdades, no como yo.

Cojo aire con fuerza y, después, bajo la mirada antes de soltarlo muy despacio. Elevo los párpados y compruebo que sigue observándome. Me incorporo con la firme decisión de marcharme, para mí esta conversación ha llegado a su fin. Me recoloco la chaqueta, cierro uno de los botones y, al hacerlo, le oigo bufar. Vuelvo a mirarlo… y ese es uno de los peores errores que he cometido en mi vida.

—Adelante —me dice, señalando la puerta con los ojos—. Por desgracia, no esperaba otra cosa de ti.

Y se da la vuelta.

Me deja con la cara desencajada y la mente echa un amasijo de ideas extrañas, pensamientos que van y vienen, disculpas atoradas que quieren salir y excusas vanas que pugnan por atravesar mi garganta. Finalmente, el raciocinio se abre paso y me obliga a actuar en consonancia. Por ello, me vuelvo a abrir la chaqueta y en esta ocasión, además, me desprendo de ella, la dejo sobre el respaldo de la silla y tomo asiento de nuevo.

Con el poco ruido ocasionado, o tal vez por el silencio o la ausencia de sonidos que delaten mi salida, Adrián se gira. Veo en sus ojos que le sorprende hallarme sentado y, en contra de lo esperado, mueve la silla que tiene tras su escritorio y la coloca cerca de mí. Ahora estamos frente a frente.

—Fui un mal hijo, Adrián —comienzo, y ni siquiera sé cómo he podido exteriorizar eso—. Siempre la cago. Contigo lo he hecho, lo hice con Ricky… y también con mi madre…

Hace dos años y medio.

—¿Quieres levantarte de una puta vez? —La voz de Héctor me taladra la cabeza.

—Cállate, Carahuevo. —Le tiro la almohada sin apenas levantar la cabeza del colchón y con la extraña convicción de que puedo atinarle en el careto y conseguir mi objetivo.

Error.

La almohada me viene de vuelta y lleva fuerza, mucha fuerza. Elevo la cara y empiezo a abrir los ojos con cuidado.

—Dios… ¡Esa luz! —increpo, tapándome el rostro con el antebrazo.

—Esto se tiene que acabar, Dorian —me reprende.

Yo suelto una carcajada.

—Deja de joder, Héctor. —Me doy la vuelta y me cubro con la sábana. Me da igual asarme como un pollo, todo será mejor que escuchar a este petardo que tengo por hermano.

Le oigo resoplar y al segundo, sale de la habitación.

«Dorian: 1. Héctor: 0».

Me destapo, sabiéndome a salvo del idiota y pesado de mi hermano, y me quedo dormido en menos que canta un gallo.

Una cascada de agua helada me cae sobre la espalda y el pelo, despertándome de sopetón.

—Hijo de pu… Me cago en…

Me revuelvo sobre el colchón, ahora empapado, y me incorporo más rápido de lo que

pensaba que podía hacerlo.

—Vaya, ahora sí estás dispuesto a que hablemos —me dice con sorna y una sonrisa maliciosa en los labios, una que voy a borrarle de un puñetazo.

—¡Serás…! ¡Me has tirado una palangana de agua helada! ¡Capullo! —A la vez que voy hablando, él asiente. Ya verás, si va a estar orgulloso de haber firmado su sentencia de muerte y todo.

Doy un par de pasos hacia Héctor, pero me detengo al sentir cómo pone sobre mi pecho un sobre muy grande.

—Léelo. Después, conversamos de lo que ha pasado. —Y se va.

****

¿Alzhéimer? ¿Mi vieja tiene alzhéimer? ¿Desde cuándo?

Aún sigo mirando los papeles del diagnóstico cuando la puerta del cuarto se abre y Héctor entra. Se para en el umbral y me observa con atención. Yo hago exactamente lo mismo con él.

—¿Ya estás lúcido? —me cuestiona, mirándome expectante.

—Como hacía tiempo que no estaba —le respondo con seriedad—, pero si vuelves a lanzarme agua otra vez…

—Lo sé —me acalla, y se acerca. Hace un mohín al sentarse junto a mí, en la cama.

—Te jodes —le indico, aunque la sonrisa no me sale—. La has mojado tú.

—Lo sé. —Toma los papeles de mis dedos temblorosos y los sostiene entre los suyos—. ¿Lo has leído?

«Vaya pregunta de mierda » .

—Es evidente que sí —contesto molesto y serio—. ¿Cómo ha pasado? ¿Cómo no me he dado cuenta?

Las dudas salen por mis labios sin que pueda contenerlas. Vivo con ella, mientras que Héctor viene una vez cada dos o tres meses, porque está fuera trabajando. ¿Por qué él sabe esto y yo no?

—Empecé a percatarme cuando hablábamos por teléfono. Se le olvidaban las cosas… El día de mi cumpleaños tuve que recordárselo y…

—Espera… ¿Tu cumpleaños? —Asiente—. Estamos en agosto y tú naciste en noviembre… ¿Desde entonces sospechas y no me habías comentado nada? —Me levanto y me llevo las manos al rostro—. Me parece increíble que no me lo hayas dicho y…

—Nunca me cogías el teléfono, Dorian. Y cuando estabas en casa, siempre tenías resaca para hablar de gilipolleces, según tú.

Me dejo caer hacia atrás en la cama y me restriego la cara en un intento desesperado por aclarar esos momentos que yo veo tan confusos en mi mente.

—Jamás he notado nada raro en ella…

—Porque no te fijas, Dorian. Llevo meses haciéndole videollamadas y comprobando de ese modo que casi todos los días llevaba la misma ropa, pero ella aseguraba que no era así.

—¿Cómo…? —Parezco idiota, lo sé, sin embargo, a pesar del jarro de agua fría, literal, que me ha caído encima, aún sigo teniendo la mente adormecida.

—Mi novia es enfermera, ¿recuerdas? —Asiento—. Le comenté mis sospechas y ella habló con un compañero del hospital. El neurólogo le dijo que eran necesarias las pruebas que lo corroborasen, aunque el diagnóstico parecía claro.

—Por eso llevas varias semanas aquí —deduzco.

—Exacto. —Me levanto y me dirijo hacia la puerta—. ¿Qué haces, Dorian? —me pregunta, sorprendido—. ¿A dónde vas?

—Necesito un trago. —Y salgo.

—¡Tú siempre igual! —me grita desde la puerta. Me giro, ya en el pasillo, y lo observo—. Todo lo solucionas con un trago. Tienes un problema, Dorian. Y uno muy gordo.

—¡Que te jodan! —le suelto, justo antes de entrar al baño para vestirme y largarme de esta casa.

Dorian

Adrián se echa hacia detrás en su asiento y me observa muy serio. Frunce el ceño de ese modo en que lo hace cuando su mente trabaja y está esperando a tenerlo todo estructurado en la cabeza antes de soltar lo que sea por la boca. Me quedo callado, expectante por lo que me pueda decir.

—¿Cómo está tu madre? —Resoplo y me paso las manos por el rostro.

—Por algunos detalles que vamos apreciando en su día a día, podríamos decir que fase seis o dos, según el médico que nos informe. Cada uno se guía por la tabla que le sale de los cojones, ¿sabes? El caso es que está bastante avanzada —le contesto, tragando el nudo que se me instala en la garganta.

—¿Y tú? —Esa es la cuestión que esperaba, la que sabía que plantearía sin ninguna duda, lo que sí es verdad es que pensaba que sería la primera en salir de su boca. Y, de nuevo, vuelvo a equivocarme y a pensar mal, como creo que todo el mundo hace conmigo.

—Limpio —le aseguro. Él asiente, pero nada más.

«¡¿Y ahora ?! No te quedes callado, hermano. ¡Di algo!».

Me crispa los nervios no saber qué está pensando en estos momentos.

—¿Desde cuándo?

«¡Pero no eso! ¿Es que no se fía de mi palabra? ».

«¡Joder! » .

Esto parece un interrogatorio de la policía. Puedo afirmar con seguridad que el día que me llevaron al cuartelillo no me hicieron tantas preguntas.

—Dos años —le respondo. Total, para qué obviar la respuesta. Tarde o temprano sabrá que le mentí. Mejor que sea ahora, al fin y al cabo, estamos sincerándonos, ¿no?

Observo cómo su rostro muda mientras está haciendo sus cábalas mentales. Sí, veo la calculadora que todos tenemos en la cabeza ejecutando cuentas como loca.

—¿Estabas…?

—¿En las Maldivas? —termino por él—. Qué más quisiera yo, Adrián. Mi padre me dio un ultimátum: o accedía a ingresar en un centro y me rehabilitaba en todos los aspectos de mi vida o retiraba el pago de la residencia en la que está ingresada mi madre y… —me callo, es lo mejor. No creo que el resto de la amenaza sea algo que deba nombrar, ya que no es incumbencia de nadie, salvo mía.

Ahora es él quien resopla. No parece haberse dado cuenta de que he dejado inconclusa la información.

—Quizá no fue el mejor modo de ayudarte a hacerlo, lo reconozco. Pero estoy seguro de que su intención sí que lo era, pienses lo que pienses tú. —¡Cómo me conoce el cabrón! Quiero replicarle; sin embargo, Adri no me deja, porque continúa hablando—: Además, lo importante es que tomaste la decisión correcta, Dorian, y que por una vez en la vida has pensado en alguien que no seas tú. —Menuda reprimenda encubierta me acaba de echar—. Me alegro mucho, de verdad.

«Sí, claro, arréglalo ahora » .

Agacho la mirada y por mi mente pasa la idea de confesarle algo que, si bien lo pienso a menudo, jamás le he dicho a nadie y que sé que me traerá consecuencias a largo o corto plazo, espero que largo, por supuesto. Intento desechar esa extraña sensación de sincerarme del todo, no obstante, no se va. Sé que Adrián es la única persona en la que puedo confiar de verdad, la única

que me ha visto, además de Héctor y mi madre, en mis peores momentos y siempre ha estado ahí para aguantar el chaparrón, sostenerme si me caía y, sobre todo, darme una buena hostia si me la merecía, aun así, no sé hasta qué punto entenderá mi proceder.

«No voy a mentirle a mi amigo», me digo a mí mismo, en un esfuerzo por silenciar a esa vocecita malvada que me incita a guardar silencio, como siempre hago.

«Pero sí vas a omitir parte de la información. Sabes que te echará la bronca y no lo verá con buenos ojos. No entenderá tus motivos… ¿De verdad vas a arriesgarte ahora que parece que te ha perdonado?», me replica la muy jodida. Y lo peor es que tiene razón. Y mucha.

Incapaz de callarme, aunque sin estar convencido del todo, abro la boca, dispuesto a soltar eso que tengo atragantado y que no me deja respirar, ni lo va a hacer hasta que no salga. Sin embargo, en el último momento, decido darle la razón a esa parte endemoniada que vive en mi cabeza y, a pesar de que mis palabras salen, no dicen todo lo que yo quería que dijesen.

—Aún sigo cometiendo errores. —Así, sin más. Lo digo todo y no digo nada.

Alzo la mirada y contemplo a Adrián, que me contesta con una triste sonrisa.

—Todos lo hacemos, hermano —me dice después.

«Hermano » , hace tanto que no me llamaba así.

«Hermano » , eso es lo único que quería escuchar.

«Hermano » , una palabra que lo dice todo para nosotros.



Después de un buen rato hablando y de «aclarar» esas cosas que nos mantenían separados, Adrián cambia drásticamente su actitud hacia mí, lo que consigue que me relaje al ver que él no me juzga, no me pone la etiqueta sobre la frente y que, lo más importante de todo, continuamos con nuestra amistad donde la dejamos. Nos echamos unas risas con algunas anécdotas que le cuento del centro en el que estuve, uno que no tenía nada que envidiarle a un buen hotel, ya que *papaíto* se encargó de que «todo estuviese perfecto». El dinero lo consigue todo… hasta que un centro de rehabilitación parezca un lugar de vacaciones, excepto por lo de los horarios establecidos para todo, el psicólogo, las sesiones en grupo, los temblores…

Adrián me cuenta, por su parte, cómo va el negocio, me pone en situación con todo lo que al restaurante acontece y, por supuesto, le pregunto por el nombre. Me quedo de piedra cuando conozco la historia del porqué este sitio hace alusión a los tulipanes. Si es que el muy capullo siempre ha sido un romántico empedernido y ha sabido llevarse de calle a las chicas. También me muestra una foto que tiene sobre la mesa, en ella aparecen los dos. Lo veo feliz, y no me refiero solo a la instantánea, y eso me hace sonreír.

—Es guapa —admito. Adrián pone cara de idiota al darme la razón, porque de eso es de lo único que se puede catalogar el gesto de enamorado que le pinta la cara, y yo suelto una carcajada al verlo—. Estás hasta las trancas, amigo —le digo. ¡Cómo si él no lo supiese ya!

—Y encantado de estarlo, mamón —me replica, con ese tonito característico que se le pone cuando está de buen humor, pero quiere zanjar el tema.

—No tendrá una hermana, ¿verdad? —le pregunto, siguiendo con las bromas. No me apetece cesar, porque ya hemos estado demasiado serios hoy.

—No, pero, créeme, no durarías con alguien como Alicia ni cinco minutos. Demasiada mujer para ti. Ya sabes, las hermanas no son lo tuyo —me responde, con un guiño de ojo.

Ambos nos carcajeamos, recordando la vez que salimos de aquel bar con dos mellizas. Eran idénticas, salvo porque la de Adrián era muy modosita, aunque fogosa —ya que esa fue la única información que obtuve por su parte— y a mí me tocó la de armas tomar. Tanto, que me ató a la cama y sacó una fusta. Casi me dio un síncope cuando la vi, porque, una cosa tengo, y tenía ya

clara entonces —y lo ratifiqué esa noche con hechos—: adoro el sexo, pero no me va que me peguen. Oye, respetando cien por cien a quienes les pone esa práctica, pero a mí… pues va a ser que no. Yo soy más del método tradicional del placer. Menos mal que la chica lo entendió y todo quedó en una anécdota.

Cuando dejamos de reír, el silencio se hace en la habitación, y eso me incomoda.

¿Qué ha pasado?

Miro a Adri y le veo serio, muy serio.

¿Qué cojones…?

Frunzo el ceño mientras intento dar con lo que sea que ha ocurrido para este cambio tan drástico de actitud. Pero por más que pienso, no doy con la respuesta.

—¿Qué…? —empiezo, pero él me corta.

—Te conozco, Dorian —me suelta.

—Sí, como nadie —le respondo con sinceridad.

Él asiente en consonancia.

Me remango la camisa y espero.

Yo también lo conozco, por lo que sé que ese comentario ha venido dado por algún pensamiento que aún no ha exteriorizado. Ya solo me queda conocer cuál ha sido.

—¿Qué sucede? —le pregunto, en vista de que no continúa y tan solo me observa con atención.

—He visto cómo miras a Melissa y…

—Ah, no, no… No te hagas ideas raras —le pido, porque, ¡mierda!, lo último que quiero es que Adri se dé cuenta de que intento meterme en su cama de nuevo. Rectifico: meterme en su cama a secas, «de nuevo» no, nunca lo hicimos en una.

—Dorian… —me reprende. Su tono es de advertencia absoluta—. Melissa tiene ante sí un frente abierto que le ocupa la totalidad de sus pensamientos. No quiero que sufra más de lo que ya lo ha hecho. De modo que si solo buscas un revolcón, y no me lo niegues, olvídate de ella. No necesita más complicaciones en su vida. Y tú puedes tener a la que te dé la gana. Deja de…

Desconecto de lo que me está diciendo. No me interesa. Es más, me molesta lo que llevan implícito sus palabras. ¿Complicación? ¿Eso es lo que soy yo?

Respiro antes de contestar y medito muy bien qué voy a contestarle. Sé que no me lo está diciendo con mala intención ni porque me tenga en baja estima —o eso espero—, tan solo es que Melissa es algo así como «su protegida» y él me conoce demasiado bien para saber lo que me interesa. Pero… ¡no pienso quedarme con las ganas! Esa pelirroja es como una obsesión que se me ha metido entre ceja y ceja, y no puedo sacármela de ahí aunque quiera; que no quiero, todo hay que decirlo.

—Eso tendrá que decidirlo ella —le expongo, con lo que me gano una mirada de reproche de su parte.

—Dorian, está encantada con la idea de comenzar a trabajar en el hotel, no le jodas la oportunidad. —Y ahora sí que su tono es totalmente autoritario.

—Está bien —concedo, aunque cruzo los dedos en mi mente, de modo que mi «promesa » quede eximida—. De todos modos, es la hermana de Ricky, creo que no pasa nada si interactúo con ella y la llevo a casa, como sucedió el otro día. Solo intento ser amable y…

—Lavar tu conciencia… —me corta Adrián.

Lo encaro. No quiero discutir ni hablar de eso.

—Adrián —le advierto.

—Eso es pasado, Dorian. Lo que pasó, pasó. Déjalo ir. Has cambiado, ¿verdad? —me

cuestiona. Asiento de inmediato, no deseo que lo ponga en entredicho—. Pues eso es lo que importa. Además, Ricky era consciente de dónde se metía —me dice, con un deje de tristeza en su voz— y eso lo sabemos muy bien ambos. No le des más vueltas.

Vuelvo a asentir, como si fuese un puto perrito en el salpicadero de un Ford Fiesta, e inspiro con fuerza. Adrián se levanta de su asiento y bordea el escritorio. Toma los papeles en la mano y los sujeta.

—No quiero ser descortés, pero en media hora he quedado con Alicia. Hace días que vivo aquí, solo piso mi casa para dormir y hoy me he propuesto que sea diferente. Quiero salir y disfrutar con ella un poco.

—Uy, qué encoñado te veo —le suelto con sorna, intentando eliminar el regusto amargo que me ha dejado su anterior aportación.

Él afirma, sonriente.

—En cuanto a Marcelo… —Adrián se inclina, toma un bolígrafo y se pone a firmar las hojas. Cuando acaba, me los tiende—, dale esto y dile que hablaremos después de mi viaje. Tiene un compromiso de mi parte. —Asiento, conforme, y tomo lo que me ofrece. Ni siquiera miro qué ha firmado—. Este —me dice, moviendo una carpetita pequeña amarilla entre sus manos— me lo quedo yo. No voy a firmar tan a la ligera algo que implica a mi personal y su horario de trabajo. Puedes decirle que me llame y lo hablamos o, directamente, comentarle que las horas extras que mi gente se vea obligada a estar aquí por sus…

—Tranquilo, sé capear a Marcelo —le aseguro, pero él alza las cejas en un gesto de sorpresa.

—¿Desde cuándo?

—Desde que me la suda lo que piense de mí —le contesto. Adrián contiene la risa y niega con la cabeza—. Sabes tan bien como yo que nunca tolerará mi presencia. Me ha costado algo de tiempo asumirlo, pero ya lo he hecho. Hace unos días me dijo que soy la consecuencia de una infidelidad, también asegura que soy como mi padre, aunque… ¿sabes qué? Lo que de verdad le repatea es que ninguno de sus increíbles hermanos se parezca a él, ni un ápice, y, por el contrario, nosotros parezcamos mellizos. Creo que dejó de mirarse al espejo el día que me conoció.

Adrián no es capaz de contener las carcajadas al oírme decir eso, aunque ambos sabemos que lo que odia Marcelo no es su cara o la mía, tampoco la infidelidad de nuestro padre o la vergüenza que su madre asegura haber pasado cuando esta salió a la luz, a pesar de que ellos ya llevaban casi quince años separados. Lo que de verdad le jode la vida a mi hermano mayor es que fuese él quien me encontrase y que todo se descubriese por su culpa.

Dorian

Hace cuatro años.

*Menuda borrachera me pillé anoche, aún me pasa factura. Eso es lo único que me ronda la cabeza a pesar de que son más de las cinco de la tarde. Me levanto de la cama con pesar, porque no tengo ganas, y me dirijo al baño. Al hacerlo, miro en derredor y me doy cuenta, por primera vez en los cuatro días que llevamos aquí, de que esto parece una pocilga. La chica de la limpieza me va a mandar a tomar por culo cuando entre aquí. ¿O tengo que limpiarlo yo? Joder, ¡es un apartamento! ¡Un puto apartamento! ¡Esto lo voy a tener que limpiar yo! Me anoto mentalmente que antes de maldecirme por ser tan guarro y dejado debo preguntarle a Adrián si hay alguien que se encargue de arreglar este desastre. Me va a echar la bronca, lo sé, pero es que, claro, si quiero disfrutar de las increíbles noches que ofrece esta ciudad y acompañar a Adri en sus mil y una visitas programadas, el resto del tiempo que me queda es para dormir la mona e intentar adecentarme yo, no a la habitación. Básicamente, la cosa es sencilla: salgo de noche, duermo por la mañana y la tarde se la dedico a mi amigo y su manía de parecer una abuela visitando sitios. Sin embargo, no puedo quejarme. Yo quería cruzar el charco y conocer Los Ángeles, vivir la noche aquí y pasearme en un pedazo de carro por Beverly Hills; él deseaba conocer las peculiaridades de su variopinta gastronomía, así que… ¡blanco y en botella! ¡Bingo! ¡*Habemus *destino! Más de dos años ahorrando para pegarnos este homenaje, pero… ¡menudas vacaciones! Al menos, el año que llevo cargando y descargando muebles, subiéndolos a pisos que están más cerca del cielo que de la tierra, y montándolos, ha merecido la pena. Y sin hablar del que estuve en esa heladería de mierda sirviendo cucuruchos a la par que trabajaba más horas de las que tiene un reloj en el almacén de una empresa de construcción, echándome al lomo sacos de cemento de veinticinco kilos, entre otras cosas.*

Aun así, no todo ha sido como queríamos. Ya me hubiese gustado hospedarme en Beverly Hills o Hollywood, pero eso se escapaba de nuestros presupuestos. Con suerte nos ha dado para pillar un apartamento en Venice Beach, que, si bien no es ninguno de esos sitios, ha resultado ser bastante satisfactorio.

Este lugar es la leche. Me encantaría vivir aquí. Había oído, leído y visto tantas cosas que me llamaba la atención de él, que ahora que estoy aquí me parece que nos hemos quedado cortos en cuanto al tiempo que vamos a permanecer aquí. Esta ciudad tiene vida a todas horas y eso que yo creía que Nueva York era la ciudad que nunca dormía. ¡Y un cojón! Estar en Los Ángeles es una puta hostia. Lástima que sea tan caro todo y nos sea imposible alargar más este disfrute.

Antes de ir al baño, me acerco a la pequeña cocina y tomo un dónut, de esos típicos de por aquí, para desayunar. Mientras lo hago, miro por la ventana. Veo el mar, el Paseo de Santa Mónica, y suspiro. La gente va y viene, y yo sigo como un idiota observándolos por la ventana, envidiándolos a todos por poder disfrutar de algo así, de tener el dinero para permitírselo y odiando el hecho de que para poder costearme quince días de mierda en el paraíso me haya costado más de dos años de trabajo.

El ruido de la puerta me hace volverme. Adrián viene con ropa deportiva y sudado.

Ni siquiera me saluda, solo me mira con un gesto cómico y se para frente a mí, junto a la mesa.

—Mírate —me dice, señalándome con la mano, y soltando el teléfono móvil sobre esta—. ¿A qué hora llegaste anoche? No te oí.

¿A qué hora llegué? Y yo qué mierda sé. Desde que estoy aquí para mí no existe el reloj, porque entre el jet lag *y el desbarajuste de vida que llevo, no sirve de mucho.*

Cierro los ojos e intento hacer memoria… más o menos.

—Ni zorra idea, hermano. Después de que te marchases, me fui al garito ese que vimos por la tarde. Me tomé unas copas, conocí a una rubia que tenía dos buenas tetas y…

—Omite detalles, Dorian. No me interesan —me corta, empezando a caminar hacia su dormitorio—. ¡Dios, ventila ese cuarto! —exclama al pasar por la puerta de mi habitación—. ¡Huele a muerto!

Me echo a reír y él hace lo mismo. Después, entra en el suyo. A los pocos segundos sale con ropa entre las manos. Termino de beberme el vaso de agua que me he preparado para bajar el dulce del desayuno, porque temo que si tomo leche se me corte con el alcohol que ingerí anoche, y lo miro muy serio.

—¡Eh, tú! —le indico, sobresaltándolo—. Ni se te ocurra. La ducha es mía. Espera tu turno.

Adrián lanza una sonrisa torcida y, ¡la hostia!, ya sé lo que eso significa.

—¡El primero que llegue se la queda! —me suelta el muy capullo, a la vez que empieza a correr por el pasillo.

Los dos estamos casi a la misma distancia, pero él me gana por goleada. Normal, está fresco como una lechuga, mientras que yo, en vez de sangre, tengo ginebra recorriendo mis venas.

Cuando estoy a punto de entrar, me cierra la puerta en las narices.

—¡Hijo de…! —Aporreo la puerta—. Te vas a librar porque aún estoy hecho mierda de ayer, de lo contrario…

Las carcajadas de Adri resuenan tras la madera, lo que me resulta contagioso. Empiezo a reír yo también y me dirijo a la cocina para tomar otro de esos bollos. ¡Están de muerte!

****

Después de más de hora y media de viaje, ¡por fin llegamos a Beverly Hills! Nuestro hospedaje no se encuentra especialmente cerca de esto, pero me da igual. Me muero por conducir un cochazo de lujo y dar un paseo por las montañas que bordean y acogen las grandes mansiones que hay aquí. Lo cierto es que lo de las casas, aunque sí que me da envidia, me la suda un poco, lo que me atrae de verdad es la idea de alquilar un pedazo de carro durante dos horas y sentirme el puto amo al volante. ¡Jamás en mi vida voy a volver a tener esa oportunidad! Así que aquí estamos.

—Espero que merezca la pena y no te estrelles a la primera de cambio —me suelta Adrián, sonriente.

Sabe que estoy nervioso. Los coches deportivos son mi debilidad. Me encantaría tener dinero y poder lucir uno de esos a diario. Daría todo lo que tengo —que no es mucho, por cierto— por conseguir un Ferrari, un Lamborghini… ¡un Porsche! Ese sería mi sueño hecho realidad.

—No seas imbécil, ¿quieres? —Adri frunce el ceño al oírme—. ¿Cuándo vas a volver a poder vivir algo así en tu vida? —Él me encara sin cambiar el gesto—. Mira, me he comido esa mierda vegana que tú llamas comida y que, perdona que te diga, las migas con chorizo que hace mi vieja le dan mil vueltas, así que tú te vas a montar en ese carrazo conmigo y vamos a pasar dos horas de puta madre, ¿entendido? ¡Deja de ser tan nenaza!

—De acuerdo, pero que conste que quiero volver vivo a España. Si no es así, mi madre no te lo perdonará jamás.

****

—¡Ha sido la hostia! ¡¿Has visto cómo aceleraba ese trasto?! De cero a cien en… ¿cuánto? ¿Milésimas de segundos? ¡Qué puta pasada!

—Lo que tú digas, pero me parece a mí que se te ha ido de las manos. ¿De verdad merece tanto la pena el dinero que te has gastado para eso?

—No lo entenderás en tu vida, hermano.

Suspiro y me detengo para mirarlo a la cara. Adrián hace lo propio y ambos nos quedamos frente a frente. Él empieza a reír y yo lo imito. Le paso un brazo por los hombros y comenzamos a caminar de nuevo. En silencio. Sin necesidad de palabras. Porque así somos nosotros: amigos por encima de todo. Sin importar que nuestros gustos sean dispares, que uno no comprenda las aficiones del otro o, simplemente, que no compartamos objetivos en la vida. Sin embargo, tengo claro que si fuese un asesino, Adri me ayudaría a esconder el cadáver, aunque después de hacerlo él mismo me diese de hostias por ello.

Andamos un poco más por Rodeo Drive y me paro en seco junto a un pedazo de deportivo descapotable que hay estacionado a un lado de la calle.

—¡Hijo de…! ¡Me cago en…! —suelto, poniéndome a su lado y tocando la carrocería.

—¡Venga, quita de ahí! A ver si te va a ver el dueño —me reprende Adrián, al que no le gusta nada este tipo de exhibiciones por mi parte.

Me apoyo contra la puerta del vehículo y me cruzo de brazos. Lo miro desafiante.

—¿A qué me sienta bien uno de estos? —digo, sonriendo—. ¡Venga, hazme una foto! —le pido.

Adrián es reacio a ello, aunque al final accede. Creo que lo hace más por el hecho de querer terminar rápido con el paripé que estoy montando junto al coche y que no nos vea nadie, que por darme el gusto a mí, que soy su amigo y eso es lo único que debería de importarle.

Justo cuando termina de tomar la última instantánea, las luces del deportivo se encienden. Me sobresalto de inmediato y me aparto del lujoso, caro, increíble y precioso descapotable. Lo hago con pesar, ya casi me había acostumbrado a sentirlo cerca de mí.

Adri carraspea algo nervioso y me hace un gesto con la mirada. Sigo el rumbo que marcan sus ojos y descubro a una pareja que camina hacia nosotros. Tan solo nos separa un par de metros de distancia. Como es evidente, la mujer llama mi atención antes, es más que lógico, ¿verdad? Parece joven, no sé si más que él, porque aún no me he molestado en mirarlo, con el pelo castaño recogido en un moño alto, una figura envuelta en un traje que muestra poco y deja demasiado a la imaginación y unos tacones de infarto.

Mucho glamour *y poco que ver, ese es el resumen.*

Después, miro a mi amigo, que está callado y blanco como un muerto. No entiendo el motivo de su expresión, hasta que desplazo la mirada de nuevo a la pareja, que ya ha llegado junto a la parte trasera del coche. Me centro en él. Lo primero que veo es a un tipo estirado, vestido con un traje de chaqueta oscuro —¡con el calor que hace, se va a derretir como uno de esos cucuruchos que tanta rabia me daba servir!— y, poco a poco, voy mirándolo con más detenimiento. Me percato de que él, a pesar de parecer querer decirme algo, se ha quedado en silencio, observándome con más atención de la que yo le estoy prestando a él, si es que eso es posible.

Trago saliva despacio y sigo encarándolo.

¿Cómo cojones es posible?

Quiero hablar, pero no puedo. Solo soy capaz de estudiarlo con detenimiento y, cada vez, con más precisión.

Veo su pelo negro, muy negro… como el mío.

Después desciendo hacia sus ojos, también negros, muy negros… como los míos.

Tiene unas pestañas largas, curvas… y negras… como las mías.

Somos de la misma estatura, la misma complexión…

Tuerce el gesto, como seguro que lo estoy haciendo yo ahora…

Y es que…

Me parece que me estoy mirando en un espejo.

¿Pero qué mierda es esta?

¿Quién es este tío?

Justo cuando creo que estoy recuperando el habla y voy a disculparme por haberme atrevido a rozar su coche, un hombre bastante más mayor que nosotros se posiciona a su lado.

—Marcelo —lo llama.

Su voz resuena fuerte, potente y autoritaria. La mujer se gira hacia él antes de que lo haga su pareja.

Segundos más tarde y como si se tratase de una escena a cámara lenta, el otro lo mira también y, al hacerlo, su gesto es de asombro absoluto, al igual que el mío. Me doy cuenta de cómo el hombre se percata de ello y comienza a pasear la mirada por nosotros.

Sí, está sorprendido, no lo dudo, aunque no tanto como lo estamos él y yo.

Acto seguido, me fijo en sus rasgos y… la única fotografía que tengo de mi padre acude a mi mente.

¡Mierda!

¿Existen este tipo de casualidades en la vida o esto es solo una puta broma del destino?

Melissa

«Somos producto de nuestro pasado, pero no tenemos por qué ser su prisionero».
—Rick Warren—

Estoy terminando la jornada —o eso parece, porque hoy no veo el momento de cerrar— con un humor de perros. Cuando he bajado del despacho, aún había clientes en la terraza, y todavía continúan ahí, así que nos toca esperar a que decidan marcharse, algo que no parecen estar muy dispuestos a hacer. ¿De verdad la gente no se da cuenta de que el personal de un restaurante también tiene vida fuera del local? ¿O se creen que nos lo pasamos pipa teniendo que esperar a que ellos acaben de contarse sus anécdotas? ¡Ya podrían seguir hablando sentados en el parque, que se está la mar de bien allí!

Resoplo malhumorada.

—Ya queda menos, mujer —me dice una compañera al pasar por mi lado con los restos de la única mesa que nos queda por limpiar y dejar preparada para el servicio de cenas.

—Eso espero… —Intento sonreír, pero me parece que lo que me sale da más miedo que confianza.

Lo único que quiero es acabar, recoger mi bolso y largarme a mi casa. Tampoco pido tanto, ¿verdad? Ah… bueno, espera, sí. ¡Que se me olvidaba! También estoy deseando poder decirle cuatro cosas a Adrián antes de marcharme, aunque no sé si podré, porque todavía no ha bajado. Pero… si lo pienso mejor, hasta lo prefiero, a pesar de que tenga que morderme la lengua y callarme las ganas de gritarle que menuda encerrona me ha hecho, ya que cuando salga del despacho irá con Dorian.

Mi frustración vuelve a relucir cuando en mi mente se recrea de nuevo la imagen de lo que ha sucedido arriba. Juro por Dios que no lo entiendo. El día que se enteró que me había acostado con Dorian casi le da un telele, de modo que debería estar contento de que no quiera hablar con él. Y… y… en vez de eso, ahí está, dándome lecciones de moral y obligándome a tener trato con su amigo.

De repente, una duda me asalta:

«Imposible», me digo a mí misma, intentando convencerme de que ese pensamiento es absurdo.

«No ha podido enterarse. No lo recuerda ni él » .

Sin embargo, a pesar de mi autodefensa de pena, la espinita de la duda se ha instalado dentro.

Vuelvo a echar un vistazo hacia el pasillo que comunica con las escaleras que van al despacho de Adri y maldigo de nuevo el hecho de que no hayan bajado aún. Recojo el mantel de la mesa, así me muevo un poco y ayudo a mi compañera, que va a pensar que parezco un monigote aquí de pie, y me voy hacia la cocina. Una vez que lo dejo todo listo, me coloco en la puerta que comunica la sala de los fogones con la de los comensales, esperando verme liberada, por supuesto. Prefiero no acercarme a la zona exterior, porque me enervaré más si escucho las risotadas de los que no quieren marcharse.

Bufo de nuevo, parezco un toro esta tarde con tanto resoplido, y vuelvo a mirar hacia el pasillo. Impaciente, echo una ojeada a mi reloj de muñeca, ese que Adrián piensa que tengo de adorno porque siempre llego tarde a todas partes, y compruebo que llevan casi dos horas

reunidos. Están a punto de dar las seis. Me parece que me va a tocar volver a casa hoy sin bolso… de nuevo. Y lo peor no es eso, es que en él está mi teléfono —no es que lo use mucho, pero desde que tengo a Hugo suelo echarlo de menos cuando no lo llevo conmigo, ya que me da la seguridad de que puedo ser localizada si mi pequeñín no se encuentra bien—, además de la cartera con todos los documentos de identificación y sanidad, y las llaves de casa, de las cuales, ¡menos mal!, tenía una copia… ¡A ver qué hubiese hecho sin ellas si no!

—Oye, Melissa —me dice Rubén, acercándose a mí con cara de circunstancia y rompiendo mi diatriba mental.

Doy un respingo al oírlo y me vuelvo. Le sonrío lo mejor que puedo, porque desde que nos acostamos hace unos meses me da palo mirarlo a la cara. Ha sido el único con el que he desahogado mis fuegos internos y que no le importase que tuviese un niño, ya que me propuso una cita siendo conocedor de esa información, no como los otros. Lástima que yo solo buscase una noche de sexo y listo.

«Cero compromisos » , le dije.

«De acuerdo » , accedió él.

Y… ¡qué equivocada estaba cuando le creí! A los días, me volvió a invitar. Obvio, le respondí que no.

—¿Sí? —No sé por qué, pero acaba de darme un vuelco en el corazón y no es por hablar con él, pues es algo que hago a diario. Tampoco es que traiga su rostro de «¿qué te parece si salimos…? » . No, al contrario, está serio y eso es raro en él.

Un mal presagio, eso es lo que siento en este momento. El momento previo a la hecatombe, como diría Yanira, que es una tremendista de cuidado.

—Hay un hombre que pregunta por ti.

—¿Por mí? ¿Un hombre? ¿Dónde? —Parezco idiota con semejante cuestionario, pero es que… ¿quién va a venir a buscarme a mí aquí? El presentimiento se acrecienta con esa información.

—Fuera —me informa Rubén, señalando hacia la puerta de entrada.

Dirijo la vista hacia donde él me está indicando, pero apenas veo nada. El tipo en cuestión se encuentra apoyado en una columna de la entrada, justo en el límite del restaurante, por lo que solo aprecio una silueta y poco más desde mi posición.

—¿Estás bien?

Los nervios se instalan en mi estómago. ¿Por qué? No lo sé, sin embargo, tampoco espero a nadie y, tal vez, eso sea lo que me origina tal estado de inquietud.

—Sí —intento sonar segura, no obstante, la mirada preocupada de Rubén me indica lo contrario—. Gracias —le contesto a modo de despedida.

—¿Seguro? Te has puesto blanca, más todavía, quiero decir. —Asiento, ignorando el comentario jocoso sobre mi color de piel que solo intentaba distender el ambiente. Sigo con los ojos clavados en la puerta por la que debo salir. Y, sobre todo, desechando de mi mente un pensamiento absurdo que está germinando con mucha fuerza.

«No, no puede ser. Sabes que es imposible», me repito una y otra vez mientras vuelvo a caminar despacio hacia la puerta y dejo a Rubén allí, observándome cual pasmarote y siguiendo mis pasos con la vista. Lo sé, siento sus ojos pegados en mi espalda.

Según voy avanzando, la imagen del susodicho se va aclarando ante mí. Ya sé que mi pálpito era real. Mi subconsciente me estaba avisando, porque él sí había puesto rostro a la silueta, aunque yo no quisiera reconocerlo.

Ahora estoy segura.

Es *él*.

La hecatombe personificada.

Una vez que me percato de su presencia, mis pasos se vuelven aún más inseguros y ralentizan su trayecto. No quiero llegar a él, aunque también deseo correr e irme de aquí, que no me vea y que piense que se ha equivocado de sitio.

¿Cómo ha dado conmigo?

—Hola —me dice como si tal cosa, al ver que me quedan unos escasos metros para estar a su altura.

Me detengo en seco al oír su voz. Hacía años que no lo escuchaba, sin contar que la última vez que lo hice estaba gritando y fuera de sí.

Hace tres años.

Estoy sentada mirando la televisión cuando le oigo entrar. Cierra de un portazo y eso origina que me sobresalte. No es normal en él, salvo que esté enfadado, entonces sí la paga con algún mueble. Menos mal que eso no es algo que suela suceder a menudo.

«Da igual, en cuanto le dé la noticia se le pasará el mal humor que trae del trabajo», me digo, y me sale una sonrisa de oreja a oreja de tan solo imaginar su cara al enterarse.

—¡Estoy en el salón! —le grito a modo informativo, aunque siempre suelo esperarlo aquí cuando trabaja en el turno de tarde, así, cuando llega, le doy un beso y me voy a la cama, porque su hora de salida es la mía de dormir.

Silencio.

Me incorporo y voy en su búsqueda. Lo veo dando paseos muy cortos de una pared a otra del pasillo de entrada, como un toro a punto de salir a la plaza. Parece nervioso. Dudo en si debo acercarme o dejar que se calme. En ocasiones, su mal genio le puede y se deja llevar. Por eso es mejor apartarse, observar cómo desquita su enfado con el zapatero y ya, luego, cuando esté más calmado, preguntar.

Finalmente, hago eso. Me quedo a una distancia prudencial y le miro, pero el descargue físico no llega. No le propina ninguna patada al mueble o a la pared… Ni siquiera grita.

Apoya las manos en la puerta y se apoya en ella, evitando así que le vea el rostro. Yo, mientras tanto, sigo esperando la explosión que no llega.

Uno, dos y hasta cinco minutos pasan, y la escena no cambia.

De repente, resopla y se va escaleras arriba.

Me debato. ¿Le sigo? ¿Dejo que se le pase?

Lo pierdo de vista.

De vuelta, este silencio incómodo.

Tras casi quince minutos aguardando a que su figura reaparezca por las escaleras, subo. Ya se sabe lo que dice el refrán, ¿no? Si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma. Pues eso, que yo soy Mahoma y voy a buscar a mi montaña.

En el instante en que subo, lo veo salir del baño con varias cosas en la mano: el hidratante de su barba, el gel de ducha que usa, un par de toallas…

En mi interior salta una alerta. ¿Qué es todo esto? ¿Se marcha? ¿Es cosa del trabajo?

—Roberto… —lo llamo, atrayendo su atención hacia mí.

Al mirarme, sus ojos echan chispas. Me detengo en seco. ¡A la mierda mi intención de

acercarme y pedirle una explicación! Su gesto me da miedo. Jamás le había visto tan enfadado.

—Ni te atrevas a acercarte, Melissa —me advierte. Y su tono suena a amenaza pura.

Durante unos minutos me quedo en la puerta de la habitación, mirando cómo mete todo en un pequeño petate que posee de esos años en los que tenía que irse fuera por motivos laborales.

Me cuesta ser consciente de lo que está pasando y cuando por fin veo que se lo echa al hombro, abro los ojos de par en par al darme cuenta de que se va de casa.

Sale de la habitación y me planto delante de él. Las lágrimas están agolpadas en mis ojos, pero me da igual. No soy de las que se amilanan tan fácil.

—Apártate —me gruñe.

—¿Te vas? —pregunto de forma retórica. ¡Claro que se va!—. ¿Es por trabajo?

Hasta yo me quiero reír de semejante cuestión. Si fuese así, algo totalmente improbable porque él ejerce desde hace un año dentro de la comisaría, me lo hubiese dicho, en vez de estar tan furioso y no querer dirigirme la palabra.

—¿Y te atreves a preguntarme el motivo?

Echa a caminar y yo lo hago delante de él. Voy de espaldas y tengo las manos apoyadas en su pecho, en un vano intento de detenerlo. Cuando siento el hueco del primer escalón bajo mi talón, me veo obligada a detenerme para no caer.

En el fondo de mi mente, sé cuál es el problema. Lo sé, pero no quiero reconocerlo. Se ha enterado. ¡Por supuesto que lo ha hecho!

—No puedes echarme nada en cara, Roberto —le digo, sorbiendo por la nariz y pestañeando con rapidez para eliminar las lágrimas—. Habíamos discutido… Lo dejamos… Y…

—¿Esa es toda tu excusa? ¡Menuda mierda, Melissa! —me increpa, y con la mano que le queda libre, me aparta e intenta pasar por mi lado.

—Roberto, por favor. Podemos hablarlo… Necesito…

—Estoy cansado de ti y de tus traumas infantiles. Mi padre ya me advirtió de que esto sería difícil. Al final, la cabra siempre tira al monte.

Sus palabras me dejan perpleja. ¿Pero de qué habla? ¿Qué cabra? ¿Qué monte?

—Roberto —repito.

Me observa de frente, así que aprovecho para sostenerlo del brazo, lo que no espero es que ese agarre cambie de tornas y sea él quien me sostenga a mí. Sus dedos me queman y me están haciendo daño.

—Roberto… —Parece que es lo único que sé decir, sin embargo, en estos momentos no me sale nada más, salvo su nombre.

—Lo sé, Melissa —me confirma—. Me das asco, vergüenza y… —No termina, aunque sus ojos me dicen todo lo que no sale por su boca—. Y mira que lo sabía… ¿Cuántas veces? Juro que si me lo encuentro, le voy a partir la cara, para empezar…

Frunzo el ceño, porque… ¿de quién habla?

—Yo… yo…

Intento replicar, no obstante, al final, desisto.

—¿Vas a decirme lo contrario? —Niego, para qué mentir. Lo sabe. A lo hecho, pecho—. Si tu hermano estuviese vivo, estaría muy orgulloso de ver que sigues sus pasos. Quizá algún día también aparezcas en una cuneta…

—¡Te estás pasando! —le grito, ahora sí estoy más enfadada que preocupada. La muerte de mi hermano es lo que más me duele en este mundo, y él lo sabe. Quería verme cabreada y lo ha conseguido—. Ricky no tiene nada que ver con esto.

—Todo es culpa de Ricky, pero tú no eres capaz de verlo, ¡porque estás cegada con su

memoria!

Su acusación me pone furiosa, tanto, que me revuelvo de su agarre y doy un traspiés. Miro con el rabillo del ojo las escaleras y me sostengo de su antebrazo para no caer. Todo lo demás sucede en una milésima de segundo, o yo lo siento así. Roberto baja la mirada y la ancla en mis dedos, que se aferran a su camisa. Mueve la mano que agarra la mochila, la cual cae con un golpe seco en el suelo, y la pone sobre mis manos. Con una calma que me asusta, y sin apartar sus ojos de mí, me despega los dedos uno a uno de la tela y da un paso hacia adelante, haciendo que yo pierda el equilibrio y caiga de espaldas por las escaleras.

Con un instinto que no sabía que tenía, me cubro la tripa. Me doy un golpe en la cara con uno de los escalones, sin embargo, nada me duele tanto como saber que él me ha empujado.

Las lágrimas que me había empeñado en contener con ahínco ahora salen a borbotones de mis ojos. Las dejo correr con libertad, mientras que él pasa por mi lado sin mirarme, abre la puerta y se va.

Melissa

«Cuanto más grande es el caos, más cerca está la solución » .
—Proverbio chino—

Todavía estoy recuperándome de la impresión, cuando veo que se levanta de la silla, donde había tomado asiento cuando me coloqué frente a él, y se larga. Venía tranquilo, como quien no se juega nada, como quien no tiene nada que perder, al contrario que yo, que estaba tensa y sintiendo que toda mi vida comenzaba a pender de un hilo, justo, de uno que él empezaba a manejar a su antojo.

Su visita ha durado cinco minutos, pero ha desbaratado todo mi mundo.

Cinco minutos… eso es lo único que hace falta para derrumbar sueños, promesas, sonrisas, anhelos…

Cinco minutos…

¿Qué son cinco minutos? Nada, dirán algunos. Todo, les respondería yo.

Miro los papeles que tengo en la mano, la cual sigue temblando igual o más que cuando los agarré por primera vez tras tendérmelos muy amablemente.

Trago saliva.

Aunque mis ojos están fijos en su espalda y en cómo esta se va perdiendo poco a poco de mi vista, mis dedos actúan por libre, doblando en cuatro el documento que sostienen y guardándolo en el enorme bolsillo del mandil.

Cuando gira la esquina y dejo de visualizarlo, mi mirada se queda anclada en ese punto y ni siquiera me inmuto al sentir cómo resbala por mi mejilla la primera de muchas lágrimas. Lloro de impotencia, de dolor, de rabia, de querer y no poder gritar todo lo que me ahoga, por las mil y una decisiones erróneas que he tomado en esta vida, por él, por mí, por el caos que se avecina, por la calma que he sentido estos años y que ahora se evapora entre mis dedos como una sutil bruma que va dejando paso a un nuevo día… a uno muy gris, negro diría yo. El panorama que se abre ante mí es oscuro, tanto, como su alma, porque él, y solo él, es el culpable de esta tormenta y de que yo me esté hundiendo en este mar de dudas, lamentaciones y tristeza que ahora mismo asola mi pecho.



No sé el tiempo que permanezco aquí sentada, con la vista perdida en el horizonte y tamborileando con el dedo índice sobre la mesa, tan solo me imagino que debe de ser bastante porque siento una presencia cerca. Me toca el hombro para atraer mi atención y es entonces cuando me percato de que es Rubén quien se ha acercado a mí, imagino que despacio, ya que no lo oído llegar. Aun sin mirarlo, él me pregunta cómo me encuentro. Su voz destila preocupación, lo noto. Quiero mentirle, dibujar una sonrisa en mi rostro y asegurarle que estoy bien, sin embargo, no lo hago. No porque no sepa mentir, sino porque no puedo. Creo que he perdido la habilidad de hablar, de expresar lo que siento e, incluso, de enfrentarme a lo que viene, ya que desde el mismo instante en que lo he tenido frente a mí de nuevo, mis pensamientos se han vuelto inconexos, mi mente ha dejado de hilvanar ideas y ha colapsado. La hecatombe ha llegado a mi vida y tiene nombre y apellido. Y lo peor: yo no estaba preparada para recibirla.

No sé si le he contestado o no a la pregunta; quizá, lo he hecho con algún gesto. No me percato de ello, lo mismo que no soy capaz de recordar de si lo he mirado o no. No controlo mis sentidos, lo mismo que mi vida, la cual veo desplomarse ante mí como un castillo de arena que me ha llevado años construir y al que tan solo el leve roce de una pequeña ola lo disuelve y se lo lleva, haciéndolo inexistente en cuestión de minutos. Cinco para ser exactos.

En estos momentos me siento como una inútil marioneta, una que quiere gritar y rebelarse en contra de su condición, de su situación, pero que, sin embargo, se calla y hace lo que le dicen, obviando todo lo demás. No me doy cuenta de si se queda a mi lado o se marcha. Al igual que tampoco soy consciente de si llevo aquí segundos, minutos o toda una eternidad, solo sé que sigo sentada en el mismo lugar, observando el camino por el que se ha ido.

Sabe dónde vivo.

Sabe dónde trabajo.

Sabe…

¿Cómo sabe todo eso?

¿Quién se lo ha dicho?

Y lo más importante… ¿por qué viene a reclamármelo ahora?

Siento unas manos en mi rostro, unas que me limpian las lágrimas que continúan cayendo sin control. ¿Son las mías? Quiero mirarlas, tocarlas… pero me da miedo comprobar que él ha vuelto y que le pertenecen. O peor aún, que nunca se ha marchado y yo solo estoy viviendo un sueño… ¿o debería decir una pesadilla?

De repente, una voz pronuncia mi nombre y me hace darme cuenta de que no, no es un sueño y que no, no son las mías. Es… Adrián. Creo que me giro a mirarlo, sin embargo, no puedo confirmarlo. Mi vista está nublada y cegada por las lágrimas y el dolor que siento, y nada ni nadie puede hacer que desaparezca.

Escucho revuelo a mi alrededor a la par que me siento levantar y cómo mis pies caminan obedeciendo a una orden ajena, una que procede de quien tira de mí, de quien me sostiene y de quien siempre evita que caiga: Adrián.

No, sus manos no son las que me agarran, las que impiden que me caiga. Son otras. Unas que ni siquiera sé cómo soy capaz de reconocer. Quizá, por lo que provocan en mí, por el cosquilleo que su tacto ocasiona en mi cuerpo. Es Dorian.

«¡NO! » , grito en mi mente.

Es el último a quien quiero ver.

Es el culpable de toda esta situación.

«¡NO!», vuelve a decir en voz muy viva mi cabeza. «La única culpable soy yo. Yo y nadie más».

Todo es mi culpa.

Todo lo he ocasionado yo.

Yo y mis actos.

Mis actos y yo.

Me condené a mí misma y hui como una cobarde.

Sin embargo, ahora el destino del que escapé me ha encontrado y está dispuesto a reclamar lo que es suyo.

De repente, el nerviosismo se transforma en quietud, el ruido que anidaba en mi mente se vuelve silencio y el miedo que me invadía se transforma en paz. Mi alma se ha roto en pedazos y no puede recomponerse, eso es lo único que siento… y me asusta, porque… yo no debería estar tranquila, sino todo lo contrario.

—Trae un vaso de agua —oigo decir justo antes de que todo se vuelva negro.

Adrián

Estoy a punto de replicarle a Dorian sobre lo que me ha dicho de su hermano con un comentario aún más jocoso del que él ha lanzado, pero todo se queda en un intento, ya que un toque en la puerta me interrumpe. Frunzo el ceño al oírlo, porque mi personal sabe que no debe interrumpirme cuando me encuentro reunido, a no ser que sea algo de suma importancia. Y ese pensamiento hace que me ponga en tensión. Dorian imita mi gesto y vuelve el rostro hacia la entrada con cara de circunstancias. También parece extrañado y eso que no conoce las normas, claras y concisas, por las que se rigen mis empleados. Mi amigo gira el rostro hacia mí y ambos nos quedamos mirándonos. Me encojo de hombros en una respuesta silenciosa a su también silenciosa pregunta; después, me encamino para abrir a quien sea que esté tras la puerta.

En cuanto echo a andar una idea cruza mi mente, logrando que me presuponga de quién es. Seguro que Melissa está desesperada de aguardar a que esta reunión finalice, pues se ha alargado mucho más de lo que yo tenía pensado, y viene a meter algo de prisa. ¡Como si la viese! Si me paro a pensarlo, la visualizo con toda claridad pasando una y otra vez por el atril de entrada, preguntándole a Rubén si mi acompañante ya le ha dejado el bolso allí. ¡Aún no entiendo cómo ha tardado cinco días en decidirse a recuperarlo! ¿De verdad no se le ha pasado por la cabeza hacerlo antes? ¿Es que pensaba estar eternamente con la mochila desaparecida? ¿Y por qué me pide a mí que le solucione la papeleta en vez de hacerlo ella? Siempre me está echando en cara que creo que es una niña y que no sabe defenderse sola, y ahora, en vez de ponerlo en práctica, viene a darme la razón. Eso es demasiado raro, me parece a mí que ahí hay algo más que ninguno quiere contarme.

Agarro el pomo de la puerta y lo giro. Abro rápido y casi voy a decirle una de las mías, cuando me encuentro de frente a Rubén. Me callo la intención que tenía y le observo. Trae la preocupación escrita en el rostro y eso no me gusta.

—¿Qué ha pasado? —inquiero de inmediato.

Escucho el chirriar de las patas de la silla en la que está, o estaba, sentado Dorian, al levantarse tras escuchar mi pregunta. Imagino que mi voz ha salido igual de inquieta que me lo ha parecido a mí al hablar.

—Es Melissa —me contesta.

Y no necesito más.

Me vuelvo hacia Dorian para explicarle que voy a ausentarme del despacho, pero me veo obligado a dar un traspiés hacia atrás, porque se encuentra justo detrás de mí y no me lo esperaba. A punto hemos estado de chocar de lo cerca que estaba. Me percato de que se hallaba atento a la conversación, por lo tanto, no le digo nada, tan solo lo esquivo, tomo las llaves del despacho, que están sobre la mesa, y salgo escaleras abajo. Ya ha escuchado a Rubén, por lo que no voy a entretenerme en explicaciones innecesarias.

Por el camino, oigo cómo mi amigo va cuestionando al jefe de sala sobre lo que ha ocurrido. Parece bastante interesado, aunque yo ando atento en salvar la distancia con la terraza, que es lo único que he retenido de lo poco que me ha dicho Rubén mientras salía de la habitación.

No necesito enterarme de mucho para hacerme una idea de lo que ha podido ocurrir. Con tan solo palabras sueltas, mi mente ha creado su propia hipótesis y, para mi desgracia, creo que es la correcta.

«Hombre » .

«Visita».

«Estado de *shock* » .

Mierda, mierda y más mierda. ¿Cómo es posible?

Está bien que no nos hemos ido al fin del mundo, de hecho, no hemos cambiado ni de país, pero ¿por qué ahora? No tiene sentido que ese malnacido vuelva a buscarla después de casi tres años. Maldigo mil veces a la par que mis pies parecen volar escaleras abajo.

Cuando llego a la terraza, la veo sentada en una de las mesas del fondo. Está tamborileando con el dedo índice sobre la mesa, tal y como hace cuando espera algo o está nerviosa. Acelero el paso, sin preocuparme de si los otros dos me siguen o aún están descendiendo de la primera planta. Me coloco frente a Melissa y compruebo que ni siquiera se ha percatado de que he llegado. Tiene la mirada perdida en un punto de la calle que se extiende frente a ella, a pesar de que no está mirando nada en concreto. Paseo mi mano por delante de sus ojos, pero no se da cuenta a pesar de que lo hago de forma repetida.

Más preocupado de lo que estaba cuando salí del despacho, me agacho junto a ella y le tomo la cara entre mis manos. Limpio las lágrimas que mojan su rostro, sin embargo, ni siquiera mi tacto consigue que reaccione, me asusta ver cómo permanece sin inmutarse ni lo más mínimo.

—¿Melissa? —la llamo.

No me contesta. No me mira. No atiende a ninguna demanda. Tan solo observa la lejanía y continúa llorando.

Me paso con desesperación las manos por el pelo. ¿Qué le hago para que me haga caso, para que me escuche… para que salga de ese trance en el que está sumida? ¿Qué le ha podido decir ese… ese… para dejarla de este modo? En el instante en que mi mente plantea la cuestión, la respuesta se dibuja sola en mi cabeza: Hugo. Es lo único que ha podido pasar. El niño…

«¡Será cabrón!».

—¡Melissa! —vuelvo a llamarla, esta vez con más ímpetu. Incluso, la zarandeo con cuidado y, ¡por fin!, con ese toque creo que logro atraer un poco de su atención, parece hacerla reaccionar, aunque de forma ínfima.

Ella me mira y, al hacerlo, lo veo en sus ojos. La desesperación, el dolor, la angustia, la incertidumbre... Está destrozada por dentro y acaba de sucederme lo mismo. No necesito palabras para saber qué ha ocurrido aquí hace unos minutos, su rostro lo dice todo. Jamás la he visto tan rota.

—Vamos a llevarla adentro —me dice Dorian, colocándose detrás de mí y poniéndome una mano en el hombro.

Sin despegar mis ojos de ella, asiento y me levanto.

Antes de que pueda sostenerla para incorporarla, ya que ella está ajena a todo lo que pasa a su alrededor, Dorian la toma de uno de los brazos y la levanta de un solo movimiento. Melissa parece obedecer a la primera y echa a caminar cuando mi amigo se lo indica.

Los veo pasar por mi lado, mientras que yo me quedo de pie, observándolos como un pasmarote, sin hacer nada y sin dar crédito a lo que está sucediendo. Un agujero enorme se está abriendo paso en mi pecho y es algo difícil de explicar. Me duele ver que es la primera vez desde que nos conocemos que Mel necesita ayuda y no soy yo quien se la proporciona, y eso me hace sentir extraño conmigo mismo, molesto por no ser yo quien la sostiene, pero a la vez libre de no tener que hacerlo.

Sin soltarla, Dorian se encamina hacia el interior del restaurante. Con una mano, la lleva bien sujeta de la cintura y con la otra, le sostiene el brazo. Echo a caminar tras ellos y desde mi

posición puedo ver cómo las piernas de Melissa parecen flaquear. No pierdo detalle de sus pasos, porque temo que se desplome de un momento a otro. Me giro hacia Rubén, que va a mi lado, y le indico que traiga un vaso de agua. No tengo claro si se lo he pedido para ella o para mí, porque no me siento capaz de tragar el nudo que tengo atascado en la garganta. En cuanto cruzamos las puertas, todos los ojos se vuelven hacia nosotros. Voy a increparles que vuelvan a sus puestos de trabajo y nos dejen en paz, cuando la voz de Dorian me distrae.

—¡Adrián! —me llama.

Me giro de nuevo hacia él y maldigo el instante en que mi atención saltó de Melissa a los empleados, porque cuando vuelvo a mirarla, Dorian la sostiene entre sus brazos, desvanecida.



Después de unos minutos de angustia, de haberla llevado a la sala de empleados y utilizar todo lo que se nos ocurre para hacerla despertar, lo hace. Estoy temblando.

En cuanto abre los ojos, me abalanzo sobre ella y la estrecho entre mis brazos. Melissa me mira incómoda, frunciendo el entrecejo y observando a nuestro alrededor.

—¿Qué…? —No termina de hablar, porque no la dejo.

Empiezo a soltarle todo lo que ha sucedido a trompicones, sin sentido, tanto así, que Dorian me corta y, tras colocarse frente a ella, le habla despacio.

—El jefe de sala vino a buscarnos porque estabas en estado de *shock* después de una… ¿cómo te diría? ¿*Inesperada* visita? —Ella lo mira, muy atenta a sus palabras—. Cuando fuimos a buscarte aún continuabas de ese modo. Intentamos que te espabilases y que nos hicieses caso, pero no dio resultado. Justo cuando entramos en el restaurante, te desmayaste.

—Buen resumen —le digo, separándome un poco más del cuerpo de Melissa y recomponiéndome como puedo del susto al ver que ya parece más o menos recuperada.

—Yo… tengo que irme a casa ya. —Hace ademán de levantarse y yo de impedírselo, sin embargo, no llego a hacerlo, porque Dorian se inclina hacia delante y evita que ella se incorpore de la silla donde está recostada, colocando las manos sobre sus hombros.

—¿No vas a contarnos lo que ha sucedido? —le pregunta mi amigo.

—¿Contarnos? —replico yo. Aunque agradezco su ayuda y, sobre todo, su temple al actuar, no creo que sea de su incumbencia

—No, no, no… —contesta ella, casi a la par.

La observo mientras que ellos se encaran uno al otro. Me es imposible describir con palabras lo que veo en sus ojos, en los de ambos. Ella lo está desafiando. Quiere irse y quiere hacerlo ya. Él es quien se lo impide y Melissa no es de las que se queda callada cuando no obtiene lo que quiere, pero, por extraño que parezca, también distingo en su mirada… ¿agradecimiento? Dorian, sin embargo, parece determinante y, pese a que vislumbro algo que no sé bien qué es, no está dispuesto a cejar en su empeño. De nuevo, no soy yo quien lleva la batuta de la situación y eso hace que me sienta cada vez un poco más confuso por ello.

—Me voy a casa —repite, volviendo a intentar incorporarse y separando su mirada de la de mi amigo.

Dorian no parece dispuesto a dejar que ella haga eso. Lo sé, porque no aparta las manos del cuerpo de Melissa y continúa sujetándola a pesar de que ella no se revuelve contra él.

—Está bien. ¡Vamos! —le digo, al menos así, me contará la verdad de lo que ha ocurrido de camino a su casa—. Llamo a Ali en el coche y…

—No, tú has quedado y vas a ir a recoger a tu novia. Acabas de decirme que… —voy a

replicarle, pero me frena de inmediato—. Yo la llevo —se ofrece Dorian.

Melissa alza los ojos hasta los de él, ya que cuando ambos hemos comenzado a hablar el contacto visual que mantenían se ha destrabado. Desde donde estoy no logro ver qué se están diciendo mientras se vuelven a enzarzar en, lo que imagino que es, una discusión con la mirada, tan solo, que mi amiga afirma con la cabeza. De nuevo, me quedo al margen de la situación, una que ya ha escapado de mi control.

—Iré a recoger a Alicia y vamos para tu casa —concedo. Mel cierra los ojos y, cansada, me contesta que allí estará—. Está tu madre en el piso, ¿verdad? —le pregunto.

—Imagino. —Su respuesta es parca. No tiene muchas ganas de hablar, eso se nota.

—Asegúrate de que sea así y que no se queda sola bajo ningún concepto, por favor —le pido a Dorian—. Llegaré en una hora como mucho.

Mi amigo la ayuda a incorporarse, mientras lo hace, me asegura que así será y también que me puedo quedar tranquilo, porque él no se marchará hasta que sepa que la deja en buenas manos, las mías o las de su madre. No obstante, la sensación abrumadora de que le estoy fallando por no ser yo quien vaya con ella es tan grande que me hace sentir un ser despreciable, inservible, mal amigo y peor persona.

—Dorian —lo detengo antes de que ambos salgan por la puerta.

—¿Sí? —Desplazo la mirada hacia la mano que él tiene apoyada sobre la cintura de Melissa y trago saliva.

Tenía intención de decirle que me había arrepentido, que yo me encargaba de Mel y que él era quien debía marcharse tranquilo. Sin embargo, cambio de opinión en el último momento. Quizá, Ali y mi madre tienen razón y debo empezar a dejar atrás ese sentimiento de protección que siempre he tenido hacia ella, dejarla tomar sus decisiones y, ¿quién sabe?, ceder mi lugar a otro.

—Nos vemos en un rato.

Melissa

«No sabemos lo que queremos y, aun así, somos responsables de lo que somos.
Eso es un hecho».
—Jean Paul Sartre—

Voy caminando como un autómata. No me planteo nada, ni siquiera la compañía de quien va a mi lado, a pesar de que le agradezco la intención, por supuesto. Sin embargo, yo lo único que deseo es salir de aquí, llegar a casa con mi chiquitín y poder darle un beso que nos garantice que todo va a ir bien, sobre todo, a mí; por suerte, él aún se encuentra ajeno a todo. Dorian parece percatarse de mi falta de entusiasmo, porque, si bien no se despega de mi lado, permanece callado todo el camino, tanto en la calle como en el coche.

Me sorprendo al ver que una vez que tomo asiento dentro del vehículo, él no hace lo mismo. Me deja sola. Me giro inquieta, con el estado de alarma a flor de piel. ¿Y si ha vuelto? ¿Y si…? Al cabo de unos segundos, porque no ha pasado mucho más, cuando Dorian accede y me coloca la mochila sobre el regazo, me siento estúpida. ¡Hay tantas cosas importantes en esta vida y yo he montado todo un circo por el simple hecho de olvidarme un bolso en su coche! ¡Si es que hay que ser idiota! ¡Menuda vergüenza! Y lo peor, él lo ha escuchado todo y sabe lo inmadura que soy o, al menos, es lo que mi comportamiento demuestra.

—Gracias —musito.

—No tienes que darlas —me responde y me da una leve palmada en el muslo.

A pesar de que su contacto provoca estragos en mí, la desazón que siento es mucho mayor, de modo que fuerzo una sonrisa y tuerzo el rostro hacia la ventanilla, donde dejo anclada la mirada durante el camino que nos resta.



El trayecto hasta mi casa transcurre lento, o eso me parece a mí. Como ya he dicho, lo único que quiero es sentirme segura entre las paredes de mi hogar, lejos de todo y todos los que me hacen daño, de los que se preocupan por mí, pero quieren que les narre lo ocurrido —algo que no me apetece en absoluto en estos momentos— y lejos de todos los que han sido testigos de mi debilidad ante él. Sin embargo, creo que mi deseo no va a cumplirse, por más que me pese.

Dorian aparca en la calle que hay justo a la espalda de mi edificio y yo suspiro al sentirme cerca de mi refugio. Sin decirnos nada, echamos a caminar hacia el mismo. Una vez en el portal, me vuelvo con intención de despedirme de él, pero niega con la cabeza.

—Voy a subir contigo y asegurarme de que te quedas en buena compañía. —No le replico, aunque me gustaría; no obstante, Adrián se lo ha pedido como algo personal y sé que Dorian no va a desistir e ir en contra de su promesa. De modo que asiento y ya está, no voy a discutir por una nimiedad así. ¡Total!, mi madre está en casa, no voy a estar mucho tiempo con él—. ¿Ascensor o escaleras? —me pregunta, cambiando de tema de forma radical y reconduciendo mis pensamientos hacia el presente.

Lo miro y, sin hablar, me acerco al cubículo y pulso el botón de llamada. No tarda ni medio segundo en que las puertas se abran ante nosotros. ¡Mejor! Así tendré que estar menos tiempo aquí esperando… en su compañía, porque, quiera o no reconocerlo, su presencia me perturba… y

mucho. Entro y él me imita. Una vez en el interior, toco el número de mi piso en el cuadro de mandos que tengo frente a mí, ocasionando con ese gesto que Dorian resople.

—¿Un octavo? Menos mal que este cacharro funciona.

Su comentario me arranca una sonrisa, incluso, cuando de lo que menos ganas tengo ahora es de sonreír, y eso es algo que le agradezco en mi interior, que sea capaz de hacerme olvidar, ya sea por una milésima de segundo, el mal rato que vengo pasando. Lo miro y le digo:

—No digas tonterías, tú pareces estar en forma.

«¡Dios! ¿De verdad le he soltado eso?», me reprendo a mí misma.

«Si es que no hilo… ¡no hilo!».

No puedo creerlo. Quiero esconderme cual tortuga, replegarme en mí misma, hundir la cabeza hasta un lugar al que nadie pueda acceder y quedarme ahí aguardando el momento en que el peligro, es decir, Dorian, ya no esté cerca de mí. Pero no soy una tortuga ni tengo caparazón que me cubra, por eso, tengo que aguantarme, reprenderme mentalmente por no haber tenido la boca cerrada y maldecir que mi cabeza vaya más rápida que mi lengua en más de una ocasión.

Juro que no quiero mirarlo, pero lo hago. Y ese es el primer error que cometo hoy, aunque estoy segura de que no será el único.

¡Lo sabía! Una sonrisa engreída y, sin embargo, traviesa asoma a su rostro, la misma que me hizo caer en el pecado de querer besar sus labios la primera vez que lo hice. Lo recuerdo, sí. Yo, sí. Por ese motivo, me digo que es mejor que aparte la mirada de él. Pero… no, no lo hago. Parece que hoy, mi mente y mi cuerpo no se ponen de acuerdo con lo que quieren y van por libre. Al encararlo, a pesar de que lo que intento es todo lo contrario, casi puedo leerle el pensamiento. Fijo que en su cabeza me está respondiendo algo como: «*Baby*, soy irresistible. ¡Qué bien te has fijado en este cuerpo! ¿Quieres probarlo… otra vez?». Por suerte, su boca no dice nada, no me contesta, aun así, con su gesto ha sido más que suficiente.

—El piso es de Jessica, una amiga —comienzo a explicarle. ¿Por qué? No sé, supongo que me siento incómoda aquí dentro y con tanto silencio. Necesito cambiar el rumbo de mis ideas, mis recuerdos y, sobre todo, eliminar de mi interior las mil y una historias que se están montando en él con tan solo basarse en esa sonrisa torcida—. Se mudó hace unos meses a una casa más grande a las afueras. Quieren ampliar la familia y como a mí justo se me acababa en ese momento el contrato de mi anterior alquiler, llegamos a un acuerdo.

—Es una buena zona para vivir —me contesta él, sin despegar la vista de la pantalla que indica la planta por la que pasamos.

Al menos, ha dejado de sonreír con mi breve y nada oportuna información sobre mi casa. Rezo porque este trasto llegue pronto arriba. Me siento tonta por sentirme de este modo, desolada y arrasada por culpa de Roberto, pero a salvo con Dorian y recuperándome de la fatalidad que se avecina. ¿Acaso soy bipolar? ¿Qué tiene este hombre que consigue desbaratarme todos los planes, incluso, cuando no quiero o tengo ganas de que lo haga?

—Lo es —aseguro, ignorando todo lo que pasa por mi cabeza y simulando que no me estoy carcomiendo por dentro.

El clin que marca el fin del trayecto interrumpe nuestra improvisada y nada original charla. ¡Menos mal! Ya no sabía qué más decirle. En el instante en que las puertas se abren, salgo como una flecha del ascensor y me dirijo a la puerta de casa. Escucho sus pisadas tras de mí, pero lo ignoro, tan solo me concentro en contar los pasos que me quedan para llegar hasta la puerta que separa el rellano de la tranquilidad de mi hogar.

Cuatro.

Tres.

Dos.

Uno.

¡Por fin! ¡Estoy a salvo!

La ilusión se esfuma de golpe cuando, tras rebuscar en mis bolsillos, saco las llaves y entro. Todo está en absoluto silencio, la casa recogida, ni un solo juguete por medio, la televisión apagada… Pero ¡¿qué…?! ¿Dónde está mi madre? ¿Y Hugo?

La sorpresa de lo que me encuentro se refleja en mi rostro y, a pesar de que intento disimular, no lo consigo a tiempo.

—¿No hay nadie? —irrumpe la voz de Dorian a mi espalda.

Niego con la cabeza y, extrañada, me dirijo hacia la cocina, donde mi madre suele dejarme escrito en la pizarra los recados, que tampoco han sido muchos, porque apenas sale de casa. Quizá han ido al parque, aunque ya es hora de que estén de vuelta. Me paro frente a las letras que ha garabateado y las leo. No puedo creerlo… ¿Tenía que ser justamente hoy?

—Me han llamado para una entrevista de trabajo. No sé cuándo volveré. Hugo está con Lázaro —reproduce Dorian a mi espalda.

¿¡Qué se cree?! ¿Que no sé leer? ¡Ya veo lo que pone!

Me pongo nerviosa de repente. Me doy la vuelta e, ignorando su presencia, me dirijo al salón. Doy vueltas por toda la estancia y gruño de frustración. Me doy cuenta de que él me ha seguido y de que me está mirando como si estuviese echando espumarajos por la boca, para lo cual no me queda mucho, dicho sea de paso. Sigo girando, mirando y volviendo a mirar. Me agacho sobre el sofá y busco. Busco, busco y busco, pero, ¡maldita sea!, ¡el bolso no está!

Desalentada, enfadada y frustrada me dejo caer sobre el sillón.

—Lo tienes colgado —me suelta Dorian, sabiendo a la perfección qué es lo que ando buscando.

Abro los ojos de par en par y palpo con la mano en mi espalda y, efectivamente, lo llevo a cuestas. Mi gesto molesto hace que él contenga las ganas de reír, lo veo. Su cara lo delata y yo… yo… cedo a los nervios que invaden por dentro desde que vi a Roberto en la terraza del restaurante y estallo en carcajadas, unas que no sé por qué suelto, pero que me relajan y me hacen sentir bien.

Después de ese pequeño descanso de emociones imposibles de contener, vuelvo a sentirme incómoda aquí. Estoy en mi casa, sí, sin embargo, es la compañía lo que me pone nerviosa. No sé qué hacer, cómo actuar y, aunque parezca mentira, su sola presencia ha conseguido que aleje un poco de mi mente las amenazas de Roberto. Quizá, y a pesar de que jamás lo reconoceré en voz alta, me ha venido bien que sea Dorian y no Adrián quien haya estado conmigo en este momento, porque con mi amigo el tema de conversación no hubiese cambiado de rumbo y estaría girando sobre la persona de la que no quiero hablar, mientras que Dorian ha entendido mi necesidad de evadirme de esa realidad y querer dejar aparcado el recuerdo de lo ocurrido. De todos modos, decido meterme en la ducha para hacer tiempo, así no tengo estar a solas con él más tiempo del necesario.

Antes de recluirme en mi espacio personal y aprovechando que Dorian se ha ausentado unos minutos para ir al baño, llamo a Lázaro, que me asegura que Hugo está perfectamente y que lo deje allí para dormir, así Matías está acompañado, ya que hoy Nuria trabaja de noche y el pequeño «bichito» se queda en casa de sus papis. A pesar de que tenía muchas ganas de ver a mi niño, creo que va a ser mejor para él, ya que, además de que Matías es de su misma edad y se llevan fenomenal, Hugo tiene pasión con Lázaro. Para él es algo así como el tío molón, el que le da de comer todo lo que le gusta y le lee millones de cuentos antes de dormir. Normal, el

hermano de Jessi es un niño grande y eso les encanta a los críos.

«Bueno, pues tan solo me queda esperar a que mamá no tarde demasiado», me digo, con un suspiro sonoro.

—¿Ocurre algo? —cuestiona Dorian, saliendo del cuarto de baño y encontrándose conmigo a mitad de camino.

Miro el teléfono, aún en mi mano, y sonrío de un modo poco creíble.

—Nada. Voy a darme una ducha —le digo, justo antes de perderme en mi habitación.



Cuando salgo del baño, ya aseada, con un pantalón deportivo y una camiseta de estar por casa, compruebo que mi madre aún no ha llegado ni tampoco Adrián. Con el pellizco aún instaurado en mi estómago, camino por el pasillo y entro en el salón. Ahí me encuentro a Dorian de pie, mirando con fijación el cuadro que pinté de Hugo cuando apenas contaba con un año y que está colgado en la pared.

—¿Lo has hecho tú? —me pregunta. Su voz destila sorpresa y eso me hace sentirme muy orgullosa de mi talento con los pinceles.

—Ajá —le contesto, terminando de entrar y quedándome de pie, cerca de donde está él, pero guardando las distancias.

Dorian, imagino que al oírme —o sentirme más bien, porque mis pantuflas no son muy ruidosas—, se gira y me mira. Se ha quitado la chaqueta, se ha remangado la camisa y tiene dos botones abiertos en la parte superior. Y, a pesar de que lo intento, no puedo evitar que mis ojos se deslicen por su cuello y por esa porción de piel que ha dejado al descubierto.

—Tenía calor —me explica a modo de justificación—. Además, no soporto ese traje —me suelta riendo—, pero guárdame el secreto.

—Tranquilo, no se lo diré a nadie —contesto, casi con un susurro.

—Tienes mucho talento —vuelve a decir, retomando así el tema de conversación, cosa que agradezco, porque si tengo que ser sincera, ya temía que mi mente hiciese una de las suyas y le soltase algo como: «No pasa nada, estás más *sexy* así». Porque lo está, salta a la vista, al menos, a la mía—. El día de tu entrevista estuve hablando después con Alessandra, me comentó que te había hecho una prueba y también que eras muy buena.

Su revelación me pinta la alegría en el rostro. El dibujo siempre ha sido mi pasión, mi *hobbie*, el modo en el que he plasmado todo y cada uno de mis sentimientos y de los momentos que he vivido. Lo único que lamento es que todos mis bocetos se quedasen en casa de mi ex.

—Gracias. No pienso defraudarla —aseguro.

—No lo hagas. Cree que a pesar de tu talento no podrás seguir el ritmo de tus compañeros —me cuenta y eso sí que me molesta un poco al oírlo.

Me doy cuenta de que en el mismo instante en el que termina de hablar, vuelve la mirada hacia el cuadro, y ese gesto es el que me da la pista para saber a qué se está refiriendo.

—Ya me lo dejó entrever en la entrevista —afirmo.

—¿Es tuyo? —Su pregunta me confunde.

—¿Acaso importa? —No sé por qué, pero me he puesto a la defensiva.

—No. Solo lo decía porque es casi un retrato de Ricky. —Y lo es.

Cuando Hugo nació, quise pensar que salía a Roberto, ya que no le encontraba ninguna semejanza conmigo, salvo el color de pelo. Después, con los meses, sus rasgos fueron cambiando y cada día se parecía más a mi hermano.

—Así es.

Me da la impresión de que Dorian quiere añadir algo más, sin embargo, el sonido de las llaves abriendo la puerta le hace desistir. En cuanto el ruido cesa, mi madre entra canturreando en la casa.

—¡¿Dorian?! —dice, sorprendida—. ¡Hace años que no te veía! —exclama.

Pero su gesto no va acorde a sus palabras, de hecho, me atrevería a afirmar que no le ha gustado mucho encontrarse con el amigo de mi hermano aquí. ¿El motivo? Lo desconozco. Tan solo sé que en el instante en que mi madre llega a casa, Dorian se despide de un modo muy cordial y se va de inmediato. Y eso hace que yo empiece a plantearme muchas cosas. Demasiadas.

Melissa

«Las cosas no tienen que cambiar el mundo para ser importantes».
—Steven Jobs—

A Adrián no le ha sentado nada bien el hecho de que le haya enviado un mensaje para que no venga a casa, lo sé. No me lo ha dicho, pero tampoco tiene que hacerlo. Lo conozco. Me basta con su respuesta, la cual ha sido un simple «OK». Al igual que no necesito que me confirme que él sí que quería venir y soy consciente de que todo ese sentimiento es consecuencia de la preocupación, al igual que también lo soy de que no me hubiese hecho caso si no le hubiera mentido un poquito. Después de contarle por encima y a través de un par de mensajes de audio el motivo que había traído a Roberto hasta aquí, le dije que me dolía horrores la cabeza, que el día había sido muy intenso y que me iba a acostar. Y lo he hecho, sí, no le he mentido en eso, pero sí en lo del dolor de cabeza. Empiezo a creer que el karma se está cebando conmigo, porque, aunque quiero, no puedo dejar de dar vueltas en la cama y de pensar y pensar en mil y una cosas, por lo que no consigo pegar ojo. Le pedí incluso que, por favor, no llamase a casa para interesarse por mí, ya que no le había contado nada a mi madre, pues a pesar de tenerla de vuelta en mi vida, no me encuentro preparada aún para narrarle algunas cosas sobre mí.

El problema empieza cuando Adrián y Ali se presentan en mi casa temprano, muy temprano. Ya debería saber que este hombre es tozudo como una mula y literal como él solo. Si le digo que no venga a casa por la noche, entiende solo por eso: por la noche. Ya es de día…

Lázaro aún no ha traído al peque y mi madre anda preparando el café cuando ellos tocan el timbre. Estoy segura de que estos ya han hablado, de lo contrario no creo que Adrián sea tan desconsiderado de llegar a estas horas y sin avisar. Lo más seguro es que yo haya terminado rindiéndome al sueño y no me haya enterado de la llamada.

Acabo de levantarme, tengo los ojos pegados —por decir algo, ya que no se me han cerrado en toda la noche o eso creo— y la mente embotada.

Aun así, me veo obligada a enfrentarme de nuevo a la realidad y, sobre todo, a contarle a mamá lo sucedido, ya que este ocultamiento de la verdad no puede durar mucho más. Ella, por supuesto, estalla muy, pero que muy indignada.

—¡¿Cómo no me dijiste nada ayer?! —me reprocha, soltando la taza de café sobre la mesa del salón. Su rostro demuda el gesto al oír lo que mi amigo acaba de contarle, porque yo me negaba a hablar más del tema que me trajo hasta esta ciudad. Veo en ella decepción y eso me duele más de lo que imaginaba; también, ira —aunque no creo que sea contra mí, de eso estoy segura— y, por supuesto, preocupación. Mucha. Demasiada.

—Eso ya da igual —la interrumpe Adrián—. Alicia dice que puedes negarte, Mel —me indica, mirando a su pareja, que asiente y se coloca a mi lado en el sofá.

Ambos parecen estar flanqueándome, uno a cada lado. ¿Será que temen que me desmaye de nuevo? Espero que no, porque no voy a hacerlo. Ya no. Me lo he prohibido determinantemente. Debo ser fuerte.

—Es solo una cita y… —continúa Ali.

Sé que lo que intentan es ayudarme, pero no estoy muy segura de que alargar el proceso sea lo adecuado. Al fin y al cabo, el final será el mismo.

—No sé, creo que es mejor no enfadarlo más y darle lo que pide. Es cierto que está en su derecho —digo, exteriorizando mis pensamientos.

—Pero… —Mi madre vuelve a entrar en la conversación, aunque de inmediato se calla. Imagino que no sabe qué decir al respecto. Todo esto es tan… tan… surrealista.

—No le des lo que quiere. Demuéstrale que no estás dispuesta a ceder tan fácil —replica Alicia, mirándome a los ojos—. No merece…

—Me ha dejado muy claro que pedirá la orden de un juez para hacerle a Hugo la prueba. Quiere asegurarse de que es su padre antes de continuar con el proceso.

—¡Por eso! —exclama Ali.

¡Para ella es tan obvio todo! Algo normal por otro lado, ya que debe encontrarse con cientos de casos de este tipo en su trabajo. No obstante, para mí es abrumador, una situación que se me escapa de las manos y a la que no sé cómo enfrentarme.

—Me parece increíble que tenga dudas al respecto —bufa Adrián. Y yo escondo la cara entre las manos, porque siento mucha vergüenza en estos momentos, más de la que ninguno de ellos puede imaginarse.

Alicia me agarra por los hombros y me da un abrazo. Me consuela.

Levanto el rostro y la miro con una sonrisa triste en los labios.

—Melissa… —empieza.

—No —contesto tajante—. ¿De qué me sirve enfrentarme a él cuando sé que un juez va a autorizarlo? ¿Para qué voy a estar meses sufriendo y teniendo que aguantar esta situación cada día? Lo mejor es afrontarlo y punto.

Mi respuesta los deja a todos meditando, callados y expectantes a lo próximo que voy a alegar. No obstante, no digo nada más. Quiero zanjar este tema y voy a hacerlo ya, por eso, me levanto del sofá y empiezo a caminar hacia la cocina. Sin embargo, aún no he dado dos pasos cuando la voz de mi madre me detiene en seco.

—Tienes los informes del hospital, ¿verdad? Roberto no es una buena persona, hija. Si alegas lo que te hizo y tienes pruebas que lo respaldan…

—No, mamá. Ahí aparece reflejado que llegué a urgencias por una caída que yo sola me originé al tropezar.

Abre los ojos de par en par, porque no da crédito a lo que escucha. Adrián se pasa las manos por el rostro, agobiado y desesperado. Tan solo Alicia parece conservar la calma.

—Pero… —titubea—. Son médicos —arguye—. ¿No sospecharon nada? Eso que les dijiste era mentira.

—No, mamá. Estaba embarazada, por eso acudí de inmediato, de lo contrario no lo hubiese hecho. No vieron nada raro en mi historia, porque di el número de Adri, él llegó enseguida y…

—Pensaron que yo era el padre —termina él por mí.

La cara de mi madre me indica que está decepcionada, y mucho. Yo, por mi parte, solo siento deseos de gritarle que ella es la última persona de este planeta que está capacitada para darme consejos, ya que siempre ha estado ausente y yo me he visto obligada a aprender a vivir sola, a tomar mis propias decisiones y a avanzar en la vida como buenamente he podido. Pero la mirada de advertencia que me lanza Adrián hace que me replanté mis palabras, decida guardar silencio y no caldear más el ambiente.

—Aunque no sirva de mucho, si te niegas y se ve en la tesitura de pedir una orden judicial, ganarías tiempo, incluso puede que se arrepienta. Es muy probable que esto solo sea un arrebato por el hecho de haberse enterado ahora —me dice Ali, incorporándose y colocándose a mi lado. Pone una de sus manos sobre las mías, que están tamborileando sobre la mesa—. Míralo de ese

modo. Date una oportunidad.

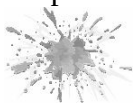
Sé que ella entiende del tema, pero yo no atiendo a razones.

—¡¿De qué me vale el tiempo?! —les pregunto a todos, desesperada. Los miro esperanzada, porque, quizá, alguno de ellos pueda darme una respuesta coherente, una que, por otro lado, yo no encuentro. Y, como ya me temía, se quedan callados, lo que me desalienta aún más—. ¿Veis? ¡Para nada! El lunes por la tarde llevaré a Hugo al laboratorio donde Roberto ha conseguido la cita y saldremos de este mal rato lo antes posible.

—¡Pero quiere la custodia! —me grita mi madre, como si yo no fuese consciente de ello.

—¡Lo sé! —le respondo, aún más fuerte, conteniendo las lágrimas que quieren salir y que yo no me permito derramar.

Enfadada, deseosa de gritar hasta que me quede sin voz y muerta del miedo de tan solo imaginar qué puede ocurrir una vez que tengamos los resultados, me doy la vuelta y me vuelvo a resguardar en mi dormitorio, dando un sonoro golpe al cerrar la puerta y, acto seguido, cerrando el pestillo para que nadie ose molestarme mientras me revuelvo en mis miserias. En estos momentos lo veo todo negro, muy negro, demasiado. Mi vida se ha convertido en un agujero negro que gira sobre sí mismo una y otra vez, una y otra vez, y que no parará de hacerlo hasta que tome la decisión correcta. Por eso y a pesar de lo que el resto opine, yo sigo pensando que solo hay una salida para este atolladero: darle a Roberto lo que pide. Luego, ya veré cómo hago para que no se lleve a mi niño de aquí. Por suerte, el trabajo en el hotel me supondrá un buen ingreso, algo que mi ex desconoce, y eso es un punto a mi favor. El único.



Después de un fin de semana de perros, llega el lunes. Un día que para mí debería ser prometedor, ya que comienzo en mi nuevo trabajo y, sin embargo, es devastador, porque me voy a ver obligada a someter a mi hijo a una prueba que, si bien es indolora para él, es vergonzosa para mí, además de que sus resultados pueden cambiar todo mi mundo.

El desplazamiento al hotel lo hago en taxi. Por desgracia, no hay transporte público que pase por aquí, ni siquiera que me deje cerca. Debería empezar a ahorrar y comprarme un coche, algo pequeño. Me vi obligada a vender el que tenía ya que necesitaba el dinero y ahora me estoy arrepintiendo, pues me va a salir un ojo de la cara el venir hasta aquí cada día.

Alessandra nos recibe en la misma entrada del edificio y nos muestra cómo es y, sobre todo, cómo será el futuro resort. Es cierto lo que decía Lázaro: es enorme. Después del *tour*, nos presenta al personal que hay allí, a su hermana —que se hará cargo de la decoración del hotel— y a unas cuantas personas más. Por último, nos lleva a una sala que se encuentra habilitada con sillas y mesas, y nos pide que nos sentemos.

—Esta será el área de descanso. Aquí podréis venir en vuestros ratos libres, que no serán muchos. No quiero a nadie pululando por el edificio y distrayendo al resto del personal. Cuando acabéis la jornada, os marcháis. Y… —nos lanza una advertencia con la mirada aún más severa si es posible— cada uno a lo suyo. No toleraré distracciones de ningún tipo. Los problemas personales y las relaciones, del tipo que sean, las quiero fuera de aquí. ¿Me habéis entendido? —Todos asentimos como borregos.

Si pensaba que la madre era un hueso duro de roer, la hija se lleva la palma.

Uno de mis compañeros, que tiene pinta de bohemio, alza la mano para hacer una cuestión al respecto… o eso imagino.

—Las preguntas, luego —le corta Alessandra—. Ahora os voy a presentar al gerente del hotel. Si sucede algo urgente y no me halláis o estoy reunida, podéis preguntarle a él lo que sea.

Vuestra supervisión no se encuentra dentro de sus funciones, eso debéis tenerlo claro. Pero si lo necesitáis en algún momento, estará encantado de ayudaros. Todas las decisiones que se tomen aquí a partir de ahora deberán contar con su beneplácito.

Mientras estoy atenta a la presentación, oigo unos pasos que se acercan a nosotros. Cuando escucho la voz del «jefe», casi me atraganto con mi propia saliva.



—¿Era necesario que viniese *él*? —me inquiere Roberto molesto, levantándose del asiento y mirando con cara de mucha, pero mucha hostilidad a Adrián.

Como es evidente, mi amigo no estaba dispuesto a dejarme pasar sola por esto. Y yo tampoco quería hacerlo, es evidente. Ni se me ha pasado por la mente decirle que no acudiese conmigo y de esperar en el coche ni hablamos.

No sé qué contestarle. Me quedo paralizada cuando me encuentro frente a él, tal y como me pasó el otro día en el restaurante, por lo que solo lo miro y sonrío con tristeza. Adri, a diferencia de mí, no se amilana delante de mi ex y, mucho menos, se calla.

—Veo que encontrarme aquí te ha sorprendido más que ver al niño por primera vez —le suelta.

Roberto aprieta la mandíbula y yo agarro más fuerte a Hugo. Lo pego a mi pecho y agradezco que no entienda nada de lo que está pasando. Aunque, por otro lado, me digo que solo tiene dos años y es más que normal que no comprenda nada de esto. Es demasiado enrevesado para cualquier mente infantil.

La tensión se palpa en el ambiente. Una pareja que hay sentada cerca de nosotros nos mira curiosa. Seguro que piensan que la paternidad de mi chiquitín es de uno de ellos y que por eso están enfrentados. Cabe destacar que Roberto nunca soportó mi amistad con Adrián y que se moría de celos si se enteraba de que quedábamos para merendar o salir un rato juntos, por eso me veía obligada a hacerlo a escondidas.

Por suerte, el careo entre los dos gallitos del corral termina pronto, ya que, en el instante en que nos ve, la enfermera que está charlando con la chica de recepción me dice que nos estaban esperando y que haga el favor de pasar a la consulta donde extraerán las muestras.

Ahora solo queda esperar.

Melissa

«Las preguntas no son nunca indiscretas. Las respuestas, a veces, sí».
—Óscar Wilde—

Cuando el despertador suena, no puedo creérmelo. ¿Ya se ha acabado mi tiempo de descanso? Estoy reventada y eso que aún no ha despuntado el sol. Ayer fue una jornada agotadora. Los nervios del primer día de trabajo, la impresión de descubrir que Dorian es mi jefe y saber que he compartido con él mucho más que unas risas o un tonteo —algo que tampoco hubiese estado bien sabiendo ahora quién es—, la ansiedad de volver a ver a Roberto y la posterior toma de muestras no fueron una buena combinación. Después de la prueba de ADN, angustiada de solo pensar en lo que se me venía encima e intentando cavilar cómo podía hacer desistir a Roberto de su interés repentino por Hugo, me vine directamente a casa. Al llegar, ni siquiera pude desahogarme con mi madre, porque estaba a punto de marcharse, ya que esa misma mañana le habían notificado que la habían escogido para trabajar en una residencia de ancianos que hay bastante cerca de casa, por lo que debía ir a dar todos sus datos y recibir el uniforme. ¡Vaya rapidez! Sí que deben estar faltos de personal. Aunque también es cierto que ella tiene muchísima experiencia en el sector y es muy amable con las personas mayores. Recuerdo que siempre me decía que ellos se lo merecían y que no debíamos olvidar que lo habían dado todo por los suyos y ahora no podían recibir menos de nuestra parte.

Aunque lo intentó, no quise hablar del tema con Adrián. No me apetece agobiarlo con mis problemas, bastante tiene ya con el restaurante y el proyecto en el que se va a embarcar con el hermano de Dorian. Y a todo eso hay que sumarle que se va de vacaciones en unos días y… ¡No quiero ser yo quien lo preocupe aún más!

Tras quedarme sola, no hice mucho, ¡para qué engañarnos! Hugo estaba cansado porque no había dormido la siesta por culpa de la dichosa prueba, así que lo distraje un poco antes del baño y, más pronto que tarde, cenamos algo rápido ¡y a la cama!

Y aquí sigo, pensando que me tengo que levantar y que no soy capaz. Doy varias vueltas más, hasta que mi sentido común despierta, no como mi cuerpo, y me dice que no me lo piense más y que me levante ya. Voy a llegar tarde y solo es mi segundo día de trabajo. Por suerte, Alessandra nos informó ayer de que a partir de hoy habilitarían un autobús para el traslado del personal al hotel, por lo que al menos no tengo que desplazarme en taxi. El contra de esto: sale a las seis de la mañana porque tiene que hacer un recorrido extenso para recoger a todos los empleados y mi zona es de las primeras por las que pasa.

Después de asearme de forma rápida y vestirme, voy a la cocina para desayunar algo. Mientras tanto, preparo la mochila para que no se me olvide nada. Antes de salir, voy a ver a mi angelito, que duerme como tal, y le doy un beso. Al igual que hago con mi madre, que descansa en el ático.



—¿Se puede? —Doy un respingo al oír su voz.

Levanto la vista del boceto que estoy haciendo sobre la temática que me ha pedido Alessandra. Por el momento, y para evitar distracciones, nos hemos instalado en un ala del

edificio que está casi terminada, de modo que podamos trabajar de forma independiente. Según he podido oír, estas habitaciones serán las dependencias del almacén, la lavandería, tintorería y demás sitios que los clientes nunca verán, pero que lo son todo para que un lugar como este funcione.

—Claro —digo, aunque en voz muy baja.

Me limpio los dedos manchados de carboncillo y tapo con una cartulina el dibujo. Alessandra ha sido muy clara al respecto: «Después de vosotros, yo debo ser la siguiente en contemplar el resultado. Nadie más». Al principio pensé que se refería a gente ajena al proyecto, pero después la escuché responder a un compañero de un modo tan tajante que con eso se refería también a los propios compañeros y a todo aquel que no fuese ella, que me dije a mí misma que me taparía los ojos para dibujar si era necesario.

Ahora mi duda es: ¿entrará el director también dentro de ese «nadie»?

Dorian accede al lugar y vuelve a correr la cortina que nos da la intimidad necesaria y, sobre todo, evita que nos distraigamos mirando qué hace el resto del personal que pulula por los pasillos. No sé por qué ha venido aquí, aunque espero que sea un asunto profesional y no personal.

—¿Cómo estás? —me pregunta, apoyándose en la pared que hay a mi derecha a muy poca distancia de mí.

«Trágame, tierra», pienso. «Es personal».

No quiero que me hable de un modo tan cercano. Su voz suena preocupada de verdad y eso me hace sentir extraña. No quiero sumarme más complicaciones, ya tengo demasiadas. Y mi radar interior me dice que Dorian ha llegado a mi vida para darme muchos quebraderos de cabeza y su interés hacia mí no hace más que acrecentar ese presentimiento. Después de la visita de Roberto, estoy empezando a no desechar tan a la ligera este tipo de corazonadas.

Apenas me doy tiempo para plantearme qué hacer y decido coger el toro por los cuernos. Si hay algo que tengo claro es que no quiero que mis compañeros empiecen a hablar a mis espaldas, que vean que el director del hotel me visita en mi lugar de trabajo y supongan cosas que no son. Porque no lo son, ¿verdad? De modo que dejo aparcada a Melissa, la mamá, es decir, esa parte de mí que ha aprendido que hay que ser cautos, prudentes y sopesar todas las opciones antes de decidir, pues esas decisiones conllevan consecuencias, y dejar que Melissa, la de antes, tome de nuevo las riendas de mi cabeza en cuanto a Dorian se refiere. Tan solo espero que esa Melissa no se deje arrastrar por él como ya lo hizo en el pasado.

—Oye, ya sé que eres el jefe y tampoco quiero ser grosera, pero no creo que…

—El otro día te dejé en tu casa después de que hubieses tenido un ataque de nervios, vivir un episodio de *shock* y un posterior desmayo, ¿tan raro te resulta que me interese por tu salud? —me corta él.

Nada, que no me deja ser educada ni borde, simplemente, no me deja.

—Mejor, gracias —le contesto, intentando sacar una sonrisa. Lo mismo si le doy lo que quiere, se marcha y asunto resuelto.

«Quizá sea verdad que solo desea comprobar que me encuentro bien».

«Es que a veces eres tan malpensada…», me reprende mi otro yo, ese que quiere que olvide todo y me deje guiar por mis ganas y mis instintos. El mismo al que no le permito opinar, porque cuando lo hace, me convence y acabo liándola… y mucho.

—Me alegro. —Asiento. Espero que ese gesto le sirva para sobreentender que aquí se acaba nuestra conversación. Me tenso al percatarme de que no es así. Por el contrario, Dorian separa el cuerpo de la pared y camina un par de pasos en mi dirección—. ¿Puedo verlo? —me cuestiona,

señalando con el mentón la cartulina roja que cubre el boceto.

¿Y qué le digo ahora a eso? ¿Puede? Es el jefe, pero tenemos órdenes de…

—Alessandra nos tiene prohibido… —Opto por decirle la verdad. Total, si le molesta mi negativa, así sabe a quién tiene que dirigirse para quejarse.

Sin embargo, no me da tiempo a terminar de explicarle el motivo, porque él inclina el rostro y lo coloca a la altura de mi hombro. La intensidad de su mirada tan cerca de la mía hace que se me trabe la lengua y me vea obligada a guardar silencio, en contra de lo que pretendía.

—Sandra y yo somos *muy* buenos amigos. Lo compartimos casi todo —me informa, colocando sus manos sobre mis hombros. No obstante, la sonrisa que se dibuja en sus labios me está dando a entender que ese «todo» es bastante amplio.

«¡Dios! ¿Acaso intenta decirme que se acuesta con ella o qué? Sería lo que me faltaba para rematar la jugada, que Alessandra se enterase de que me lo monté con su amante y ahora también mi jefe. Y que él no parece olvidarlo e insiste en repetirlo».

«Algo que si no estuvieses en esta situación no te importaría», me replica mi yo inoportuno.

Grito en mi interior por la impotencia de no poder replicarle, ya que parecería una loca manteniendo una conversación conmigo misma de este modo. Además, porque sé que tiene razón, porque también soy consciente de que Dorian se toma este tipo de libertades porque yo se lo permito y también porque se ha dado cuenta de que, en vez de pararle los pies, le sigo el juego de un modo u otro, como siempre he hecho.

Inspiro para intentar tomar control de mis pensamientos de nuevo y alejar todo lo que me sea posible a ese diablillo interno que me incita para que vuelva el rostro tan solo unos centímetros y me tope con sus labios en el proceso. ¡Total! Debo reconocer que estoy deseándolo, pero la idea de saber que es mi jefe es lo que me lo impide… creo…

Mi mente no me da tregua y no para de hacer conjeturas sobre su comentario, unas que no me tranquilizan en absoluto, pues empiezo a imaginarme qué podría pasar si todo lo que compartimos se supiese. ¿Me despedirían? No, no puedo permitirlo. Vuelvo la mirada hacia la cartulina roja y ahí la dejo anclada.

«No seas exagerada», me corrijo en un vano y desesperado intento de autoconvencerme de lo contrario. «Tal vez solo intenta ser amable».

Una de las manos de Dorian se mueve despacio sobre mi hombro, imagino que porque se ha percatado del escalofrío que me ha recorrido de arriba abajo al sentir cómo se posaba sobre mi piel. Me pongo tensa, pero no es de incomodidad. El roce de su pecho en mi espalda me hace tragar saliva y contener el respingo que me ha ocasionado en el estómago. Vuelvo a plantearme de nuevo eso que no para de rondar en mi cabeza desde que me lo crucé en la recepción del hotel el día de la entrevista: ¿qué intenta conseguir con estos acercamientos? Yo, disimular, eso lo tengo más que claro. ¿Él? No estoy tan segura, aunque tampoco soy tan tonta ni tan inexperta como para no entender sus señales.

«Pero sí para ignorarlas», me dice el diablillo que habita en mi cabeza. Hoy se está luciendo el muy cabroncete.

«¡Cállate!», le replico.

Bufo para mis adentros. Después, giro un poco el rostro, como ya me sugirió esa parte de mí hace unos instantes, y, efectivamente, me encuentro con el suyo a escasos milímetros. Pasa por mi cabeza la loca idea de probar su boca, que se encuentra entreabierta a escasos milímetros de la mía.

«¡¡NOOO!!».

Me contengo para no volverme más rápida que un rayo y apartar la mirada de él. Eso solo le

estaría dando en bandeja la respuesta que ocasiona en mí su cercanía y los pensamientos que desbordan mi mente en estos momentos.

—Quiero este empleo —le suelto de repente, lo que ocasiona que él detenga el leve movimiento que sus dedos habían comenzado por mi clavícula y que empezaban a originarme un cosquilleo demasiado placentero en mi interior.

—Y a mí me encanta que lo quieras —me susurra, acercando sus labios a mi oído, lo que hace que me recorra un estremecimiento que me recuerda a esa noche, una en la que me dejé llevar, pero que no debió suceder y por culpa de la cual todo desembocó en esta situación.

Tengo que contestarle algo, lo sé, pero no lo hago. Por el contrario, me quedo en silencio a la vez que intento poner en orden mis pensamientos. Creo que eso es lo mejor en estos momentos. La presencia de Dorian me abruma y eso es algo que me desconcierta.

¿Por qué me afecta de este modo? No logro hallar respuesta a esa pregunta.

¿Por qué me sucede esto con él y no con otro?

Soy consciente de que apenas le conozco y, sin embargo, siento una atracción inexplicable hacia su persona desde el primer momento en que lo vi.

Melissa

«El comienzo es la parte más importante de toda tarea».
—Platón—

Hace cinco años.

—¡Tía, deberíamos hacer esto más a menudo! —me dice Yanira, elevando la voz para que la oiga por encima de la música mientras no para de mover el cuerpo al ritmo de esta y de lanzar miraditas al chico que atiende la barra, el cual parece no percatarse de ello.

¿O tal vez la está ignorando deliberadamente?

Me río de su comentario. Ojalá fuese posible repetir días como el de hoy.

Mi padre ha tenido que ir esta mañana a una revisión en el hospital y no lo han encontrado muy bien, de modo que lo han dejado en observación todo el día y toda la noche. Mañana se supone que le dan el alta, así que yo he aprovechado que estaba sola en casa y he hecho eso que tantas veces he querido, pero que nunca me han dejado: salir como cualquier joven, disfrutar de la noche y bailar hasta que no pueda más. ¡Y celebrar mis dieciocho!, que hace tres meses ya que los cumplí y no he podido hacerlo. Si se enterase, le daría otro chungo como el que lo ha dejado en cama. Sí, lo sé, está muy mal de mi parte pensar en eso, aunque no se merece otra cosa, teniendo en cuenta que al perro del vecino lo trata mejor que a mí. Y a pesar de que ya no es el que era, mi madre teme sus reacciones. Él sigue sin permitirme salir y yo sin conocer el motivo por el que se comporta así. El médico lo justifica diciendo que son actos que ni siquiera mi propio padre es consciente del porqué lo hace, pero yo no me lo creo. Siempre ha sido así conmigo, no creo que tenga nada que ver con su enfermedad. De cualquier forma, si mi madre me concede algo de libertad, esto va en contra de sus deseos, por lo que luego, cuando me ve llegar o se entera de ello, se dedica a golpear y tirar todo lo que encuentra a su paso y le da igual donde haga diana. Solo tiene movilidad en un lado del cuerpo, pero no veas cómo lo usa cuando quiere.

—Y yo creo que deberías dejar de intentar ligar con el camarero. Te dobla la edad y lo sabes —le contesto, riendo.

—¡Vamos a bailar! —me suelta, dejando la copa vacía sobre la barra y tomándome de la mano para llevarme a la pista.

Este local está a reventar. Acaban de inaugurarlo hace muy poco, pero se ha puesto de moda enseguida. ¡Y no me extraña! Está genial.

Yanira tira de mí y nos vamos abriendo paso como podemos entre los cuerpos que se mueven sin parar y nos colocamos a un lado de la pista. Mi amiga mira con pena el centro de la misma, es consciente de que es prácticamente imposible que lleguemos hasta allí.

Cuando nos hacemos un hueco, empieza lo bueno. Ambas comenzamos a contonearnos al ritmo de la canción, la cual no conozco porque en casa está prohibida la música, ya que a papá le altera los nervios y se pone a gritar en cuanto la oye. Sin embargo, hoy todo me da igual. Estoy feliz y eso es lo único que me importa, así que me muevo y me dejo llevar. ¡Soy libre!

Me detengo en seco cuando recibo un golpe por detrás de alguien que choca contra mí y, acto seguido, un líquido frío, muy, muy frío me recorre la espalda. Después, una risotada que no

me sienta nada bien me termina de crispar los nervios.

—Pero… ¡¿quieres mirar por dónde vas?! —le increpo a la vez que me desplazo un par de pasos hacia mi derecha y me giro para enfrentarme a quien me ha empapado la ropa con el contenido de su copa.

Al hacerlo, me topo con unos ojos negros y un pelo aún más oscuro que le cae sobre el rostro. Es alto, mucho más que yo, de modo que de forma inconsciente me pongo de puntillas para estar algo más a su altura y que no crea que me intimida. Al colocar mi cara mucho más cerca de la suya, lo miro con detenimiento y me percato de que lleva la pupila dilatada y sus iris están rodeados de un tono rojizo, lo que me indica que va hasta las cejas de alcohol y, con toda probabilidad, de algo más. He visto demasiadas veces a mi padre borracho para distinguir los signos que presenta. De inmediato, me siento tonta por haberle dicho que mirase por donde iba, ya que este no ve a más de un palmo de sus narices.

Me quedo de frente al idiota que me ha mojado la camiseta y le sostengo la mirada, pero él solo sonríe. Luego, me guiña un ojo. Frunzo el ceño, desconcertada. Sin perder de vista su rostro, me despego un poco la tela de la piel con las manos, ya que la tengo adherida debido a que la humedad se está extendiendo por todo el tejido.

—Si te molesta, sé de un sitio en el que puedo quitártela —me dice el muy degenerado, acercando su rostro al mío e inundando el ambiente con la peste a alcohol que desprende.

—Tú no serás imbécil, ¿verdad? —le replico, enfadada.

Sin embargo, él parece ignorar mi comentario, ya que levanta la mirada por encima de mí y saluda con el brazo a alguien. ¡Oye, pues sí, sí que ve a más distancia de la que yo pensaba!

—Una pena: tan guapa y tan estrecha —me suelta antes de irse, no sin antes pasar el pulgar por mis labios.

¡¿Qué hace?! ¡Será…! ¡Será…!

Arrggg.

Me quedo de pie, estática, de piedra, alucinada, enfadada…

Y un sinfín más de sentimientos encontrados que no sé ni explicar.

Lo que sí tengo claro es que me siento tonta por no haber sabido qué responderle a eso y también notando cómo, a pesar de mis reticencias, las piernas me tiemblan y no tengo muy claro el motivo: ¿indignación o placer? Porque ambas palpitan en mi interior y eso me desconcierta demasiado. No soy de esas típicas chicas a las que le van los malotes de turno y mucho menos los idiotas redomados, y este tío cumple con ambas cosas, por lo que no logro explicar esta extraña sensación.

Me giro en busca de mi amiga para conocer el motivo por el que ha estado ausente en esta pequeña refriega que me he visto obligada a mantener con el de los ojos negros y descubro que la muy, muy… —bah, no tengo calificativos para ella en estos momentos, porque estoy demasiado enfadada— me ha dejado sola y está de nuevo en la barra tonteando con el camarero. ¡Será pesada!

Resoplando y ya sin ganas de bailar, me dirijo hacia allí. Nada más salir de la pista, escucho risas cerca de mí y una de ellas me hace tensarme porque reconozco al instante al dueño de esa carcajada: es el chico de la pista. Me vuelvo hacia el lugar de donde procede el sonido y, ¡bingo!, ahí está. El susodicho también me ve cuando lo hago y para que lo sepa, alza la copa en mi dirección, en un brindis silencioso que solo nosotros entendemos —o eso se supone— y comienza a beber de su copa sin despegar la mirada de mí. Gruño para mis adentros y me voy hacia la barra echando humo hasta por las orejas.

****

Hace tres años.

—Lo siento —le digo nada más sentarme en el sitio del copiloto.

—Tú nunca cambiarás, ¿verdad? —Adrián me mira e intenta hacer una mueca molesta, pero no le sale. Eso ocasiona que ambos nos riamos de su comentario, porque yo nunca soy puntual y él ya lo sabe. No sé para qué llega a tiempo si es plenamente consciente de que va a tener que esperar.

Después de nuestro saludo tan peculiar, Adri arranca el coche y se dirige hacia una cafetería que hay en el centro y que sabe que me encanta, porque hay todo tipo de postres veganos. Hace años que me propuse eliminar cualquier tipo de alimento que procediese de un animal y todo he de «agradecérselo» a mi querido padre, el cual, en uno de esos días en los que parecía una persona normal y un padre atento, trajo a casa un pequeño conejo muy mono, con esas orejitas grandes y caídas… Después de meses de su llegada, un día cualquiera comimos arroz con conejo, algo que no me resultó extraño, pues era un plato que mamá elaboraba al menos una vez al mes. El problema vino cuando Tambor, que así se llamaba mi mascota, no aparecía por la casa. Mi madre intentó hacerme entrar en razón y convencerme de que había salido corriendo por el jardín y no habían conseguido alcanzarlo. Me aseguró que volvería en unos días, pero jamás lo hizo. Mi mente infantil y traumatizada por la violencia que manifestaba mi padre comenzó a hacerse ideas extrañas, hasta llegar a pensar que me estaban engañando y me había comido a Tambor aquella tarde. Vomité hasta la saciedad y me juré que no volvería a probar nada que fuese animal ni que procediese de ellos. Al cabo de un tiempo, mi madre me confesó que en uno de sus ataques de furia, mi padre estrelló al animal y lo mató, y que estaba enterrado en el pequeño huerto que teníamos en el minúsculo jardín trasero. De todos modos, conocer la verdad no me hizo cambiar de opinión, porque ya me había acostumbrado a ese modo de alimentación y me gustaba mucho más que el anterior.

—Siempre te dije que tenías talento, Adri —le expongo, ganándome una amplia sonrisa de su parte. Acaba de contarme sobre el trabajo que le han ofrecido en un restaurante de lujo. Sin duda, lo merece y, además, es una oportunidad única para él.

—Lo sé —me concede, poniendo su enorme mano sobre la mía, que se ve minúscula a su lado.

—Te voy a echar mucho de menos —le confieso con tristeza, ya que me ha dicho que el puesto que le han ofrecido, aunque es fantástico, está bastante lejos de aquí. No concibo mi vida sin tener a Adrián a mi lado. Antes, cuando Ricky vivía, él era un amigo, el único que tenía, aunque me sacase casi doce años. Después, al desaparecer la figura de mi hermano, él tomó ese lugar. Se convirtió en mi protector, amigo, referente, confidente… Todo, todo lo que era Ricky. Adrián llenó el hueco que su partida dejó en mí y, aunque se empeña en asegurarme que no quiere ni puede ocupar su lugar, lo cierto es que gracias a su presencia en mi vida he podido superarlo todo mucho mejor.

—¡Qué va! Ahora que tienes un nidito de amor ni te vas a acordar de mí. —Sonrío con tristeza y agradezco su vano intento de suavizar la situación. Adrián no soporta a Roberto y Roberto no soporta a Adrián, así de simple. Sentimientos recíprocos. El primero cree que mi novio es un oportunista que se está aprovechando de mi ingenuidad, piensa que es demasiado mayor para mí y que me he precipitado en irme a vivir con él, a pesar de que sabe que necesitaba salir de casa de mis padres más que el aire para respirar. El segundo, sin embargo, no aguanta mi relación con Adrián por puros celos. No le gusta que quedemos y cuando lo hacemos, siempre me atosiga con mensajes y llamadas a cada rato. ¿Qué se cree? ¿Que me voy

a olvidar de él? Le he explicado por activa y por pasiva que Adri es como mi hermano, pero su respuesta es: «Como si, no es lo mismo que serlo. No te confundas. Es un tío y busca lo que todos».

—¡No empieces! —Él se encoge de hombros con gesto inocente.

—¿Qué quieres? No me gusta ese tío, Mel, ya te lo he dicho mil veces. —Sí, sí que lo ha hecho. Y seguirá haciéndolo, de eso estoy segura—. Para lo que sea, ¿me oyes? Lo que sea… Llámame.

—Te enviaré mensajes todos los días —le contesto socarrona. A ver si así se da cuenta de que tiene muchas paranoias en la cabeza. ¡Roberto es mi novio! ¡¿Qué piensa que puede pasar?!

—Parezco tu padre.

—De eso nada. Mi padre nunca se preocupó por mí, salvo que tardase demasiado en ir a comprarle el whisky.

Así de triste, sí…

Bueno, como no quiero ponerme melancólica y, mucho menos, molesta por la actitud de a quien se supone que le debo la vida, cambio de tema de forma radical y dejamos este aparcado, por lo que el resto de la tarde pasa entre risas y bromas. Justo cuando pedimos la cuenta y nos vamos a levantar, veo que se para junto a nuestra mesa un hombre. Me sobresalto al escuchar su voz, pero el impacto es aún mayor al verle la cara.

—Ey, Adrián. —Los dos se saludan chocando los puños—. Y esta preciosidad, ¿quién es?

¡Madre del amor hermoso!

No puede ser.

Yo recuerdo esa voz, esa cara, esos ojos…

¿Es posible que el mundo sea tan, pero que tan pequeño?

Me quedo como una idiota mirándolo, aunque lo peor es que él está haciendo lo mismo conmigo. ¿Se acordará de aquella noche en la discoteca? ¿Será consciente de que soy la misma a la que llamó estrecha? Empieza a hervirme la sangre. Si lo es, puedo mandarlo a la mierda sin contemplaciones y así quitarme la espinita que se me quedó clavada cuando eso ocurrió.

Aunque por lo que puedo deducir por el modo en el que me observa, entiendo que no, que no me recuerda. Es más, he aprendido bastante de hombres para saber que este me empieza a mirar con lujuria. Y esa lengua que se pasa por los labios mientras me come con los ojos termina de confirmármelo.

—Tú, donjuán, a esta ni te acerques. —Esas palabras y el intento de sonar amenazante, aunque su sonrisa indique lo contrario, me hace entender que el susodicho y mi amigo se conocen bastante.

La advertencia de Adrián no pasa desapercibida para el desconocido, no obstante, no parece amilanarse con facilidad, porque sigue haciéndome un repaso visual de arriba abajo. Con un impulso que me sale de lo más adentro, me acerco a él.

—Encantada. Soy Melissa —le digo.

Quiero saber si él me recuerda tan bien como yo a él. Al principio y tal como escucha mi nombre, pienso que sí, que estaba equivocada y que sí que se acuerda, ya que su rostro cambia, pero en cuestión de segundos abandona ese gesto de sorpresa y se acerca a mí.

—Dorian. Encantado de conocerte. —¡Hostias! ¿Este es Dorian? ¿El tercero del trío calavera, como les llamaba mamá? ¡La madre que…! Definitivamente, esto parece de comedia americana. Sonrío para disimular mis pensamientos.

De repente, una sonrisa torcida y traviesa asoma a sus labios y medio minuto después siento

cómo una de sus manos se desliza por mi cintura y me agarra bien fuerte. Pega su rostro al mío y me embriaga con el aroma a perfume masculino, en vez de a alcohol, como la última vez, y me planta dos buenos y sonoros besos a modo de presentación. El escalofrío que me recorre al sentir su mano sobre mi piel no es nada comparado con la flojera que le ha entrado a mis piernas al percatarse de su fragancia. No sé por qué, pero el olor a perfume en un hombre es algo que me pone muy tonta.

—Él es el responsable de que tenga que marcharme lejos, de hecho, nos vamos juntos.

Soy consciente de que Adrián me está hablando a mí, explicándome cosas de su viaje, pero yo estoy demasiado impactada para reaccionar. Tan solo lo hago cuando una frialdad molesta se deja sentir en mi cintura: Dorian ha retirado su mano.

Mientras yo me recompongo de la impresión que me ha causado su tacto, Dorian separa la silla que queda libre en la mesa y toma asiento.

El resto pasa demasiado lejos de donde me encuentro ahora mismo. Concretamente, dentro de unas pupilas negras que me miran con fijeza, que originan en mi interior un vertiginoso, placentero y confuso sentimiento.

Dorian

Sube los brazos y los coloca por encima de la cabeza, mientras que me está dando vía libre para que explore con besos húmedos todo su cuerpo, que está expuesto ante mí. Elevo la mirada y me deleito con lo que veo, a pesar de que no sea una imagen nítida, aunque desconozco el porqué. Comienzo a pasear la lengua por esa piel tan suave y me excito todavía más al sentir su sabor. Un gemido escapa de su boca y le respondo con un gruñido y un pequeño mordisco sobre uno de sus pechos. Ella arquea la espalda buscando un poco más mi contacto y…

Carraspeo y me incorporo de inmediato. Sacudo la cabeza para alejar esos pensamientos de mi mente. No sé por qué motivo, pero ese sueño es algo que se repite mucho en mi mente, hasta que, desde hace un tiempo a esta parte, se ha convertido en algo bastante asiduo. ¡Lástima que solo sea producto de mis anhelos y mis fantasías! Lo sé, porque recuerdo nuestro encuentro y no, no fue entre sábanas blancas ni tampoco desnudos y con suficiente tiempo para poder deleitarnos en el cuerpo del otro. Por el contrario, fue algo atropellado, un «aquí te pillo, aquí te mato» como se diría. El problema de esto es que lo siento tan real que a veces, incluso, llego a plantearme la absurda hipótesis de que sí vivimos ese momento. Después, recuerdo que desperté dentro del coche y solo, y lo descarto al instante.

—Dorian… —la escucho decir.

Sigo de pie, junto a ella e intentando alejar de mi mente el sonido de sus jadeos y gemidos. Parpadeo un par de veces, algo más rápido de lo habitual, y cuando me creo capacitado para enfrentarla sin volver a recrear cómo esos labios se entreabren para suspirar de placer, cómo su mirada se torna brillante o el modo en que eleva la pelvis para rozarse con…

«¡¡Miiiierrrdaaa!!».

«Así no, Dorian. Así no».

Un carraspeo, esta vez por parte de la pelirroja, me hace mirarla de frente de una vez por todas, ya que hasta ahora lo había evitado. Al hacerlo, la encuentro con una ceja alzada a modo de interrogación y en su cara tiene dibujada una expresión que no sé muy bien cómo definir. ¿Diversión? ¿Sorpresa? ¿Está enfadada?

Continúo unos segundos más perdiéndome en esos ojos azules, que a pesar de haberlos visto con asiduidad en estos días me siguen sorprendiendo, y no solo por su tonalidad, sino por todo lo que se refleja en ellos. Dicen que los ojos son el espejo del alma, y en el caso de Melissa estoy más que seguro de que eso se cumple a la perfección.

Ella se muerde el labio y en ese instante y debido a lo cachondo que me he puesto recordando ese maldito sueño que me persigue —y por lo que veo ya no solo lo hace de noche—, la imito. Es entonces cuando entiendo lo que ella intenta decirme con la mirada, una que ha descendido despacio por mi cuerpo y se ha parado en cierto lugar de mi anatomía. Cuando me percato de ello, ya que estaba tan concentrado en alejar la imagen de su cuerpo caliente de mi mente que no me había dado cuenta de otras cosas, cierro los ojos, maldiciendo una y otra vez, una y otra vez y ¡una y otra vez!

«Parezco un puto adolescente».

«Esto no me puede estar pasando. No».

Suspiro y ese gesto lleva demasiado implícito: contención, ganas, deseo, frustración, anhelo…

«Contrólate, Dorian. Contrólate».

—Oye, no pasa nada, ¿vale? —me suelta, a la vez que una risita tonta sale de sus labios.

Creo que no recuerdo haberme encontrado un momento más bochornoso en toda mi vida. Y eso que he pasado por muchos instantes que serían dignos de olvidar.

Quiero bajar la mano y recolocarme lo que está deseando salir de mis pantalones, disimularlo de algún modo, porque el director del hotel no puede salir de la estancia en la que hay una trabajadora con un empalme de cojones. Sí, me he puesto burro con ese sueño, que a veces dudo que sea producto de mi imaginación. Encima, Melissa se está partiendo de la risa frente a mí. Y yo, por primera vez desde que las hormonas hicieron acto de presencia en mi cuerpo, me siento avergonzado por no ser capaz de controlar mi cuerpo.

—Yo… —¡Joder! Ni siquiera me sale la voz y, aunque lo hiciera, tampoco sé muy bien qué puedo decirle para explicar esto, y es que… a ver, es lo que es y ninguna frase bien expresada puede cambiar el hecho de que, para Melissa, me he acercado a ella y eso me ha producido una erección de caballo.

«¡Me cago en mi estampa!».

Quiero disculparme con ella, pero no encuentro la manera a pesar de que sigo dándole vueltas al asunto, porque, claro, ¿con qué me voy a excusar?

«Con la verdad seguro no, eso lo tengo muy claro», me respondo yo solo.

Es más que obvio que no puedo mirarla a los ojos y decirle: «Me he puesto como loco, cachondo como hacía tiempo que no estaba, porque al ver tus labios tan cerca de los míos y sentir el aire que desprendían me ha hecho recordar un sueño caliente que suelo tener de forma reiterada contigo. De hecho, y para ser más exactos, creo que estoy obsesionado contigo y no entiendo el motivo, aunque me gusta… ¡mucho! ¡Ah! Y de paso, ya que estamos, me he dado cuenta de que a ti te sucede algo parecido y estás deseando repetir lo que vivimos en aquel callejón, así que cuando quieras, ya sabes, me tienes dispuesto, como acabas de comprobar».

Estoy tan concentrado recreando en mi mente una conversación que no tendrá lugar que no escucho el mínimo sonido que hace la tela que cubre la puerta de la entrada al abrirse. De lo que sí me doy cuenta es de que Melissa aparta la mirada de mí con rapidez y la desplaza un poco más allá, justo a mi espalda. Sus ojos se abren de par en par y yo sé que algo malo está a punto de suceder.

—¿Dorian? —La voz de Alessandra me hace apretar la mandíbula.

«¿De verdad?», me pregunto, poniendo los ojos en blanco.

Esto no puede estar pasando. ¿Cómo es posible tener tan mala suerte en esta vida? Sé que he sido un capullo, pero creo que lo del karma conmigo ya puede considerarse obsesión.

«No puedo creerlo. ¡¿Por qué?!».

Carraspeo y me enderezo.

Cada vez tengo más claro que alguien, llámalo Dios o destino, me está castigando por lo cabrón que he sido toda mi vida. Yergo la espalda todo lo que puedo, sin haber intentado siquiera recolocarme la polla para disimular la erección que aún tengo. Total, aunque lo intente, ella no es tan tonta como para no percatarse de mi estado, por mucho que me esforzarse en meterla a presión en estos pantalones que ya no dan para más. Esto es imposible de ocultar. ¡Salta a la vista!

«Nunca mejor dicho».

Además, ¿para qué complicarme intentando algo que soy más que consciente de que no va a funcionar? Ni siquiera el hecho de saber que Melissa acaba de descubrirme de este modo ha conseguido que se me baje ni un poco, al contrario, ver que ella no parecía espantada ha dado

aún más alas a mi imaginación.

Me conciencio mentalmente para lo que está a punto de caerme encima y, a pesar de no estar preparado para ello, me dispongo a girarme hacia Sandra.

«Mierda, mierda y mil veces más… ¡MIERDA!».

—Sandra —contesto, simulando una sonrisa que es más falsa que la de Judas.

Maldigo de nuevo. ¡Me ha salido voz de pito!, como la que tenía cuando era un adolescente que no tenía ni pelos en los huevos.

—¿Qué haces…? —comienza ella, pero se calla.

Siento cómo su mirada se ha clavado en ese punto que sobresale de mí. Gruño para mis adentros, despotrico contra mis instintos y blasfemo de todo lo habido y por haber. Lo hago mil y una vez. Y creo que no me cansaré de hacerlo. ¿Por qué el destino es tan hijo de puta conmigo?

«Pero ¿¡qué te he hecho?!», quiero gritarle. «¡¿Acaso no tienes a otro a quien joder?! » .

—Solo ha venido para preguntar… —Melissa empieza a hablar para distraer a Sandra, porque también se ha percatado del lugar en el que se encuentra la mirada de esta.

Le agradezco enormemente el hecho de que intente ayudarme, pero justo acaba de confesarme que quiere y desea este trabajo. Lo ha hecho hace tan solo unos ¿minutos? No sé ni el tiempo que ha pasado… No puedo dejar que salga perjudicada porque no sé controlar mis bajos instintos.

—Ya sé a qué ha venido —dice la morena, dando media vuelta y saliendo de nuevo por donde mismo ha entrado.

Entiendo ese gesto silencioso. No es la primera vez que lo usa conmigo. Su marcha va seguida de un «te espero en mi despacho, Dorian».

—Tranquila, esto no es tu culpa —le digo, en un amago de calmar la situación. No voy a permitir que ella pague las consecuencias de mi libido incontrolable.

—Gracias —me contesta con un hilo de voz, aunque puedo ver en sus ojos azules la desesperación, porque sabe que las represalias pueden ir en su contra, ya que yo soy el hijo del dueño y el gerente del hotel. Nadie tiene los huevos necesarios para despedirme por un motivo así, ni siquiera mi padre, ya que él fue el primero que no supo tenerla guardada en los pantalones cuando mantuvo relaciones de forma reiterada con una trabajadora del hogar: mi madre.



—¡No, no y no, Dorian! —me increpa Sandra en cuanto pongo un pie en la pequeña estancia que tiene habilitada como su lugar de trabajo.

—Sandra, déjame que te explique qué ha pasado —le digo.

Intento transmitir tranquilidad y que resulte creíble lo que voy a decirle, aunque aún ni yo sé qué voy a soltar por esta boca.

—No hay nada que explicar. ¿Acaso te crees que soy tonta? —Me quedo callado. ¡Total!, ya sé que cuando está alterada lo mejor es dejarla despotricar sola y así se le pasa enseguida—. Y no, no me hagas lo de siempre. No voy a calmarme por mucho que me dejes soltarlo todo. —¡Mierda!, me ha pillado—. Esto es inadmisible, Dorian.

—Pero… ¿por qué tanto lío? —le pregunto. Si quiere discutir, yo no tengo ganas—. Es algo natural e incontrolable.

—¡Tú eres incontrolable! —me espeta.

—Sandra, por favor, nadie tiene por qué enterarse. —He rebajado el tono de voz y, al ver que ella se queda en silencio, doy unos pasos hacia donde está. Al llegar a su altura, le pongo las manos en los hombros.

—Me pediste que la metiese en plantilla porque era la hermana de tu amigo —asiento

mientras habla—, me prometiste que no había ninguna otra intención de tu parte —vuelvo a hacer el mismo gesto—, pero acabo de encontrarte con ella en su habitación cuando deberías de estar recibiendo a tu padre en la puerta y, encima, empalmado hasta la médula.

—¡Hostias! La visita de mi padre. —Me llevo las manos a la cabeza. ¡Me había olvidado de ella!

«Mal empiezas, Dorian, muy mal».

—Le he dicho que estabas solventando un problema y que en cuanto acabases irías a la segunda planta. Te está esperando.

—Gracias. Eres la mejor —le indico, sonriendo y sintiendo cómo la enorme losa que cargaba sobre mis hombros acaba de caerse.

—No, no lo soy. Si vuelvo a verte rondando por allí, la despediré. No vas a poner en peligro nada de esto por una cara bonita. No estoy dispuesta.

—Lo sé. Lo siento.

—Más te vale, porque si no lo haces, ella pagará las consecuencias. —La miro molesto—. Muerto el perro, se acabó la rabia.

Quiero poder replicarle, pero sé que en el fondo tiene razón, aunque yo no comparta su modo de ver este asunto. Sin embargo, estoy más que seguro de que, llegado el caso, tanto mi padre como la junta de accionistas darían la razón a Sandra, por eso me muerdo la lengua hasta que me hago daño.

Apretando la mandíbula, con un enfado de tres pares de cojones y un enorme bajonazo en la libido me doy la vuelta, dispuesto a largarme de aquí con el peor sabor de boca que he tenido en mucho tiempo. Antes de cruzar el umbral, la voz de Sandra me detiene.

—No me hagas ser la villana de esta historia y tener que mostrarte quién es el perro y quién la rabia.

Dorian

Llevo dos días queriendo disculparme con Melissa por lo ocurrido el martes, porque si me pongo en su pellejo no creo que fuese muy agradable para ella comprobar el modo en que reaccionó mi cuerpo ante su cercanía y, mucho menos, lo que la posterior aparición de Sandra podía conllevar. Pero siempre que intento acercarme por su «despacho» siento la mirada de la mayor de las hermanas Belmonte en el cogote. Nunca creí que la presencia de Sandra se me hiciese tan, pero que tan molesta. Además del incordiante acecho de mi «socia», la situación estos dos días tampoco ha ayudado mucho, ya que han sido bastante caóticos en lo que ha trabajo se refiere. El martes, justo mientras yo estaba con Melissa, mi padre llegó con dos inversores y, después de la reprimenda y posterior amenaza de Sandra, me reuní con ellos y estuvimos charlando hasta la tarde, de hecho, nos fuimos juntos a comer y continuamos allí escuchando unas propuestas que parecían no acabar nunca. ¡Cómo odio trabajar mientras como! La comida debería ser sagrada, ¡joder! Al menos, eso decía mi madre. Después de eso, el miércoles y hoy jueves tampoco han sido jornadas muy diferentes a la del martes, por lo que cuando encontraba un minúsculo hueco libre para ir a ver a Melissa, la figura de Sandra aparecía como por arte de magia, fastidiando todos mis planes. Creo que desde que me descubrió allí está pululando por ese pasillo, es como un alma errante que viene dispuesta a atormentarme. Al final mi hermano Héctor, el de verdad —si es que puedo decir eso, ya que con él no comparto padre— va a tener razón y ninguno de los que me rodean son de fiar.

¡Mierda! Hablando de Héctor, se me había olvidado de que había quedado para cenar con él hoy. Ha aprovechado que mañana viernes es festivo nacional y no trabaja para venir a ver a mamá y me ha pedido que pasemos tiempo juntos. Lo cierto es que es algo que me apetece muchísimo. Hace casi un mes que no nos vemos y, aunque jamás creí que esto pasaría, lo echo de menos. ¡Y mucho! ¡¿Quién me lo iba a decir a mí?! Por suerte, y quizá sea lo único bueno de la situación, la enfermedad de mamá nos ha unido bastante. Eso, y que fue quien me apoyó de verdad mientras estuve en el centro. Al contrario que a mis otros hermanos, a los que se la pelaba pero bien, Héctor sí se preocupaba por mí y en el mismo instante en que me permitieron tener visitas, por muy escasas que estas fueran, él no faltaba un día. Miento, Beltrán también se interesó por mí y eso hizo que nuestra amistad naciese poco a poco. Por suerte, el pequeño de los Sandoval no tiene mucho en común con los otros tres, a los que lo único que les importaba era el hecho de que sus amigotes no me viesen borracho en las reuniones sociales. Por suerte, nunca es tarde y yo me he dado cuenta de que mi hermano vale su peso en oro, porque en los momentos complicados de tu vida es cuando te das cuenta de quién está realmente contigo, y yo fui consciente de que todas las peleas que ambos habíamos tenido esos últimos años solo se debían a que Héctor se preocupaba por mí y quería que recibiese ayuda para lograr ser yo mismo de nuevo. A él no le importaban los convencionalismos sociales o el qué dirán, él solo pensaba en mí, en mi vida, mi salud y rezaba para que volviese a ser el de antes, aunque con menos alcohol corriendo por mis venas.

—¿Cómo lo llevas? —oigo a mis espaldas. No reconozco la voz del muchacho, aunque presupongo que no se dirige a mí, ya que su forma de hablar conlleva bastante confianza.

—Bien, gracias.

Ahora sí que me paro en seco y dejo todos y cada uno de mis pensamientos aparcados. Esa voz… Melissa.

Quiero volverme, pero no lo hago. Me contengo. Sé que no es correcto y por ello, me estoy aguantando las ganas, que, dicho sea de paso, me están consumiendo ahora mismo. Para disimular, saco el teléfono y me pongo a hacer cómo el que está mirando algo en él. Pero… ¿qué cojones me pasa con ella?

Estamos en la entrada del hotel y hay mucho trasiego de gente debido al personal que entra y sale, ya que es horario de cambio de turno. Me digo que me quedaré pasando fotos de mi galería el tiempo que sea necesario, ya que no estoy dispuesto a perder la oportunidad que llevo esperando, y buscando, durante dos días.

Ellos se detienen también y no recaen en mi presencia. Continúan charlando, aunque yo no me entero bien de lo que dicen, porque han bajado el volumen. De modo que aguardo paciente —¡mentira!— a que acaben y su compañero de trabajo se vaya. Sin embargo, cuál es mi sorpresa al percatarme de que ambos echan a caminar cuando una tercera persona se une, y los tres marchan juntos hacia la parada del autobús.

«Idiota, Dorian. Claro, es la hora de salida».

Cediendo a mis impulsos, me doy la vuelta, ya que me había situado de espaldas para disimular, aunque lo hago de pena, y sin perder detalle de cómo ella contonea las caderas al andar, acelero el paso. Cuando estoy justo detrás, la llamo.

Melissa da un respingo al oír mi voz. Sus compañeros, en cambio, se vuelven también y me observan con horror. Seguro que están pensando que quiero echarle la bronca. ¡Si supiesen lo que de verdad quiero echarle!

—¿Podemos hablar un segundo? —le pido a la pelirroja que me tiene obsesionado bajo la atenta mirada del bohemio que la acompaña, ya que la otra chica ha desviado los ojos. Imagino que pensará que evadiéndome no se verá salpicada de lo que sea que haya hecho Melissa.

—Claro. —Asiente con la cabeza, sin apartar la mirada de mí—. ¿Sucede algo? —Por el modo en el que me escruta parece que intenta encontrar en mis ojos la respuesta que mis labios no le dan—. Luego nos vemos en el autobús, chicos.

Despido al joven con un gesto de la mano e ignoro a la otra —total, es lo que ella quiere, ¿no?—. Después, le indico a Melissa que me acompañe, señalándole una puerta que da a uno de los laterales. Ella me mira confusa, pero comienza a caminar sin decir nada más.

Cuando la cruza, se detiene y se vuelve hacia mí, a la espera de nuevas indicaciones. No voy a llevarla a mi despacho. En primer lugar, porque para hacerlo tendría que recorrer medio hotel, ya que está en la tercera planta y no quiero que nadie nos vea. Segundo, porque Sandra se ubica muy cerca de él y es más que probable que me esté espiando. Y tercero, porque no aguanto estar tanto tiempo con ella en este silencio incómodo. Por ese motivo, la guio, sin apartar mi mano de su espalda, hasta una zona que aún está en construcción. Ahí se ubicará la piscina, el bar que irá junto a ella, las dependencias de los animadores y, por supuesto, los baños. Y ese es mi objetivo. Sí, los baños, eso he dicho.

¿Por qué?

Pues porque por el momento solo es una habitación enorme, dividida en compartimientos que, aunque pueda parecer lo contrario, dan bastante intimidad, ya que nos la proporcionan los diferentes muros que posee. Hemos tenido alguna que otra complicación con la empresa que debe hacer las instalaciones, por eso sé que ahí no nos molestará nadie. Hay cosas más importantes de las que ocuparse en estos momentos.

—¿A dónde vamos? —me pregunta ella, mirando hacia todas partes.

—Tranquila. Esta parte se encuentra desierta por el momento. Las obras se sitúan en el lado contrario —le explico.

Por la expresión de su rostro, sé que Melissa no tiene suficiente con eso. Se detiene de nuevo y se vuelve hacia mí.

—¿Qué te crees que estás haciendo? No puedes traerme aquí porque está abandonado. Cualquiera podría vernos y… ¿Qué es lo que quieres, Dorian? —me increpa, alzando los brazos.

¿Qué es lo que quiero? ¿Qué pretendo?

Ya quisiera yo tener respuesta para eso. Actúo por inercia. Movido por algo que hay en mi interior y que me indica qué debo hacer, aunque yo desconozca el porqué lo hago. Y, en estos momentos, ese instinto me dice que vaya con ella a un lugar tranquilo y me disculpe. No deseo que piense nada raro de mí… o eso creo, ya que mi proceder, con toda probabilidad, le está haciendo creer que estoy pirado o algo parecido.

—Tan solo busco que hablemos —le explico, y echo un vistazo alrededor, para asegurarme de que no hay nadie por aquí.

—Pues habla —me expone, sin molestarse en hacer lo mismo que yo y cerciorarse de que no hay obreros por la zona.

—No me gustaría que Sandra me viese contigo —le confieso. Tal vez así entienda mis reticencias a estar en la zona concurrida del edificio—. Está enfadada por…

—Está bien —concede, sin dejarme terminar. Creo que ya se ha dado cuenta del motivo por el que intento alejarme todo lo posible de la parte del hotel en la que trabajamos.

Melissa echa a caminar y le indico de nuevo hacia donde debemos ir. Ella asiente y se encamina hacia el pequeño habitáculo. Cuando ya está en el interior y al resguardo de cualquier mirada indiscreta, si es que hay alguna por aquí, se vuelve hacia mí y se cruza de brazos. No me gusta esa pose.

—Habla —prácticamente, me ordena.

—Verás, yo…

Siento que se me atragantan las palabras. Quiero decirlas, pero no me salen.

—No te andes con rodeos —me suelta—. ¿Qué quieres?

Su mirada azul me está taladrando y, por primera vez en mi vida, siento cómo el estómago me da un vuelco. Y no, no son ganas de vomitar. Esto es algo más intenso y, sin duda, también mucho más satisfactorio. Es una sensación desconocida, que me asusta, pero que a la vez me gusta tanto que no quiero que desaparezca.

—¿Vas a seguir mirándome o vas a hablar de una vez? —Vuelvo al presente, aunque sin dejar de recrearme en su cristalina mirada—. Voy a perder el bus, Dorian.

«Tiene razón. A ver si espabilo de una puta vez, parezco un condenado niñato».

Pero es que no sé qué soltar por mi boca, porque… Si de verdad le digo lo que quiero, es probable que salga corriendo de aquí y me denuncie por acoso. Algo que no sé por qué no lo ha hecho aún, ya que motivos le he dado. Con solo decir que voy detrás de ella casi babeando, entro en su lugar de trabajo, le susurro al oído, la acaricio… y me tienen que obligar a salir de allí con un empalme que no me deja ni andar… ¡Vaya si me busco un lío y de los gordos!

«¡Soy un puto salido! » , me digo.

—Espero no haberte molestado con mi actitud y…

¡Joder! ¡Qué mal se me dan las palabras!

—Para nada —me asegura, con una sonrisa. Al menos, eso me deja más tranquilo. No piensa que la estoy acosando, porque no, no es eso lo que hago… o lo que quiero hacer, aunque lo parezca. Tan solo deseo pasar tiempo con ella, aun a sabiendas de que Sandra no me lo permitirá nunca, al menos, mientras ella esté trabajando aquí. Sin embargo, no puedo hacer que pierda el empleo por mis ganas de…

Me llevo la mano a la frente y me la froto con frustración.

¿Desde cuándo he cambiado tanto? Hace una semana no me importaba que despidiesen a Paula, la recepcionista del hotel, con tal de que acabase retozando conmigo… y ahora… Ahora me doy cuenta de que no me lo perdonaría jamás si Melissa pagase las consecuencias de mi cabezonería.

—Oye, Dorian, si es por lo del martes… —Me quito la mano del rostro y la encaro. Eso tendría que decirlo yo, no ella—. De verdad, no pasa nada. Son cosas que ocurren. Ya está. No te sientas mal.

—No lo hago —le aseguro. Sinceridad, ante todo.

Ahora es Melissa quien se sorprende. Me mira y frunce el ceño.

—¿Entonces?

—No me siento mal por excitarme mirándote. Me pones y mucho, Sirenita —le digo, tocando su pelo naranja.

A la mierda mi intención de ignorar mis deseos más bajos.

«Bravo, Dorian. Eres de lo que no hay», me autorreprendo.

Ella sonríe con timidez, pero eso no le hace bajar la mirada, lo que me gusta aún más. Creo que me empiezo a poner tonto de nuevo.

«Joder, a ver si aprendo a no empalmarme a la mínima de cambio».

Sí, es un buen propósito, pero bastante difícil de conseguir. Al menos, si sigo mirando esos ojos azules que, aunque inquietos, continúan observándome, o esa boca sonrosada, que se haya entreabierta y me recuerda el modo en que la usaba en ese sueño que…

Bufo… con fuerza.

Resoplo.

Tengo que sacarme esa imagen de mi cabeza.

—Necesito este trabajo, Dorian —me dice.

Eso ya lo sé, no es nuevo. No quiero fastidiar sus planes de futuro. Me sorprende descubrir que el tono en el que me lo dice me indica que no solo es una súplica para que me aleje, sino que destila una lucha interna. Imagino que este empleo es importante para ella, es una gran oportunidad, además de que le puede abrir muchas puertas. Pero la idea de que ella se debata entre mantenerse alejada de mí o no es algo que me enciende demasiado y que no estoy dispuesto a dejar pasar.

«Tiene un hijo», me digo a mí mismo para intentar concienciarme de que no puedo trastocar su vida por un calentón.

No obstante… hace rato que dejé de pensar con la cabeza… con la de arriba, quiero decir.

Acorto la poca distancia que nos separa, tomo sus codos y la ayudo a que deshaga el cruce de brazos que parece usar como protección ante mí. Melissa no se opone, al contrario, me deja que me acerque. Al hacerlo, un olor dulce, como a coco, me embriaga y eso me hace sucumbir un poco más a mis instintos. Pego mi rostro a su oreja y siento cómo se estremece al oírme decir su nombre en voz baja, susurrándole al oído.

—A escondidas —le propongo después, al ver que guarda silencio.

Ella entiende de inmediato a qué me estoy refiriendo. Lo sé. Me lo está diciendo la tensión que acaba de instaurarse en su cuerpo, el sonido que hace al tragar, la respiración entrecortada que siento justo sobre mi piel y estoy seguro de que también me lo dirían sus ojos si me despegase de ella y la mirase frente a frente, pero me gusta esta sensación de tenerla cerca, a escasos centímetros de mi cuerpo.

Me quedo expectante, esperando su respuesta.

Pero no llega.

¡No llega!

Me despego muy despacio de su cuello y me alejo lo justo y necesario para poder mirarla a los ojos.

Melissa me observa muy seria y no sé cómo tomarme eso: ¿es bueno o malo?

Parece estar sopesando las opciones que tiene o eso necesito creer.

—Dorian, yo…

—Solo dime que no quieres lo mismo, que no te interesa y… y… —me cuesta pronunciar esto más de lo que creía— y no volveré a acercarme a ti. Te lo juro. Así me cueste la vida lograrlo.

«Y me cause agujetas en la mano», añado para mis adentros.

Melissa

«No me tientes, que si nos tentamos, no nos podremos olvidar».
—Mario Bendetti—

Me quedo callada. No sé qué responderle.

«No puedo perder el empleo. No puedo… NO puedo… NO PUEDO…».

Eso es lo único que cruza mi mente, pese a que también tengo una vocecita lejana que me dice que lo haga, que acceda, que Dorian tampoco está interesado en que esto llegue a oídos de cualquiera, porque según me ha contado siempre Adrián, su padre es muy estricto en cuanto a apariencia se refiere y él está en pleno proceso de encajar en su nueva familia, una que ya no es tan nueva, pero que no termina de aceptarlo. Al menos, eso fue lo último que supe, pues hace más de un año que Adri no habla de su amigo.

Pensamientos van y vienen a mi cabeza, y se van volviendo más incoherentes por momentos. Ahora pienso que sí, ahora que no; ahora en la familia de Dorian, ahora en mi trabajo; ahora… Ahora…

¡Ah!

Siento un cosquilleo allí donde el aliento de Dorian ha rozado mi piel y, a pesar de que ya se ha separado algo de mi cuerpo, continúo notando el calor que mana del suyo.

Quiero apartar los ojos de sus labios, porque en mi propósito por desviar la mirada de la de él la he anclado en su boca, aun sin ser consciente de ello. Tengo que dejar de mirarle esos labios gruesos y carnosos que me están llamando a gritos desesperados. Sin embargo, no me encuentro capaz de hacerlo. Mi parte racional me sugiere, y no de forma delicada, que ignore lo que me está pidiendo, que salga corriendo de aquí y que no vuelva a quedarme a solas con él nunca más. Pero… —porque siempre hay un pero— la aparte más alocada, esa que intento reprimir porque nunca me ha ido bien cuando le he hecho caso, me grita a pleno pulmón que me lance a por esa boca y disfrute de todo lo que sé que puede ofrecerme.

—Melissa… —vuelve a decir él. Supongo que no sabe cómo interpretar mi mutismo, aunque, ¡claro!, tampoco sé hacerlo yo y eso que es cosa mía.

Alzo los ojos de nuevo y lo que encuentro en los suyos hace que mi estómago dé un vuelco: intriga, dudas y… placer… Sí, placer. Exactamente lo mismo que tengo yo instaurado en mi vientre y algo más abajo desde que le oí pronunciar mi nombre con esa voz ronca, melosa y demasiado seductora.

Se me eriza el vello de la nuca al percibirlo tan cerca y ese estremecimiento consigue que mi mente se quede en blanco de repente.

«Nada de pensar, solo actuar», me aconseja esa voz que está deseando lanzarse contra su boca.

—Tengo dudas —expreso por fin, obviando mi anterior pensamiento.

«Mentirosa», me increpa mi yo calenturiento, porque ¿para qué negarlo?, este hombre me pone a mil y por mucho que intente convencerme de lo contrario y por más que quiera reprimir mis ganas e intente ignorarlas, al final, si hay algo que he aprendido de mis encuentros con Dorian, es que el deseo termina tomando las riendas y yo acabo cediendo a él.

Me parece que se ha dado cuenta de que de lo que de verdad dudo es de lo que acabo de decir, ya que le veo ir disipando el gesto intranquilo que portaba desde hace rato y va dibujando

una sonrisa traviesa en sus labios. Una que, como ya he dicho antes, es la misma que me hizo caer en la tentación la primera vez. Y la misma que me hará sucumbir ahora. Lo sé. Estoy segura.

Suspiro al ver su gesto y ese sonido hace que su expresión cambie a una de autosuficiencia y eso es algo que me molesta. De hecho, me planteo borrarle esa curva de la boca de un tortazo. No me gusta que se piense que es irresistible, tanto así, que me acaba de bajar la libido de golpe y porrazo.

Creo que Dorian lee en mi mirada el cambio que ha originado en mí su actitud predispuesta y arrogante, porque, sin que me lo espere, levanta las manos y, con un movimiento rápido, toma las mías, me las pone sobre la cabeza y aprisiona mi cuerpo entre el suyo y la pared, con la cual me he topado al verme «obligada» a caminar un par de pasos hacia atrás.

Su boca es demandante desde el primer instante que se posa sobre la mía y yo dejo que lo sea. Entrelazo de forma involuntaria nuestros dedos y me dejo llevar por el movimiento sensual que ejecuta su lengua al penetrar en mi boca. Apenas he podido sentirla, cuando noto que se retira de nuevo.

Suspiro.

Y él me mira.

Me he rendido.

Y él también lo sabe.

Estoy segura.

Vuelve a acortar la mínima distancia que nos separa y con un roce demasiado suave, vuelve a ponerme la miel dulce de sus labios sobre los míos. Aún mantiene su boca pegada a la mía cuando le oigo susurrar:

—¿Puedo ayudar a despejar esas dudas?

El tono ronco y *sexy* con el que pronuncia esas palabras, seguidas de un suave pero placentero mordisco de mi labio inferior, hace que se me escape otro suspiro, aunque este es de deseo. Casi gruño de frustración cuando noto que se aleja un poco de ella, porque quiero más y ya he decidido que no voy a engañarme al respecto. Y no lo hago, porque he visto la sonrisa dibujada en sus ojos y he leído sus intenciones reflejadas en ellos.

Debería responderle. Lo sé. Pero… no me creo capaz de hablar sin delatar el estado de excitación que tengo en estos momentos. Aun así, me sorprende darme cuenta de que mi mente me sigue incitando a que lo detenga y no continúe con esto; sin embargo, hace tiempo que el deseo la mandó a callar y la encerró en un lugar apartado desde el que, aunque grita, yo la oigo como si fuese un leve murmullo, uno que, por suerte o por desgracia, me es muy fácil ignorar.

Asiento como acto reflejo, regalándole la respuesta que él estaba esperando. Al hacerlo, Dorian afloja el agarre de nuestros dedos, que todavía están entrelazados. Desliza una de sus manos despacio por todo mi brazo hasta que termina en mi cuello y yo percibo el cosquilleo que origina allá por donde pasa. La otra baja también de forma muy lenta, pero avanza algo más y se detiene en el escote de mi camiseta. Respiro profundo y eso hace que hinche el pecho, provocando que me roce aún más con él. Siento el aliento de Dorian sobre mi cuello, pues he cerrado los ojos de forma inconsciente en el mismo instante en que sabía lo que iba a suceder. Dicen que de ese modo las sensaciones son más intensas. Desconozco si es cierto o no, pero las que yo he experimentado hasta ahora me han dejado las piernas temblando y quiero seguir sintiéndolo así. El calor de su boca sobre mi piel y la humedad que su lengua comienza a dejar a su paso por mi cuello consiguen que termine de encenderme y, definitivamente, sea totalmente consciente de que sí, he cedido. Ya no hay marcha atrás.

«Sí. Lo he hecho. He cedido».

Hace tiempo que lo hice.

—A escondidas —murmuro, después de soltar un jadeo que ya le estaba respondiendo por sí solo a su proposición.

—A escondidas —sentencia él, depositando besos sensuales a la vez que va bajando hasta donde comienza la tela de la camiseta que uso como uniforme.

Desplaza las manos del lugar donde estaban y de donde no las ha movido ni un ápice desde que las colocó ahí, y las pone debajo de mi trasero. Con un leve empujón, me indica lo que quiere de mí. Y yo lo hago. Con un minúsculo salto, me encaramo sobre su cintura y lo rodeo con mis piernas, mientras que permanezco con la espalda apoyada en la pared de ladrillos que tengo justo detrás.

Lanza un gruñido cuando me coloco sobre su miembro, que está duro y preparado. Yo gimo al sentirlo y muevo un poco la pelvis, rozándonos y encendiéndonos más todavía.

Esto se nos está yendo de las manos, lo sé, pero, aunque algo me dice que deberíamos parar, posponer este encuentro para más tarde e ir a un lugar en el que no haya riesgo de ser descubiertos, no sé si tengo las fuerzas necesarias para hacerlo.

—Dorian —suelto, en un vano intento de advertirle eso, que deberíamos contenernos por el hecho de que alguien pueda vernos.

Estoy segura de que mi voz no ha sonado del modo en que debería. Más bien creo que su nombre ha salido de mis labios como una súplica para que satisfaga nuestros deseos que como una orden para que se detenga.

Él levanta el rostro, que seguía haciendo de las suyas mientras se paseaba por mi escote y metía las manos por dentro de la camiseta, y me mira con atención. Sus ojos son totalmente negros, más de lo que suelen serlo. El placer los pinta de oscuro. Y el percatarme de ello, solo consigue hacerme enloquecer aún más.

Posa los labios sobre mi boca de un modo casi salvaje y yo cedo ante su exigencia, olvido todo lo que me preocupa y me dejo llevar por las sensaciones que su lengua está produciendo en mí.

No soy muy consciente de nada, solo actúo, me dejo arrastrar por las emociones que están arrasando con mi cordura. Suspiro, gimo, jadeo y oigo cómo él imita mis sonidos, aunque los suyos son más guturales y hacen estragos en mi entrepierna, que palpita deseosa de sentirlo aún más cerca, aún más adentro. Un poco de frío me hace estremecer cuando la tela que cubría mi piel sale despedida y me deja expuesta ante él con tan solo el sujetador como barrera. Medio segundo es lo que tardo en recomponerme de la impresión y volver a consumirme en las llamas, justo el tiempo que tarda Dorian en atrapar por encima de la tela mis pechos entre sus manos y con un suave movimiento, bajar la barrera que le impide tomarlos en su boca, algo en lo que se deleita cuando los siente libres y a su merced.

—Sí, la idea me parece adecuada, pero tenemos que conseguir que se reanuden las obras de esta zona.

La voz de Alessandra suena cerca, demasiado.

Doy un respingo al oírla.

Ambos nos detenemos en seco y el momento pasión se esfuma de golpe.

Asustada, miro a Dorian, que tiene la sorpresa, y algo más que no puedo descifrar, despuntando en su mirada. Abro los ojos, aún más aterrada, pues acabo de ser consciente de que puede que mi jefa esté a punto de entrar aquí, en este lugar donde se suponía que no debía de haber nadie, y nos descubra a ambos de este modo.

Dorian desenrosca mis piernas de su cadera y me ayuda a bajar despacio. Después, sale al

cuarto principal y lo veo asomarse por lo que se supone que será la puerta común de los aseos en un futuro no muy lejano.

Mientras me recompongo, me acoplo el sujetador en su lugar y me planto de nuevo la camiseta, pienso en cómo voy a salir de este lío en el que acabo de meterme, porque sí, ya estoy dentro y no hay vuelta atrás. Recojo la chaqueta de Dorian, que está tirada en el suelo. Frunzo el ceño al darme cuenta de que ni siquiera recuerdo habérsela quitado, ya que mi estado de excitación era tal que mi cuerpo actuaba por sí solo, sin nada que le dictase qué hacer, decir o cómo comportarse.

Mi acompañante, y parece ser que «amante», después de lo que hemos compartido, entra de nuevo. Se acerca de inmediato hasta donde estoy esperando. Me preocupa la expresión que trae. Su rostro ha cambiado, aunque me percato de que al encontrarse de nuevo con mi mirada ante él, vuelve a ser el mismo de antes. Me sonríe y, casi sin que lo espere, me acaricia la mejilla de un modo muy suave, originando de nuevo una corriente eléctrica que me corta la respiración, y toma su chaqueta de entre mis manos.

Juro que si en estos momentos no estuviese tan preocupada por el hecho de perder mi empleo si nos pillan, me volvería a lanzar a sus labios sin dudarlo.

—¿Es Alessandra? —cuestiono para romper el silencio, pues ya sé quién es. Conozco su voz. No necesito confirmación.

—Así es —afirma—. Está con su hermana. Por lo que creo y he oído, están tratando el tema de la decoración exterior.

Asiento con la cabeza, porque…

—Estoy despedida —sentencio.

Dorian suprime toda la distancia que hay entre nosotros, que no es mucha, y sin que pueda prever lo que está a punto de hacer, me da un beso: corto, casto, pero igual de arrollador para mis sentidos que los anteriores.

—Voy con ellas. Las alejaré de aquí.

—¿Cómo? —indago, cada vez más confusa y preocupada.

—Soy el director. Puedo estar donde se me antoje —me contesta muy seguro de sí mismo. No sé qué responderle, de modo que me quedo callada—. En cuanto estemos lo suficientemente lejos, sal de aquí y vete a casa. Luego hablamos —me dice, a la par que se pone la chaqueta, se recoloca la corbata y lo que aún despunta un poco en sus pantalones, aunque apenas es visible si no eres conocedor de lo que acaba de pasar aquí.

Antes de irse, se gira y me da otro beso, y este no es tan casto como el anterior.

Después de eso, sale y me deja allí, sintiendo que aún me tiemblan las piernas. No tengo claro de si lo hacen por el calentón que tengo, las ganas no saciadas, la intensidad de todo lo que hemos vivido o, simplemente, es por el miedo que me ocasiona saber que Alessandra casi nos descubre. Ignorando el motivo y conteniendo las ganas de salir corriendo para que nadie me vea, me acerco al borde de la puerta y espero.

Escucho a Dorian llamar a las hermanas mientras disimula que está hablando por teléfono apoyado en la parte trasera de la pequeña estructura donde estábamos nosotros. Parece que ninguna de las hermanas sospecha nada de la imprevista entrada en escena del director del hotel, porque, apenas unos minutos después del encuentro, las voces de los tres se alejan del lugar donde permanezco oculta, esperando para salir a hurtadillas y que nadie se entere jamás de lo que ha estado a punto de ocurrir aquí dentro.

Melissa

«Hay que tener el valor para decir la verdad, sobre todo, cuando se habla de la verdad».
—Platón—

El trayecto en el autobús del trabajo ha sido eterno e intenso. Para empezar, casi lo pierdo. He llegado cuando ya había arrancado y comenzaba a moverse, menos mal que Íñigo, uno de mis compañeros (podría decirse que «el compañero»), me ha visto llegar corriendo y le ha pedido al conductor que me esperase. Lo único que me hubiese faltado para rematar el día era tener que pedir un taxi… o peor, que Dorian se diese cuenta de que no había llegado a tiempo al bus y me hubiese llevado a casa. Creo que ese cochazo que tiene debe ser bastante *cómodo* para determinados quehaceres que tenemos pendientes, porque estoy muy, muy segura de que no hubiésemos aguantado otro asalto sin finalizar y, mucho menos, en un espacio de tiempo tan escaso como el que ha transcurrido. Después, una vez que ya estaba dentro, tanto Íñigo como Mariló, porque siempre van juntos, son algo así como Pili y Mili, me han acribillado a preguntas. Los dos estaban bastante preocupados por el hecho de que el director me hubiese retenido tanto tiempo.

¿Qué les digo?

La verdad seguro que no, eso sí que lo tengo clarísimo.

Al final, he optado por decir una a medias, es decir, que Dorian y yo hemos tratado un tema confidencial, porque, como ellos ya saben, en este trabajo todo se hace «a escondidas».

A escondidas…

A escondidas…

¡Madre mía! Son solo dos palabras, pero que conllevan un gran significado. En este momento, para mí lo son todo.

Una vez que me bajo del transporte, me siento algo más segura. Al menos, ya no me bombearán con insistentes cuestiones, porque, aunque les dije que era *top secret*, Mariló no fue tan fácil de contentar como Íñigo, que es bastante más discreto.

Justo antes de cruzar el umbral, escucho cómo alguien me llama. Una vocecita aguda que apenas se oye sobre el ruido de los coches que pasan por mi lado. Luego, una mucho más grave le sigue. Me giro y me encuentro de frente con Adrián y Alicia. Hugo viene en hombros de su padrino y Ali empuja el carrito. No sé por qué no se deciden a tener niños, les sienta de maravilla.

Espero paciente hasta que llegan junto a mí, intentando que mi sonrisa no parezca nerviosa por lo que me espera.

—¡Mami! —me grita Hugo de esa forma tan graciosa que tiene de hablar.

Le extiendo los brazos cuando llega y se lanza a ellos sin pensárselo dos veces.

—Eh, eh, campeón —le reprende Adri, cuando nota la patada que Hugo le ha dado sin querer al lanzarse contra mí.

El niño se ríe y, ya en mis brazos, estira los suyos hacia mi amigo. Él vuelve a tomarlo y Hugo le da un beso en la mejilla.

—¿*Ashi*…? —cuestiona, ofreciéndole una sonrisa muy amplia.

—Sí, así mejor —le contesta Adrián, volviendo a ponerlo en mis brazos.

Mientras lo saludo, escucho a Ali reír.

—Ponte un babero, Romeo —le indica, imitando el gesto de limpiarle la barbilla a su novio.

Después, ambos se ponen más serios.

No necesito más explicaciones, ya sé el motivo. Esta mañana me llamaron de la clínica donde Roberto y Hugo se realizaron las pruebas. Ya estaban los resultados. Me comentaron que o bien podía pasar por allí para que me los diesen o bien me los enviaban a casa. Aquí no iba a haber nadie para recogerlos, porque mamá está trabajando, así que llamé a Alicia y le pedí que, previa autorización, se pasase a recogerlos, al fin y al cabo, está bastante cerca de su trabajo. Como es evidente, aceptó.

—¿Los tenéis? —Adrián asiente y Alicia me muestra un sobre que saca de su bolso—. Gracias —les digo—. No sé qué haría sin vosotros.

Y esa es la verdad más grande que puede existir en estos momentos.



Sí, lo sé, estoy intentando alargar el momento. Pero es que tengo tanto miedo que me siento incapaz de abrir ese maldito sobre, por eso no hago otra cosa que buscar excusas para demorarlo, Primero, me he dado una ducha y, después, la merienda a Hugo. Adrián se ha dado cuenta, lo sé, porque es la tercera vez que lo veo mirarme de reojo. Sé que mi actitud no sirve de nada, porque el resultado está ahí y es claro como el agua. Da igual si lo abro o no, Roberto ya tiene lo que quería y, por supuesto, él ya habrá abierto los resultados.

—Mel —me llama Alicia, sobresaltándome. Estoy en la cocina mientras que el peque está jugando con su padrino en el salón.

—¿Sí?

—Si prefieres hacerlo a solas…

—No, no… Es solo que… —Tengo que exteriorizar lo que siento, pero no me veo capaz.

No sé cómo voy a salir de la situación.

Alicia me mira con interés. Imagino que mi cara de compungida no debe ayudar mucho a descifrar los mil y un pensamientos que pasan por mi cabeza.

—Alargaremos el proceso todo lo que se pueda, de ese modo Roberto…

—No te preocupes, Ali. Gracias —la corto—. Sabía que este día llegaría —le confieso.

Y es verdad. Sabía que llegaría, pero no por eso estaba preparada para ello.

Me seco bien, demasiado creo yo, las manos antes de salir de la estancia y encaminarme a la sala. Debo enfrentarme a la realidad me guste o no. Y el primer paso es abrir ese sobre a sabiendas de que su resultado pondrá mi vida patas arriba.



—¿Melissa? —Adrián intenta atraer mi atención por tercera vez, pero yo sigo con la mirada clavada en el papel que tengo frente a mis ojos.

Alicia permanece en silencio, a la espera. Y yo, yo sigo buscando una explicación lógica para todo esto. Que la hay, claro que la hay, solo que a mí no me lo parece en estos momentos.

Ya le vale al que está moviendo los hilos de mi vida.

«Para ya, por favor», le pido interiormente.

«Era mínima… Casi nula… No puede ser…».

Trago saliva e intento armarme de valor para explicar esto. Aunque lo que más me preocupa no es tener que enfrentarme aquí y ahora al resultado. El futuro me angustia mucho más.

Elevo los ojos para encontrarme con la mirada inquisitiva de Adrián. Puedo leer en sus ojos que está intranquilo, inquieto, ansioso… Sin embargo, está aguardando a que yo le explique el porqué de mi estado de estupefacción. No sé si podré hacerlo, esa es la verdad.

—Adrián, yo… —tartamudeo.

Justo en ese instante, el timbre de la puerta me interrumpe. No sé si agradecer al universo, al karma o a la suerte el hecho de que me haya dado un poco más de tiempo para pensar cómo explicar esto. Con un encogimiento de hombros como única excusa, me dirijo a la entrada para abrir y al hacerlo, ya sé que ha sido el karma quien me ha procurado este pequeño lapso de tranquilidad, porque era tan solo un engaño.

El karma no me quiere, al contrario, se ríe de mí cada vez que puede. Y esta es una de esas ocasiones.

Me quedo petrificada en el umbral cuando me veo de frente a Roberto. Su cara transmite decepción y no es para menos. Si bien es verdad que ahora puedo respirar algo más tranquila, o eso creo, él estará sintiendo deseos de matarme, cuanto menos.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? —le pregunto, frunciendo el ceño e intentando recuperarme de la impresión de verlo frente a mí de nuevo. Al menos, no me he paralizado como me pasó en el restaurante, algo es algo. Estoy segura que saber que, tanto Adrián como Alicia, están dentro me da algo de fuerzas para plantarle cara a Roberto, si es que podemos llamar así a lo que estoy haciendo—. Esta es mi casa y…

—Escuché la dirección cuando le diste los datos a la enfermera y… he esperado a que alguien entrase. Sabía que si llamaba, no abrirías —me explica, algo que me deja asombrada, porque Roberto no es de los que se excusan nunca.

—No me refería a eso. —Y creo que él lo sabe, pero por un motivo que desconozco no termina de estallar.

—Solo quería que me dijeses a la cara por qué y quién… —No puede seguir, ya que, en ese instante, Adrián se asoma para ver qué ocurre.

—¿Qué haces tú aquí? —le increpa de malos modos, repitiendo la misma pregunta que yo le he planteado hace apenas un minuto.

—Adri… —le digo, intentando que no monte el espectáculo, aunque lo más probable es que ni me haya escuchado.

—¡Qué idiota he sido! —suelta Roberto, y por una milésima de segundo no entiendo su comentario.

—¿Qué…? —Pero me callo al ver cómo mi ex dirige la mirada de Adrián a mí de forma reiterada.

—Ya veo que no lo ocultáis. Debería darte vergüenza mirarme a la cara después de lo que hiciste. —Las palabras de Roberto llegan en el momento menos apropiado, porque, claro, él no lo sabe, pero yo aún no le he contado a mi amigo cuál ha sido el resultado de la prueba.

—Por favor… —pido.

«Así no…», imploro a ese karma que nunca me ayuda y que apenas confío en que vaya a hacerlo ahora.

Adrián da un paso adelante, dispuesto a que Roberto se calle, sea como sea. Estos dos nunca se han llevado bien, ¡jamás! Y eso no va a mejorar, y mucho menos ahora. Se masca la tragedia, se siente en el ambiente… y yo no sé qué hacer para evitarla.

—Adri, por favor —le ruego, poniéndole la mano en el brazo. Espero que entienda que lo único que quiero es que no se entrometa, porque si lo hace, esto no va a acabar bien, y tampoco deseo que se entere de este modo.

«Ay, Dios. Le va a dar un síncope», me digo al imaginarme la escena.

«Eso te pasa por mentirosa», me reprendo a mí misma.

Si es que… Mi madre siempre lo decía: se pilla antes a un mentiroso que a un cojo. Y es bastante obvio que coja, por ahora, no soy. Mentirosa… mejor ni hablamos.

«Las mentiras tienen las patas muy cortas, Melissa».

Demasiado cortas, diría yo.

—¡Qué bonito! —exclama Roberto, sarcástico.

—¿Por qué estás aquí? —le inquiero de nuevo, interrumpiendo así lo que puede pasar con su mordaz comentario.

Lo único que intento es que se vaya, ya que, por lo visto, hasta que no exponga de una vez el motivo de su visita no se va a largar, así que lo mejor es que lo diga ya y ¡hasta otra! ¡Mentira! ¡Otra no! Espero no tener que verlo más, esa es la verdad. Quizá, la única que sobrevuela nuestras cabezas en estos momentos.

—Solo quería despedirme de ti.

«¿En serio?».

Adrián bufa y eso enciende a Roberto.

—Dile a este tío que tenga la decencia de largarse de aquí —me pide mi ex, apretando las mandíbulas y señalando a Adrián con el dedo índice.

—¿Para que puedas tirarla por las escaleras de nuevo? —contraataca mi amigo.

Me froto la frente desesperada. Esto no va a acabar bien…

—Eso está fuera de contexto —se defiende Roberto.

—No lo niegas —afirma el otro.

Vaya pelea de gallos. Yo intento atraer su atención, la de ambos, la de uno de ellos al menos, pero ninguno parece prestármela. De hecho, me siento ignorada. Creo que acabo de pasar a un segundo plano. Echo una ojeada hacia el pasillo y veo a Alicia con el niño en brazos, observando desde la puerta del salón. Por suerte, ella no se acerca. Mejor, no quiero a Hugo en medio de este altercado.

—Ya basta —les pido a los dos.

Mi voz no suena fuerte ni contundente, sin embargo, Adri guarda silencio y Roberto lo imita. Ambos me miran.

—Gracias —susurro al comprobar que me hacen caso.

Mi ex me observa muy serio, mientras que Adrián retrocede un par de pasos y vuelve a ponerse a mi lado, ya que con el enfrentamiento que habían comenzado, se había colocado entre Roberto y yo. Cuando se para junto a mí, Adri me pasa una mano por la espalda en señal de apoyo. Ese gesto no pasa desapercibido para Roberto. Tanto su expresión como sus palabras me lo demuestran.

—Ojalá seáis muy felices los tres —me suelta, consiguiendo que Adrián frunza el ceño al oírlo.

Roberto se da la vuelta y se marcha. Estoy más que segura de que esta no era su intención cuando decidió venir aquí, pero ya me da igual. Se ha ido y parece ser que para siempre. Algo obvio, teniendo en cuenta que su única baza para jugar se ha truncado.

—¿Qué ha querido…? —empieza Adrián en el instante en que cierro la puerta.

Me quedo de espaldas a todos, con las manos apoyadas sobre la madera, las piernas temblando, el corazón latiendo a mil por hora y la cabeza como un hervidero a punto de estallar.

—Melissa —interrumpe Alicia.

Me giro despacio y la veo caminando. Cuando llega junto a nosotros, extiende ante mí la hoja

que me he dejado sobre la mesa de la sala cuando he venido a abrir la puerta.

—No es lo que estás pensando —le digo de inmediato. Puedo ver lo que ronda por su cabeza y la desconfianza en sus ojos.

—¿Qué ocurre? —cuestiona Adrián, dando un paso hacia su novia.

—Melissa —vuelve a reclamarme Alicia.

Le mantengo la mirada, incapaz de hacer otra cosa.

Guardo silencio.

Mientras tanto, Adrián toma el papel que sostiene Alicia y lo lee.

—¿Qué cojones es esto? —pregunta, sin apartar la mirada de la hoja de resultados—. ¿Negativo?

Adrián se vuelve hacia mí de nuevo y veo su expresión estupefacta, más o menos como la mía cuando saqué los resultados del sobre.

Solo había una mínima posibilidad… Una casi nula… Improbable…

«Maldito karma».

Yo asiento, conteniendo las lágrimas. ¿Para qué voy a negarlo? Está todo escrito ahí.

—¿Eres tú el padre? —plantea Alicia, dolida.

Su voz suena quebrada y las lágrimas aparecen en sus ojos. Hasta que ella no plantea la duda, Adrián no se da cuenta de la gravedad del asunto o, al menos, de la que les atañe a ellos. Estaba tan absorto reclamándome a mí esa respuesta, que no se ha percatado de que Alicia parece haber atado sus propios cabos.

—¿Yo? —cuestiona mi amigo, sorprendido.

Alicia deja a Hugo en el suelo y se encamina hacia la puerta. Parece que no quiere oír nada más. Va negando con la cabeza a la vez que avanza. Quiero detenerla, pero estoy paralizada. No sé cómo hacer frente a esto.

—Alicia, ¿¡qué haces!? —Adrián no reacciona y se queda en el sitio. Quiero gritarle que vaya tras ella y no deje que se marche, pero eso solo pasa en mi cabeza. Las palabras nunca llegan a salir de mi boca—. ¡Yo no soy el padre! —exclama, una vez que es consciente de la gravedad de la situación.

¡Por fin!

—¿Y quién lo es entonces? Roberto parece tenerlo muy claro —indica ella, con la mano sobre el pomo de la puerta a punto de girarlo.

«Solo había una mínima posibilidad».

Ínfima, diría yo… Y así ha sido.

No sé cómo exteriorizar algo así. Me encantaría poder guardar el secreto y que no saliese a la luz nunca, al menos, ahora no, pero si algo tengo claro entre tanto pensamiento confuso, es que no voy a sembrar la discordia y la desconfianza entre ellos, que tanto me han apoyado y ayudado, a los que le debo prácticamente todo.

—Dorian.

Alicia se detiene en el acto, ya que acababa de abrir la puerta con intención de irse. Cierra de nuevo y se gira al oír mi declaración. Adrián, por el contrario, se para en seco y se queda observando a Alicia. Veo cómo su espalda se tensa, pero continúa en silencio. Y yo espero… espero la tormenta, o más bien el huracán, que sé que va a llegar en cuanto ambos procesen esa información.

Y de repente, dos palabras aparecen en mi mente: A escondidas.

Melissa

«En lo pasado está la historia del futuro».
—Juan Donoso Cortés—

Adrián aún está estupefacto. No ha dicho ni una palabra desde que he mencionado el nombre de su amigo. Creo que ha entrado en estado de *shock* o algo por el estilo. Alicia, por el contrario, se ha alejado de la puerta y se ha acercado hasta él, pero sin despegar la mirada de mí.

—Vamos —le indica con una voz que suena demasiado melosa para la intensidad de todo lo que acabamos de vivir.

Adrián asiente y, tras tomar a Hugo en brazos, los acompaño a la sala. Dejo al pequeño jugando en el suelo con la pista de coches que tanto le gusta y que es la misma con la que estaba distraído hasta que todo este lío estalló.

Una vez que se encuentra sentado, Alicia se coloca al lado de Adrián y le pasa una mano por la cintura y recuesta la cabeza sobre su hombro.

—Lo siento —le dice en voz baja.

Él le responde algo, pero yo no lo escucho porque me distraigo mirando al niño. A pesar de haber sido la causante de esa discusión entre ellos, no quiero inmiscuirme ni lo más mínimo. Ya tengo bastante con lo mal que me siento por haber puesto en tela de juicio las intenciones de Adrián hacia mí. Por eso, lo mínimo que puedo hacer es ignorar que ambos están solventando el malentendido.

Soy consciente de que lo que debería de hacer es irme y dejarlos hablar, proporcionarles esa intimidad que ahora necesitan, pero también siento que si lo hago parecerá que estoy huyendo. Y eso no es lo que pretendo. Ya dije el nombre, qué más da contar la historia. Noto que las lágrimas están a punto de escapar de mis ojos cuando, de reojo, veo cómo mi amigo asiente y le da un abrazo a su novia. ¡La que he estado a punto de liar por querer ocultar la verdad! ¿Y todo por qué? Porque… porque… ¡ni siquiera yo tengo respuesta para eso!

Ahora mismo, lo único que sé es que la culpa me carcome y, también, que esta noticia no puede salir de aquí. ¿Qué haría Alessandra si supiese que Dorian es el padre de mi hijo? No… No puede saberlo nadie. Necesito ese empleo, es mi oportunidad para poder trabajar de lo que me gusta, de lo que sé hacer y, por supuesto, para poder volar sola en vez de estar necesitando para eso la ayuda de Adri. Que sí, que puedo estar segura de que nunca me faltará un puesto de trabajo mientras que dependa de él, sin embargo, me molesta porque soy diplomada en Bellas Artes, me especialicé en restauración y trabajo de camarera… Un trabajo tan digno como el de pintar, sí, ¡pero no me gusta!

Mientras yo me pongo a divagar sobre mil y una cosas que no tengo muy claro qué relación tienen con esto, ellos siguen a lo suyo. Los miro por el rabillo del ojo para comprobar que la cosa vaya viento en popa y así es, o lo parece al menos. No quiero ni pensar en el susto que se ha tenido que llevar Ali, sobre todo, porque el día que decidió alejarse de Adrián fue, precisamente, cuando me conoció y creyó que él era el padre de la criatura. Creo que de forma inconsciente siempre lo temió, aunque no dijese nada al respecto o…

No, eso no es posible.

Mi mente empieza a desvariar.

Alicia quiere a Hugo con locura y si hubiese un mínimo de duda en ella, no me ayudaría

tanto con él, ¿verdad?

No sé…

No sé…

Siento que la cabeza me va a estallar a la vez que espero, nada paciente, a que este par deje de darse arrumacos, porque eso es lo que intuyo que hacen por el sonido de algún que otro beso que me llega, y me planteen la cuestión que estoy esperando desde que el nombre de mi jefe asomó por mis labios.

—¿Vas a contarme cómo y cuándo pasó? Y, lo más importante, ¿por qué nunca me lo dijiste?

Pues sí, ¡ahí está!

Ni siquiera me ha llamado, tan solo ha hablado.

No doy ni un respingo al oírlo. Ya lo esperaba.

Me giro y miro a Adri de frente. Noto cómo una lágrima traicionera resbala por mi mejilla. Me la limpio casi con enfado. Alicia permanece en silencio, apoyada sobre el hombro de mi amigo e intenta disimular que a ella también le interesa conocer los no tan pormenores de mi pasado con Dorian.

—¿La verdad? —pregunto de forma retórica. Ambos me miran con interés y Adrián asiente —. Ni siquiera lo sospechaba —les confieso.

—¿Cómo? —Mi amigo no sale de su asombro, pero ¿quién puede culparlo? Hasta hace media hora yo estaba convencida de que el padre de Hugo era Roberto.

—Mel, cariño. —Alicia se dirige a mí con mucho tacto, casi como si hablase con una niña pequeña, y me sorprende, la verdad. Otra me gritaría, me acusaría de inconsciente, de irresponsable y cientos de cosas más. ¿Quién podría culparla? Acabo de originar el mayor momento de tensión entre ellos en más de dos años de relación y todo eso casi sin abrir la boca.

—Lo siento —digo. Espero que sepa ver todo lo que esas dos palabras conllevan.

—Nena, te acostaste con él —afirma, obviando mi disculpa.

—Sí —le contesto, aunque no creo que sea necesario. No hay que ser muy listo para saber que si hay un niño de por medio es porque la cosa fue a mayores.

—¿Cómo no lo sospechaste ni una sola vez? —Me encojo de hombros. ¡Y yo qué sé! Me siento idiota ante la evidencia y el razonamiento de Alicia—. La posibilidad siempre estuvo ahí. —Continúo en silencio, ya que, por su gesto, que se ha vuelto serio de un momento a otro, sé que lo peor viene ahora—. Adrián es tu amigo, te ha ayudado, te ha… Lo mínimo que merecía era conocer la verdad, saber por quién lo estaba dejando todo.

—Lo sé, pero… Fue un error. Una noche que no debió pasar y de la que me arrepiento, porque no actué bien. Además, para Dorian ni existió. Iba tan borracho y colocado que…

El suspiro de Adrián me hace detenerme. Lo veo pasarse la mano por la cara y, acto seguido, me llama a su lado. Se remueve un poco en el sofá, haciendo que Alicia se desplace hacia la izquierda y me deja sitio junto a él.

Me coloco donde me indica y cuando no hay distancia entre nosotros, hace eso que ha hecho tantas otras veces cuando las cosas no han ido bien: me agarra y me da un beso en la frente. Ese es el detonante para que yo rompa a llorar de una vez y empiece a contarles todo lo que sucedió esa noche.

Hace tres años.

Yanira me observa muy atenta mientras espera a que yo deje de llorar, algo que llevo haciendo desde hace casi cuarenta minutos.

Me dijo que no lo hiciera, pero lo hice.

Me aconsejó que me guardase las ganas de enviarle un mensaje y decirle que lo echaba de menos, sin embargo, yo lo envié.

Y aquí estoy, siendo consciente de que lo ha leído y ha pasado de mí. De que no quiere saber nada de lo nuestro y de que esto se ha acabado de verdad.

Hace una semana que estoy en casa de Yanira porque Roberto y yo discutimos. Se puso hecho un energúmeno cuando se enteró de que había quedado con Adrián a escondidas. Es mi amigo y se ha ido a trabajar a muchos kilómetros de distancia, ¿tan raro es que quisiera verlo cuando viene de visita? Pues, por lo visto, para Roberto sí lo es. Demasiado extraño, según la opinión de mi novio.

Perdón, mi exnovio.

Sí, me ha dejado. Me ha gritado que estaba harto de mis salidas a hurtadillas cuando él no estaba, que se hallaba cansado de que Adrián recibiese una atención que debería ser sola y exclusivamente para él, y mil y una tonterías más que prefiero no seguir recordando, porque me duelen demasiado.

—No lo entiendo… —le digo a Yanira, dejándome caer a su lado en la cama.

—No le des más vueltas, Mel. Es lo mejor que podía pasarte —me asegura ella muy vehemente. Lástima que yo no opine igual.

—Pero… si hasta me pidió que fuésemos una familia… Es eso, Yani, es eso. Yo le dije que era muy joven y que me aterraba la idea… Él… él quería y yo…

Mi amiga me hace callar de inmediato.

—Deja de pensar tonterías, Melissa. Ese tío es un imbécil. No te conviene y, además, permíteme que te lo diga: si no respeta tu decisión, es porque no te quiere, preciosa. ¡Nadie puede obligarte a hacer algo que no quieres! ¡Nadie! Olvídalo.

—No puedo —le suelto, echándome a llorar de nuevo. Yanira aguanta el chaparrón y me abraza—. He dejado la píldora —le confieso, haciendo que me suelte de inmediato y me mire muy atenta—. ¿Qué? —le pregunto, confundida.

—¿Cuándo? ¿Por qué? Has dicho que…

—Lo sé —la corto de inmediato—. Pero quería darle la sorpresa y…

—¿Desde cuándo, Melissa?

Me mira aterrada, creo que piensa que he cometido un error. Sin embargo, yo solo deseo que Roberto se dé cuenta de que le quiero.

—Dos meses —le indico, sorbiendo por la nariz.

—Ay, Dios, espero que no sea tarde. —Yanira se levanta y comienza a sacar ropa del armario—. Vístete —me ordena, cuando me tira unos vaqueros a la cara.

—¿Qué haces?

—Vamos a por una prueba de embarazo. Vas a asegurarte de que no estés…

—Me tiene que bajar en un par de semanas, Yani. Tranquilízate, es muy poco probable, apenas hemos… ya sabes…

—Melissa, tienes veinte años. Ni se te ocurra hacerme tía tan pronto. Nos quedan muchas cosas por hacer antes de empezar a cambiar pañales.

Su comentario hace que me sonría, porque… tiene razón. Aunque como bien dice el refrán: el corazón tiene razones que la razón no entiende. Y sí, ese es mi caso. Quiero que Roberto se sienta seguro, que abandone esos absurdos celos que siempre ha tenido con Adrián y si el modo

de conseguirlo es ese, pues bienvenido sea. Mi madre tuvo a Ricky a mi edad y no la veo lamentarse por ello.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo cuáles? —le pregunto. Yanira abandona sus intenciones de buscarme algo más de vestir y se detiene para mirarme. Al hacerlo, sus ojos se abren de par en par. Después, en silencio y despacio, se acerca a mí de nuevo, dejando en el armario la camiseta que acababa de sacar.

—Salir de marcha —me contesta.

—Ya hemos salido de marcha juntas. No seas tonta —le replico. Sí, es cierto que hemos ido solo en muy contadas ocasiones, pero hecho está.

—De marcha de verdad, Melissa. De pillarnos una buena cogorza y ligar con un tío bueno. Vale, con la merluza que llevaríamos seguro que nos parecería que está bueno, aunque sea un Callo Malayo.

Rompo a carcajadas de tan solo imaginarme el panorama que me está pintando.

—Yo no bebo, Yanira, ya lo sabes.

—Lo sé, pero… a ver, hacemos un trato: vamos a por el test *y si sale negativo, nos vamos de celebración. Solo una copa, porfis. Me hace ilusión brindar contigo con algo que no sea zumo de melocotón.*

No puedo parar de reír, a pesar de que no debería de hacerlo. Mi relación se ha ido al garete y yo ando de risitas tontas con mi amiga y planeando hacer la mayor locura que he hecho nunca.

—Que tu padre tenga problemas con el alcohol no implica que vayas a ser alcohólica por tomarte un Daiquiri. —La miro sin saber qué decir—. De acuerdo, tú lo pides, brindamos y ya, si eso, me lo tomo yo por ti. ¿Te parece?

—Me parece —concedo—. Venga, vamos a por esa condenada prueba.



—¡Joder! Menuda cogorza tengo, Meliiiii —me dice al oído Yanira, dejándose caer sobre la barra—. Vamos a bailar. He visto a un par de… ¡macizos! Venga…

Me río, como llevo haciendo toda la noche, y suelto la copa que acabo de terminarme. Tal y como ya esperaba, el test *ha dado negativo y como le prometí a Yanira, me he pedido un Daiquiri de fresa, algo que no había probado nunca y que no pensaba hacer…*

Pero lo he hecho.

Y no, no se lo ha bebido Yanira, aunque ha insistido. He querido probarlo, porque olía de maravilla y…

Y, ¡madre mía!, qué bien me siento ahora.

Me he olvidado de Roberto, de la idea de ser madre y de todo. ¡Solo quiero reír y bailar! Tal vez sí era verdad eso de que necesitaba desfogarme un poco, sentirme libre y divertirme por una vez, sin estar pendiente de las consecuencias o de lo que dirán los demás.

¡¡¡LIIIBREEE!!!

Así me siento.

¡Y me gusta esa sensación!

Bailo desde el mismo momento en que empiezo a caminar de la mano de Yanira para ir juntas de la barra a la pista. Esto está a rebosar, pero me encanta, aunque ya me he tropezado con tres o cuatro personas en mi camino hacia el centro.

Me muevo como loca, disfrutando de la noche, de la música, de la libertad que esta situación me brinda. Eso sí, lo hago sola. Yanira está pegándose el lote con uno de los «macizos». El

otro resulta que tiene novia, así que yo a lo mío: bailar.

De repente, unas manos me pasan por la cintura y siento un cuerpo pegado al mío. Me envaro nada más notarlo y me detengo. Me preparo para girarme y para decirle un par de cosas a este salido que se cree que por ser chica y estar bailando sola estoy buscando que un tío se me refriegue por detrás. Justo cuando lo hago y por fin lo tengo de frente, me quedo quieta en el sitio.

Le miro.

Y él a mí.

No sé si me ha reconocido, pero yo a él sí.

Ahora ya no sé si cantarle las cuarenta y soltarle todo lo que tengo en la punta de la lengua. Igual, ya no es necesario.

—Yo a ti te conozco, Sirenita —me dice, acercando su rostro al mío para que pueda oírlo y tocando mi pelo a la vez que me bautiza con ese apodo.

Arrastra las palabras, tiene el alrededor de esos ojos negros tan atrayentes que posee inyectado en sangre y por lo que puedo apreciar, creo que ni siquiera es capaz de enfocar la vista sin esfuerzo.

—Dorian —le llamo.

—Melissa —me responde, sin soltar mi cabello y erizándome el pelo de la nuca con su contacto.

Melissa

«Todo fluye, nada permanece».
—Heráclito de Éfeso—

Cuando llego a esa parte de la historia, Adrián me hace un gesto con la mano para que me calle.

—No necesito nada más. Sé bastante de *eso* para hacerme una idea de cómo acabasteis.

Al contrario de lo que imaginaba, mi amigo no se exalta, no parece molesto o espantado con el descubrimiento de la verdad, sino más bien dolido. Y eso hace que me sienta la peor persona de la Tierra. ¿Por qué me autoconvencí de que Adrián reaccionaría mal cuando lo supiese? Su lema es: el pasado, pasado está. ¿Por qué sería diferente conmigo? Me da la impresión de que no lo conozco tanto como pensaba. También su reacción puede deberse al hecho de que ahora hay alguien más por medio, alguien a quien él quiere sobre todas las cosas: Hugo. O, quizá, se ha dado cuenta de que, a pesar de la caótica vida de Dorian, tal y como él la califica, es mejor opción que Roberto. Después de todo, va a resultar que la aparición de mi ex no ha sido tan mala como pensaba antes.

Sí, tengo que creer que esto es mucho mejor que la primera alternativa. Roberto no solo buscaba un régimen de visitas, quería la custodia. Iba a quitarme a mi niño, pero ya no puede. No puede, porque él no es el padre.

No es el padre.

Repito eso en mi mente para hacerme a la idea poco a poco, ya que esto cambia mucho las cosas y mi situación actual.

Desplazo los ojos de la cara de Adrián, porque soy incapaz de seguir viendo la decepción que siente al comprobar que le he estado engañando durante estos años. Sí, es cierto que yo no sospechaba ni un ápice que esa noche había tenido consecuencias, no obstante, oculté el verdadero motivo por el que Roberto y yo discutimos *aquella* noche. Jamás le conté que mi novio se había enterado a través de un compañero de trabajo de mi salida con Yanira e imagino que me vio abandonar el *pub* con Dorian. Por lo que oí después, Roberto pensó que Dorian era Adrián, y de ahí su ataque de ira ese día.

No, no justifico el proceder de Roberto. Me dejó caer por las escaleras. Podría haberme dado un golpe mortal o quién sabe qué. Aunque también agradezco su comportamiento, al menos, me sirvió para abrir los ojos, ver cómo era de verdad y salvarme de vivir un infierno parecido al que había padecido en casa con mi padre.

Más vale tarde que nunca.

Miro a Alicia, pero ella frunce los labios, se encoge de hombros y me indica con la cabeza que hable con Adrián. Lo sé, es algo que le debo al menos.

—Adri, yo… —empiezo.

En el instante en que despego mis labios, siento la imperante necesidad de explicarme, de pedir disculpas, de que me comprenda, de que…

Suspiro.

Son tantas las cosas que quiero decirle, que se me acumulan en tropel y ninguna sale.

—Melissa —me detengo en mi diatriba mental y le miro—, no malinterpretes mi disgusto. Lo que me molesta no es que Dorian sea el padre, ni muchísimo menos. Puedo asegurarte que lo prefiero antes que a Roberto. Mil veces más, incluso. Lo que me duele es tu actitud, el hecho de

que me ocultases la verdad.

¡Bingo! ¡Lo sabía! Ambas cosas.

Aunque no debería sorprenderme por ninguna de las dos, por supuesto. En cuanto a la primera, está claro que, para Adrián, cualquiera, y cuando digo «cualquiera» es CUALQUIERA, es preferible antes que Roberto. Y en cuanto a la segunda, él se ha encargado siempre de mí, me siente como a la hermana que no tiene y yo lo he dejado de lado y le he dado a entender que no confío en él.

Mejor voy a aparcar este último tema, porque lo que hice en el pasado, ya no tiene mucha solución.

Bueno, lo otro tampoco la tiene, me parece a mí.

—Al menos os lleváis bien —le interrumpo al ver que tiene intención de continuar, porque yo necesito introducir algo de humor aquí, ya que me siento demasiado tensa y hasta podría decir que incómoda.

—Ahí vamos, en proceso. No te adelantes —me replica él, aunque lo hace con una sonrisa.

Le respondo del mismo modo, mientras que Hugo se me sube al regazo. Imagino que está cansado de jugar solo y por eso empieza a llamar nuestra atención. Justo en ese instante, mi madre abre la puerta y el crío sale corriendo hacia allí. Mejor, así no se entera de esta extraña conversación de la que él es el protagonista, aunque el pobre lo desconozca.

—Tienes que decírselo —me suelta Adri, así, de sopetón, sin que lo espere. Me había distraído mirando a Hugo correr hacia la puerta y sus palabras me han pillado por sorpresa.

—¿Decirle? ¿Qué? ¿A quién? —Me parece que no lo estoy entendiendo. ¿A Hugo? ¿Para qué?

Esperaaa… ¿No estará hablando de…?

—A Dorian. —Ahora es Alicia quien me responde de forma tajante.

¿Qué se lo diga? ¿Pero es que estos dos se han vuelto locos?

Ellos me miran como si mi expresión de espanto no estuviese justificada. Sin embargo, lo está. Vaya si lo está.

¡Es mi jefe!

¿Acaso solo yo lo veo tan obvio?

—¿Qué hay que decirle a Dorian? —interrumpe mi madre al entrar en la sala con el pequeño tirando de una de sus manos—. Hola, Adrián. —Se acerca a él y le da dos besos; después, hace lo propio con Alicia.

Me quedo callada de golpe y con los ojos muy abiertos, rezando en mi fuero interno para que no digan nada de nada a mi madre. No quiero ni imaginar lo que puede salir por su boca y tampoco estoy preparada para escucharlo. Aún no he superado la vergüenza de tener que reconocerlo ante ellos y eso que son mis amigos, pero hacerlo delante de mi madre es algo para lo que no estoy concienciada aún. Además, el otro día, cuando descubrió a Dorian en casa no le hizo mucha gracia. De hecho, sus palabras fueron: «No deberías mezclarte con él». Cuando le pregunté el motivo, me dijo que era mejor no hablar del pasado y que ella solo quería lo mejor para mí. ¡Pues anda que si supiese!

—Nada, hablábamos de cosas de trabajo. Tengo un asunto pendiente con Dorian y su hermano —asegura Adrián con una sonrisa que, aunque es muy falsa, le sale sincera.

Me pregunto cómo lo hará. ¿Será porque la información no es del todo mentira? Tengo que pedirle el truco.

—¿Ya han llegado los resultados? —me cuestiona mi madre, echando un rápido vistazo por la mesa.

Al verla buscar el sobre, guardo de inmediato bajo mis piernas el folio que sostengo doblado entre las manos.

—No, aún no —le contesta Alicia, lanzándome una mirada que no sé muy bien cómo interpretar.

Quiero gritarle «GRACIAS», así, en mayúsculas, a voz en grito, aunque ella parece conformarse con mi sonrisa de agradecimiento.

—*Mia*, yaya, ven. *Mia* —Hugo tira de nuevo de la mano de mi madre para que le haga caso y, cuando lo consigue, la empuja y se la lleva casi a rastras hacia su dormitorio a enseñarle vete a saber qué. Mi niño está encantado de tener abuela y no puede disimularlo. Cada vez que mamá está en casa, él siempre intenta acapararla por completo. En estos momentos y sin que él lo sepa, Hugo me está dando ese respiro que tanto necesito. Al menos, así me libro del interrogatorio.

—Gracias —les digo en un susurro para que solo lo oigan ellos, aprovechando que mi madre va por el pasillo hacia el cuarto de Hugo y nosotros volvemos a quedarnos solos.

—Díselo, Melissa —me advierte Adrián—. Si no se lo has contado cuando hayamos vuelto del viaje, se lo diré yo.

¿¿¡¡QUÉÉÉ!!??

¿Me está amenazando?

Sí, eso ha sonado a una amenaza en toda regla. No hay que ser un lince para darse cuenta de algo así.

Pero… ¿cómo piensa que voy a decírselo tan pronto?

¡Mañana se van!

¿Cómo pretende que se lo cuente antes de que vuelvan? Eso son… ¿cuántos? ¿Quince días? ¡¡¿Acaso se ha vuelto loco o qué?!!

—No es a ti a quien le corresponde… —le corto molesta.

—Lo sé, pero Dorian solo tuvo la figura paterna de su padrastro, que murió cuando él tenía siete años, y siempre se ha lamentado por la ausencia de su verdadero padre. Hasta casi los treinta vivió sin él, Melissa. Dorian puede ser muchas cosas, pero si hay algo de lo que estoy totalmente seguro es de que no dejará que Hugo también crezca sin ese referente.

—Y tiene derecho a saberlo —añade Alicia, intentando aplicar la lógica más que los sentimientos.

¡Arrgg! ¡Cómo odio que tengan razón!

En estos momentos me parecen detestables, insufribles y no me apetece para nada tenerlos cerca; no, al menos, si eso implica que me estén escupiendo la verdad a la cara a cada rato.

Necesito tiempo para concienciarme, para hacerme a la idea de todo el cambio que implica este descubrimiento, y no podré hacerlo si se lo confieso ya. Además, ¿qué pensará de mí? Hoy me doy el lote con él y accedo a que tengamos algo juntos y mañana en la cena le digo que es el padre de mi hijo, uno que, por cierto, no recuerda haber concebido porque iba colocado hasta las cejas. Fijo que se piensa que soy una oportunista, que solo busco su dinero ahora que he comprobado que está interesado en mí y ¡vete a saber qué más! Es lo malo de tener tanta pasta, nunca puedes estar seguro del motivo por el que los demás se acercan a ti.

—Está bien —concedo, aunque en mi mente tengo los dedos cruzados—. Tan solo necesito unos días para hacerme a la idea y… para ver cómo se lo digo.

De nuevo, esas dos palabras, que tanto rondan por mi cabeza hoy, hacen acto de presencia: A escondidas.

Y un f*lash* de lo ocurrido esta tarde a la salida del trabajo me viene a la mente.

¡Esto no me puede estar pasando a mí!

Pero ¿qué te he hecho, maldito destino?

¡Karma de mierda!

¿A escondidas?

¡Esto jamás se quedará en un «a escondidas»!



Después de cenar y de haber acostado a Hugo, le doy las buenas noches a mi madre y me encierro en mi dormitorio. Ella no lo sabe, pero necesito sentirme segura y pensar en todo lo ocurrido. Y quiero hacerlo a solas. Aún me arde la lengua de las mentiras que he tenido que decir hoy, porque mientras preparaba la cena, mi madre no dejaba de darle vueltas al asunto de que era raro que los resultados no estuviesen listos hoy, porque nos dijeron tres días y ya se han cumplido. Aunque no entiendo ese interés, se supone que ella cree que Roberto es el padre, ¿para qué esperar con tantas ansias el maldito resultado? ¿Sospechará algo? O, simplemente, querrá estar preparada para cuando empiece lo peor. Eso espero. Me dolería que mi madre tuviese tan mala imagen de mí, que pensase que no sé quién es el padre de mi hijo y… ¡De acuerdo! Eso es cierto.

El caso es que he intentado quitarle hierro al asunto, garantizándole que ya llegarían el lunes, porque mañana es festivo. ¡Mentira! También le he dicho que no me corre prisa, así no tengo que ver a Roberto en estos días. Al menos, en eso me ha dado la razón y se ha quedado más tranquila.

Una vez dentro de mis cuatro paredes, tomo el teléfono para desactivar la alarma, no vaya a ser que suene a las cinco y media de la madrugada, y a mí me dé un síncope solo con tener que despertarme para apagarla. Al hacerlo, veo que tengo una llamada perdida de un número desconocido de hace, por lo menos, dos horas. ¡Qué raro! Después, miro los mensajes que tengo de Yanira y me llama la atención que en la bandeja principal aparece uno de ese mismo número. La curiosidad me puede, es más fuerte que yo, por eso, abro ese antes que los de mi amiga.

Número desconocido_20:25
Hola, Sirenita. Soy Dorian.
Te llamé cuando salí del hotel, pero imagino que estarías ocupada.
O quizás ya te has arrepentido???
Quiero verte.
Llámame.

¿Que lo llame? ¡¿Que lo llame?!

¿Y qué le digo?: «Oye, Dorian, ¿sabes que acabo de descubrir que tenemos en común algo más que un calentón sin culminar?».

¡NOOOO!

Dios, ¿en qué lío me he metido?

No puedo decírselo, no así…

¿Pero cómo? Da lo mismo el modo, va a ser igual de impactante.

Tal vez si…

¿Y si le presento a Hugo y veo su reacción? Con suerte, le gustan los críos y no le desagrada la idea. Quizá, la naturaleza es sabia, como dicen, y en el instante en que vea al pequeño sepa que es diferente al resto, lo sienta como tal…

Descartado. Eso suena a película americana de las que no me gustan. Irreal al cien por cien.

Por el momento, voy a contestarle al mensaje y ya veré cómo encaro la situación. Seguro que mañana lo veo desde otra perspectiva.

Espero…

Melissa_22:35
Hola, siento la tardanza. Estaba ocupada.

¡Madre mía! ¿Se puede ser más escueta?

¡No sé qué ponerle!

Soy novata en esto de hablar por mensajes con el padre de mi hijo cuando este no sabe que lo es y, además, resulta que es mi jefe y he estado a punto de tirármelo en el lugar de trabajo. No, definitivamente, no tengo mucha experiencia en ese tipo de cosas.

Con un pellizco en el estómago, salgo y voy al baño. Mientras me lavo los dientes, no dejo de darle vueltas al mismo tema. Creo que no me va a dejar pegar ojo.

Al volver, veo la pantalla del móvil parpadeando y me echo a temblar.

«No, no y no. No voy a descolgar, Dorian. No estoy preparada para hablar contigo », reniego como una posesa, sin querer asomarme y comprobar el nombre de quien demanda mi atención.

Una parte de mí sabe que esto está mal. Que debo enfrentarme a la realidad. Y esa parte es la que le da la orden de caminar a mis pies.

Por suerte, cuando me acerco a la mesita de noche y miro el teléfono, que está sobre ella. Veo que es Adrián y no Dorian quien me llama con tanta insistencia, así que descuelgo. Probablemente, quiera saber cómo me encuentro. Siempre ha sido muy atento y protector conmigo y, aunque le haya dolido mi engaño, sé que no puede irse a la cama sin cerciorarse de que estoy mejor. Y a pesar de que ese no es el caso, voy a asegurarle que todo va viento en popa. Mañana se va de viaje y no quiero que esté pensando en mi situación, porque lo conozco y sé que lo hará.

—Buenas noches —le digo a modo de saludo, pintando una amplia sonrisa en el rostro, como si él pudiese verla, y me dispongo a contar una mentira más grande que el Templo de Diana que estoy recreando en mi trabajo para el hotel.

Dorian

Entrometerme en la conversación de las hermanas Belmonte ha sido fácil. Lo difícil ha sido salir de ella. Cuando calculé que ya estábamos suficientemente lejos del «lugar de», inventé mil excusas para largarme de allí. Mi intención no era otra que interceptar a Melissa antes de que llegase a casa y poder estar con ella antes de la hora a la que había quedado con Héctor para cenar. Si bien era cierto que me decía a mí mismo que, quizá, ella no pudiese dedicarme el tiempo que yo buscaba, también estaba seguro de que yo hallaría un modo de solucionarlo.

« ¡ Que tiene un hijo!», me repetí varias veces. «Esta chica no puede estar haciendo las cosas cuando quiere, depende de un crío al que no puede dejar solo».

De todos modos, mis intentos de largarme fueron en vano y no pude desocuparme hasta que Valeria, la hermana de Sandra, se disculpó con nosotros por no poder continuar ya que tenía una reunión con un cliente.

¡Bendito cliente!

Sin embargo, la suerte no estaba de mi lado, ya que Sandra se empeñó en volver conmigo al hotel y, aunque sé que es lo más normal, no me apetecía demasiado disfrutar de su compañía a pesar de que ya, por la hora que era, mis planes habían sido más que frustrados.

—Espérame aquí, tengo que cerrar con llave el despacho —le indico a Sandra justo cuando estamos a punto de salir del edificio, junto a mi coche.

Ella no pone en duda mis palabras y asiente. Desbloqueo el seguro del Porsche para que pueda esperarme dentro, mientras que yo hago lo que le he dicho. Que conste que no es mentira, aunque sí me ha servido de excusa para poder llamar a Melissa y proponerle una ¿cita?

¿Podría llamar a eso cita? Las citas son románticas, ¿no?

Desde que me separé de ella, solo una idea ronda mi mente: volver a verla. Y tiene que ser antes del lunes, por supuesto. No me considero capaz de no buscarla en el trabajo ni de tener las manos quietas cuando me encuentre a su lado; no, después de haber probado parte de *sus encantos*, por eso mi urgencia. Al menos, saciado, podré cumplir mi promesa: a escondidas.

« ¡ Y un cojón, Dorian! ¡Y uno bien gordo! » , me digo a mí mismo.

« ¿ Saciado? No creo que con solo una vez puedas usar esa palabra » .

Y es verdad. Esa pelirroja me trae de cabeza, en todos los aspectos. Pero tengo que autoengañarme, porque si no lo hago yo… ¿quién me va a convencer entonces de que podré mantener las distancias sabiendo que ella está en el mismo edificio? Y eso que he sido yo quien ha propuesto esa distancia mientras estemos en el hotel, así que ahora no puedo echarme atrás, aunque la tentación es demasiado grande.

Decido llamarla para proponerle que nos veamos. ¿Cuándo? Me da igual. Por mí podemos hacerlo cada día… a cada hora…

¡*STOP*! Me parece que ya no estoy hablando de vernos, precisamente. Y aquí hay alguien o, más bien, algo que ya lo sabe.

«No me la juegues otra vez. Ni se te ocurra ponerte en pie de guerra», le ordeno a esa parte de mi cuerpo que actúa por su cuenta y que ya empieza sentirse *contenta* solo de imaginar que…

¡*STOP* , he dicho!

Mientras subo las escaleras, porque los ascensores aún no están habilitados, y me reprendo a mí mismo y a la calentura que tengo, saco el teléfono del bolsillo de la chaqueta y busco su número, el cual guardé cuando lo vi en el currículum. Empieza a dar tono y por el pellizco que

me está entrando en el estómago, juraría que me estoy poniendo nervioso. Eso no es posible, ¿verdad?

¡Joder!

El contestador…

Mi libido, mis intenciones y mis ganas caen en picado.

«¿Le dejo un mensaje de voz?».

«No, demasiado probable que no lo escuche. Nadie lo hace hoy en día».

«Mejor, le escribo».

Sí, eso. Me detengo y lo hago antes de continuar.



Acabo de llegar a lo que se supone que es mi despacho, y digo supone porque es un habitáculo con una silla y un escritorio, todo muy triste en comparación con lo que tendré cuando el resort esté completado. Compruebo la puerta y, como pensaba, está cerrada. No suelo dejarla de otro modo, pero el venir hasta aquí me ha dado la excusa perfecta para estar a solas e intentar hablar con mi Sirenita particular. Aún intento comprender por qué se me ha venido a la mente ese apodo tan cursi, pero es que lo pronuncié sin ser consciente, fue algo innato, algo que me nació solo. Y lo más curioso es que, al hacerlo, sentí una especia de *déjà vu*. Y no fui el único, pude ver cómo, por una milésima de segundo, su cara se tornaba… ¿curiosa? No sé, no conozco sus expresiones, pero sé que vi algo dibujado en ella, algo… diferente. Sí, esa es la palabra. DIFERENTE.

—Dorian, ¿tienes un momento?

¿En serio?

Cada vez estoy más seguro de que si hay alguien ahí arriba, yo le caigo como el culo.

Bufo de un modo apenas perceptible y planto una sonrisa en mi cara.

Cuando creo que los signos del malestar que me produce su presencia han desaparecido, me giro hacia Marcelo, sin quitar esa falsa expresión de mis labios.

—Claro. —Él parece satisfecho con la respuesta, por eso decido atajar su alegría—. Sandra me está esperando abajo, en el coche. Ya nos íbamos —le cuento a modo informativo, a ver si se le quitan las ganas de acapararme durante más tiempo del necesario—. ¿Ocurre algo?

—Me gustaría que me dieses el número de Adrián. En la nota que me has dejado junto a los papeles me ponías que estaría fuera dos semanas y necesito aclarar unos asuntos con él. No me gusta la idea de no poder comunicarme cuando quiera.

Frunzo el ceño al oírlo. Este no será gilipollas, ¿verdad? ¿Ahora me viene con esas? Primero: yo soy el intermediario entre ambos, así que si tiene algo que tratar, ya sabe, que desembuche. Y segundo… Bueno, eso se lo voy a decir.

—Te dejé esos papeles en tu mesa hace días, ¿hasta hoy no los has mirado? —lo cuestiono, entre sorprendido y enfadado.

¿Para qué mete tanta prisa si después ni se molesta en comprobar la respuesta?

—No. ¿Sinceramente? No creí que tu amigo fuese tan idiota como para no firmar todos los documentos.

Su respuesta hace que me enerve más. De todos mis hermanos, Marcelo se lleva la palma. Está demasiado acostumbrado a ser el líder, el niño BBB, es decir: bueno, bonito y brillante en todo lo que se proponga. Y, por desgracia, él lo sabe y por eso se siente superior al resto de la humanidad. Lo que Marcelo desconoce es que Adrián ya se ha topado antes con tíos como él, personas que no aceptan un no por respuesta y que quieren dirigir la vida de los demás, por eso, sabe manejarlas y no dejar que le hagan sentir inferior. La vida le enseñó bien, no como a mí.

—Es más listo de lo que crees —le contesto, apretando los dientes.

Marcelo me observa y hace como si no me hubiese escuchado, pero sé que lo ha hecho. Su expresión de disgusto lo delata.

—Dorian —me llama de forma autoritaria.

Odio cuando usa ese tonito conmigo. ¿Qué se cree?, ¿que tengo cinco años?

—Mañana a primera hora, Adri coge un avión. Está de vacaciones, muy merecidas, por cierto.

—¿Y? —me pregunta, como si no comprendiese mis palabras.

«Lo dicho: es medio idiota», confirmo para mis adentros. Juro que ardo en deseos de decírselo.

Marcelo es el típico jefe absorbente, lo quiere todo y en el momento en el que lo pide, por eso le molesta tanto la actitud de Adrián, porque le resta importancia a sus decisiones y se las pasa por el forro, y yo, a eso, no tengo nada que objetar. Pero nada de nada. ¡Que se joda Marcelo, por tocahuevos!

—Que no te voy a dar su número. Llama al restaurante si quieres y déjale un mensaje. Ya se lo pasarán cuando se comunique con ellos, si es que lo hace…

—¿Me estás vacilando, Dorian? —El asombro no solo está en sus palabras, sino en su rostro demudado.

Contengo las ganas de reír al ver su indignación.

—Tengo prisa, Marcelo —le indico, pasando por su lado.

Espero que capte la indirecta, que no ha sido nada indirecta, por cierto.

Él se queda callado y parado delante de la puerta de mi despacho, y yo continúo con mi camino. Apenas he avanzado un par de metros, cuando su voz me detiene.

—He visto a la camarera.

¡¿Qué?!

Me detengo en el acto y envaro la espalda. Ya sabía yo que este tenía un as guardado en la manga. ¡Será cabrón!

Aprieto las mandíbulas y respiro hondo antes de girarme hacia él, porque no quiero que se percate de lo que me afectan sus palabras o, más bien, las implicaciones que llevan.

Pienso qué le voy a decir y, aunque soy consciente de que es una tontería negar que sé que se refiere a Melissa, lo intento.

—¿Camarera? ¿Qué camarera?

Carraspeo, porque creo que tanta mentira se me empieza a atragantar.

—La que estás deseando tirarte —me contesta el muy imbécil, sonriendo de lado.

—No sé de qué me estás hablando —aseguro, con la mayor determinación que soy capaz de reunir—. Y, Marcelo, Sandra me está esperando. No tengo tiempo de hablar de gilipolleces —le suelto.

Total, para qué mantener las formas. Él ya me ha visto en peores momentos y usando expresiones menos sutiles que esa, así que… ¡Agua! ¡Me largo!

Me vuelvo y comienzo a andar de nuevo. No pienso darle el gusto de demostrarle que me jode, y mucho, lo que me está queriendo dar a entender. Si es que esa muchachita es demasiado llamativa. ¡Me cago en…! ¡Ya podría teñirse de rubia, que hay millones!

—Te estaré vigilando, Dorian —me dice a modo de despedida.

Y yo, a pesar de estar deseando replicarle, me cierro el botón de la chaqueta, que se me ha abierto sin querer, y, recuperando una compostura que no tengo, empiezo a bajar las escaleras mientras despotrico e insulto a mi hermano con una palabra diferente por cada escalón que piso,

¡y eso que son tres plantas!



—¿Vas a salir? —me pregunta Sandra desde la puerta del baño.

—Sí.

Ni siquiera me giro a mirarla, ya puedo ver su expresión por el rabillo del ojo y no, no es de aprobación. Al darme cuenta de que permanece en silencio, me planteo que, quizá, ocurra algo que yo desconozco.

—¿Qué pasa? —le digo, dándome la vuelta al fin y poniéndome de frente a ella.

—¿Vas a ir así de informal? —me cuestiona, mirándome de arriba abajo.

Hago lo mismo, imito su repaso y me encojo de hombros. No veo dónde está el problema. Solo voy a cenar con mi hermano, no necesito llevar un incómodo traje para impresionarlo. Él me ha visto pasearme en bolas por la casa, ¿para qué cojones quiero un Armani? Estoy mucho más a gusto en vaqueros y camisa casual. ¡Para una vez que puedo ser yo!

Me mira y frunce los labios en una mueca muy característica de ella.

—No me habías dicho nada. —Su voz suena algo disgustada, sin embargo, no sé a qué puede deberse. No suelo informar a nadie de mis salidas ni entradas, salvo de las que son estrictamente necesarias. Sandra lo sabe, no comprendo a qué viene ese creciente interés por conocer mis planes con antelación. ¡Ni que fuese mi secretaría!

—Sí. Te lo conté la semana pasada. —No sé ni para qué se lo recuerdo. No creo que de verdad le interese—. He quedado con Héctor —le explico. La conozco lo suficiente para saber que esa será su próxima cuestión. Por otro lado, me digo que para qué pierdo tiempo en hacerlo si ella solo escucha lo que le conviene.

—¿Cuándo?

—Cuando estabas de viaje con Julie y hablamos por teléfono. —Ya sé qué va a decirme, aun así, le respondo a lo que quiere saber.

—Ah, pues no lo recuerdo —me replica con una sonrisa.

¿De verdad? Me está haciendo un interrogatorio porque salgo con mi hermano y ella me contesta con esa risita traviesa. ¡Anda y que le den al mundo!

—¿Quieres venir? —le ofrezco, ya que empiezo a plantearme que el motivo de tanta pregunta es que sospecha, equivocadamente, que mi acompañante no es Héctor. ¡Chúpate esa, porque sí, es él! ¡Desconfiada!—. Y así no te quedas aquí sola. Le puedo decir que vaya con Saioa.

—No, gracias.

Prefiero pasar por alto el tonito que ha usado. Saioa es genial, divertida, guapa, atenta… No me extraña que mi hermano esté coladito por ella desde que la conoció. Verlos juntos me provoca sentimientos encontrados. Por un lado, me da esperanza, porque me doy cuenta de que la verdadera felicidad existe, pero también me entristece, porque me conciencio aún más de que es imposible que yo llegue a conseguirla. No se puede tener todo en esta vida y, claramente, yo erré en mi decisión. Empiezo a verlo claro. Tomé el camino equivocado, o eso pienso en momentos como este. Incluso, a veces siento que en ocasiones estoy remando a contracorriente. Sin embargo, ya no hay vuelta atrás. En el mundo hay cosas que son demasiado improbables para vivirlas y que si lo haces, puedes considerarte afortunado por ello. Una es el encontrar de casualidad a tu padre y a tu hermano en medio de la calle durante unas vacaciones. La otra es, con toda seguridad, poder llegar a sentirme tan dichoso como lo hace Héctor cada vez que mira a su esposa y, aunque esta es más real, también es cierto que no está a mi alcance. No se puede tener todo. Eso ya lo aprendí.

—De acuerdo —le indico, justo antes de salir de la *suite*.

Dorian

Salgo del restaurante de Adrián —bueno y también mío, lo que pasa es que se me olvida bastante a menudo que soy socio de este sitio— y Héctor aún continúa alabando el sitio. Según él, todo le ha gustado: la comida, el ambiente, la decoración… ¡Hasta el nombre! Que es original y llamativo, me dice. Evidentemente, si le cuento el nacimiento del mismo, es capaz de echarse a llorar. Es un sentimental de cojones y enamoradizo absoluto, de modo que si le digo que ese nombre tiene una historia de amor detrás, lo mismo hasta le da un patatús de la emoción.

Ahora en serio, me alegro muchísimo de que le guste el lugar y, sobre todo, me enorgullezco, aunque yo no haya hecho nada para levantar el negocio, salvo colocar un poder notarial en manos de mi amigo para autorizarlo a decidir por los dos. Eso y mi firma en el préstamo que Adrián solicitó al banco.

Cuando pienso en lo mal que obré, se me cae la cara de vergüenza. Y ahora que lo veo desde su punto de vista, comprendo a la perfección el motivo del enfado de Adri. Él, al menos, me ha dado la oportunidad de explicarme y ha *olvidado* lo ocurrido. Otro, me hubiese mandado a la mierda sin opción de retorno.

—No te sientas mal, Dorian —me dice mi hermano, al comprobar mi gesto al escuchar los elogios que le dedica al lugar.

Me pone la mano en el hombro y aprieta con suavidad.

—Eso es fácil de decir, ¿sabes? —Lo miro y sonrío con tristeza.

Mi confesión no me sabe amarga, tan solo sincera. Y es que, aunque parezca mentira y después de todas las broncas que hemos tenido, con Héctor es con quien estoy más a gusto, siento que puedo ser yo, expresarme con libertad y olvidar la mierda que conlleva un estatus social como el que ostento ahora. Sí, estoy contento de encajar en la familia que tengo, en MI familia. Es lo que he buscado desde que supe que pertenecía a ella. Sin embargo, de un tiempo a esta parte, a pesar de notar que he llegado a ser lo que querían de mí desde un principio, algo me ahoga. En nuestra última cena, Héctor me dijo que quien coarta tu esencia, tu verdadero yo, es porque no te acepta. Y desde entonces le estoy dando vueltas. Mi padre me dio un ultimátum, una amenaza. Debía enmendar mi vida en todos los aspectos, darle un sentido y encaminarla… Y lo hice. Sin embargo, me siento más perdido que nunca.

—Hiciste lo correcto y Adrián lo sabe. —Lo observo a la vez que me detengo, porque ya hemos llegado junto a mi moto.

Hoy he dejado el coche en el hotel. Por la noche es más complicado aparcar y, además, me gusta que me dé el aire fresco en el cuerpo mientras conduzco.

Ambos nos quedamos quietos en la acera y continuamos con nuestra conversación.

—Te juro que ahora mismo te daría de hostias —le contesto, intentando eludir esos pensamientos nada alegres que pasan por mi mente y pintando una mueca burlesca en mi boca, justo después de haber fruncido el ceño para darle énfasis a mis palabras.

Mi hermano se ríe, porque siempre, durante toda nuestra vida juntos, cada vez que daba en el clavo, le amenazaba con hacerlo callar a base de hostias.

—Nenaza, nunca lo has hecho —me reta.

Es verdad, la fuerza se me va por la boca. Porque habré sido muchas cosas, pero las peleas no van conmigo. Quizá, de adolescente era algo más impulsivo y no pensaba en las consecuencias, pero después de lo de Ricky aprendí a mantenerme alejado de todo lo que implicase o conllevase

violencia. Un modo bastante cruel de aprender. El recuerdo de Ricky trae a mi mente a su hermana, y así, enlazando de un modo tonto, el de otra chica.

—¿Qué tal está Saioa? —le pregunto, porque con la imagen de Melissa volviendo a mi cabeza, me he dado cuenta de que no le he preguntado a Héctor por ella en toda la cena, ya que nuestro tema principal ha sido mamá y lo rápido que avanza su enfermedad.

Es triste ver que tu propia madre no te recuerda y que cuando voy a visitarla, las pocas veces en las que me habla, solo es para decirme que sus hijos la han dejado vendida a su suerte, sin ser consciente de que soy yo quien la oye y la acompaña. Antes no era así. Me reconocía la mayoría de las veces, sin embargo, ahora sabe que me conoce, pero no me sitúa en el lugar que le corresponde a su hijo. Para ella, soy otra persona, aún no tengo muy claro quién, pero no soy Dorian. Me duele ver que se siente sola, dolida y que crea que somos unos desalmados que no la queremos, a pesar de que yo la visito todos los fines de semana, sin excepción, y si mi trabajo me lo permite, es decir, si no estoy fuera, también voy el resto de los días. Excepto esta, que ha sido caótica con el lío del hotel. Y tanto mi hermano como yo iremos mañana, el sábado y el domingo. No obstante, para ella la han abandonado. Desde que se encuentra en la clínica, Héctor viene cada quince días de visita, y eso porque está a dos horas de viaje de aquí y sus turnos de trabajo no le permiten mucho más, de lo contrario, dormiría en la residencia si le fuese posible. Siempre tuvo *mamitis*, como yo le decía. Era el mimado de la casa, aunque ahora me doy cuenta de que estaba equivocado: mi madre me consintió mucho, porque después de ser consciente de verdad de algunas cosas que hice, estoy seguro de que otra me hubiese mandado a paseo. Lo que pasaba era que Héctor era el educado, el estudioso, el buen hijo, el que no daba problemas… y a mí eso me enervaba. Con suerte, los años nos hacen darnos cuenta de las cosas y yo he visto mi vida desde otra perspectiva. Una que no está embotada de alcohol. Mi única pena es que ella, la que me dio la vida y sufrió cada día viendo cómo la desperdiciaba, no sea consciente de que he podido enmendarla.

—Bien. Parece que las náuseas están desapareciendo.

—¿Y los enfados? —le pregunto riendo, ya que en nuestra última quedada me comentó que tenía las hormonas disparadas, pero no las de la felicidad. Por todo gruñía, gritaba y lloraba, o eso dice Héctor.

—No, eso no. —Su cara de resignación me lo dice todo.

No me contengo y estallo en carcajadas.

—Sí, sí, tú ríete. Ya lo sufrirás algún día.

Ese comentario me hace callar de golpe y ponerme serio. ¿Por qué lo ha hecho? Es tan consciente como yo de que eso no va a ocurrir.

Héctor se percata de mi cambio de actitud y hace ademán de disculparse. Se ha dado cuenta de que ha metido el dedo en la llaga.

—Da igual —le corto, antes de que pueda decir nada al respecto.

—Las mentiras tienen fecha de caducidad, Dorian —me advierte.

—He dicho que da igual —le replico, con una mezcla de malestar y disgusto.

Héctor me mira durante unos segundos y al comprobar que yo no hago amago de hablar del tema, decide cambiarlo él.

—Hablando de mujeres con mal humor y de mentiras, ¿cómo está Alessandra?



Después de cenar, hemos ido al hotel donde mi hermano y su esposa se hospedan y, después, a pasear un rato. Héctor insistió en que no quería acapararme, que sabe que soy un hombre de negocios, muy ocupado, que seguro que tiene mil y una cosas más importantes que hacer y

blablablá. Lo he mandado a callar, objetando que los negocios se atienden de día y que, por supuesto, nada es tan importante como estar con la familia y ver crecer a mi sobrinito o sobrinita en esa panza que ya empieza a notarse. Saioa me ha dado la razón, porque soy su único cuñado y porque, después de todo, me adora. Soy irresistible, o eso dice ella.

El paseo se ha alargado más de lo previsto y después de dejarlos de vuelta en el mismo sitio, he regresado caminando. Ya mañana recogeré la moto, que la he dejado en el *parking* del hotel donde se aloja mi hermano.

Antes de subir a mi *suite*, voy a recepción a recoger la llave. No me gusta llevarla encima cuando salgo. Es una costumbre que tengo y que adquirí desde el día que perdí una en vete a saber dónde. No iba muy lúcido como para recordarlo.

Saco el teléfono mientras espero a que el chico de detrás del mostrador me la dé y, al hacerlo, compruebo que tengo un mensaje de Melissa. No me espero para abrirlo. Me consumen las ganas de saber qué me ha contestado.

—Aquí tiene —me dice una voz muy familiar.

Levanto el rostro de la pantalla y veo a Paula frente a mí. ¿Pero a mí no me estaba atendiendo un chico rubio? ¿De dónde ha salido ella?

—Gracias —le contesto y ella me responde con una sonrisa muy dulce.

Me sorprendo al darme cuenta de que, al contrario que en otras ocasiones, no le respondo del mismo modo, que es como suelo hacerlo. Y no sé si preocuparme o no por ello.

Paula también se da cuenta, porque la decepción asoma a su rostro al recibir esa parca contestación.

«Lo siento, bombón, pero esta pelirroja me tiene absorbida la mente».

En el instante en el que mi subconsciente dice eso, yo abro los ojos de forma desmesurada.

¡Joder!

¿Desde cuándo?

Esto se me está yendo de las manos y eso que aún no ha empezado.

Vuelvo a mirar a Paula, comprobando así que ella no separa su vista de mí.

¿Podría…?

No, no podría.

Si bien es cierto que tengo muchas ganas de satisfacer mis necesidades, solo pienso en un cuerpo para hacerlo. Y ese cuerpo tiene nombre y apellidos, aunque yo la llame Sirenita.



Dorian_01:30
Perdona las horas.
Ya estarás dormida.
Llámame mañana.
Quiero… necesito verte… a escondidas.

Le doy a enviar. He estado a punto de borrar esa última parte, porque ya es más que evidente para qué y cómo me interesa verla. Sin embargo, al final no lo he hecho, ya que quiero dejar claro que me tiene muy caliente y estoy deseando retomar lo que dejamos a medias en el hotel, por si acaso tiene dudas al respecto.

Como no espero su respuesta debido a la hora que es, dejo el teléfono sobre la cama y empiezo a desnudarme. Justo cuando estoy a punto de meterme en la cama, veo una nota reposando en la almohada y escrita por Sandra. ¡Cómo me jode que siempre haga lo mismo!

Mañana por la noche comida con nuestros padres.

No faltes.
Sandra.

¡Y un cojón!

Yo mañana voy a quedar con mi pelirroja y me da igual todo lo demás. Ya pueda salir el sol por donde quiera, que no pienso modificar mis planes —unos que Melissa tampoco ha confirmado— por nada ni por nadie.

Hago una bola con el papel y lo lanzo a la papelera. ¡Encesto! No lo dudaba. Siempre he sabido que desperdicié mi vida cuando decidí ignorar la propuesta de mi profesor de Educación Física, esa que me hizo de apuntarme al equipo de baloncesto que entrenaba su primo. ¡Lástima que por aquel entonces solo pensase con la bragueta y tuviese la mente aletargada con tantos porros!

Me dejo caer hacia atrás, dispuesto a dormirme y a tener un sueño que me deje extasiado, porque si de algo puedo estar seguro ahora mismo es de que ese pelo naranja va a aparecer en él, porque es en lo único que pienso desde esta tarde.

Siento el teléfono vibrar a mi lado y me sorprendo. Espero que no sea Alessandra pidiéndome que vaya a recogerla porque no es capaz de conducir. Juro que si es ella se va a quedar indispuesta donde sea que esté. Pero mientras agarro el aparato y, antes de mirarlo, desecho esa idea. Ni siquiera sé si ha salido y si lo ha hecho, seguro que ha ido con Julie, por lo que no me tengo que preocupar por nada. Hace meses que no me veo en la necesidad de ir a alguno de esos clubes de los que frecuentaba, así que espero que hoy no sea una excepción.

Y no lo es.

Por suerte, no lo es.

Miro la pantalla y me sorprendo al descubrir que se trata de un mensaje de Melissa. Me pone solo un emoticono guiñándome el ojo.

¿Cómo mierda se interpreta eso?

Tal vez la he despertado y solo me está diciendo algo como: «Vale, estás perdonado por las horas. Buenas noches».

Demasiado mensaje veo yo ahí para una sola imagen.

Quizá, es un: «Sí, estaba dormida». Puede.

¿O habrá querido decir un «Yo también quiero verte»?

¿Por qué cojones me estoy planteando estas gilipolleces? Mejor le vuelvo a escribir y que su respuesta despeje mis dudas.

Dorian_01:50
¿Aún despierta?

Melissa_01:51
Sí.

Su respuesta no se hace esperar. Y eso me gusta. Saber que la tengo al otro lado de la línea solo para mí, hace que me empalme pensando que, quizá, esté igual de deseosa de estar conmigo. Me enciende pensar que está dispuesta y preparada para todo lo que va a venir.

¡Joder! Estoy más salido que un mono.

Dorian_01:52
¿No puedes dormir?
Porque si es así, sé de un método muy eficaz para lograrlo.

Espero su respuesta.
Pero no llega.
Me quedo con cara de idiota mirando la pantalla. Nada.
Silencio.
¡Mierda!
Acaba de mandarme a paseo de forma muy sutil.
¡Joder con la Sirenita!
¿Y qué hago yo con esto que demanda su atención?
Un bip muy suave suena.
Espera… sí, su respuesta.

Melissa_01:57
Suena tentador, pero no es eso.

Dorian_01:57
Y qué es?

Pero… pero… ¿y yo para qué carajo le pregunto?
¿De verdad quiero saberlo?
¿Y si se pone a contarme sus movidas y me corta todo el rollo?
Sin embargo, me sorprendo al descubrir que a una parte de mí, la racional y no la que tengo entre las piernas, sí quiere saber qué le quita el sueño, sea lo que sea.

Melissa_01:58
Mejor no quieras saberlo.

Y ahí va.
Otra vez me deja con las ganas de algo.
Me empiezo a preguntar si esta va a ser nuestra tónica, porque me gusta y molesta a partes iguales.

Melissa

«Los verdaderos amigos son como los diamantes: brillantes, valiosos, hermosos y siempre están de moda».
—Nicole Richie—

Me siento como si un tren me hubiese pasado por encima. En estos momentos, estoy lamentando haberme dormido tan tarde. Pensándolo bien, no voy muy descaminada, ya que no, no es un tren, pero sí tengo algo, o más bien a alguien, que salta en mi colchón y que de vez en cuando pierde el equilibrio y se cae sobre mí.

No quiero ni mirar el reloj, porque por la poca luz que se filtra no deben de ser más de las siete de la mañana. ¿Solo he dormido tres horas? ¡¿Cómo afronto el día con este mal cuerpo y este cansancio?!

—Hugo, cariño, mami está agotada. ¿Por qué no te echas aquí conmigo? —le digo a mi hijo, señalándole con la mano y los ojos cerrados el lugar para que se coloque junto a mí en la cama.

Sin embargo, este crío tiene cuerda para rato. Me parece que ha recargado bien las pilas esta noche y posee demasiada energía en ese cuerpo tan diminuto como para poder permanecer quieto. Y lo cierto es que no puedo culparlo. Está nervioso y no sabe gestionarlo aún, es muy pequeño. Lázaro le prometió el otro día que hoy iríamos al zoo todos juntos y eso es lo que lo trae así de activo. Adora estar con Matías y con su tato, como él le dice. Bueno, a Lázaro y a todos. Mi niño tiene muchos «tatos».

—*Enga*, mami. *Codze*. ¡*Maos* al zooooo! —grita, entusiasmado. Por si tenía alguna duda, me lo acaba de confirmar con sus palabras.

Nada, que no voy a poder dormir ni cinco minutos más.

En cuanto me giro con intención de levantarme, la cabeza me retumba.

¡Dios, quiero dormir!

Anoche, una vez acostada, empecé a darle vueltas a la cabeza. A todo. Cuando pensaba en lo que había estado a punto de hacer en el trabajo con Dorian, de forma automática me agobiaba con tan solo recordar el hecho de que tenía que confesarle lo de Hugo. Y no, no tengo ni idea de cómo hacerlo, por más idas y venidas que le he dado. No sé cómo afrontar la situación, pero tampoco puedo retrasarlo mucho más. Adri fue tajante: o se lo digo yo o lo hace él. Me enerva la idea y me enfado tan solo de recordarlo. Sin embargo, sé que tiene razón. No puedo ni debo callarme esto por mucho más tiempo. Me planteo pedirle consejo a alguien.

«Piensa, Melissa…».

Adrián y Alicia ya me dijeron lo que opinan, y no, no me ayudan con su punto de vista. Él es amigo de Dorian, por lo que no es objetivo; ella… vale, Ali sí es mucho más objetiva, pero a mí eso de que *tiene derecho* me suena demasiado legal. ¿Qué hay de mi derecho como madre? ¿O mujer? *OK*, eso es ser demasiado rebuscada e irracional, incluso, pero necesito autoconvencerme de que no tiene razón.

A mi madre ni se me pasa por la cabeza. No sé qué le ocurre con Dorian. Ya me ha dejado bastante claro que no le cae muy bien, por lo que vamos a tener un serio problema cuando se entere de que él es el padre de su nieto.

A Jessica y Daniel ni me planteo comentarles nada, independientemente de que estén de viaje o no. Estoy segura de que ella me diría que disfrutase del momento y del cuerpo que Dorian me

ofrece, y él me aconsejaría todo lo contrario. Me intentaría hacer ver que no puedo ocultar semejante información, que la verdad siempre sale a la luz y que es mejor soltarlo todo cuanto antes mejor.

Así que… solo me quedan dos opciones: Yanira y Lázaro.

¡Vaya par!

Me echo las manos a la cabeza cuando lo pienso con más detenimiento. Son dos almas gemelas sin que ellos lo sepan, de modo que sus respuestas van a ser muy similares.

¡Pues menuda ayuda!

De todos modos y a riesgo de oír algo que no quiero escuchar, hablaré con el mellizo de Jessica hoy en el zoo y luego, a la tarde, lo haré con Yanira. Tengo que saber cómo actuar antes de las nueve, que es la hora a la que he quedado con Dorian.

Al pensar en su nombre, me viene a la mente el tiempo que estuvimos ayer enviándonos mensajes. Me preguntó si podía llamarme, pero le dije que no, que tenía al pequeño durmiendo a mi lado. Era mentira, por supuesto. La verdad es que no me encontraba capaz de entablar una conversación con él. ¡Ni tampoco sé cómo voy a hacerlo esta noche!

¡En menudo lío me he metido!



—Vaya, vaya —dice Lázaro entre risas—. Así que en el fondo eres una tigresa, ¿eh, Sirenita? —me suelta con sarcasmo, usando el apodo que me ha puesto Dorian y que a él parece haberle gustado.

—No me toques las narices, Lázaro —le increpo.

—La culpa es tuya por contármelo… ¿Acaso no te ha dicho nunca Jessi que yo no sé tener la boca cerrada?

Rompe a reír a carcajadas y echa a caminar detrás de los niños, que van cada uno a un lado de Tirso, de su mano. Se lo están pasando de vicio. ¡Quién fuese niño para vivir con la única preocupación de que el hipopótamo está dentro del agua y no se puede ver bien!

—Vamos a la cueva de los reptiles —indica Tirso, volviéndose hacia nosotros y señalando el lugar.

Asiento con la cabeza y les sigo. Sin embargo, el no escuchar a mi acompañante me hace girarme, y veo cómo se sienta en un banco de madera que no está a más de dos metros de distancia.

Extrañada, echo a caminar hacia él, ya que Tirso cruza la puerta de la sala de los reptiles sin echarme en falta. Tal vez ha pensado que me quedaría con Lázaro, ya que desde que hemos entrado en el zoo llevamos hablando sin parar, mientras que él hace de canguro.

—¿No vas? —le pregunto, y me acomodo a su lado.

—¿A ver a esos bichos espeluznantes, largos, viscosos y con unos ojos que dan miedo? No, gracias. —Parece tan determinante, que me causa gracia. Lázaro siempre suena a comedia, por muy serio que sea el asunto. Al menos, yo lo siento así, excepto ahora, que de verdad parece angustiado.

—Uh, ¿en serio te da miedo un animal que ni siquiera tiene patas? Solo son serpien…

No termino de decirlo, porque no puedo contener la carcajada al ver su mohín de asco y el repelús que le ocasiona escucharlo.

—No me las nombres, Melissa —me pide, demasiado serio aún—. Tengo un trauma con ellas.

Esto se pone interesante.

—¿Y no vas a contármelo? Yo te he confesado lo de… lo de…

—Lo de tu jefe —termina él por mí—. Ese al que te vas a tirar esta noche, ¿no? —Su rostro vuelve a ser el mismo: alegre, entusiasta y con un deje de complicidad que te hace sucumbir a sus encantos.

—¡Lázaro! —lo reprendo. Creo que me he puesto hasta colorada—. Baja la voz al menos.

—Está bien —concede. Al principio pienso que me está dando la razón en cuanto a bajar el volumen de voz, pero nada más comenzar a hablar me percato de que se refiere a otra cosa—. Jessica estaba creciendo. No me hacía mucho caso. Le estaban saliendo tetas y yo era el pesado de turno que no paraba de incordiarla con el tema. Y ella me ignoraba, siempre estaba con Alicia de un lado a otro. Todo el mundo hablaba de la «mujercita» de la casa.

—Ains, qué mono. Estabas celoso… —digo con voz ñoña.

—Pues sí. Por eso un día y mientras Jessica dormía la siesta, le metí en el escote una rana que había cogido de un pequeño estanque que había en la gruta donde solía meterme con mis amigos. ¡Se lío parda! Jessica casi me parte la cara…

—¿Y? —A pesar de lo divertido de la historia, aún no comprendo su aversión a esos reptiles.

—¿Has oído eso de que la venganza es un plato que se sirve frío? —Asiento—. Pues dos semanas después, Jessi me metió en la cama una culebra. Me desperté en mitad de la noche sintiendo cómo me subía por las piernas.

¡Flipo!

—¿En serio?

—Sí. —Lázaro está serio de nuevo. Sin embargo, de pronto y sin previo aviso, vuelve a sonreír de ese modo tan particular que tiene, ese que te hace ver que ese niño travieso sigue estando vivo en su interior—. Ahora te toca… ¿te vas a tirar a tu jefe antes o después de decirle que es el padre de Hugo?



Son casi las siete de la tarde. Acabo de llegar del zoo cuando veo que mi madre se dispone a marcharse. La miro con interés.

—¿Ya te vas? —le pregunto.

—Sí. —Frunzo el ceño en respuesta—. Te dije ayer que hoy trabajaba doce horas. De siete a siete. Estoy supliendo a una compañera que tiene enferma a su hija.

—Ah, de acuerdo —concedo—. Creía que entrabas a las nueve.

¡Normal! Ayer no era consciente ni del suelo que pisaba, cuanto menos estaba por la labor de escuchar nada ni a nadie.

A ver qué tal se plantea hoy el asunto…

Lázaro le ha preguntado a Hugo si quería dormir en su casa y este ni se lo ha pensado. Le he dado las gracias varias veces, pero él me ha asegurado que no tengo que hacerlo y que se lo pague aprovechando muy bien la noche, ya que estaré sola en casa. Después de eso, se ha puesto a mover arriba y abajo las cejas en un gesto cómico, pero cuyo significado era más bien obsceno.

Mi madre me da un beso antes de irse a trabajar y, una vez que lo hace, empiezo a darme cuenta de la situación a la que voy a enfrentarme en apenas un par de horas. Nerviosa, salgo corriendo hacia el sofá, tomo el teléfono y llamo a Yanira. Ya sé que Lázaro se ha empeñado mucho en dejarme claro lo tengo que hacer, pero yo tengo que consultárselo a Yanira. Ella es mi Pepito Grillo particular.



Pues ¿sabes qué? Que tener amigas para esto es un asco. Apesta. ¿Por qué? Pues porque va y me dice: «Melissa, cariño, Adrián tiene razón. Debes decírselo a Dorian». Claro, eso fue de después de haber flipado con toda la revelación, a pesar de que a ella no le causó el mismo impacto que al resto, ya que estaba conmigo la noche que me fui con Dorian del *pub* mientras ella se daba el lote con el «macizo» de la pista.

Según mi amiga, lo que tendría que hacer es invitarlo a casa, cenar con él y antes de pasar al postre, que ya sabemos cuál es, contárselo. Es de la opinión de que Dorian debe ser quien elija si quiere que ese «a escondidas» vaya a más, una vez que conozca las implicaciones que hay de por medio.

¡Pues una mierda!, lo que decía yo.

Eso no me vale para nada.

No me sirve su consejo ni el de Lázaro, ya que, aunque ambos coinciden en que la noche debe contener la revelación, el hermano de Jessica opina que primero nos quitemos el calentón y luego hablemos; por si acaso se tuerce el asunto, al menos, el polvo no me lo quita nadie.

Nada, me queda una hora para que Dorian llegue y yo aún con estas pintas y sin tener nada, pero nada en claro. Corro al baño para comenzar a prepararme, ya que suelo ser bastante tardona y hoy no me sobra el tiempo. Y lo peor es que no quiero llegar tarde, como es algo habitual en mí.

A ver, que quien dice llegar, dice abrir la puerta, porque lo que es salir, no creo que lo hagamos. Escondidas es eso: escondidas, sin que nadie nos vea, ocultos.

Después de salir de la ducha, me envuelvo en la toalla y empiezo a ponerme la crema corporal que tanto me gusta con olor a coco. Al acabar, me percato de que la ropa sigue en mi cuarto, así que salgo disparada hacia él. Miro y remiro lo que he elegido, aunque no sé si será adecuado. ¿Qué te pones cuando vas a consumar ese «a escondidas» que tanto te taladra la mente? O mejor aún, ¿qué ropa es la adecuada para confesarle a un tipo al que «acabas de conocer» que es el padre de tu hijo?

Como si lo estuviese invocando con la mente, mi teléfono comienza a vibrar. Me asomo de reojo y veo el nombre de Dorian destellando en la pantalla. De inmediato y como acto reflejo, compruebo la hora. Vale que yo siempre llegue tarde, pero aún quedan veinte minutos para la hora establecida.

Dorian

Ha sido un día intenso, por llamarlo de algún modo. Me he levantado temprano y con intención de ir a ver a mi madre, pero justo cuando estaba aparcando en la clínica, he recibido una llamada de la misma. Mamá ha protagonizado un ataque de agresividad y han tenido que aislarla y sedarla para que se tranquilice, por lo que por el momento no podía pasar a visitarla. Esa información me ha dejado preocupado, porque nunca antes le había sucedido algo parecido, pero, según el médico, tampoco será la última que tenga. Como ya nos advirtieron, la enfermedad está avanzando rápido, por lo que sus síntomas también lo hacen.

Debido a este suceso, me volví al hotel a descansar. Anoche me acosté muy tarde y hoy la falta de horas de sueño me está pasando factura. Aun así, no iba dejar de ir a visitar a mi madre por dormir dos horas más. Ya podré descansar en otro momento… o mañana…

Una vez en la cama, no me es fácil conciliar el sueño, ya que no paro de pensar en su situación. Me preocupa lo rápido que se agrava su estado, a pesar de encontrarse en la mejor clínica del país o eso nos han vendido; al menos, por lo que cuesta, debe de serlo. Cosas de este tipo son las que me hacen plantearme de un tiempo a esta parte el hecho de que erré en mi decisión, porque… ¿para qué quiero el dinero si no me sirve para conseguir algo tan simple como disfrutar de mi madre ahora que soy consciente de que quiero y necesito hacerlo? Me siento fatal cada vez que me doy cuenta de los años que he tirado a la basura, del daño que le hice a la gente que me importa y todos los recuerdos que no poseo por haber estado borracho, o vete a saber qué, cuando los viví. Me apena demasiado saber que esos instantes ya están muertos, porque mi madre los ha olvidado y yo también… Simplemente, ya no existen.

Cuando empiezo a notar que los ojos se me cierran, la puerta de la *suite* se abre.

¡Joder!

—¿Aún en la cama? —me pregunta Sandra, sentándose en la cama—. Menuda juerga te tuviste que pegar ayer para que aún estés durmiendo. —Ni me molesto en girarme para contestarle, creo que con el bufido que he lanzado al aire ha tenido suficiente—. Venía para que bajásemos juntos a almorzar.

—No tengo hambre —respondo, aún acostado.

—Pues te la inventas —me replica ella muy seria—. Marcelo y tu padre están aquí.

«Lo que me faltaba».

—¡Genial! —exclamo, retirando la sábana e incorporándome.

Y cuando parecía que nada podía ir peor…



Tras una comida más que eterna, nos despedimos de mi hermano y mi padre. Estoy deseando volver a acostarme, porque ahora sí que siento que me pesa todo el cuerpo. Quiero estar bien despierto para esta noche, pero parece que todos se han confabulado para que no lo consiga.

Y hablando de esta noche…

—Nos vemos luego —dice mi padre justo antes de irse.

—Yo no puedo ir —le contesto tajante, ganándome una mirada de asombro por parte de Sandra.

Pensaba dejarla tirada para hacerle entender que ya está bien de hacer planes que me incluyan

sin consultarme, pero siento que responder en este momento de forma afirmativa y luego no acudir es pasarse un poco de la raya.

—¿Y eso por qué? Sandra no nos había dicho… —comienza él.

No le dejo continuar.

—Mi madre ha tenido un episodio fuera de lo que viene siendo habitual. A las seis, Héctor y yo nos reuniremos con el doctor. Nos ha hecho el favor dada la situación y…

—Dorian —me interrumpe Sandra—, tú lo has dicho: a las seis. La cena es a las nueve.

Me mira con un mal gesto. Quiero replicarle, juro que estoy deseando hacerlo. Sin embargo, mi padre no me da la oportunidad. Creo que se ha percatado de mi malestar.

—Sandra, no ocurre nada. Es normal que no se sienta bien con todo lo que le ha ocurrido a su madre y que tampoco esté de humor para cenas después de hablar con el doctor. No te preocupes, Dorian. Lo pospondremos para la semana que viene.

—Gracias —le respondo, agradecido de verdad.

Aunque lo que él no sabe es que, a pesar de que se lo agradezco, si él no hubiese intervenido en mi favor, yo no hubiese ido de igual modo. Siempre me han dicho que soy un egoísta y, en esta ocasión, iba a actuar como tal.

Por el rabillo del ojo veo que Marcelo me mira con una mueca burlesca en el rostro. ¿Pero qué mierda se cree este? ¿Que es mentira? Juro que me entran ganas de borrarle el gesto de un…

—Dorian. —Muevo la cabeza en un acto reflejo. Enfoco la vista y me encuentro con mi padre observándome con preocupación—. Ya sabes que lo que sea, ¿verdad?

Asiento en agradecimiento. No necesito más palabras, ya sé a qué se refiere: el precio del tratamiento. Si este episodio requiere de algún tipo de medicación extra, mi padre me está diciendo con eso, como ya lo hizo en su día, que ni me lo piense, que acepte todo sin importar el coste y, lo más importante, sin consultarle siquiera. Y ¡menos mal! Mi poder adquisitivo no es tan amplio como para solventar el ingreso y todo lo que ello conlleva.

Después de eso, Sandra se agarra de mi brazo y nos marchamos hacia la *suite*, donde estoy deseando llegar para dormir.

—¿Puedo saber a dónde y con quién te vas esta noche? —me plantea en el instante en que cierra la puerta de la habitación.

¡Qué condena, Dios mío!

—¿Acaso no me has oído abajo? —le increpo de malos modos.

—Eh, conmigo no te pases ni un pelo —me advierte, poniendo los brazos en jarras.

—Tú saliste anoche y yo no te he preguntado nada, ¿verdad? —Ella frunce los labios y asiente—. Pues aplícate el ejemplo.

No me gusta ser tan borde y, mucho menos, con Sandra. Sin embargo, de unos días para acá, me resulta demasiado agobiante. No me deja respirar, moverme con libertad y hasta intenta coartarme los planes. Jamás se ha inmiscuido en si entro o salgo, o si lo hago solo o acompañado. ¿A qué viene tanto interés ahora?

—¿No habrás quedado con…?

De acuerdo, ya sé por dónde van los tiros.

«¡Idiota, Dorian! ¿Cómo no te has dado cuenta antes?».

—Con nadie, Sandra. Con nadie. Voy con Héctor a la clínica para hablar con el médico y si no te lo crees, puedes venir tú también y corroborarlo por ti misma. —Mi voz sale grave. Estoy molesto y no puedo ni tengo ganas de disimularlo.

No sé si mi respuesta le satisface o no, porque no me contesta nada. Tan solo me mira, aún desde la puerta.

—Dorian —dice al cabo de unos minutos en silencio. No descifro el matiz que transmite su voz.

—Si no te importa, anoche me acosté tarde. La cena con Héctor se alargó bastante y he madrugado para ir a ver a mi madre, de modo que si no tienes nada interesante que decirme… ¡buenas tardes!

Me giro y subo las piernas a la cama. Me tumbo y le doy la espalda. Quizá, así, capte la indirecta y se vaya. ¡O que se quede! ¿La verdad? Me da igual. Yo solo voy a intentar dormir.



La reunión con el doctor Cifuentes, el médico que trata a mi madre, se ha alargado más de lo que creía. Las expectativas no son buenas. El episodio de ira forma parte del agravamiento de la enfermedad y nos ha garantizado que se van a volver a repetir. Está en la fase seis y temen que no tarde mucho en aparecer signos de la séptima y última.

Desolador.

Horrible.

Doloroso.

¡Esto no puede estar pasando!

Miro a Héctor según caminamos por el aparcamiento de la clínica y compruebo que está mucho más entero que yo, que estoy a punto de derrumbarme. No, lo que de verdad siento es impotencia. Una demasiado grande como para cargarla sobre mis hombros. Me siento frustrado, agobiado, enfadado… Tengo ganas de partir algo, de emprenderla a golpes con lo que me encuentre, de descargar sobre algo esta furia que me consume y no quiero tener que disimular que lo siento, como debo hacer cada día en cada faceta de mi vida. Estoy harto de ser quien no soy, de comportarme como no quiero y de tener que aguantarme las ganas de vivir.

—No podemos hacer nada, Dorian —me dice Héctor, que se ha dado cuenta de cómo mi estado va empeorando según nos vamos alejando de la clínica.

—No lo entiendes, Héctor —le replico.

—Claro. Sí que lo hago, pero es que… —me corta él.

No necesito palabras bonitas o endulzadas. No soy un niño y sé lo que se nos avecina encima. El problema no es ese, el problema radica en mi conciencia, es ella la que no me deja dormir por las noches. Soy consciente de cuál es el futuro, sin embargo, lo que me atormenta es el pasado. Y contra eso no se puede luchar.

—Yo… Si me hubiese dado cuenta antes… Tal vez… Yo… —Quiero exteriorizar lo que siento, pero me cuesta hablar. Noto que me falta el aire y que las palabras se me atragantan sin remedio.

—Mírame, Dorian —me pide, tomándome de los hombros y haciendo así que detenga mi errático caminar por el aparcamiento—. Nadie tiene la culpa de esto. Aunque te hubieses dado cuenta en los inicios, tampoco podríamos haber hecho nada.

—Pero… el tratamiento… y…

—Dorian, ¡para ya de autocastigarte! Su enfermedad no es tu culpa. Ni tuya ni de nadie. Y que te entre en la cabeza: ni todo el oro del mundo puede frenarla. ¡Conciénciate de eso!

Niego con la cabeza y echo a andar otra vez.

«Esto no puede estar pasando…», me repito de nuevo.

No…

—Espera. —Héctor sale corriendo detrás de mí—. No voy a dejar que te marches en este estado —me dice, colocándose a mi lado, junto a mi coche, el cual ya está desbloqueado y listo para emprender la marcha.

—Aunque tenga ganas, no voy a cometer un error, Héctor. Puedes estar tranquilo. Si tomé la decisión correcta fue solo por ella, pero ahora estoy muy bien así y no voy a tirarlo todo por la borda —le aseguro.

Soy consciente de qué es lo que teme. Mi estado emocional ahora mismo no es el mejor y, para controlarlo, asimilarlo o, simplemente, ignorarlo, antes solía beber. Ahora, no sé qué haré. Pero necesito que desaparezca, junto con las ganas de llevarme una botella a los labios.

Me abro con rapidez los botones de la chaqueta, y lo hago bajo la atenta mirada de Héctor. Necesito sentir que el aire entra en mis pulmones y esta mierda de prenda me asfixia como nunca. Me aflojo la corbata y, al final, me la quito de un manotazo y la lanzo en el interior del coche. ¿Qué más da si pierdo la compostura? Ahora solo me importa una cosa y no es, ni por asomo, lucir elegante.

—Vamos, demos un paseo —me sugiere Héctor, y ¿la verdad?, creo que me hará bien despejar la mente un poco, charlar sin medir las palabras y sentirme apoyado por quien de verdad lo hace.

Dorian

Tras despedirme de mi hermano, ya bastante más tranquilo y sosegado, decido ir en busca de Melissa. Si bien mi estado no es aún óptimo, creo que soy capaz de continuar con mi día. Además, tan solo pensar en ella hace que me encuentre con ganas de avanzar.

Miro el reloj y, aunque aún queda casi cuarenta y cinco minutos para la hora a la que hemos quedado, me digo que no importa. Al fin y al cabo, mientras llego y busco dónde aparcar, estoy seguro de que ya no restará tanto para que sea el momento de vernos.

Pero…

Resulta que hay un aparcamiento justo en la esquina de la calle donde vive Melissa, solo que yo, la última vez que vine —porque la primera no cuenta, ya que hice una parada rápida en carga y descarga—, no lo vi porque iba demasiado ocupado preocupándome por el estado en el que se encontraba la pelirroja tras el desmayo. Algo que, por cierto, aún no sé a qué se debió.

Miro el reloj al bajarme del coche. Quedan veinticinco minutos para la hora. He llegado mucho antes de lo previsto. Hoy nada parece dispuesto a colaborar. Apenas había tráfico, algo raro teniendo en cuenta que me he visto obligado a cruzar gran parte del centro de la ciudad.

¿Me quejo? No.

¿Me extraña? Sí.

—Pues… —me digo a mí mismo— tampoco ocurre nada si llego antes, ¿verdad?

No voy a mentirme, estoy deseando tenerla frente a mí, así que para qué voy a esperar más. Salgo a la calle y me dirijo hasta el portal.

En unos pocos minutos llego, apenas me separaba una calle de él. Una vez que me hallo frente a las puertas de cristal, toco el botón del piso de Melissa.

Me sorprendo al notar un cosquilleo en el estómago a la par que mi dedo se hunde en el marcador.

«Putas hormonas», me reprendo.

«Parezco un adolescente en su primera cita».

¿Cita? ¡Esto no es una cita!

Una cita implica varias cosas que aquí no vamos a tener, como por ejemplo: rosas, música, vino…

Sexo…

Eso sí, o espero…

Inspiro con fuerza mientras aguardo a que ella responda a la llamada y me deje subir.

Pero eso no sucede.

¿Acaso no está en casa?

¡¿Y dónde está?!

¿Se habrá arrepentido?

Rezo porque no sea así.

Repaso mentalmente nuestra conversación y, sí, habíamos quedado en que yo venía a buscarla.

Saco el teléfono, releo los mensajes para cerciorarme de que mi mente no está confundida y, al comprobarlo, la llamo. Sí, es cierto que no dijimos nada de permanecer en su casa —aunque para mí era obvio—, pero, al menos, debería estar aquí. Quizá sea mejor decirle que ya he llegado y que ella decida qué hacer. Tal vez no esté sola y prefiera que me quede aquí fuera.

¡Mierda!

No había pensado en esa posibilidad.

Mis planes no incluían salir, por eso del «a escondidas». No es que me disguste el hecho de que puedan verme en su compañía, aunque eso sí que podría ocasionarme algún que otro contratiempo con Alessandra.

Por fin, el teléfono comienza a sonar.

Un tono.

Dos.

Tres…

¡Nada! ¡No contesta!

Estoy a punto de enviarle un mensaje y decirle que me avise cuando esté lista. Ya daré una vuelta por la zona mientras la espero. Tampoco quiero parecer un desesperado.

Y justo en ese momento en el que estoy a punto de irme, llega una joven de más o menos mi edad y abre la puerta que da paso al edificio.

—¿Entras? —me pregunta, haciéndome un repaso de arriba abajo.

¿Entro?

—Sí, entro. Gracias. —Y atravieso el umbral justo detrás de ella.

Pero…

¿Qué hay de eso de «quizá no esté sola en casa»?

La amable muchacha se para en el ascensor y pulsa el botón. De modo que me detengo a su lado y espero… en silencio. Cuando las puertas se abren ante nosotros, la dejo entrar primero y luego, al hacerlo yo, ella se fija en que pulso el botón del octavo.

—¿Eres el nuevo novio de Melissa?

Su pregunta casi hace que me atragante. Me quedo mudo de repente sin saber qué contestar, porque no me queda muy claro qué es lo que me ha dejado más sorprendido, si la palabra «novio» seguido de «Melissa» o eso de «nuevo». ¿Cómo que nuevo?

—Soy un amigo —le contesto, reprendiéndome por el hecho de contestarle y darle una información que no es de su incumbencia.

¿Y a ella qué más le da?

—Debería sentar la cabeza de una vez. Ese crío necesita un padre.

Empiezo a alucinar con esta chica.

—¿Cómo sabes que voy a…? —empiezo, a pesar de que debería morderme la lengua en lugar de hablar.

—Porque de las tres casas que hay arriba, una está en venta, en la otra vive una pareja de recién casados que aún están de viaje de novios y, además, no van mucho con tu… —me hace otro repaso visual— tu estilo. Eso sin contar que te vi el otro día cuando la trajiste a casa.

Intento hacer memoria de lo que está diciendo y… ¡ya sé quién es! El día que Melissa se bajó espantada de mi coche y se dejó el bolso. Esta es la joven que tan oportunamente llegó —igual que ha pasado hoy— y abrió, logrando así que mi huidiza pelirroja se escabullese antes de que pudiese detenerla.

—Ha sido un placer. —Su voz interrumpe mis pensamientos. Alzo la mirada y veo que las puertas están abriéndose en la planta dos—. Mi nombre es Esperanza. Me bajo aquí. Dale recuerdos a Melissa —me suelta con una sonrisilla traviesa.

Las puertas del ascensor vuelven a cerrarse frente a mí. No reacciono ni a despedirme, porque aún no he terminado de procesar la duda que ha ocasionado en mi interior la intervención de esa muchacha. ¿Ha intentado ligar conmigo?

Mientras asciendo, voy recreando en mi mente la conversación con… ¿Esperanza? Sí, creo que eso ha dicho y sí, también estoy seguro de que estaba intentando ligar conmigo, sobre todo, por esa sonrisita final. Cuando me detengo en el octavo, salgo.

Ya en el rellano, me paso las palmas de las manos por el pantalón. ¡No puedo creerme que esté sudando! ¿Por qué? No es la primera vez que hago esto… ni tampoco con ella.

«Respira, Dorian. No tienes edad para estas tonterías».

«Es una más», me digo, pero bien sé yo que no es así. De serlo, no me sentiría tan ansioso.

Toco el timbre de la puerta y afino el oído, esperando oír los pasos de un crío inoportuno que viene corriendo dispuesto a fastidiarme mis planes para esta noche. O, tal vez, el sonido de unas zapatillas que preceden la imagen de Ana Mari, su madre, abriendo la puerta y mirándome con un mal gesto, porque no aprueba «mi amistad» con su hija. Pero… ¿quién puede culparla? Nadie, después de lo de Ricky.

Estoy preparado para todo.

Sin excepción.

Rectifico.

Para todo, menos para esto.

«Contente, Dorian».

«Aguanta», me digo.

Cierro los ojos haciendo acopio de mi fuerza de voluntad, pero la visión que tengo ante mí es tan apetecible que vuelvo a abrirlos de inmediato. No quiero perdérmela, ¿por qué voy a intentar disimular lo contrario?

Repaso de arriba abajo a Melissa, que está delante de mí, sosteniendo la puerta y tan solo con una toalla envuelta en el cuerpo. Si esto no es una señal de que me estaba esperando, no sé qué puede ser.

Me paso la lengua por los labios y me los humedezco. Después, trago con dificultad.

Tengo que resistir a la tentación de…

Tarde, la sangre ya no me llega al cerebro.

El sentido común no es quien gobierna ahora mismo mis actos.

Por eso, y sin decirle ni siquiera un «hola», me abalanzo sobre ella.

Ávido.

Ansioso.

Loco de deseo.

Coloco mis manos en su nuca y empiezo a devorar su boca. Siento cómo ella trastabilla un poco hacia atrás a consecuencia de la impresión, pero, para mi sorpresa, no se amilana ante mi ataque, sino todo lo contrario. Me pasa las manos por el cuello y comienza a devolverme el beso, siendo su lengua la primera en invadir mi boca. La siento cálida y suave en su lucha con la mía.

Si el verla prácticamente desnuda me había encendido de un modo inimaginable, el notar que me responde de este modo y que está tan ansiosa de mí como yo de ella, me hace enloquecer, tanto que la erección que tengo empieza a molestarme enjaulada como está. ¡Y eso que esto acaba de empezar!

Paso las manos por su cuerpo y con un impulso la hago subir a horcajadas. Ella me envuelve con sus piernas. La tela de mis pantalones, que me separa de sentir su piel húmeda sobre mí, comienza a estorbarme. Noto que alarga la mano por detrás de mi cuello y, de reojo, veo lo que está haciendo. Al percatarme de ello, levanto la pierna y de una patada, acabo con lo que ella ha comenzado. Ni siquiera el ruido de la madera al cerrarse de golpe nos hace desistir de nuestro ardiente juego de lenguas.

Deslizo las manos por sus muslos desnudos y sigo subiendo hasta sus nalgas, también desnudas. Un suspiro de placer pugna por salir de mi boca, pero los labios de Melissa se lo beben y eso me pone a mil. Giro sobre mí mismo y la pongo contra la puerta, apoyada en ella y sintiéndola sobre mi sexo, que está deseoso de escapar y poder disfrutar de todo lo que me está ofreciendo.

Ella arrastra las manos por mis hombros y tira de mi chaqueta con ímpetu, hasta que, con un poco de ayuda por mi parte, esta cae al suelo, a nuestros pies. Después y sin separarse de mis labios, empieza a quitarme los botones de la camisa. El roce de sus dedos me hace anhelar que me acaricie un poco más, con más detenimiento y por todas las partes de mi cuerpo. Excepto una, porque si siento su roce, acabaré antes de empezar. Necesito desfogar un poco a la fiera, para poder deleitarme después de todos los modos posibles.

A pesar de que todavía no estoy saciado de su boca, tengo la necesidad de explorar, saborear y conocer otras partes de su cuerpo. Mi lengua se vuelve traviesa mientras se la paso por el cuello. Lamo cada centímetro de ella y me embriago con su olor, uno a limpio y a coco. Succiono un poco justo detrás de la oreja y ella se encoge con una risilla traviesa.

—Dorian —me dice, pegada a mi oído.

Su voz suena muy sensual y siento un nuevo tirón en la entrepierna al escucharla pronunciar mi nombre de ese modo. Juro que si lo hace otra vez, puedo correrme aquí mismo.

Vuelvo desesperado a sus labios, los apreso con ansias y podría decirse que casi los devoro. Ella no se queda atrás. Me muerde el labio inferior en una de sus acometidas y justo en ese momento, alzo una mano y tomo el borde de la toalla entre mis dedos. Melissa se separa un poco de mí y, sin despegar sus impresionantes ojos azules de los míos, pone l asuya sobre mis dedos, los aparta con delicadeza y… se desprende ella sola de ese minúsculo trozo de tela que me separaba de tenerla entre mis brazos como llevo tanto tiempo deseando: desnuda.

Una piel blanca, suave y sin una sola marca de sol me da la bienvenida. Me deleito mirándola durante varios segundos. Quiero recordarla bien para poder fantasear con su cuerpo cuando no la tenga conmigo. Ella me observa a la vez que yo no aparto los ojos de su figura. Aleja la mano que permanecía aún en mi nuca, se agarra los pechos y me los ofrece. Vuelvo a apretar con fuerza su trasero, empujándola hacia mí y metiendo la cabeza entre esos dos montículos, degustándolos y arrancando los primeros gemidos de placer de esa sensual boca, que se halla entreabierta mientras se deleita con mis atenciones. Separo un poco la mano derecha y la desplazo hacia abajo. La coloco sobre sus pliegues, húmedos y dispuestos a recibirme. Un jadeo escapa de su boca en el instante en que siente entrar mis dedos en ella, el mismo que a mí me hace estremecer de la cabeza a los pies.

Uno.

Dos.

Tres…

Sigo con mis envites y ella jadea con cada uno de ellos. La oigo murmurar mi nombre cerca de mi oído. Su voz es sensual, caliente, suplicante…

Necesito acabar con esto ya, porque estoy a punto de correrme solo con verla y escucharla gemir. Pero no lo haré hasta saber que la dejo saciada. Cierro los ojos y me concentro en aguantar en lugar de sentir. Algo complicado en estos momentos.

—Dámelo ya, Dorian —me ruega en voz trémula.

Después, se acerca a mis labios y los demanda con fogosidad, anhelo y desesperación. Me veo obligado a retirar mis dedos de su interior, porque, aunque lo deseo, estoy tan impaciente por sentirla a mi alrededor como ella por tenerme dentro. Saco a toda prisa un condón del bolsillo del

pantalón e, inmediatamente después, me lo desabrocho y lo dejo caer, todo eso con una mano y dándole apoyo con la otra. Ni siquiera sé cómo me lo pongo, imagino que pura inercia, eso y que Melissa parece sostenerse bien agarrada a mi cuello y mi cintura. En cuanto lo tengo enfundado, me cuelo en ella de un solo movimiento. La desesperación y el ansia con las que lo hago hace que su espalda dé contra la madera y esta origine un golpe que ha debido escucharse hasta en el portal.

Empiezo a moverme en su interior y si mis ganas de ella eran extremas, las de Melissa no se quedan atrás. En poco más de tres embestidas, la siento tensarse y cómo sus músculos se contraen a mi alrededor. Empujo con más fuerza y junto a mi propio desahogo siento el gemido de placer que sale de esa pequeña y sonrosada boca que no me canso de devorar.

Melissa

«La lujuria está bien: el sexo es bueno. Despeja la mente y alegra el corazón » .
—Fernando Vallejo—

Aún tenemos la respiración entrecortada y estamos sudados y jadeantes, cuando siento cómo Dorian deja caer su frente contra la mía. Nuestros alientos se mezclan y juro que si no me encontrase en esta posición que tan incómoda me parece ahora, volvería a besarlo.

¡Vaya entrada!

Sí, señor.

Reconozco que he tenido algo de culpa, porque tras recibir su llamada, la cual no me dio tiempo de descolgar, me entró un mensaje de Esperanza, que decía: «Qué calladito te lo tenías. Menudo maromo».

Cuando me vine a vivir aquí, hicimos bastantes migas, ya que ella se había mudado con sus padres, que viven en el segundo, porque Enriqueta, su madre, estaba delicada de salud. Congeniamos mucho y aún lo hacemos. No somos íntimas, pero si nos hemos echado más de unas risas juntas. Así que no tenía que ser muy lista para saber que si Dorian me llamaba antes de tiempo y ella me enviaba un mensaje… ¡Bingo! Estaba de camino.

¿Por eso he abierto la puerta prácticamente desnuda?

No... y sí.

No, porque desde que he leído el mensaje y el timbre de la puerta ha sonado no han pasado más de dos minutos, por lo que no me daba tiempo de colocarme poco más que el sujetador o una camiseta de dormir.

Sí, porque sabía que era él y quería tenerlo bien dispuesto y… ¿por qué no decirlo? Caliente. Aún no sé cómo se va a tomar la noticia, así que prefería que estuviese ansioso por obtener algo y, de ese modo, supongo que también un poco más receptivo.

—Hola —me dice, abriendo los ojos, los mismos que había cerrado en cuanto se dejó caer sobre mi frente. Me obsequia con una sonrisa sincera, que se refleja en su mirada. Una que brilla como nunca antes lo había hecho conmigo.

Le acaricio el pelo con las manos y le devuelvo el gesto a modo de saludo. Ambos nos observamos cara a cara y en silencio.

—Estás sola en casa, ¿verdad? —me pregunta. Y por la cara que pone estoy segura de que es la primera vez que se lo plantea desde que ha cruzado la puerta.

Me sorprende tanto su cuestión que, sin apenas pensarlo demasiado, decido gastarle una broma, a ver cómo reacciona. Simulando una cara de inocente, que estoy segura de que no tengo, abro los ojos en una mezcla entre asombrada y espantada, y…

Imitando mi gesto, Dorian me baja de inmediato, porque aún sigo anclada a sus caderas, y se gira rápido hacia el pasillo. No sé qué estará pasando por su cabeza ahora mismo, pero me decanto por creer que se imagina a Hugo en medio del corredor, traumatizado, mirando cómo este hombre malo le hacía cosas a su mamá. La escena es tan cómica en mi cabeza que me es imposible contener la risa. Y esas ganas de reír se incrementan con la que estoy presenciando, es decir, a Dorian con los pantalones en los tobillos, el condón colgando y la cara desencajada. La carcajada que suelto le hace dar un respingo y es entonces cuando se percata con claridad de que todo ha sido una burla por mi parte.

—Serás… —me dice, dando un paso al frente.

Mis ojos se dirigen hacia su miembro, del que aún cuelga el preservativo. Al percatarse del rumbo de mi mirada, se calla y lo sigue.

Cuando ve lo mismo que estoy observando yo, es decir, su estado y la poca compostura que tiene en esta situación, rompe a reír también.

No sé él, pero yo no puedo dejar de hacerlo. Intuyo que los nervios también están influyendo en mi forma de reaccionar, porque ¿cómo le digo *eso* después de lo que hemos vivido?

«Tengo que hacerlo», me autoimpongo.

«Claro, es el momento. Ahora no puede salir corriendo», añade otra vocecita en alguna parte recóndita de mi mente. «Tiene, literalmente, las bolas colgando. Aprovecha».

Sí, voy a hacerlo.

Inspiro hondo y lo miro.

Me preparo.

Espiro.

Las palabras están deseosas de salir por mis labios y…

—A buenas horas lo preguntas, ¿no crees? —le digo al final, aún sonriendo y cerrándome la toalla de nuevo alrededor de mi cuerpo.

Bueno, pues… no, no he sido capaz.

Esto es más complicado de lo que todos piensan.

Y, además, el plan de tenerlo ansioso para soltarle la bomba no ha funcionado.

Y ahora, ¿qué hago yo?



Después de nuestro mutuo recibimiento, dejo a Dorian en el salón mientras que voy a ponerme lo primero que encuentro a mano. Después, ya en el salón, lo sorprendo curioseando todo lo que ve. Toma entre sus manos una fotografía que hay junto al televisor, una en la que salimos toda la pandilla y comienza a preguntarme por cada uno de nosotros.

—Ese es Lázaro y el que está a su lado es su novio, Tirso —le digo, según va señalando a cada uno de ellos con el dedo—. Ese pequeño es Matías, el hijo de ambos. Bueno, de ellos y de la ex de Tirso, que le pidió semen para poder quedarse embarazada.

Dorian vuelve el rostro hacia mí y frunce el ceño.

—¿Su ex? —me inquiere.

¿Por qué se sorprende tanto? Hoy en día tampoco es tan raro ser bisexual.

—Tirso es…

—Ya, ya… —me corta—. No me esperaba lo de que el niño fuese con su propia ex. ¡Menudo culebrón! —suelta, riendo.

—¿Y estos?

Supongo que está haciéndome este interrogatorio tanto solo para ir rompiendo el hielo. Pero quién puede culparlo, yo tampoco tengo muy claro cómo actuar después de lo ocurrido, así que le sigo la corriente y contesto para saciar su curiosidad.

Le voy detallando quién es quién, hasta que me doy cuenta del motivo que ha desencadenado todas estas preguntas, ya que al llegar a Alicia me dice:

—Y esta es la culpable de que Adri esté agilipollado perdido, ¿cierto? Tengo ganas de conocerla.

—Uy, probablemente te cante las cuarenta a la mínima de cambio —le suelto.

Alicia no es desconsiderada ni borde, pero tampoco tiene pelos en la lengua. Todo lo que

posee Adri de cordial y prudente, no lo tiene ella con sus verdades nada endulzadas. Es de las que opinan que cada cosa tiene un nombre y hay que llamarlas como tal. O eso dice, no sé. Yo nunca he mantenido ningún enfrentamiento con Alicia, excepto el de ayer, cuando llegó a pensar que Adri y yo le habíamos mentido en cuanto a la paternidad de Hugo.

Y eso trae a mi mente de nuevo: ¿cuándo y cómo se lo digo a Dorian?

«Ya estás tardando, Melissa», me regaña la voz de mi conciencia.

«Oh, cállate», le replico enfadada.

Dejo de hablar sola en mi mente y vuelvo la atención a Dorian, quien, tras mis palabras, está haciendo un gesto con los labios. Los frunce e inclina la boca hacia la derecha. Es una mueca que asemeja a esa sonrisa torcida que tanto me gusta, aunque es la primera vez que lo veo dedicándomela a mí.

¡Mierda!

Me quedo embobada mirándole la boca y…

Acabo de descubrir que si la sonrisa canalla que suelta de vez en cuando me hace ceder a lo que quiere, ya que es la culpable de que ahora estemos aquí y yo haya accedido a ese «a escondidas», y la traviesa me incita a besarlo, algo que he descubierto que podría generarme adicción, este gesto me enciende… ¡y mucho! Tanto, que noto el calor que me abrasa desde dentro y se concentra entre mis muslos.

Dorian, extrañado por mi silencio, indaga un poco para descubrir cuál es la razón por la que permanezco en absoluto mutismo.

—¿Qué ocurre?

«Si tú supieras…».

En vez de contestar, me quedo anclada en sus ojos negros, los mismos que siguen teniendo ese brillo indescriptible que me atrae a ellos como si de una polilla a la luz se tratase, y, sin saber por qué actúo así, subo la mano y la coloco sobre su mejilla. Mi pulgar se la acaricia despacio. Acto seguido, él gira el rostro y deposita un beso sobre la palma de mi mano.

El estremecimiento que me recorre por completo y el vuelco que me da el estómago al notar su boca sobre mi piel originan que me asuste. Porque… No, yo no… No puedo sentir nada de esto.

Sé a qué se debe y ¡no!

Estoy cometiendo un error. Y uno muy gordo.

No es la primera vez que me ocurre, no soy una adolescente tonta que no conoce sus emociones y los signos de estas.

Y sí, esto es peligroso. No puedo albergar sentimientos por él.

No sé si es por mi cara de espanto —porque estoy segura de que la tengo después de hacerme a mí misma semejante revelación— o, tal vez, es por el hecho de que ha visto en mi mirada algo más, pero Dorian deja la imagen de nuevo sobre el mueble y se vuelve por completo hacia mí.

—¿Acaso no has tenido suficiente? —inquiere divertido, dando un paso en mi dirección.

Si ya antes nos encontrábamos casi pegados, podríamos decir que ahora entre su cuerpo y el mío no pasa ni el aire.

Niego como respuesta a su pregunta.

Lo hago de forma inconsciente.

Y él sonríe travieso al advertirlo.

Acabo de perderme.

Lo sé.

Y él también lo sabe.

Sin esperar invitación alguna, paso las manos por su nuca y con un gesto suave lo atraigo hacia mí, comenzando de ese modo a besarlo de nuevo, pero en esta ocasión sin prisas ni desesperación. Tan solo quiero disfrutar de él despacio, deleitándome en él y con él.

Dorian pasa las manos alrededor de mi cintura y me devuelve el beso. Su lengua no es tan posesiva en esta ocasión, sino que, al igual que la mía, parece querer degustar con detenimiento cada recoveco de mi boca. Ambas parecen querer saborearse con cada movimiento que hacen y hacernos llevar a la locura poco a poco, sin prisa, pero también sin pausa.

—¿El dormitorio? —cuestiona, pegado a mis labios.

Me separo unos centímetros de él y lo agarro del cuello de la camisa. Dorian rompe a reír al ver cómo tiro de la prenda, como si de una *femme fatale* me tratase, mientras que lo hago seguirme hasta la puerta de mi cuarto.



Después de esa salvaje entrada y la posterior invasión a mi dormitorio, me adecento algo mejor, aunque solo sea con un pantalón y una camiseta, ya que, con toda probabilidad, no parece que la dinámica de la noche vaya a variar mucho. Dorian me dice que a no ser que me apetezca salir a algún lugar en concreto, por él nos podemos quedar en el piso. «Así podré hacerte disfrutar cada vez que me entren ganas», han sido sus palabras exactas y, sí, no voy a negar que la proposición es bastante tentadora. Y cedo. ¡Claro que cedo! ¿Quién no lo haría? Además, «a escondidas» es eso.

Hemos quedado para quitarnos el calentón que teníamos, ¿verdad? Pues en eso estamos.

Tras el tercer asalto, Dorian insiste en pedir algo para cenar a pesar de la hora que es. Tenemos que recuperar fuerzas según dice. Me ofrezco para preparar algo rápido, pero se niega en rotundo, alegando que no va a dejar que malgastase energías a lo tonto. También dice que me quiere cien por cien operativa, aunque lo que no sabe es que después de tres *meneos* como los que me ha dado y tan solo unas pocas horas de sueño, sin contar con la caminata del zoo, no sé cuánto tiempo más voy a aguantar despierta.

—¿A esta hora? No vas a conseguir que nos traigan nada. Son casi las once de la noche —le indico, ante su segunda negativa a que prepare algo para «recuperar fuerzas».

—A mí no me niegan nada, ya verás —me responde, muy pagado de sí mismo—. Además, el imbécil de Marcelo es el dueño. —Sus palabras van acompañadas de un bufido.

Me muero de ganas de decirle que ambos son casi idénticos y que me sorprende tantísimo que teniendo solo en común la genética paterna los dos parezcan gemelos. Aún no conozco al padre de Dorian, pero estoy segura de que sus hijos deben ser calcomanías de él, de lo contrario, no entiendo la similitud tan asombrosa entre ellos.

Cuando llega el momento de elegir la comida, Dorian comienza a explicarme que allí preparan los mejores chuletones que probaré en mi vida.

—Pues no lo veo muy probable, porque… soy vegana —le digo.

Mi contestación lo deja sin palabras y casi le da un síncope cuando comprueba que no estoy de broma. Claro que al final le da la vuelta al asunto y la que termina con cara de espanto soy yo cuando, tras la sorpresa inicial, me suelta:

—Permíteme que lo ponga en duda. Te he visto comer carne y no parecías estar muy disgustada.

Su respuesta va acompañada de una mirada burlesca y una sonrisa traviesa que se intensifica mientras se toca la entrepierna. Creo que si no estuviese tan agotada, hasta me sonrojaría por lo soez de su comentario.

«¡Hombres!».

Comienzo a reír ante su contestación y le lanzo un cojín a la cara. Sin embargo, él lo apresa al momento. Hace ademán de lanzarse sobre mí cuando su móvil suena. Maldiciendo, Dorian se levanta a regañadientes, toma el teléfono del bolsillo interior de su chaqueta y descuelga.

Nada más empezar a hablar, me hace un gesto con la mano para que espere y sale al pasillo. No sé con quién conversa, pero parece preocupado. No quiero parecer una cotilla, pero no puedo evitar aguzar el oído para ver si distingo algo de lo que dice.

«Héctor». «Gracias». «Estoy bien». «Mamá». «Mañana nos vemos», es lo único que logro entender, ya que habla casi en un susurro.

Impaciente y nerviosa, me pongo en pie y, sin ser consciente de que lo hago, camino un par de pasos. Al alzar la mirada, veo el cuadro con la imagen de Hugo justo frente a mí. De nuevo, la culpabilidad por callarme semejante información me agobia.

—Te juro que se lo voy a decir —susurro.

—¿Qué es lo que me vas a decir? —interrumpe Dorian justo detrás de mí.

Dorian

La llamada de Héctor no llega en buen momento. A decir verdad, desde que he entrado en este apartamento, ninguno es bueno para que me interrumpan. No quiero perder ni un segundo del tiempo que voy a estar aquí, porque… he descubierto que me siento bien en su compañía. Ha logrado que me olvide del malestar que aún me quedaba dentro y hasta me ha hecho reír de verdad. Me ha recordado mucho a su hermano, quien siempre lograba que se me pasase el mal humor que solía tener cada día después de discutir con Héctor y con mi madre, por supuesto.

A pesar de que gruño al oír la melodía que le tengo asignada, porque así sé que es él, me incorporo para descolgar. Sé el motivo por el que me llama: está preocupado.

No quiero que Melissa se entere de mis mierdas, estoy aquí para algo que no es, ni por asomo, contarle mis miserias. No creo que le interese y, por sentado, que yo no quiero hablar de ellas. Le indico que me espere y, tras descolgar y escuchar las palabras de Héctor, decido que lo mejor será que me aparte un poco, porque, como ya he dicho, no creo que Melissa tenga que conocer determinados aspectos de mi vida.

—Tranquilo, Héctor. Estoy bien —le aseguro, al advertir que está incluso nervioso.

—Te he mandado mil mensajes, Dorian —me informa y su voz baja un par de tonos.

—No los he visto. He estado… *ocupado* —le digo, a ver si capta la indirecta.

—Vale, de acuerdo. No sé con quién ni dónde estás, solo quiero que sigas igual de sobrio cuando acabe la noche —me advierte.

—Ya te dije antes que, aunque lo de mamá me haya afectado de ese modo, no voy a tirar por la borda tanto esfuerzo. —Me molesta que desconfíe de mí. ¿Por qué no me cree? ¿Acaso le he dado motivos durante este tiempo para que piense que voy a agarrarme a una botella al menor contratiempo?

—Claro. Disculpa —me pide—. Confío en ti, Dorian. Te lo juro, pero…

—No te preocupes. Mañana nos vemos. Me estás jodiendo el momento, Héctor. —En vista de que no capta mis indirectas, voy a exponérselo de forma directa.

Cuando termino de decirle eso, mi hermano guarda silencio y por el comentario que hace su mujer, intuyo que o bien tenía puesto el altavoz mientras hablábamos o mi cuñada es una cotilla de campeonato.

—Claro. Mañana nos vemos —concede de una vez.

—Sí, te llamo temprano y quedamos para desayunar e ir a la clínica.

Después, cuelgo y regreso al salón.

Me sorprende ver a Melissa con la vista clavada en el retrato de su hijo. ¡Cómo se parece a Ricky el condenado! De hecho, no sé quién será el padre de la criatura, pero no ha sacado ni un rasgo de él. Incluso, me atrevería a asegurar que no tiene parecido ni siquiera a la madre. ¡Es clavado a su tío!

Al poner el pie en la misma estancia que ella, lo que escucho me deja perplejo, sobre todo, porque continúa con la mirada fija en la imagen.

—Te juro que se lo voy a decir —susurra.

¿Decir?

¿A mí?

—¿Qué es lo que me vas a decir? —le suelto, haciéndola sobresaltar.

Melissa se vuelve hacia mí con la cara casi desencajada, pero su gesto de asombro tarda

milésimas de segundos en desaparecer.

—¿A ti? —me pregunta, carraspeando en el proceso. Mueve la mano para restarle importancia al asunto—. Nada, nada. Son cosas mías. No me hagas caso.

Sin embargo… no sé por qué no me lo creo.

Pero no pregunto, ya que mis labios están ocupados respondiéndole al beso que acaba de plantarme sin previo aviso.



Suspiro y me levanto a regañadientes. No me apetece irme, pero he quedado con Héctor para desayunar y tengo que pasar por el hotel antes y adecentarme un poco. Me hace falta una ducha y cambiarme de ropa.

Al sentarme en la cama, oigo cómo Melissa se vuelve hacia mí. La miro y compruebo que me está observando con los ojos entrecerrados.

—¿Te vas? —Asiento—. Creí que yo era la experta en marcharse a hurtadillas.

Rompo a reír y ella sonríe, aunque de un modo soñoliento.

—No me voy a hurtadillas —le replico, pero sin borrar la sonrisa de mis labios.

—Eso es porque te he descubierto. Tengo oído de mami, que no se te olvide. —Su voz sale ronca por el sueño y, ¡joder!, hasta así me parece sensual. Definitivamente, creo que tengo un problema con esta pelirroja.

—He quedado temprano con mi hermano y tengo que cambiarme de ropa —le digo a modo informativo.

Ella afirma con la cabeza. Tomo mi ropa y comienzo a ponerme el traje, que tan incómodo me resulta en estos momentos.

—¿Te veo luego? —le pregunto, una vez vestido.

Me acerco a la cama y me dejo caer sobre ella. Melissa abre un ojo y vuelve a sonreír.

—¿No te has sacado las ganas con lo de anoche? —Niego. ¿De verdad está insinuando que he tenido suficiente de ella? Es algo que no considero probable—. Pues yo no sé si voy a poder sentarme cuando me levante de aquí, ¿eh? Así que de otro asalto ni hablamos.

Me río de su comentario, pero el sonido de la puerta de entrada a la casa me sobresalta y me hace guardar silencio.

—Es mi madre —me contesta con tranquilidad, a pesar de que no he planteado la pregunta.

—Entonces, ¿qué me dices? —Me pongo junto a ella y le tomo la cara entre mis manos. Le doy un beso y la noto asentir—. Te llamo —le aseguro, antes de volver a besarla y, con menos ganas de las que creía, me separo de su cuerpo y salgo de la habitación.

Apenas he cruzado el pasillo que lleva al salón, cuando me encuentro de frente con Ana Mari. Su gesto al verme lo dice todo, al contrario que yo, que me he quedado callado.

—Deja de hacer lo que sea que estés haciendo, Dorian —me pide en voz baja, pero con determinación.

—Buenos días —le contesto, procurando obviar la amenaza que lleva implícita sus palabras.

Intento pasar por su lado, pero ella me lo impide. No tengo ganas de esto, no ahora.

—Le jodiste la vida a mi hijo, ¿acaso ya no lo recuerdas? Porque yo lo hago cada día, así que mantente alejado de Melissa. No quiero tener que contarle la verdad.

Le mantengo la mirada, desafiándola.

¿Qué verdad?

Ella no sabe ni la mitad.

Cuando Ricky vivía, no era consciente de nada. Siempre estaba drogada con antidepresivos.

¡Adrián tuvo que hacerse cargo de Melissa! Así que no me venga ahora de Madre Coraje.

Me muerdo la lengua para no contestarle. No quiero tener enfrentamientos con nadie y, mucho menos, con ella. Tampoco quiero ser yo quien le cuente lo que de verdad pasó, en parte, porque no sé si estoy preparado para revivir aquello de nuevo. Así que me voy sin despedirme, deseando olvidar sus palabras y con un regusto amargo en el paladar que me recuerda al mismo que tuve aquel día, ese que te deja los restos de sangre después de salir a borbotones de tu boca.

Hace trece años.

—Sabes que te vas a meter en un lío como te pillen, ¿verdad? —le pregunto.

Ricky me mira y afirma con la cabeza. Vive al límite y lo sabe. Es consciente de ello y, por si no fuese suficiente, está jugando a algo o, mejor dicho, con alguien peligroso.

—No seas nenaza, Dorian. De Adri me lo esperaba, pero de ti… —me replica jocoso.

—Tío, es que siempre soy la excusa. Al final, el lío me lo estás haciendo a mí —contraataco, aunque riendo a la vez que lo hace él al escuchar mi réplica.

—¿Estás de coña? No te he oído protestar ni una vez —continúa con las bromas, porque sabe que así me lleva al terreno que quiere.

—Eso es porque la rubia me tiene la boca ocupada —le contesto, y empiezo a mover la lengua en círculos como si me estuviese dando el lote con ella.

Ambos rompemos a carcajadas, mientras que, sin detenernos, vamos caminando hacia el lugar de encuentro.

—¿Pero dónde cojones habéis quedado, mamón? —le recrimino, cuando veo que toma la salida este, hacia las cañadas—. ¡Por aquí solo hay campo, hierba y vacas!

Miro lo que se nos pone por delante y compruebo que, aunque Ricky se ríe con mi comentario, es cierto. Vamos por la cuneta de la carretera comarcal, esa que da a las afueras y a las parcelas de terreno de los ganaderos y agricultores.

—Me ha enviado un mensaje a última hora y me ha dicho que nos vemos junto a aquella señal de allí. La grande y verde que tiene las dos flechas, ¿la ves?

—Claro que la veo, idiota. No llevo las gafas, pero no estoy tan cegato —le digo, exasperado —. Lo que no entiendo es por qué quedar ahí. ¿Qué tiene de malo el polígono? Creo que…

—Dorian, estás un poco maricona hoy, ¿no te parece? Pareces una abuela con tanta queja y tanto cotorreo.

Me molesta su comentario, así que me callo. No voy a replicarle más. No es que me esté quejando, que lo hago, es que… No sé, me parece raro. Y este sitio no me gusta. Por aquí no suele pasar nadie, salvo algún tractor y poco más. Quizá, el pastor con las cabras y las ovejas. No me parece el sitio más adecuado para quedar para lo que vamos a hacer nosotros. ¡Y a plena vista!

Caminamos unos pasos más y nos detenemos en seco porque de la nada salen tres tíos con unas pintas muy chungas. Los reconozco de inmediato por sus vestimentas. Llevan toda la ropa negra y collares alrededor del cuello.

Los observo de frente. Acto seguido, devuelvo la mirada hacia Ricky. Él tiene el gesto desencajado. Sabe tan bien como yo qué es esto: una encerrona, una emboscada, el fin…

Deberíamos correr, lo sé, aunque también soy consciente de que eso no servirá para nada, ya que escucho pasos detrás de mí. Nos tienen rodeados. Vuelvo a mirar a Ricky, que permanece

quieto, expectante y sin separar los ojos del cabecilla del grupo.

Cierro los ojos y maldigo para mis adentros las mil veces que Adri nos advirtió de esto, pero la tentación de la pasta fácil nos pudo. Lástima que una cosa derivase en otra y… ¡aquí nos vemos! Hace meses que esperaba algo así, aunque no voy a mentir: conservaba la esperanza de que no sucediese. Tampoco hay nada de malo. No vivimos en la Edad Media para condenar de semejante manera.

****

Me arrastro como puedo por el suelo. Me duele todo el cuerpo y algunas partes que no sabía ni que tenía. Abro los ojos despacio y compruebo que aún están aquí, solo que unos metros más alejados. Lo último que recuerdo es que me tenían agarrado entre dos, mientras que el tercero me partía la cara, literalmente, con un puño americano. Recuerdo que miré hacia el lugar donde Ricky estaba y su situación no era mejor que la mía. Quise defenderme y, de hecho, lo hice al principio, pero después de varios golpes y un navajazo, me di por vencido. Estos tíos habían venido a acabar con nosotros y no pararían hasta conseguirlo.

—Déjalo ya, Toni —escucho la voz de uno de ellos—. Creo que le ha quedado claro.

Me sorprende que alguno de ellos quiera detener la pelea, una que ya no puede ni calificarse como tal, porque tanto Ricky como yo estamos en el suelo y parecemos más un saco de boxeo que un rival para alguno de estos. Y lo que llama aún más mi atención es que el otro acepte en vez de increparle que se aparte.

Les observo desde mi posición.

Recogen sus cosas, que no son muchas. Se aseguran de que no olvidan nada que pueda delatarles y se van tan tranquilos. Ni siquiera corren.

Cuando me cercioro de que están lejos y no pueden verme, sigo reptando por el suelo. Veo el rastro de sangre que estoy dejando por la tierra y también que Ricky está al otro lado de la carretera sin asfaltar que atraviesa el camino.

—Her-ma… no. —Hablo, pero la voz apenas me sale.

No me oye.

No me ve.

No se mueve…

Tengo que llegar hasta él. Juro que lo intento.

El dolor es insoportable.

Voy a hacerlo.

Tengo que hacerlo.

Sin embargo, las fuerzas me abandonan un poco más con cada movimiento que hago.

Siento que voy a desfallecer.

Estoy seguro de que me voy a desmayar.

Quiero mantener los ojos abiertos… pero no puedo…

Melissa

«Vivimos en un mundo en el que la verdad es opacada por una realidad que no existe».
—Albert Einstein—

Me desperezo varias veces. Siento entumecidos cada uno de los músculos de mi cuerpo y el ser consciente de ello solo hace que me ría como una tonta. Creo que jamás en vida había tenido una noche como la de ayer, una tan… intensa, por llamarla de algún modo. Ni siquiera en mis comienzos con Roberto y eso que fueron muy, pero que muy buenos. Supongo que el tener las ganas aguantadas nos dio para largo. Aun así, creo que todavía no estoy saciada del todo de él. No sé qué posee Dorian, pero siento que es algo así como adictivo para mí.

Me doy la vuelta en la cama y miro la hora por curiosidad. ¿Mediodía? ¿Cuánto tiempo hacía que no dormía hasta tan tarde? Ni cuando trabajaba hasta el cierre del restaurante, ¡y mira que salía cansada!

—Ay, Dios, Lázaro me va a matar —digo, levantándome de golpe de la cama.

Salgo corriendo hacia el baño y después, una vez que acabo mis aseos matutinos, de nuevo hacia la habitación. En el proceso veo la puerta del ático cerrada. Mi madre está descansando. Cuando decidimos que se quedaría en casa, le comenté que me llevaría a Hugo conmigo a mi cuarto y así ella podía quedarse con el del peque, pero me aseguró que dormiría con su nieto. Al día siguiente, vio el ático y me dijo que si se lo permitía, lo habilitaría para ella. Accedí. Jessica lo usaba para bailar, pero yo apenas voy ahí. Es más, lo uso como trastero, básicamente, porque aunque sea muy amplio, las escaleras son demasiado empinadas y no quiero que el niño esté subiendo y bajando por ellas a cada rato.

Empiezo a ir más despacio y, sobre todo, evitando hacer ruido. No quiero despertarla. Después de doce horas de trabajo debe de estar agotada y se merece descansar sin nada que le interrumpa el sueño.

Mientras me tomo un té, me dispongo a llamar a Lázaro y asegurarle que voy de camino. Veo que tengo varios mensajes, pero ni los abro, solo continúo con mi propósito.

—Lázaro —le digo en cuanto descuelga.

—Vaya, vaya… ¡hasta la voz te ha cambiado! ¡Menuda noche!, ¿no?

No puedo contener la risa. No pretendía contarle nada, aunque también soy consciente de que no puedo disimular. Además, el levantarme a esta hora no ayuda a que él crea que fue algo *light*.

—No quieras saberlo —le contesto—. Te morirías de la envidia.

Sus carcajadas me obligan a despegarme el teléfono de la oreja. Escucho el ruido de fondo de los dibujos animados en la televisión, por lo que vuelvo a la realidad. Le garantizo que en quince minutos estaré en su casa y allí ya le contaré el resto, que no es mucho, por cierto. Las intimidades me las guardo y de lo otro no le dije nada a Dorian… Pues eso, poco que contar.



Al final, Lázaro me ha hecho el lío y, entre pitos y flautas, estoy volviendo a casa a las seis de la tarde. Es una maruja de barrio, lo tengo claro. Se quiere enterar de todo, pero ¿cómo negarte cuando se ofrece a quedarse con Hugo también esta noche y así volver a tenerla libre? Como es obvio le he dicho que no… a todo. No voy a dejar a Hugo a dormir dos noches seguidas en su

casa y no, no le voy a decir a Dorian nada hoy, porque al ritmo de ayer, se nos va a acabar la intensidad pronto.

Casi le da un infarto cuando le he asegurado que no he sido capaz de confesarle la verdad a Dorian. Y, además, por poco me mata al afirmarle que tampoco lo haré hoy. No estoy preparada. No es algo que se diga a la ligera. Tirso, quien es mucho más racional, me da la razón y opina que antes de soltar semejante bomba, debería, al menos, presentar a padre e hijo y ver cómo va la cosa. ¿Y si Dorian odia a los niños? ¿Y si a Hugo le causa espanto? La segunda es poco probable, porque mi niño es muy sociable y mientras le den el mínimo de atención, ya él se encarga del resto. De modo que eso es lo que me he propuesto: que ambos se conozcan.

Cuando llego a casa, dejo todas las cosas de Hugo en su cuarto. Mamá ya está despierta y se pone a charlar con el pequeño —si es que a eso que hace el niño se le puede llamar charlar, ya que la mitad de las cosas no se le entienden de lo rápido que quiere hablar—.

Entro al dormitorio y me dispongo a cambiarme de ropa cuando me percato de que no leí los mensajes que tenía en el teléfono. Me siento en la cama y procedo a hacerlo. Más vale tarde que nunca, ¿verdad?

Hay un par de ellos de Adrián, contándome qué tal les fue el vuelo y demás. Por suerte, no me pregunta nada de Dorian, aunque también es obvio, ya que desconoce que había quedado con él ayer. También leo tres de Lázaro. Son de esta mañana. En ellos me dice que no tenga prisa para recoger a Hugo, que está bien y que pensaban salir al parque. ¡A buenas horas lo leo! Y ahí está. El último. El que he dejado para el final porque me ponía nerviosa con solo de pensarlo. Dorian. Sí, es de él. Y por lo que veo, me lo envío hace ya bastantes horas.

Dorian_10:30
¿Cómo estás, dormilona?
Recupera fuerzas.

Después, hay otro de un par de horas más tarde.

Dorian_12:40
Me gustaría que nos viésemos esta noche.
Avísame.
No me canso de ti, Sirenita.

«Te estás metiendo en un lío, Melissa», me digo a mí misma. Aunque ya es tarde para eso. Lo sabía ayer y, aun así, le hice pasar. Ahora no puedo echarme atrás. O mejor dicho: no quiero echarme atrás.

Con una sonrisa traviesa, marco su número. Y mientras oigo los tonos que suenan, un pellizco me estruja el estómago de un modo que asusta.

—Hola —me saluda, nada más descolgar. Escucho de fondo la voz de Alessandra y de alguien más, una que no reconozco, pero que es también de mujer—. Un segundo —me pide, sin darme tiempo a contestarle al saludo. Me parece que tapa el auricular porque el sonido de las voces se amortigua—. Es una llamada importante. —Oigo que las mujeres le dicen algo, a lo que Dorian les responde—: Perfecto. Nos vemos abajo. Dile a mi padre que bajo en cinco minutos.

Después de eso, silencio, el sonido de una puerta al cerrarse y, de nuevo, silencio.

—Si es un mal momento, podemos hablar luego —le informo, bastante apurada por haber interrumpido, con toda probabilidad, una reunión de trabajo. Al menos, eso parece por la

presencia de Alessandra.

—Para nada —me asegura—. Que esperen ellos, Sirenita. —Su voz se torna ronca y sensual al llamarme por ese apodo tan cursi, y hasta feo diría yo, pero que, sin embargo, causa estragos en mí cada vez que lo escucho.

—Está bien —concedo—. He leído tus mensajes ahora. Lo siento. He estado…

—¿Y? —me corta.

—¿Y…? —repito.

—¿Qué planes tienes para esta noche? Espero que sean unos que me incluyan.

Carraspeo un poco para despejarme la voz, porque la imagen que ha venido a mi mente al escuchar sus palabras me ha dejado tocada… en varias zonas de mi cuerpo.

—Sabes que soy madre, ¿verdad? —le cuestiono de forma retórica. Lo cierto es que me gusta esto de que él conozca de la existencia de Hugo y que no haya salido corriendo al hacerlo. Solo por eso, ya es diferente al resto.

—¿Y? —vuelve a preguntar.

—¿Es que solo sabes decir eso? —le increpo. Él estalla en carcajadas y, justo después, lo hago yo—. Yo… A ver, es que esta situación es nueva para mí y no tengo muy claro cómo actuar…

—Pues, por mí, tal y como lo hiciste ayer está de diez. Aunque si quieres mejorar, hay que practicar —me suelta.

—¡Dorian! —Él vuelve a reír y yo me percato de que no soy capaz de contener la sonrisa que hay dibujada en mis labios—. Lo que quiero decir es que…

—Lo sé. El niño… —Su voz baja de intensidad, pero, al contrario de lo que pueda parecer, no suena molesta, solo concesiva.

—Exacto —afirmo—. No puedo irme cada noche y mucho menos traer hombres a casa que me empotran contra la puerta nada más entrar.

Silencio.

Pero ¿qué ha pasado?

¿Por qué no contesta?

—¿Has dicho hombres? ¿Plural? ¿Acaso quieres que aumentemos el número? No pensé que…

—¡Dorian! —lo reprendo otra vez, aunque de nuevo lo hago riendo.

—Está bien, está bien. Solo es que… Necesito verte. ¿Crees que podrás sacar un hueco, aunque sea pequeño, para mí?

Suspiro al oírlo.

¿Puedo?

No lo sé.

¿Quiero?

Estoy deseando.

—Déjame que hable con mi madre y te digo. No trabaja hoy, pero desconozco si tiene planes.



—Vas a quedar con Dorian, ¿verdad? —me zampa, tal cual le pregunto si tiene algo que hacer esta noche o si se va a quedar en la casa.

No esperaba ese contraataque y creo que se me ha quedado cara de póquer al escucharla.

—¿Cómo…?

—Porque le vi esta mañana. Yo iba a desayunar algo antes de acostarme y él salía de tu cuarto. ¡A las siete y media de la mañana, Melissa! Puede que haga mucho que no estoy con un hombre, pero sé distinguir la cara de uno satisfecho.

—¡Mamá!

«Dios, no puedo creer que me haya dicho eso».

Jamás he hablado de sexo con mi madre. Todo lo que aprendí lo hice sola, en la escuela o leyendo y escuchando a escondidas a las chicas mayores en el colegio y, luego, en el instituto, sin contar las lecciones de Yanira, por supuesto. Nunca pensé tener que tratar un tema así con ella y ¡mucho menos a estas alturas de la vida!

—¿Y qué más te da? —le replico. Comienzo a enfadarme con su empecinamiento.

¿Pero qué mosca le ha picado a esta mujer?

¿Por qué ese mal gesto cada vez que escucha el nombre de Dorian?

—Melissa, yo solo te digo que…

Por favor, que no me venga ahora con prohibiciones. Llevo demasiados años tomando mis propias decisiones y no necesito su aprobación para salir con un hombre a estas alturas de mi vida.

—Mamá, no te estoy pidiendo permiso —le aclaro, algo molesta—. Solo te estoy preguntando si vas a estar en casa o no. Solo eso.

—Tú no lo entiendes —me suelta, dejando el cuchillo sobre la encimera.

Aprovecho que ha dejado de pelar las zanahorias para el puré y me muevo de lugar. Me coloco al otro lado de la encimera y la miro de frente, pero ella devuelve la atención a las verduras, toma el cuchillo y continúa con lo que estaba haciendo.

Dios, cómo me fastidia su actitud.

Intento colocar mi mano sobre la suya, para que detenga el movimiento, que es casi errático. Me da miedo que se corte, porque parece estar moviéndose por instinto, sin fijarse siquiera en lo que tiene entre ellas. Y, por supuesto, no me mira o, mejor dicho, no quiere hacerlo.

—¿Qué es lo que no entiendo? No te gusta Dorian y ¿qué? No he pedido tu aprobación.

Ya está. Ya lo he dicho.

Me da igual lo que piense. Más claro, imposible.

—Melissa…

—No, mamá; Melissa, no. O me dices el motivo por el que no te gusta que me vea con Dorian o no opines más sobre… sobre…

¿Nuestra relación?

¿Nuestros encuentros?

¿Nuestras noches de sexo?

¿Cómo llamo a esto delante de otros si ni siquiera yo sé catalogarlo?

Doy un respingo al oír el sonido estridente del cuchillo sobre la encimera. De inmediato, mi mirada se va hacia él y, después, hacia mi madre.

—Solo voy a hacerte una pregunta, Melissa —me dice muy seria. Levanta la vista de las verduras, aunque sé que en realidad no las estaba viendo, y me encara a la vez que traga saliva y parpadea varias veces para despejar sus ojos de esas lágrimas que hay en ellos—. ¿Por qué él? Hay miles de hombres…

—Si te contesto, ¿me dirás la verdad? —Ella asiente. Sabe a qué me estoy refiriendo. Quiero saber el motivo de sus reticencias hacia Dorian—. Es el padre de Hugo. —Es cierto, aunque no estoy «quedando con él» por eso.

Mi madre trastabilla y da un traspié en el sitio. Puedo leer en su cara la impresión, la sorpresa

y, también, lo que le desagrada la idea. Su rostro se deforma con la mueca que hace con los labios y esos ojos abiertos de par en par. Me acusa con el dedo índice y compruebo que quiere hablar, pero las palabras no le salen.

—Fue un error de una noche y él aún no lo sabe. —Me sale todo de forma atropellada. Si ya me sentía mal con la situación, ahora, viendo el estado de mi madre, solo viene a mi cabeza una cuestión: si así se lo ha tomado ella, ¿cómo lo hará Dorian?—. Por favor, no le digas nada, acabo de descubrirlo y…

—Me mentiste —me acusa. Y sí, ahora también hay decepción en ella.

Asiento.

—Me llegaron ayer —le contesto, haciendo referencia a los resultados—. Estoy intentando encontrar el mejor modo para decírselo…

—¿El mejor modo? —me repite—. ¿Y qué esperas conseguir acostándote con él? Un niño no es excusa para…

Gruño de pura frustración. Nada me sale nunca como debería y esto no iba a ser una excepción.

—¡Cállate ya! —le grito.

Y ella cierra la boca de inmediato.

Se quita el mandil y se va de la cocina.

Me quedo quieta en el sitio.

Me siento peor que mal.

La veo pasar de nuevo por la puerta. Lleva el bolso colgado.

Voy detrás de ella y justo antes de salir, se vuelve hacia mí y me dice:

—Pregúntale por Ricky y por cómo consiguió que acabase como lo hizo.

Me quedo callada intentando asimilar la información que acaba de lanzarme. ¿Acaso insinúa que Dorian tuvo la culpa de la muerte de mi hermano?

—Mamá… —susurro. No obstante, el sonido del portazo que da al irse amortigua mi voz y no me escucha.

Me quedo anclada en el pasillo, mirando la puerta como si esta tuviese la verdad grabada en ella.

Atónita.

Indecisa.

Dolida.

Enfadada.

Vuelve a mi mente cada instante de aquel trágico momento.

¿Por qué ha dicho eso?

No puede estar hablando en serio…

A mi hermano le dieron una paliza cuando salía de trabajar. Fueron unos tipos de una banda, una que robaba por varios locales de la ciudad. Esa es la versión que me contaron.

Tuvo la mala suerte de pasar por el sitio equivocado en el momento equivocado. Nada más.

¿O me han mentido durante todo este tiempo?

Siento un pellizco en el vientre. Y también ganas de gritar, llorar, golpear algo, acusar a alguien de toda esta mierda que tengo que aguantar…

Sin embargo, me callo.

No hago nada, porque una manita pequeña se agarra a la mía y con ese simple gesto me demuestra que no estoy sola y que debo afrontar lo que esté por venir, porque sé que las palabras de mi madre no han caído en saco roto y que, por supuesto, voy a averiguar la verdad. Y si

Dorian es quien la sabe, voy a hacer que me lo cuente todo.

Esto es un desastre.

Toda mi vida lo es.

Un agujero negro.

Y yo solo espero que me engulla y esto se acabe de una vez.

Sea como sea, pero que acabe.

Dorian

Cuando me llega el mensaje de Melissa estoy saliendo de la ducha. Veo que es de ella nada más iluminarse la pantalla. Sonrío de medio lado al leer «Sirenita». No quiero que nadie sospeche de su identidad, así que cambié el nombre del contacto, de modo que, al menos, no apareciese «Melissa», con eso ya es suficiente. No me apetece tener líos con Sandra.

Me anudo bien la toalla en la cintura y tomo el teléfono.

Sirenita_19:45
¿Estás disponible?

Decir que esa simple pregunta no ha hecho que desfilen de forma atropellada por mi mente imágenes de lo que hicimos anoche sería mentira. De hecho, empiezo a empalmarme solo de pensar que la veré esta noche.

—Joder, estoy muy mal —me digo, tras ser consciente de que parezco un salido… o un adolescente. Aún no tengo muy claro cuál de las dos ni tampoco cuál es peor.

Dorian_19:47
Te sorprendería saber lo disponible y preparado que estoy ya.

Puedo imaginarme su reacción y sonrío de un modo más amplio al hacerlo. Creo que esto se me está yendo de las manos. Pensaba que después de acostarme con ella, y con las veces que lo hicimos, ya estaría saciado y sin necesidad de repetir. No soy de los que tropiezan dos veces con la misma piedra… o, en este caso, mujer. Pero es que esta pelirroja me persigue hasta en sueños. Y eso no es algo nuevo, lleva haciéndolo desde aquella vez que estuvimos juntos en el callejón. Lo achaqué al hecho de que por no recordar bien lo sucedido, quería sacarme la incógnita de si fue como mi mente, embotada de alcohol, parecía creer que había sido. Y no, fue mucho mejor. De eso no tengo dudas. Tanto, que me estoy aficionando a su compañía… y no me refiero solo a la cama, porque ayer estuvimos cenando en su casa, charlando de todo y nada en particular, y yo me sentí bien, a gusto, liberado de las tensiones que siempre me acompañan cuando estoy con el resto de personas que suelen rodearme. No sé, es difícil de explicar. Simplemente, me gusta y ya está. Por eso, no voy a desistir de volver a estar con ella, de un modo u otro.

Sirenita_19:50
Hoy no podemos quedarnos en casa.

¡Mierda! Eso no me lo esperaba. Al hotel no la puedo traer tampoco, Sandra está aquí.

«Piensa, Dorian, piensa».

Bueno, ya lo solucionaré. No es algo que me preocupe, aunque sí algo que debo planear con tiempo.

Pero antes, y para empezar, voy a llamarla, porque esto de hablar por mensaje es una condena, lo odio a muerte. ¿Quién inventó esta porquería? Con lo simple que es marcar y hablar directamente con la persona que deseas hacerlo. Reconozco que los uso, sí, aunque soy reacio a ello. Tal vez se deba porque a través de un mensaje nos engañaron aquella vez y eso se ha

quedado grabado en mi mente. A través de un mensaje jamás tienes la certeza cien por cien de que la persona que está detrás de la otra línea sea quien dice ser, sin embargo, con una llamada, sí. Considérame un paranoico si quieres, pero sí, eso pienso y por eso no me gustan estos intercambios.

—¿Sí? —dice al descolgar, algo que no tarda ni dos tonos.

—Hola, Sirenita —la saludo.

Estoy frente al espejo y me sorprendo al ver cómo ha cambiado mi expresión al oír su voz. Cuando eso sucede, me quedo callado de repente. Esto no es lo que…

«No, solo es sexo y ya está».

Sin embargo, el brillo que vislumbro y que centellea en mis ojos me indica lo contrario. Melissa no es solo un polvo más. No. Y eso me acojona con tan solo planteármelo. No es algo que pueda permitirme.

«Solo sexo», me repito.

«Hace dos minutos no pensabas así», me replica una parte de mí, esa que sabe que me gusta su compañía. «Deja de hacer el imbécil y reconócelo».

—¿Dorian?

Su voz me trae a la realidad de nuevo y para evitar mirarme en el espejo otra vez, me doy la vuelta y me dejo caer sobre el mueble del lavabo, así no veo la cara de imbécil que se me está poniendo mientras oigo su voz.

—Sí, disculpa. Me ha entrado un mensaje de mi hermano y me he distraído leyéndolo —miento. No puedo decirle que acabo de cagarme vivo al ver con mis propios ojos el efecto que tiene en mí y que el simple hecho de escucharla ha ocasionado que se me haya puesto gesto de idiota.

—Dorian, he discutido con mi madre y no sé si vendrá a casa. Imagino que sí porque ¿dónde va a dormir si no? El caso es que…

—¿Habéis discutido? —¡Mierda! No sé por qué, pero estoy seguro de que mi nombre ha salido a relucir en esa conversación poco agraciada. Esta mañana no le hizo mucha gracia encontrarme saliendo del cuarto de su hija—. ¿Estás bien? —Creo que es la primera vez que le pregunto eso a una mujer que no sea mi madre o mi cuñada.

—No le caes demasiado bien, ¿lo sabías? —me suelta. Siento que su voz se tensa y me temo que sé el motivo.

¿Se lo habrá dicho?

—Melissa, pregúntamelo directamente. No me gustan los rodeos —le digo.

Es verdad. No me gustan.

Las cosas de frente siempre son las mejores, aunque reconozco que soy un experto en hacerlo todo del modo contrario. No obstante, el fantasma de Ricky y de lo que sucedió siempre va a sobrevolar nuestras cabezas si no zanjamos ese tema y no estoy dispuesto a dejar que fastidie mi vida sexual con su hermana.

Si ella quiere saber la verdad, la tendrá, a pesar de que a mí me cueste recordar y exteriorizar lo que sucedió. Ya lo hice en el centro cuando estuve en las sesiones con el psicólogo y, a pesar de que fue duro, lo hice. Aunque también soy consciente de que en esta ocasión, Melissa no me escuchará sin más y también de que no será plato de buen gusto oír determinadas cosas. Ricky era su hermano y, como tal, ella lo tenía idealizado. Hay cosas de nuestro pasado en común que no son agradables de contar y, con toda probabilidad, le va a afectar bastante conocer los detalles de su muerte.

—Ven a casa sobre las diez. Hugo ya estará acostado y podremos hablar tranquilos. —Suena

serena, demasiado, casi fría, diría yo, y eso me pone la piel de gallina.

—Allí estaré —sentencio.

Y rezo para tener fuerzas para revivir de nuevo todo aquello.



Sé que llego con tiempo, pero me puede la impaciencia y los nervios. Desde que colgué la llamada, he dado mil vueltas por la *suite*, he bajado a la cafetería, me he tomado dos cafés —con lo que eso ha conllevado para mi estrés en este momento— y, luego, incapaz de estar más tiempo sentado, he salido a conducir un poco.

Por eso, aquí estoy, esperando a que me abra la puerta, tamborileando con los dedos sobre el marco de la puerta y sintiendo un nudo en el estómago que no recuerdo haber padecido en mi vida.

Cuando oigo el clic de la cerradura al abrirse, contengo el aliento. Agacho la mirada y me miro los pies. Quizá debería haberme puesto un traje de chaqueta, mi padre asegura que la ropa que llevas te da seguridad o no, y yo en este caso he optado por unos vaqueros rotos, tal y como sé que voy a terminar la noche después de la amarga charla que nos espera, y una camiseta gris sin ningún tipo de dibujo, vacía, como voy a quedarme yo una vez que lo suelte todo por fin.

Veo el bajo de la puerta mientras se abre y al percatarme de que ya está de par en par, levanto la mirada. Lo primero que me encuentro es a Melissa con ropa de estar por casa y a un crío encaramado en su cintura. El niño está de espaldas, como si estuviese enfadado. Aun así, el color naranja chillón de su pelo me hace sonreír.

—Hola —le digo, haciendo una mueca con los labios.

Ella me corresponde el saludo y me indica que pase. Doy un par de pasos hacia el interior y, después, me aproximo a ella para darle un par de besos, aunque lo que de verdad deseo es devorarle esa boca, ya que ha sido tenerla de pie frente a mí y lo que tengo entre las piernas ha olvidado el asunto que tengo entre manos y se ha puesto a pensar por libre otros modos para distraernos y pasar la noche. Ni el hecho de verla con su hijo en brazos ha conseguido bajarme la libido, al contrario, hasta diría que me parece más dulce ahora que antes y eso que para mí ya era azúcar en estado puro.

—Llegas pronto —me dice, con voz suave, y observo cómo acaricia el pelo del pequeño mientras lo acuna un poco más.

Siento su mirada clavada en mí de un modo extraño, posee algo que antes no tenía y no sé el motivo por el que me cohíbe que lo haga.

—Tenía que hacer unos recados y acabé antes de… —Un sollozo que apenas se escucha me hace guardar silencio. Melissa vuelve a arropar a su hijo y es entonces cuando me percato de que el niño está llorando, o lo estaba al menos, ya que esos pequeños hipidos que salen de su boca me indican que está casi calmado y solo le quedan los restos del disgusto—. Ey, ¿qué te ha pasado, campeón? —Ni siquiera sé por qué pregunto, pero lo hago.

Nunca se me han dado mal los niños, aunque tampoco es que busque su compañía. De adolescente era un capullo al que solo le interesaban las tetas, vamos, lo que viene siendo una hormona gigante con patas, por lo que jugar o tratar con niños me quedaba muy de lejos. Después, siempre estaba borracho, por lo que me la traían al pairo los niños, ya que delante de ellos no podía beber, así que nunca interactué mucho con mis primos cuando iban a casa. Y ahora que parece que soy «un ejemplo a seguir», los únicos sobrinos que tengo son los hijos de Marcelo y Cayetana. A los de ella apenas los veo porque viven en Los Ángeles. Y los de él son tan idiotas como su santísimo padre, de modo que paso de intentar caerles bien. Al menos, me queda el consuelo de que cuando nazca el/la bebé que espera mi cuñada, la mujer de Héctor,

pueda disfrutarlo a tope.

En el instante en que le hablo, Melissa aparta la mirada hacia otro lado y yo no sé cómo interpretar su gesto. ¿Acaso le molesta que le diga algo al niño? ¿En tan mal lugar me ha dejado su madre que ahora no desea ni escuchar mi voz? Suspiro y me preparo para preguntarle y despejar de ese modo mis dudas cuando el niño gira el rostro hacia mí y me mira por primera vez. A diferencia de su madre y de Ricky tiene los ojos oscuros, marrones, diría yo, pero nada que ver con el azul que ambos compartían. Su pelo es rebelde y tiene algún bucle suelto. Me llama mucho la atención sus pestañas, tan pelirrojas que no se verían si no fuesen tan largas. Sonrío al ver que él me observa. Está triste y, de repente, hace un puchero y alarga el brazo en mi dirección.

No entiendo muy bien el gesto, por lo que me quedo expectante a ver cuál es su siguiente movimiento.

—*Mia* —me dice.

Y descifro que quiere decirme que mire, porque es lo que él hace: baja los ojos hasta su brazo. Ahí veo que tiene un pequeño corte, minúsculo, pero con un hilillo de sangre.

—No ha sido nada, Hugo —le indica Melissa, volviendo de nuevo a mirarnos. Me quedo anclado en sus ojos, los cuales tienen un brillo diferente al encararme—. Se ha cortado con un papel —me informa, y asoma un amago de sonrisa a su boca.

—Joder, no te rías —le contesto muy serio y eso atrae la atención del niño, que asiente con la cabeza—. Que podrá parecer una mierda, pero duele muchísimo, ¿verdad, zanahorio?

Cuando pronuncio ese apodo que hace tantos años que no uso, siento un pellizco en la boca del estómago. Trago con dificultad y me veo obligado a disimular que no me afecta, porque el crío no tiene la culpa de parecerse a Ricky… ni tampoco de que yo acabe de apodarle de forma inconsciente como le decía a su tío.

Hugo abre los ojos de par en par al escucharme y se pone a asentir como loco. No me ha quedado claro si le ha gustado mi aportación sobre la gravedad de ese corte casi invisible o su «alegría» se debe a que le ha gustado el mote. Sea como sea, se despega de la madre y sin previo aviso, se lanza a mis brazos. Melissa sonríe de un modo raro, como todo lo que lleva haciendo desde que entré, suelta al niño y deja que yo lo tome en brazos. Siento una sensación agradable al tenerlo sobre mí. Lo miro y él, sin cortarse ni un pelo, me pone las manos en las mejillas y me agarra con fuerza.

—Me *iamo* Hugo. ¿Tú?

—Dorian, encantado —le contesto, sacando una mano y estrechándosela.

Hugo rompe a reír a carcajadas mientras yo zarandeo nuestras manos unidas de forma muy exagerada.

Veo a Melissa pasar por nuestro lado, con la cabeza gacha.

—Pasa —me pide con voz muy trémula. Y se encamina hacia el salón.

Aquí hay algo que yo no entiendo. Sin embargo, la sigo sin hacer preguntas, para eso ya está el niño, que no para de decirme cosas y yo no entiendo ni una sola de ellas.

Melissa

«El dolor es inevitable, pero el sufrimiento es opcional».
—Siddhartha Gautama—

«No me puedo creer que esto esté ocurriendo», es lo único que pasa por mi cabeza cada vez que me asomo de forma discreta hacia el salón y veo a Dorian sentado en el suelo jugando a los coches con Hugo.

«Soy una mala madre», me digo acto seguido.

Tengo que decírselo, lo sé, sin embargo, aquí estoy, callada y observándolos a hurtadillas. Juro que las palabras suben por mi garganta, pero se me atascan antes de llegar a pronunciarlas.

No sé cómo explicar lo que he sentido cuando ambos se han mirado a la cara por primera vez. He notado cómo me picaban los ojos y he tenido que desviar la mirada para que Dorian no se percatase de mi estado. Por más que lo he intentado, las lágrimas de emoción no querían irse de ellos y me ha costado un mundo disimular. Aun así, la voz me ha salido entrecortada cuando le he hablado y estoy segura de que se ha percatado de que algo me sucedía, por lo que me he venido a la cocina con una triste excusa, la de lavar los platos, algo que no he terminado de hacer porque estoy perdiendo el tiempo mirándolos casi embobada. Me he quitado de en medio como una cobarde, pero es que no he sido capaz de soportar lo que despierta en mí el verlos juntos. Además, no me esperaba que Dorian se tirase al suelo con Hugo y que ambos empezasen a jugar. Eso ha sido la gota que ha colmado el vaso. El escuchar a mi hijo reír por primera vez con su padre, sin que ninguno de los dos sea consciente de la situación, pero sintiéndose cómodos el uno con el otro, ha sido lo más emotivo que he vivido nunca. Al final va a ser verdad eso de que la naturaleza es sabia y hay algo en su interior que lo ha reconocido… O, tal vez, yo me esté montando películas en mi cabeza y tan solo es que a Dorian le gustan los niños y Hugo sea uno más.

Vuelvo a sentir la congoja al escuchar la carcajada que sueltan ambos y una lágrima resbala por mi mejilla, aunque desconozco si es de alegría, de emoción o de culpabilidad, porque sí, me emociona verlos juntos, tanto, como lo mal que me siento por ocultarles una verdad como esa. Giro sobre mis talones, me limpio con rabia la mejilla por la que desfila y, después, me apoyo en la encimera.

«Tengo que hacerlo, tengo que decírselo», me insuflo ánimos para armarme de un valor que no tengo para realizar algo que no soy capaz de afrontar.

Suspiro y exhalo el aire con fuerza.

Noto unos brazos que me rodean por la cintura y contengo el aliento. Las lágrimas vuelven a aparecer en mis ojos y los cierro para evitar que caigan.

En estos momentos, me siento la peor persona del mundo por estar arrebatándoles algo que les pertenece y que, sin embargo, yo me estoy callando por cobardía y por no ser capaz de exteriorizar las palabras necesarias.

No modifico mi postura y Dorian se acerca un poco más, apretando el agarre que tiene sobre mí.

Vuelvo a suspirar.

Noto sus labios en mi cuello.

Inspiro con fuerza.

Contengo con más ímpetu las ganas de llorar.

Los labios de Dorian se desplazan hacia mi mejilla y allí deposita un nuevo beso.

Suelto la encimera y coloco mis manos sobre las suyas, que se apoyan en mi vientre.

Sonrío con tristeza, pero él no puede verme. ¡Menos mal! Ladeo un poco la cabeza, dejándole el espacio que necesita, ya que ha apoyado su barbilla en mi hombro y ahí permanece, quieto, a la espera… Pero yo soy incapaz de girarme.

Otra lágrima puñetera que cae a pesar de que estoy intentando contener las ganas.

Trago saliva al notar cómo una de las manos de Dorian abandona el sitio en el que reposaba y sube hasta mi mejilla para limpiarla. Me equivocaba: él sí es consciente de mi estado y, por si no fuese suficiente, me está dando apoyo. Es más que probable que si supiera el verdadero motivo me mandase a hacer gárgaras en vez de darme mimitos.

—¿Es por tu madre? —me pregunta, pasados unos minutos en silencio, al comprobar que sigo llorando de un modo silencioso.

Me encojo de hombros como única respuesta. ¿Qué voy a decirle? Me preocupa que ella no haya vuelto, aunque también es mayorcita para cuidarse. Sé que no está tirada en medio de la calle, pero me siento mal por que hayamos discutido de ese modo. A eso, hay que sumarle que las palabras que me dirigió en referencia a Dorian no paran de dar vueltas por mi cabeza y, aunque quiero preguntarle directamente, no sé si tengo la suficiente fuerza en estos momentos. Y, por supuesto, tampoco puedo comentarle que ese sentimiento de culpabilidad se ha visto incrementado al presenciar su encuentro con Hugo, porque él desconoce que es su padre y yo me muerdo la lengua cada vez que esa verdad asoma a mis labios.

—Ven —me pide, dándome la vuelta y estrechándome contra su pecho.

En ese instante me derrumbo y rompo a llorar como una tonta, como alguien que no puede enfrentarse a la realidad y, sobre todo, como una mala persona que no es capaz de confesar lo que tiene atragantado dentro.



Después de ponerme a llorar como si fuese una niña pequeña, Hugo ha entrado en la cocina y, como no me gusta que me vea así, me he alejado de inmediato de la comodidad que me aportaban los brazos de Dorian y me he girado de nuevo hacia la encimera. Tras eso, y para disimular algo más, he seguido con la tarea de quitar los platos sucios de la cena. El niño, inocente como es, no me ha hecho mucho caso y ha tirado de Dorian hasta que se lo ha llevado de nuevo al salón, lugar del cual, y según mi hijo, no debería de haber salido su nuevo amigo… su padre.

«Su padre…».

Esas palabras me taladran constantemente y cada vez me cuesta más ignorarlas, pero también, pronunciarlas.



—¿Has cenado? —le pregunto a Dorian después de haber acostado por fin a Hugo.

Me ha costado la vida que se fuese a la cama, porque, por lo que he podido comprobar, le ha gustado la compañía de Dorian y no quería irse a dormir. De hecho, no ha parado de insistir hasta que le ha leído su cuento de buenas noches.

Ha sido muy raro observar desde la puerta cómo el niño se recostaba sobre él mientras le escuchaba leer.

De repente, tenía ganas de llorar; después, de confesarle todo.

Sin embargo, no hice ni una ni la otra. Tan solo me dediqué a mirarlos, contemplarlos ensimismada y contener el suspiro que se empeñaba en escapar de mis labios.

Ahora no tengo muy claro cómo me siento después de haber presenciado todo eso. Me alegra ver que Hugo y Dorian hayan congeniado tan bien, o eso parece, pero me asusta del mismo modo, ya que… ¿qué pasará cuando se entere de la verdad? No es lo mismo actuar así un día esporádico para contentar al crío, que hacerlo como obligación. Al igual que no es igual tener una vida libre y sin preocupaciones que, de golpe y porrazo, vivir para un hijo. Sé de lo que hablo, me ha pasado. Es un cambio drástico, brutal y en el caso de Dorian, inesperado, no buscado y sorpresivo.

—¿Eso es una proposición indecente? —me responde, acercándose a mí y atrayéndome hacia su cuerpo.

Siento el calor que emana de él y me dejo llevar por eso. Me acurruco, enterrándome entre sus brazos y decido dejarme llevar, olvidarme de todo y disfrutar de la comodidad del momento. No quiero que me importe nada más: ni la discusión con mi madre, el tema pendiente con Dorian y, por supuesto, la muerte de mi hermano. Hace trece años de eso y, aunque aún duele como si acabase de recibir la noticia, también es cierto que no puedo permitir que un hecho del pasado rija mi vida actual.

¿Necesito saber la verdad? Sí.

¿Voy a dejar que esa verdad influya en mis decisiones? Quiero creer que no.

Levanto la mirada al sentir que deposita un beso en mi coronilla, algo que me sorprende. ¿Por qué estamos así? Lo nuestro iba a ser solo sexo y este tipo de escenas no se corresponden con lo que tendríamos compartir.

La bofetada que me da ese pensamiento y, sobre todo, el ser consciente de que, aunque no debería, me agrada sobremanera el sentirlo así, aquí y conmigo, me hace separarme de un modo, tal vez, un poco brusco. Él me mira sin comprender mi cambio de actitud.

—Lo siento —le digo, sin tener muy claro por cuál de todas las cosas que pasan por mi mente le estoy pidiendo perdón.

—No lo hagas. —A pesar de parecer contrariado con mi separación, Dorian me sonríe al hablarme. Cuando lo hace, veo en su mirada un brillo que me hace contener el aliento.

Quiero pensar que son imaginaciones mías, que las emociones que tengo a flor de piel me están jugando una mala pasada y que no, que él no se está implicando en esto más de lo necesario —tal y como estoy haciendo yo—, porque eso es lo que parece al ver el modo en que me trata y, sobre todo, cómo me consuela. Un «solo sexo» no implica nada de eso.

—Tenemos que hablar —le suelto.

No tengo muy claro si es por mi hermano o por Hugo, pero lo que es seguro es que tenemos que hacerlo.

Él asiente y me ofrece su mano para ir hasta el salón. Dudo en si entrelazar nuestros dedos o no. Me parece un gesto muy íntimo, mucho más, incluso, que lo que ya hemos compartido. Y solo por eso debería negarme, sin embargo, no lo hago, aunque tampoco accedo. Soy reticente y eso es peor que negarse, porque significa que no tengo las cosas claras.

«Solo sexo», dice una parte de mí, inclinando la balanza hacia el lado de la negación.

«Disfruta mientras puedas», le contesta la otra, volviendo a equilibrarla.

Y yo, mientras tanto, me debato en qué hacer.

Finalmente, Dorian capta mi indecisión, avanza hasta colocarse a mi lado y me pasa la mano por la cintura, instándome a avanzar juntos hasta la sala.

Tomo asiento y compruebo que él se queda de pie. Me intimida ver cómo me observa desde su altura, por lo que me levanto también. No sé qué pasa por su cabeza, pero la mía es un hervidero constante de ideas que van y vienen, y de palabras que se entrecruzan unas con otras, chocando, mezclándose y perdiéndose en el proceso.

—¿Quieres una cerveza o algo de beber? —le cuestiono, así rompo un poco el hielo, ya que parecemos dos pasmarotes mirándonos de frente, nada que ver con la entrada pasional de ayer.

—No bebo, gracias.

Casi me atraganto al oírlo. ¿Que no bebe? ¿Desde cuándo? Pero… si hasta que lo vi en el hotel el día de la entrevista, siempre que nos habíamos encontrado había estado borracho.

—Ya no bebo —añade. Y puedo leer en su cara a lo que se refiere.

Abro de par en par los ojos al darme cuenta de lo que ocurre. Dorian me mira expectante y al percatarse de mi reacción, asiente con la cabeza.

—No lo sabía. Perdona —me disculpo, azorada. ¿Cómo no me di cuenta el otro día cuando cenamos? Debería de haberme llamado la atención que tomase agua en vez de vino, por ejemplo. Lo que sucede es que yo estaba demasiado ocupada recreando en mi mente todo lo que habíamos vivido hasta ese momento y lo que nos quedaba aún por compartir.

—No te preocupes. Lo tengo superado. Me ha costado, pero ya no más —me asegura.

Y, aunque pueda parecer curioso, yo le creo sin lugar a dudas.

Sus gestos y su sonrisa me aseguran que es así.

Y si no fuese por los nervios que me atenazan dentro, diría que hasta siento orgullo de que haya sido capaz de salir de ese mundo de autodestrucción en el que estaba sumido.

—Dorian, yo… —comienzo, pero él me indica que guarde silencio, colocando el dedo índice sobre mis labios, gesto que ya he podido comprobar que hace demasiado y que, además, me gusta demasiado también.

—Déjame que te cuente todo lo que quieres saber de tu hermano. Necesito soltarlo, Melissa, porque, a pesar de todo, tú tienes derecho a conocer la verdad y juzgar por ti misma. Y… y porque yo debo dejarlo ir de una vez.

—Me estás asustando —añado, porque es verdad, lo está haciendo

¿Qué puede haber tan grave como para acabar con la vida de alguien? ¿Por qué ocultar la verdad de lo que le pasó? ¿Acaso…?

Era mi hermano y yo…

Intento detener esos pensamientos, porque las lágrimas asoman a mis ojos y no quiero llorar; no, al menos, antes de tiempo. Siempre me ha dolido pensar en él y ahora que sé que nada fue como me contaron, aún me afecta más. Mil hipótesis se forman en mi cabeza y ninguna es buena, ya que si todos me lo han ocultado es porque debe ser algo muy, pero que muy grave.

—No lo hagas. Es solo que…

—¿Adri sabe lo que vas a contarme? —Eso es algo que me inquieta, me preocupa y me duele a partes iguales. Dorian asiente y me hace un gesto para que me siente de nuevo. Creo que mi malestar al oír su respuesta se manifiesta en mi cara, porque, de inmediato, Dorian se acerca a mí y me habla despacio—. Ricky nos lo hizo prometer y una vez muerto, no quisimos… Pero, tranquila, tan solo eran otros tiempos y…

—Empieza ya, Dorian. ¿Qué le pasó a mi hermano y por qué mi madre te culpa de ello?

Dorian

Hace quince años.

—Dorian, maricona —me dice Ricky cuando llega a mi lado.

Doy un respingo al oír su voz, levanto la cabeza y lo miro con un mal gesto. ¿Qué coño hace aquí? ¿Cómo se ha enterado de que estaba en los jardines? No lo sé, lo único que me importa es que acaba de joderme el polvo de esta tarde, con lo buena que está… está… ¿Cómo cojones se llama? Bueno, con lo buena que está la morena que tengo enredada en mi cuerpo. Le sonrío a la susodicha y le doy una calada al porro que sostiene entre los dedos antes de volver a dirigir la atención a mi amigo.

—¿Habíamos quedado? —le pregunto, frunciendo el ceño, porque si es así, yo no lo recuerdo.

—Adri me dijo dónde estabas.

De acuerdo, eso sí me encaja. Antes de venir, me pasé por casa de Adrián para devolverle unos libros que le había prestado al cerebrito de mi hermano.

Me encojo de hombros y Ricky me mira.

—¿Y? ¿Qué pasa? —le cuestiono, intrigado.

Mi amigo se gira hacia la muchacha, de la cual sigo sin recordar el nombre, y la saluda con un gesto de cabeza mientras ella se recoloca el escote, donde antes estaba mi cara. Después, me hace un movimiento para indicarme que mejor hablemos a solas.

—Tengo que pedirte un favor, hermano —añade, por si no había captado la indirecta.

Esa sola palabra me lo dice todo. Si él quiere que le preste atención viendo lo que tenía entre manos, y nunca mejor dicho, es porque debe ser importante y su forma de dirigirse a mí me lo confirma. Puedo ir fumado, pero no soy tonto y sé ver la desesperación cuando la tengo enfrente. Ricky está nervioso y mira hacia todas partes. Inquieto, y eso es raro en él.

Asiento como única respuesta y, antes de incorporarme, me vuelvo hacia la morena. Le meto la lengua hasta la garganta, para intentar que no se le pase el calentón que tenía, y le pido que me espere. Al menos, mi intención es la de volver y terminar de rematar la tarde del mejor modo posible.

Me dispongo a acompañar a Ricky hacia un lugar menos «concurrido» si quiere llamarse así, porque aquí no hay mucha gente, pero sí son demasiados para que mi hermano me cuente un secreto.

—¿Qué ocurre? —inquiero, cuando nos hemos apartado lo suficiente—. Espero que sea importante, porque me acabas de joder un polvazo, si es verdad lo que me han contado de esa. —La señalo con la barbilla, ya que desde donde estoy aún la veo bajo la sombra del árbol mientras exhala el humo del porro.

—Necesito ganar dinero, Dorian —me suelta.

Parpadeo. Y no sé si es por el cebollón *que llevo encima o porque de verdad no estoy comprendiendo lo que quiere decirme*

—¿Dinero?

Él asiente y se pasa la mano por el pelo. Después, saca una cajetilla de tabaco y se enciende un cigarro.

—Sí, Dorian —me contesta algo exasperado y mirando a nuestro alrededor. De nuevo, lo

veo nervioso—. Dinero —repite, bajando la voz—. Dinero fácil y rápido.

Me quedo como en trance mientras lo observo.

Ah, está bien, ya sé a lo que se refiere.

—Pero yo no vendo, zanahorio —le digo. Hasta podría decir que me ofende que piense eso de mí. Podré colocarme los fines de semana y algún día entre semana, pero no trafico. Eso no va conmigo. No seré yo el culpable de la adicción de otro, con la mía me basta y me sobra.

—Lo sé —me asegura. Vuelve a mirar de reojo a su alrededor—. Dorian, joder, espabila —me pide y su voz sigue sonando como un susurro suplicante—. Te necesito lúcido.

—¿Qué ha pasado? —Intento concentrarme en lo que me está diciendo. Necesito agua… o un café… No sé, algo que me baje el colocón un poco para poder pensar con claridad.

—Lo de siempre y peor. El marido de mi madre cada vez se pone más violento y ayer lo pillé a punto de golpear a mi hermana.

Se levanta la camiseta y me deja ver una gran marca morada que le cruza el abdomen.

—¿Te lo ha hecho él?

—Claro, ¿quién si no? Me interpuse y le dije a Melissa que se marchase a su habitación y se encerrase. Ya he hablado con Adrián para que se quede con ella mientras yo trabajo. No voy a permitir que ese desgraciado le ponga una mano encima.

—¿Y qué pasó? —Le indico con los ojos el moratón que adorna su piel. Él se lo vuelve a tapar con la camiseta.

—Lo que te estás imaginando. Se enfureció tanto cuando me vio aparecer y por el hecho de que le quitase de en medio a mi hermana que la pagó conmigo. Me partió la silla de su habitación en las costillas.

—JODER.

—Recuerdo ese día —me corta Melissa, con lágrimas en los ojos—. Los oí discutir desde mi habitación.

Cierra los ojos con fuerza y se lleva una mano a la frente. No sé qué hacer o cómo actuar. Ya la veo afectada y aún no ha llegado, ni por asomo, la peor parte.

—Lo lamento. —Es lo único que se me ocurre decirle y, además, esas dos palabras llevan implícito mucho más de lo que ella imagina.

—Entonces, ¿me estás diciendo que mi hermano se metió en asuntos de drogas y que tú fuiste quien le proporcionaste el contacto? —me cuestiona Melissa con la voz entrecortada, volviendo a abrir los ojos y haciendo que yo desvíe de nuevo los míos, incapaz de sostener la mirada.

Pasados unos segundos, vuelvo a encararla, con reparo y sin estar seguro de cómo va a reaccionar. Lo único que quiero es apartar mis ojos de ella, pero sé que eso no es posible. Ya es tarde, no hay vuelta atrás. No me siento orgulloso de esa parte de mi vida, es cierto. Bueno, para ser sinceros, ni de esa ni de ninguna. No he hecho nada bien y lo de Ricky, sin duda, fue uno de los peores errores que he cometido. Sin embargo, ahora no voy a echarme a atrás.

—Así es —le confirmo—. Él solo quería sacarte de esa casa como fuese y para hacerlo necesitaba dinero. —Sé lo que estoy haciendo, ya me lo dijo el psicólogo en su día: quiero excusar su comportamiento, buscarle un sentido y darle una lógica para compensar nuestra actitud y nuestras decisiones. Pero, aunque lo hago, también sé que en el fondo ninguno de los dos actuamos como debíamos.

—De acuerdo. Continúa, por favor.

Hace catorce años.

—¡Zanahorio! —le grito, porque a mí no me deja así como así con la palabra en la boca.

Ricky se vuelve enfadado y me da un empellón. ¡¿Pero qué mierda…?!

—¿Qué cojones te crees que estás haciendo? —le pregunto, apretando los dientes cuando lo tengo a mi altura. No me gusta que me empujen y mucho menos que lo haga él. Mi amigo.

—No puedes dejarme tirado, Dorian —me increpa, furioso.

Juro que cada vez estoy más perdido. No sé a qué se debe su actitud, su distancia, sus decisiones y, ahora, sus palabras.

—¿Tirado? ¿De qué carajo hablas, Ricky? Eres tú quien se ha cambiado de bando. Vas a buscarnos un lío. Esos tíos me ponen cara a mí. Yo soy quien trata con ellos. Y, puta casualidad, uno de los amigos del alfa es quien te ha visto.

Ricky resopla y se pasa las manos por el pelo. Da vueltas sobre sí mismo. Si tuviese que describirlo ahora mismo, podría decir que es la representación personificada del agobio, la ansiedad, la desesperación, el desasosiego…

—Tú no lo entiendes, Dorian. ¡¡¡TÚ NO LO ENTIENDES!!! —me grita.

Abro los ojos de par en par, porque no comprendo su comportamiento. ¿Por qué está tan alterado?

—¿Qué es lo que no entiendo? —Él se da la vuelta con intención de irse y volver a dejarme con la conversación a medias, tal y como ha hecho antes.

No comprendo qué es lo que le ha pasado. Tan solo sé que hace unos días vino a verme nuestro contacto con la banda. ¿O debería decir mi contacto? Al fin y al cabo, soy yo quien recoge la mercancía y se la pasa a Ricky, de modo que él pueda comerciarla con tranquilidad sin que Los Halcones Plateados, que así es como se hace llamar esta panda, fuesen conocedores de donde vivía él, aunque sí lo conocen, claro está. Pero mi amigo solo quiere mantener a su hermana lejos de cualquier contratiempo. Algunos podrán pensar que soy medio memo, porque si yo soy la cara visible de este negocio ilegal, puedo ser quien pague las consecuencias, pero… ¡a mí ya me conocían de antes! En el caso de que no les pagase lo que consumo, saben dónde encontrarme de igual modo. ¿Qué me importaba exponerme un poco más? El caso es que me dijo que había rumores de que habían visto a Ricky tratando con uno de los integrantes de Los Emisarios del Diablo, una banda muy chunga que no solo se dedica al negocio de drogas, por lo visto, forman parte de una organización bastante más grande. A estos no les vale con vender unas cuantas pastillas, esos son de los peligrosos y, además, los cuales llevan un par de meses enfrentándose en peleas callejeras con Los Halcones. Ambos quieren el territorio para ellos solos. Temo que esto nos coloque en medio de una guerra de bandas, ya que la decisión de mi amigo de abandonar a Los Halcones no llega en el mejor momento.

He intentado hablar con él en varias ocasiones, pero siempre esquiva la conversación. Esta gente no se anda con chiquitas. Si creen que eres un problema, te atajan como tal, de raíz.

—¡Para de una vez! —le grito, y salgo tras él, ya que no parece estar dispuesto a continuar hablando conmigo. Y no voy a dejar que se marche de rositas de nuevo. Si ha tenido los huevos para decir que lo deja, también los va a tener para explicarme el motivo por el que lo hace.

Cuando por fin llego a su altura, lo tomo del codo y lo obligo a mirarme. Sus ojos azules me taladran y el miedo que veo en ellos me hace erizar la piel.

—¿Ricky? ¿Qué pasa, hermano? —No era eso lo que tenía en mente, pero esta se me ha

quedado en blanco al ver su expresión horrorizada.

—¡Me he enamorado, Dorian! —me escupe a la cara, justo antes de salir corriendo y desaparecer de mi vista.

Hace trece años.

El pitido constante que acecha mis oídos no me impide escuchar lo que le dicen. Vuelvo el rostro y, a pesar de que tengo el ojo derecho casi cerrado, le veo. Lo sujetan entre tres, mientras que el cuarto le propina golpes con algo que sostiene en la mano, parece un puño americano como el que me ha destrozado a mí la cara. Los otros que los acompañan permanecen quietos, mirando y jaleando al que le está pegando.

—¡Maricón de mierda! —le suelta, justo antes de propinarle una patada en las costillas.

Ricky se dobla en dos y escupe sangre por la boca.

El alfa de Los Halcones, que permanece mirando a uno y otro lado, se acerca y lo agarra del pelo. Le obliga a levantar el rostro y encararlo.

—Los de tu especie deberíais estar muertos. ¡Todos! Sois una lacra que hay que exterminar.

Mi amigo no le dice nada, no tiene energías. Está a punto de desfallecer, puedo darme cuenta hasta yo, y eso que ni siquiera sé cómo me mantengo aún en pie. O, mejor dicho, consciente; en pie me mantienen los dos que me están agarrando.

Quiero gritarles que lo dejen en paz, que no está haciendo nada malo. Esto es una pelea de bandas. esto no es por las drogas, ya que hace casi seis meses que dejamos de trapichear… Esto es peor. Los Halcones Plateados rivalizan con Los Emisarios del Diablo y buscan el enfrentamiento entre ambas bandas. Una quiere acabar con la otra, y Ricky solo es el medio para que todo explote y poder lograr así su objetivo.

Quieren que él sea el detonante.

Que la guerra estalle.

Y lo hará…

Estoy seguro de que lo hará…

—¡Ey, venid aquí! —Escucho a lo lejos—. Vamos a ver si este marica grita como lo hizo el puto de su novio.

Reconozco la voz de uno de ellos, no es el alfa, aunque el resto lo alienta como si lo fuese. Nadie discute lo que dice, sino todo lo contrario.

Intento enfocar de nuevo la vista, quiero ver qué es lo que pasa con Ricky, pero un golpe en la cara hace que desista. Oigo cómo cruje mi mandíbula, que acaba de romperse.

Después, escucho risas y gruñidos de dolor en el lado opuesto de la calzada.

No me da tiempo a girar la cabeza hacia allí ni tampoco de recuperarme del golpe que acabo de recibir cuando llega otro. Me cuesta mantener los ojos abiertos, el sonido de mi alrededor se vuelve amortiguado y cada vez parece estar más alejado de mí. Cuando creo que voy a desmayarme, algo frío y afilado se me clava en el costado izquierdo. En ese instante recupero la consciencia, aunque solo me dura escasos segundos, tras los cuales empiezo a verlo todo aún más borroso, las fuerzas me flaquean de un modo que me asusta y antes de que me dé cuenta, estoy tirado en el suelo intentando lograr algo que no voy a conseguir. Mi cuerpo está exhausto, molido a palos, con una herida de arma blanca en el costado y desangrándome por ella.

A pesar de eso, yo lo único que quiero es levantarme y evitar lo que sé que está a punto de pasar, pero no lo hago…

No lo hago…

No puedo hacerlo…

Sus lágrimas y los sollozos que las acompañan hacen que me detenga. No quiero verla de este modo, por lo que aparto de nuevo la mirada de ella. Sin embargo, una angustia que me acojona, y mucho, se me instala en el pecho. Parpadeo varias veces para disimular y que Melissa no vea que esto también me afecta igual que a ella, y me vuelvo hacia donde está. Y ¿para qué lo hago? Es aún peor que lo que me imaginaba. Trago saliva al comprobar que está destrozada, gimiendo de dolor y con la cara enterrada entre sus manos. Mi primer instinto es abrazarla y consolarla. Dudo un instante y, después, lo hago, a pesar de que no estoy seguro de si desea tenerme cerca después de lo que ha escuchado.

Le paso un brazo por los hombros y me arrastro un poco por el sofá hasta que mi piel toca la suya. Melissa levanta el rostro, me mira y, para mi sorpresa, deja caer la cabeza sobre mi pecho y me pasa las manos por la cintura. Me aprieta fuerte, como si temiese que yo también fuese a marcharme. La acuno y me siento bien haciéndolo, demasiado, aunque el momento que estamos viviendo no sea plato de buen gusto para ninguno de nosotros. Apoyo la barbilla en su coronilla y así permanezco mientras ella llora y yo me siento el tío más cabrón de la Tierra, porque no me merezco estar aquí y de este modo con ella, porque yo metí a Ricky en ese mundo de mierda y ella lo perdió por eso. Y, además, porque este calor que noto dentro me está diciendo que la situación con Melissa se me está yendo de las manos.

Aun así, no me importa nada, salvo disfrutar de la sensación de satisfacción que me crea el saber que ella no me echa de su lado, sino todo lo contrario, me aprieta fuerte contra sí.

Melissa

«La tristeza solo es un sentimiento de culpa»
—Bob Marley—

Cuando dejo de llorar o, al menos, cuando ceso un poco, porque esta angustia que siento dentro no se va a ir tan fácil, levanto el rostro, que tenía enterrado en el pecho de Dorian, y lo observo. Él, imagino que al percibir mi movimiento, se despega un poco y me mira con atención.

—¿Te traigo algo? —se ofrece.

No. No quiero nada.

Lo que quiero son respuestas, no agua.

Muevo la cabeza mientras me aclaro la garganta, porque en estos momentos no me encuentro capacitada para emitir ni un solo sonido que no suene lastimero.

—No —le digo, pasados un par de minutos, con la voz ahogada, a pesar de que sé que ha comprendido mi gesto anterior.

—Melissa, yo… —comienza Dorian, pero niego de nuevo. No quiero que me diga nada más, tan solo que me responda a lo único que ronda en mi mente.

—¿Acabas de contarme que a mi hermano lo asesinaron por ser gay? —Rezo porque me diga lo contrario. No puede ser que yo perdiese a Ricky por una panda de homófobos desalmados.

Lo miro fijamente, esperando su respuesta. Dorian baja los ojos hacia sus manos y asiente.

Me levanto de golpe del sofá y me muevo sin ton ni son por el salón. Solo tengo ganas de golpear algo, tal y como hicieron ellos con mi hermano. Siento que todo me da vueltas, que quiero enfocar la vista, pero no puedo. Que quiero respirar, pero tampoco puedo.

Necesito relajarme.

Antes de que me dé un ataque de ansiedad como el de hace unos días, me detengo junto a la mesa, me apoyo en ella y comienzo a inspirar y espirar.

Una y otra vez.

Una y otra vez.

Oigo cómo Dorian sigue mi ejemplo y se levanta. Y aunque no se coloca junto a mí, sí permanece cerca y a la espera, observándome, viendo cómo me derrumbo y me levanto. Expectante por si necesito ayuda, ofrecérmela.

—Melissa, eran otros tiempos y… —Se calla. Sabe que nada de lo que diga aliviará el dolor, la angustia y la presión que siento en mi pecho en estos momentos—. Aún hoy día hay jóvenes homosexuales asesinados por tíos como los que mataron a tu hermano.

Alzo una mano y le indico que guarde silencio.

Sus explicaciones no me sirven.

Nada lo hace.

No hay excusa para algo así.

¡Mataron a Ricky por enamorarse! ¿Cómo se puede tolerar eso? ¿En qué clase de mundo vivimos?

—Eso no me vale, Dorian. Sí, Ricky estaba en un mal mundo. No me enorgullece saber que vendía pastillas y, mucho menos, que llegó a esa mierda por mí. Pero de ahí a que lo matasen porque… porque… —Las palabras se me atoran y no puedo seguir hablando. Tengo un nudo que me atraviesa la garganta y me hace suspirar y guardar silencio a pesar de querer continuar.

—Ricky se metió en medio de dos bandas callejeras. —Sé que su intención es buena, pero a mí las explicaciones no me consuelan. Lo único que sé es que perdí a mi hermano cuando yo tenía diez años y más lo necesitaba. Tan solo me importa el hecho de que me lo arrebataron y no tenían derecho a hacerlo—. Dejó de comerciar para Los Halcones porque conoció al hermano del alfa de Los Emisarios, y eso no les gustó. Era un terreno pantanoso y él eligió cruzarlo.

—Yo… —De nuevo me ahogo, me falta el aire…—. Necesito respirar.

Miro hacia todas partes en busca de algo que me proporcione lo que tanto ansío. Corro hacia la ventana y la abro. Asomo la cabeza fuera e inspiro con fuerza. Escucho sus pasos detrás de mí. De nuevo. Pero no se acerca tanto como yo quisiera. No sé el motivo por el que parece estar guardando las distancias conmigo. Desconozco si cree que eso es lo que necesito, aunque me gustaría gritarle que nada más lejos de la realidad. Sin embargo, me falta el aire para respirar, de modo que ni me planteo el hablar.

Tras varios minutos eternos, comienzo a recuperarme un poco de la sensación de ahogo que amenazaba con acabar conmigo. Inspiro con más fuerza de la que creía que podía tener en estos momentos y me giro hacia Dorian, que me observa desde atrás.

—¿Mejor? —me pregunta. Su voz denota preocupación.

Y, por un instante, me siento ridícula por el espectáculo que estoy dando. Después, veo su sonrisa de alivio y todo eso se evapora. No soy ridícula, tan solo tengo sentimientos… unos muy fuertes que, ahora mismo, no puedo gestionar del modo adecuado.

Asiento.

—Me has dicho antes que Adrián lo sabía, ¿todo? —Ni siquiera sé por qué esto es lo primero que pronuncio. Quizá es algo que da vueltas en mi subconsciente y que yo ignoro, ya que… si él conocía esa parte de la historia, ¿por qué me la ocultaría?

—Sí —me contesta Dorian, sin ni siquiera pensárselo—. ¿Crees que si no lo supiera me hubiese vuelto a mirar a la cara? Muy pocos conocen los pormenores de la situación de tu hermano y esos son los únicos que no me miran con desprecio por lo ocurrido.

Sus palabras me duelen… y mucho.

Lo que no tengo tan claro es si esa sensación me la produce el saber que Adri me ha ocultado los verdaderos motivos de la muerte de mi hermano o por ser conocedora de que la mayoría culpa a Dorian de lo que pasó.

—¿Y por qué nadie me lo contó? Entiendo que entonces tenía diez años, pero ¿y ahora? —Él niega con la cabeza y guarda silencio—. Mi madre merece saberlo. Ella cree que… ¿Qué ocurre? —indago, al ver su expresión, una que no sé cómo interpretar. Su rostro se torna serio, aún mucho más de lo que ya estaba.

Espero su respuesta sin apartar mis ojos de los suyos.

No obstante, no llega…

Silencio.

Me remuevo inquieta, aunque sin apartar la mirada de la de él.

Dorian me observa.

Yo lo miro.

Pero ninguno de los dos habla.

—Dorian. —Intento atraer su atención.

Necesito una respuesta. Él lo sabe, por eso toma aire justo antes de comenzar a hablar de nuevo.

—Ya te he dicho que él nos lo hizo prometer. Tanto Adri como yo le juramos a Ricky que nadie conocería su… su… inclinación y, sobre todo, tú. ¿Por qué nos pidió tal cosa? No sé.

Imagino que, a pesar de todo, él tampoco se aceptaba. Decía que te avergonzarías y… y…

—¿¡Qué!? —No puedo creer lo que me está diciendo—. ¿Avergonzarme?

—Porque era tu ídolo. Lo admirabas.

—¡¿Cómo pudo pensar eso de mí?! —Aún continúo perpleja por lo que esas palabras implican.

—No sé… ¿¡Qué quieres que te diga, Melissa? No sé qué pasaba por su cabeza. Esa es la puta verdad. Éramos amigos, sí. Muy buenos amigos, pero lo cierto es que yo siempre estaba colocado, borracho o intentando meterla en caliente… —me suelta, y suena exasperado—. La verdad es que fui un mal amigo. No debí haberle proporcionado las pastillas ni el contacto… ¡Nada! Pero lo hice… ¡¿Y sabes por qué?! Porque todo me la sudaba, me importaba una mierda, porque no era consciente de nada y porque tenía la mente tan embotada de… de… de todo lo que cayese en mis manos que ni siquiera me di cuenta de que lo estaba ayudando a meterse en la boca del lobo. —Dorian me mira a los ojos mientras habla y yo abro los míos de par en par, sorprendida por ese arranque de sinceridad que no esperaba en absoluto—. Cuando quise pararlo, ya era tarde, por eso le seguí el juego. Era más fácil vender con él que convencerlo para que no lo hiciera y, como soy un puto cobarde, lo ayudé en vez de hacerle ver que estaba tomando el camino equivocado. Adrián lo intentó mil veces, pero no sirvió de nada, por eso hizo lo único que pudo para ayudarlo: hacerse cargo de ti. Al menos, tú estarías «a salvo», ya que eso era lo que él quería. —Trago saliva y voy procesando la información—. Cuando conoció a Yago, Ricky no sabía de quién era hermano, de modo que estuvo meses mezclándose con las dos bandas sin ser consciente de ello. Al descubrirlo, decidió cortar por lo sano y dejar a Los Halcones. No volvió a comerciar, te lo juro. Abandonó ese camino, volvió a buscar trabajo y hasta sonreía de nuevo… Yago, a pesar de ser el hermano del alfa de Los Emisarios, estaba fuera de los trapicheos de la banda y no tenía intención de ingresar en ella. Escogió bien. Ese sí era un buen camino, tendría que haberlo sido.

—Ricky… —comienzo, pero un sollozo sube por mi garganta al ser consciente de lo que Dorian intenta decirme—. Él… Él…

—Él lo dejó todo, Melissa. Aun así, le tendieron una trampa. A Yago también le dieron una paliza tremenda, antes que a Ricky además. De ese modo tomaron su teléfono y le tendieron la encerrona a tu hermano. Yo iba con él, pero a mí no… no…

Siento cómo las lágrimas vuelven a correr por mis mejillas y ahora no son solo de dolor. También las hay por el resentimiento y, sobre todo, la culpabilidad que siento. Todo eso pasó por mí. Si Ricky no hubiese estado obsesionado por conseguir dinero para poder marcharnos de casa, jamás se hubiese metido con esa banda.

—Lo siento —escucho que me dice, justo antes de que levante la mirada y lo observe.

Dorian da un paso hacia mí. Yo, aún sumida en mis propios pensamientos, niego con la cabeza, ya que me cuesta asimilar el hecho de que fui el desencadenante de todo. Creo que Dorian no interpreta mi gesto como lo que es, porque le veo fruncir los labios y darse la vuelta.

¿Acaso piensa irse?

¿Él también me va a abandonar?

—¿Qué sientes? —inquiero, y se detiene, aunque no se voltea hacia mí.

Asiente.

—Yo fui quien lo metió en eso, Melissa. Yo fui quien no le puso freno. Yo fui quien le sirvió en bandeja las pastillas. Yo fui quien le aconsejó que no dejase a Los Halcones, a pesar de que sabía que podría ocasionarnos problemas. Yo fui quien le reclamó cuando lo hizo, porque no quería líos con esos tíos. Por eso, yo era quien debía acabar en esa cañada… Lo hice todo mal,

Melissa. ¡YO! Por mi culpa, Ricky está muerto y yo aquí, contigo.

Siento sus palabras como si fuesen un puñal que se clava una y otra vez en mi pecho. Cada vez más hondo. Con cada palabra que pronuncia, noto cómo perfora un poco más adentro, cómo me corta la respiración, cómo…

—Dorian. —Es lo único que consigo articular tras escucharlo.

Él continúa hablando. Creo que ni siquiera me ha oído.

—Está claro que la vida no es justa, pero, al menos, puedes estar tranquila: todos pagamos por nuestros errores, incluido yo.

El tono en el que pronuncia eso último me pone la piel de gallina. Me da la sensación de que ya no está hablando de Ricky, ahora no. Se refiere a algo más. ¿Qué es lo que está pagando? ¿Qué ocurre con él para que piense algo así?

Doy un par de pasos, aprovechando que se ha quedado quieto, y me acerco de ese modo hasta él. Cuando estoy justo a su espalda, le paso las manos por la cintura y lo abrazo. Dorian se envara, sin embargo, no se marcha. Y con eso me doy por satisfecha.

—No puedes cargar con el peso de la culpa, Dorian —le digo, empapando la espalda de su camiseta con mis lágrimas—. Sí, es cierto, tú le indicaste el camino, pero Ricky era mayorcito para saber que no debía recorrerlo. Y…

No me deja acabar. Agarra mis manos y las separa poco a poco de su cuerpo. Me quedo perpleja ante su gesto.

Da un par de pasos y no necesito ser muy lista para saber que tiene intención de marcharse. Esto ha sido demasiado para él, puedo verlo. También lo ha sido para mí, pero no por eso huyo.

Comienzo a caminar tras él.

No sé si me oye seguir sus pasos o no, lo único que sé es que no se detiene ni tampoco mira hacia atrás.

No puedo dejar que se vaya.

No, creyendo que es su culpa.

Porque no lo es.

Además, es el padre de Hugo.

Tiene que saberlo.

Mi mente se embota de repente con tanto pensamiento que intenta hilar. Y, aunque quiero decirle mil cosas, solo una sale de mis labios.

—Quédate conmigo, Dorian.

Dorian

Me cago en mi puta estampa.

Pero… ¿qué cojones me pasa?

Alzo la mirada de nuevo hacia el edificio del hotel en el que se hospeda Héctor y rezo para que no tarde demasiado en bajar.

Ni siquiera he querido entrar y esperarlo en la recepción.

Necesito que me dé el aire, a ver si así me espabilo.

Me siento como la mierda.

¿Por qué me he marchado de allí?

Y lo peor de todo es que ni he tenido los santos huevos de girarme a mirarla.

Soy consciente que de haberlo hecho… no estaría aquí.

Y eso es lo que me acojona tanto.

«¿Qué sientes?», me ha preguntado. Sé que se refería a mis disculpas, pero es que… yo he visto tantas respuestas para esa cuestión, que no he sido capaz de asimilarlo.

Porque…

«Es solo sexo, Dorian», me repito una y otra vez, sin embargo, en el fondo sé que no lo es.

Desconozco qué tiene esa pelirroja que me atrae como la miel a las abejas. Me digo que tengo que dejar de pensar en ella cada vez que me descubro haciéndolo.

¡Maldita sea!

Solo he pasado una noche a su lado. ¡Una, por Dios! ¡Solo una!

No, no ha sido solo una. Me estoy engañando y lo sé.

Desde que la vi aquel día en el bar pienso en ella. ¡Hasta sueño con ella! ¿Obsesión? No tengo claro si puedo denominarlo así. Aunque lo que sí tengo claro es que no puede ser sano.

«Quédate conmigo, Dorian», tan solo me pidió eso. No quería estar sola y a mí me aterró el sentir que no quería que lo estuviese. Sin embargo, me fui. No me di opción a pensarlo. Solo… me marché sin mirar atrás.

No podía quedarme, no.

No, porque… si lo hubiese hecho, habría sido para consolarla, para hablar, para… ¿para qué?

¿Sexo?

No, sexo no.

Y lo más sorprendente es que, al menos yo, tampoco lo necesitaba.

Y eso fue lo que me acojonó.

Y mucho.

¡Una puta noche!

—Joder, más te vale que sea importante… Para una vez que tengo receptiva a la parienta —me suelta Héctor nada más bajar.

Puedo notar en su tono de voz que está de broma para distender el ambiente, ya que su mirada inquisitiva me indica que está preocupado. Le veo repasarme visualmente de arriba abajo y pienso que debo tener un aspecto de mierda. Levanto los ojos, que están anclados en mis manos, y él afirma con la cabeza.

De acuerdo. Estoy hecho mierda, sí.

Cuando sentí el aire frío de la calle y observé mis zapatos en la acera fue cuando me di

cuenta de que me había equivocado, que una vez más había tomado el camino fácil y, con él, había huido de los problemas, si puedo llamar así a mi situación con Melissa. Lo único que se me pasó por la cabeza fue llamar a mi hermano, y eso hice. Por eso estoy aquí, con él, en lugar de allí, con la culpable de que yo me sienta un idiota redomado y de que me esté planteando cada una de las putas decisiones que he tomado en mi vida, porque con tan solo dos palabras me ha enseñado que han sido las equivocadas.

Asiento en consonancia, le sonrío un poco debido a las circunstancias y, tras saludarlo con un abrazo, que se alarga más de lo normal, le pido que paseemos un rato. Mi cuerpo no puede estar parado, al igual que mi mente, que no cesa de maquinar sobre qué estará haciendo Melissa en estos momentos, allí y sola, y, sobre todo, intentando cavilar qué pensará de mí después de haberla dejado como lo he hecho.



Las carcajadas de Héctor me sientan como una patada en los testículos. ¿Qué pasa? ¿Acaso le resulta gracioso? Porque yo, la verdad, es que no me estoy riendo ni un poquito.

—No me mires así, Dorian —me replica, al comprobar el gesto de desaprobación que hay en mi cara.

No llevamos caminando ni una hora, pero a mí me ha dado tiempo de contárselo todo. A pesar de que suelo ser bastante parco en palabras cuando se trata de mí, con Héctor no es así. Me gusta hablar con él. ¡Quién me lo habría dicho!, ¿verdad? En contra de lo que siempre pensé de mi hermano, él sabe escucharme en silencio y luego, me aconseja… Excepto hoy, que el muy cabrito se está partiendo la caja a mi costa.

—¿Y cómo quieres que lo haga? —contraataco, malhumorado. No, lo cierto es que no me está ayudando mucho en esta ocasión—. Vengo a pedirte consejo porque creo que la he cagado y tú te tronchas de la risa por… ¿por qué mierdas te estás riendo, Héctor?

Él se para en seco y me observa, sonriente, eso sí.

Esa maldita sonrisa de dientes blancos y perfectos que nunca pierde está empezando a crisparme los nervios.

—Estoy a punto de darte de hostias, *hermano* —le digo, ganándome una sonrisa más amplia en su cara—. ¡¿Pero qué carajos te pasa?!

Héctor sigue con la mirada clavada en mí. En silencio.

Pues nada, habrá que esperar hasta que al señorito le salga de las narices dejar de cachondearse a mi costa y decida hablar de una puñetera vez.

Opto por hacer lo mismo que está haciendo él.

Lo observo.

Y no digo nada más.

Al cabo de un par de minutos así, mi hermano apoya una de sus manos en mi hombro, me da un par de palmadas y, poniéndose más serio, me dice:

—Dorian, follar está bien, pero hacer el amor es mucho mejor.

Dicho lo cual, me suelta, se da media vuelta y vuelve por el mismo camino por el que no hemos parado de andar, ese que va a su hotel y que está relativamente cerca, ya que hemos estado caminando casi en círculos.

Me quedo quieto, clavado en el lugar e intento descifrar el mensaje. Héctor es muy enigmático a veces, le gusta soltar prendas de este tipo y que luego sea yo quien las interprete correctamente. Lo que no sabe es que el alcohol y las drogas me dejaron las neuronas fritas y que más de la mitad de las veces no soy capaz de encontrar el verdadero significado de sus metáforas, por lo que siempre termino metiendo la pata.

Sin embargo…

Creo que esta vez la he captado.

Cuando me parece tener claro qué es lo que me está dejando entrever, me vuelvo y me percato de que me está esperando en el mismo banco en el que yo aguardaba a que él bajase hace una hora.

—¿Estás queriendo decirme que…? —cuestiono al llegar junto a él.

—Dorian, es bastante obvio que Melissa te atrae y para ti es algo más que sexo. No puedes negarlo —empieza, muy seguro de lo que está diciendo. Podría afirmar con toda tranquilidad que Héctor está más seguro que yo, incluso—. A ver, te lo planteo de otro modo, ¿de acuerdo? —Asiento. Mejor, que me lo explique claro como si fuese medio lerdo, a ver si me entra en la sesera de ese modo—. ¿Te apetece su compañía? Quédate con ella. ¿Tiene un hijo? Sí. ¿Te importa eso? No lo parece, por lo que me has dicho, y es algo que alabo y, probablemente, ella también lo hará. Fijo que la mayoría de los tíos salen corriendo cuando se enteran de que tiene un crío y, además, tan pequeño.

—¡Qué gilipollez! —increpo, aunque sé que tiene razón. De hecho, yo hubiese sido uno de esos si ella no fuese quien es.

Héctor tuerce el gesto con suficiencia.

—Sigo enumerando: ¿Te da miedo encapricharte con ella más de la cuenta? Sí. ¿Te asusta que puedas llegar a enamorarte? Como si fuese el corredor de la muerte. Pero ¿sabes qué? Si sales huyendo de su casa a la mínima de cambio, jamás vas a descubrir si lo que sientes es obsesión, pasión o si eso puede convertirse en algo más. No dejes que lo que le pasó a Ricky te marque durante más tiempo, Dorian. Todos hemos hecho tonterías, las de unos —y me señala— peores que las de otros —se señala—, pero no por eso debes condicionar tu vida.

—Pero…

—Pero nada. Melissa no te culpa de lo que pasó, porque no fue culpa tuya. Dorian, te partieron la mandíbula, tres costillas, te destrozaron la cara y te rajaron como a un cerdo. Casi la palmas. Tienes una cicatriz enorme que te lo recordará siempre y un ganadero al que le solucionaste la vida en cuanto pudiste en agradecimiento por haberos encontrado. Eres un cabrón afortunado, ¿acaso no lo ves? Deja de hacer el imbécil y toma lo que la vida te está poniendo por delante. No siempre vas a tener tanta suerte, hermano.

—¿Y si…? —empiezo, pero él me corta. Ya sabe a qué me estoy refiriendo.

—Y si nada. Ve y descubre si *eso* es lo que te falta en tu «perfecta» existencia.

¡Joder! ¡Qué intenso es cuando quiere!

—Sabes tan bien como yo que no puedo permitirme *eso* de lo que hablas —le indico.

Héctor vuelve los ojos, quitándole importancia a lo que le estoy intentando explicarle, algo que, por otro lado, no es ningún secreto para él.

—Las cosas son así porque tú has querido, Dorian. Ya te lo dije en su día y no voy a seguir recalcándotelo. Ya eres mayorcito, y *eso* tiene solución.

¡Ojalá! Sí, de acuerdo, la tiene, sin embargo, yo no me puedo permitir el lujo de darle ese final que él está insinuando.

Aunque sé que tiene razón, pero… ¿y si lo pierdo todo?

—Es mi familia… Una llena de cabrones, aun así, es mi familia, Héctor. Además, gracias a Fernando podemos tener a mamá en la clínica y…

—Dorian, mamá no querría que hipotecases tu felicidad por ella, algo que ya estás haciendo. Asúmelo, te da miedo el simple hecho de pensar que, por una vez en tu vida, una mujer te remueve algo que no es lo que tienes entre las piernas.

—Te juro que eres una nenaza cuando hablas así —le suelto, porque prefiero salirme por la tangente que darle la razón.

Héctor menea la cabeza y sé que él ya da esta conversación por finalizada. Siempre lo hace cuando me empecino con el mismo tema.

—Lo sé, pero esta nenaza se va a mojar el churro antes de que su mujer se quede dormida por el aburrimiento. —Suelto una pequeña carcajada—. Ya sabes lo que tienes que hacer, Dorian —me dice al pasar por mi lado.

Me giro para verlo entrar en el hotel y antes de que las puertas se cierren, yo ya le estoy dando la espalda de nuevo.

Quizá Héctor tiene razón. Tal vez, si dejase de acojonarme con cada cosa que se escapa de mis manos podría hallar la respuesta.

¿Amor?

No, no es amor, eso lo tengo claro.

Nadie se enamora en tan poco tiempo.

No obstante, sí que es cierto que entre nosotros hay algo más que una simple atracción sexual.

¿Qué es? No lo sé.

Pero si quiero descubrirlo, tendré que volver y estar con ella.

Si es que aún quiere abrirme la puerta…



Inspiro y espiro más veces de las que debería mientras espero a que Melissa conteste. Acabo de llegar a la entrada del bloque de pisos en el que vive y he pulsado el timbre que corresponde a su casa. Sin embargo, ella no contesta.

«Quizá está ya en la cama», me digo, intentando encontrar una lógica a su silencio.

Espero que no me haya visto por la cámara y haya decidido dejarme en la calle.

Debo reconocer que he metido la pata… hasta el fondo, fondo, fondo… Y, como parece ser la tónica habitual en mí, ahora que quiero arreglarlo parece que ya es tarde.

¡Si es que por muchos años que pasen, no aprendo! ¡Sigo siendo igual de idiota que cuando tenía quince!

Vuelvo a tocar, por si acaso estaba dormida y no me ha escuchado. Al menos, eso es lo que quiere creer mi subconsciente. Y, mientras espero, las palabras de Héctor no paran de dar vueltas en mi cabeza. Por momentos, siento que tiene razón, que debo intentarlo, saber qué me ocurre con ella y conocer qué puede salir de esta extraña proposición que le hice y que pensé que se debía a un simple calentón y a la intención de sacarme las ganas de estar enterrado en su cuerpo. Pero luego, pienso que estoy como un cencerro, que me ha costado mucho que mi padre confiase en mí de nuevo, que me diese una oportunidad como la que me ha dado y que puedo perderlo todo si descubre que no soy un hombre hecho y derecho, como tanto le gusta reiterarme.

—¿Sí? —La voz de Melissa me hace volver a la realidad y a dejar de replantearme cosas que no debería. Tal vez, estoy dándole vueltas a algo que ella ni siquiera tiene en mente. Lo mismo solo soy un polvo más y si te he visto, no me acuerdo.

—Soy yo —le contesto. ¡Estoy hecho un lumbreras!—. ¿Puedo subir?

Ella no me contesta.

Silencio.

«Está bien, lo has mandado todo a la mierda, Dorian. Bien hecho».

A punto estoy de darme la vuelta por donde he venido, cuando un pií, seguido de un clic que ocasiona la puerta al abrirse de forma automática, hace que me detenga. Sonrío como un tonto

mientras cruzo el soportal y me dirijo al ascensor.

—Vale, no la cagues otra vez —me digo a mí mismo, cuando siento que el aparato comienza a subir.

Melissa

«A veces tomas la decisión correcta y a veces haces que la decisión sea la correcta».
—Phil McGrawn—

No sé por qué me extraño. Él me lo dejó claro desde un principio. Esto es solo sexo.

«A escondidas», esas fueron sus palabras.

Y yo acepté.

Sería algo que solo conoceríamos nosotros.

Me lo propuso en un momento de calentura.

¿Qué esperaba entonces?

Ya debería saber que algo que nadie conoce es algo que no existe.

Por eso, no entiendo el motivo por el que me siento defraudada.

Pensé, quizá, que Dorian era diferente. Que lo que comenzó como un calentón, podría convertirse en algo más. Tal vez, descubrir el hecho de que es el padre de Hugo me hizo hacerme ilusiones, sobre todo, después de ver lo bien que congeniaron. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Él es como todos. Desde que tuve a Hugo he estado con algunos hombres, pero jamás he buscado nada serio, tan solo desfogar un poco y listo. Y ahora… ¿por qué? Dorian siempre ha sido el típico «sin compromisos». Lo sé porque era un tema bastante recurrente en Adri.

Entonces, ¿por qué le estoy dando tantas vueltas?

Le pedí que se quedara. Casi se lo rogué. No quería estar sola después de lo que me había confesado. Tampoco deseaba que él lo estuviese, aunque, por lo visto, el sexo es lo que mueve nuestros encuentros y esta noche ninguno de los dos estaba predispuesto.

Por eso se fue.

Ahora lo veo claro.

Después de quedarme anclada en el suelo y sin apartar la mirada de la puerta tras su marcha, de pensar y repensar la razón de su comportamiento decido atajar por lo sano.

Mejor así.

Las cosas claras desde el principio.

Aunque esto me haga dudar más sobre el mejor momento de confesarle lo de su paternidad. No creo que le interese tener ese tipo de responsabilidad. ¿Qué hago si se lo digo y él no quiere hacerse cargo? Soy madre soltera, lo tengo asumido desde el instante en el que salí del hospital tras mi caída por las escaleras. Por mucho que Adri se comporte como tal, no es el padre de Hugo. Algún día tendrá sus propios hijos y yo no puedo darle una carga que no le corresponde. Hugo y yo estamos bien como estamos. No necesitamos un tercero en discordia, uno que nos haga daño a la mínima de cambio.

Puede que me equivoque o que hable mi orgullo herido. Sin embargo, ahora creo que lo mejor es que Dorian siga permaneciendo en la más absoluta ignorancia y Hugo piense, cuando tenga edad de hacerlo, que su padre fue un lío de una noche que no conoce de su existencia, porque a él no voy a mentirle. Solo omitiré el hecho de que pude confesárselo y no lo hice. Dorian se marchará pronto de nuestras vidas, eso solo es cuestión de tiempo, por lo que mi niño no se acordará ni de haberlo conocido. ¡Eso es!

Con un nudo en la garganta y un pellizco que me oprime el estómago, me voy a la cama. No me apetece estar sola, de modo que me acuesto con mi pequeño. Él ni siquiera se da cuenta de

que me coloco a su lado, pero a mí me proporciona el consuelo que necesito en estos momentos.



Me despierto dando un respingo. Al principio creo que es el niño quien me ha cortado el sueño, pero luego compruebo que sigue durmiendo como un angelito. Lo miro y sonrío. Estoy a punto de depositarle un beso en la frente cuando escucho el timbre de la puerta de abajo. Extrañada, me levanto rápido. ¿Será mamá? Ella tiene llaves, aunque no sé si con las prisas y el enfado las habrá cogido.

Voy descalza por el pasillo y descuelgo. Tengo los ojos pegados y ni siquiera miro por la cámara quién es.

Debería de haberlo hecho.

Claro que debería.

—Soy yo —me contesta.

Su voz me deja perpleja, porque suena como si no hubiese pasado nada entre nosotros. Como si esta fuese la primera vez que viene hoy, como si no me hubiese confesado hace… —¿hace cuánto?, desconozco el tiempo que ha pasado desde que me dejó sola—, como si yo fuese a abrirle la puerta y él me fuese a arrollar contra ella igual que sucedió ayer. Es como si nada hubiese ocurrido entre nosotros.

Suena a un nuevo comienzo.

Pero yo sé que todo es una fachada.

Un castillo de naipes que se volverá a derrumbar al más mínimo contratiempo.

Y eso es algo que tengo la certeza de que no quiero, no después de cómo se ha marchado, de cómo me ha dejado.

—¿Puedo entrar? —me dice.

«Pues claro que puedes», le contesta mi cabeza. «Nunca has necesitado preguntar para hacerlo», añade, por si no fuese suficiente con ser consciente de que no puedo dejarlo en la calle, a pesar de ser lo que se merece.

Me quedo unos minutos debatiéndome en mi interior, luchando contra esa voz que quiere convencerme de que todo irá genial e intentando acallar a la que se lo refuta. No quiero ni una cosa ni otra. Improvisaré. Le daré lo que busca y punto. Así serán las cosas entre nosotros a partir de ahora.

Suspiro y cuando me siento decidida para lo que voy a hacer, pulso el interruptor y activo la puerta.

Que suba, que pase y que sea lo que tenga que ser.

Ahora ya estoy preparada, ya lo he asumido.

Esto es una cuestión de sexo, nada de amistad o relación y, por supuesto, Dorian y yo solo tenemos en común los orgasmos que compartimos. ¡Y ya está!

La decisión está tomada y no hay vuelta atrás.

Ya no.

Melissa

«Que tus decisiones reflejen tus esperanzas no tus temores».
—Nelson Mandela—

Cinco días después.

El fin de semana pasó rápido, tanto o más que estos días entre semana. La visita de Dorian a casa el sábado por la noche acabó como tenía que acabar: en la cama. Nada más abrir la puerta, le indiqué que pasara y le devoré la boca. Quería concienciarme de que así es como debía ser y también que él lo entendiese.

Intentó hablar, pero no le dejé.

«Solo sexo a partir de ahora».

No se lo dije, pero creo que captó la idea. Nada de charlas en el sofá, ver la tele o jugar con mi hijo.

Repito: solo sexo.

Él quería eso.

Él me lo propuso así.

Yo fui quien lo malinterpretó todo, pero ahora ya está aclarado.

Yo lo tengo claro.

Cuando acabamos, le indiqué que estaba cansada, que no sabía cuándo llegaría mi madre y que, dadas las circunstancias y mi enfado con ella, quizá era mejor que no estuviese en casa en el momento en que ella llegase.

Y así fue.

Se marchó.

No puso objeciones.

Tal y como debe ser.

Aunque yo me sintiera incluso peor de que lo ya estaba por haberlo echado de ese modo.

Por la mañana, nada más despertar, Hugo me preguntó por su amigo y a mí me entraron ganas de llorar. Soy una mala madre por ocultarle esa información, a pesar de que quiero creer que soy todo lo contrario por evitarle un sufrimiento futuro o el sentirse rechazado y no querido por su padre. Sé lo que es eso. Y no, no se lo deseo a mi hijo.

Aún no me había recuperado, cuando mi madre entró en casa. Al anunciarme que se iba a vivir con una compañera de trabajo que alquilaba una habitación, las ganas de llorar volvieron, a pesar de que nunca se habían ido del todo. Lo hará el viernes, es decir, mañana. No quiero que se marche de este modo, sin embargo, hace demasiados años que nos distanciamos y ahora no podemos recuperar de golpe y porrazo todo lo que nunca tuvimos.

Con toda seguridad, vivir juntas no fue una buena idea.

Yo lo sé.

Y estoy segura de que ella también.

Es mejor ir paulatinamente.

Así que lo acepté sin poner objeción. No tenía más ganas de discutir.

Me callé lo que descubrí sobre mi hermano. Sé que le voy a contar lo de Ricky tarde o temprano. Es su madre y merece conocer la verdad. Pero antes tengo que encontrarme con

fuerzas para hacerlo. Y rezo para que eso sea pronto. Tan solo quiero descansar tranquila sin que vengan a mi mente las imágenes de lo que imagino que ocurrió aquel día. Cuando eso suceda, estaré preparada para compartirlo con ella.

«Pasará», me digo.

«Todo pasa».

Y mientras eso tiene lugar, ella seguirá odiando a Dorian e increpándome que me veo con el culpable de la muerte de su hijo.

El domingo se lo dediqué a mi pequeño. A eso y a intercambiar algunos mensajes que Dorian me había enviado, a pesar de haberme confesado que los odiaba. Tampoco tuvo otra opción, ya que me llamó dos veces y no lo atendí.

Es mejor así.

No miento si digo que temía el momento de entrar a trabajar el lunes. ¿Qué haría si me encontraba con él? ¿Se notaría lo que habíamos vivido el fin de semana? ¡Por Dios, solo han sido dos días y se sienten como si hubiesen sido mil! ¿Por qué todo es tan intenso a su lado?

No sé si ha sido por suerte, por desgracia o por cosas del destino, pero Dorian no estaba en el hotel. Estaba de viaje de negocios.

Hoy es jueves y, por el momento, tampoco sé nada de él. Tan solo he recibido algunos mensajes de su parte, los cuales tardo en responder y cuando los hago, intento ser escueta. No quiero que se dé cuenta de que los espero, de lo mucho que me agrada que me haya dicho que está de viaje con su padre y que, al fin, volvería hoy. Le dije, medio en broma y medio en serio, que a mí no tenía que darme explicaciones y, de inmediato, me llamó. Pero, al igual que las veces anteriores, no descolgué la llamada.

Adrián me ha preguntado varias veces por el asunto que *debía* traerme entre manos, ese que he decidido que voy a omitir y que él me va a poner el grito en el cielo y del que me va a costar convencerlo de que eso es lo más correcto. Le he contestado que voy poco a poco por el bien del niño. No sé si me ha entendido o no, porque he cambiado de tema radicalmente. No me gusta mentirle, pero está de viaje y no voy a ser yo quien le fastidie la diversión contándole mis planes de futuro con Dorian, es decir, ninguno. Porque en eso es en lo que debe resumirse «lo nuestro»: en nada. Ya veré cómo convenzo a Adri para que mantenga la boca cerrada. Soy consciente de que va a ser lo más difícil de conseguir en este asunto.

Miro la hora y me percato de que tan solo me quedan treinta minutos para salir. Lo cierto es que pintando el tiempo se me pasa volando. Eso y que mi mente va a mil y, por ende, lo que dibujo no termina de convencerme del todo y debo volver a empezar.

Suspiro al ver que tengo un mensaje en el teléfono.

No debería mirarlo.

Es de él.

Y, sin embargo, lo hago.

Dorian_16:30
Te espero en mi despacho.
Planta 3.
Trae el boceto.

¿Quiere verme… por trabajo? ¿Por qué me envía un mensaje en vez de hacerme llegar el mensaje a través de su ayudante, tal y como hace Alessandra?

Vuelvo a leer el mensaje y…

¡Sí, me enfado! ¡Y mucho!

Lleva fuera cuatro días y ¿esto es lo primero que me dice cuando vuelve? Soy consciente de que no debería de molestarme, pero lo hace. Aunque repito: no debería. Sin embargo, sus mensajes y llamadas me habían dado a entender que tenía ganas de verme…

¿El boceto? ¿De verdad solo le interesa el dibujo?

Le contesto de un modo escueto, demasiado. Le aseguro que en cinco minutos estaré allí.

Recojo todo para no entretenerme después y poder salir de inmediato.

«Total, que espere. Por imbécil», agrega una parte de mí, esa que se ha enfadado por su petición tan inusual.

También es cierto que no quiero tardar más de lo necesario en irme, porque Hugo está con Lázaro y Tirso, ya que mi madre trabaja. Si esta situación se alarga, voy a tener que buscar canguro, ya que no puedo estar dependiendo del resto de personas que me rodean para que se hagan cargo de mi hijo cuando yo estoy trabajando, porque, aunque ellos no se quejen, tienen una vida y yo siempre se la estoy interrumpiendo.

Justo cuando salgo, me cruzo de frente con Íñigo. Tiene mala cara.

—¿Te ocurre algo? —le cuestiono, al ver que lleva en las manos un bloc de dibujo idéntico al mío.

—No tengo un buen día… y parece ser que el director tampoco. —Se calla de golpe al ver que llevo el cuaderno de bocetos en la mano—. ¿También te ha dicho que subas? —Asiento—. Buena suerte. No me pareció tan borde las otras dos veces que hablé con él.

Abro los ojos de par en par. ¿Borde? ¿Mal humor? Eso es porque aún no se ha percatado de mi estado de ánimo.

—¿Para qué nos está llamando? —inquiero, porque albergaba alguna falsa esperanza de que la petición de Dorian no se debiese al trabajo y que eso tan solo fuese una excusa para vernos. Ahora, ya he comprobado que no es el caso.

Y eso me enfurece más todavía.

—Mañana deben estar sobre la mesa los primeros bocetos para plasmar en lienzo y pared. La señorita Belmonte está fuera por motivos de trabajo, o eso me ha dicho…

—Señora —le corrijo, como hizo Dorian conmigo en su día. Íñigo frunce el ceño y me mira sin entender—. Está casada —le aclaro.

—¿En serio? Pues no lleva anillo.

—¿Y? Mucha gente no lo hace hoy día.

—Nada, nada. Solo me ha extrañado.

Después de ese breve cotilleo sobre Alessandra, le indico a mi compañero que debo marcharme porque no quiero hacer esperar a Dorian, o al jefe, como le gusta llamarlo a él.

Me despido y me encamino hacia las escaleras.

Planta 3.

Allá voy.

50

Dorian

Resoplo por enésima vez desde que he llegado al hotel y me giro de nuevo hacia mi escritorio. Miro con hastío estas cuatro paredes, que ni siquiera están pintadas. He paseado por aquí, al menos, cinco veces desde que entré, y tan solo tengo la idea de salir e ir a buscarla, pero algo me refrena al llegar a la puerta. Y sé lo que es. Su actitud distante. Podré ser muchas cosas, pero tonto no es una de ellas. Además, he tenido días para pensar en ello.

Quizá sí que fui un poco idiota al no percatarme de cuáles eran sus intenciones cuando volví a su casa el sábado. Apenas me dejó explicarme y eso que tenía muy claro todo lo que quería decirle. Sin embargo, me abrió la puerta en pantalón corto de pijama y camiseta de tirantes, sin sujetador y… me comió los morros nada más cruzar la puerta. ¿El resto? Dejó de importarme en media milésima de segundo.

Idiota de mí que pensé que ya estaba todo olvidado. Que ella, en su infinita comprensión, había entendido que yo no era más que un tío cagado que no había sabido qué hacer o cómo actuar. ¡Iluso de mí!

Ya saciados, me dijo que lo mejor sería que me marchase y me pidió de buenas maneras que no estuviese allí para cuando llegase su madre, que ya había discutido con ella por mi presencia en la casa y no quería incomodarla más. Ya tenían bastantes desavenencias para que yo las incrementase un poco más. La creí. No aparentaba estar molesta ni enfadada. Me pareció todo muy lógico, sobre todo, habiendo sido testigo de lo mal que le sentó a Ana Mari mi presencia allí el día que me encontró saliendo del cuarto de Melissa. También me confesó que va a contarle lo de Ricky, esté yo de acuerdo o no. Es su madre y tiene derecho. Y la verdad es que creo que soy el que menos puede opinar al respecto sobre eso: no soy padre y no puedo imaginarme qué puede estar pasando por la cabeza de esa mujer cuando piensa que el culpable de la muerte de su hijo ahora se está acostando con su hija. Sin duda, no debe ser plato agradable y, por supuesto, si lo miro de ese modo, comprendo su reacción ante la situación. Por todo esto, cedí, como soy consciente que haré con cada cosa que me pida, siempre y cuando me mire con esos ojos azules que tanto me impresionan.

Y, ¡joder!, cómo me asustó darme cuenta de ello.

El domingo tuve que salir de viaje con mi padre para poder estar el lunes a primera hora en una reunión a la que quería que asistiese. No soy hombre de negocios, jamás lo he sido ni me he planteado serlo, pero nunca es tarde si la dicha es buena.

¡Malditos ingleses! ¡Me han tenido cuatro días de un lugar a otro! Yendo y viniendo. Comprobando locales. Estableciendo emplazamientos para sus negocios. ¡Hasta de putas me han llevado! Ni que decir tiene que no me acerqué a ninguna, mis ganas están saciadas y en caso de no ser así, solo me apetece probar un cuerpo. ¡Desgraciado de mí! Otra vez me acojoné de lo lindo cuando me encontré en medio de aquel local pensando en la boca pecaminosa de mi Sirenita. Mi padre me excusó y explicó mi particular situación, o la que él supone que tengo, a nuestros anfitriones y estos me disculparon entre carcajadas y risotadas obscenas.

«¡Anda, que si me hubieseis pillado en otro momento…!».

«A lavar vasos os hubierais tenido que quedar para costear mis vicios, panda de mamones».

Pero… no fue así. Fui un niño bueno, como suele decirse. Aunque tuve que buscarme el desahogo más tarde en la ducha. Seré bueno, pero, como ya he dicho, no soy tonto.

Y aquí estoy, de vuelta y deseando verla, a la vez que temiendo el hecho de que si voy a

buscarla me eche de su «despacho» como lo hizo de su casa la otra noche. Sí, fue muy sutil, no lo niego, aunque ahora sé que me largó de allí de un modo muy educado.

El sonido de la notificación de un correo electrónico atrae mi atención. Como no tengo nada mejor que hacer, salvo comerme la cabeza, saco el teléfono y lo abro.

De: Alessandra Belmonte
Para: Dorian Castillo-Sandoval
Asunto: Reunión de mañana

Buenos días. Siento la demora de mi viaje, ya sabes, pensé que no volverías hasta el viernes y quise aprovechar que no habría nadie por allí que me echase en falta.

¿Qué tal fue la visita por tierras inglesas? Fernando le ha comentado a mi madre que todo ha ido sobre ruedas, pero ¿sabes qué?, ya he tratado con esos tipos antes. Mi padre trabajaba mucho con ellos. De hecho, él fue quien se los recomendó al tuyo. Sé cómo cierran negocios, así que espero que no hayas desfasado demasiado. Y, mucho menos, delante de tu padre, a pesar de que él dice mucho, pero luego, ¡ya ves!, le salen hijos de debajo de las piedras… por algo será, ¿no?

Mañana a primera hora debes estar en el aeropuerto para recogerme. A las nueve está prevista la llegada de mi avión.

Ah, a mediodía tenemos la reunión con mi hermana, mi madre y los proveedores del material. Quieren ver los primeros bocetos en la mesa para preparar todo lo necesario. El lunes se comenzarán a plasmar. Encárgate de supervisar y elegir los que presentaremos. Puedes mirarlos todos, excepto el de la pelirroja. Yo me encargo de eso en cuanto pise el hotel mañana. No te quiero cerca de ella, ya lo sabes.

Por todo lo demás, lo que elijas estará bien. Confío en ti.

¿Cómo sigue tu madre?

Nos vemos mañana a las nueve.

Un beso, bombón.

Resoplo cuando acabo de leer. ¿Ahora me toca a mí hacer su trabajo mientras ella está pasándolo en grande por ahí? ¡Hay que joderse!

«¡Para lo que has quedado, Dorian!».

Le respondo de forma concisa a todo. No voy a invertir mucho tiempo en algo que hago por obligación. Además, es más que probable que ni lo lea. Está demasiado ocupada aprovechando las últimas horas de su viaje.

De: Dorian Castillo-Sandoval
Para: Alessandra Belmonte
Asunto: RE: Reunión de mañana

Tranquila, allí estaré. A las nueve.

Yo me encargo de todo. Y cuando digo todo es TODO. Si me pides que haga tu trabajo, no me pongas condiciones. Miraré los bocetos, los de TODOS, incluido el de Melissa.

Sabes que tiene nombre, ¿verdad? No es *la pelirroja*.

Ah, y si no quieres que esté cerca de ella, no me encargues tus cosas. Esa es tu responsabilidad, no la mía, cariño.

Espero que note el sarcasmo en mis palabras. Le doy a enviar y, ni corto ni perezoso, pulso el intercomunicador. Le pido a Úrsula, la ayudante de dirección, que comience a llamar a los

trabajadores de Sandra en el orden que le proporciono. Como es evidente, dejo a Melissa fuera. De ella me encargo yo.

Si quiere indiferencia, se la daré. A ver qué tal le sienta recibir de su propia medicina.



No sé dibujar y nunca se me ha dado bien, esa es la verdad. Para mí todos los bocetos están geniales. No sé cuál escoger. Todos parecen obras divinas. ¡Yo no sé hacer la «o» con un canuto!

«Aunque los canutos sí que sabía hacerlos».

Me río yo solo de lo pésimo de mi chiste.

Llevo casi dos horas mirando ilustraciones y, aunque maravillosas todas, estoy hastiado de tanto talento, además de impaciente, por lo que despido al último de los trabajadores con muy poca sutileza. Ya solo me queda ver los diseños de una persona: mi Sirenita. Este es el momento que llevo esperando desde que Sandra me encargó el trabajo. Sonrío de lado y saco el móvil. No me da tiempo a enviarle un mensaje cuando suena el interfono.

—¿Sí? —respondo. Y diría que se ha notado que estoy molesto por la interrupción.

—Señor, acabo de comprobar que en la lista que me ha pasado falta una ilustradora. ¿Quiere que la avise?

¡Mierda! ¿Por qué será tan eficiente esta mujer?

—¿Estás segura? —le pregunto, haciéndome el despistado.

—Sí, señor. Es…

—Déjame comprobarlo y te aviso —la interrumpo, antes de que me diga el nombre y no me sirva la excusa de no ser conocedor de su existencia.

Quito el dedo del botón, cortando así la comunicación. Tomo el móvil y tecleo rápido. No quiero entretenerme, además de que quiero que vea ausencia e indiferencia de mi parte, lo mismo que me ha dado ella estos días. Seguro que, aunque espera mis mensajes, no imagina que me pondré en contacto con ella de este modo por un asunto de trabajo.

Dorian_16:30
Te espero en mi despacho.
Planta 3.
Trae el boceto.

Así, sin más.

Parco.

Ella me contesta pasados unos pocos minutos, que a mí se me antojan eternos.

Melissa_16:32
De acuerdo.
Estaré allí en cinco minutos.

Sonrío satisfecho, aunque no tengo claro el motivo por el que lo hago. No sé cómo le ha sentado mi mensaje. Quizá estoy haciéndome ideas extrañas y a ella le ha dado igual. Lo mismo el karma me está pagando con la misma moneda que yo he usado tantos años con las mujeres. Tal vez, ahora que soy yo quien quiere algo más, ella tan solo desea sexo. Paradójico, ¿verdad?

—Karma —digo, mirando hacia el techo—, eres un pedazo de cabrón, ¿lo sabías? A ver si dejas de joderme un poco la existencia.

El interfono vuelve a pitar y yo contraigo el gesto. Quería alargar la conversación con Úrsula

para darle tiempo a Melissa para subir, pero esta mujer es tan eficaz que ni eso me sale bien.

—Señor —dice, en cuanto descuelgo—, ¿llamo a Melissa Sauco?

—Úrsula, disculpa. Estaba al teléfono con Alessandra —le cuento, así la entretengo un poco. Al fin y al cabo, ella no puede saber si eso es cierto o no—. Ya es casi la hora de la salida. No sé si me dará tiempo de ver los bocetos de esta chica… —añado, como si estuviese hablando conmigo mismo—. A ver, está bien. Avísala. Intentaré ser breve con ella.

«¡Y un cuerno!», añado para mis adentros, porque lo que tengo pensado es todo menos breve.

—De acuerdo.

Le doy unos datos más a Úrsula que tiene que revisar y tener listos para la reunión de mañana, y cuelgo. Para que esté todo preparado, necesitará hacer varios informes y, para eso, deberá bajar a la primera planta y conseguir la información. Espero que con eso esté ocupada mientras dura la visita de Melissa, porque quiero que mi ayudante esté lo más lejos posible de mi despacho, ya que lo que ronda en mi mente no será agradable de oír para ella.

Tan solo un par de minutos más tarde, vuelve a ponerse en contacto conmigo para informarme de que Melissa no responde a su llamada. No está en el despacho. Esa información me hace sonreír. Viene de camino.

—No se preocupe. Yo me encargo personalmente de localizarla. Usted vaya a por los datos que vamos a necesitar mañana. Gracias.

Bueno, pues… todo ha salido como tenía pensado. Ahora solo toca esperar a mi Sirenita y poner en práctica los consejos de mi cuñada.

Hace dos días.

—Héctor, ¿qué tal? —saludo a mi hermano en cuanto descuelga.

—Dorian, no esperaba tu llamada —me contesta, y suena preocupado—. ¿Está bien mamá?

—Sí, sí —le aseguro, haciendo que él resople tranquilo—. Quería hablar con Saioa.

Mi petición le coge de sorpresa, pero no hace muchas preguntas y le pasa el teléfono. Sé que es consciente de lo que quiero tratar con ella, más que nada, porque antes de pasarle el auricular le dice: «Es mi hermano. Quiere hablar contigo. De chicas».

Así es.

¡Cómo me conoce el condenado!

—Es que tus consejos son una mierda —le espeto elevando un poco la voz, para que me oiga desde el otro lado de la línea.

Las carcajadas de Héctor no se hacen esperar y tampoco las de su esposa.

—Cuñadito, ¿qué tal te va? Por tu llamada, intuyo que no muy bien.

No hago alusión a que ella sepa tan al detalle sobre mi vida, ya que sé que estos se lo cuentan todo. Al principio me molestaba, ya me he acostumbrado. Ellos son como un pack *indivisible, por lo que contarle algo a uno de ellos es que el otro se entere al segundo. Son odiosamente adorables.*

—Déjate de coñas, Saioa —le pido—. No tengo mucho tiempo.

Este viaje está cronometrado al segundo y en quince minutos me tengo que reunir con los ingleses en la recepción del hotel. Con toda probabilidad, mi padre ya estará allí. Odia la impuntualidad y la puntualidad también. Para él, lo correcto es llegar siempre el primero, así que ya puedo imaginarme lo que estará despotricando en su mente por mi no retraso de diez

minutazos.

—De acuerdo. ¿Qué ocurre, Dorian? —me cuestiona—. La chica no te hace caso, ¿verdad?

—Ajá. La llamo y no me contesta. Y a los mensajes me responde de forma escueta. No sé tratar con mujeres, Saioa.

—Eso te pasa por cabrito. No puedes pretender ofrecerle sexo y, después, decidir que quieres algo más.

—Pero…

—Has dado con la horma de tu zapato. —Y se pone a reír—. Lo siento. —Sin embargo, a mí no me parece muy sincera—. A ver, Dorian. Me alegro mucho de que por fin hayas dado con una mujer que te guste, pero… ¿no crees que deberías contarle tu situación antes de continuar?

¡Joder!

—No te llamo para que actúes de Pepito Grillo. Tú dime qué puedo hacer para…

—Decirle la verdad, para empezar. Después, conquístala.

—¿Y cómo carajo se hace eso?

Las carcajadas de Héctor suenan estrepitosamente al otro lado del teléfono. Saioa contiene las ganas de reír. Imagino que sabe que con la risa de su marido ya es suficiente.

—La verdad, hablando. Lo demás, sencillo: sé tú mismo, Dorian. Tienes muchas cualidades, además de la que ella conoce.

—Pues no se me ocurre ninguna… —Dudo bastante de su afirmación.

—Olvida lo de ser una máquina en la cama, todo no es eso, y…

—Eh, no te pases —la interrumpe Héctor, y ahora no parece que tenga tantas ganas de reírse.

—Solo digo que con la experiencia que ha adquirido con los años, sabe lo que hace, pero… —intenta aclararle a Héctor.

—Gracias —le contesto, no sé si halagado o no, porque no sé si tomármelo como un cumplido.

—¿Estás diciendo que yo no sé qué hago? —replica el otro, resentido.

—Héctor, no voy a hablar de ese tema con tu hermano al teléfono. Deja de hacerte el ofendido. Además, aquí todos sabemos que te estrenaste conmigo, así que sí, tu hermano tiene más experiencia que tú.

¡Vaya tela cómo se las gasta mi cuñada con las hormonas del embarazo! ¡Con lo modosita que parecía!

Héctor no dice nada más y no sé si es porque se ha ido o, simplemente, se ha callado.

—Oye, Saioa… —comienzo.

—Dorian, para que ella sepa que buscas algo más que sexo deberías empezar a estar con ella sin sexo. No sé si captas la idea.

Silencio.

¿Sé a qué se refiere?

Pienso un poco…

—Creo que la capto, sí —contesto finalmente, poniendo mi mente a dar vueltas para elaborar un plan.

—Pues eso. Pero antes de hacer nada, sé sincero.

—No puedo. Eso no es negociable.

—Pues entonces nada de lo que hagas servirá. En el momento en el que se entere de tu situación, te va a mandar a paseo con un billete solo de ida.

Melissa

«La indiferencia endurece el corazón y es capaz de eliminar cualquier rastro de afecto».
—Jorge González Moore—

Suspiro por última vez antes de tocar la puerta. Trago saliva y contengo los tontos nervios que me atenazan. ¿Nervios? Debo de ser idiota. ¿Nervios por qué? Solo tengo que mostrarle los bocetos en los que he estado trabajando durante toda estas dos semanas ¡y listo!

«Tampoco es tan difícil, Melissa. Tú solo entra, enseña y te vas. Así de sencillo».

Después, me marcharé a mi casa y mañana será otro día. Viernes, por cierto… ¡Cómo ha pasado la semana!

«¿Por qué armar tanto jaleo?».

«Porque me acosté con él… y no solo una vez… ¿Cómo lo miro a la cara después de todo lo que pasamos? ¡Es mi jefe!».

«Y el padre de Hugo», recalca mi conciencia, ocasionando que se dibuje un mohín en mis labios.

Suspiro.

Me preparo.

Llamo con los nudillos y espero.

Impaciente.

Ansiosa.

Temerosa.

Deseosa.

Doy un respingo al escucharlo indicar que pase. Su voz me llega contundente, fuerte e incluso diría que austera. Contengo las ganas de darme la vuelta e inspiro con fuerza. ¡Ni que fuese al matadero!

Lo que sucede es que, siendo sincera conmigo misma, no sé cómo me va a afectar verlo de nuevo.

Ignorarlo a través de mensajes ha sido relativamente fácil.

No atender a sus llamadas, más de lo mismo.

Convencerme de que solo fue sexo y si se repite, será solo eso, tampoco ha resultado en exceso complicado.

Decidir que no le diría lo de Hugo no fue plato de buen gusto, pero a la vez me resulta tranquilizador, porque no sé cómo soltar tal bomba y, mucho menos, la repercusión que eso podría tener. Para mí. Para él. Para los tres.

Ahora, llevar todas esas decisiones a la práctica teniéndolo delante… Eso sí va a ser complicado, arduo y hasta embarazoso a veces. Por no decir que, además, temo no poder seguir con mis propósitos, ya que ni yo misma me los creo en estos momentos.

Giro despacio el pomo y abro muy lento, más de lo que debería. De inmediato, lo veo sentado en su escritorio, con la cabeza agachada y leyendo, o mirando, unos papeles que tiene entre las manos. Al oír el crujir de mis pasos al irrumpir en su despacho, levanta los ojos y me enfrenta.

Me quedo sin aliento.

«Mal empezamos, Melissa».

«Di algo, aunque sea un hola».

Lo observo mientras adopta la pose de jefe, de lo que es ahora, y retiro cualquier pensamiento de mi cabeza. Creo que lo mejor es guardar silencio y optar por que sea él quien demande. Además, vestido con ese traje y esa corbata me impresiona muchísimo, y no sé si es para bien o para mal. El palpitar en mi entrepierna no me permite pensar con claridad.

Sé que me convencí de que esto sería fácil, de que podría hacerle un poco de vacío, ignorarlo y, solo si se diese el caso y no hubiese otro candidato, elegirlo de vez en cuando para satisfacer nuestras mutuas necesidades, pero creo que jamás me he equivocado tanto en mi vida.

Esto no es sencillo.

Verlo no es sencillo.

Estar aquí con él no es sencillo.

Dejar de visualizar algunos de los momentos compartidos no es sencillo.

Y, sobre todo, ignorar lo que despierta en mí NO ES SENCILLO.

Dorian siempre ha sido algo así como mi talón de Aquiles, alguien que me desbarata los planes, las ideas y que, por paradójico que pueda parecer, sabe mejor que yo lo que deseo, por ese motivo siempre cedo a lo que me pide. Porque él solo me indica el camino que yo ya estaba mirando y me tiende la mano para que lo recorramos juntos. Aunque en este caso, el camino es uno sin salida, al menos, para mí.

Incapaz de soportar más el silencio que mantenemos, decido hablar.

—¿Querías verme? —pregunto, sosteniendo en alto el bloc de dibujo.

Mentiría si no dijese que lo único que quiero ahora mismo es que deje de observarme como lo hace, como si yo fuese un manso corderito y él el astuto zorro que está a punto de abalanzarse sobre mí.

Y que conste en acta que ojalá lo hiciera.

Porque sí, lo estoy deseando.

Todo lo que decidí el domingo sobre nosotros se ha ido al garete. Al menos, por mi parte. Antes temía que sucediese tal cosa; ahora, acabo de corroborarlo.

Estoy perdida de nuevo.

O, mejor dicho, estoy donde quiero y con quien quiero, pero no cómo quiero estar.

Dorian suelta los folios que sostiene y se levanta de su silla. Me hace un gesto con la mano para que pase y tome asiento. Y lo hago, pero antes me aseguro de que la puerta permanece entreabierta, así no cometeré ninguna locura. Porque una cosa es que yo sea consciente de que todos mis propósitos se han evaporado y que mi firme convicción a ignorarlo se ha visto truncada en cuanto él ha aparecido frente a mí, y otra muy diferente que tiente a la suerte cerrando a la puerta y dejándonos a ambos con una intimidad que es mejor que no tengamos.

Le veo acercarse a la vez que yo acorto la distancia hasta la silla. Antes de que pueda apoyarme en ella, Dorian está frente a mí. Me sonríe y yo le respondo del mismo modo. Por un instante, creo que me va a saludar con un tórrido beso, como en las películas; no obstante, me deja a cuadros cuando pasa por mi lado y sale por la puerta.

Me quedo de pie, sin saber muy bien qué hacer, mientras que le observo caminar por el pasillo.



Nunca pensé que vería a Dorian de esta guisa.

Tan serio y formal… tan… ¿director?

Desde que ha entrado en su despacho de nuevo, lo único que ha hecho ha sido cerrar la

puerta, pedirme el cuaderno de dibujo y observarlo.

Solo eso.

Su actitud me ocasiona sentimientos encontrados.

¿Me molesta? Sí.

¿Me gusta? Sí, también. Mucho.

Se ve tan sexi así vestido y con esa pose de hombre de negocios, que el calor comienza a ser insoportable. Siempre me han resultado muy atractivos e interesantes los hombres de chaqueta. Tan elegantes. Ese porte que les ofrece dicha prenda… No sé si será una fantasía o, tal vez, que mi padre siempre iba como un pordiosero. Quizá influyó en mí la imagen de James Bond, ya que mi hermano era fan de sus películas y no se perdía ni una, y yo siempre me sentaba con él a mirarlas, aunque no entendiese mucho de qué trataban. Y… todos sabemos cómo se las gasta el agente 007. El caso es que… ¡Yo qué sé! Que me pone mucho así vestido.

Punto.

Eso es lo que importa.

Al menos, a mí.

Me abalanzaría sobre él si no fuese porque su actitud me tiene muy descolocada. ¿Cómo puede actuar de este modo tan impersonal después de lo que vivimos el sábado?

Llegué a creer que eso nos había unido de algún modo. Que fue una conexión entre ambos, y no hablo solo del sexo, sino de lo que compartimos: la muerte de Ricky, las confesiones, el sentimiento de culpa, el consuelo que nos ofrecimos… Hugo. Conoció a mi hijo, jugó con él, le leyó su cuento de buenas noches y, con toda seguridad, se hubiese acostado a dormir con el niño si este se lo hubiese pedido. Rectifico: nuestro hijo, aunque él aún no lo sabe.

«Ni lo va a saber», reafirma una parte de mí, la mala, la que está dolida por su abandono cuando le supliqué que se quedase y la que está molesta porque ahora no me dedica ni una sola mirada.

«Eso no está bien y lo sabes. No eres nadie para negar esa oportunidad a ninguno de los dos. No puedes decidir por ellos», refuta la otra, la más racional, esa que conocemos como conciencia.

Y lo peor es que sé que tiene razón y que la otra solo habla por despecho.

—Melissa —me llama, y yo elevo la mirada, que estaba anclada en mis manos mientras estas jugueteaban con la tela del mandil que llevo para evitar que se me ensucie la ropa con las pinturas—, tienes talento.

—Gra-gracias —le contesto, sin saber si sentirme halagada o no, porque… se supone que si estoy aquí es por eso mismo, ¿no?

Después, y sin esperar ninguna aportación más por mi parte, me explica que él solo está llevando a cabo una preselección y que será Alessandra, Sandra como él la llama, quien se encargue de elegir mañana a primera hora los que van a ser presentados en la reunión. Asiento a todo lo que me dice y cuando termina de hablar, le pregunto si me puedo ir ya.

Cualquiera diría que estoy huyendo.

Y lo estoy. No voy a engañarme intentando convencerme de lo contrario.

Dorian, sin embargo, no lo ve tan claro y me mira extrañado cuando oye mi petición. ¿Acaso le sorprende que desee marcharme? Aquí ya no tengo nada más qué hacer y él tampoco parece que me necesite después de enseñarle los dibujos.

No quiero mirarlo, pero lo hago.

Lo observo mientras él parece sopesar su respuesta.

Es más, no aparto mis ojos de los suyos. Tan negros que podría perderme dentro y no

encontrar nunca el camino de vuelta, aunque comienzo a creer que ya lo he hecho. Me detengo con especial interés en sus pestañas, tan llamativas, tan curvadas, tan… idénticas a las de Hugo. ¿¡Cómo no me di cuenta nunca!? Ese pensamiento me hace tragar con dificultad. Otra vez, la culpa hace acto de presencia de un modo arrollador y vuelvo a sentirme como una mala madre, porque solo debería buscar la felicidad para mi hijo, pero estoy anteponiendo mis sentimientos a los de él. Y lo peor de todo es que le estoy privando de la oportunidad de crecer con un padre.

«O le estás evitando un dolor mayor si ese padre no quiere saber nada de él», replica la puñetera voz de mi yo herido, frustrado y desconfiado.

Porque al final todo se resume en eso: desconfianza. Necesitaba que se quedase conmigo y se fue. Me sentí sola, desconsolada, triste, abandonada… No quiero que Hugo pase por lo mismo.

En resumidas cuentas: me duele su indiferencia, esa es la verdad.

Me molesta comprobar de este modo que lo nuestro solo ha sido cosa de un calentón y que, para él, ya ha sido satisfecho, por lo que veo.

«Es mejor así, cuanto más tiempo pase, más difícil se me hará asumir el final».

Así es, por mucho que me empeñe en creer lo contrario.

Dorian y yo vivimos en dos mundos totalmente opuestos, al menos, ahora lo hacemos, por lo que esto no puede llegar a buen puerto.

Por otro lado, me digo que debo aguantarme, porque yo fui quien se distanció de él, quien no le descolgó las llamadas y le respondía de manera escueta a algún mensaje, ni siquiera a todos. De modo que debo dejar de sentirme estúpida por no tener toda su atención ahora.

«Es lo que buscabas».

«Lo sé, pero una cosa es lo que busco y otra lo que quiero».

En vista de que Dorian no se pronuncia, tan solo me observa, y yo necesito salir de aquí, me incorporo del asiento, dispuesta a irme de este despacho lo más rápido posible.

—Si no necesitas nada más de mí… —le digo, avanzando unos pasos hacia la puerta.

Él se levanta también de su silla y sale de detrás del escritorio. Se apoya sobre este y me observa mientras camino de espaldas hacia la salida. Quiero darme la vuelta y poder así apartar la mirada de él, pero una parte de mí se resiste a hacerlo de un modo sobrehumano. Continúo caminando hasta que mi espalda se topa con la madera. Doy un respingo y sonrío de forma tímida, para quitarle importancia al hecho de que me acabo de chocar con mi objetivo por no separar mis ojos de los suyos. Dorian ríe de lado y esa sonrisa me trae recuerdos, muchos, y no solo de estos últimos días.

Me detengo y me giro de forma brusca. Tomo la manija y la giro, haciendo que la puerta se entreabra. Apenas se desliza un par de centímetros cuando la fuerza que ejerce la mano de Dorian sobre ella la cierra de nuevo. Me sobresalto al oír el golpe que ocasiona al volver a su lugar. Me tenso cuando siento su cuerpo cerca del mío y, aún más, cuando su aliento roza mi cuello.

Melissa

«Se habla sin cesar contra las pasiones. Se las considera la fuente de todo mal humano, pero se olvida que también lo son de todo placer».
—Denis Diderot—

—Siempre necesito más de ti, Sirenita —susurra, pegado a mi oído y pasando una de sus manos por mi hombro, la cual va bajando poco a poco, arrastrando a su paso la tela que cubre esa parte de mi piel.

Maldigo el instante en que decidí ponerme esta camiseta, tan holgada por arriba. Si hubiese traído la que me dieron el primer día esto no estaría pasando. ¡Todo me pasa por saltarme las normas!, y porque estaba sucia… también por eso.

Trago saliva y me obligo a respirar hondo. Debo controlar lo que origina en mi interior su simple roce. Tengo que ser fiel a mis decisiones.

He dicho que obviaría los sentimientos que despierta en mí.

He dicho que intentaría ignorarlo.

He dicho que no importa si…

He dicho que yo…

He dicho que…

No sé lo que he dicho, pero sí sé que he dejado de pensar con claridad en el instante en el que él ha posado sus labios sobre mi hombro.

Retengo el aliento y cuento hasta diez.

Tengo que contenerme.

Vuelve a depositar otro beso, pero esta vez un poco más arriba, cerca de la clavícula, mientras que me pasa por la cintura la mano que le queda libre y me acerca un poco más a él. ¡Como si eso fuese posible! Con los dedos de la otra mano juguetea, pasándolos uno a uno por la piel desnuda que encuentra a su paso, que, aunque no es mucha, consigue que me arda cada centímetro de piel.

—Dorian… —le llamo.

En un principio, mi intención es que suene como advertencia, aunque siento que es más bien una súplica por sus caricias.

—Y tú, Melissa —continúa él, ignorando mi llamada de atención—, ¿necesitas más de mí?

«SÍÍÍ», gritan todas las voces de mi cabeza, porque en estos momentos todas opinan lo mismo, da igual si está despechada por su actitud o loca por sentirlo.

No quiero hablar.

No quiero decirle lo que desea escuchar.

Pero tampoco sé si voy a ser capaz de aguantarme las ganas.

Sigo pegada a su cuerpo, notando cómo su respiración se detiene mientras espera mi respuesta.

¿De verdad le preocupa?

Ese simple pensamiento consigue que me rinda. ¡Qué poco ha durado mi determinación! Pero ya lo he dicho: él sabe mejor que yo lo que quiero. Y sí, lo que quiero ahora mismo tiene nombre y apellidos.

Asiento.

Tal vez las palabras no me salgan, pero los gestos sí.

Aunque no puedo ver la sonrisa de satisfacción que se dibuja en su rostro, la intuyo.

—¿Sí? —pregunta de forma retórica. Noto cómo comienza a deslizar la mano que descansa en mi cintura, bajando por mi vientre y acercándose a zona peligrosa—. Y dime, ¿también me has echado de menos como yo a ti?

Dorian introduce la mano por dentro de la cinturilla del pantalón y ahí la deja durante unos segundos.

La respiración se me corta, el pulso se me acelera y mis ganas de él se acrecientan.

—Porque yo no he parado de pensar en ti —me susurra, erizándome la piel y calentándome aún más—. Has estado en mi cabeza cada día, Melissa. En cada momento —añade, y el tono con el que lo dice me da toda la información que necesito para imaginarme a qué se está refiriendo.

Asiento.

Es lo único que puedo hacer.

—¿Sí? —repite él.

Vuelvo a asentir.

—Dímelo. Quiero que me lo digas, Sirenita.

Respiro hondo y me preparo. Sé que es una estupidez prepararse para hablar, pero soy consciente de que no es por el hecho de abrir la boca para emitir algún sonido, sino por lo que estoy segura de que acompañará esas palabras.

—Sí, te he echado de menos —le digo, aún de espaldas. La mano de Dorian desciende un par de centímetros y se topa con el filo de mi ropa interior. Yo contengo el aliento y él se detiene—. Mucho —continúo, alentándolo, porque sé que le gusta este juego de seducción.

Elevo mis manos, ansiosa, y las paso por detrás de su cuello, de forma que mi cuerpo quede su merced. Él baja el rostro y lo hunde en mi cuello, depositando besos húmedos por él en su ascenso hacia mi boca. A la vez, su mano se desplaza un poco más, libra la tela que le impedía el paso hacia ese lugar al que quería llegar y, también, en el que estoy deseosa de sentirlo. Gimo bajito al notar cómo pasa con suavidad sus dedos, impregnándose de mí.

Sin que apenas sea consciente de ello, retira la mano, me obliga a girar sobre mí misma y, en cuestión de un par de segundos, me encuentro frente a él. El deseo que siento también se refleja en sus ojos, ahora más negros y brillantes que de costumbre. Desplazo la mirada hasta sus labios y ahí me detengo.

«De acuerdo. Estoy perdida».

Eso es lo último que pasa por mi cabeza antes de agarrarlo de la corbata para atraerlo hacia mí y comenzar a besarlo como me moría de ganas por hacerlo.

Él me corresponde el beso.

Ardiente.

Salvaje.

Intenso.

Satisfactorio.

Lujurioso.

Justo cuando vuelve a introducir una de sus manos dentro de mis pantalones, el sonido del interfono nos interrumpe.

—¡Joder! —maldice Dorian, pegado a mis labios.

Suspiro, aunque de frustración, y me veo obligada a despegarme de él. A regañadientes y despotricando como un poseso, avanza hasta el escritorio y pulsa el botón. Creo que acaba de romperlo. No hay chisme que aguante semejante porrazo.

—¿Sí? —dice al descolgar.

La voz de su ayudante irrumpe en el pequeño despacho.

—Señor, su padre ha llamado para modificar la hora de la reunión de mañana. Será a mediodía.

—De acuerdo —indica Dorian, pasándose la mano por la cara—. ¿Algo más?

—No, señor. Creí conveniente avisarle, ya que…

—Gracias, Úrsula —la corta—. Puede irse a casa. Hemos acabado por hoy.

Mientras él termina de hablar y despachar a su secretaria, ayudante o no sé muy bien qué cargo ostenta esta mujer, me mira de reojo y me lanza una sonrisa demasiado traviesa. Imagino lo que está pasando por su mente, sin embargo, yo ya he recuperado la sensatez y no me parece que este sea el mejor lugar para montárnoslo. Además, como no me dé prisa voy a perder el autobús, al que le quedan apenas unos minutos para largarse del recinto.

Mientras yo voy elucubrando todo esto, Dorian cuelga el interfono y se acerca de forma sigilosa. Cuando está frente a mí y me pasa las manos por la cintura para atraerme hacia él, doy un respingo, porque estaba tan enfrascada en mis pensamientos que ni me había percatado de su cercanía.

—¿Por dónde íbamos? —me pregunta con voz sensual a la vez que baja la cabeza para besarme.

Siento su lengua posesiva, incitándome a que vuelva a morder la manzana que me está ofreciendo. Y lo hago, vaya si lo hago. El pecado es demasiado tentador para resistirme a él.

Subo mis brazos y le rodeo el cuello, empujándolo algo más para que no quede espacio entre nosotros. No obstante, hay una pequeña voz, un resquicio de racionalidad en mi cabeza, que me indica que estamos en su despacho y que nos pueden pillar o, peor aún, que…

—Dorian… —empiezo, separándome un poco de su boca. Él me enfrenta y me pregunta con la mirada—. Este no es lugar para…

—No puedes dejarme así —me dice, atrapando la mano que tengo en su nuca y deslizándola de forma rápida por su cuello, su torso y su vientre, hasta que la deposita sobre su abultada entrepierna—. Llevo días esperándote. Soñando contigo cada noche. Con esta boca —añade, arrastrando el dedo índice por mis labios—. Y créeme, mi mano no es tan satisfactoria como tú.

Y esa misma mano de la que habla, suelta mi cintura y se coloca sobre lo que sobresale en sus pantalones, donde aún está la mía, quieta y a la espera. Con la otra me empuja hacia su cadera y yo retiro mis dedos de ese lugar tan tentador, para corroborar con gestos mi absurda decisión. Cuando estamos tan pegados que ni el aire pasa entre nosotros, Dorian comienza a frotar nuestros sexos a través de la ropa. Gimo al sentir su dureza contra mi palpitar.

De acuerdo.

Sé que voy a claudicar.

Soy muy, pero que muy consciente de que voy a hacerlo.

Me muerdo el labio inferior y compruebo cómo me mira con ardor mientras lo hago.

—Van a oírnos —le digo como única excusa.

Vana.

Dudosa.

Simple.

Y, sobre todo, poco creíble.

—Pues no grites mucho —me suelta, bajando el rostro y volviendo a devorar mi boca.

En un último intento de raciocinio, pruebo a hablar de nuevo, aunque su beso eclipsa mis sentidos y ahoga el sonido de mi voz.

Está bien. Desisto.

Me rindo.

Soy débil.

Él es mi debilidad.

Mi única tentación.

Lo asumo.

Asiento en consonancia.

Afirmo.

Y él sonríe más ampliamente sobre mis labios.

Sin separarse de mí, me alza en volandas, lo que hace que contenga el pequeño gritito de sorpresa que ha subido por mi garganta. Abro los ojos de par en par y le miro de frente.

Muy cerca.

Nuestros alientos se funden.

Nuestros labios están a escasos milímetros.

Vuelvo a asentir.

Él vuelve a sonreír.

Y ese gesto se refleja en su oscura mirada, haciendo que me pierda en ella. Sin control y siendo conocedora de que no hay vuelta atrás para esto. No hay regreso. Y lo que más me asusta, que no quiero que lo haya.

Curvando sus labios en un gesto de suficiencia, da el primer paso. Antes de que avance más, me impulso un poco y me cuelgo de sus caderas, encaramada a ellas y sujetándome con mis piernas.

—No sé si me arrepentiré de esto —le confieso, porque él no es consciente de todas las cosas que pasan por mi mente.

—Lo dudo mucho —me contesta a la vez que salva la poca distancia que hay hasta la mesa de su escritorio y me deposita sobre ella.

Me quedo ahí, sentada y observándolo mientras él se desprende de la chaqueta y la corbata, las cuales acaban en el suelo hechas una montaña de telas. Después, va la camisa.

Y con ella, yo sé que ya todo está perdido para mí.



—Podríamos hacer esto cada día —sugiere Dorian, alargando la mano y colocándola sobre mi muslo.

Olvido lo de mirar por la ventanilla del coche y me vuelvo hacia él.

—¿Hacer qué? —inquiero, porque me he despistado observando el paisaje y reviviendo lo que ha sucedido en su despacho, tanto que no he entendido a qué se debe el comentario—. ¿No estarás insinuando que nos lo volvamos a montar sobre tu escritorio? Porque si es así, te digo desde ya que no. Eso no ha estado bien.

—Ah, ¿no? —inquiere, frunciendo el ceño y echándome un vistazo rápido, ya que pasamos por una zona de mucho tráfico y no puede separar los ojos de la carretera.

—Sí, *eso* sí ha estado muy bien —rectifico y él lanza una carcajada—. No vayas de sobrado, que casi todo lo he hecho yo —le indico, propinándole un golpe en el hombro.

—Auch —se queja.

¡El muy payaso!

—Me refiero al sitio. Ese es tu despacho y debería ser un lugar sagrado. Y lo hemos profanado. —Puestos a utilizar expresiones religiosas…

Dorian vuelve a reír a carcajadas y yo sonrío al verlo. Después, bajo los ojos hasta su mano, la cual sigue descansando en mi muslo y pienso que sí, que podría acostumbrarme a estar así con él.

Un calor que no debería sentir se instala en mi pecho y eso me recuerda que me estoy perdiendo en algo que no sé cómo va a resultar. Ya lo hice una vez y la cosa no salió bien, nada bien. No quiero sufrir, pero tampoco tengo fuerzas para resistirme a la calidez que me inunda el pecho cada vez que lo veo sonreír.

—Yo sí que he profanado un lugar sagrado y no, no ha sido mi despacho —me suelta, subiendo la mano.

La detengo antes de que llegue a su destino. Dorian se para en un semáforo y aprovecha para girarse hacia mí.

Por un instante pienso que me va a volver a soltar otro de sus comentarios obscenos, sin embargo, lo que hace me encoge el corazón. Mueve su mano de mi pierna, toma la mía, que reposa a unos centímetros de la suya, y entrelaza nuestros dedos. Yo, que al notar el movimiento he bajado la mirada, la dejo anclada en nuestras manos.

Unidas.

Atadas.

Temerosas.

Temblorosas.

Extrañas.

Cómodas.

Siento cómo la otra mano de Dorian me toma del mentón y me «obliga» a elevar el rostro. Lo que veo en sus ojos me hace tragar con dificultad. Ese brillo que tanto me gusta y me asusta a partes iguales.

Se inclina un poco y deposita sobre mis labios un beso suave, casto y con un sabor diferente al resto de los que hemos compartido.

Es dulce.

Cálido.

Suave.

Delicado.

Dorian

Está bien. Al final mi hermano Marcelo va a tener razón en eso de que no soy capaz de tenerla guardada en los pantalones. ¡A la mierda los consejos de Saioa y mi intención de estar con Melissa sin caer en la tentación!

Pero es que ella es la tentación personificada.

Me es imposible resistirme a su boca.

A sus ojos.

Al sonido que escapa de sus labios cuando la toco.

Al suspiro que nace de su garganta cuando la beso.

A su sonrisa.

A sus miradas inocentes.

A…

A toda ella.

Nunca me había pasado esto de no cansarme de una mujer. De estar lejos y pensar en ella. De mirar a otras y sentir que ninguna me atrae. De imaginar qué estará haciendo mientras que su rostro está invadiendo mi cabeza con una intensidad que me asusta.

En definitiva, actuar como alguien normal, según Héctor.

Mi cuñada me va a matar cuando le diga que lo primero que he hecho en cuanto he podido estar con ella a solas ha sido empotrarla contra la puerta y luego…

«Dorian, deja de pensar en eso», me autoaconsejo, porque me conozco lo suficiente para saber que voy a empalmarme otra vez si sigo por ese camino.

Y no, no es plan.

Aquí y ahora, no.

La miro de reojo a la par que conduzco y una sonrisa asoma a mis labios, aunque no soy muy consciente de que lo hace. No, al menos, al principio. Sin embargo, cuando me doy cuenta, la mantengo. Me gusta esta sensación. Saber, sentir y comprobar que estamos en silencio y cómodos el uno con el otro. No necesito nada más. Y es extraño porque muy pocas personas tienen esa habilidad y me sorprende que Melissa sea una de ellas, ya que apenas nos conocemos… o eso creo. Porque ya no estoy seguro de nada, salvo de que metí la pata en el pasado y que ahora, si esto sigue el curso que deseo, no sé cómo voy a arreglarlo.

Y es que, a pesar de que me ha costado familiarizarme con la sensación, el pellizco que noto en mi estómago me indica que Saioa y Héctor tienen razón en cada cosa que me han dicho estos días.

¡Me cago en todo lo que se menea!

Me estoy pillando por ella.

Y eso me asusta.

No por lo que implica, sino porque no puedo permitírmelo. No, sin desbaratar toda mi vida y volver a decepcionar a mi padre.

Pero también me gusta. Demasiado. Y en estos momentos es lo único que me importa. Del resto, ya me encargaré más adelante.

—Podríamos hacer esto cada día —le indico.

Me estoy refiriendo a volver juntos del trabajo, a pasar tiempo con ella después, a… a… a algo más que lo que ya tenemos, que lo que solemos hacer, a pesar de que eso implicaría justo lo

contrario de lo que acabo de pensar, ya que más tiempo con Melissa conllevaría más posibilidades de que esto se descubra y yo lo mande todo a la mierda. Me consuelo pensando que, después de todo, tampoco se va a notar mucho si lo hago una vez más. ¡Total, con todas las que lo he hecho en mi vida!

Salvo a que en esta ocasión soy consciente de las consecuencias.

Y eso es lo que temo.

Aunque mi temor no es tan grande como la atracción y la satisfacción que me produce estar con ella.

Sí y no.

Bien y mal.

Yin y Yan.

La eterna lucha. Eso es lo que hay en mi mente cada vez que me paro a meditar sobre nuestra situación. O, mejor dicho, en la mía. Por eso mismo, prefiero no pensar más y actuar. Ya enfrentaré los problemas cuando estos vengan. Quizá esto no sea más que un capricho y yo me esté adelantando a los acontecimientos.

Melissa está mirando por la ventanilla, como abstraída. No sé si está pensando en algo de lo que ha sucedido esta tarde o no. Pero si es así, espero que sea para bien. Intento atraer un poco su atención. Para eso, alargo la mano derecha y la coloco sobre su muslo. Es un roce simple, pero que en estos momentos para mí implica cercanía y confianza. Nada que ver con aquella primera vez que la traje a casa, cuando mi única intención era tentarla y tocar su piel para conseguir que ardiese bajo mi roce con el único propósito de comprobar si lo que me atraía de esta pelirroja era la falta de recuerdos de lo sucedido en el callejón.

Y ya me he cerciorado de que no, de que eso tan solo fue una excusa de mi subconsciente para que mi parte racional cediese a sus deseos. Unos tan ocultos que incluso yo desconocía hasta hace pocos días.

Parece que mis palabras, o mi toque, cumplen su objetivo y ella se gira hacia mí. De este modo comenzamos con un diálogo que conlleva un tira y afloja por ambas partes. Y ¡cómo me gusta! Demasiado. No puedo resistirme a ese tono cómico que usa al hablar o a cómo reacciona ante mis constantes réplicas morbosas.

Ni me molesto en reprimir las ganas de reír. Ella me provoca eso.

Alegría.

Ganas de disfrutar.

De ver la vida con otros ojos.

De vivirla, pero sin condimentos que me hagan desdibujarla a mi antojo, porque ya es perfecta tal y como está.

El simple hecho de ser consciente del tipo de pensamientos que me origina con sus palabras o del escalofrío que me recorre cada vez que rozo mis dedos con su piel con las pequeñas caricias circulares que estoy realizando mientras la mantengo sobre su muslo hace que me acojone un poco más, a la vez que me rindo a esos ojos azules que me inundan por dentro de un calor inusual y placentero.

Me dejo llevar por lo que siento, aprovechando que nos hemos detenido en un semáforo. Separo mi mano y la aproximo a la suya, que está muy cerca, pero a la vez muy lejos de mí, y la tomo entre la mía. Me quedo observando cómo se ven nuestras manos unidas. Así, sin más. No es la primera vez que juntamos nuestros dedos, pero sí la primera que lo hacemos sin que sea un acto reflejo producido por la pasión del momento.

Y se siente bien.

Demasiado bien.

Ella también las mira y no me puedo formar una idea de lo que pasa por su cabeza cuando lo hace, lo único que sé es que no despega los ojos de ellas. Yo tampoco puedo hacerlo.

Es intenso.

Es placentero.

Es… aterrador.

Y como el adicto a la adrenalina que siempre he sido, decido avanzar un poco más.

Elevo la mirada hasta su rostro, el cual sigue un poco inclinado mirando nuestras manos, la tomo del mentón en un intento de que me observe a mí y cuando lo hace, una sensación embriagadora me arrasa por completo al verme reflejado en esas perlas tan azules que tanto me gustan.

Solo deseo una cosa ahora.

Un beso.

Pero no uno cualquiera, no uno de los que me tiene acostumbrado.

Quiero ir más allá.

Necesito comprobar algo que me ronda la cabeza desde que Héctor me soltó eso de: «follar está bien, pero hacer el amor es mucho mejor». Porque si es así, ¡que detengan el mundo que yo me bajo, aquí y ahora, con ella!

Y lo hago.

La beso.

Es algo inexplicable.

Diferente.

Inesperado.

Pero, sin duda, el mejor de todos los que hemos compartido hasta la fecha, porque ahora puedo sentir la complicidad que tenemos y la devoción que le proceso, aún sin ser consciente de que lo hago.

El claxon del vehículo que está detrás me hace separarme de Melissa. Gruño para mis adentros por haber sido interrumpido cuando mejor me encontraba.

—¡Ya voy! —grito al conductor impaciente, aunque él no puede escucharme.

Melissa sonríe al oírme.

Desconozco si ha sentido lo mismo, pero por su expresión yo diría que sí, pues sus ojos aún proyectan un brillo que nunca antes he visto en ellos.

Sonriendo como un idiota, acelero y comenzamos a avanzar.

Ella vuelve la mirada hacia la ventanilla.

Y yo… yo no puedo dejar de pensar que me siento lleno, pleno y con ganas de gritar: «Yo, Tarzán; tú, Jane». Porque sí, parezco un troglodita que acaba de descubrir el sentido de la vida, de la felicidad y, ¿por qué no decirlo?, de su existencia.

«Soy un maldito cabrón con suerte», pienso, porque esa es la pura realidad en estos momentos.



—Déjalo, no te molestes en aparcar —me dice Melissa, cuando estamos a dos esquinas de su casa.

La miro frunciendo el ceño, porque me parece que no la estoy entendiendo.

—¿No vas a subir? —le indico, señalando el bloque de pisos en el que vive, que ya se divisa desde aquí.

—No, voy a recoger a Hugo. Está con su…

—¿Su padre? —pregunto, interrumpiéndola.

¿Pero por qué mierda le digo eso? ¿Acaso es de mi incumbencia? No, no lo es.

Al escucharme, abre los ojos de par en par y su gesto se transforma de inmediato, parece horrorizada. Creo que he metido la pata. Justo en el mismo instante en que me observa estupefacta, yo encuentro un lugar para estacionar, por lo que no me lo pienso, me desvío y detengo el vehículo en él.

—Su tío. Para él, Lázaro es su tío —me aclara ella.

A pesar de sus palabras, sigue manteniendo un gesto extraño en la cara, como desencajado. ¿Por qué? De acuerdo, mi pregunta no ha sido la más acertada, pese a que tampoco considero que sea como para reaccionar de ese modo.

—Lo siento —me disculpo, por si su cambio de actitud se debe a mis palabras, ya que todo apunta a eso, aunque yo no termine de entender dónde radica el problema—. Supuse que él era quien cuidaba del niño cuando tú… —intento excusarme, pero, moviendo la mano, ella me indica que me calle.

Suspira.

Me mira y lo hace de un modo diferente.

¿Qué es lo que me estoy perdiendo?

—Melissa, si he dicho algo que…

—No, Dorian, no es eso —me corta de inmediato.

De repente, me parece esquiva, distante y hasta cohibida. Aparta la mirada de mí. Se retuerce las manos sobre el regazo y, finalmente, se agacha y toma su mochila, que mantenía colocada entre sus pies.

—Melissa —vuelvo a decir, porque tampoco tengo muy claro en qué llaga he metido el dedo como para provocar esta reacción.

Ya podía haber tenido la boca cerrada. Si es que… ¡para una vez que hablo!

—Su padre… —empieza ella.

Inspira hondo y yo la observo mientras lo hace.

Espira, todavía más fuerte, si eso es posible.

Yo sigo mirándola con atención.

—Su padre… —vuelve a decir.

Tengo ganas de decir algo que la incite a continuar, aunque visto lo visto y dada la situación que ha precedido esta conversación opto por guardar silencio a la espera de que ella acabe de decir lo que sea que tenga que decir.

—Él… —continúa y, entonces, clava sus ojos en los míos—. Él… —Traga saliva con dificultad.

—¿Él? —pregunto, para animarla a proseguir, porque parece que se ha atascado o metido en un bucle del que no sabe salir por si sola.

—Él no… Él… no… no sabe que es su padre —me suelta.

De acuerdo, eso no me lo esperaba. Tenía varias hipótesis, pero ninguna era esa.

Tras decirme eso, la observo. No entiendo su inusual estado de nerviosismo o timidez. Quiero decir algo al respecto, pero ¿qué? No sé, podría preguntar quién es, por ejemplo. Seguramente el padre de Hugo sea un exnovio o un ligue de una noche, por eso desconoce la existencia del niño.

Espera.

Espera.

Ella no ha dicho que desconozca la existencia de Hugo.

Ella ha dicho que no sabe que es su padre. Lo que hace que una idea disparatada me asalte de repente. Asustado, empiezo a hacer cálculos en mi mente.

—Melissa —la llamo, pero no me escucha, porque mientras que yo le daba vueltas a todo en mi cabeza, ella ha tomado su bolsa y se ha bajado del coche.

Cuando me percato de que estoy solo, también lo hago de que no estoy muy descaminado en mis deducciones, ya que… ¿por qué si no huiría entonces? Es cierto eso que dicen de que la realidad supera a veces a la ficción, sin embargo… esto es demasiado rebuscado, rocambolesco e incluso descabellado como para que sea cierto.

—¡Melissa! —grito y ella se detiene en seco.

Cierro la puerta del coche con más fuerza de la que debería y echo a andar en su dirección. La observo mientras acorto la distancia entre nosotros. Está quieta, de espaldas y por su postura también me doy cuenta de que está tensa. Cuando llego a su lado o, más bien, a su espalda, la tomo del codo y le indico con un leve tirón que se gire y me mire a la cara. Cuando la tengo frente a frente, me asusta lo que veo en sus ojos.

Miedo.

Pavor.

¿A qué? ¿A mí?

No lo sé, pero está asustada, eso es seguro.

—¿Cuándo nació Hugo? —le digo sin apartar los ojos de los suyos. Sin embargo, mi pregunta no causa en ella efecto ninguno. Sigue con la misma mirada de estupefacción y con el tono del azul de sus ojos más oscurecido, como su semblante.

—Noviembre. Hace dos años —me responde muy seria.

—Cuando nosotros… —empiezo, intentando hacer la cuenta de forma mental, aunque me es difícil entre toda la neblina que cubre los recuerdos de aquella época—. Cuando estuvimos juntos, yo… Siempre uso protección. Siempre… Y tú…

Melissa agacha la mirada y niega con la cabeza.

—No, Dorian, ese día en el callejón ya estaba embarazada —me contesta.

Y lo más curioso es que no sé si oír eso me hace sentir alivio o decepción.

Melissa

«Solo hay una verdad absoluta: que la verdad es relativa».
—André Maurois—

«Ahora, ahora es el momento».

«Venga, no seas cobarde».

Y, sin embargo, lo soy.

Me callo.

Lo hago porque no sé cómo pronunciar esas palabras.

Se me atragantan demasiado.

¿Cómo decirle algo que ni siquiera recuerda?

¿Cómo me va a creer?

—¡Mami!

La voz de Hugo gritando como un poseso mientras se retuerce en los brazos de Lázaro me hace levantar la vista, ya que seguía anclada en el suelo. Imagino que mi pequeño vendrá del parque, porque de lo contrario no entiendo muy bien qué hace en la calle y por qué acaba de interrumpir el único momento en condiciones que se me ha presentado para confesar mi pequeño secreto.

Al elevar la mirada, me topo con los ojos negros de Dorian, que no se han separado de mí. Su rostro muestra preocupación, pero, al igual que yo, ha escuchado al niño y de inmediato se recompone y se gira hacia el lugar del que procede la voz.

Cuando solo nos separan un par de metros, Lázaro deja al niño en el suelo y este sale corriendo hacia mí. Me pongo en cuclillas y espero. Su abrazo no tarda en llegar, como tampoco lo hace la mirada curiosa de su acompañante.

Mientras saludo a mi chiquitín y le doy varios besos de bienvenida, oigo cómo Lázaro se presenta y Dorian hace lo mismo.

«Dios, no dejes que estos dos hablen mucho».

Lázaro no tiene filtro y Dorian, aunque intenta parecer formal, creo que tampoco lo posee.

En el instante en que el niño escucha la voz de Dorian, se gira sobre mis brazos y lo mira. Creo que ni siquiera se había dado cuenta de su presencia, ya que iba con la vista fija en mí.

—¡Tolian! —exclama Hugo, atrayendo la atención de este, consiguiendo así que lo mire y arrancándole a la par una carcajada al escuchar cómo pronuncia su nombre.

Al verlo frente a él y con los ojos de Dorian clavados en los suyos, Hugo se revuelve un poco entre mis brazos y los alza hacia… hacia… hacia su padre. ¿Por qué me cuesta tanto decirlo? Al fin y al cabo, lo es. Ese es su rol, aunque sea desconocido para el implicado.

Me pongo de pie mientras observo cómo Dorian se inclina y lo toma a cuestas, y Lázaro, curioso como es, da unos pasos en mi dirección, me pasa un brazo por los hombros, me obliga a darme la vuelta, para evitar así que Dorian nos vea, y me susurra:

—¡Menudo hombretón! ¿Qué, volvéis a estar juntos? —Hace comillas con los dedos cuando pronuncia eso de «estar juntos», porque es evidente que nunca hemos mantenido una relación formal y él se está refiriendo a nuestros tórridos encuentros.

—Luego te cuento. —El hermano de Jessica parece comprender que no quiero hablar con Dorian a escasos centímetros de nosotros.

Me giro para informar a Dorian que Hugo y yo nos marchamos para ir a casa de Lázaro a recoger las cosas del peque, sin embargo, al hacerlo, me quedo congelada en el sitio. Hugo tiene la cara de Dorian agarrada con sus dos manitas y se la sostiene mientras ambos se observan de frente uno al otro. El niño le ha dicho algo y, de repente, suelta la cara de Dorian y le coloca un dedo sobre los labios, indicándole que guarde silencio. Me contengo las lágrimas que asoman a mis ojos al ver esa complicidad entre ellos y, también, al encontrar el parecido que tienen al ejecutar ese simple gesto, uno que tanto padre como hijo realizan con asiduidad.

—¿No me digas que no encajan a la perfección? —Escucho la voz de Lázaro detrás de mí, aunque no le hago mucho caso, porque estoy embelesada mirándolos—. Díselo, Melissa —añade en un tono apenas perceptible.

—No eches más leña al fuego, Lázaro. Esto ya es bastante complicado —le indico, apretando los dientes, porque sí, lo es, aunque también es difícil lo que debería hacer para solucionar nuestra situación: soltarlo de una vez y que sea lo que tenga que ser.

Pero…

Aquí sigo, sin decir nada.

Quien calla, otorga. Y yo lo he hecho.

Si Dorian supiera…

«¡Mala madre!», vuelve a chillarme como una loca la voz de mi conciencia.

Y lo soy.

Vaya si lo soy.

—No te preocupes por las cosas de Hugo —me dice Lázaro, sin despegar la mirada del otro par, que sigue riendo y compartiendo secretos que no alcanzamos a oír, porque al hecho de que Hugo está susurrando se le suma el que no se le entienda la mitad de las palabras… De hecho, yo creo que Dorian se ríe del apuro que siente al no comprender nada de lo que el niño le está diciendo.

—¿Cómo? —le pregunto, porque me he abstraído tanto mirándolos que no me he enterado de nada de lo que Lázaro me ha dicho después de eso.

—Límpiate la baba, anda. Después dices que yo.

Le doy un golpe en el hombro, pero él me ignora. Pasa por mi lado y me mira de reojo.

—Bueno, petardo —suelta, interrumpiendo el instante que comparten los otros dos—, el tío Lázaro se va. Mañana te recojo de la guarde, ¿de acuerdo?

Hugo asiente y se ríe. Se inclina un poco hacia él y le planta un beso en los morros. Dorian se despide también de Lázaro con un gesto de cabeza y yo me quedo a la espera, porque sé que no se va a ir sin antes volver a ejercer de Pepito Grillo.

Y así es.

—Nena —me dice muy cerca del oído al acercarse para darme un beso de despedida—, no lo pienses tanto, porque…

—Lo sé. Mañana te veo —le corto, no quiero que siga por ahí.

Él me lanza una sonrisa y echa a caminar en dirección a su casa, mientras que nosotros tres permanecemos en la acera sin saber muy bien qué hacer o decir.



A pesar de que le indiqué a Dorian que no era necesario que nos acompañase a casa, él insistió, al igual que siguió cargando a Hugo, aunque le dije varias veces que lo dejase caminar para que así se cansase y durmiese mejor. Él no me hizo caso y el niño, claro está, loco de contento porque le encanta ir subido a los hombros, ya que lo ve todo muy bien desde esa altura y porque,

además, solo Adri lo lleva de ese modo.

He estado callada todo el camino, escuchando las «conversaciones» que ambos iban manteniendo a la vez que contenía la risa y las lágrimas, porque el verlos así me despierta muchas emociones.

Risa, al ser consciente de lo bien que han encajado. De la complicidad que están desarrollando. De lo feliz que parece mi niño con él. Y al revés. Aunque eso último quiero creer que son ilusiones mías.

Lágrimas de pensar que no soy capaz de confesarle la verdad. De saber que se me atraganta y no me salen las palabras. De emoción al contemplarlos juntos. De miedo por lo que pueda llegar a pasar si Dorian descubre la verdad de un modo diferente al que debería de ser. Terror de que, al tener padre, Hugo me reemplace. Porque sí, eso también me asusta. ¿Soy tonta? Un poco, lo sé. Pero es algo que no puedo evitar.

Al llegar al portal, le indico a Hugo que se despida, pero el niño hace pucheros porque no quiere separarse de Dorian, lo que él le causa gracia.

¡Pues bien vamos!

Al final, Dorian no ha sido capaz de resistirse a la carita apenada de Hugo y me ha dicho que nos acompaña hasta arriba. Nada más. Así que… aquí estamos, en el ascensor camino de casa… los tres.

No obstante, me apuesto lo que sea a que cuando estemos arriba, el niño no querrá que se vaya de nuevo y él cederá.

—¿Qué tal con tu madre? —me pregunta Dorian, intentando atraer mi atención, mientras que Hugo hace caritas en los espejos que hay en las paredes que nos rodean.

—Bien. Mañana se muda. —Él me mira y frunce el ceño. Normal, no le he contado nada. Compruebo que tiene intención de hablar, pero le interrumpo antes de que lo haga—. No, no es por ti, tranquilo. —Aunque soy consciente de que le estoy mintiendo un poco, ya que, en parte, él ha sido la gota que ha colmado el vaso—. Nunca hemos tenido buena relación, como ya sabes. Y empezar ahora, a mi edad, a tener que dar explicaciones y a aceptar que ella es la madre me cuesta mucho. No se pueden hacer las cosas de forma brusca. Creo que es lo mejor. Ambas lo pensamos. Debemos ir poco a poco. No ha sido buena idea retomar lo que no teníamos de golpe y porrazo.

—Entiendo. —Dorian me mira, me pasa una mano por el rostro y me acaricia la mejilla. Sé que quiere decir algo más, pero Hugo reclama su atención con un par de golpes en el vientre—. Eh, que me vas a desgraciar, zanahorio —le dice, tapándose con las manos la entrepierna. Hugo, sin embargo, se ríe a carcajadas al oír ese apodo que le ha puesto y que tanta gracia parece hacerle.

Justo antes de que ninguno diga nada más, el ascensor ya ha llegado al octavo.

¡A casa!



Dorian_21:30
Ya está dormido?

Melissa_21:30
Por supuesto.
Lo has dejado reventado con tantas cosquillas.

Dorian_21:31
La culpa es tuya. Querías que se cansase para que durmiese bien.
Además, me gusta ese crío.

Melissa_21:35
Me alegro.

Dorian_21:35
No lo tenías muy claro, ¿no?
Vaya si has tardado en contestar.

Melissa_21:36
Estaba ocupada.

Dorian_21:37
Sí, claro.
Aunque debes saber que más me gusta su madre.

Melissa_21:38
De eso también me alegro.

Dorian_21:38
Ah, ¿sí?
¿Y qué me dirías si te hiciese una proposición?

Melissa_21:39
¿Indecente?
Pues no me sorprendería, la verdad.
No sería la primera vez.

Dorian_21:39
Muy graciosa.
No, no me refería a eso.

Melissa_21:40
¿Entonces?

Sorpréndeme!

Dorian_21:41
¿Qué te parecería pasar el fin de semana juntos?

Melissa_21:43
¿Ya se te ha olvidado que tengo un hijo?
No voy a dejarlo con alguien estando yo en casa.
Además, el fin de semana son los únicos días que tenemos para estar juntos.

Dorian_21:44
No me has entendido.
Te llamo y hablamos.
Esto de los mensajes es una mierda.

Melissa_21:44
No, no.
Está mi madre conmigo.
Aún no he hablado con ella de lo de Ricky, de modo que todavía no le caes muy bien.
No voy a echar más leña al fuego.
Mañana se marcha y no quiero que lo haga en peores términos.

Dorian_21:46
¿Y no puedes irte, no sé…, a tu dormitorio, por ejemplo?
Solo serán cinco minutos.

Melissa_21:47
No, le he dicho que iba a hacerle compañía mientras cenaba.

Dorian_21:47
Pues vaya compañía le haces hablando conmigo.

Melissa_21:48

No, idiota, es que está preparándose la comida.

Dorian_21:49
De acuerdo.

Melissa_21:51
¿Cuál es el plan?

Dorian_21:52
No sé, dímelo tú.
¿Playa o montaña?

Melissa_21:55
¿Perdona? La playa está a horas de aquí.

Dorian_21:56
¿Y?

Melissa_21:59
¿Cómo vamos a ir?
¿Dónde vamos a dormir?
¿Estás hablando de TODO el finde?
Días y noches???

Dorian_21:59
Claro. TODO es TODO.
Vamos en coche.
Tú solo decide el lugar.
De lo demás, me encargo yo.

Melissa_21:53
Pero… ¡Dorian!
Esto no es…
Espera, te llamo.

Melissa

«Tal vez no haya habilidad psicológica más esencial que la de resistir al impulso».
—Daniel Goleman—

—Mamá —le digo, atrayendo su atención—, voy a llamar a… a… a Adrián. A ver qué tal les va y eso. Ahora vuelvo.

—No hace falta que te marches, niña —me suelta—. A mí no me estorbas.

¡Dios! No contaba con eso.

Siempre tan servicial.

No, no me voy a quedar aquí hablando del tema que tengo pendiente con Dorian mientras mi madre se aliña la ensalada.

—Da igual. Tengo que prepararme las cosas del trabajo para mañana, así lo hago entretanto. No tardo —añado, para que sepa que tengo intención de ser breve.

Antes de que pueda contestarme, marco y me pongo el teléfono en el oído, así le demuestro a mi madre que no me importa que escuche la conversación. Aunque sea una mentira más grande que una catedral.

Mientras da tono, salgo de la cocina y me voy a toda prisa para mi dormitorio. Mi intención es llegar antes de que descuelgue, sin embargo, parece ser que Dorian tenía el móvil en la mano, porque antes de escuchar el segundo tono oigo su voz.

—Sirenita… —me dice de un modo sensual—. Al final estabas deseando escuchar mi voz, reconócelo. Me echas de menos.

Resoplo y miro hacia atrás.

Bien, mi madre sigue donde estaba. Creo…

Al pasillo no ha salido, que ya es algo.

Entro en el dormitorio y cierro la puerta.

—Sí, mucho —le contesto, pero me río al decirlo, lo que le resta credibilidad a mis palabras.

Aunque siendo sincera conmigo misma, he de reconocer que sí que me hubiese gustado que se quedase con nosotros en casa, con Hugo y conmigo, bastante más tiempo del que ha estado. ¿Para qué voy a engañarme? Me encanta verlo con el niño y me agrada demasiado su compañía. Sin embargo, no quería que mi madre se sintiese incómoda y, en contra de mis deseos, le pedí que se marchara. De todos modos, tampoco hubiese podido permanecer en casa, porque me comentó que mañana tiene un compromiso temprano, antes de ir al hotel, además de un par de reuniones importantes, por lo que prefería descansar, porque si se quedaba aquí, estaba convencido de que descansar, lo que se dice descansar, no iba a hacerlo.

—Si lo dices sin reír, quizá te crea —me contesta con voz risueña.

—Piensa lo que quieras —le suelto, para intentar cambiar un poco el rumbo de la conversación, ya que este se torna demasiado personal. Escucho la carcajada que le provocan mis palabras—. Estás loco —afirmo, lo que le hace volver a reír.

El escuchar el sonido que emite me eriza la piel. Me gusta cómo suena y cómo me hace sentir.

—Quizá lo esté. ¿Quién sabe? —Y no sé por qué, pero esas palabras llevan un doble sentido. Puedo intuirlo por el modo en que las pronuncia—. Locura aparte, ¿aún no me has contestado?

—¿A qué? —pregunto, haciéndome la tonta un poco. Lo hago solo por jugar un rato, porque

a pesar de que sé que mi madre está en la cocina, yo me encuentro muy a gusto aquí encerrada y hablando con él.

—A mi propuesta, nada indecente, por cierto. —Su voz tiene un matiz risueño todavía y eso me hace bajar la guardia.

Pero, pese a eso, hay algo en mi interior que me dice que debo mantenerme en mis trece, porque si cedo, estaré perdida.

Y…

¿Es eso lo que quiero?

Puede ser.

Ahora mismo no tengo nada claro.

—¿Estás loco? —repito, no obstante, ahora lo pronuncio algo más seria y se podría decir que, incluso, alterada—. ¿Cómo nos vamos a ir a…? —empiezo a cuestionar, para continuar con mi papel de incrédula.

Reconozco que una parte de mí está deseosa de gritar que sí, que nos vayamos y disfrutemos. Que vivamos el momento que la vida nos está ofreciendo y ya luego veremos cómo afrontamos de nuevo la realidad. Sin embargo, hay otra, tal vez la más cauta, que me pide precaución y que me dice que si él desiste a la primera es que no le apetece tanto como dice. Así que decido hacerle caso a esta última. Quién sabe si esto ha sido un arrebato y tampoco puede salir del atolladero. Por lo menos, así le pongo las cosas más fáciles.

«Lo que pasa es que te da miedo. Admítelo».

Cómo me fastidia que mi subconsciente tenga razón.

«¡Cállate!», quiero gritarle, aunque soy plenamente sabedora de que no lo hará, si no, no sería mi subconsciente.

Desde el otro lado de la línea, le oigo incorporarse, parece que de la cama por eso del frufrú que se escucha cuando lo hace. Después, se pone a caminar, o eso intuyo por el sonido de sus zapatos sobre el carísimo parqué que pisa. ¡Como si lo viese! Diría que casi puedo imaginármelo con ese porte tan elegante, desabrochándose la corbata y paseando por la *suite* del hotel en el que se aloja.

«Quita ya esa imagen, Melissa. ¡Pero ya!».

—No comprendo por qué te lo tomas de ese modo. ¿Tan descabellada te parece la idea?

—No, no, no es eso… Es solo que…

—¿Qué? ¿Qué tiene de malo, Melissa? —inquiere, y por su tono parece algo confundido, por no decir molesto.

Creo que no comprende a lo que me refiero.

Y, además, acabo de comprobar que no, no era un simple comentario dicho al azar, porque él es muy consciente de lo que me ha pedido y de que no quiere retractarse de su proposición.

«Suéltalo, Melissa. ¿A qué estás esperando?».

—Dorian, es que… Verás, se suponía que esto iba a ser algo esporádico, algo que nadie sabría porque no serían más que dos o tres encuentros casuales y… y… ¿ahora me propones irnos de fin de semana? ¡¿Y los tres?! —Mi voz suena alterada, aunque el tono que empleo al hablar es muy bajo.

—¿Todo esto es por Hugo? —deduce. De forma errónea, claro está.

No solo es por Hugo, es por mí y porque sé que me estoy colando demasiado por él. No quiero que el batacazo sea mayor. Además, cuanto más tiempo pasamos juntos, más difícil se me hace confesarle la verdad, porque… oportunidades he tenido y no he podido hacerlo, ¿qué me hace pensar que será más fácil cuando me encariñe con él? Porque… se va a enfadar… y con

motivo.

—No, no… es que… —Ni siquiera sé qué excusa poner.

—No quieres involucrar al niño, es eso, ¿verdad? De acuerdo, lo entiendo. Imagino que…

—¡Deja de imaginar ya! —le suelto, exasperada, pese a que no me ha dado motivos para que se produzca este cambio de actitud en mí.

Dorian hace amago de replicar, pero desiste y permanece en silencio. Tal vez, está esperando a que yo acabe lo que sea que tenga que decir. No obstante, lo que él desconoce es que mi estado en estos momentos es más bien una demostración de la frustración que siento por no poder, o no querer expresar, lo que de verdad tengo dentro; de la culpabilidad que me inunda a causa de omitir cierta verdad que podría cambiarnos la vida a todos y, por supuesto, también de la desesperación que siento conmigo misma por no entenderme, por no saber expresarme en cuanto a todo lo que estoy sintiendo hacia él y… y… ¡por ser tan comprensivo!, porque eso no me facilita las cosas, al contrario, me las pone mucho más complicadas.

—No es eso, es que… —vuelvo a la carga, aunque compruebo que, a pesar de que quiero, las palabras no terminan de salirme.

Dorian espera al otro lado. No dice nada. Imagino que espera que lo haga yo. Es lo obvio, ya que soy yo la reticente y la que está intentando poner alguna excusa creíble.

Pero…

Nada.

Silencio.

Me quedo callada porque me aterra confesar la verdad.

—Es que… —continúa él, incitándome a seguir. Tal vez al constatar que me atasco más que una tubería de las antiguas ha decidido echarme el cable y tirar un poco del hilo, a ver si da con la tecla y consigue que termine de decir lo que necesito soltar.

Cable, hilo, tecla… ¿qué tendrán en común? Porque, ahora que lo pienso, lo que pasa por mi cabeza es tan incoherente como lo que quiero que salga por ella.

—Es que… ¡esto va más allá, Dorian! Esto ya no es echar un polvo de vez en cuando, esto parece el comienzo de algo y… —Trago saliva.

«Me asusta», termino en mi mente.

Ahora es él quien resopla.

¿Qué pasa? ¿Le molesta?

Pero si fue él quien…

—¿Y? —Su voz dura interrumpe mis pensamientos—. ¿Acaso no quieres eso? —me cuestiona.

¡Buena pregunta!

¿Quiero algo más serio?

¿Con él?

Pues…

—No lo sé. —Y, por una vez, decido ser sincera, aunque no sé de dónde me salen las palabras o las fuerzas para optar por soltar todo lo que tengo dentro.

«No pienses. Solo habla», me insuflo.

Después de unos segundos en silencio, decido coger el toro por los cuernos y empezar a hablar, de lo contrario, volveré a callarme y esto será un bucle sin fin.

—Me gustas, Dorian. —Hala, ya lo he dicho. Él continúa en silencio y no oigo nada al otro lado de la línea. Y no sé si eso es bueno o malo—. Sí. —reafirmo—. Y eso es lo que me da miedo porque tú solo me propusiste algo sin compromisos y ahora… ahora… me dices esto y

yo… ¡No quiero hacerme ilusiones ni hacérselas al niño!

¡Ya está!

Lo solté.

¡Y no veas lo bien que se siente!

Aunque los nervios me estén matando a pellizcos el estómago.

Silencio…

Más silencio…

¡La madre que me parió!

Debí haber tenido la boca cerrada.

Y de repente, algo se oye al otro lado.

Un suspiro.

¿Y cómo interpreto eso?

Dios, quiero morirme.

¿Por qué demonios le he dicho semejante cosa?

Acabo de espantarlo. Seguro

Y es que, claro, ¿qué tío…?

—¿Y eso es malo, Melissa? —Se oye tan formal que me asusta—. Creí que era algo grave, que sucedía algo importante —me suelta.

¿Más importante que el hecho de que me esté colando por mi jefe y el padre de mi hijo?

De acuerdo, si lo miras de ese modo hasta tiene sentido.

—¿No te parece importante? —indico, sintiéndome estúpida.

¿Qué sucede? ¿Le da igual mi «declaración» y por eso se lo toma a la ligera? ¿O, tal vez, es que es correspondida y eso hace que se lo tome tan, pero que tan bien?

—No. Es mucho más, Melissa —me contesta. Carraspea—. Hablar de sentimientos no es lo mío. Soy bastante… torpe, ¿sabes? —Asiento sin darme cuenta de que no puede verme—. Se me da mucho mejor demostrar que decir, así que… ¿me dejarás que te lo demuestre este fin de semana?

Está bien, no es una declaración a lo Romeo y Julieta, pero a mí me sirve.

No se ha reído.

No ha salido espantado.

No se ha retractado de su proposición.

Y quiere demostrarme algo.

—Por supuesto —contesto mientras que una enorme sonrisa se dibuja en mi cara.

Dorian

La mañana llega demasiado pronto para mi gusto. Anoche, después de esa confesión por parte de Melissa, no pudimos hablar mucho más, aunque ganas no me faltaban. Sus palabras supusieron como un chute de adrenalina pura. Me puse a mil y no me refiero al modo sexual, eso ya me pasa solo con oír su voz sin importar lo que diga. A regañadientes, accedí. ¿Qué podía hacer? ¿Retenerla aun sabiendo que quería o debía marcharse? Y digo debía, porque querer, lo que se dice querer tampoco me parecía que quisiese. A pesar de eso, se despidió rápido porque alegó que tenía que pasar con su madre la última noche que esta estaría en la casa. Y es verdad, yo creo que les iba a ir muy bien, ya que tenían mucho de que hablar, algo a lo que Melissa me dio la razón. No sé si con eso se estaba refiriendo a lo de Ricky o, tan solo, a cosas de mujeres. ¡Vete a saber!

El caso es que me he pegado la noche dando vueltas en la cama, pensando y preparando el fin de semana. Sí, soy consciente de que es la primera vez que vamos a estar solos de ese modo y sí, a diferencia de una gran parte de… ¿parejas? ¿Puedo denominarnos así? No debería, eso lo tengo claro, pero también que me gusta como suena. Pues eso, que vamos a estar con un crío de dos años en medio. Algunos lo considerarían un pegote, un *cortarrollo*, una putada… pero lo cierto es que a mí no me importa, y eso me sorprende muchísimo. Jamás pensé que diría esto, sin embargo, aquí estoy haciéndolo. ¡Me da igual! Solo quiero pasar el tiempo con ella, pasear y salir… No me estorba el niño. Es más, me gusta su compañía. Desconozco si se debe a que desde que lo vi me recordó a su tío y eso me hizo encariñarme con él al instante, que tengo el reloj biológico activado —¿o eso es solo para las mujeres?— o, simplemente, he cambiado en estos años más de lo que imaginaba. Hugo es un cabroncete de cuidado, que me confiesa cosas que no quiere que su madre sepa y las cuales yo no puedo contárselas, básicamente, porque no entiendo una palabra de lo que dice. ¿Cómo puede saber tanto alguien tan pequeño? Me sorprendo del nivel de inteligencia que tienen los niños de hoy día.

Después de mucho buscar, porque quiero que sea un lugar en el que disfrute, le mandé un mensaje a Melissa para conocer su opinión. Ella me aseguró que es un niño muy activo y que cualquier cosa le gustará. Dice que es curioso por naturaleza y que todo le llama la atención. Es cierto que es pequeño también, por lo que a mí se me complica la cosa, porque no entiendo mucho de niños y de lo que les gusta, así que tendré que hacerle caso a su madre y rezar porque lo pase bien en nuestra escapada.

Mi idea inicial era la de ir a la playa, pero está lejos de aquí. Mucho. Lo sé, más que nada, porque me doy alguna que otra escapada cada vez que puedo. Hay un par de pueblos costeros preciosos y caminar por el mar es una delicia para mí. Además de que me encanta, también estaba seguro de que Hugo jamás había visto el mar y me encantaba la idea de ser yo quien lo llevase por primera vez. No sé, llámame tonto, ¿sabes? De hecho, he de reconocer que cuando el pellizco de incertidumbre abandonó mi cuerpo, me sentí extraño al saber que no soy nadie especial para el niño. No seré padre nunca y la sola idea de que eso cambiase me hizo hinchar un poco el pecho.

¿Insólito? Mucho.

¿Inesperado? También.

Sin embargo, todo volvió a ser igual que antes en el instante en que la información de que Melissa ya estaba embarazada cuando estuvimos juntos caló en mí. Lo que ella desconoce es

que, si bien me sentí confuso al principio; después, con la llegada de Hugo, una idea cruzó mi mente: si ella estaba embarazada de muy pocos meses aquella noche, quiere decir que o bien no sabe quién es el padre o no es alguien importante, de modo que… ¿qué me impide ignorar ese hecho y disfrutar de ambos como quiero? Será como tocar con los dedos algo que nunca será mío, pero que me proporcionará la satisfacción necesaria para afrontar las malas decisiones que he tomado en estos últimos meses.

El caso es que la playa se encuentra a varias horas de viaje y Melissa prefería algo más cerca, por el niño, claro está. De modo que hemos pensado ir a la sierra, a un pequeño pueblo en el que nadie nos moleste, en el que poder disfrutar de la naturaleza y, por supuesto, en el que nadie nos conozca. Me anoté los teléfonos que necesito para organizarlo todo, ya que a las horas que terminé de elegir el destino no me atenderían ya en ningún sitio y cené algo rápido.

Y, a pesar de ya tener su sí, la confirmación de que siente algo por mí y de que estaremos juntos todo el fin de semana no he pegado ojo pensando en mil y una cosas que no me hacen bien, porque soy consciente de que esto tiene fecha de caducidad y de que o arreglo mis asuntos o todo se irá al traste. Al final, Saioa tenía razón: me va a mandar a la mierda con tan solo pasaje de ida.



—Menuda cara que traes. —Sandra se acerca a mí y me saluda con un beso. La miro y frunzo el gesto—. ¿Y eso? ¿Ya has vuelto a las andadas, Dorian?

Sus palabras me molestan, aunque últimamente todo lo que me dice me molesta. ¡Parece mentira! ¡Con lo bien que nos llevábamos! Pero, claro, antes yo no pensaba con claridad y cuando he empezado a hacerlo, ya era tarde para cambiar ciertas cosas.

—No me toques los huevos —le contesto de muy mal humor.

Tengo sueño, hambre —ya que aquí la señorita quería que desayunásemos juntos con su madre, por lo que el plan a corto plazo no contribuye a mejorar mi estado de ánimo— y también me molesta verme obligado a posponer determinados asuntos referentes al viaje por tener que estar aquí con ella y, después, con su señora progenitora. Nótese el sarcasmo.

—Eso quisieras tú, nene —me suelta muy jovial.

¡Lo que me faltaba! Esta de un buen humor que lo flipas y yo que me subo por las paredes por todo lo contrario. ¡Menudo par estamos hechos!

Sandra me da la maleta y se gira hacia Julie. Yo las miro mientras comentan un par de cosas que esta última debe de tener listas para la reunión de mediodía y cuando ya está todo preparado, salimos del aeropuerto.



¿El desayuno? Una condena.

Así, en resumidas cuentas.

La madre de Sandra no me soporta y tampoco lo disimula. Mi estilo de vida pasada no encaja con sus ideales férreos y sus principios morales, así que… Si no me echa a patadas del lado de su hija es por mi padre, porque gracias a él, su marido siempre tiene muchísimo trabajo, ya que se encarga del tema de la construcción de los hoteles, restaurantes y demás negocios que los Castillo-Sandoval llevan a cabo y, también, porque el padre de Sandra es íntimo amigo del mío. Pero ella… ella es harina de otro costal. Carolina proviene de una familia de casta… ¿cómo decirlo? ¿Religiosa? ¿Arraigada? ¿Costumbrista? Vamos, que parecen descendientes de Torquemada, porque mucho no sabré de historia, pero de ese tipo me acuerdo. ¡Cómo para no hacerlo! ¡Menudo fue!

Para más inri, Valeria, la benjamina de los Belmonte, se ha unido también a nosotros en esta condena en vida a la que Sandra se empeña en llamar «desayuno familiar», la cual piensa que soy un oportunista al que solo le interesa el dinero de mi padre y, con toda probabilidad, de cualquiera que se acerque a mí.

¡De puta madre!

Así se resume mi mañana.



Acabo de salir de la primera de las reuniones que tengo hoy y, antes de marcharnos hacia el lugar donde se desarrollará la segunda, que será a mediodía, he conseguido escaparme con la excusa de ir al baño y de recoger los informes que Úrsula está terminando de elaborar para presentar en ella. Por suerte, excepto el marido de Valeria, la hermana pequeña de Sandra, y Gustavo, el hermano de estas, no había más hombres en la sala y, como no soy santo de devoción de ninguno de los dos, pude escaquearme sin apuro, pues estaba seguro de que no dirían nada al respecto para acompañarme.

—Os veo en el hotel —les indiqué antes de salir, dándoles a entender que no me esperasen y que se marchasen solos.

La reunión se celebrará en el hotel de Diego, en el mismo en el que nos hospedamos Sandra y yo, y será en la sala de juntas. Por lo tanto, nos toca desplazarnos y cruzar toda la ciudad para llegar allí.

No le he dado la oportunidad a Sandra de que me cuestione al respecto de esa decisión, porque estoy seguro de que se habría opuesto o, peor aún, se habría empeñado en esperarme e ir conmigo y no, no va a chafarme los planes. De hecho, me parece estar oyéndola decirme: « ¿acaso tanto vas a tardar en ir al baño y en recoger una carpeta de informes como para que no puedan esperarte? ». Sin embargo, ese momento incómodo no ha ocurrido porque he salido a toda hostia de allí y la he dejado con la palabra en la boca.

Y, por eso, aquí estoy, mirando hacia atrás cada dos pasos que doy, cerciorándome de que no me siguen y también de que no haya nadie por los alrededores que pueda considerar extraña mi visita.

Cuando ya estoy más que seguro de que puedo entrar sin peligro, lo hago.

Al oír el ruido de las cortinas al abrirse, Melissa levanta la cabeza y me observa asombrada.

Yo la miro embelesado.

Antes ya me calentaba la piel; ahora, me enciende por completo.

Me sorprende verla con el pelo sujeto en una diadema, lo que hace que sus rasgos se acentúen más y sus ojos se vean más grandes y luminosos en ese rostro ovalado que tiene.

Sonrío de medio lado al comprobar que se pone en pie y mira hacia todas partes. Es como si no supiese bien cómo actuar después de lo de ayer. ¡Y eso me encanta! No me preguntes por qué, pero lo hace.

—Solo tengo cinco minutos —le digo, avanzando hacia ella, que sale de detrás de su pequeño escritorio.

Ella asiente y camina hacia mí.

Lleva el mandil manchado de pinturas y las manos negras debido al carboncillo que tenía entre sus dedos cuando he entrado aquí para interrumpir su trabajo, su tranquilidad y todo lo que pudiera estar sintiendo antes de mi llegada.

—¿Qué pasa? —cuestiona cuando tan solo me quedan dos pasos para estar frente a ella.

—Nada —le aseguro.

No obstante, cuando el olor a coco que siempre desprende su piel inunda mis fosas nasales,

soy consciente de que estoy más que perdido.

—Bueno, sí —añado, pasando las manos por su cintura y atrayéndola hacia mi cuerpo.

Melissa no pone objeción. Al contrario, colabora más de lo que debería, porque si sigue así de dispuesta creo que voy a avisar de que llegaré tarde, muy tarde, a esa mierda de reunión que no me interesa en absoluto. Al menos, no tanto como lo que tengo entre manos ahora mismo: su cuerpo.

En el instante en que la tengo pegada a mí, bajo la cabeza en busca de sus labios. Y eso me da la vida.

—Tenía ganas de esto —susurro, sintiendo su cálido aliento tan cerca del mío que consigue que se me olvide todo, hasta mi nombre.

No estoy seguro, pero creo que, incluso, he suspirado cuando he saboreado su boca.

Besarla es adictivo para mí.

Una nueva droga que me atrapa.

Una de la que no voy a desprenderme, aunque me obliguen a ello.

Sus labios se mueven sobre los míos igual que siempre, sin embargo, yo los siento diferentes.

Antes eran salvajes; ahora, delicados.

Antes eran pasionales; ahora, dulces.

Antes eran arrebatadores; ahora, irresistibles.

No sé si esto será a lo que se refería Héctor aquel día, pero si es así… ¡el muy capullo tenía razón!

Melissa

«La vida es lo que pasa cuando estás ocupado haciendo otros planes».
—John Lennon—

Dorian_13:30
Ya tenemos casa para el fin de semana.

Melissa_13:40
¿Casa?

Dorian_13:41
Así es.
El pueblo es tan pequeño que no tiene ni un solo hostal.
Menos mal que sí hay casas rurales.
Te mando foto.

Melissa_13:43
Está genial, pero… ¿con piscina?
Si Hugo se pone impertinente, te va a tocar a ti aguantarlo, que lo sepas.

Dorian_13:50
Con gusto.
Y también jacuzzi…

Melissa_13:56
¿Estás seguro de todo esto, Dorian?
Tal vez es muy precipitado y…
No sé…

Dorian_13:57
Ya hablamos de eso, Sirenita.
Disfrutemos mientras podamos.
Y sí, también me refiero al jacuzzi.

Melissa_13:58
¡No tienes remedio!

¿Y cuándo tienes pensado que nos vayamos a ese jacuzzi?

Dorian_14:00
Cuando Hugo duerma, por supuesto.
No quiero traumatizarlo con determinadas escenas de su madre.

Melissa_14:03
No puedo contigo.

Dorian_14:04
Al contrario. Me adoras y lo sabes.

Melissa_14:05
…

Dorian_14:07
¿…?
¿Y eso que cojones significa?
No se me dan bien los dobles sentidos.

Melissa_14:10
Dorian, eres consciente de que estoy trabajando, ¿verdad?

Dorian_14:13
Cortapunto.

Melissa_14:16
Lo sé.
Te veo luego.

Dorian_14:19
Está bien.
A las seis os recojo.
No prepares mucha ropa, no vas a necesitarla, de eso me encargo yo…
Tampoco el bañador para el jacuzzi…
Ah, y ya tengo silla de seguridad para el peque, antes de que salgas de casa con la tuya a cuestas. Y sí, he comprado una, antes de que me preguntes. Y no, no quiero más preguntas

ni oposiciones. ¿Estamos?

Melissa_14:20
Está bien.
Si te vas a poner así en plan jefe, me callo.

Dorian_14:21
¿Te va el juego del jefe y la secretaria?

Melissa_14:22
Dorian…
Voy a seguir trabajando.
Adiós.

Dorian_14:23
Qué aburrida eres cuando te lo propones.

Melissa_14:25
Lo que tú digas.



Siento su mano sobre mi muslo durante todo el trayecto. No intenta nada como otras veces, solo la deja reposar ahí. Es una sensación tan extraña y placentera que consigue hacerme sentir incómoda.

Cada tanto lo miro y lo veo absorto en la carretera, pero en cuanto siente mis ojos sobre él, se vuelve rápido hacia mí, me sonríe o me guiña un ojo. Luego, continúa conduciendo como si nada.



—¿Qué te parece? —me pregunta, en cuanto entramos por la puerta.

No puedo contestar. Esto es diez veces mi piso, el cual tampoco es enano. Y eso que desde aquí solo diviso una parte de la casa. Hugo da un grito cuando ve las escaleras que llevan a la planta superior y sale corriendo hacia ellas.

—¡Hugo! —lo reprendo.

Se detiene en seco y me mira. Sin embargo, mi llamado de atención no parece importarle mucho, porque sonríe con cara de pillo y comienza a subir las escaleras a cuatro patas, así logrará su objetivo antes que si lo hace a dos.

Escucho la risa de Dorian justo a mi espalda y, acto seguido, sus manos rodeando mi cintura.

—Déjalo que investigue —me sugiere en voz muy baja. Deposita un beso sobre mi cuello y añade—: Así nos deja unos minutos a solas.

Se me eriza la piel solo de oírlo y el estremecimiento que me causa es perceptible también para Dorian, quien no reprime la sonrisa que eso le causa. Siento cómo su boca se desliza despacio desde mi cuello hasta mi barbilla. Como por acto reflejo, giro el rostro un poco y me encuentro con el suyo a escasos centímetros del mío. Le sonrío y, después, le beso. Noto cómo una de las manos de Dorian abandona mi cintura y comienza a subir por mi cuerpo, deteniéndose en mis pechos. Justo cuando lo está acunando, nos llega la voz cantarina de Hugo.

—¡Mamiiiiiii!! ¡¡*Iaaa*!! ¡¡*Uuuulaaaazzzzoooo*!!!! —exclama, justo antes de que su cuerpo aparezca por las escaleras.

Dorian se separa de mí y se queda mirando al niño.

Frunce el ceño cuando lo ve sentado en los escalones, levantando un poco los pies para empezar a resbalarse por ella como si fuese un tobogán.

—Pero ¿qué hace? —Me mira sin comprender—. ¡¿Qué dice?!

No puedo evitar reír a carcajadas.

—Traducción: Mira, mami, a culazos —le digo.

Dorian me observa un instante y luego vuelve a centrarse en Hugo, que continúa descendiendo hasta donde estamos de ese modo tan curioso que le he enseñado para evitar que tropiece cuando se pone a subir las escaleras que dan al ático.



—Sí que tiene energía el *jodío* —me suelta Dorian mientras salimos del cuarto de Hugo. Está justo al lado del nuestro, por lo que entramos enseguida en él—. Espero que en eso se parezca a su madre.

Sus palabras llevan un doble sentido. Lo sé. No hay que ser muy lista para ello.

—Pues no, no sale a mí en ese aspecto —le suelto, lo que hace que Dorian haga un puchero, pero no rechista.

—De acuerdo —me concede de inmediato, sentándose en la cama.

Mientras, yo he cogido la maleta y la he puesto sobre una silla. Dorian me mira como si no entendiese. Sus ojos dicen algo así como: ¿en serio vas a deshacer la maleta ahora?

—Te hacía más guerrero, Dorian —le digo, incitándolo para llevarlo al terreno que quiero.

Él capta el mensaje enseguida y se incorpora de la cama. Con tan solo unos pasos está detrás de mí. Lo miro de reojo a la par que él lanza un vistazo hacia el interior de la maleta.

—¿Traes un disfraz de secretaria? —me cuestiona, y eso me hace reír a carcajadas.

—No —le contesto, girándome hacia él y quedándome pegada a su cuerpo—, pero sí el bikini para el *jacuzzi*. —Y señalo con la cabeza la bañera que tenemos a nuestra espalda, porque sí, está en nuestra habitación, cosa que agradezco, porque el clima fuera no está ahora mismo para darse un chapuzón.

Levanto la prenda, que se mantenía oculta entre mis manos a mi espalda y él, sonriendo de esa forma tan canalla que tiene, me la arrebata y la lanza sin miramientos sobre la cama.

—Ya te dije que no trajeses de eso —me replica. Me pasa las manos por las caderas y me alza hasta colocarme a su altura—. En el *jacuzzi* te prefiero sin ropa.

Y sin nada más que decir, comenzamos a besarnos, desvestirnos y a acortar la poca distancia que tenemos con el j*acuzzi* en cuestión.



Los observo desde mi posición y siento una presión en el pecho que me impide respirar y…

hablar. Porque justo eso es lo que debería de hacer y no hago: hablar. Contarle lo que pasa. Confesarle que ese niño al que lleva toda la tarde ayudando a deslizarse por el tobogán y ese con el que corre por el parque tras una pelota no es otro que su hijo. ¿Por qué no lo hago? ¿Qué me lo impide? Dorian me está demostrando, o ya lo ha hecho, que no se alejaría de nosotros por ese motivo, al contrario, entonces… ¿por qué me cuesta tanto pronunciar esas tres palabras?

Es tu hijo.

Tres palabras.

Solo tres.

Pero tres palabras que van a cambiar mi mundo en cuanto sean dichas.

No aparto la vista de ellos y de lo preciosa que me parece esta estampa. Pero también aterradora, aunque ni yo misma llego a comprender el motivo de dicho sentimiento.

—Empieza a refrescar —me dice Dorian cuando se agacha a recoger el balón que hay junto a mis pies y que ha llegado ahí porque Hugo no lo lanza en la dirección correcta ni una sola vez—. Deberíamos regresar ya.

—Sí —concedo.

Justo cuando me incorporo, veo a dos ancianas que pasan por nuestro lado. Hugo, que venía corriendo hacia nosotros, se para en seco al encontrárselas de frente. Las mujeres lo miran y sonríen.

—¡Válgame Dios! —exclama una de ellas, la más sonriente, mientras tiene la vista clavada en mi pequeño—. ¡Mira, María, qué pelirrojo!

Siempre igual. No entiendo el motivo por el que a las personas, sobre todo a las de más edad, les atrae tanto nuestro pelo. Sí, es de los llamativos, aunque no creo que sea como para montar un circo por ello.

—Es igual a la madre —secunda la tal María, mirándome.

Es obvio su comentario.

Lo que no era tan obvio es lo que suelta su amiga después.

—Pero los ojos son del padre. Un niño guapísimo —añade.

Dorian les agradece el cumplido, sin embargo, yo me quedo en silencio y sin saber qué decir. Debería sacarlas de su error, que no es tal, pero para Dorian sí que lo es. Me sorprende que él no les haya dicho nada, al contrario, ha sonreído, les ha dado las gracias y ha cogido en brazos a Hugo.



Suspiro… varias veces.

Recojo el pijama de Hugo y lo meto en la maleta.

Me detengo un momento y me paro a repasar estos dos días.

Hugo se lo ha pasado genial el fin de semana. Y yo también, ¿para qué negarlo? A excepción del mal rato que pasé con las dos ancianas entrometidas que me pusieron en el momento más comprometido de mi vida, el resto ha sido de película.

Hemos pasado el sábado paseando, jugando y disfrutando de la naturaleza. Viendo a mi hijo reír a cada rato, corretear detrás de las palomas, gritar cuando se encontraba con las ovejas por el camino… y por la noche, ha dormido como un angelito. Normal, esa paliza no hay cuerpo que la aguante. Después, llegaba nuestro turno. A solas. En el sofá, en la cama, el *jacuzzi*… Y no me refiero solo a sexo.

Eran «momentos».

Caricias.

Besos compartidos.

Charlas.

Miradas.

Confesiones.

Todo.

Una lástima que se termine tan pronto.

Podría acostumbrarme a esto.

Ha sido como un sueño.

Uno que se acaba ya.

Mañana toca volver a la vida real.

Pero, mientras tanto, Hugo sigue disfrutando y las carcajadas del niño que me llegan desde abajo, lo confirman.

Está con Dorian.

«Con su padre».

Juegan.

Como llevan haciendo desde que llegamos el viernes.

Yo me he apartado, soy consciente de ello. En vez de pasar tiempo con ellos, los estoy dejando solos. Al principio, quería ver qué sucedía entre ambos, pero el resultado me ha parecido demasiado sobrecogedor y no logro procesarlo sin que las lágrimas acudan a mis ojos. Demasiadas emociones intensas en muy poco tiempo.

Y lo sé.

Sé que no actúo bien.

Me ha costado reconocer que me estoy equivocando.

Errando en mi proceder.

Aun así, no termino de dar el paso.

Esto es una muestra de lo que podríamos tener, de lo feliz que sería Hugo si yo dejase de ser tan cobarde.

Y aunque lo sé, me paralizo cada vez que lo intento o, al menos, cada vez que esas tres palabras claves aparecen en mi mente, bajan hasta mi garganta y se atrancan, formando un nudo que, a veces, me impide, incluso, respirar.

—¿En qué piensas, Sirenita? —me sobresalta la voz de Dorian desde la puerta de la habitación. Alzo la mirada y su rostro muda al verme. Frunce el ceño y da varios pasos hasta colocarse junto a mí—. ¿Qué sucede? —El tono en el que habla, me hace preocuparme. Suelto la prenda sobre el montón de ropa y me vuelvo a mirarlo.

—¿Por qué piensas que…? —No puedo terminar de hablar, ya que él me interrumpe al limpiarme una lágrima que estaba resbalando por mi mejilla. Una que, por otro lado, yo no me había percatado de que caía.

—¿Estás llorando? —cuestiona, entre preocupado e intrigado.

Niego con la cabeza.

¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Es la alergia —me excuso—. Demasiados pinos y…

El ceño de Dorian se frunce aún más a la vez que niega con la cabeza, dándome a entender que no me cree ni por asomo.

Yo rezo para que un milagro ocurra y me dé las fuerzas necesarias para pronunciar esas tres palabras.

—Melissa… —me llama, tomándome del codo para evitar que me gire hacia la maleta.

Parece que me ha leído el pensamiento.

—Dorian —empiezo.

Pero me callo de golpe.

—¿Sí? —contesta, incitándome a continuar.

—Dorian —repito. Alzo la mirada y me pierdo en la oscuridad de sus ojos, en la inmensidad de sus pestañas y… Un pensamiento acude a mi mente: «Sí, es cierto, los ojos son de su padre». Esa mujer ha visto en apenas unos minutos, algo que yo no he sido capaz de distinguir en años.

—¿Sí? —indica de nuevo él.

—Hugo es… —Me detengo e inspiro con fuerzas.

Solo dos palabras más.

Dos.

Las más claves para esta confesión.

Las más difíciles de pronunciar.

Las que se atoran sin control.

Las que tienen el poder de cambiarlo todo.

—¿Papi? —interrumpe Hugo desde la puerta.

Y sí, el niño ha sido capaz de decir algo que yo no he podido.

El problema radica en que Dorian, al oírlo, se tensa por completo. Después, se vuelve hacia él y le dice:

—No, no soy papi. Soy Dorian, ¿recuerdas?

Y el mundo vuelve a desmoronarse entre mis dedos.

Las fuerzas me abandonan.

Las palabras se diluyen en mi paladar.

Y yo decido que, quizá, no estaba tan errada al guardar silencio.

Dorian

Un tsunami de emociones.

Así es del único modo en el que puedo describir estos dos días a su lado.

El trayecto de una montaña rusa que te inunda el cuerpo de adrenalina.

Risas, muchas risas.

Momentos. Demasiados.

Imposible decidirme por uno.

Todos han sido especiales, cada uno a su manera.

Esos instantes son los que conforman las subidas más altas del trayecto.

¿Las bajadas? Cuando soy consciente de que debo aprovechar cada segundo, disfrutarlo y recordarlo, porque será lo único que me quede cuando esto se acabe, cuando lo mande a la mierda… porque sé que será así.

¿El momento más álgido del viaje? Recordar a Melissa sobre mí, moviéndose al ritmo que marcaban nuestros cuerpos unidos, al unísono… en el *jacuzzi*.

¿El más emocionante y acojonante? Lo tengo claro. Lo conforma una sola palabra: papi.

¿La caída más grande y vertiginosa? La respuesta: «No, no soy tu papi».



Cuando cruzo las puertas del hotel, me dejó caer sobre el mostrador de recepción. Me dispongo a esperar mi turno, a pesar de que Diego siempre me diga que nosotros tenemos prioridad al resto. Al echar un vistazo rápido por el lugar, me topo de frente con Alessandra, que sale de la cafetería. Al verme, finge una sonrisa y acelera el paso. Va acompañada de su cuñada y su hermano. ¡Menudo par de imbéciles! Si es que en esa familia no se salva ni Dios. Menos mal que…

¡Joder, me callo!

Ahí están. Los Belmonte casi al completo y no, no me están mirando con buenos ojos.

—Dorian —me llama Sandra, haciéndome un gesto para indicarme que la sigue el séquito formado por su familia.

Me entran ganas de gritarle: «¡Lo sé! ¡Los veo! ¡Tengo ojos en la cara!».

—Sandra —digo, por el contrario, sin tan siquiera disimular que me alegro de verla, porque no, no lo hago.

Ella me abraza como saludo. Le correspondo el gesto, ¡qué remedio! Y me sorprendo al pensar que su cuerpo no huele a coco, sino a maquillaje caro y perfumes empalagosos, y eso me asquea.

—¿Dónde has estado? —me susurra al oído. No obstante, su tono es molesto.

—De viaje.

No quiero ahondar en ese tema ahora mismo. No me apetece mantener ningún tipo de conversación, ni con ella ni con nadie. Justo cuando parece que va a decirme algo, la figura de su madre emerge a nuestro lado. Me mira con disgusto al ver mi atuendo. Y sí, es que para ella todo lo que no sea un caro traje de Armani es una pordiosería. No quiero imaginar qué debe pensar ahora de mí, vestido con pantalón y zapatillas deportivas, camiseta blanca, no muy peinado y… ¡Mierda!, el macuto.

Sandra se da cuenta de mi reacción y sigue la mirada de Carolina, la cual se ha detenido en

esa mochila que oculta en su interior la poca ropa que me he llevado para pasar el fin de semana.

—¿Te vas?

Así, sin más. Ni un «¿Cómo estás, Dorian? ¿Qué tal el fin de semana?». No, ella no pronuncia ni un seco «hola». La miro mientras pienso en la respuesta que puedo darle. La verdad seguro que no. Sandra me observa con estupor a la espera de qué voy a decir y, justo en ese preciso instante, Gustavo se acerca a mí para saludar y nos salva la situación al decir:

—¿Al gimnasio, Dorian?

—Sí —respondo de inmediato. Y hasta ganas me han dado de besar a este impresentable.

—Vaya, me alegro de estés mejor de la migraña —añade su mujer.

Sandra sonríe y me explica brevemente que ha estado merendando con su familia y que si mi dolor de cabeza había remitido, bien podía acompañarlos para cenar, ya que también va a ir mi hermano Cayetano y su mujer.

—¿Sabes qué? —le contesto, atrayendo la atención de todos e ignorando su propuesta de forma descarada—. Me parece que voy a volverme a la habitación. Me está regresando el malestar.

La mirada que me dedica Carolina es digna de guardar para la posteridad, la de Gustavo cuando se cruza con la de su esposa dice algo así como «¿qué nos hemos perdido?», y la de Sandra echa chispas.

Pero me la suda. No voy a dejar que estos me amarguen lo poco que le queda al día…



Jamás pensé que me costaría tanto trabajo el hecho de tener que dejarlos en casa y marcharme a esa fría *suite* de hotel en la que me alojo. Quién lo diría, ¿verdad? Cuando comencé a pernoctar en este tipo de sitios, no añoraba mi hogar, sino todo lo contrario, me sentía pleno, lleno, orgulloso de ser quien era, de quien me había convertido, de quien llegaría a ser y muchos más «quien» que no voy a enumerar. Y, ahora, por fin comprendo eso que mi madre tantas veces me decía, eso de «el dinero no da la felicidad» y yo le contestaba que prefería ser desgraciado paseando en un Porsche. Y mírame ahora, en estos momentos y con tan solo un fin de semana cargado de vida, estoy cien por cien seguro de que me hallaba muy, pero que muy equivocado y que no es eso lo que deseo para el resto de mis días. Al contrario, he descubierto una faceta de mí que desconocía, esa a la que le gusta la sensación de despertarse por la mañana temprano con los saltos de un pequeño saltimbanqui que brinca como loco en los pies de mi cama mientras grita cosas incomprensibles para mí; también me he dado cuenta de que me encanta mirar hacia un lado y ver ese pelo naranja desparramado en la almohada o su simple sonrisa mañanera. He comprobado que me encanta desayunar juntos en la cocina, aunque ese mejunje verde que toma Melissa pueda provocar arcadas solo de mirarlo. He averiguado que es un gusto pasear por lugares prácticamente inhabitados y también, sin duda, de que se vive de categoría sin estar pendiente de nada salvo de ti mismo y de aquellos con los que estás, ya que el pueblo al que nos hemos escapado está tan alejado de la civilización que la cobertura brillaba por su ausencia.

¡De lujo!

Cero interrupciones de trabajo.

Cero interrupciones de «familia».

Dos días solo para nosotros.

No he podido evitar percatarme de que, en ocasiones, al observarnos, la mirada de Melissa se tornaba triste, melancólica y, otras, inquieta y nerviosa. No comprendo el motivo de esos cambios de actitud en ella, aunque imagino que se deberán a que Hugo no tiene una figura paterna como referente y el hecho de verlo conmigo la hace sentir culpable, ya que si el padre no

sabe de la existencia del niño es porque ella, la madre, no lo ha informado. Esa es a la única deducción a la que llego tras su confesión el día que le pregunté por el padre de la criatura.

Sin embargo, a mí, este niño me remueve algo por dentro. No sé, es difícil de explicar. Al principio pensé que era por su parecido con Ricky, pero cuanto más lo conozco, más me doy cuenta de lo equivocado que estaba en mi suposición. Sí, físicamente comparten muchos rasgos, pero su carácter es muy diferente. Es mucho más curioso y, además, no lo oculta. Tiene siempre ganas de reír, bromear y jugar. Su sonrisa es amplia, como la de Melissa, y esta se manifiesta en sus ojos, tal y como le ocurre a ella. Los ojos de Ricky, por el contrario, jamás llegaron a mostrar ese brillo de alegría que nunca desaparece en los de su sobrino. Por otro lado, a veces siento que me veo reflejado en él. Es como yo: hijo de una madre soltera, que lo daría todo por él, aunque no sea consciente de que se está dejando la piel por el camino. Un niño que no tiene otro referente masculino más que el que suponen sus tíos o amigos… Tal vez, con suerte, Melissa encuentre a alguien que ocupe ese lugar y este niño no se salga del camino como lo hice yo.

No, eso es mentira. Una que me digo como justificación. Y, a pesar de que soy consciente de ello, al final siempre vuelvo a usarla, porque así todo es más cómodo.

No soy yo. Son los demás. Es el mundo.

Es sencillo culpar al resto. Lo difícil es reconocer que yo sí fui una bala perdida y no, no fue por culpa de mi madre o de la ausencia de mi padre, porque Héctor vivió del mismo modo en el que lo hice yo y eligió el camino opuesto: el de la responsabilidad, los estudios, la seriedad y la formalidad. Por lo tanto, el problema no radica en no tener un referente, sino en que yo no supe asimilar mi situación. Tomé malas decisiones, caminos que parecían fáciles, pero que me llevaron al filo del precipicio…

Y caí.

En picado.

Sin paracaídas.

Y no, no deseo eso para nadie.

Y mucho menos para él.

No quiero que pierda esa alegría que desborda con cada cosa que hace o que ve.

No deseo que se extinga esa sonrisa permanente que siempre luce y que se amplía con cada descubrimiento que realiza.

Ni me apetece que otro lo acompañe y le ayude a decidir qué camino es el correcto.

Esa es la puta verdad.

Soy un egoísta.

Siempre lo he sido y siempre lo seré.

Lo anhelo todo y no voy a tener nada.

Lo sé.

La diferencia ahora es que, aunque lo sea, no he escogido el camino fácil.

Esta vez no.



La semana pasa muy rápido. Los días se van entre reunión y reunión. Cada vez que puedo, me escapo para ir a verla, robarle un par de besos y conseguir de ese modo que la eterna jornada tenga un poco de sentido para mí.

Cada día, al salir del trabajo, Melissa vuelve en autobús a pesar de que he intentado convencerla de que no lo haga, de que me espere y regresemos juntos cuando todos se hayan marchado. No obstante, ella se empeña en que es mejor así. Y sé que tiene razón y no nos conviene levantar rumores, pero mis ganas de ella no me dejan pensar con claridad, porque no se

sacian, al contrario, siento que van incrementándose más con cada minuto que paso a su lado.

Cuando termina la condena y me veo libre de todas las responsabilidades de mi puesto, a veces antes y otras no tanto, camino rápido hacia el aparcamiento y salgo disparado hacia su casa y allí permanezco hasta que Hugo se acuesta o, incluso, me quedo a dormir con ella en alguna ocasión, porque sí, a ambos nos apetece estar juntos y disfrutar de nuestros cuerpos.

Hoy, por fin es viernes. Cierro la puerta del despacho con más energía que ningún otro día y me dispongo a realizar lo que hasta ahora se ha convertido en una rutina para mí.

—Dorian —me llama Sandra justo cuando estoy a punto de poner el pie en el primer escalón. Me giro a regañadientes y, sonriendo, le pregunto qué le ocurre—. Fernando me ha preguntado si el domingo…

—Mañana se lo confirmo —le aseguro, aunque ya sé de antemano que no, que el domingo no estoy disponible para ir a jugar al golf. Un deporte que para mí no tiene sentido. ¿Deporte? ¡Pero si no sudo! ¿Cómo pueden decir que hacen deporte mirando, calculando y lanzando una pelotita que pesa menos que un gorrión? Yo siempre he sido más de baloncesto… Lo sé, futuro truncado por gilipollas.

—¿A dónde vas? —me cuestiona desde la puerta de su oficina.

—Con mi hermano. Ha llegado esta tarde —le miento. Y no me siento mal por hacerlo.

Sandra asiente, ya que es normal que cuando Héctor está a la ciudad quedemos para cenar y pasar tiempo juntos, además de para ir a ver a mamá. Y lo cierto es que sí, que mi hermano está aquí, pero nada más explicarle un poco mi situación con Melissa me ha dicho que ni se me ocurra cancelar mis planes con ella para estar con él. Y le he hecho caso, claro que lo he hecho. Es mi hermano «el listo». ¿Qué otra cosa puedo hacer?



Cuando llego al portal, este se encuentra abierto. Algo poco habitual, aunque me parece genial, así les doy la sorpresa, ya que hoy he salido un poco antes y Melissa aún no me espera. Subo en el ascensor y justo cuando las puertas se abren frente a mí, veo que la puerta del piso de Melissa está abierta. Eso sí que me extraña.

Me acerco despacio y hasta preocupado.

Mi estado de alerta se calma cuando distingo la silueta de Adrián cerca del vano de la puerta, aunque aún dentro de la casa. A su lado, hay una mujer rubia, alta y con unos taconazos de infarto. ¡Oye, no me imaginaba a la novia de Adri así tan… tan… elegante! Siempre le interesaron más las *hippies*, las de pantalones anchos, *piercings* y estilo de vida saludable. De modo que comparando lo poco que veo de ella con los ligues que le he conocido con anterioridad, esta parece más pija que el caballito de Ralph Lauren. Avanzo con intención de saludarlos antes de que se marchen, pero cuando llego junto a la puerta, me detengo al oírlos discutir. Así que me quedo oculto, a un lado, escuchando qué se dicen.

—Déjala ya, Adrián —pide una voz que no conozco, la cual deduzco que es de Alicia.

Escucho un sollozo y ese sonido, por desgracia, sí que lo reconozco. Es de Melissa. Quiero entrar y decirle un par de cosas a ese amigo mío que está haciéndola de sufrir. Hago amago de dar un paso hacia la puerta, pero se queda solo en un intento, porque ellos siguen hablando, ajenos a mi presencia.

—No, no lo dejo, Ali. Se lo advertí. —Mi amigo suena molesto y contundente—. O se lo dices tú o lo hago yo —añade.

¿Decir?

¿Qué?

¿A quién?

—Es que lo he intentado, pero… —Un hipido corta las palabras y Melissa vuelve a romper a llorar—. Es demasiado difícil y… y… Tú no los has visto. Es…

—Ahí lo tienes, Mel —le contesta Adri, con un tono algo más calmado—. ¿Qué más necesitas para saber que esa es la opción correcta?

—Cariño —lo interrumpe Alicia—, creo que lo sabe, sin embargo, también entiendo que debe ser complicado.

—Gracias —susurra mi pelirroja.

¿De qué va todo esto?

—Dos días, Mel, dos días —amenaza Adri con voz determinante—. Si en dos días no le has dicho a Dorian que es el padre de Hugo, lo haré yo.

¿¿¿¿¡¡¡¡QUÉÉÉÉ!!!!????

Al escuchar eso, lo primero que pienso es que me están gastando una broma, que me han visto salir del ascensor y han pensado: vamos a darle el susto de su vida. Después, recapitulo mis pasos hacia aquí y el hecho de que desde que salí del ascensor no he quitado la vista de la puerta de Melissa, por lo que me habría dado cuenta de que me habían visto llegar.

Según las palabras van calando y cobrando sentido en mi cabeza, noto que me falta un poco el aire. No soy capaz de oír nada más de lo que están diciendo, porque esa frase no para de repetirse una y otra vez en mi mente, eclipsando todos mis sentidos. Aun así, me dispongo a averiguar qué hay de verdad en esa declaración. Doy un par de pasos y me coloco en el umbral de la puerta. En el instante en que lo hago, la mirada de Melissa se topa con la mía. Abre los ojos horrorizada, Adri se gira y me mira con estupor, mientras que su pareja se vuelve y contrae el gesto al encontrarme allí de pie, frente a ellos y con el rostro desencajado.

Y entonces lo sé.

Con seguridad.

Sin ningún atisbo de duda.

Adrián no está mintiendo.

Melissa

«Como nada es más hermoso que conocer la verdad, nada es más vergonzoso que aprobar la mentira y tomarla por verdad».
—Cicerón—

Cuando llego a casa no me sorprende encontrarme allí con Adrián y Alicia. Ellos tienen llaves, al igual que Lázaro, porque son los que suelen hacerse cargo de Hugo, de modo que puedan tener todo lo que les haga falta en caso de necesitarlo.

Después de muchos abrazos y besos efusivos, porque sí, parece que mi amigo se ha ido dos años en vez de dos semanas, nos sentamos a conversar sobre qué tal lo han pasado en el viaje. A pesar de que hablamos de modo jovial, me veo obligada a esquivar su mirada todo el tiempo, ya que la noto clavada en mí. Soy consciente de que Adrián está esperando que le cuente algo que no ha sucedido y yo lo único que intento es evitar *la conversación* a toda costa.

Alicia nos mira de reojo a ambos, pero permanece en silencio, al menos, en cuanto a ese asunto, ya que del viaje sí que me narra cosas: lo que han visitado, lo que han comido, lo que han hablado… Creo que se da cuenta de que su novio quiere sacar otro tema y por eso ella parlotea sobre Escocia sin parar.

Miro el reloj varias veces porque temo que Dorian llegue y ellos estén aquí, ya que, aunque esté mal decirlo, no me fío de Adrián ni un pelo en estos momentos. Es más que capaz de soltar la bomba de relojería que yo llevo callando desde que me enteré. De hecho, no le he dicho nada de que espero la visita del papá de la criatura, precisamente, para evitar que me pregunte y que, cuando conozca la respuesta negativa, se quede para cumplir el ultimátum que me dio antes de marcharse de viaje.

Sin embargo, nada es eterno y el tema sale a relucir más tarde que temprano. Intento esquivarlo, pero mi estrategia no funciona, y Adrián insiste e insiste. No quiero discutir con él, no hoy que acaba de llegar de viaje y llevamos muchos días sin vernos, aunque presiento que es algo que no voy a poder impedir.

—Oye, ¿por qué no nos marchamos y dejamos que Melissa hable mañana o después con Dorian? —sugiere Alicia, al ver que Adrián no cesa en su empeño—. Trabajan juntos. No le será difícil verlo, ¿verdad? —me pregunta, alzando las cejas en un gesto que interpreto como «di que sí y colabora».

Y accedo.

Asiento.

A pesar de que no sé cómo voy a hacerlo.

Adrián parece conformarse con eso y se despide del niño. Al pasar por mi lado, me da un breve beso que me sabe amargo y distante. Justo cuando abro la puerta y ambos se colocan en el umbral de la misma, Adrián vuelve a la carga.

—Díselo, Mel —me indica, antes de clavarme una mirada de advertencia.

—Lo sé, pero… —replico. Y eso hace que mi amigo agrave el gesto de malestar que no se ha ido de su rostro desde que empezamos esta conversación, por llamarla de algún modo, ya que yo la siento como un intercambio de frases inconclusas.

—No hay pero que valga. Es su padre y tiene que saberlo. No me hagas tomar cartas en el asunto, porque sabes que lo haré —me advierte—. Además, eres consciente de que él no va a

rechazar al niño. Por lo poco que me has contado, han congeniado a la perfección.

Porque sí, le he confesado que me he estado viendo a escondidas con Dorian. Y, aunque me ha sorprendido comprobarlo, no ha puesto el grito en el cielo como sucedió la primera vez que le dije que me había acostado con su amigo. Quizá sea porque Dorian ya no es el mismo que era y él temía por mí y por la actitud por la que iba por la vida. El caso es que necesitaba convencerlo de que se lo diría antes o después y para ello debía contarle que ambos, padre e hijo, ya se conocían. Y hasta ahí he llegado solo. Aún queda lo peor.

Quiero replicarle, pero antes de que pueda hacerlo, Adrián vuelve a advertirme. A mí se me hace un nudo en la garganta y comienzo a retener las lágrimas. No quiero llorar, no obstante, no sé el tiempo que seré capaz de contenerme.

—¿Hay algo que no nos has contado? —inquiere Alicia, que parece tener más tacto y un sexto sentido para la situación. No sé, tal vez, el hecho de que trabaje con mujeres que han padecido situaciones para nada agradables le ha dado un superpoder o algo así.

Escuchar su tono pausado y amigable a la vez que siento su mano sobre la mía, apretándola con suavidad, me hace terminar de resquebrajarme.

Y es entonces cuando el temor que ha anidado en mí desde el comienzo, el que me hace callar en cada oportunidad que tengo, se torna en palabras y, por fin, suelto eso que tanto me aterra, eso de lo que no era consciente hasta que toma forma y sale por mis labios.

—¿Y si me lo quita? ¿Y si quiere llevárselo? —Y rompo a llorar como una niña pequeña.

Rota.

Dolida.

Aterrada.

Y temiendo que me arrebaten lo único que tengo y que me da la vida.

—¿¡Qué?! —Adrián no da crédito a lo que digo. Con solo ver su gesto, sé que lo que he dicho le parece una locura—. Pero… ¿de qué estás hablando, Mel? ¿Cómo va…?

—¡Es lo que quería Roberto! ¿Por qué iba a ser él diferente?

Ya está. Lo solté.

Ese es mi miedo.

El que me hacía guardar silencio.

El que me carcomía por dentro cada día y cada segundo.

El que me decía que, tal vez, Hugo no necesitaba tener un padre, porque yo prácticamente no lo tuve y no he muerto por ello.

Y ahora lo veo claro. El miedo te vuelve egoísta, cobarde, desconfiado… Pero, sin embargo, te da igual todo eso, porque si te aferras a él, tendrás lo que deseas, aunque con ello estés lastimando a quien más quieres en este mundo.

—Dorian no es Roberto. Lo conozco, Melissa —me asegura, pero nada de lo que diga hará que mi terror a quedarme sin Hugo desaparezca.

—Déjala ya, Adrián —le pide Alicia, mirándome con lástima o eso creo, porque las lágrimas no me permiten ver mucho.

El suspiro que sale de los labios de Adrián ocasiona que de mi garganta escape un sollozo, al comprobar que él no me entiende. Sigue en sus trece y no va a dar su brazo a torcer, a pesar de que su decisión pueda truncarme la vida para siempre. No lo comprende, aunque debería, ya que Hugo es como un hijo para él… o eso es lo que siempre me ha dicho.

—No, no lo dejo, Ali. Se lo advertí. —A pesar de que lo intenta, el tono de Adrián no se suaviza, al contrario, suena fuerte y austero—. O se lo dices tú o lo hago yo —añade.

¡Como si no lo supiese yo ya!

Desesperada, resoplo e intento volver a hacerlo entrar en razón, aunque sé que es esforzarse en vano y a mí, además, ya no me quedan fuerzas para remar contra la corriente en la que navego sin control.

—Es que lo he intentado, pero… —Mis palabras se cortan debido al llanto. Trago saliva, inspiro y lo intento de nuevo—. Es demasiado difícil y… y… Tú no los has visto. Es…

—Ahí lo tienes, Mel —me interrumpe. Me sorprende que su voz se haya suavizado un poco —. ¿Qué más necesitas para saber que esa es la opción correcta?

«¡Que ya lo sé!», quiero gritarle, pero mi garganta está cerrada en estos momentos.

—Cariño —lo interrumpe Alicia y yo se lo agradezco con una triste sonrisa—, creo que lo sabe, sin embargo, también entiendo que debe ser complicado.

—Gracias —murmuro tan bajo que no sé si me habrá oído.

Se hace un silencio incómodo y, al cabo de unos segundos, Adri vuelve a hablar.

Decidido.

Contundente.

Sin opción a réplica.

—Dos días, Mel, dos días —me amenaza—. Si en dos días no le has dicho a Dorian que es el padre de Hugo, lo haré yo.

Me quedo en silencio, manteniéndole la mirada hasta que algo se mueve a su espalda y ahí es cuando mi mundo se desmorona.

El rostro de Dorian aparece frente a mí.

Desencajado.

Pidiendo respuestas.

Y en ese momento sé que ya todo está perdido.

Él lo sabe.

Y lo peor… No he sido yo quien se lo ha dicho.

Y sus ojos me dicen que no sabe si va a ser capaz de perdonarme semejante hecho.

—¿Qué es lo que has dicho? —pregunta a media voz Dorian, sin despegar los ojos de su amigo.

—Dorian, yo… —empieza él, lanzándome una mirada—. Creo que deberíais hablar y…

—Te he hecho una pregunta, Adrián —dice, con la voz ronca—. ¿Qué cojones has dicho?

Dorian habla en un tono bajo, grave y hasta podría parecer pausado si no fuese por sus ojos negros, cargados de furia, y su mandíbula contraída.

En el instante en que termina de plantear la pregunta, ambos se enfrentan con la mirada y se hace un silencio incómodo y sepulcral. Alicia se posiciona un paso hacia atrás y se coloca junto a mí. Me pasa un brazo por los hombros y me envuelve en él. No sé si será consciente de cuánto le agradezco el gesto, porque en estos momentos me siento sola en medio de la tormenta. Levanto los ojos del suelo y vuelvo a observarlos.

Ellos se miran uno al otro, como si fuesen dos machos alfa a punto de enzarzarse en una pelea por el liderazgo de la manada y yo, por el contrario, me siento el más indefenso de los cachorros, escondida como puedo entre los brazos de Alicia.

—He dicho que eres el padre de Hugo —suelta Adrián, sin despegar sus ojos de Dorian y comprobando en primera fila cómo las palabras calan dentro de su amigo, cómo le demuda el rostro y cómo se queda estático—. Y si…

—Me dijiste que estabas embarazada —suelta Dorian, mirando por encima del hombro de Adrián y clavando en mí sus ojos, esos que parecen agujeros negros en estos momentos, ya que siento que me engullen y me pierdo en su interior—. Te pregunté y me dijiste que ya estabas

embarazada… ¡Me mentiste!

—No —contesto, después de dos intentos fallidos de hablar y que la voz no me saliese.

—¿No? —inquiere con sarcasmo—. No, ¿qué, Melissa? ¿No estabas embarazada o no me estabas mintiendo?

—¡Tolian! —grita la voz de Hugo que aparece por detrás de mí.

Maldito momento para que el niño se despierte de la siesta.

Alicia intenta pararlo en el trayecto hasta su objetivo, sin embargo, la miro y niego con la cabeza. De nada va a servir hacerlo. Quizá sea mejor así y la presencia de Hugo calme un poco las aguas.

El aludido se envara de golpe al escuchar la voz chillona del que ya sabe que es sangre de su sangre y la expresión de su cara cambia al verlo. No podría decir cuál es la emoción que se refleja en ella, porque son tantas que se mezclan entre sí. No obstante, pinta una sonrisa alegre y despreocupada en su rostro, se inclina para saludarlo y, al hacerlo, me doy cuenta de que Dorian es el que mejor disimula de todos nosotros, porque por primera vez desde que ambos se conocieron, puedo apreciar el brillo de las lágrimas despuntando en su negra mirada. Y eso es demasiado para mí.

Demasiado.

Me ahogo.

Me asfixio.

Intento respirar…

De un manotazo me suelto del apoyo que me proporciona Ali y salgo huyendo hacia el interior de la casa. Una vez que me encuentro a salvo, abro la ventana, me asomo por ella y comienzo a llorar desconsolada.

Dorian

Un pellizco en el estómago.

Ganas de gritar.

De llorar.

Ira.

Impotencia.

Desconsuelo.

Incomprensión.

Alegría.

Nervios.

Un sinfín de emociones mezcladas, revueltas y sin control. Eso es lo que soy ahora mismo. Y a pesar de todo, soy capaz de oír esa voz en mi cabeza que me dice sin parar:

«Lo sabías. En el fondo, lo sabías».

Porque sí, lo sospeché en algún momento, pero la rotunda determinación con la que ella me contestó aquella tarde, asegurándome que ya estaba embarazada cuando tuvimos nuestro fortuito encuentro, alejó todo atisbo de duda de mi mente.

¿Por qué me mintió?

Tengo claro que la ira que siento es para con Melissa, por querer engañarme, por negarme lo que era verdad, por evitar que… ¿Por qué actuar de ese modo cuando jamás he rechazado al pequeño?

Duele.

Como si fuese un puñal clavado en el pecho.

¿Tan mal padre cree que sería que pensó que ocultarme la realidad era lo mejor?

El nudo de mi garganta se hace cada vez más grande, hasta que me es imposible de tragar y digerir. Sin embargo, nada lo diluye, ni siquiera ver la expresión rota de Melissa mientras me observa con ¿miedo?

El grito de Hugo rompe la tensión del momento o, tal vez, la agrava más, la dota de fuerza. Desplazo mis ojos hasta el pequeño, que corre dando tumbos hacia mí, con la carita aún soñolienta y una sonrisa en el rostro. Se me encoge el corazón al observarlo sin la venda que cubría mis ojos, la de la mentira. Ahora lo veo cómo es, como quién es: mi hijo.

Mi hijo.

MI Hijo.

MI HIJO

¡MI HIJO!

Es lo único que se repite en mi mente cuando sonrío para darle la bienvenida y pestañeo de forma continuada para eliminar las lágrimas de alegría que están brotando en mis ojos y que me empañan la visión. El niño llega junto a mí y, al hacerlo, vuelve la vista atrás para mirar a Adrián, como si esperase que él le diese permiso para acercarse, y eso me molesta. Nadie debe autorizarlo para que esté a mi lado. Aunque, tal vez, solo lo hace por curiosidad y soy yo quien se está montando películas que no vienen a cuento. Al levantar la vista hacia mi amigo, compruebo que nos observa también, pero a diferencia de mí, que debo ser la incredulidad en persona, él posee el gesto contrito. ¡Y con razón! Sabe que el modo en el que me he enterado no es el adecuado y eso se refleja en su cara, sin embargo, sé que, a pesar de ello, está contento de

que las cosas hayan sucedido, aunque haya sido así. Al contrario de lo que sentí cuando lo descubrí discutiendo con Melissa, ahora me alegro de que lo estuviese haciendo, porque él se había posicionado de mi lado y estaba actuando en mi defensa, pese a que me jode saber también que era conocedor de ese dato y nunca me lo confesó.

¿Desde cuándo lo sabrán?

¿Desde antes de nacer el niño?

Un pinchazo de culpabilidad me produce un agudo dolor en el pecho, como un enorme agujero que se abre paso, cortando toda sensación posible, salvo la del dolor. Solo una pregunta se instala en mi mente: ¿me lo ocultaron por ser como era?

Merecido me lo tendría, desde luego.

Sacudo la cabeza y desecho todos esos pensamientos negativos que, ahora mismo, no me están ayudando mucho. Me agacho, me pongo a la altura de Hugo y, entonces, me abraza. No es la primera vez que lo hace, aunque sí es la primera que lo siento de este modo tan apabullante. Tan intenso. Tan… mío.

Lo envuelvo con uno de mis brazos, mientras que con la mano libre que me queda me tapo el rostro para que ninguno de ellos sea testigo de mi expresión, porque no soy capaz de contenerme, a pesar de que sé que debo mantener las formas. Pero… no puedo…

¡A la mierda!

Y la primera de las lágrimas, que me había estado esforzando por retener, resbala, abriendo el camino por el que el resto no tarda en seguir desfilando.

Me olvido del mundo.

No escucho.

No veo.

Solo siento.

Me deleito en el olor de su piel, en el tacto suave de su pelo y en el agujero que se me está cerrando en el pecho, porque ya no duele, ya todo está en su sitio. Todo es como tiene que ser.

Hugo, que no debe entender nada, se queda callado y espera. Me envuelve con sus manitas y suspira. Creo que está aburrido, pero no me veo capaz de soltarlo. Un carraspeo continuado me hace elevar la mirada y toparme con la de mi amigo, que nos observa manteniendo el tipo como puede, mientras que su pareja está llorando y no lo disimula. Y es entonces cuando me percato: Melissa no está. Cojo al niño en brazos, me pongo de pie y me recompongo un poco, aunque eso es bastante complicado. Antes de que pueda formular la pregunta, Alicia habla:

—Se ha ido —me indica y con la mano señala el interior de la casa.

—Deberías hablar con ella —me sugiere Adri.

Y sí, tiene razón. Tengo que hacerlo. Debo hacerlo, pero…

Miro al crío, que pasea la mirada de uno a otro y sonríe, imagino que ideando en su mente todo lo que puede hacer estando, tanto sus tíos como yo, en casa, y asiento a pesar de que no quiero separarme de él. Ahora no. El niño se tira hacia Adrián para que este lo sostenga en cuanto mi amigo se lo indica.

—¡*Anino*! —exclama, tomando la cara de Adri con sus manitas y depositándole un beso en la nariz, lo que hace que este sonría con amplitud.

Los miro y frunzo el ceño, porque, por más que me esfuerzo, no entiendo al niño hablando.

—Padrino. Soy su padrino —me aclara Adri, al ver mi confusión, y el gesto de orgullo con el que mira al niño hace que el agujero de mi pecho se abra de nuevo un poco más—. Dorian, ¿estás bien? —me pregunta.

Y yo me encojo de hombros y suspiro.

¿Qué le digo? ¿Que creo que estoy celoso de que el niño le quiera tanto?, ¿de que lo haya visto crecer, de que haya estado presente cuando ha dado sus primeros pasos, de que lo entienda cuando habla y yo no…?

—No lo sé… —Prefiero resumirlo así. Tampoco estoy mintiendo, esa es la verdad. No sé qué siento, porque, básicamente, no puedo pensar con claridad.

—¿Quieres que me lo lleve y así podéis hablar con tranquilidad? Tenéis que hacerlo, hermano —me dice.

Miro a Hugo que nos observa de uno a otro, como si estuviese en un partido de tenis, sin comprender nada, pero alegre de que todos estemos allí. Sonrío con tristeza.

¿Quiero que se lo lleve lejos de mí? No.

¿Va a hacerlo? Sí, porque es lo mejor.

Asiento.

—Por favor —le respondo y él me entiende enseguida.

Los veo marcharse mientras que le van diciendo al pequeño que estarán un ratito en el parque con el primo Matías, algo a lo que el niño no pone objeción alguna.



Me tomo mi tiempo antes de acceder a la casa. Llevo casi cinco minutos, o más, aquí de pie, en el umbral, pensando qué hacer, qué decir y cómo actuar ante esta situación. En el instante en que Adri y su pareja se han ido con el niño, se ha hecho el silencio y ha sido entonces cuando la he oído llorar desconsolada, a pesar de que suena como si intentase controlarse para no ser escuchada.

Después de concienciarme, echo a caminar hacia el interior. No me cuesta mucho trabajo hallarla. Está asomada a la ventana del salón, de espaldas a mí y ahora comprendo el motivo por el que el sonido de su llanto me llegaba de forma lejana. Observo el subibaja de sus hombros con cada sollozo que emite. Me detengo en la entrada de la estancia y espero. ¿A qué? No lo tengo claro. Quizá a que me escuche y se gire hacia mí. O, tal vez, a que se me pasen estas ganas locas de ir a consolarla y, después, pedirle explicaciones, porque sí, ambas cosas están bien, pero en el orden equivocado.

Sin embargo, nunca me he caracterizado por saber luchar contra mis instintos, tentaciones ni deseos, y son prueba de ello todas las adicciones que padecí, y esta no será una excepción, claro que no. Inspirando despacio, doy el primer paso, el más difícil, y luego otro y otro más. En el instante en que me siente tras ella, contiene la respiración y guarda silencio. Noto cómo su cuerpo se tensa y ese simple detalle me duele.

—¿Tan mal concepto tienes de mí como para decidir ocultarme algo así? —Juro que no quería comenzar esta conversación de este modo, pero las palabras han brotado solas de mis labios, exteriorizando lo que tanto anhelo y temo escuchar.

Ella no me contesta, sigue en silencio, con la vista perdida en lo que sea que esté mirando por la ventana y, tras unos segundos callada, niega con la cabeza. Quiero que me mire, que me hable. Deseo escuchar su voz, que me explique el porqué de su comportamiento y conseguir así que se me vuelva a cerrar el agujero que tanto me duele en el pecho, porque con cada silencio que ella me regala, se resquebraja un poco más la grieta que se está abriendo en él.

—¿Entonces? —inquiero, conteniendo las ganas de abrazarla por detrás al ver cómo se rodea con los brazos en un intento de consolarse a sí misma.

—¿Ni siquiera lo dudas? —Sus palabras salen entrecortadas, suenan como un susurro y su voz está rota, irreconocible. Ni siquiera el día que le confesé cómo fue la muerte de su hermano se puso tan mal, aunque imagino que se debe a que Hugo es su hijo, lo único que tiene, según me

ha dicho ella en contadas ocasiones, y su hermano hace ya trece años que desapareció de su vida.

—Prefiero oír tu versión y luego, en base a eso, poder decidir qué creo y qué no. —Aunque eso no es del todo cierto.

Me acosté con Melissa, ¿por qué no iba a ser el padre?

Sé que uso protección siempre, pero… ¡joder! Estaba muy borracho y no recuerdo ni cómo fue, ¿por qué tendría que estar seguro de que atiné a ponérmelo en condiciones?

Ella asiente y entonces, por fin, se vuelve hacia mí. Cierro los ojos cuando veo su rostro desencajado. Echa a caminar y pasa por mi lado. El olor a coco que siempre desprende su piel se cuela por mi nariz e inspiro. Creo que me he vuelto adicto a su aroma. Abro los ojos justo cuando ella me sobrepasa y, antes de que se aleje, me dejo llevar por mis deseos. La tomo de la mano y la detengo. Ella se gira con la duda dibujada en el rostro. Tiro un poco y la atraigo hacia mí. Antes de que pueda formular alguna pregunta, me inclino y la beso. Me da igual todo ahora mismo, solo quiero sentirla conmigo; el resto, ya vendrá luego.



Llevamos un buen rato en silencio, sentados en el sofá. Me hallo deseoso de plantearle mis dudas, pero estoy esperando a que se calme. Cuando parece que se ha relajado, lo poco que ha podido, ya que esta situación debe ser complicada también para ella, comienza a hablar.

—Sé que no he actuado bien, Dorian, aunque te juro que no te he mentido. Ya estaba embarazada esa noche del callejón. —Sus ojos me dicen que está diciendo la verdad, por eso frunzo el ceño, porque… ¿cuándo demonios se supone que he engendrado a ese niño?—. De dos meses —añade, para ratificar su afirmación.

—¿Entonces? Yo…

—Ibas muy colocado, Dorian —me suelta.

Y me cago en mi puta existencia de nuevo.

¿Cómo es posible que yo no…?

Ni siquiera sé qué decir para excusarme, porque no sé cuándo pasó, por qué o dónde… ¿Con qué cara enfrento a la vida ahora después de ser consciente una vez más de los actos tan miserables que he hecho por culpa de mis malas decisiones? No sé por qué me sorprendo de que decidiera ocultármelo. ¿Quién querría un padre así para su hijo?

—Yo… —Me callo de nuevo. Melissa me pone una mano sobre la mía, atrayendo mi atención hacia ella—. Es que…

—No importa, Dorian. No te sientas mal por eso, porque… —Se detiene y me observa. La veo incómoda, tanto, que se incorpora de su asiento y se aleja de mí. El frío que deja al irse me produce un estremecimiento—. Dorian, yo… no sabía que tú eras el padre. Ha sido una sorpresa averiguarlo.

—¿Cuándo? —No necesito más, su mirada me dice que ya sabe a qué me estoy refiriendo.

—El día del restaurante, el del desmayo. —Asiento—. Ese día vino a verme mi exnovio.

—¿Tu ex? —cuestiono, por decir algo y no estar tanto tiempo en silencio.

—Sí, esa historia te la contaré otro día, ¿de acuerdo? —Accedo, por supuesto que lo hago. No quiero que me hable de otro, solo quiero oír hablar de nosotros y de ese momento que no recuerdo—. Roberto escuchó rumores acerca de la existencia de Hugo. ¿Cómo? No lo sé. Conoce a demasiada gente, tal vez, alguien me vio o escuchó. No lo sé —repite.

—De acuerdo. Lo entiendo. ¿Y?

—Me pidió una prueba de paternidad para asegurarse de que era suyo. Quería la custodia, pero… el resultado fue negativo. Ese fue el instante en que me di cuenta de que había estado errada y…

—Espera, vamos por partes, ¿de acuerdo? —Melissa me mira y asiente—. Empecemos por el principio —le pido, antes de que ella comience a ponerme en situación y a despejar todas las incógnitas que ahora mismo tengo en mi cabeza.

Melissa

«Siempre es mejor perder con la verdad que ganar con la mentira».
—Mahatma Gandhi—

Hace tres años.

—Dorian —le llamo, sobresaltada.

No esperaba para nada que fuese él quien se había atrevido a agarrarme de la cintura de un modo tan seductor.

—Melissa —susurra de modo sensual, deslizando los dedos por mi pelo.

Me callo, porque no sé qué decir. Esto de ligar no es lo mío. Por qué estamos ligando, ¿no? Ay, es que soy muy novata. No he tenido tiempo de tomar experiencia, puesto que Roberto es, o ha sido (ya que me ha dejado), mi primer novio, ligue, enamorado… o como quieras llamarlo. No soy muy mañosa en estos temas, aunque Dorian parece estar más curtido que yo. Y eso me lo dice su sonrisa torcida, su cara de travieso y el modo en que va bajando la mano desde mi pelo hasta mi hombro desnudo, ocasionando que se me erice la piel por la que va pasando y rozando con sus yemas.

—¿Bailas? —me pregunta, arrastrando un poco las palabras.

Sé que está borracho, y algo más seguro que también. Me lo está indicando sus pupilas dilatadas; su modo al andar, algo errático; el suave y descompasado movimiento al comenzar a dejarse llevar por el son de la música y, por supuesto, su comportamiento totalmente desinhibido.

No sé qué decirle, por eso miro hacia donde está Yanira, para que me indique algo que me sugiera qué debo hacer a continuación. Pero ella sigue morreándose con el «macizo», así que no me está haciendo ni caso. De modo que pienso: «Si ella puede, yo también».

Puedo hacer lo que quiera.

No le debo explicaciones a nadie. Soy libre.

Roberto me ha dejado.

No va a volver conmigo.

Y Dorian me parece atractivo y, además, experimentado.

No va a pasar nada por seguirle el juego. Y lo hago.

Comienzo a mover las caderas al ritmo de la música, mientras que él deja una de sus manos en mi cintura y, poco a poco, baja la otra para colocarla también ahí.

Al comienzo, solo nos contoneamos, cohibidos, al menos, yo lo siento así. Pero según van pasando los minutos, la cosa va subiendo de nivel. Dorian sabe lo que quiere y no lo oculta. Aprovecha que me giro un poco para volver a ponerse a mi espalda, tal y como comenzó esta situación, y sostenerme así, pegada a su cuerpo. Noto cómo se va calentando la cosa, y no me refiero solo al ambiente entre los dos, sino a eso que está pegado a mi trasero, duro y dispuesto.

Descubrir que soy capaz de excitarlo sin apenas tocarlo, con tan solo un movimiento de caderas y sin que me conozca me hace sentir poderosa, es algo que no había experimentado antes. Roberto siempre usa inspiración antes de…, así que comprobar que Dorian está dispuesto para mí con un par de meneos de cintura me empieza a poner a tono. Mucho.

Y no, no quiero resistirme.

Tengo veinte años y cero locuras en mi historial.

Ya es hora de hacer la primera de ellas.

Elevo los brazos y, antes de poder hacer nada, él me los atrapa y se los pasa alrededor del cuello. Mi cuerpo queda expuesto para él, por lo que sus ojos se desplazan hacia mi escote. Observo de reojo cómo introduce la mirada por el pequeño hueco que deja libre la tela que me cubre. Me gusta esta posición, por eso los deslizo un poco más y los dejo apoyados en su nuca, moviéndolos con un suave vaivén que le eriza la piel bajo mis dedos.

—Sigue así y me voy a correr en los pantalones, Sirenita —me dice, muy pegado a mi oído.

Me tenso al escucharlo y detengo todo mi movimiento.

No esperaba que fuese tan directo.

—Shh —me indica, a la vez que vuelve a balancearse y con sus manos hace que mis caderas se muevan de nuevo—. No pares.

Y le hago caso.

Me dejo llevar.

Quiero hacerlo.

Me atrae la idea.

Me seduce ser consciente de que puedo ser mujer o, tal vez, tan solo sea el efecto de los dos daiquiris que he ingerido y que no debería de haber tomado.

El caso es que, sea por lo que sea, continúo con el leve balanceo que Dorian ha comenzado. Y, con él, voy rozándonos. Después de varias canciones, ese roce que nos estamos prodigando uno al otro ha conseguido encendernos más de lo que jamás pensé. Tanto, que solo tengo en mente una cosa y, por la mirada de Dorian, puedo asegurar que él también.

Me encuentro de frente a él, que sigue agarrándome por la cintura y me mantiene muy pegada a su cuerpo, pero solo eso. A pesar de que quiere ir un poco más allá, me da seguridad el que mantenga el tipo como puede y espere a que yo le dé pie a seguir.

Siento su excitación pegada a mi vientre y la mía palpitando.

Me acerco algo más, pego mis pechos a su torso y es entonces cuando sucede. Dorian se inclina y me besa. Lo hace de un modo arrasador, salvaje e impetuoso. En ese momento, lo sé. Estoy perdida, loca y ansiosa por él. Más de lo que he estado antes por nadie. Y eso me resulta aterrador y atrayente a la vez.

Introduzco mi lengua en su boca, casi antes de que lo haga él y así nos fundimos en un beso ardiente que nos incita a ir más allá, en concreto, a un lugar sin público.

—Necesito algo más que esto, Sirenita —me pide Dorian contra mis labios, metiendo la mano entre nuestros cuerpos y rozando uno de mis pechos; acunándolo después.

Asiento, desesperada.

Porque sí, ansío descargar esta frustración que siento, satisfacer el deseo pendiente y olvidarme de todo lo que he padecido estos días. Quizá no sea el modo correcto, pero quiero que si Roberto se entera, sufra, que lo haga como lo he hecho yo, que sienta que no me importa y que le he buscado sustituto.

Sí, soy una mujer despechada.

Y sí, voy a usar a Dorian para hacerle daño a Roberto.

Ah, y sí, sé que está mal, pero no me importa. Nada lo hace en estos momentos.

Apenas me da tiempo de informar a Yanira de mi marcha, quien ha levantado el pulgar al verme salir de la pista de la mano de Dorian, cuando me encuentro fuera del local.

Aquí todo se vuelve más loco aún. Vamos caminando por la calle, comiéndonos a besos a cada paso, queriendo desnudarnos con cada suspiro y deseando llegar a un lugar en el que

poder consumar este deseo que nos está abrasando por dentro.

Y por fin lo hacemos.

Llegamos a un hotel que hay cerca de la discoteca y mientras él se registra, yo espero fuera. Por suerte, no tarda más de cinco minutos. Y digo por suerte porque el aire fresco sobre la cara empieza a hacerme entrar en razón, sin embargo, cuando sale, Dorian me atrae hacia él y me besa de un modo que hace que me tiemblen hasta las piernas.

—¿Vamos? —me indica.

Y voy.

Vaya si lo hago.

—¡Joder! —exclama. Y yo no puedo hacer otra cosa que mirarlo—. No recuerdo nada de todo eso, Melissa —me dice, con el rostro contraído.

—Eso ya lo sabía.

—¿Fui un polvo por despecho? —me inquiere, entre ofendido y divertido.

—Eso parece. Sabía que no recordarías nada o casi nada y… No sé, tal vez, en el fondo, no quería recordatorios de mi mal proceder —confieso.

—Ya —dice, y tuerce el gesto—. Recuerdo haberme despertado en la cama de ese hotel y preguntarme cómo cojones había acabado allí y si había estado solo o acompañado. Después vi que estaba todo ordenado y en su sitio y pensé que, tal vez, solo había dormido la mona, hasta que me encontré un preservativo en la cama… Y lo supe, supe que había follado, pero no recordaba con quién. Fuiste tú… —Se calla de repente—. ¿Sabes que desde ese día tengo sueños, bastante ardientes por cierto, contigo? Te veo entre unas sábanas blancas y… ¡mejor me callo o te voy a…!

—Dorian, al tema, por favor. Mi libido no está muy por la labor hoy y tú siempre estás igual —le corto en seco, porque no comprendo cómo puede tomárselo todo tan bien cuando para mí está siendo uno de los peores tragos de mi vida.

—No eran sueños, Melissa. Eran vagos recuerdos de lo que pasó, retazos que se quedaron en mi mente, pero que no encontraban su lugar. Ahora lo sé. —Y él sigue con su diatriba, ignorando mi gesto de impaciencia—. Mi obsesión contigo nació a causa de esos sueños.

Esto me parece surrealista, aunque no lo digo. A ver, lo irreal no es que estuviese obsesionado conmigo, eso ya me lo demostró con su insistencia, lo surreal es que yo también lo estuviese y que ahora estemos en esta circunstancia.

—Después de eso, Roberto regresó y volví con él. A las pocas semanas me enteré de que estaba embarazada y di por hecho que era de él. —Espero que con este breve resumen comprenda el motivo por el que ni siquiera se me pasó por la mente su posible paternidad—. Pero si quieres una prueba, lo comprendo, de verdad. No voy a sentirme ofendida ni nada por el estilo. —Así, directa al grano. Esto me resulta muy embarazoso y complicado, a pesar de que él parece contento con la situación, en vez de molesto o alterado, como pensé que sucedería.

Al oírme, frunce una ceja y me observa con demasiada atención.

—Tú estás segura —afirma.

Asiento, porque sí, yo no tengo dudas, aunque puedo llegar a comprender que ese no sea su caso.

—Lo estoy, pero entiendo que… Dorian, hasta ese momento solo había estado con Roberto, mi ex, y si él no es el padre, solo puedes serlo tú. No sé, quizá el preservativo estaba roto o se rompió mientras que… ¡Yo qué sé! Para mí esta situación también es nueva. Te aseguro que fue una sorpresa ver esto.

Me giro sobre mis talones y, bajo la atenta mirada de Dorian, saco del primer cajón la carta del laboratorio con los resultados. Al menos, quiero que tenga una mínima certeza de que lo que estoy diciendo está basado en algo.

—Toma —le indico, pasándole el papel.

Él lo mira con atención. Lo lee despacio y, acto seguido, lo pliega y me lo devuelve.

—Si le hago la prueba a Hugo —empieza, y yo trago con dificultad, porque, aunque sabía que estaba la posibilidad, el sentir que puede no creer en mi palabra me duele—, es solo por acallar las dudas de mi familia. Son una panda de cabrones.

Y dejo ir el aire.

Tranquila.

Él confía en mí.

—Gracias. —Le sonrío, mas esta no se refleja en mi rostro, porque no termino de exorcizar mis demonios del todo.

La mención de su familia tan solo ha conseguido que los nervios vuelvan a instalarse en mi estómago. Sé cuál es el origen y aunque me da miedo hacerlo, decido atajarlo de raíz. Ya le mentí una vez y mira a dónde nos ha llevado eso, así que no voy a volver a hacerlo.

—Sé que tu situación económica es muchísimo mejor que la mía, pero… —Él me mira sin comprender a qué me refiero—. No te lo lleves, Dorian —le pido y suena a ruego. Y, de hecho, lo es. De nuevo, su actitud me asombra, porque me enfrenta con una mezcla de decepción y curiosidad.

—¿Qué estás insinuando? —me cuestiona, y hasta me parece que está ofendido.

—Es mi… —continúo. Las lágrimas que comienzan a asomar a mis ojos hacen que me detenga—. Es mi hijo. No lo alejes de mí.

¡Ya está! Lo dije, aunque eso ocasione que él me mire con espanto.

—Pero ¿qué dices? ¿Por qué haría tal cosa? —Suena indignado.

Me siento tonta por haber pensado así.

—Roberto… Él quería la custodia. Pensaba alejarlo de mí y… Tú tienes una buena familia y… —intento justificar mi planteamiento con esos inútiles argumentos, pero él niega con la cabeza una y otra vez.

Bajo los ojos, avergonzada por haberle demostrado que no confío en él, sin embargo, su mano me obliga a levantarla al impulsar con suavidad mi mentón hacia arriba.

—Nunca lo alejaría de ti, ¿de acuerdo? Jamás, Melissa. Eres su madre.

Y, por fin, sus palabras me hacen respirar tranquila, tanto, que me dejo llevar y me pongo a llorar como una tonta, presa del alivio que estoy sintiendo.

—No llores —me indica, acercándose a mí y abrazándome—. Eh, Melissa, por favor.

Intento calmarme, pero me cuesta. Asiento repetidas veces, a pesar de que las lágrimas no cesan. Él me observa con preocupación y no muy convencido de ese gesto de afirmación que no paro de ejecutar como acto reflejo.

—¿Qué te parece si bajo al parque a por Hugo y, mientras tanto, te relajas con un buen baño y luego pasamos la tarde los tres aquí, juntos, tranquilos y acostumbrándonos a la nueva situación? —me propone.

Vuelvo a asentir, porque da la impresión de que es lo único que sé hacer hoy.

Antes de alejarse del todo de mí, Dorian se inclina y me besa, pero sus caricias ya no son como antes, cada vez las siento más nuestras, y eso ya no me asusta, porque ahora todo está como debe estar.

Sonrío y él me devuelve la sonrisa.

—Gracias —le digo—, por todo.

—Las gracias dámelas esta noche —me suelta con su típico tono picarón, acompañado de un guiño de ojos travieso, y eso origina que sea incapaz de contener las ganas de reír.

Al final, a pesar de que temía decírselo, el resultado ha sido más fácil y satisfactorio de lo que pensaba. Dorian se lo ha tomado genial y parece encantado con el descubrimiento. Aunque me cueste reconocerlo, Adrián tenía razón y yo estaba equivocada.

Melissa

«La mayoría de las personas prefieren confesar los pecados de los demás».
—Graham Greene—

Seis días después.

—Para ya —le digo, conteniendo la risa e intentando alejarme de él.

—No quiero —me replica, como si fuese un niño pequeño.

Dorian me aprieta fuerte por la cintura y se inclina para besarme, mientras que yo lo esquivo como puedo.

—Si sigues viniendo aquí, va a enterarse todo el mundo. —Es la verdad, aunque él no quiera verla.

Se lo he repetido mil veces, pero no hay forma. No quiero jugarme mi puesto de trabajo, sin embargo, siempre consigue que ceda. Sus besos lo consiguen. Sus caricias lo consiguen. Sus palabras lo consiguen. Y su sola imagen lo consigue.

Por eso estamos como estamos. Ocultos, pero a la vista de todos.

Y sé que tarde o temprano, más temprano que tarde, alguno de mis compañeros se enterará y ahí es donde estará el problema. No quiero ser la que se acuesta con el jefe, a pesar de que es lo que hago, pero no por el motivo que todos creerán. Lo hago porque lo conozco desde hace tiempo, porque me encanta cómo es, porque adoro esta nueva relación que está surgiendo entre nosotros y porque me apetece estar con él.

—No pienses tanto —me pide, cuando intento alejarme de él.

Vuelve a la carga de nuevo cuando retomo mi idea de poner distancia entre nosotros y no me deja. Me sostiene con ímpetu de la cintura y me pega contra su cuerpo otra vez. Voy a contestarle y a explicarle por tercera vez que no puede estar viniendo a mi lugar de trabajo para distraerme y robarme besos furtivos, pero no me lo permite, porque empieza a besarme para conseguir que me calle… y está claro que lo logra, vaya si lo hace…

Me resulta inquietante que parezca no entender que nos van a ver un día de estos y se me va a caer el pelo. Aunque… la tentación se llama así por algo y, en estos momentos, es demasiado grande para nosotros y sucumbimos a ella una y otra vez.

Después de consentirlo un poco más y regalarle algunas caricias, Dorian accede a irse y dejarme trabajar. Me asegura que solo lo hace porque tiene una reunión de la que no puede escaquearse, pese a que las ganas de hacerlo no le faltan, de lo contrario no accedería a marcharse. Con una sonrisa, le indico que salga de mi «despacho», porque no sé cómo puedo llamar a esto, ya que es solo una habitación con una mesa destartalada y una silla incómoda en la que sentarme durante demasiadas horas seguidas. También le aseguro que más tarde nos vemos en casa, ya que todos los días, después del trabajo, permanecemos allí para pasar tiempo juntos los tres. No obstante, él me asegura que vendrá cuando acabe la reunión, y yo sé que lo hará, siempre que está dentro de sus posibilidades, lo hace.

Mientras lo veo salir, sonrío como una idiota y pienso en cómo me arrepiento de haber callado como una tonta, de haberle ocultado la verdad y de haberme creído mil y una ideas descabelladas que se alojaban en mi cabeza y de las cuales, ninguna ha tenido lugar. Ahora ya lo tengo claro: Dorian es lo que Hugo necesita, lo que yo necesito. Todo es perfecto cuando

estamos juntos y no quiero que eso cambie por nada del mundo.



Cuando ya lo tengo todo recogido y preparado para salir, escucho cómo la cortina se abre. Me sobresalto, aunque me giro con una sonrisa al pensar que Dorian ya ha terminado y regresa a continuar por donde lo dejamos.

Mi expresión se congela cuando me encuentro a Alessandra en la puerta. Si mi cara es de sorpresa, la suya es de indiferencia absoluta. La miro de arriba abajo y contengo el aliento. No sé qué tiene esta mujer que me inquieta tanto y hasta podría decirse que me pone de los nervios. Quizá es su altura, así tipo Barbie, o sus caros vestidos; tal vez son esas uñas enormes, largas y decoradas, o puede ser la expresión con la que me mira siempre, como si fuese superior a mí. A veces, me hace sentir que le debo algo y eso no me gusta, me genera ansiedad y malestar.

Me eriza la piel el verla ahí de pie, esperando no sé qué.

—Ho-hola —le digo, sin tener muy claro qué más poder decirle.

Ella es la que ha venido a mí, así que debería ser ella la que hablase, no yo. Pero permanece en silencio y eso me enerva un poco más.

Mi jefa lo observa todo, despacio, con detenimiento y, después, da un paso adelante. Vuelvo a contener las ganas de respirar al sentir que el espacio entre nosotras se acorta. Se adentra en la habitación mientras yo la contemplo impaciente y nerviosa por saber el motivo de su visita. Sin decir ni una palabra, vuelve a cerrar la cortina, otorgándonos algo de intimidad, y ese simple gesto me hace estremecer.

La miro sin perder detalle de sus movimientos a la vez que ella camina por la estancia, sin prisa, crispando mis sentidos con cada paso que da. Se acerca hasta el escritorio y mira con atención el portafolio donde se encuentran los bocetos y diseños ya casi terminados. Sin preguntarme siquiera, lo toma con esas manos finas y delicadas, y lo abre.

Contengo la respiración al ver cómo va pasando las páginas una a una. Ojea los dibujos que hay en él, sobre todo, los nuevos que he ido esbozando esta semana. Su rostro es inexpresivo y su mirada, aunque clavada en los papeles, está como ausente.

Me tenso mientras la contemplo. En el poco tiempo que llevo trabajando en el hotel, jamás se ha dignado a venir hasta aquí, de hecho, ni siquiera he tenido que reunirme con ella como han hecho otros de mis compañeros. No entiendo el motivo de ello, pero no me quejo. A veces, me parece que para Alessandra Belmonte solo soy un número más en este proyecto y eso, incluso, me gusta y me tranquiliza, ya que no me caracterizo por ser de las que busca destacar ni ser el centro de atención.

—Dorian ha acertado contigo —es lo primero que dice, cerrando el portafolio y colocándolo en su sitio.

Me envaro al oírla, porque noto que sus palabras llevan un doble sentido, lo capto por su sonrisilla medio torcida y el brillo que despunta en sus ojos perfectamente maquillados.

—Gracias —contesto de inmediato, a ver si así se calla o, al menos, deja de decir cosas que no tienen sentido para mí y va directa al meollo del asunto que la ha traído hasta mí.

—Hizo bien al pedirme que te incluyese en la plantilla a pesar de mis reticencias.

Antes de que empezase a hablar había aguantado el aliento mientras esperaba su respuesta; ahora, se me ha cortado la respiración.

¡¿Qué?!

¡¿Cómo?!

¿Acaba de decir que…?

Sí, lo ha hecho. Me acaba de soltar que tengo este trabajo gracias a Dorian.

No es posible.

Ojalá no lo sea.

Él no ha podido hacer semejante cosa.

Abro los ojos de par en par al ir siendo consciente de sus palabras y, según lo hago, ella sonríe con malicia.

Noto el calor que empieza a recorrerme por dentro, uno producido por el enfado y la decepción que siento al ser consciente de lo que implica esa afirmación. Y, por su gesto de satisfacción, sé que es lo que ella buscaba, esa era su intención inicial.

Ya sé el porqué ha venido hasta aquí, aunque no comprendo el motivo de que me lo confiese ahora, después de tantos días trabajando en el hotel.

—Sí, niña —me dice, haciendo que me enerve un poco más al escuchar ese apelativo. Es verdad que soy más joven que ella, pero me molesta que me llame de ese modo, porque no soy una cría. Probablemente, sé de la vida mucho más que ella—. Dorian se encaprichó contigo y me pidió que te hiciese formar parte del proyecto. A él le debes el estar aquí.

Me quedo callada, porque si algo he aprendido durante años es a contenerme. Eso fue algo que, aunque de forma inconsciente, me enseñó mi padre y, pese a que no suelo hacerlo mucho, sé a la perfección cuándo he de cerrar la boca. Y ahora es uno de esos momentos. Tengo clarísimo que si hablo ahora, la voy a mandar a la mierda. Y luego voy a ir a buscar a Dorian y enviarlo también para que le haga compañía.

A la par que me suelta eso, me mira y sus ojos destilan maldad. Y ese es otro de los motivos por los que también opto por permanecer en silencio. No voy a darle lo que quiere.

A estas alturas ya sé con seguridad que esta conversación no es por trabajo, no es muy difícil de deducir. Todo en ella me lo está diciendo, de modo que aguardo con resignación a que me diga cualquier cosa, por descabellada que pueda parecer. Estoy preparada para todo.

Al ver mi falta de reacción, Alessandra sonríe de medio lado.

Y ese gesto me pone en alerta.

—Eres una chica lista. De verdad, te juro que ojalá nuestras circunstancias fuesen otras, porque tu forma de dibujar y transmitir encaja a la perfección con lo que estamos buscando. No obstante, me veo obligada a despedirte.

Sus palabras me caen encima como una jarra de agua fría, helada. Me he concienciado tanto para esperar cualquier cosa de ella, que no había imaginado siquiera que el motivo de su visita tan poco profesional se debiese a esto.

¿Quiere despedirme?

¿Por qué?

Una idea cruza mi mente y, al hacerlo, me obligo a mirarla de frente. Alessandra me encara sin pudor. Permanezco callada, porque no quiero decirle lo que ya sabe, aunque no comprendo por qué le molesta tanto.

—¿Ni siquiera vas a preguntar el motivo de tu despido? —me cuestiona.

Trago saliva y pienso qué decirle.

Necesito ser rápida, pero mi mente está algo embotada. Por ella lo único que pasa es: «lo sabe», «sabe que estoy con Dorian».

¿Y qué le importa a ella?

No hacemos nada malo.

Sí, es el gerente, pero… ¿y qué? Podemos ser más cuidadosos y punto. Nadie más lo sabrá.

—Supongo que no he pasado el periodo de prueba —le digo, intentando sonar serena, aunque

los nervios me estén matando por dentro.

—Sí y no —me contesta.

Alessandra da un paso hacia mí y se coloca a mi altura. Me siento pequeña a su lado y no es solo por el hecho de que me saque dos cabezas. Es su modo de mirarme, de actuar, de la seguridad que desprende, pero que no me transmite, por el contrario, anula la poca que me queda después de haber oído que estoy despedida.

—De acuerdo —accedo. No quiero escuchar nada más. Tan solo deseo recoger e irme a mi casa. Una vez allí, me lameré yo sola las heridas y afrontaré las cosas como vengan, como siempre he hecho.

—Es una pena —repite, y a mí me pone de peor humor al hacerlo—. En serio, tienes talento. No me gusta optar por esto, pero como comprenderás no puedo dejarte aquí sabiendo que te acuestas con mi marido.

Detengo el errático movimiento de mis manos, que estaban simulando recoger mis pertenencias, y alzo los ojos hasta ella. Había dejado de mirarla para ver si con ese gesto comprendía que aceptaba su nada acertada decisión y me dejaba en paz, pero ahora comprendo que no iba a hacerlo.

Ni lo hará, porque Dorian es…

No, eso no puede ser…

Debe estar confundida.

Eso es imposible.

—Me parece que le han llegado rumores equivocados. No mantengo ninguna relación con…

Justo en ese instante, la cortina que nos aísla del resto del hotel se abre y Dorian aparece en la puerta. Su rostro muda en el instante en el que pasa la mirada de Alessandra a mí y viceversa. Ella está sonriendo con suficiencia y yo debo estar más blanca que la pared. Lo encaro con los ojos muy abiertos y, antes de poder continuar, él rompe el silencio.

—¿Sucede algo, Sandra? —Su voz denota tranquilidad, aunque no así sus gestos o su porte, los cuales son inquietos y me dejan ver que se encuentra en un estado de alarma que no debería tener.

—Nada, solo le decía a Melissa que, a pesar de que tú y yo mantengamos una relación abierta, no voy a tolerar que una empleada se meta en la cama de mi esposo.

Según va pronunciando cada palabra, los ojos de Dorian se abren de par en par, fulmina con la mirada a… a… su mujer, porque el hecho de que no lo haya desmentido me ha dado claramente la respuesta de que todo lo que ella ha dicho es cierto, y, acto seguido, me mira a mí.

Siento que me fallan las piernas.

Me agarro a la silla por si me caigo.

Las rodillas me tiemblan.

Y las manos.

Y el corazón… justo antes de sentir cómo se resquebraja en mil pedazos.

Sin embargo, eso es lo único que hace. Me mira. No dice nada. No sé si es porque no sabe qué decir o porque piensa que es mejor guardar silencio. Pero ya lo dice el refrán: el que calla, otorga. Y él acaba de hacer ambas cosas.

—Te has pasado, Sandra —inquiere, y avanza hacia ella, que no se amilana por el enfado monumental que parece tener Dorian, al contrario, cualquiera diría que le divierte verlo de ese modo.

Yo lo miro todo como si estuviese tras un espejo, siendo partícipe pero a la vez ajena a todo.

«Tierra, trágame», es mi único pensamiento.

«Trágame y no me escupas jamás».

Intento ponerme de pie a pesar de que creo que cualquier atisbo de energía o fuerza ha abandonado mi cuerpo. Apenas escucho lo que se dicen, porque la palabra «casado» retumba sin cesar en mi cabeza.

Casado.

Casado.

Casado.

Con Alessandra.

¿Relación abierta?

Infiel.

Soy la otra… Soy la otra… Soy la otra…

Y, sin poder aguantar más esta tortura mental, echo a andar en silencio hacia la puerta y me voy de la habitación, dejándolos a ellos discutiendo sobre el tema.

Pero yo no los oigo.

Yo no existo.

Yo solo soy la otra.

Dorian

Nada más terminar la reunión, salgo del despacho. Tras despedirme de todos, me dirijo a ver a Sandra, que también tenía una reunión, aunque de forma *online* con unos inversores alemanes. Debería de haber sido yo quien hablase con ellos, pero como por la incompatibilidad de horarios me ha sido imposible, ella se ha hecho cargo.

Después de preguntarle a Julie, su secretaria, por Sandra, esta me dice que ha bajado a la zona de los talleres. Y eso me inquieta. No le gusta deambular por ese sitio. Cuando Sandra quiere algo de alguien lo hace ir a su territorio, sin embargo, ese lugar esta frente a mi despacho, de modo que… entro en alerta. ¿Para qué bajar si pueden subir los demás? Sencillo. No quiere que yo vea con quién va a hablar. Llevo mucho tiempo junto a ella para saber cómo piensa. Eso y que el rostro compasivo de Julie me lo está diciendo claramente. Esta chica tiene unos ojos que la delatan y una expresión que te informa de todo sin abrir siquiera la boca para ello.

Maldigo y salgo escaleras abajo.

Espero estar equivocado.

Rezo porque sea así.

Voy a matar a Sandra como se atreva a…

¡Joder!

¡Mierda!

En cuanto entro en la habitación de trabajo de Melissa me percato. Ambas están allí y por la expresión que luce cada una en su mirada, sé que he llegado tarde.

Se lo ha dicho.

Ella lo sabe.

La muy arpía…

La ira que siento me nubla tanto la razón que lo único de lo que soy capaz es de agarrar del codo a Sandra y empezar a increparle mil y un insultos de forma susurrante para que Melissa no nos oiga. Sé que tengo que hablar con ella, explicarle esta situación y el motivo por el que se lo he ocultado, pero en estos momentos estoy tan colérico que no pienso con claridad.

—Te lo advertí, Dorian —me dice Sandra, cuando he terminado de decirle todo lo que me está pasando por la mente, o eso cree ella—. Muerta la perra, se acabó la rabia.

Gruño de pura frustración.

Creí que hacía lo correcto cuando acepté la proposición de Sandra. Pensé que éramos amigos. Que ambos saldríamos beneficiados de esa pequeña trampa, aunque acabo de comprobar que ella solo buscaba, y busca, salvarse. El resto le da igual.

—Te equivocas, Sandra. Si querías la guerra…

—¿Qué vas a hacer? Todos saben cómo has sido siempre, ¿de verdad piensas que te van a creer a ti antes que a mí, la pobre esposa a la que han engañado con tan solo seis meses de matrimonio?

—Eres…

—Me crie en un nido de serpientes, Dorian. Y sobreviví. ¿Qué esperabas? —me informa, como si yo no me hubiese dado cuenta del dato.

—Eres… —repito, pero guardo silencio al final porque ningún insulto es suficiente para expresar lo que siento en estos momentos.

Eso sí, despotrico para mis adentros, contengo las ganas de gritar, golpear algo… Y ella me

conoce para saber todo lo que está pasando por mi cabeza.

—Deja de patalear como si fueses un crío de dos años al que le han quitado su juguete favorito, Dorian. —La miro, intentando recobrar la calma para volverme hacia Melissa e intentar arreglar esto—. Nadie más lo sabe, podemos seguir adelante y…

—¡Olvídalo! —le grito. Me giro hacia el escritorio y…—. ¡Mierda!

—Sí, nene, se ha ido —me confirma Sandra, quien, a diferencia de mí, se había percatado de que Melissa había abandonado la sala.

Sin nada más que decirle, echando humo y gruñendo como un toro a punto de salir al ruedo me marcho de la habitación en busca de mi pelirroja. Tengo que arreglar esto como sea.



Se sobresalta cuando llego a su lado, pero no me mira. Sus inmensos y preciosos ojos azules siguen clavados en la lejanía, mirando la nada y conteniendo las ganas de llorar. Lo sé. Por desgracia, ya la he visto demasiadas veces de ese modo para empezar a conocer sus gestos cuando lo hace.

—Melissa —le digo en voz baja, colocándome a su lado, aunque manteniendo las distancias.

Lo hago por ella, porque la verdad es que, llegados a este punto, ya me da igual si se entera todo el hotel o no. Estoy colado por ella y ni Sandra ni nadie va a hacer que me aleje.

—Melissa —repito, al comprobar cómo intenta ignorarme.

No, no voy a cesar en mi empeño.

Tiene que mirarme.

Tiene que escucharme.

—Vete, Dorian. No quiero volver a verte en mi vida —me suelta.

No.

No voy a renunciar.

Está muy equivocada.

—¿Ni siquiera me vas a dar el beneficio de la duda? —inquiero.

Y cuando se gira hacia mí y le veo el rostro, contraído por el dolor, sé que esa no era la pregunta correcta.

—No, Dorian, no. Tu actitud al entrar en ese despacho ha sido más que suficiente. Ya me lo has confirmado. No necesito saber nada más.

A lo lejos se ve la silueta del autobús. Me pongo nervioso al darme cuenta de que en un par de minutos estará aquí y que el resto de trabajadores están a punto de salir, porque soy consciente de que si antes, que disfrutaba de mi compañía, Melissa guardaba las distancias conmigo delante del personal del hotel, ahora, que no quiere verme ni en pintura, conseguirá dejarme de lado antes de que me percate siquiera de que lo está haciendo.

Ella también ve el bus, se recompone, se limpia el rostro —lo que me hace sentir aún peor porque soy yo el causante de su malestar— y se cuelga el bolso en un hombro.

En el instante en que da un paso al frente, la agarro por la muñeca y ese simple contacto me quema. Y no es solo por la intensidad que me provoca rozar su piel, sino por la mirada que Melissa dirige hacia esa zona que conecta nuestros cuerpos. La observa con asco y me duele que lo haga. Aun así, no la suelto. Necesito que me escuche.

—Por favor —le ruego—. Déjame que te explique el porqué…

—No, Dorian. Ya sé por qué se casa la gente y sí, también sé lo que es una relación abierta. Y no, no voy a formar parte de…

Se detiene cuando se le quiebra la voz. Alza la mirada, que aún estaba clavada en nuestras manos y la ancla en el autobús, que está aparcando. Al fondo, el ruido de las voces de los que

primeros en salir del hotel empieza a llegar.

—No en mi caso. Sandra y yo…

—¡NO! —grita, y atrae la atención de varios obreros, que nos miran de reojo y murmuran—. No voy a ser la otra. No… No…

—Melissa, ella es la otra.

Y, de nuevo, mis palabras no son las acertadas.

Maldigo mi mala pata a la hora de escoger las palabras adecuadas.

—Olvídate de mí, Dorian. Y… de Hugo… por favor.

Esa petición me coge de sorpresa. ¿Que me olvide de mi hijo? ¿Pero que…?

Mientras que intento digerir lo que me ha dicho, ella ha aprovechado para soltarse de mi agarre y echar a caminar, muy rápido, hacia el bus.

¡Mierda!

Salgo corriendo tras ella, pero cuando llego a su lado, ya está en la cola para subir. Me dirige una mirada de advertencia a la par que sus compañeros lo hacen de curiosidad. Bajo los ojos, resignado, y suspiro. Me alejo de la puerta del autobús y, como el idiota más grande del mundo que soy, me quedo ahí de pie a la par que la observo subir y permanecer sentada, hasta que todos han ocupado su lugar y el conductor pone de nuevo en marcha el vehículo, alejándola de mí.



Quizá debería de haber hecho caso a Héctor y no haber venido, pero no, no creo que sea lo correcto. Según mi hermano tendría que darle un pequeño espacio de tiempo a Melissa para que procesase la información, la aceptase y luego estuviese algo más receptiva para hablar, sin embargo, yo creo que eso solo la alejaría más de mí. Mi cuñada, en cambio, me ha gritado desde lejos: «Te dije que te mandaría a la mierda. Lo siento, Do, pero te lo tienes más que merecido».

Y en el fondo sé que tiene razón.

Me lo merezco.

Como todo lo que me pasa en esta puta vida.

Le eché un pulso al destino y he perdido.

He caído con toda la artillería pesada.

Y no sé cómo reparar lo que he roto.

Vuelvo a levantar la mirada e intento imaginar qué estará haciendo allí, en el octavo, en el piso que tanto hemos compartido estos últimos días. Imagino a Hugo corriendo de un lado a otro mientras que ella le prepara la cena. O, tal vez, se encuentra con Adrián y mi amigo me está esperando para partirme la cara. Algo que, por otro lado, también me merezco. ¡Joder, si lo hago!

Suspiro y armándome de valor, preparándome para oír una vez más su negativa y concienciarme de que, a pesar de eso, estoy haciendo lo correcto por una vez en mi vida, toco el pulsador de su casa. De todos modos, me quito de enfrente para que no pueda verme por la cámara y, al menos, conteste a mi llamada.

—¿Sí?

Voy a decirle que soy yo, cuando me percato del timbre de su voz.

Errante.

Triste.

Decaído.

Está llorando.

¡Me cago en mi puñetera estampa mil y una vez más!

—Déjame subir, por favor —le ruego, pero ella no solo no contesta, sino que cuelga de inmediato.

Vuelvo a intentarlo, aunque sin éxito.

Resoplo y saco el teléfono. Probablemente, llamarla no surta el efecto deseado, de modo que le escribiré una mierda de mensaje, que no es que el mensaje en sí vaya a ser una mierda, la mierda es que ese modo de comunicación no me gusta nada de nada. No obstante, tal vez eso sí funcione. Esa es mi única opción y esperanza.

Dorian_20:30
No actué bien. Lo siento.
Por favor, déjame subir.
Necesito que hablemos.

Le doy a enviar y, casi de inmediato, veo el símbolo que me indica que sí lo ha leído. Al final esta porquería de mensajería va a servir para algo. Espero su respuesta, pero no llega.

Me desespero.

Miro hacia todas partes en busca de algún sitio en el que pueda sentarme a esperar, porque soy consciente de que esto va para largo. No voy a irme de aquí hasta que me deje subir.

Y se lo hago saber.

Dorian_20:37
No voy a marcharme, Melissa.
Todos merecemos la oportunidad de explicarnos.
Yo te la di a ti cuando descubrí que Hugo era mi hijo.
Jamás te he reprochado nada.
Creo que, al menos, me lo debes.

Después de enviarlo, me arrepiento. No debería hacerle chantaje con esa situación, pero estoy desesperado. Necesito verla, sentirla, hablarle… que me escuche y si no es mucho pedir, también que me comprenda.

Silencio.

Eso es lo único que obtengo de ella.

Aunque me reconforta saber que lee lo que le escribo.

De acuerdo, voy a intentarlo de nuevo y, de paso, a intentar arreglar un poco mi mensaje tan poco acertado.

Dorian_40
Déjame subir, por favor.
Entiendo si no quieres hablar, pero tengo derecho a ver a Hugo.
Soy su padre.
Eso es algo que no puedes cambiar.

Al final, ha vuelto a salirme un mensaje borde y mezquino. Si es que esto de escribir y rogar no es lo mío. Soy medio imbécil para las relaciones sociales.

«¿Por qué te cebas así conmigo, karma? ¿Acaso no me has jodido ya lo suficiente?».

Me pregunto si podré llamarla, es más probable que hablando meta menos la pata. Y lo intento.

Comunica.



Al cabo de veinte minutos pasando frío en el portal, llega Lázaro. No dice nada cuando me ve allí plantado, salvo un triste «buenas tardes» y abre. Tampoco le respondo mucho más que hacerle un gesto de cabeza, ya que por la cara con la que me observa sé con seguridad que Melissa le ha contado lo que ha sucedido. El amigo de mi pelirroja cruza el umbral y se adentra en el pasillo y yo, antes de que se cierre la enorme puerta de cristal, me cuelo dentro. Al menos, así esperaré en un sitio a cubierto.

Quiero preguntarle qué sabe de Melissa, porque sé que viene para hablar con ella o proporcionarle compañía. Sin embargo, antes de que pueda hacerlo, él pulsa el botón del ascensor y con una mirada fría y hosca me indica que suba con él.

¿Disculpa?

¿Subir?

¿Acaso Melissa pretende que hablemos con público? Bueno, si está dispuesta a escucharme, me da igual si se quiere enterar el resto del mundo de lo que tengo que contarle.

—¿Sabes? —me dice Lázaro, lanzándome una mirada nada amistosa una vez que estamos los dos dentro del ascensor—, por más o menos lo que has hecho, le dije a mi cuñado que le partiría las piernas y le cortaría los huevos.

Lo miro con un deje de… ¿asombro? Voy a replicarle algo, pero no me da tiempo.

—Pero a ti no te diré nada. Sé que Adrián lo hará por los dos.

Y ahí le ha dado.

Touché!

Eso es seguro.

El clin que anuncia que hemos llegado me libra de tener que contestarle y a él de continuar aguantando mi compañía. Eso lo deduzco por el suspiro que lanza antes de salir y dirigirse hasta la puerta de casa de Melissa, la cual abre con una llave.

Voy tras él, desesperado por entrar, pero al hacerlo, me quedo de piedra. Veo a Melissa ataviada con ropa deportiva y un bolso colgado a la espalda. Tiene al niño en brazos y nos espera en el pasillo. El crío empieza a reír cuando nos ve a ambos, aunque creo que, tal vez porque es lo que le transmite el estado de ánimo de su madre, le hace más ilusión ver a Lázaro que a mí. Se tira hacia él y este lo coge en brazos. Desde atrás, lo observo todo en silencio.

Ella se acerca para dejarle al niño, le susurra algo a la vez que le da un beso en la mejilla y luego lo pasa de largo. Cuando cruza por mi lado ni siquiera me mira, por eso me veo obligado a detenerla. La tomo de la mano y ella se para. Al igual que hace un par de horas en el estacionamiento del hotel, mira nuestras manos con aversión.

—En una hora te quiero fuera de mi casa —me suelta, a la vez que da un tirón y se deshace de mi mano—. Ni un minuto más.

Y se va.

Dejándome con cara de idiota, por segunda vez en lo que va de tarde, observando cómo cruza la puerta y me deja aquí, con las mismas ganas que traía de gritarle que tiene que escucharme, que nada es lo que ella cree y que está cometiendo un error al juzgarme de este modo.

Y por si eso no fuese suficiente, cuando me vuelvo hacia el niño que corretea por mis piernas, Lázaro me mira y me dice:

—Da gracias de que al menos te deje ver al crío, yo no lo habría hecho. —Lo miro con estupor. ¿Y este tío con qué derecho me habla así?—. Tienes una hora. Aprovéchala —Y se va hacia el dormitorio de Melissa.

Adrián

Pero… ¿¡qué mierda es todo esto!?

La situación es insostenible.

No puede seguir así.

Me duele verla con esa expresión ausente en el rostro.

Y, además, dice que no quiere ponerme en una encrucijada, de modo que me mantiene al margen de todo lo que puede. De hecho, no tenía ni siquiera la intención de contarme lo que ha pasado, pero Lázaro, como ya sabemos todos, no sabe mantener la boca cerrada y, tras dos semanas de silencio obligado, ha explotado y se lo ha contado a Alicia y esta, a mí, por supuesto. De eso hace ya cuatro días y aún estoy intentando razonar con Melissa sobre el asunto.

No, no busco que lo perdone.

Ha sido un cabronazo y se ha buscado lo que tiene.

Pero lo que no puede es alejar al resto del mundo de ella. Aislarse en una burbuja. Hacernos creer que está bien, cuando su rostro denota lo contrario. Y, sobre todo, rechazar cualquier tipo de ayuda que se le ofrezca.

Lázaro es al único al que le permite estar más presente en su día a día y eso solo se debe al hecho de que, como madre, entiende, acepta y respeta que Dorian es el padre de Hugo y no va a separarlos, de modo que todos los días, antes de que él llegue para ver al niño, Lázaro se va al piso de Melissa y permanece en una habitación mientras ambos interactúan, porque, como es más que evidente, ella se va de casa para no tener que cruzarse con él ni un solo segundo. Además, me ha pedido el horario de tarde para no tener que coincidir con el susodicho, aunque no se lo he negado, tampoco se lo he concedido del todo, tan solo intento que esté ocupada durante la hora que Dorian pasa con Hugo.

Miro a Melissa de nuevo mientras recoge la última mesa que le queda, ya que hoy estamos bastante más tranquilos que otros días a esta hora, y suspiro. Voy a acercarme a ella, pero me detengo en seco al ver que Dorian acaba de cruzar la puerta de entrada del restaurante.

¿Qué mierda hace aquí? Se supone que él trabaja a estas horas.

No creí que tuviese los santos cojones de venir a buscarla. Aunque, por otro lado, creo que siento ganas de aplaudir, ya que, por una vez en su vida, no está huyendo de los problemas, como siempre ha hecho. Pero… lo que ocurre es que, aunque lo aprecio porque es mi amigo de toda la vida, también quiero a Melissa como si fuese mi hermana, por lo que si debo poner a ambos en una balanza… Dorian saldrá perdiendo, porque, entre otras cosas, él es quien ha obrado mal.

Observo todo desde mi posición, deseando echar a caminar hacia ella y evitarle el mal trago de tener que hablar con Dorian, pero soy consciente de que debo ocupar mi lugar. No me corresponde a mí decidir eso, de modo que me contengo y solo miro.

Mi amigo se detiene después de andar más o menos la mitad de la distancia que lo separa de Melissa, quien aún no se ha percatado de que él está en el salón y sigue en su labor como si nada. Pero lo que me sorprende no es eso, sino que Dorian cambia el rumbo en cuanto retoma sus pasos, y esos van directos hacia mí.

—¿Podemos hablar? —me pregunta cuando llega a mi lado.

—¿Es sobre trabajo? Porque ya le dejé claro a Marcelo cuáles serán los horarios —le contesto, hosco.

—No, es sobre ella —me responde. Y agradezco su sinceridad.

Al hablar, dirige la mirada hacia donde se encuentra y a punto estoy de decirle que no, que no tenemos nada que hablar de Melissa, cuando un pellizco de lástima me aprieta el pecho al comprobar cómo la mira.

¡Joder!

Al final, Ali va a tener razón en eso de que no soy más que un blandengue y que se puede hacer conmigo lo que se quiera. Claro, que ella tiene métodos que no posee Dorian y a pesar de eso… Aquí estoy. Asintiendo e indicándole que pase delante de mí para ir a mi despacho.



—Adri, hermano, yo… —comienza a decir en el instante en que cierro la puerta y toma asiento.

Me dispongo a hacer lo mismo, pero a diferencia de él, lo hago en silencio.

—Sé que no estuvo bien y que… —vuelve a hablar, esta vez con un tono menos atropellado.

—Dorian, robar en un supermercado está mal. Lo que tú has hecho ha sido destrozar a una persona. La has engañado —le indico, aunque sé que es consciente de todo lo que le estoy diciendo y no necesita que se lo recalque más.

—Lo sé, pero…

—¿Pero? ¿Acaso crees que hay una excusa para lo que has hecho? —Él guarda silencio—. Llevo cuidando de ella desde que tenía ocho años. Es como si fuese mi hermana, Dorian. Y, aunque no lo creas, en estos momentos lo único de lo que tengo ganas es de arrancarte la polla por no haber sabido mantenerla guardada como deberías haber hecho. Te lo dije mil veces, Dorian. Ella no… —Me callo para darle la oportunidad de que se explique, pero él solo me observa y asiente, dándome la razón en todo.

—Creo que estoy enamorado —me suelta y no solo yo parezco sorprendido por esa declaración—. O, tal vez, me estoy enamorando. No lo sé, Adri. Pero… necesito… la necesito.

—¿Que te has enamorado, Dorian? ¿Y qué pasa con tu mujer? —Él hace amago de hablar, aunque no lo dejo, lo interrumpo, algo exasperado—: Ya, ya sé. Tenéis una relación abierta. —Bufo y mi amigo me observa. A los pocos segundos, niega con la cabeza—. ¿No? ¿De modo que aún es peor de lo que creía?

Me levanto de la silla porque no puedo estar más tiempo sentado. Estoy inquieto y empiezo a dudar de que hablar con Dorian haya sido lo más acertado, pese a que Alicia me ha recalcado varias veces que todos merecemos la oportunidad de explicarnos. Yo lo hice con ella y ella conmigo. Gracias a eso, y a Melissa, hoy estamos como estamos. Bien. Más que bien, diría yo. De modo que voy a dejar de actuar como un hermano sobreprotector y voy a escuchar lo que mi amigo tenga que decir, aunque sigo dudando que nada de lo que salga por su boca podrá darle la vuelta al asunto.

—Mi matrimonio es una farsa para contentar a nuestras familias —me dice.

En el instante en que lo escucho pronunciar esas palabras, lo encaro.

De acuerdo, tal vez sí haya un modo de cambiar las tornas.

—¿Una farsa? —repito.

Él asiente.

—Sandra, mi mujer —especifica. ¡Como si yo no supiese de quién me habla!—, es homosexual, Adrián.

Está bien. Voy a tomar asiento de nuevo.

Parpadeo varias veces y no despego los ojos de la mirada de Dorian, porque quiero comprobar que me dice la verdad y no es una historieta, cuento o patraña ideado para conseguir

lo que quiere.

—¿Lesbiana? —le pregunto, aunque solo lo hago para instarlo a continuar.

Asiente de nuevo.

—Así es. Mantiene una relación formal, por decirlo de algún modo, con su secretaria. Sí, lo sé, más típico no lo hay. El problema radica en que proviene de una familia muy conservadora, religiosa hasta niveles extremistas y…

—¿Opus? —inquiero, porque es el único grupo que conozco.

—Más o menos.

—Entiendo. —Y lo hago. Hasta ahí, lo hago. Tampoco necesito que me especifique a qué grupo, secta o clan pertenece la familia Belmonte.

—Gracias —me dice, y sé que de verdad me lo agradece.

—Y ahora, ¿empiezas por el principio?

—La conocí hace casi tres años en una reunión familiar. Parecía igual o más aburrida que yo. El club de golf no es tan divertido como lo pintan las películas americanas. Es un tostón de cuidado y para lo único que sirvió es para que nosotros dos nos fuésemos de copas y nos pilláramos un pedo monumental.

—Típico de ti —le corto, porque ya me estoy imaginando la escena.

—Y de ella —añade Dorian—. Fernando se puso rabioso y de Carolina, su madre, mejor ni hablamos. Prácticamente nos echaron a patadas de allí. Y nosotros, ni cortos ni perezosos, decidimos seguir con la fiesta en otro sitio. No te miento si te digo que cuando Sandra me sugirió ir a un sitio más apropiado, pensé que se trataba de su apartamento o mi habitación de hotel, pero se refería a un prostíbulo. Uno con mucho caché, chicas monumentales y tarifas de infarto. Y acepté. Ahí fue cuando me di cuenta de que le interesaba otro tipo de diversión. Una que yo no podía ofrecerle.

Me contengo la sonrisa, porque conociendo como lo conozco, imagino que comprobar eso pudo haber sido un golpe para su ego masculino, siempre tan hinchado.

—Después de eso, nos hicimos bastante amigos. Nuestras juergas fueron la hostia de buenas. Pero mi madre empeoró, Fernando explotó y me dio el ultimátum. Acepté solo por mi vieja, Adri. Jamás pensé que tuviese un problema. Yo solo pensaba que estaría en aquel sitio unas semanas y después volvería a mi vida.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión?

—Mi estancia allí. Comprobé que sí que era adicto a muchas cosas y cuando empezaron a faltarme y comencé a pasarlo realmente mal fue cuando fui consciente de mi precaria situación. Me costó aceptarlo. Meses. Una vez que lo hice, puse todo de mi parte porque entendí que no había hecho nada bien en mi puta vida. Había decepcionado a mi madre una y otra vez, y, aunque me costase reconocerlo, Fernando tenía razón: era una bala perdida que no llegaría a nada si continuaba por ese camino. Me amenazó con desheredarme, algo que ahora sé que no puede hacer salvo por causa mayor, ya que estoy reconocido legalmente, pero lo ignoraba en esos momentos. Lo hice por dinero, Adrián. Todo por la mierda del dinero. Pensaba que lo tenía todo, pero de un tiempo a esta parte me he dado cuenta de que no es así. El dinero no da la felicidad, hermano. Al contrario, te corrompe, hace que te pierdas, que lastimes a quien quieres y… —Se calla, aunque desconozco el motivo, ya que agacha la mirada y no puedo verle bien el rostro—. Mi familia me dio la espalda, todos excepto Héctor, como ya habrás deducido. Es tan cabezón conmigo que habría que hacerle un pedestal. Y Fernando, porque, a pesar de todo lo que he despotricado de él, me demostró que de verdad quería que me curase y me ayudó, a su forma, pero lo hizo. Mis hermanos se desentendieron de mí. Beltrán me llamó alguna que otra vez y

después recibí alguna visita también. No obstante, los otros ni siquiera me dirigían la palabra cuando salí del centro. Me decían que era una vergüenza para los Castillo-Sandoval.

—¿Y qué pinta Alessandra en todo esto, Dorian? —le cuestiono, porque parte de esta historia ya me la contó en su día, aunque menos en profundidad. Y yo lo que quiero es que me narre el motivo por el que llegó a pasar por el altar.

—Sandra estuvo al pie del cañón conmigo. En el momento en que pude recibir visitas, venía a verme cada vez que se lo permitían y, poco a poco, se convirtió en una gran amiga y en un apoyo crucial. Debido a esas situaciones y visitas, ambas familias empezaron a especular. Carolina daba ya por perdida a su hija mayor, porque siempre había sido bastante rebelde, así que aquello fue gratificante para ella y Fernando, por su parte, lo entendió como un modo de sentar la cabeza y darle estabilidad a mi vida. Los rumores sobre una posible relación entre ambos se extendieron y ella, que era la que estaba fuera, no se molestó en desmentirlos. El día que me contó lo que todos pensaban también me propuso que siguiésemos adelante con la farsa, de modo que así tuviésemos lo que queríamos. Ella, libertad para estar con su reciente pareja, Julie, y yo para continuar con mis escarceos sin que a mi padre le pareciese mal y me lo estuviese echando en cara.

—¿Y era necesario casarse, Dorian? Podríais haber fingido un pequeño noviazgo y luego una ruptura. No sé, algo consensuado…

Él se calla, inspira profundo y, después, continúa hablando:

—Lo sé, pero se nos fue de las manos. Esa es la verdad. Todos parecían tan encantados por el giro que habían dado los acontecimientos que cuando empezaron a hablar de boda, ninguno de los dos hizo nada para evitarlo. Alessandra pensó que era una buena idea, nadie lo sabría. Ambos seguiríamos como si nada. Y yo… yo también estaba encantado, Adri. Fernando me aceptaba, contaba conmigo para sus negocios y mi madre tenía toda clase de comodidades y los mejores médicos gracias a mi buena actitud. ¿Cómo iba dejar que pasase de eso a una residencia común y corriente si su estado cada vez era peor? Yo aún no tenía acceso a una cuenta propia para costearle nada, por lo que sin el apoyo de mi padre no era nadie, y el sueldo de Héctor es promedio. Simplemente, no podía. Y aún a día de hoy, no poseo suficiente fondo para afrontar los gastos que supone su residencia. Ella siempre se desvivió por nosotros. Nos dio hasta lo que no tenía. Se quedó sin cenar más de un día para que a Héctor y a mí no nos faltase qué llevarnos a la boca, de modo que… ¿quién soy yo para decidir que no pase lo que poco que le queda de vida viviendo como una reina, a pesar de que no sea consciente de ello? No, hermano, no soy nadie. Y si tengo que hipotecar mi felicidad para que ella pueda despedirse de este mundo con una sonrisa, voy a hacerlo, porque ya derramó demasiadas lágrimas por mi culpa.

Melissa

«Nadie nos advirtió que extrañar es el costo de tener buenos momentos».
—Mario Benedetti—

Primero, quise morirme. De la vergüenza. De la indignación. De saber que todo había sido mentira. De pensar que había sido la otra. De comprender cómo se sintió Roberto al enterarse de que me había acostado con otro, sin importar quién fuese ese otro. De ser consciente de lo importante que Dorian se ha convertido para mí.

Después, quise matarlo. Por engañarme. Por usarme. Por hacerme sentir tan mal conmigo misma. Por ilusionarme. Por pisotear mis sentimientos.

Ahora, lo único que deseo es verlo y no verlo a la vez, por eso evito la tentación y me marcho de casa mucho antes de que él llegue. No quiero que me mire, que me hable y, aún menos, que intente explicarme nada. No deseo oír ni una sola palabra que me pueda hacer dudar de mi determinación. No voy a mezclarme con un hombre casado por mucho que anhele sus caricias. Por mucho que sepa que lo que siento por él es fuerte. Por mucho que fuese capaz de ver mi futuro junto a él con todo detalle. Y que ese futuro me gustase más que nada en este mundo.

Pero no, no voy a ser la amante. Va contra mis principios.

Lo que sucede es que es difícil de mantener esa postura cuando los días pasan y él va a tu casa cada uno de ellos. Al comenzar esta situación, Lázaro, que era quien permanecía de vigía, no me contaba absolutamente nada de los encuentros de Dorian con Hugo, pero ahora, después de casi un mes, las miradas que me lanza cuando vuelvo me dicen mucho más que sus palabras.

Adrián también se enteró de lo sucedido, aunque no por mí, claro está. No quería que se sintiese en la necesidad, o la tesitura más bien, de tener que posicionarse de un lado u otro, porque acababa de hacer las paces con Dorian después de haber estado enconado con él durante dos años y no me apetecía cargar sobre mi conciencia el hecho de que volviesen a discutir por mi culpa. Pero… ¡se enteró! Lázaro es un bocazas de cuidado.

Que solo se lo dijo a Ali porque es su amiga.

¡Será zoquete! Alicia y Adrián se cuentan hasta los lunares, ¡¿en qué mundo paralelo se pensó que ella se guardaría tal información?!

Así que sí, Adri me pidió que hablásemos del tema y, ¡qué casualidad!, lo hizo justo después de la visita de Dorian al restaurante. Porque sí, lo vi, aunque disimulé como nunca para que él no se creyese el centro de mi mundo, sino que, por el contrario, para mí es tan indiferente que ni siquiera levanto la cabeza al escuchar su voz.

Me niego a hablar con Adri. ¡A saber qué patrañas le habrá contado Dorian! Y sí, también me niego a hablar con cualquiera que esté dispuesto a hacerme llegar la versión del susodicho, porque, para mí, se acabó.

Y esa decisión es irreversible.



Leo y releo el mensaje que está latente en la pantalla de mi móvil y me pregunto por qué no bloqueé su número. Tal vez, porque no ha vuelto a enviarme ni un solo mensaje ni a intentado llamarme desde «el día de», así es cómo lo he bautizado, y eso que ya han pasado más de cuatro

meses. De hecho, estaba prácticamente segura de que él ya se había olvidado de mí, de su encaprichamiento pasajero y que, con toda probabilidad, ya tendría a otra con la que seguir disfrutando de su relación abierta.

Dorian_22:30

Me gustaría llevarme unos días a Hugo a la playa.
Si no te fías de mí, también puedes venir con nosotros.

La tentación de responderle un «No, no me fío de ti, así que me pido ir de copiloto» es muy grande, pero me contengo y me convenzo de que pienso así no por el hecho de que no me fíe de él, sino porque me encantaría que volviésemos a estar los tres juntos como en aquella pequeña escapada a la montaña.

No obstante, me contengo y le contesto con un simple icono de una mano con el dedo pulgar hacia arriba. Nada más. Mejor así. Quiero que entienda que no hay opción a continuar hablando. Pero, como siempre pasa con Dorian, parece no captar la indirecta y vuelve a la carga.

Dorian_22:52
Genial.
Será este viernes. No tengo que trabajar.
Iré a recogerlo por la mañana.
¿Te va bien?

Deseo gritarle que no, que no me va bien, porque jamás me he separado unos días de mi hijo y, aunque quizá me siente bien tener un par de días para mí, me cuesta aceptar que ahora tiene un padre y que, por desgracia, no va a disfrutar de él en mi compañía. De modo que, a pesar de mi frustración, le vuelvo a enviar el mismo icono y listo. Hecho está.



El viernes llega y, contra todo pronóstico, Lázaro me dice que no va a venir. Tiene unos vómitos terribles y, además, a la familia de Tirso en casa, por lo que este tampoco puede echarme el cable. Me veo obligada a ser yo quien baje a Hugo cuando Dorian llega.

Nada más salir al corredor que da al ascensor, lo veo. Está esperando en el mismo portal, con el coche aparcado en la zona de carga y descarga. Va vestido con ropa casual, veraniega, y unas gafas de sol, tipo aviador, que me hacen tragar saliva y contener las ganas de salir corriendo escaleras arriba por evitar hacerlo hacia él. En el instante en que Hugo lo ve, me pide que lo baje de mis brazos y va corriendo hacia la puerta. Impaciente, se para frente a ella, esperando a que yo llegue y le quite esa barrera que los separa, mientras que su padre le hace gestos a través del cristal.

Cuando abro, me quedo de pie ahí, sosteniendo la puerta y evitando acercarme. No le dedico ni un solo «hola», porque no quiero comenzar a entablar una conversación y que aproveche ese lapso para intentar derrumbar mis barreras. No. No. Prefiero ahorrarme ese sufrimiento.

Le tiendo la pequeña maleta en la que van todas las cosas del niño y él me observa bajo esos cristales oscuros. Puedo sentir su mirada clavada en mí, aunque no pueda verla.

Dorian, en silencio, se agacha y toma a Hugo en brazos y, justo después de volver a incorporarse con él, le dice al niño:

—Zanahorio, dale un beso a mamá. Tú y yo vamos a pasarlo genial. ¿A qué sí?

Y dicho y hecho, Hugo se inclina hacia mí y como no llega, porque yo continúo de pie en el umbral, se queja. Dorian no lo suelta y eso me obliga a abandonar mi zona de «confort» —porque no es tal, ya que sigo estando a la defensiva aquí— y acortar la distancia con ellos. En el momento en que estoy lo suficientemente cerca de ambos, Hugo me rodea con sus brazos el cuello, pero sigue estando sobre Dorian, lo que hace que ambos quedemos muy cerca.

Contengo el aliento cuando noto cómo él pasa la mano por mi cintura y me aproxima más. Me envaro al sentirlo, pero mi cuerpo me traiciona y se estremece con su contacto. Me recompongo y, tras darle un fuerte beso a mi niño y asegurarle que se lo va a pasar muy bien, doy un par de pasos hacia atrás, obligando así a Dorian a que quite su mano de mi cuerpo.

—Aún puedes venir si quieres —me suelta, sin despegar la mirada de mí.

Niego de inmediato, tanto, que creo que ha denotado el miedo que me dan sus palabras.

No voy a ceder.

NO.



Tras ese fin de semana en la playa, las aguas parecen calmarse. Y es algo evidente, porque, a pesar de mis reticencias a hablar con Dorian tuve que tragarme el orgullo y hacerlo. Evidentemente, no fue sobre el «motivo de», pero sí mantuvimos varias conversaciones. Es obvio pensar que la primera vez que sonó mi teléfono ese mismo viernes por la noche me tensase y por mi mente pasasen mil ideas descabelladas sobre qué podía haber pasado. Sin embargo, la llamada solo se debía a que mi hijo quería que le diese las buenas noches y Dorian, antes de hacerme una videollamada, me quería preguntar si estaba apta para poder contestarla.

«No quería interrumpirte si estabas ocupada», me dijo el muy imbécil.

¿Qué se cree? Que a todos nos cuesta pasar página tan poco como a él.

«¡Idiota!», pensé.

Y después de eso, nos vimos a través de la pantalla del teléfono varias veces ese fin de semana.

Más tarde, en los siguientes días, algún que otro mensaje llegó a mi móvil, al que yo contestaba de forma escueta.

Y también me encontré con alguna que otra visita inesperada debido a que Dorian había salido del trabajo antes de tiempo y, en vez de ir para donde sea que se hospeda, se venía directo para casa. Pero el patrón de actuación no cambiaría, siempre que él entraba por la puerta, yo me marchaba. Hugo y él ya habían estado solos aquel fin de semana, por lo que ya no precisaban de canguro. De ese modo, también liberaba a Lázaro de una responsabilidad impuesta que le adjudiqué el día que decidí que no quería ver de nuevo a Dorian, pero que tampoco podía dejarle a solas con nuestro hijo.



Noviembre llega y con él se cumplen ocho meses desde «el día de». Ocho largos meses en los que aún sigo pensando en Dorian, en lo que me hizo y en lo que podríamos haber tenido. Y también, en que nada de eso es posible, porque él mismo se encargó de estropearlo con sus mentiras.

Suspiro.

No vale la pena estar recordando lo sucedido. No es bueno para mí anhelar algo que sé que

jamás tendré… ni tuve, ya que todo fue un escenario ficticio, algo que nunca fue real.

El cumpleaños de Hugo tendrá lugar esta tarde. Será en el restaurante de Adrián, porque en casa no íbamos a caber. Dorian me propuso celebrarlo en un lugar menos íntimo, pero no me veo capaz aún de aceptar que se haga cargo de ese modo de Hugo.

No, todavía no estoy preparada para que él le organice el cumpleaños.

No.

No sé por qué, pero no lo estoy.

De modo que hacemos un plan sencillo en la parte trasera, en el jardín que Adrián ha habilitado este verano para ampliar la terraza del restaurante. Alquilamos un castillo hinchable para que los críos salten y poco más. Por suerte, el clima acompaña a pesar de las fechas. Menos mal que la naturaleza no me odia tanto como el universo.

Estoy observando cómo los niños brincan sin parar, o lo intentan, ya que hay más revoleados sobre la colchoneta que de pie, cuando una voz me sorprende y me eriza la piel, porque, por muchos meses que pasen, él aún sigue causando ese efecto en mí.

—Hace mucho que no te veo sonreír —me dice.

Y me percato de que lo hacía mientras los observaba saltar.

Trago saliva antes de hablar, aunque, cuando lo hago, no lo miro y mi voz, pese a que me esfuerzo, me sale algo ronca.

—Eso es porque no me ves mucho —le contesto.

Y me dispongo a echar andar hacia cualquier sitio. Me da igual el que sea. Mi única meta es alejarme de él y de lo que me hace sentir.

Pese a ello, no lo hago, porque la mano de Dorian tomando con suavidad mi codo me obliga a detenerme.

—No voy a cansarme de esperar, Sirenita. Me da igual el tiempo que pase. —Su voz suena muy cerca, casi en mi oído.

Es un susurro que me eriza la piel y no, precisamente, porque me dé miedo, sino por todo lo contrario, me gusta demasiado.

No sé qué decirle.

¿Que se quede esperando?

¿Que no voy a retractarme de mis ideas iniciales?

¿Que no me hable de ese modo porque hace que me tiemble todo el cuerpo?

No obstante, todo eso desaparece de mi mente cuando Hugo llega corriendo hasta nosotros, agarra a Dorian de las piernas y, una vez que este se agacha para saludarlo, le da un beso y le dice:

—Hola, papá.

Y yo me quiero morir.

¿Desde cuándo es «papá»? ¿Y por qué yo no lo sabía?

Quiero llorar.

Y también quiero que me trague la tierra de nuevo, porque me faltan fuerzas para lidiar con esto.

Dorian

En cada ocasión que se me presenta intento acercarme a ella, rozar su piel y hablarle, aunque sea algo sin sentido, efímero e innecesario. Sin embargo, es una fuerza mayor la que me empuja a ello y, además, no quiero resistirme a hacerlo.

He tirado todo por la borda. Soy consciente de eso también.

Mi relación con Sandra está más que destrozada y no me refiero a mi matrimonio, ya que eso nunca tuvo futuro, como es evidente, sino a nuestra amistad. Desde el día que le confesó a Melissa nuestra situación, aunque sin entrar en detalles que eran más que necesarios, pasó a ser alguien no grato para mí. La familia se percató de inmediato de que algo no iba bien y yo, que no me molestaba en ocultarlo, pedí no solo una habitación individual, sino también un cambio de hotel, para no tener ni que cruzármela. Y, como es normal, eso terminó de darles la pista a todos de que estábamos en declive.

A los dos meses, ¡dos meses!, Fernando vino a la *suite* y me pidió hablar sobre el tema.

¡Dos meses!, recalco.

Al principio, me mostré reacio, porque tampoco me sentía bien al confesar el secreto de Sandra, pero después me dije: «¡Qué cojones, ella no me pidió permiso cuando se lo contó todo a Melissa!». Y, por eso, le expliqué con pelos y señales lo que sucedía.

A pesar de su gesto de asombro, mi padre se mantuvo en silencio, imagino que asimilando la situación, ya que él había llegado con el propósito de convencerme de que ambos éramos jóvenes temperamentales y que en todos los matrimonios hay crisis que se pueden solucionar con tan solo poner un poco de nuestra parte.

«A buenas horas», quise decirle. «¿Arreglar? ¿Dos meses después? No me toques los huevos, por favor».

Además, ¡mira quién fue a hablar!, el que se ha casado tres veces y tiene hijos con dos de sus esposas ¡y a mí con una de sus amantes! Ahora que lo pienso, es verdad lo que tanto me decía Sandra: Fernando y yo no somos tan diferentes. De hecho, parece que estoy siguiendo sus pasos.

Tres días después de esa charla, me pidió que si no iba a cambiar de parecer, al menos, estuviese seguro de mi paternidad. Me dijo que no me lo tomase a mal, que él solo quería evitar que Melissa fuese una oportunista que buscaba endosarle el niño a alguien que tuviese una buena posición económica. ¿Mi reacción? Obvia. Me enfurecí con él y, menos mal que Héctor estaba conmigo ese día, porque de lo contrario no sé cómo habría acabado.

Y no, no le he hecho la prueba a Hugo porque no lo necesito.

Quizá, en un futuro lo haga, pero solo para justificar el cambio de apellido, algo que debo hablar con Melissa, si es que se digna a dirigirme la palabra de nuevo en algún momento de su vida. Sigo esperando a que las aguas se calmen. Aunque deseo y necesito más que el aire para respirar que me escuche, tengo clarísimo que no quiero ni voy a forzarla a oír mis explicaciones sin que esté preparada para ello. Quiero ganarme su perdón. Y lo voy a hacer.

«Puedo esperar», me digo cada día pasa sin resultado.



La primera vez que me llamó «papá», siendo yo consciente de que lo era, casi se me saltan las lágrimas.

Mentira, se me saltaron y me contuve para no llorar de la emoción.

Fue en la playa mientras jugaba con la espuma que las olas dejaban en la orilla. Lo dijo como si nada, sin imaginarse siquiera lo que significaba para mí. Por suerte, solo estábamos los dos, de modo que nadie pudo ser testigo de cómo me afectó eso. De cómo lo sentí. Y, por supuesto, de cómo me gustó.

Mi única respuesta fue: «Sí, soy papá».

Y él me sonrió satisfecho por ello.



Mirarla a lo lejos me aflige. Observarla mientras ella me ignora, me duele. Intentar acortar distancias es mi único propósito. Y me doy por satisfecho si logro rozar su piel. Darme cuenta de que se estremece cuando me siente cerca o le susurro a la mínima posibilidad que tengo es lo único que me da esperanzas para no desistir, para creer que todavía es posible.



He llegado al restaurante e iba acompañado de Marcelo. Temas de trabajo. Hasta ahí, todo bien. El problema ha radicado en que, al bajar del despacho de Adrián, la he visto apoyada sobre el atril de entrada charlando demasiado animada con Rubén. Sí, ya me contó en su día que ambos habían tenido un pequeño rollo, tipo cita y cama. Y sí, me está jodiendo la vida verla así, tan feliz y alegre mientras él le dice no sé qué y le masajea el brazo.

¡¿Qué cojones?!

Empiezo a pensar que no voy a ser capaz de esperar. ¿Cuánto tiempo necesita para escucharme?



Un año ya. ¿De verdad ha pasado un año y seguimos igual? No me puedo creer que Melissa sea tan testaruda, ni siquiera Adri ha conseguido hacerla cambiar de opinión. ¡Qué digo Adri! ¡Ni su madre! Y mira que la mujer me ha asegurado que lo ha intentado, pero nada. No hay manera. Lo cierto es que desde el día que Ana Mari me llamó para comunicarme que ambas habían hablado sobre la muerte de Ricky y pedirme, además, que nos viésemos para charlar, mi relación con ella ha mejorado considerablemente.

Justo hoy se cumplen seis meses desde que la madre de Melissa se excusó por haberme culpado de un hecho que era del todo ajeno a mí, aunque yo sigo creyendo que tan ajeno no fue, a pesar de que ya no me martirizo por ello, y me estuvo explicando parte de su situación pasada y actual, hasta que terminamos conversando de su hija. Me aseguró que debo tener paciencia e intentarlo cuando la vea receptiva, ya que, más tarde que temprano, ella dará su brazo a torcer, pero que está dolida y eso es difícil de ignorar. Pese a ello, también me insiste en que si Melissa se ha tomado la molestia de intentar solucionar el tema que ambos teníamos pendiente es porque aún hay esperanzas para nosotros. Eso sí, me pide que no la presione, que si bien es bastante cabezota, ella está segura de que se le pasará, al igual que si fuerzo la situación, será peor. Y la creo. Adri también me dijo lo mismo.

Y no lo dudo.

O no lo hacía. Porque después de doce puñeteros meses aún sigo igual, intentando que me deje ofrecerle una mísera explicación.

Por suerte, el hecho de tener un hijo en común ayuda, porque puedo propiciar encuentros fortuitos con ella. Y es que, a día de hoy, todos sus amigos conocen los pormenores de mi historia y todos, sin excepción, están dispuestos a echarme un cable, al menos, en cuanto al tema de conseguir que ella me escuche. Pero quiero hacerlo solo, quiero ser yo quien se lo cuente,

quien le pida disculpas y le asegure que soy consciente de todo lo malo que he hecho. Solo quiero eso. Si luego me manda a paseo, lo aceptaré, creo. Pero… ¡una oportunidad de explicarme! Es lo único que le pido. Tampoco es tanto, ¿verdad? Me porté como un capullo, un insensible, un hijo de puta, lo sé. Sin embargo, hasta el asesino más despiadado tiene la opción de obtener la redención.



Estoy harto. No aguanto más. Si ella no quiere escucharme, yo estoy deseoso por que lo haga. Sé que dije que no la obligaría, pero eso fue antes de darme cuenta de que era capaz de estar de este modo tanto tiempo. Le da igual que nos crucemos en casa, le da igual si intento arreglar las cosas, le da igual si hago amago de contarle algo… ¡Le da igual todo, joder! En cuanto ve que puedo decir algo que no quiere oír, se pone los auriculares o toma el móvil, empieza a cantar, se va de mi lado… lo que sea con tal de no oírme. Esto es insostenible. Hasta se me ha pasado por la cabeza ponerme a gritar por toda la casa para que se vea obligada a escucharme. Por suerte, luego he desistido de eso, porque no creo que sea la mejor forma.

Así que, harto y desesperado, por supuesto, he llegado a la conclusión de que esto no puede seguir así, que si ella no colabora, voy a obligarla a hacerlo, por mucho que eso sea romper todos mis propósitos de conseguir su perdón por las vías más racionales.

Y ahora, después de tantos meses sin avance, lo tengo claro: solo hay una solución posible a esto.

Después de muchas vueltas y más vueltas, he llegado a esa conclusión.

He tomado una decisión. No la he consultado con nadie, aunque sí he seguido el «consejo» que me dio Adrián el otro día justo antes de colgar el teléfono.

—¿Aún seguís igual? —me preguntó.

—¿Acaso lo dudas? Es demasiado cabezona —le contesté con resquemor y desesperado por ese hecho—. No sé cómo hacerlo ya. ¡Nadie diría que fui capaz de convencerla en un pasado! —Y ambos sabemos a qué me estoy refiriendo.

—Tal vez, porque el Dorian de ahora, no es el Dorian de antes. Y tus métodos tampoco lo son —me indicó.

Y eso me dio la pista.

Voy a hacerle caso, porque, entre otras cosas, no creo que haya nadie que conozca tanto a Melissa como él.

Así que en cuanto pueda escaparme del trabajo, lo haré y llevaré a cabo mi plan. He llegado a mi tope. Me equivoqué. No puedo esperar más. Necesito que me dé esa oportunidad. NECESITO QUE ME ESCUCHE.



Toco al timbre de la puerta y Melissa me abre. Se sorprende al verme aquí, plantado, con ropa formal de trabajo y, por supuesto, a estas horas. Me mira y en sus ojos leo: «El niño aún está en la guardería. Lo sabes, ¿verdad?». Y sí, lo sé. Lo que ella ignora es que llevo tres días esperando esta oportunidad. ¡Tres días! La inauguración del hotel está a punto de ser un hecho y eso me trae de cabeza. Aun así, no he desistido y, por fin, tengo el hueco que quiero, que necesitaba y que ansiaba con tantas ganas. Y para obtenerlo, he aprovechado que he ido al restaurante a comer con unos inversores, y allí nadie me vigila —con «nadie» me refiero a Sandra y su familia, que, aunque saben que lo *nuestro* es agua pasada, ella los tiene convencidos con que todo se arreglará porque me ha perdonado mi pequeño e insignificante desliz— y la cosa ha terminado antes de lo previsto. De modo que, tras haber comprobado que Melissa no estaba trabajando, me he plantado

en su casa. Por suerte, Esperanza, la vecina oportuna, volvía a entrar en el portal justo a la vez que yo llegaba, por lo que me colado dentro. ¡Mejor! Así la sorpresa es mayor. No puedo quejarme, hasta el momento parece que los astros se alinean y todo me sale a pedir de boca. Espero que el resto sea igual.

—Dorian —me dice en el instante en que sin esperar a que me invite a entrar, lo hago—. ¿Qué… qué haces? —me pregunta, con esos ojos azules abiertos de par en par.

—¿Estás ocupada? —le planteo a su vez, echando una mirada rápida hacia el interior de la casa, aunque manteniéndome muy cerca de su cuerpo. No tengo intención de alejarme ni un centímetro más de lo necesario. Ella se lo piensa, pero, finalmente, me dice que no con la cabeza —. Perfecto —aseguro, justo antes de lanzarme a su boca y empezar a devorarla.

Melissa

«No existen límites para el poder del amor».
—John Morton—

Su boca me sabe a gloria.

A deseo.

A pasión desmedida.

A anhelo.

A *él*.

Solo él.

Siempre fue él.

Yo lo sé… Y él también.



No me esperaba esa reacción, la verdad, por eso no he podido detenerlo. O eso quiero creer, porque, para ser sincera, una parte de mí me sugiere que lo mejor es que me separe de sus labios y que no vuelva a caer en la tentación que Dorian me supone, pero otra, mucho más fuerte que la anterior, me incita a seguirle el juego, a besarlo y a disfrutar de lo que me ofrece, como tantas otras veces he hecho.

Y me debato.

Y mientras lo hago, apoyo mis manos en su pecho. No tengo claro de si lo hago para sentirlo más o para alejarlo, aunque él lo entiende como lo primero, ya que, al notarlas sobre su torso, coloca las suyas encima, envolviéndolas, y las aprieta con delicadeza.

Suspiro bajo sus labios, que se mueven sobre mi boca, esperando una respuesta algo más efusiva por mi parte. Lo que sucede es que si bien no lo he separado, tampoco le estoy allanando el camino. Él lo nota. Y se aleja de mí.

Siento el frío que eso ocasiona.

Y me arrepiento.

Al instante, la palabra «casado» vuelve a mi mente, y me tenso.

—Yo… —dice, con la voz entrecortada.

—¿Qué quieres, Dorian? —le cuestiono, en vez de dejarlo terminar.

Él, sin separase de mi cuerpo y aún con nuestras manos unidas, baja el rostro y me besa la punta de los dedos de una de ellas. Después, eleva la mirada y me observa con atención. Distingo un brillo que ya es inusual en sus ojos, ese que había perdido, el mismo que no le veía desde que ocurrió aquello «el día de» y que ahora parece haberlo recuperado de inmediato.

—Lo quiero todo —me responde.

¿Y qué quiere decir con eso?

Frunzo el ceño en señal de pregunta, porque no sé cómo interpretar sus palabras. ¿Todo? ¿Qué es «todo» para él? Porque, según he podido deducir de nuestras experiencias pasadas, no englobamos lo mismo en ese «todo».

—No —le contesto. Niego con la cabeza e intento, en vano, dar algún paso que me aleje de su cuerpo. No obstante, solo hago el amago y no porque él me lo esté impidiendo, soy yo.

Soy yo con mis traicioneros sentimientos, eso es lo único que me retiene, pero es que… ya estoy cansada de luchar. De verlo cada día en casa, de oírlo reír con el niño, de hacer como si nada me importase, de fingir estar enfadada cuando ya no me queda energía para ello. De disimular y hacer creer a todos que me es indiferente a pesar de que es justo lo contrario. De contener las ganas de volver a besarlo como hace unos minutos, porque eso es lo único que deseo… pero me contengo.

—Por favor —me ruega.

Sin embargo, no entiendo qué me está pidiendo.

No, no voy a seguir siendo la otra. Es lo único que tengo claro.

Y sí, sé que aún está casado, de lo contrario, Adrián me lo hubiese dicho, al igual que ha insistido mil veces durante este último año en que le diese la oportunidad de explicarse. Así que no… no hay nada que pedir, nada más que hablar.

Y si lo tengo tan claro… ¿por qué sigo aquí? ¿Por qué permito que me acaricie las manos o el rostro del modo que lo hace? ¡¿Por qué?!

—Sé que la cagué, Melissa —me confiesa. Y yo asiento mientras le mantengo la mirada. Él me suelta una de las manos y la sube hasta mi rostro. Acuna mi mejilla y la acaricia con suavidad —. Mucho —asegura con vehemencia. Asiento de nuevo—. Demasiado. Pero no me alejes más de ti, por favor.

Y para dársele tan mal las palabras, a mí casi me convence con solo eso.

—No eres libre, Dorian.

Y esa es la verdad. Una más grande que un templo. Más pesada que una enorme losa sobre mi pecho. Y más dolorosa que si me partiesen en dos.

—Déjame contártelo todo.

Niego.

Si sigue casado, no deseo conocer más nada.

¿Cómo puede venir a buscarme y ni siquiera desmentir que sigue atado a otra mujer?

Ahora sí, mi parte loca, la que me decía que me quedase a su lado, se aparta de forma brusca y le deja paso a la racional, la misma que ha gobernado mi vida durante este último año, por lo que, como si me quemase su cercanía, me aparto de su cuerpo.

No llego a dar ni dos pasos, cuando su mano atrapa mi muñeca y me da un tirón hacia él. Tampoco pongo mucha resistencia, todo hay que decirlo. En el fondo, me pica el gusanillo por saber el motivo por el que todos insisten tanto en que le dé la oportunidad, pero, por otro lado, pienso eso de por qué iba a importar el motivo, el hecho es que está casado. Es algo irrefutable. Y no, no voy a ser la otra, es algo que tengo muy claro.

Agacho la mirada, incapaz de sostener la suya por más tiempo. De leer la súplica en sus ojos, de sentir que lo estoy haciendo mal, cuando debería ser al revés. De desear sus labios pese a saber que es la peor idea del mundo. De rezar para rebobinar el tiempo y no llegar a sentir esto, de pararlo antes de que ocurriera, de evitarme sufrir como lo estoy haciendo. Y, sin embargo, de todas esas cosas lo único que está al alcance de mi mano es desviar la mirada. Por eso lo hago.

—He tardado mucho en darme cuenta, Melissa. E incluso después de hacerlo, me ha costado aceptarlo. Puede que me ponga en contra a mi familia por ello, a pesar de que he luchado tanto por conseguir su aprobación. Pero… —Sigo sin ser capaz de levantar los ojos de mis pies, aunque lo escucho, eso sí. Con atención—. Pero hay personas que valen más que cualquier cosa que el dinero pueda darme. Y si mi padre piensa que soy un desalmado por hacerle eso a la hija de su mejor amigo, un inmaduro por la decisión tan poco acertada que tomé y un inconsciente por causar lo que pueda ocurrir con mis actos… que lo piense, que me lo diga y actúe en

consecuencia.

Me parece que no lo estoy comprendiendo bien. No sé a qué se está refiriendo, a quién le va a desgraciar la existencia o qué consecuencias puede haber por sus elecciones, las que, por cierto, tampoco conozco cuáles son.

—Creo que no te sigo, lo siento —le informo, elevando con cuidado la mirada.

Los dedos de Dorian abandonan mi mejilla, ya que no se han movido de ahí desde que los colocó con cuidado al comenzar a hablar y empezó a prodigarme ligeras caricias que no paran de erizarme la piel, y se desplazan hasta mi mentón. Me toma con más suavidad de la necesaria, casi con delicadeza, y me incita a levantar el rostro. Cuando lo hago, me topo con su cara muy cerca de la mía. Miro sus labios entreabiertos y contengo las ganas de acariciarlos con mis dedos y, después, de besarlos como de verdad ansío. Luego, subo despacio y voy recorriendo con lentitud cada milímetro de piel que tengo frente a mí, hasta que llego a sus ojos negros. Esos que ahora no me parecen tan oscuros debido al brillo que despunta en ellos. Trago con dificultad cuando nos hallamos frente a frente, devorándonos con la mirada, aunque manteniendo la distancia entre nuestros cuerpos.

—Hace dos semanas que he solicitado el divorcio. —Sus palabras me pillan por sorpresa, porque ¡ya podía haber empezado por ahí!—. No sé si me perdonarás o no. Te diría que lo hicieras, pero no puedo obligarte, a pesar de que me gustaría. —Su pésima declaración arranca una sonrisa tonta de mis labios. Y él sabe leer lo que eso significa: me estoy ablandando. ¡Vaya si lo hago! Como una tonta—. Debí de haberlo hecho antes, lo sé. Me ha costado darme cuenta de que, aunque no me perdones o no vuelvas a confiar en mí, no puedo vivir en una mentira. Si los demás no me aceptan como soy, es su puto problema. Quien debe hacerlo soy yo, y ya lo he hecho.

Asiento.

Porque sus palabras me calan hondo.

Esa es la verdad.

Dorian pasea, con toda la ternura que sé que alberga por mí, el dedo índice por mi piel. Lo lleva desde la barbilla hasta el labio inferior, pasando antes por mi mejilla. Me roza con la yema del dedo la carnosa piel de mi boca y yo, incapaz de contenerme por más tiempo, desvío de nuevo la mirada.

Quiero ceder.

Pero soy tan testaruda que me cuesta dar mi brazo a torcer.

—Me alegro de que lo hayas entendido por fin. —Mi aportación no puede ser menos acertada, porque, con toda probabilidad, eso no es lo que él espera oír.

Aun así, si le ha decepcionado, no lo demuestra.

Todo lo contrario a mí, que frunzo los labios en señal de mi propio fiasco.

—Gracias.

Y, de repente, siento el frío que sus manos dejan en mi piel. Lo miro con atención, atónita. No puedo creer que se rinda tan fácil. ¿Es que de verdad solo ha venido a esto? ¿A decirme qué? ¿A dejarme de este modo? Noto la frustración que me produce ver que está a punto de alejarse y, desesperada, porque en el fondo, no tan fondo, no quiero que se marche, decido detenerlo con mis palabras.

—¿Y para qué has venido entonces, Dorian?

Efectiva. Así ha sido mi pregunta.

Dorian se detiene, incluso, antes de echar a caminar. Una sonrisa torcida se pinta en su rostro y da un par de pasos hacia mí, los mismos que yo retrocedo hasta toparme con el pequeño

recibidor de la entrada. Me detengo en seco y él se pega a mí, tanto, que seguro que está oyendo el galopar frenético de mi corazón.

—He venido para esto —dice, justo antes de besarme con desesperación.

Y yo, lejos de evitarlo, le paso las manos por el cuello de la camisa y lo atraigo más hacia mí. Comienzo a recibir sus besos con ganas y me abro paso en su boca. Juego con él como llevo tantos meses soñando. Como siempre hacía antes. Como sé que lo enloquece.

Oigo el suspiro que escapa de sus labios, que continúan sobre los míos. Y, en ese instante, siento cómo se relaja su cuerpo. Cómo se destensa.

—Esto no significa nada —jadeo, separándome un par de centímetros de su boca.

Él asiente de inmediato, aunque me parece que no me está oyendo.

Asiento para ratificar y dar fuerza a mis palabras, mientras que, por otro lado, voy quitándole la chaqueta y dejándola caer a sus pies. Después, empiezo a desabrochar los botones de su camisa y él se afloja la corbata, que sigue el mismo destino de la chaqueta.

Las manos de Dorian vuelven a mi cuerpo, bajan por mi cintura y toman mi trasero. Subo una de las piernas y la coloco sobre su cadera, apoyándola y exponiéndome a él, ya que el vestido que llevo cae por mi muslo y lo deja todo al descubierto. La mano de Dorian me acaricia la cara interna del muslo y va subiendo, hasta que encuentra lo que buscaba. Mientras tanto, nuestros labios no se separan, se devoran, más que hambrientos del otro, y los gemidos y jadeos de ambos se entremezclan en nuestras bocas.

Apenas he empezado a sentir sus dedos en mí, cuando se retira y noto algo mucho más vibrante que amenaza con llevarme al abismo de la locura.

La intensidad de notarlo dentro después de estar más de un año anhelándolo, me obliga a contenerme para no deshacerme en mil pedazos en apenas un instante.

—Nada —suelto, para anclarme un poco a este mundo, reiterando algo que ya ni yo misma me creo.

—Nada —asegura él, empujando más fuerte, pegando su frente a la mía y sonriendo con suficiencia.

Dorian

Seis meses después.

Y sí, ese nada no fue nada. Lo fue TODO. Así, en mayúsculas y a lo grande.

Si bien, para mi desgracia, no volvió a repetirse, la relación entre Melissa y yo cambió de forma radical tras de eso. Una semana después de ese encuentro, para nada casual, pude, al fin, explicarle mi situación con Alessandra. Si le sorprendió conocer algunos detalles, no lo manifestó, aunque sí originó que cada vez fuese menos reacia a que me acercarse a ella, la tocase, algo que al principio empecé a hacerlo de forma «casual» y fui incrementando conforme veía que no me rechazaba. Poco a poco, mi estancia en la casa se fue alargando hasta llegar a pernoctar allí, con la única diferencia de que dormía en la cama con Hugo. Incómodo de un modo inimaginable, eso sí. Y es que mi hijo, por muy chico que sea, necesita más de media cama para él solo. Y, claro, mi tamaño no es precisamente pequeño. Pero daba igual, todo merecía la pena con tal de despertar allí con ellos en vez de hacerlo en una fría *suite* de hotel.

Me termino de peinar frente al espejo del baño y compruebo una vez más mi aspecto. Fernando lleva fuera varios meses, los mismos que llevo casi sin dirigirle la palabra. Aunque para situarnos bien, tendría que decir que apenas hablo con él desde que insinuó que Melissa podía estar buscando solo mi dinero y que Hugo, quizá, no era mi hijo.

A pesar de ese último encuentro, me llamó anoche desde el aeropuerto, para decirme que ya estaba de vuelta de Los Ángeles.

Quería verme, me dijo.

Y también me pidió que nos reuniésemos hoy y, por eso, he elegido este atuendo, porque yo soy así o quiero volver a serlo: sencillo. Nada de trajes caros, salvo para el trabajo. Desde hace meses vuelvo a sentirme cómodo conmigo mismo, sin necesidad de agasajarme con excesos. Sin tener que demostrarles a todos que soy un Castillo-Sandoval, que conduzco un Porsche o que me hospedo en la *suite* de uno de los mejores hoteles de la zona.

El sonido de unos nudillos llamando en la puerta de entrada atraen mi atención. Me aproximo hasta allí y me sorprendo al ver a Sandra plantada en el umbral, mirándome con los ojos abiertos de par en par, como si no se creyese algo, aunque no deduzco qué. Tras ella, se encuentra Julie, con la misma expresión de incredulidad en su rostro.

Inspiro con fuerza y la hago pasar.

Tal vez hay muchos que no entiendan que después de todo lo que me ha hecho, no le guarde rencor. Antes sí lo hice; ahora, ya no. Pero ¿quién puede culparla por actuar de ese modo? El ser humano es así, egoísta por naturaleza. Siempre busca su propia supervivencia. Yo lo hice en su día, por lo que no puedo condenarla a ella por hacer exactamente lo mismo.

En el momento en que les dejo paso, ambas entran deprisa.

No me da tiempo a formular la pregunta, cuando Julie me lo cuenta a trompicones.

—La ha echado —suelta. Nerviosa. Caminando de aquí para allá de forma errática—. Repudiado —añade.

Ahora sí lo comprendo todo. Las observo con atención. No sé qué puedo decirles.

Lo cierto es que, aunque quizá no debería, me siento mal por haber sido el causante o, al menos, haber tenido parte de culpa de que eso haya ocurrido. Cuando tomé la decisión de romper con todas las mentiras que me rodeaban, le dije a Alessandra que no volvería con la farsa que

teníamos, que ya se lo había confesado todo a Fernando y que lo mejor que podía hacer ella era asumir su situación. Aceptarse.

Y, por lo que veo, lo ha hecho.

Pese a ese sentimiento de culpabilidad, Sandra parece opinar de forma contraria, porque, sin que lo espere, se lanza hacia mí y me abraza. Me deja descolocado con ese gesto, no lo voy a negar. Y, sin tener muy claro si debo corresponder o no, miro a Julie, que se encoge de hombros y sonríe de forma nerviosa.

—Los he mandado a la mierda, Dorian. Tenías razón, ¿sabes? Si no me aceptan, que se jodan —suelta, repitiendo las palabras exactas que le dije cuando mantuvimos «la conversación».

Y, después de eso, se separa de mí.

—¿Te felicito entonces? —pregunto, porque no lo tengo muy claro. Por su expresión diría que está contenta, aunque el resultado ha sido el mismo que ella quería evitar a toda costa y por el que comenzamos toda esa patraña.

No sé, llámame loco, pero tal cual yo lo veo, creo que se le ha ido la cabeza. Su madre acababa de repudiarla, algo que ella temía más que a la misma muerte, y ahí está, riéndose.

Sí, definitivamente, se le ha ido la cabeza.

—Dorian —me llama. Toma mis manos entre las suyas y las balancea, como si fuésemos dos niños pequeños a punto de hacer una travesura—. Lo siento. No actué bien.

—Fatal, diría yo —la corrijo.

Ella asiente y me pone ojitos para que no se lo tenga en cuenta.

—Pero más vale tarde que nunca —me suelta, como si el año que ha pasado no tuviese importancia—. Dile a Melissa que lamento haber sido una arpía, porque lo fui.

—Lo fuiste —corroboro, por si tiene dudas al respecto.

—Lo hice todo movida por el miedo y me dio igual lastimarte, a pesar de que fuiste el único que me tendió una mano.

Asiento. De acuerdo. Me vale. Con eso, me vale.

Me doy por satisfecho.

—¿Y ahora? —inquiero. Total, para qué continuar con un tema que ya no nos va a llevar a nada. Lo hecho, hecho está.

—Julie y yo nos vamos a Francia. Quiero conocer a su familia, la cual no se ha tomado nada mal nuestra relación, más bien todo lo contrario. Espero que, con el tiempo, mis padres entren en razón, igual que lo ha hecho mi hermana. No pierdo la esperanza.

—Me alegro.

Y es verdad. Lo hago.

Le explico a Sandra que a pesar de que me encantaría seguir hablando con ella, mi padre debe de estar esperándome ya en la cafetería del hotel, por lo que me despido de la parejita feliz y me dirijo hacia allí.

Efectivamente, ahí está Fernando Castillo-Sandoval. Imponente como solo él sabe ser. Empequeñeciendo a todos con su sola presencia.

Me acerco y tomo asiento antes de que me lo indique.

—Dorian, voy a ir directo al grano —me dice nada más apoyar el trasero en la silla. Ni un hola siquiera—. Carolina me ha llamado para informarme de tu pequeña farsa y no le ha sentado muy bien saber que ya era conocedor de dicha situación. No voy a entrar en detalles sobre lo que opina de su hija y de ti, de cómo habéis engañado a ambas familias y del modo en el que habéis obrado a escondidas de todos.

—Y, entonces, si no vas a opinar, ¿qué quieres? —pregunto, mirando el reloj de la pared,

porque no quiero llegar tarde a mi cita de cada día con Hugo… y su madre, por supuesto. Y ya lo hago.

—Toma.

Extiende la mano y agarra dos sobres enormes que hay sobre la mesa. Me los ofrece y yo los tomo con curiosidad. Veo el membrete de su abogado en la parte externa del primero y el de mi abogado en el que está debajo.

—¿Qué…?

—Estos —dice, señalando el que está en mi mano izquierda, el del membrete de mi abogado — son los papeles del divorcio concedido. Eres libre. Quería ser yo quien te los diese, no le recrimines nada a Alfonso por habérmelos entregado, ni tampoco a Sandra, porque le pedí que no te lo comunicase.

—¿Y eso por qué? —inquiero, desconfiado.

Mi padre sonríe y con ese gesto consigue que me relaje un poco. Su rostro no parece molesto, de modo que imagino que lo que viene a continuación es bueno. Espero.

—Porque quería darte un mensaje antes de que lo abrieses y solo así podía hacerlo. —No digo nada, aguardo para saber qué es lo que quiere decirme. A ver con qué me sorprende—. Dorian, me duele comprobar hasta qué punto has estado de arruinar tu vida para contentarme, cuando lo único que tenías que hacer era ser una versión mejorada de ti. Y para ello no tenías que cambiar nada, tan solo desprenderte de esos vicios que te estaban consumiendo y no te dejaban demostrar de lo que eres capaz, de quién eres de verdad. Lamento que hayas pasado tantas penurias de niño, que tu yo adolescente pensase que era mejor refugiarse en las drogas y la bebida que afrontar la realidad que le había tocado vivir, pero para mí no eres una vergüenza, al contrario, eres un ejemplo de superación. Y no era necesario que te casases para ello. Yo solo quería que fueses feliz, me da igual si con quien lo haces se llama Sandra, Melissa o Manuel.

—¿Y lo de mi madre?

—Nunca quise hacerte ese chantaje, pero me obligaste cuando te negaste en rotundo a recibir ayuda. Me di cuenta de que ella era la única persona por la que te sacrificarías y no, nunca se me pasó por la cabeza retirar el pago de su residencia. Aunque espero que no vuelvas a las andadas al saberlo.

Inspiro con fuerza porque no quiero derrumbarme. Esto es lo que siempre he querido, sentir que encajo en la vida de un padre que siempre ha estado ausente, pero hacerlo sin tener que mentir para ello era algo con lo que no contaba. Asiento repetidas veces antes de aclararme la voz.

—No, no lo haré. Ya no —le aseguro, sonriendo con torpeza—. Gracias —añado. Y en mi tono se puede distinguir la emoción que causan en mí sus palabras—. ¿Y esto? —pregunto, balanceando en el aire el otro sobre, el que tiene el membrete de su abogado.

—Son los papeles para legalizar a tu hijo. Sé que querías hacerlo. Tan solo te digo una cosa antes —me advierte y, antes de que pueda decir algo al respecto, aunque lo cierto es que no pensaba hacerlo, ya que me ha dejado sin palabras, añade—: quiero conocer a mi nieto.

Incapaz de nada más, me inclino hacia mi padre y lo abrazo con fuerza. La primera vez que lo hago en los años que hace que descubrí su existencia. Y lo mejor, él me corresponde.

—Le haré la prueba —le aseguro, porque sé que de ese modo se quedará más tranquilo. Aun así, él me asegura que si yo no tengo dudas, él tampoco—. Lo sé —le contesto, poniendo una sonrisa sincera pero traviesa en mis labios—, pero así le doy tema de conversación a Marcelo para una buena temporada.

Mi respuesta arranca una carcajada sincera en mi padre, a la cual acompaño.

Epílogo

Melissa

«El amor es darle al otro la posibilidad de que sea la persona que es y no la que el resto espera que sea».
—Roy Galán—

Cierro el libro y me levanto del sofá con cuidado, ya que Hugo se ha quedado dormido hace escasos diez minutos. Miro la hora y me doy cuenta de que Dorian llega bastante tarde. Poco usual en él.

Ya me he acostumbrado tanto a su presencia en casa, que me siento rara cuando no está. Me ha costado mucho contener las ganas de lanzarme a sus labios, sobre todo, cuando lo veía recién despierto, despeinado y siendo más él que nunca. Pero lo he hecho. Jamás pensé que mi fuerza de voluntad fuese tan férrea.

Ya han transcurrido seis meses desde aquel encuentro que no debió pasar, pero del que no me arrepiento. Y sé que él tampoco, porque, aunque Dorian piense lo contrario, me he dado cuenta de cómo va acortando las distancias conmigo, pero sin rebasar la línea que ese «nada» marcó.

A pesar de que me dijo que había solicitado el divorcio, jamás ha vuelto a sacar el tema, por lo que no me termino de decidir para dar un paso más. No mientras no esté segura. No con un hombre casado, por mucho que me cueste reprimir mis deseos insatisfechos por él.

Justo antes de que pueda llegar a la cocina para preparar algo para merendar, el timbre de la puerta suena. Sé que es él, porque ya no necesita llamar primero abajo, el privilegio de tener, al menos, esa llave, ya lo tiene. Corro más de lo que debería para ir a abrirle y cuando lo hago, me lo encuentro esperando con dos grandes sobres en las manos. Frunzo la ceja en señal de pregunta, pero él no me contesta, tan solo me extiende uno de los dos.

—Ábrelo —me sugiere, al ver que me quedo con el envoltorio en las manos.

Sin saber qué puede ser, lo hago muy despacio a la vez que camino hacia el interior de la casa de nuevo. No veo si Dorian me sigue, aunque escucho sus pasos detrás de mí, así que supongo que sí.

Empiezo a sacar hojas de papel del interior y comienzo a leerlos.

Los papeles del divorcio.

Firmados.

Concedido.

Ya no está… Ya es libre…

Y está aquí y…

Me vuelvo de inmediato con la alegría dibujada en el rostro, pero me detengo en seco al verlo, ahí plantado frente a mí, con un enorme ramo de flores que le tapa todo el rostro.

—¿Cómo has…? —empiezo, pero luego me percato de que la puerta de casa aún sigue abierta, por lo que imagino que lo ha cogido justo después de que yo haya entrado concentrada en leer los papeles que me había tendido previamente.

—Quería que lo leyeras antes de… —me dice, asomando el rostro por un lado del ramo.

—Dorian —lo llamo. Él me mira con detenimiento—. ¿Esto es…? —comienzo—. ¿Ya no estás…? ¿Ya no eres…? —titubeo, incapaz de creerlo.

—No, no lo soy —me asegura, dando un paso hacia mí—. Ahora, si me dejas, me gustaría ser todo tuyo.

Noto cómo un escalofrío me recorre la espina dorsal y el modo en que me tiemblan las piernas, por no decir las ganas de llorar que tengo en estos instantes.

Antes de que pueda responderle, con la otra mano me tiende el sobre que le queda y uno más pequeño que acaba de tomar de dentro del ramo. Me lo tiende todo, por lo que me veo obligada a dejar los papeles que aún tenía en las manos en el único sitio que encuentro: el suelo. Tras depositarlos con cuidado, abro, por indicación de Dorian, el sobre más grande.

Empiezo a leer y lo miro con asombro.

—¿Esto es…? —¡Será posible que no consigo hilar ni una frase completa!

—Me gustaría reconocer legalmente a Hugo y darle mi apellido.

Asiento muy rápido, porque la respuesta para eso no tengo ni que pensármela. ¡Es su padre!

Tan solo hay una cosa que me preocupa.

—¿Y la prueba? —inquiero, algo intranquila.

—Yo no tengo dudas, Melissa —me confirma—. Eso lo sabes, ¿verdad? —me cuestiona. Y yo asiento, porque sí, de eso sí estoy muy segura.

—¿Y tu familia? —le pregunto, porque no quiero que mi hijo se tope con problemas por culpa de eso.

—Que se jodan.

Su respuesta me hace lanzar una carcajada nerviosa. No es porque la situación me resulte graciosa, sino porque hace poco más de un año, cuando «conocí» a Dorian, su único afán era parecer uno de ellos y estar integrado en esa familia. Y me alegro de que se haya dado cuenta de su verdadera esencia, de que no necesita disfraces ni trajes caros para deslumbrar al mundo como ya lo hizo conmigo en su día. Y todavía continúo cegada por esa luz que transmite y de que la recién comienza a percatarse.

—Se la haremos, Dorian —le aseguro. Veo que está a punto de replicarme, así que doy dos pasos y me acerco a él. Le pongo el dedo índice en los labios para que guarde silencio—. Quiero que hagamos las cosas bien esta vez, por favor.

Él accede, aunque me da la impresión de que lo hace un poco a regañadientes. Después, dejo encima de los papeles del divorcio estos últimos y me dispongo a leer la nota más pequeña de todas, pero no por ello me causa menos intriga. Mientras la abro, Dorian me observa con atención y cuando empiezo a leerla, siento su mirada clavada en mí.

Nunca más a escondidas, Sirenita.

Dorian echa a un lado el ramo para poder ver mi expresión y yo, sin que sea lo que él espera, se lo quito de las manos. Inspiro con fuerza el maravilloso olor que desprende y, después, me alejo del pasillo y voy hacia el salón para depositarlo sobre la mesa. Escucho sus pasos tras de mí, así que cuando ya he dejado a buen recaudo las flores, me vuelvo hacia él y, sin que le dé tiempo a hacer nada, me tiro a su cuello, rodeándolo con mis manos y pegando mis labios a los suyos. De la unión de nuestras bocas escapa un suspiro, que no sé si ha sido suyo o mío, aun así, no tenemos la intención de despegarnos para comprobarlo.

—¿Nunca más? —pregunto, con tono travieso, tan cerca de él que nuestros labios apenas se han separado.

Él niega con la cabeza y me sonríe de ese modo tan pícaro que tiene, con esa sonrisa traviesa que me hizo caer en la tentación aquella primera vez y la misma que me hizo aceptar esa proposición que nos llevó a estar donde estamos ahora. Esa que, sin duda, me hace sonreír ahora antes de asentir con energía.

—Acepto.

FIN

Agradecimientos

A pesar de que no es lo que puede parecer, siempre me cuesta escribir esta parte de mis libros. Y no, no es porque me cueste dar las gracias, al contrario, lo hago a boca llena y feliz de tener a tan buenas personas a mi lado. Lo que ocurre es que me da la impresión de que siempre digo lo mismo y, por eso, a ti, lector, te puede resultar pesado. Así que, en esta ocasión, voy a cambiar el orden de mis agradecimientos.

El primero es para ti. Sí, sí, tú, quien acaba de terminar de leer este libro. Sin ti esto no sería posible, este sueño jamás se hubiese cumplido. Tú formas parte del pilar sobre el sustenta mi andadura de escritora y, por supuesto, lo que plasmo lo hago para por ti, para que disfrutes y pases un buen rato leyendo.

Como no me quiero extender demasiado (mentira), quiero nombrar a mi acompañante en este camino que llamamos vida, a ese con el comparto alegrías y tristezas, el padre de mis hijos, mi amigo, compañero, amante… Al que me apoya incondicionalmente sea cual la tontería que diga o proponga y sin medir el grado de idiotez que puedan conllevar mis palabras. También, por supuesto, al otro pilar fundamental de mi vida: mi hermana. La incondicional, la mejor que podría haber tenido, porque yo sé que sabe que en el fondo yo la elegí (como me diría en sus charlas filosóficas, las cuales que no comparto y lo sabe, jajaja).

Como no podía ser menos, un gracias a mis dos pequeños, Eimar y Kilian, ya que son mi inspiración para escribir. Ellos se encargan de atacarme de los nervios para que quiera sentarme a relajarme. No, en serio, son dos angelitos sin corona.

A Yoli, mi prima, la más grande, mi lectora cero, cero, es decir, la primera de todas. Esa que no tiene filtro y que le agradezco como el agua en verano.

A mi compañera y amiga, Ivonne, con quien comparto horas y horas de tertulia, y no solo sobre libros. Es increíble como, a pesar de la distancia, la escritura nos ha unido. Y eso es algo precioso: contar con personas que te comprenden y te acompañan en tu camino y, sobre todo, que se alegran de corazón por tus logros. Espero seguir contando con tus consejos y que la confianza que nos tenemos siga dando tanto asco.

A mis lectoras cero: Eva M. Florensa, que sé que ha disfrutado como nadie con Dorian. A Nani Mesa y Laura Duque. Gracias por vuestra ayuda, vuestra paciencia, vuestros consejos y opiniones. ¡Gracias! Compañeras como vosotras hay pocas y tengo la suerte de tenerlas a mi lado.

¡GRACIAS!

Sobre la autora

Roseline Moyle nació en 1983 en Cádiz. Licenciada en Historia en el año 2010 y especializada posteriormente en la rama de la educación, es devoradora de libros desde pequeña y amante de los grandes clásicos.

En 2016 se decidió a escribir su primera novela para presentarla a un concurso, tras lo cual, fue publicada en la plataforma de Wattpad; en la que tuvo una gran aceptación desde el momento de su publicación. Después de eso, se lanzó a la autopublicación. Con varias novelas en su haber, decidió hacer un máster de Escritura Creativa y otro de Corrección y Redacción, dedicándose hoy día, además de la escritura, también al ámbito de la corrección.

Hasta el momento tiene publicadas dos series de romance, una histórica, titulada Amor y Deber y otra contemporánea, de la que esta es su segunda novela y que completará, si no hay cambio de planes, este verano. Además, ya está completa y publicada su primera historia de novela de fantasía romántica, una trilogía que terminó de ver la luz en diciembre de 2021 y que mezcla un mundo de ángeles, magos y seres humanos, todos enfrentados por cambiar la historia que los atenaza.

Actualmente vive en una localidad cercana a Cádiz junto a su marido y sus dos hijos.

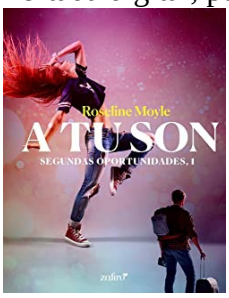
Si deseas mantenerte informado de todas las novedades con respecto a sus trabajos, puedes hacerlo a través de su perfil de autora de Facebook o por sus redes sociales.

Facebook de autora: https://www.facebook.com/roselinemoylewriter

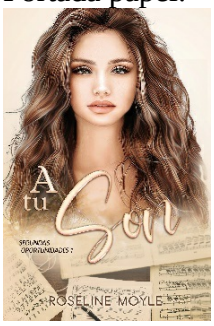
Instagram: @roselinemoyle_autora

Otras novelas de
Roseline Moyle

A TU SON, primera entrega de la serie Segundas Oportunidades.
Portada digital, publicada bajo el sello de Zafiro, Grupo Planeta.



Portada papel:



Sinopsis:
Jessica. Daniel.
El primer amor…
El primer desengaño…
El primer dolor…

«Acabo de quedarme como un pasmarote y no, no es por el hecho de que mi "compañero" sea en realidad «compañera». La miro sin saber qué decir ni qué hacer. Mi mente retrocede once años atrás y vuelvo a verla de nuevo allí, de pie, disimulando que no siente nada mientras se da media vuelta y se marcha… Es ella, es Jess».

«¡La madre que lo parió! Está igual que hace once años. ¿Cómo es posible? Tiene la misma cara de niño bueno. Me está mirando con cara de alelado, por lo que empiezo a pensar que esto también ha sido una sorpresa para él. Veo a Alicia mover los labios, pero debido a la música que suena en mis auriculares no oigo lo que le dice, pero puedo imaginármelo por su cara: ¿él es el misterioso compañero de piso?».

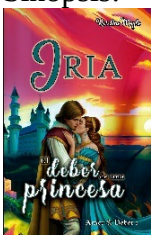
Un piso en común, rencores del pasado, cenizas que resurgen y una atracción imposible de ignorar.

Comedia, música, drama, romance y erotismo son los ingredientes que encontrarás en esta novela.
A tu son es una historia de amor, amistad, lealtad, pero, sobre todo, de superación.

Consíguela aquí: https://relinks.me/B09YS4H1TV

IRIA, EL DEBER DE UNA PRINCESA. Es la primera entrega de una serie de novelas ficción histórica que lleva por título: Amor y deber.

Sinopsis:



Mi nombre es Iria. Soy la más pequeña de las hijas del rey Marcus. Siempre me caractericé por ser caprichosa y obstinada. Me negué a cumplir con mi deber y mi pueblo pagó las consecuencias de mis actos. Tras cuatro años de guerra, mi padre ha conseguido, por fin, firmar la paz con el sucesor de Julius, nuestro enemigo.

¿El precio a pagar? Yo.

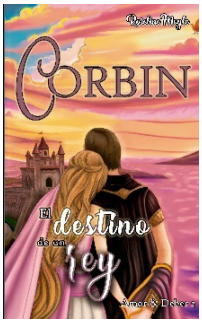
Me he visto obligada a viajar lejos de mi hogar, a abandonar todas mis creencias y, sobre todo, a luchar contra los sentimientos que comienzan a aflorar en mí por cierto capitán de la guardia real. Ahora ya no hay marcha atrás. Debo cumplir con mi destino: ser reina.

Una guerra que arrasará dos reinos, dos hombres enfrentados y solo un destino posible.

Consíguelo aquí: https://relinks.me/B07DZN4HDQ

CORBIN, EL DESTINO DE UN REY. Es la segunda entrega de la serie de Amor y deber. En esta ocasión, la protagonista es una de las hermanas de Iria, en concreto, Mikala, la más pequeña de las dos. Esta historia está plagada de intrigas y engaños, y, por supuesto, amor.

Sinopsis:



Mi nombre es Corbin, soy hijo del difunto rey Marcelo y la reina Tarin. Desde niño tuve claro cuál sería mi destino: heredar la corona de mi padre y gobernar sobre todos. Al contrario de lo que todo el mundo supone, no soy feliz: mi vida es una farsa y siempre lo ha sido.

Nunca he querido nada… hasta que ella llegó a mi vida.

Me enamoré. Intenté hacer todo lo posible para retenerla a mi lado, mas no se puede luchar contra el amor, y tuve que aceptar que su corazón ya pertenecía a otro hombre.

Desde su partida me he sentido solo y roto, pues una parte de mí se fue con ella. Pero el tiempo todo lo cura y, en mi caso, me ha ayudado a aceptar la derrota. Estoy dispuesto a recuperar el tiempo perdido: deseo empezar de nuevo, ser capaz de olvidar y, sobre todo, quiero volver a amar y, esta vez, ser correspondido.

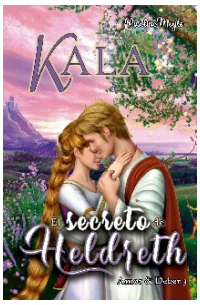
La vida me está dando una segunda oportunidad para ello y no pienso desaprovecharla, aunque el precio a pagar quizá sea demasiado elevado.

Soy Corbin de Valise, rey de Ódey, y aquí y ahora comienza mi historia.

Consíguelo aquí: https://relinks.me/B07K8T21RL

KALA, EL SECRETO DE HELDREHT. Es la tercera entrega de la serie de Amor y deber. En esta ocasión, la protagonista es una de las hermanas de Iria, en concreto, Mikala, la más pequeña de las dos. Esta historia está plagada de intrigas y engaños, y, por supuesto, amor.

Sinopsis:



Mi nombre es Mikala, soy la tercera en la línea de sucesión al trono de mi padre. Desde niña he estado prometida con William de Heldreth, joven heredero de una de las tierras más prósperas y ricas del reino vecino.

El destino quiso que ese enlace nunca se produjese, pues mi prometido murió antes de poder ser efectivo, por ese motivo me vi forzada a contraer nupcias con su hermanastro, un hombre libertino que no se molesta en ocultar sus escarceos.

Por mal azar, el carruaje en el que viajaba cuando regresaba a mi hogar tras la boda de mi hermana, fue atacado y tan solo yo tuve la fortuna de sobrevivir.

¿Fortuna o desgracia?

Yo diría que ambas.

Fortuna, porque gracias a eso he conocido a Reece, un rebelde que vive al margen de todo en medio de la montaña.

Desgracia, porque el ataque a mi calesa no fue algo fortuito.

Mi vida está en peligro y debo huir.

No puedo fiarme de nadie, salvo de Reece…

Pero él también tiene sus propios demonios.

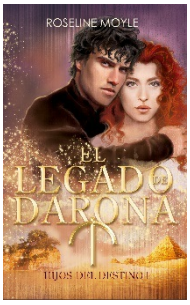
Consíguela aquí: https://relinks.me/B09LK4BN13

TRILOGÍA HIJOS DEL DESTINO. Trilogía romántica de fantasía. Historia completa ya publicada. Los títulos que la componen son:

El legado de Darona

El legado de Uriel

El legado es nuestro







«EL DESPERTAR ES ALGO COMPLICADO AL PRINCIPIO, PERO CRÉEME, ALEX, UNA VEZ DESPIERTES YA NO QUERRÁS VOLVER A TU MUNDO».
Alexia es una joven estudiante de medicina, cuya vida está a punto de cambiar de forma radical cuando aparece Kilian, un chico misterioso que posee una extraña pero intensa mirada.
Él oculta un gran secreto del que lleva huyendo desde antes de su nacimiento. Sobre sus hombros recae el legado de Darona y por ello es perseguido sin descanso.
De su mano, Alexia se verá inmersa en un mundo nuevo y desconocido que la irá conquistando poco a poco. Ambos deberán luchar por su supervivencia y por evitar aquello que el destino les tiene deparado.
Destino, magia, misterio, rituales y, sobre todo, amor se dan la mano en esta primera entrega de la trilogía Hijos del destino.

Consíguela aquí: https://www.azonlinks.com/B095J7R1XN

LA VIDA QUE TE DEBÍA.

Sinopsis:



Dos ciudades…
Dos personas…
Y un objetivo común…

Zoe es una joven entusiasta y decidida, que tras su mudanza a Boston planea una pequeña escapada con sus amigas a la mítica ciudad de Salem. Lo tienen todo preparado, así que… ¿qué podría salir mal?
Elijah lleva siguiendo la pista de Zoe durante mucho tiempo. Tiene una misión que cumplir y está decidido a lograrla. Ni el tiempo ni la distancia serán impedimento para ello.

Un chico que siempre está en el lugar adecuado, un gato entrometido que los persigue sin descanso y un propósito que cumplir.

La vida que te debía es una historia romántica con un toque paranormal que te hará recorrer las calles de Salem durante su famosa caza de brujas.

Consíguela aquí: https://relinks.me/B08JGPB2ZP

Un compendio de relatos para pasar el rato.

Una recopilación de cuatro relatos cortos de romance para, como bien dice su título, pasar el rato.



Consíguela aquí: https://relinks.me/B08WKGHJ98